This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

$B 77 091

GIFT OF
J.C.CEBRIAN

EX LIBRIS

789
P438
P
v.1

165

LA PERDICION DE LA MUJER.

PUBLISHED IN SPAIN

POR ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

UNIV. OF CALIFORNIA

LA PERDICION DE LA MUJER

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

TOMO I.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.

1866.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Gift of C. Schmall

UNIV. OF CALIFORNIA

DOS PALABRAS.

Andrea no existe: Dios borró su nombre del gran libro de los vivos; su cuerpo bajó á la fosa, pero quedaron esparcidas sobre la tierra las páginas de su historia. El que esto escribe ha podido reunir algunas, con las que ha formado la presente novela.

Su lectura tal vez no sea del todo inútil á esas pobres mujeres que, embriagadas por el falso perfume de la vanidad, cierran los ojos del alma á la purísima luz de la virtud y la modestia.

La primera falta no es mas que el primer eslabon de una cadena cuyo estremo opuesto se halla enclavado en el fango del vicio.

El vicio se atavía á los ojos de la juventud con todos los poéticos colores de la seduccion. Su contacto estremece dulcemente, fascina, aturde y mata por fin.

Tiene en un principio el perfume de la esencia mas delicada; luego se disipa, se pierde, y deja sus huellas impresas en el rostro y su veneno infiltrado en el corazon.

La juventud es ligera como el vuelo de la golondrina emigradora cuando cruza los mares: la pendiente que conduce á la perdicion es suave como las brisas del estío. Dado el primer paso, es difícil detenerse.

Si dominando las pasiones hay bastante fuerza de voluntad, bastante grandeza de corazon para retroceder, la nueva Magdalena puede esperarlo todo; á falta de un desierto donde llorar su culpa, erige en su alma un santuario y da cabida en él al arrepentimiento.

La felicidad no existe sin el goce completo del dulce reposo de la conciencia, nuestro inflexible juez en la tierra, nuestro terrible acusador en la eternidad.

Despues de esto, comencemos la novela.

591766

UNIV. OF
CALIFORNIA

LIBRO PRIMERO.

EL HOMBRE MISTERIOSO.

UNIV. OF
CALIFORNIA

UNIV. OF CALIFORNIA

CAPITULO PRIMERO.

LA CURIOSIDAD DE LOS TRES PROHOMBRES DE ARLAJOZA.

Como á dos leguas de San Lorenzo del Escorial, sentado en la meseta de un elevado monte, se halla un pequeño pueblo conocido con el nombre de Arlajoza (1). Puros y aromáticos son los aires que le orean, profundos los barrancos que le cercan. Visto desde lejos, parece un nido de águilas rodeado de rocas.

Cuando la nieve, muy frecuente en aquellos montes, lo cubre todo con su blanca y mullida alfombra, el golpe de vista que presentan aquellos barrancos es sorprendente.

Un rayo de sol disipa la cenicienta niebla, las nubes se rasgan, el cielo, de un azul hermoso, se presenta con toda su poética majestad, y la nieve, convertida en mil arroyuelos

(1) Querido lector: no te molestes buscando el citado pueblo en las cartas geográficas; creo que no existe. He compuesto con ocho letras un nombre que me hacia falta. Si no te suena bien, cámbialas de lugar á tu antojo: no me opongo.

murmuradores, corre como hebras de plata en busca de la fértil vega que aprisiona aquel anfiteatro de granito.

Arlajoza es un pueblo casi primitivo: allí apenas se sabe quién gobierna: el negocio de la política no ha penetrado en la mente de sus vecinos: no conocen el *mercado de las conciencias* de la córte; y cuando los sencillos montañeses, apoyados en sus nudosos bastones, ven cruzar por la vega la rápida locomotora, no falta alguno que se santigüe, creyendo todo aquello obra del espíritu malo.

El estado de ignorancia es el que mas se aproxima á la felicidad.

El hombre civilizado de las grandes capitales se ha creado multitud de necesidades que le esclavizan, que le hacen infeliz, porque la ambicion roe la tranquilidad, como un gusano la madera que le da albergue.

Cuando el sol nace y el gallo canta, los vecinos de Arlajoza abandonan la cama, se ponen las abarcas, el traje de paño burdo, se esperezan un poco y se van al campo sin abrocharse el cuello de la camisa. Lo mismo en invierno que en verano, ni el calor les agobia ni el frio les entumece: el pecho, siempre descubierto, recibe sin sentirlo todos los vientos, el frio y el abrasador, el húmedo y el seco; la piel se ennegrece: hé ahí todo.

Las elásticas de seda inglesa, las pieles de Rusia y las bufandas de cachemir, no han llegado á Arlajoza; el mejor abrigo es la costumbre de no *abrigarse:* los constipados están allí en tal descrédito, que nadie toma uno ni de balde. En Arlajoza han muerto de hambre tres boticarios.

Sin embargo, Arlajoza tiene un médico que asiste á los

enfermos, un cura que sermonea en cuaresma, oficia todo el año, bautiza, casa y ayuda á bien morir á los que se despiden de la vida, y un alcalde que, sin entender de leyes, encierra en la cárcel á todo aquel que turba la tranquilidad pública.

Se llama el cura don Cirilo, el médico don Ciriaco, y el alcalde don Cipriano.

Estos tres individuos eran los prohombres que venian ejerciendo por espacio de muchos años la dictadura en Arlajoza. Nadie se habia atrevido á disputarles el poder. El triunvirato era fuerte y temible como la roca Tarpeya.

Amigos inseparables, paseaban juntos, pensaban juntos y gobernaban juntos.

Nunca una nube habia empañado el sol de su buena amistad.

Se reunian por las tardes en las eras del pueblo, sentándose sobre una roca, desde donde se dominaba la estensa vega.

Allí fumaban, hablaban del tiempo, de las cosechas y de las necesidades del pueblo.

Todas las graves cuestiones de Arlajoza se discutian y arreglaban sobre aquella roca, respetada por todos como las palmeras de Ifrahim en los tiempos de Débora.

Sobre aquel peñasco en forma de banco hubiera podido escribir otro Atila: *Roca de la justicia: saludadla y respetadla, esclavos.*

Si el alcalde don Cipriano hubiera querido establecer la república, si hubiera ambicionado ser un dictador como Sila, los vecinos de Arlajoza hubieran trocado la montera de pellejo por el gorro frigio, símbolo de la libertad entre los esclavos, y adoptado el 93 por los *sans-culotte* de París.

El gobierno de Madrid no llegaba con su vista á la cúspide de la montaña que servía de pedestal á Arlajoza.

Si un ministro en esas cuestiones de ayuntamiento le hubiera dicho: «Cipriano, deja la vara,» los muertos desde sus tumbas le hubieran contestado: «*¡Alto, sacrílego!*»

Cipriano estaba tan seguro de su alcaldía como el celeste señor de la China de las campanillas de su palanquin.

Pero debemos decir en honor de la verdad que don Cipriano Calamocha, pues este era el apellido del alcalde, era un hombre bueno y tolerante, que sin conocer á Enrique III, deseaba como aquel monarca que todos sus súbditos llegaran á tener lo suficiente para vivir felices y poner una gallina diaria en el puchero.

Pero entremos en materia, no sea que el lector se canse de nuestras digresiones, pues bien sabe Dios que tenemos un vivo interés en que guste desde el principio al fin la presente novela.

Por el tiempo que nos ocupa, es decir, una tarde del mes de diciembre del año 186..., los tres personajes que abren la marcha á este libro se hallaban sentados en la veneranda roca donde tantas veces habia resplandecido con sus mas puros rayos la verdad y la justicia.

Hé aquí la conversacion que les preocupaba.

—Si he de ser franco, voy á confesar á ustedes que desde el dia que recibí el oficio del gobernador de Madrid, la curiosidad me retoza de un modo subversivo por todo el cuerpo, dijo el alcalde.

—Buenas ganas se me pasan de verle la cara al hombre de la sortija, repuso el cura.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Don Cirilo, don Ciriaco y don Cipriano.

—¡Andrea, 22 de enero! esclamó el médico con solemnidad: hé aquí una frase que la tengo clavada entre ceja y ceja.

—La verdad del caso es, señores, volvió á decir el alcalde, que las cartas que hemos recibido pican en historia.

—¡Y tanto!

—¡Ya lo creo!

Y los tres se miraron de un modo espresivo, demostrándose mútuamente el asombro.

—Pero, hombre, ¿quién será el misterioso propietario de la casa del *Barranco del Fraile?* preguntó el cura.

—Yo no puedo comprender, dijo el médico, qué raro capricho es el de ese desesperado que se atreve á vivir en sitio tan solitario, sobre todo habiendo casas en el pueblo que se venderian poco menos que de balde.

—Efectivamente, el capricho es bastante estraño; pero la cosa pasó ni mas ni menos que como ya sabeis. Vino el viejo al pueblo, compró el terreno de la fuente del Barranco del Fraile, buscó el sitio en la ladera mas conveniente para edificar, trajo luego una cuadrilla de albañiles, maderas y demás materiales, y mandó construir la casa. Cuando la obra estuvo terminada, se fué por donde habia venido, saludándonos con su eterna sonrisita de conejo malicioso.

—Sin embargo, tomaba un rapé esquisito, esclamó el cura.

—Y fumaba unos cigarros que sabian á gloria, repuso el alcalde.

—Y era muy caritativo.

—Y queria mucho á los niños, y era un buen cristiano, dijo el cura; solo que observaba en él cierto misterio, cierta *solapería* de mal carácter.

—En cuanto á eso, teneis razon que os sobra, repuso el alcalde: durante el tiempo que permaneció en el pueblo, tuve ocasion de convidarle á comer dos veces; pero ¡ay, amigos mios! todo fué en vano... no pude sacarle del *cuerpo* ni esto.

Y Cipriano se mordió la uña del índice de la mano derecha.

—Pues yo le acompañé una tarde al Barranco cuando estaban allí los albañiles, le hice algunas preguntas sobre la casa que construian, y me contestó:

—No puedo responder á usted ni una palabra sobre lo que me pregunta: tengo la buena costumbre de no revelar á nadie los secretos que no me pertenecen.

—La verdad es, dijo el médico, que nos dejó á todos con un palmo de narices, y se fué por donde habia venido sin decirnos para quién era la casa del Barranco.

—Pues yo digo que el que se oculta, por algo será.

—Eso no tiene duda.

—Aquí hay misterio, Cipriano.

—Eso es lo que yo digo, Ciriaco.

—Pienso lo mismo, objetó Cirilo.

Y los tres chuparon el cigarro poco antes encendido.

—Solo un hombre aburrido hasta la desesperacion, dijo el médico, puede buscar semejante refugio para vivir. En el invierno se lo van á comer los lobos, y en el verano las avispas.

—Pero, señores, lo que yo creo es que debe ser un alto personaje, porque conoce al gobernador.

—Y al director de Beneficencia.

—Y á... dispensadme si no os revelo el nombre del que me lo ha recomendado, pero es una dignidad eclesiástica de las mas elevadas.

—¿Habeis estudiado bien el contenido de las cartas?

—¡Toma! me lo sé de memoria.

—Yo la llevo siempre conmigo.

Y por un movimiento simultáneo, cada cual sacó el pliego en cuestion.

—Voy á leeros el mio, dijo Cipriano: oid.

Y leyó en voz alta lo que sigue:

«Señor alcalde de Arlajoza: Muy en breve se presentará en ese pueblo el propietario de la casa nueva del Barranco del Fraile; le reconocerá usted por una sortija de oro con una gruesa perla negra; en el dorso de la sortija se lee esta inscripcion: «*Andrea*, 22 *de enero*.»

»Reconocido el individuo, el gobierno de Madrid espera de usted que se cumpla lo siguiente:

»1.° El alcalde de Arlajoza se hallará siempre dispuesto á obedecer las órdenes del hombre de la sortija.

»2.° Nunca permitirá que nadie, bajo ningun pretesto, vaya á molestarle á la solitaria vivienda del Barranco del Fraile.

»3.° Todas las noches mandará al alguacil, ó persona de su confianza, á la casa del Barranco, á recoger una nota que el hombre de la sortija dejará colgada del aldabon de la puerta, sirviendo inmediatamente lo que se le pida en la nota, y llevando una cuenta de los gastos que se le originen, que remitirá á Madrid á este gobierno, donde será satisfecha en el acto.

»Dios guarde á usted muchos años.—Madrid 1.° de diciembre de 186...—*El Gobernador*.»

—¿Qué tal? preguntó el alcalde.

—¡Ya! ¡ya! esclamaron sus compañeros, haciendo cada uno un gesto espresivo.

—Pues escuchad la mia, dijo el médico.

Y se puso á leer.

«Señor don Ciriaco Panyagua: Muy señor mio. Si algun dia se presenta en ese pueblo una persona y enseña á usted una sortija de oro con una perla negra y una inscripcion que dice: «*Andrea*, 22 *de enero*,» la servirá en todo y por todo cuanto le pida; pero de ningun modo vaya á visitarla ni molestarla á su vivienda del Barranco del Fraile.

»Si esta recomendacion le originara algunos gastos, serán satisfechos tan pronto como usted avise.

»Esto es lo que espera de usted el director de Beneficencia.—Su amigo y seguro servidor, etc., etc.»

—Pues ahora, esclamó el cura antes que comenzaran los comentarios de sus amigos, escuchen ustedes:

Y se puso á leer.

«Al hermano en Jesucristo fray Cirilo Ronquillo, cura de Arlajoza. Salud.

»Católico hermano nuestro: Por cuanto á nos conviene, se os manda que al propietario de una sortija de oro con una perla negra, alrededor de la cual se lea: «*Andrea*, 22 *de enero*,» le sirvais y protejais en todo cuanto esté á vuestro alcance.

»Tendreis buen cuidado de apartar á vuestros fieles de la curiosidad que el retraimiento del hombre que se os recomienda pudiera incitar. Jamás le visitareis en su vivienda del Barranco del Fraile, y si alguna vez tropezárais con él, apartareis de él los ojos, como no os mande otra cosa.

»Esperamos, hermano, que cumplireis fielmente la comision que se os confia.

»Dios os guarde y proteja.—Vuestro, etc., etc.»

Y el cura, el médico y el alcalde se quedaron mirándose con toda la característica espresion de la curiosidad.

—¿Y qué piensan hacer ustedes si se presenta ese misterioso señor? preguntó el alcalde despues de una pausa.

—Yo, cumplir en todo las órdenes del oficio, respondió el médico.

—Yo lo mismo, dijo el cura.

—A veces se me ocurre si será un príncipe estranjero desterrado.

—Puede que sea un conspirador temible.

—Hombre, en ese caso nos lo hubieran recomendado de otro modo.

—Tiene usted razon: es inútil que nos perdamos en conjeturas.

—Lo mejor es esperar: él debe venir, y entonces...

Indudablemente los comentarios hubieran continuado, á no distinguirse á lo lejos un ginete que al parecer se encaminaba hácia el pueblo.

El sol, próximo á su ocaso, despedia oblícuamente sus rayos sobre la roca donde se hallaban los tres personajes que nos ocupan.

El médico, que al parecer tenia mejor vista que sus compañeros, se puso la mano en forma de pantalla sobre los ojos, y dijo:

—¡Calla!... aquel ginete parece que se dirige hácia aquí.

—Efectivamente, sube por la vereda, repuso el alcalde.

—Pues no es del pueblo, objetó el cura.

Y á un mismo tiempo, con marcada espresion de asombro, esclamaron los tres:

—¡Si será!...

Y todos dirigieron con avidez las miradas á la tortuosa vereda que, arrancando en la vega, venia á morir en las eras del pueblo.

El ginete tenia que pasar con precision por delante de los tres prohombres de Arlajoza.

La fortuna favorecia sus deseos.

Se resolvieron, á esperarle para salir de dudas.

El modesto reloj de la torre del pueblo acababa de dar las cuatro de la tarde.

Quedaba muy poco sol: la noche se echaba encima á pasos de gigante.

El ginete continuaba su camino.

Examinemos nosotros al nuevo personaje, pero esteriormente, pues un pasamontañas de piel de nutria le tapaba casi por completo el rostro, dejando ver tan solo dos ojos negros y brillantes y el estremo de una barba fina y negra como los ojos.

El caballo que montaba era una robusta jaca de dos cuerpos, de pelo fino castaño, careta, que marchaba con soltura ese cómodo y *cundidor* paso castellano que tanto se aprecia en las caballerías.

Los arreos eran puramente de campo, lomillos y manta morellana, grandes alforjas á la grupa forradas de hule, y un cabezon de color de avellana con adornos de cerda.

Colgaba de la grupa una escopeta de dos cañones, y cami-

naban alrededor de la jaca dos perros: un podenco y un pachon de verdadera raza navarra.

El ginete vestia un cómodo chaqueton de paño de Santa María de Nieva, un calzon bombacho de la misma tela, unas botas que le subian algunas pulgadas mas arriba de las rodillas, y un chaleco estezado.

Sobre las alforjas llevaba una maleta de piel de vaca.

Todo en el viajero indicaba que era un cazador, pertrechado para una larga espedicion.

Seguia subiendo sin ocuparse del camino, las riendas sueltas sobre el cuello del caballo, y las manos, cubiertas por unos guantes de gamuza, apoyadas en el arzon del aparejo.

Sus ojos, aunque grandes y resplandecientes, tenian una dulce espresion de triste melancolía, y la vaguedad de su mirada denotaba que su pensamiento debia hallarse preocupado.

De vez en cuando se alzaba sobre los estribos como para medir la distancia que le separaba del pueblo, ó enterarse de las angostas veredas que, como otras tantas venas del monte, indicaban los pasos de los barrancos.

Don Ciriaco, don Cirilo y don Cipriano no le quitaban ojo, como suele decirse; y si el caballo del viajero hubiera corrido segun sus deseos, indudablemente la travesía se hubiera efectuado en un vuelo.

En las cartas de recomendacion no se les habia dicho que el misterioso huésped del Barranco del Fraile se presentaria en el pueblo de este ó del otro modo, ni si era alto ó bajo, feo ó hermoso, blanco ó moreno.

A juzgar por la importancia que le daban, la verdad es que les hubiera hecho mas efecto verle llegar en un globo aereostá-

tico, ó bien en una carroza tirada por seis caballos de pura sangre; pero Arlajoza estaba demasiado alto para ser escalado por una carroza, y en cuanto al globo, el misterioso personaje no habia descubierto la manera de darle direccion.

Cabia, pues, en lo posible que el hombre de la sortija, tan recomendado en las carta-oficios, fuera el que tan vulgarmente subia por la empinada cuesta.

Ya no estaba lejos.

El caballo, sin dejar su ligero paso, parecia dirigirse hácia las eras.

Indudablemente aquel hombre iba al pueblo y no era del pueblo: podia ser, pues, el que esperaban: podia ser tambien un cazador.

La duda iba á disiparse: la incertidumbre tocaba á su fin, y segun sus cálculos no debia tardar mucho el instante deseado.

Por un momento se perdió el ginete de vista á los que estaban en la roca.

Esto era la prueba de que iba á presentarse delante de ellos, porque formaba un recodo el camino, vadeando la tapia de un corral convertido en ruinas, y luego se entraba en las eras.

Los tres prohombres de Arlajoza estiraron el cuello como las garzas cuando barruntan el perro del cazador.

Iban á verle la cara: esto era el complemento de la felicidad, porque la fisonomía siempre revela alguna dote del alma.

El ginete se presentó de repente delante de los tres *caciques* de Arlajoza.

Allí detuvo el paso del caballo, y se quedó mirándoles.

Ellos hicieron lo mismo, pero sin ver mas que unos ojos grandes y espresivos y un poco de barba negra y fina como la seda.

Todos á la vez apartaron los ojos de aquel rostro que se presentaba con una careta de piel de nutria, y dirigieron las miradas á las manos en busca de la sortija.

Pero ay! aquellas manos se hallaban cubiertas tambien por unos guantes.

El estranjero saludó con la cabeza, y los tres prohombres se pusieron en pié para demostrarle sin duda que la urbanidad y la educacion no eran estrañas en Arlajoza.

—Buenas tardes, señores, dijo el estranjero con una voz varonil, clara y serena. ¿Es por casualidad alguno de ustedes el alcalde de este pueblo?

—Servidor de usted, caballero, contestó el alcalde saludando.

Mientras tanto el del caballo, que se habia fijado en el alzacuello azul y blanco del cura, continuó de este modo:

—Segun parece, es usted el cura del pueblo.

—Para servir á Dios y á usted, caballero.

—Celebro infinito esta casualidad que me ahorra una molestia, dijo el estranjero. Solo me falta el médico, y de ese modo diria, valiéndome de una frase vulgar, que habia matado tres pájaros de una pedrada.

Aunque la comparacion de pájaros no les hizo mucha gracia, la curiosidad pudo en aquel momento borrar la pequeña ofensa, que en otras circunstancias el alcalde hubiera castigado con tres dias de cárcel, el cura con su anatema, y el médico con un laxante; pero este se adelantó, y dijo:

—Yo soy el médico, caballero.

—¡Ah! pues entonces.

Y el hombre del caballo se quitó un guante, y sacando de uno de los dedos una sortija de oro con una perla negra, continuó:

—Vean ustedes esto.

El alcalde, el cura y el médico se abalanzaron, miraron la sortija y se descubrieron: tenian delante al hombre misterioso.

—Ahora, señores, continuó el estranjero, advertiré á ustedes que el que bien quiera servirme, debe ser sordo, mudo y ciego.

Y diciendo esto, dirigió la cabeza de su caballo por una vereda que conducia al Barranco del Fraile.

Los prohombres de Arlajoza se quedaron con la boca abierta, mirándose los unos á los otros.

El hombre misterioso acababa de poner un punto final á su curiosidad.

CAPITULO II.

SORDO, MUDO Y CIEGO.

Por espacio de cinco minutos, es decir, durante todo el tiempo que el hombre de la perla, su caballo y sus perros tardaron en perderse de vista, los tres prohombres de Arlajoza no abrieron la boca, ó por mejor decir, no se sirvieron de la lengua, porque abierta y bien abierta les dejó la boca la última frase del misterioso estranjero.

—Todo nuestro gozo en un pozo, esclamó el alcalde, que era más filósofo que sus compañeros.

—Nos ha chafado, repuso el médico.

—Sí, efectivamente, nos dejó pegados á la pared, dijo á su vez el cura haciendo un gesto bastante significativo.

—Puesto que ese señor quiere los servidores sordos, mudos y ciegos, lo que á nosotros nos compete en estos casos...

—Es no ver.

—Y no hablar.

—Y no oir.

—Pero preciso será que confiesen ustedes, objetó el alcalde, que todo eso es muy difícil cuando la curiosidad retoza dentro del cuerpo.

—Y sobre todo, en un pueblo de corto vecindario ¿quién sujeta á la gente? repuso el alcalde.

—En fin, Dios dirá, dijo á su vez el cura.

—¡Cosa mas estraordinaria! esclamó el alcalde, que parecia profundamente preocupado.

—Yo puedo confesar á ustedes que estoy aturdido, repuso el cura.

En cuanto al médico, se encogió de hombros y dijo:

—Lo que sea sonará: yo pienso atenerme en todo al contenido de la carta.

—Y yo, dijo el cura.

—Yo tambien, repitió el alcalde.

—Entonces, mandará usted esta noche al alguacil.

—¡Está claro! esa es una de las cláusulas mas importantes del oficio.

—Soy de parecer que nos dirijamos al pueblo, porque ya ha cerrado la noche, propuso el cura.

Y como al alcalde y al médico les pareció muy oportuna la proposicion del sacerdote, se encaminaron hácia el pueblo, haciendo comentarios sobre lo que ya conocen nuestros lectores.

En los pueblos de corto vecindario, donde no hay casinos, ni teatros, ni cafés, ni círculos políticos ó *comités*, como se dice ahora, tienen la sana costumbre de trasnochar poco y madrugar mucho.

La noche para el descanso, el dia para el trabajo. Este es un precepto tan moral como higiénico, que los vecinos de Arlajoza no tenian en olvido.

Sin embargo, don Cipriano, que habia cenado poco aquella noche, respondiendo con cortados monosílabos á las preguntas afectuosas de su mujer, se paseaba distraido por la cocina, en cuya ancha y cómoda chimenea ardia una buena lumbre.

El hombre de la sortija le tenia preocupado.

La esposa del alcalde era una de esas mujeres que no teniendo por qué ruborizarse á los ojos de su marido, se creen con el derecho de saberlo todo.

Así es que le preguntó cien veces la causa de su malestar, á lo que le contestaba el alcalde:

—Ya te he dicho que no tengo nada: véte á dormir, déjame en paz.

—Tú no estás en cajas, Cipriano, le dijo por fin cuadrándose delante de su esposo é impidiéndole que continuara los paseos.

—Pero, mujer, ¿es posible que tu curiosidad se halle siempre dispuesta á introducirse en el interior de mi pensamiento?

—Hijo mio, ¿y para qué nos hemos casado nosotros?

—Para muchas cosas que no son del caso en esta situacion y que yo no necesito repetirte, porque tú lo sabes muy bien: te ruego, pues, que te retires: yo espero al alguacil, á quien he de comunicar órdenes muy urgentes para la tranquilidad del pueblo.

—Bien! está bien! muy bien, esposo mio: voy á retirarme, y si no quieres venir á reunirte conmigo hasta el dia del

juicio final, seguro puedes estar de que Dórotea Rubio no ha de ir á buscarte.

El alcalde se encogió de hombros haciéndose superior á su mujer, que por via de despedida le dedicó uno de sus usuales requisbros.

Quedó sola la primera autoridad de Arlajona, pasando la cocina y sin poder borrar de su imaginacion el misterioso viajero que tan buenos padrinos tenia en la córte.

Serian las nueve de la noche cuando llamaron á la puerta, y abrió el mismo don Cipriano, pues esperaba al alguacil.

Efectivamente, él era.

Llamábase Pascual Zingotita, pero en el pueblo se le conocia por el apodo de *Sudamiel*, herencia que disfrutaban tres generaciones de Zingotitas.

El alguacil Zingotita ó Sudamiel, porque de ambas maneras se le nombraba en el pueblo, era un hombre de esos cuya fisonomía es un problema difícil de resolver.

Sentado al sol y envuelto con su capa en el mes de enero, parecia un viejo; jugando á la pelota en mangas de camisa en las tardes de verano, tenia todo el aspecto de un mozo de diez y nueve años.

Su fisonomía cambiaba como las estaciones, y no tenia en estos cambios poca influencia la ágil navaja del barbero del pueblo.

Zingotita, recien afeitado, era un hombre alegre, sano, casi feliz. Con la barba de una semana se le creia enfermo, viejo y desgraciado.

Estos cambios daban motivo á ciertas bromas en la sala del ayuntamiento.

Pero Sudámiel era sufrido como un suizo, y cuando se le preguntaba la edad que tenia, contestaba sonriéndose:

—No puedo decirlo á punto fijo, pero puedo asegurar que era alguacil el año 30.

Segun el cálculo de los viejos del pueblo, Pascual Zingotita debia tener cincuenta años.

El alguacil Zingotita era supersticioso como un chino y avaro como una hormiga.

Su sueño incesante, su afan insaciable, se reducia á tener *mil duros*, cantidad fabulosa para él, y que no habia podido reunir.

Dios castiga sin palo, y las miserias y picardigüelas que hacia Zingotita para reunir la talega, su tipo soñado, fueron siempre inútiles, pues apenas reunia cien duros, llovia una calamidad sobre su individuo que le dejaba pobre como antes de comenzar las economías.

Por lo demás, era un hombre de bien, y de vez en cuando dejaba caer durante la misa mayor algun ochavo en el cepillo de las ánimas.

El alguacil entró en la cocina, rebozado con su capa de paño pardo.

—Gracias á Dios, señor Pascual, gracias á Dios; yo estaba impaciente: ¿dónde diablos se ha metido usted esta noche?

Pascual Zingotita miró recelosamente en derredor suyo, y dijo bajando la voz:

—Señor alcalde, voy á hacer á usted una pregunta.

—Mas valdria que me diera usted una respuesta.

—Pues por lo mismo pregunto, para responder con más seguridad.

El tono misterioso del alguacil llamó la atencion del Alcalde, que no las tenia todas consigo desde la presentacion en el pueblo del hombre de la sortija.

—En fin, ¿qué ocurre? preguntó don Cipriano con impaciencia.

—Yo no puedo decirlo, pero debe ser muy grave.

—¿Acabará usted, con un pil de á caballo?

—Tenemos un hombre en el término, yo calculo que debe ser un conspirador.

El alcalde alargó el cuello como los gansos cuando despiertan, demostrando con esta elasticidad de músculos que comenzaba á interesarle la conversacion.

—Esplíquese usted, señor Zingotita, con claridad, sin rodeos, sin comentarios y todo lo mas pronto que le sea posible.

—Pues bien: esta noche, á eso de las ocho, venia yo por una vereda que cruza el Barranco del Fraile; la noche está oscura como puede usted ver asomándose á la ventana.

—Bien, sí, adelante.

—A pesar de la oscuridad divisé un bulto que trepando de roca en roca se dirigia á la cumbre del monte; detrás de este bulto caminaban dos perros, ó cosa parecida: yo creí que era un ladron, y como no llevaba armas, calculé que debia ser prudente.

Zingotita tomó aliento, y como el alcalde no desplegaba los labios, continuó de este modo:

—Llegó el bulto, fantasma ú hombre, á la cumbre de la montaña, y de repente salió del sitio que ocupaba una culebra de fuego, que echando chispas se perdió con increible rapidez en el firmamento. Yo me santigüé, porque aquella culebra

me pareció que despedia cierto tufillo á azufre poco cristiano.

—Usted es un visionario, repuso el alcalde.

—Le digo á usted, señor don Cipriano, que vi la culebra de fuego tan claramente como le estoy viendo á usted; y cuidado que á mí me ganan pocos á ver de lejos, porque tengo una vista que ni la de un lince.

El alcalde, que habia escuchado el relato de Zingotita frente á frente, volvió á continuar sus paseos.

El alguacil se puso tambien á pasear, pero guardando una respetuosa distancia.

—¿Con que dice usted que una culebra de fuego? volvió á preguntar don Cipriano despues de una corta pausa.

—Sí señor, que se perdió en la oscuridad del firmamento.

—¿Y despues?

—Despues yo permanecí oculto detrás de una roca, porque, á la verdad, tenia ser descubierto por aquel sér fantástico que tales entretenimientos tenia á semejantes horas.

—¿Y qué vió usted?

—Nada, ó poco menos que nada. El fantasma descendió de la cumbre del monte, seguido de sus perros, tomó por una vertiente del barranco con grave peligro de desnucarse, y se metió en la nueva casa que se ha construido en aquel sitio.

—¿Y qué mas? volvió á preguntar el alcalde.

—Dentro yo tenia cierto temor, pero me fuí acercando á la casa, empujado por la curiosidad y el celo natural que corresponde á mi destino de alguacil... porque, señor don Cipriano, nosotros debemos velar por la tranquilidad pública, y ese hombre, caso que lo sea, no debe hacer todo eso con buen fin. Así, pues, me acerqué hácia la casa...

—¡Desdichado! esclamó el alcalde deteniéndose con ademan amenazador delante del alguacil, que dió un salto hácia atrás como si le hubieran embestido con una lanza. ¡Desdichado! repitió el alcalde: ¡desdichado de usted, si la curiosidad le conduce hasta el punto de aplicar el ojo á la cerradura, porque estamos perdidos!

Zingotita estuvo á punto de desmayarse. Nunca habia visto tan descompuesto al alcalde.

—¡Pobre de mí! tartamudeó: yo no he visto nada. Confieso que tuve intencion de mirar por la cerradura; pero algunos pasos antes de llegar á la puerta ladraron los perros, y temeroso de ser descubierto, eché á correr como un galgo y vine á dar parte á usted de todo lo ocurrido, por si era menester tocar á rebato y reunir en la torre de la iglesia los vecinos honrados del pueblo.

—Lo que es menester, señor Zingotita, es que sea usted mudo, sordo y ciego.

El alguacil perdia cada vez mas terreno.

El sacrificio que le imponia el alcalde era terrible: era una crueldad, una inhumanidad inquisitorial querer privarle de los tres sentidos mas expeditos que poseia: la lengua, los oidos y los ojos.

—Escuche usted bien lo que voy á decirle, señor Pascual: ese hombre ó fantasma que ha visto usted en el Barranco del Fraile, debe serle sagrado, respetado; ¿lo entiende usted? sagrado y respetado.

—Está bien, señor don Cipriano; no lo olvidaré.

—Si alguna vez le encuentra usted ante su paso, aparte de él los ojos y retroceda.

—Está bien, señor don Cipriano.

—Jamás el débil deseo de la curiosidad debe incitar á usted á mirar lo que sucede en el interior de la casa del Barranco del Fraile, ni por cerradura, ni por rendija, ni por quicio de ventana.

—Está bien, señor don Cipriano.

—Todas las noches, despues de las oraciones, tomará usted la vereda que conduce al barranco citado, llegará usted á la puerta de la casa nueva, tentará el aldabon y encontrará un papel, que me traerá inmediatamente, sin detenerse á averiguar nada mas.

—Está bien, señor don Cipriano; pero dispense usted: se me ocurre una duda.

—Sepamos qué duda es esa.

—Por ejemplo: si cuando voy á echar mano al aldabon me descerrajan un tiro por la ventana, ¿qué hago?

El alcalde tomó esa actitud reflexiva del que tropieza con una dificultad imprevista, y dijo:

—Efectivamente, no habia pensado en ello.

Y continuó sus paseos.

De pronto se detuvo, y esclamó:

—Tengo un medio. Cuando se halle usted cerca de la puerta, dirá usted en voz alta: «Soy el alguacil, que vengo por la órden.» Esto le prevendrá para no cometer una grave equivocacion.

—Se hará como usted lo dice; pero...

—No hay pero que valga, señor Zingotita; tengo órdenes superiores que cumplir, y si usted ó yo morimos en esta ocasion, bien muertos estaremos.

El alguacil iba de sorpresa en sobresalto: ó el alcalde se había vuelto loco, ó el caso era mas grave de lo que parecía.

—Con que ya lo sabe usted: todas las noches hará usted lo que acabo de encargarle.

—¿Todas las noches? repitió Zingotita.

—Todas, empezando por esta.

El alguacil se rascó el cogote, calculando que la comision que se le encargaba tenía mas de un escollo.

—Con que, señor Pascual, creo prudente que no pierda usted tiempo, y por si á un caso, llévese debajo de la capa la carabina, como si fuera usted de ronda.

—Está bien, está bien, señor don Cipriano; iré al Barranco del Fraile, que al fin y al cabo mi obligacion es cumplir las órdenes de usted.

—Justamente: con que puede usted marcharse, y tenga presente que le estoy esperando con el papel consabido.

Zingotita hubiera de buena gana hecho dimision de su destino, á no impedírselo su decoro alguacilesco.

Pero como el alcalde le indicó la puerta con un ademan imperioso, acachó las orejas, como vulgarmente se dice, y salió resuelto á cumplir la comision.

CAPITULO III.

Pascual Zingotita, alias Sudamiel, se encaminó á su casa en busca de la carabina, leal compañera que debia defenderle aquella noche de los peligros que indudablemente iba á correr.

Cuando llegó á su casa su mujer se habia acostado.

Zingotita cogió la carabina sin meter ruido, y aunque de buena gana hubiera dado un abrazo á su esposa, por si era el último, salió sin despertarla.

La noche estaba oscura como un corazon sin porvenir y sin esperanzas.

Noche de esas en que ni la luna ni las estrellas existen para los pobres habitantes de la tierra.

Cuando Zingotita pisó la calle se santiguó con la fé de un hombre supersticioso y fanático, y el nombre de un santo que no recordamos fué pronunciado por su lengua.

Embozado hasta las cejas, porque se dejaba sentir el frio,

se dijo con la resolucion del cobarde que se decide á terminar una empresa arriesgada:

—¡Ánimo, Pascual! el porvenir, mejor dicho, la subsistencia de tu familia, depende del buen cumplimiento de tu difícil cargo: por mi voluntad me iria mejor á dormir que al Barranco del Fraile... no me gusta ni pizca el misterioso personaje que por allí vaga: pero ¿qué se diria de un alguacil, hijo de alguacil y nieto de alguacil, si se supiera que tenia miedo? No, no: ¡jamás dejaré caer semejante borron sobre el nombre de mis antepasados!... nunca legaré á mis hijos semejante infamia. Vamos allá; y si es preciso, sabré morir como bueno.

Y Zingotita se santiguó con mano insegura por segunda vez, como si fuera á luchar cuerpo á cuerpo con el mismo Satanás, y siguió adelante su camino.

Afortunadamente el alguacil era hijo del país y conocía al dedillo todas las revueltas, veredas y malos pasos del término, de modo que aunque la noche era entre clara y oscura, recto como una flecha se encaminó al Barranco del Fraile.

Distaba el punto indicado un cuarto de legua del pueblo, aunque por el mal terreno se empleaba mas de media hora en llegar, y no dejando ese paso que cunde.

Zingotita no las tenia todas consigo, porque los fuegos misteriosos de la cumbre de la montaña le tenian bastante inquieto.

Caminaba, pues, como el cobarde que teme caer en un abismo.

De vez en cuando se detenia sobresaltado por uno de esos ruidos inesplicables de la noche, y abriendo desmesuradamen-

te los ojos, dirigia una mirada en derredor como buscando la causa de su miedo.

Cuando llegó al Barranco, cuando su pié se puso en la vereda que conducia á la casa misteriosa, se detuvo.

No hacia calor, pero Zingotita sudaba: fenómenos del miedo.

El alguacil estuvo á punto de volverse al pueblo sin desempeñar la comision que se le habia confiado, pero como siempre hay algo de valor en el corazon de un hombre pundonoroso, Pascual continuó su camino.

De pronto, se oyeron en medio del silencio de la noche ladridos de perros.

—Es indudable, se dijo el alguacil deteniéndose de nuevo, que ese hombre ó diablo que habita la casa misteriosa, me ha oido, ó al menos sus perros.

Y diciendo esto se detuvo, y como si una idea luminosa asaltara su mente, se rascó el cogote, actitud característica y propia de la indecision.

Afortunadamente para Zingotita callaron los perros, y continuó su camino, pensando que el alcalde no habia de ser tan mal intencionado que le diera comisiones comprometiendo su existencia.

Este pensamiento le tranquilizó, aunque no del todo, porque cuando un miedo que casi puede llamarse superlativo se estiende por todo nuestro cuerpo, se raciocina con poca lógica.

Zingotita llegó hasta unos diez pasos de la casa.

El silencio era imponente.

Ni un soplo de viento en el Barranco, ni una estrella en el cielo, ni un acento humano en aquella casa que se destacaba

en medio de la sombra como un fantasma evocado de entre las grietas de las rocas.

Zingotita hizo un esfuerzo poderoso y avanzó, diciendo para sí aquella célebre frase de Francisco I: *Que se pierda todo menos el honor.*

Y diciendo esto, encontróse frente por frente de la cerrada puerta de la casa, y estendiendo la mano buscó lo que se le habia encargado que buscara, es decir, el papel.

Zingotita no pudo contener un grito de gozo: para el atemorizado alguacil se hallaba resuelto el problema.

Era, por decirlo así, un hombre feliz: habia encontrado la piedra filosofal.

Solo el que haya esperimentado grandes alegrías, podrá comprender el gozo de Zingotita.

Sus manos oprimian el codiciado tesoro: la cuestion de honra estaba resuelta: el pan de sus hijos, asegurado: su dignidad incólume.

Podia retroceder sin vergüenza, llegar al pueblo, lleno de natural orgullo, y decirle al alcalde: aquí está la cosa; he cumplido con mi deber.

Sin embargo, permanecia como endlavado delante de aquella puerta fatal.

La curiosidad ó el miedo paralizaban sus piernas.

De repente dió un salto, como si hubiera visto brotar de sus piés y agitarse, las siete cabezas de una venenosa hidra.

El movimiento de Zingotita fué tan rápido que faltó poco para que se cayera de espaldas en el profundo barranco.

Pero afortunadamente no sucedió así, pues el alguacil se alejó de la casa misteriosa, venciendo tres varas de cada zancada.

Lo que le habia causado tan superlativo pánico no era otra cosa que el cañon de una escopeta que asomando por el angosto ventanillo de la puerta, amenazaba destrozar su pecho, y una voz humana que le gritó de un modo poco cariñoso:

—La curiosidad cuesta la vida en este barranco.

Zingotita, á pesar de lo escabroso del terreno, llegó al pueblo en menos de un cuarto de hora.

El miedo tiene alas; y no es eso lo mas estraño, sino que un hombre que huye en alas del miedo, tiene ojos en los piés, porque su paso es tan ligero como seguro; no tropieza, vence obstáculos increibles: solo alguna vez acontece que se estrella.

Zingotita llegó á Arlajoza sin tropezar, pero en un estado lastimoso.

Apenas podia respirar.

El alcalde se paseaba aún por la cocina cuando vió entrar de tan descompuesto modo al alguacil.

—Parece que viene usted fatigado, señor Pascual, le dijo.

El alguacil, que se ahogaba, dejóse caer en el poyo del hogar, libertad que el alcalde le dispensó en gracia al estado en que venia.

—¿Pero qué ha sucedido? volvió á preguntar el alcalde, que comenzaba á impacientarse.

Zingotita por única respuesta agitó la mano en direccion al alcalde, y como este viera que aquella mano le enseñaba un papel, le cogió y se puso á leer para sí, mientras el alguacil recobraba las perdidas fuerzas.

El contenido de la carta no podia ser mas lacónico; decia así:

«No necesito nada: el ruido de los hombres me molesta mu-

cho mas que la religiosa armonía de los campos; el mayor servicio que puede usted hacerme, es olvidarme: figúrese usted que me he muerto.—*Fausto.*»

—Pues señor, esclamó el alcalde, despues de esta carta creo que lo mas conveniente, es irnos á dormir. Con que, buenas noches, señor Pascual.

El alguacil se levantó y encaminóse hácia la puerta.

El alcalde le acompañó, y cuando le vió salir corrió el cerrojo.

Luego se fué á su dormitorio, y es fama que aquella noche tuvo un sueño espantoso que no quiso revelar á nadie.

. . . . . .

Al dia siguiente se reunieron, segun costumbre, en la roca de la era los tres prohombres de Arlajoba.

La conversacion recayó, como era consiguiente, sobre el misterioso personaje del Barranco del Fraile.

El alcalde refirió lo que sabia, es decir, casi nada, pues no pudo hacer otra cosa que leer la carta á sus amigos.

—Con que sacamos en limpio, dijo el cura, que ese señor se llama Fausto.

—Yo supongo que será un nombre supuesto, objetó el médico.

—Opino lo mismo que usted, señor don Cirilo.

—Yo creo, amigos mios, repuso el cura, que aquí lo que conviene es dar tiempo al tiempo.

—¡Diantre! me parece que no podemos hacer otra cosa, porque anoche, segun parece, el pobre Zingotita se detuvo un poco mas de lo regular delante de la misteriosa puerta de ese señor

Fausto, y le avisaron unos cañones de escopeta que allí estaba de mas.

—¡Hola!

—Segun ustedes oyen, el bueno del alguacil no es ningun Cid, y tomó las de Villadiego como alma á quien persiguen los malos, hasta llegar á mi casa jadeante y sin aliento.

—Vaya, vaya, ¿saben ustedes que esto se va complicando?

—Yo daria un doblon por saber lo que hace ese hombre en la casa.

—Yo tambien.

—Y yo lo mismo.

—La curiosidad es mal consejero.

—Sin embargo, creo muy prudente que no nos arriesguemos á vigilar los pasos de ese Fausto.

—Oh! eso, por supuesto.

—Sobre todo, teniendo escopeta.

—Si ayer se contentó con apuntar, ¿quién sabe si mañana dispararia.

—Es lo mas probable.

Y el médico, levantando la cabeza, dirigió una mirada hácia la vega.

—¡Calla! dijo: otro huésped tenemos. ¿No veis ustedes un que sube hácia el pueblo?

—Efectivamente: parece un cazador.

—Y lo es.

—¿Quién será?

—Pronto lo veremos: pero me parece que no es del pueblo.

—¡Oh! eso, de seguro vendrá de Madrid, la facilidad con que se viaja hoy, tiene en continuo movimiento á los cazadores.

Mientras tanto, el hombre que subia por la vereda con la escopeta al hombro, llegó á la era y se detuvo.

—Dios guarde á ustedes, señores, dijo con un acento marcado aragonés, y un desenfado que olia á tres leguas á militar: ¿me sabrán ustedes dar razon cuál de esas veredas es la que conduce al Barranco del Fraile?

Antes de contestar á esta pregunta, se miraron los tres amigos con marcado asombro.

El hombre que tenian delante era un jóven de veintiseis á veintiocho años, alto, robusto, con una cabeza perfectamente colocada sobre los hombros, barba espesa y negra, ojos pequeños, pero vivos y llenos de malicia.

Vestia el traje de un cazador montuerio: calzon de paño bastante viejo, borceguíes de piel de vaca, botines de cuero, chaleco de pana y chaqueton de paño burdo con coderas y solapas de beludillo verde.

Llevaba un morral de cuero viejo y manchado, y una canana bordada en seda, á la andaluza.

Su escopeta, estremadamente larga de cañon, con boca acampanada y punto en forma de estrella, tenia la llave con los muelles por fuera, y mirándola con detencion se conocia que habia sido de chispa.

El alcalde tomó la palabra para contestarle lacónicamente.

—De esas dos veredas, tome usted la de la derecha y despues de media hora de camino á buen paso, se hallará usted en el sitio que busca.

Dió el cazador las gracias con desembarazo, y girando con agilidad sobre los talones, como un soldado cuando oye la voz de su jefe, siguió el camino indicado.

—Pues señor, esclamó el médico, la cosa se complica; ya no es uno, que son dos.

—Señores, objetó el cura, esto es preciso saber lo que significa.

En cuanto al alcalde, se encogió de hombros, y sacando la petaca se contentó con decir:

—Fumemos.

La idea de la primera autoridad de Arlajoza debió parecer muy aceptable, pues todos sacaron las petacas.

CAPITULO IV.

UNA ESPERANZA, UN DESENGAÑO Y UNA OBRA DE CARIDAD.

A la mañana siguiente se presentó en casa del alcalde el mismo hombre que le habia preguntado la víspera por la vereda del Barranco del Fraile.

—Buenos dias tenga usted, señor alcalde, le dijo con acento vibrante.

El alcalde se dijo para sí:

—¡Hola! este es el de ayer: ¿qué querrá?

Y alzando la voz continuó:

—Buenos los tenga, buen amigo: ¿qué se ofrece?

—Vengo de parte del hombre de la sortija.

—¡Ah! esclamó el alcalde sin poderse contener: ¿y qué se le ocurre á ese buen señor?

—Muy poca cosa... mi amo, porque amo mio es el señor de la sortija, tiene una jaca cordobesa que la quiere como á las niñas de sus ojos: la jaca está mal donde está, y como para

cazar por estos vericuetos maldita la falta que nos hace; mi amo me ha dicho: «vete al pueblo, y dí al señor alcalde si quiere tenerme la jaca en su cuadra hasta que yo se la pida.»

—¿Y por qué no puede usted traerla cuando guste?

—La he traido y la tengo atada á los hierros de la reja, porque la *Sultana* es manso como una oveja, pero cuando se le aplica la espuela corre como un rayo.

Pareciéle al alcalde un muchacho muy francote el criado del hombre de la sortija, y tuvo la idea de captarse su confianza.

—Pues nada, dijo: puede usted entrar la jaca cuando guste, que aquí se le tratará á cuerpo de rey, aunque sea mala comparacion.

—¡Ah! se me olvidaba decir que la Sultana toma todos los dias cuatro piensos de á cuartillo y una empajada, por la noche, de salvado; en cuanto á la limpieza, ha de ser diaria: mi amo abonará todo cuanto sea.

—Puede usted decirle que pierda cuidado.

—Me dijo tambien que no se moleste usted en enviarle á nadie por las noches, pues como ahora estoy yo aquí, vendré por todo lo que ocurra: con el permiso de usted, voy á entrar á la Sultana á la cuadra.

El alcalde se frotó las manos con muestras de alegría, creyendo sin duda que la verbosidad del criado iba á revelarle algo del misterioso personaje que le tenia preocupado.

Esperó en la sala con impaciencia, una hora próximamente.

Esta tardanza comenzó á disgustarle.

—Para atar un caballo á la estaca y echarle un pienso no

se necesita tanto, se decia sin apartar sus ojos de la puerta.

Pero todo fué en vano: trascurrió hora y media y el forastero no parecia.

Harto de esperar, dirigióse hácia la cuadra.

Allí estaba la jaca perfectamente enmantada y con un buen pienso en el pesebre y una buena cama de paja larga.

El alcalde salió de la cuadra, volvió á la sala, y desde allí á la puerta de la calle: no vió al hombre que buscaba.

Preguntó por él: nadie le habia visto.

Don Cipriano comenzó á dar vueltas como si hubiera recibido un golpe en la cabeza.

Creyendo que todo aquello habia sido un sueño, hijo de la curiosidad que le devoraba, tornó á la cuadra.

Allí estaba el caballo, y se quedó contemplándole, y aun créo que le dirigió la palabra haciéndole alguna pregunta, que el noble animal tuvo á bien no contestar.

Por último, encaminóse á su despacho, y dejándose caer en un viejo sillon de baqueta, se cogió la cabeza con las dos manos, murmurando estas palabras:

—Ó yo sé quién es ese hombre, ó no me acuerdo más de él, ó me vuelvo loco.

En esta actitud reflexiva le encontró su mujer, que andaba recelosa con las distracciones del alcalde.

Estuvo contemplándole algunos instantes, como si deseara leer en el fondo del corazon de su marido, pero Cipriano, para su esposa era en aquellos dias un libro cerrado, y en vano perdia el tiempo en conjeturas.

Por fin, la alcaldesa se decidió á poner término á aquel silencio sepulcral, y dijo:

—¡Cipriano!

Pero Cipriano permaneció inmóvil.

Levantó un poco mas la voz, y repitió por dos veces el nombre de su marido.

Este levantó la cabeza con el disgusto del que despierta de un sueño cuando mas dulce comenzaba á ser.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo: ¿es posible que no me has de dejar un momento solo? Los hombres que como yo tenemos á un pueblo bajo nuestra responsabilidad...

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! esclamó la alcaldesa: hace muchos años que eres alcalde, y nunca te he visto como ahora; á tí te pasa algo, y eso es lo que yo quiero saber.

—¡Dorotea! ten la bondad de dejarme solo.

Dorotea, que era una mujer resuelta y varonil, tomó una silla, y sentándose cerca de su esposo, dijo:

—Figúrate que no quiero.

El alcalde le dedicó una mirada terrible, amenazadora, y repuso:

—Tengamos la fiesta en paz.

—Tengámosla como te dé la gana, pero yo no quiero verte de ese modo; tú no comes, tú no duermes, tú hablas solo... algo te sucede.

Indudablemente hubiera tenido lugar en casa del alcalde una de esas batallas domésticas que tan mal ejemplo dan á la vecindad, si no hubiera entrado el señor Zingotita desaforadamente en la sala, seguido de un pobre viejo leñador á quien llevaba casi á remolque.

—¿Qué es eso, señor Pascual? esclamó el alcalde: ¿entra usted por ventura en alguna cuadra?

—Pido perdon al señor alcalde, contestó algo confuso el alguacil, pero como este le ha visto y ha hablado con él, le traía...

Y el alguacil empujó al pobre leñador, que con la montera en la mano, no sabía lo que le pasaba.

—¿Con que tú le has visto? preguntó el alcalde.

El leñador miró al alcalde, y luego al alguacil.

—Pero ¿de quién habla el señor alcalde? preguntó el leñador.

—De quién ha de hablar? del hombre del Barranco del Fraile, del que te ha dado...

—¡Ah, sí! Dios le bendiga, volvió á decir el leñador, demostrando una inmensa alegría.

—¿Pero tú has hablado con ese hombre? preguntó el alcalde.

—Toma, lo mismo que hablo ahora con su merced.

—¿Llevaba la cara descubierta?

El leñador se rió con su ruda franqueza.

—Como nosotros, señor alcalde, y si he de decir la verdad, jamás he visto un hombre mas guapo.

—¿Será jóven?

—Es un mozo como el mismo sol, y mas bueno que el pan de flor: ¡oh! si no hubiera sido por él, indudablemente á estas horas mis pobres hijos no tendrían padre.

Y el montañés se llevó la callosa mano á los ojos para enjugarse una lágrima, hija sin duda de la gratitud.

El alcalde, á quien todo lo que tuviera relacion con el misterioso personaje del Barranco le interesaba vivamente, hizo sentar al montañés, mandándole que le relatara, sin olvidar el menor detalle, lo que le habia acontecido.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Entonces me cogieron entre los dos ....

—Pues ha de saber usted, señor alcalde, dijo el leñador tomando la palabra, que esta mañana, antes del alba, salí de mi casa con el hacha al hombro en busca de leña, porque los pobres en invierno ya sabe su merced que no tenemos otro recurso; llegué á lo mas alto del cerro del Frailes, que no clareaba. Sin embargo, me puse á mi hacha, diciendome así entrarás en calor, porque hacia mucho frio.

Me puse pues á trabajar de prisa y con fuerza. Habia escarchado mucho: el piso estaba resbaladizo, y como quise arrancar de raiz un gran chaparro que se hallaba en la vertiente del barranco, se me escurrió un pie, y fuí rodando hasta Dios sabe adonde, pues perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, era de dia claro: tenia la cabeza atontada, no veia bien: sin embargo, un hombre se hallaba junto á mí, el cual me dijo con dulzura:

—Animo, amigo mio, esto no es nada.

Y me puso una cosa en la boca. Yo bebí: era un licor muy fuerte, que me dió un gran calor en todo el cuerpo: mucho mas calor que el que da el aguardiente.

Yo quise incorporarme, pero me faltaban las fuerzas y no pude: pensé si me habria roto alguna pierna en la caida.—

Entonces oí que el que me habia dado á beber aquel licor tan fuerte hablaba con otro hombre que yo no veia, y le dijo:

—Trasladémosle á casa: este hombre ha estado á punto de ahogarse: tiene la sangre paralizada: necesita entrar en reaccion: está entumecido de frio.

Recuerdo muy bien estas palabras, que oí sin poder hablar. Entonces me cogieron entre los dos, y se me llevaron el uno de la cabeza y el otro de los pies.

No tardaron mucho en llegar á la casa del Barranco y me acostaron en una cama donde á fuerza de ropa y unas tazas de una cosa caliente que me dieron, comencé á sudar, recobrando pronto toda mi fuerza y lo que era mejor, la palabra, para darles las gracias por su caridad.

Luego, el que parecia el amo de los dos me hizo muchas preguntas sobre mi oficio, si tenia hijos, si era casado, y cuando se cansó de preguntarme me dijo:

—Usted es padre segun parece: el invierno es crudo: tome usted para que remedie con moderacion y cordura las necesidades de su familia; y ¡pásmese usted, señor alcalde! me puso en la mano cuatro onzas de oro, mas limpias y mas hermosas que el sol.

—¿Y usted las tomó? preguntó don Cipriano.

—Pues ya lo creo.

—Hizo usted bien: pero vamos á otra cosa: ¿qué vió usted en la casa?

—En cuanto á eso, señor alcalde, usted me perdonará si no digo esta boca es mia.

—¡Cómo! ¿se atreverá usted á desobedecerme?

—Aunque me meta usted en la cárcel: soy agradecido. Ese hombre del Barranco me sacó con riesgo de su vida nada ménos que de un hoyo de nieve adonde habia caido, me curó, me volvió la vida y me dió cuatro onzas: ¿y sabe usted lo que me exigió en pago de tantos favores?

—¿Qué le exigió á usted?

—Que fuera con respecto á su persona y á su casa, sordo, mudo y ciego; es decir, que no dijera nada y que nunca volviera por allí á darle las gracias, á no ser que la necesidad me

obligara á ello. Yo se lo juré, y el señor alcalde me perdonará si no abro la boca con respecto al hombre á quien le debo la vida y el bienestar de mi familia.

El alcalde no pudo seducir al leñador, y como no le quedaban mas que dos caminos, ó encerrarle en la cárcel, ó despedirle de su casa, optó por el segundo.

Cuando don Cipriano y su mujer se quedaron solos, la conversacion giró sobre el hombre misterioso del Barranco.

Pero dejemos así las cosas, y saltando por encima de algunos dias, vamos á encontrar nosotros al hombre de la sortija que tan preocupada tenia á la primera autoridad de Arlajoza.

CAPITULO V.

EN LA CUMBRE DE UN MONTE.

Mientras tanto, llegó la noche del 24 de diciembre.

La luna desde un cielo sin nubes bañaba con su clara luz la estensa vega y los jibosos montes cubiertos de nieve.

El frio era escesivo, ~~pero los~~ vientos reposaban en sus ignorados antros.

Todo estaba en calma: á lo lejos se escuchaban los religiosos ecos de las campanas del Escorial, de ese monasterio amasado con el sudor y la sangre de los súbditos de un rey fanático, de un monarca que quiso perpetuar la gloria de su reinado en los siglos venideros.

Los sencillos montañeses de Arlajoza recorrian las calles de su modesto pueblo esperando la Misa del Gallo: de ese santo sacrificio del Cristianismo que hace diez y nueve siglos practican los hijos del Evangelio; de esa gota de agua que brotó en

LA PERDICION DE LA MUJER.

A los piés de este hombre, tiritando de frio, se veian dos perros.

Bethlem y que luego fué la fuente salvadora donde aplacó la humanidad la sed del alma.

Los alegres cantares, el melodioso son de los rabeles, la bulliciosa algazara de las panderetas y las zambombas, llegaban confusamente al Barranco del Fraile.

Un hombre estraño á los cantos de alegría, indiferente á los sones religiosos de las campanas, sin ocuparse del penetrante frio de la noche ni de la nieve que lo cubria todo, se hallaba sentado en la cima de un monte sobre la última roca que en forma de turbante coronaba aquel atleta de la creacion.

A los piés de este hombre, tiritando de frio, se veian dos perros.

El misterioso personaje llevaba uno de esos capotones de marino con la capucha puesta, altas y gruesas botas de piel de caballo, y tenia una escopeta colocada sobre las rodillas.

Parecia hallarse abismado en profundas y tristes reflexiones.

Mas que un sér viviente, podia tomársele por una estátua de piedra, si de vez en cuando no hubiera entreabierto sus labios para dar paso á un suspiro, ó levantado la cabeza para dirigir una mirada vaga, indéfinida, hácia el cielo.

Luego, aquella cabeza caia sobre el pecho y se quedaba inmóvil.

La luna bañaba de vez en cuando con uno de sus claros rayos el semblante del solitario personaje.

Era un jóven de veinticinco á treinta años. Sus facciones varoniles y hermosas, revelaban esa sombría tristeza que trasmiten los sufrimientos morales.

Sus ojos, negros como dos gotas de tinta, carecian en aquel momento de espresion, como si la sombra que sobre ellos proyectaban las largas y espesas pestañas, apagaran ese fuego de la juventud que brota en el corazon y asoma á las pupilas.

Llevaba toda la barba, que era negra y fina, formando en el centro una especie de horquilla.

El color de sus mejillas era moreno claro, con esa palidez de la melancolía.

La frente despejada y serena y su nariz aguileña demostraban energía de carácter, resolucion y valor.

Sus labios eran gruesos, y sus dientes juntos y blancos.

Bastaba verle para comprender que era una persona distinguida, familiarizada con la elegancia de la moda y el trato de gentes.

Sin embargo, su traje no podia ser mas modesto; pero se adivinaba á través de su burdo capuchon y sus gruesas botas todo lo que llevamos dicho.

Trascurrió una hora sin que el personaje que nos ocupa cambiara de postura.

Parecia enclavado en la roca que le servia de asiento.

Uno de los perros exhaló un débil gemido de frio, y, cambiando de sitio fué á refugiarse, hecho una rosca, entre los piés de su amo.

El otro, mas sufrido ó mas fuerte, se contentó con levantar la cabeza y mirar á su compañero.

—¡Ah, pobre Suly! ¿tienes frio?... conozco que te doy malos ratos y que no eres tan fuerte como tu amigo Tom; bien es verdad que Tom tiene el pelo mas áspero y menos años que tú, ¿no es verdad, amigo mio?

Y el personaje misterioso acarició alternativamente las cabezas de los perros, mientras les dirigia las anteriores palabras.

Los perros agitaron las colas en señal de agradecimiento, permaneciendo echados á los piés de su amo, que volvió á caer en la profunda abstraccion de sus pensamientos.

La noche avanzaba y los cantares de los montañeses dejábanse oir como el lejano clamoreo de un pueblo regocijado.

El reloj de la torre dió nueve campanadas.

De pronto los dos perros levantaron las cabezas y se pusieron á escuchar.

Suly gruñó y se puso en pié.

Tom, despues de un momento de atencion, volvió á tomar su pacífica postura.

El misterioso personaje que habia notado el movimiento de sus leales compañeros, irguió la cabeza como para reconocer el terreno.

La luna era cada vez mas clara.

En los barrancos que nos ocupan no es estraño oir por las noches de invierno el estridente aullido de los lobos; pero aunque Suly continuaba produciendo un gruñido sordo, su amo, cazador esperimentado comprendió, que si bien alguno se acercaba hácia aquel sitio, no debia ser un enemigo.

Efectivamente, poco despues vióse subir por la ladera del barranco un hombre con la escopeta al hombro y el capote puesto.

Tom se levantó y ladró, pero cariñosamente, como si fuera á un amigo á quien se saluda, y no á un enemigo á quien se amenaza.

En este momento oyóse un silbido estraño, prolongado, como el de los chorlitos cuando se ciernen sobre la era que eligen durante las noches de invierno por posada.

El personaje que se hallaba en la cima del monte silbó del mismo modo, y como si no tuviera ni nada que temer ni nada que esperar, dobló la cabeza sobre el pecho, tomando su triste actitud.

El hombre avanzaba con paso rápido y seguro, como conocedor del camino.

Cuando se hallaria á unos cien pasos de la cima del monte, Suly y Tom le salieron al encuentro.

No tardaron mucho en reunirse con él, saltándole alrededor con marcadas muestras de cariño.

El hombre que necesitaba de toda su práctica y toda su agilidad para continuar trepando por entre la nieve, apartó los perros con la mano, y siguió su camino.

Llegó por fin á la cima, y se detuvo á dos pasos del misterioso personaje.

—Buenas noches, señorito, dijo con respeto y dejando descansar la culata de su escopeta sobre una roca cubierta de nieve.

—Buenas noches, Daniel, le contestó el del capuchon sin levantar la cabeza.

Daniel esperó un momento, con la inmóvil gravedad del soldado que aguarda la consigna.

Luego interrumpió el silencio de este modo:

—El señorito sin duda ignora que han dado las nueve, y la cena se halla dispuesta.

El hombre del capuchon, guardó silencio.

Daniel hizo un movimiento marcado de impaciencia, y volvió á decir:

—Permanecer sentado en la cumbre de esta roca no conduce á nada, sobre todo en una noche como esta. En la casa tenemos buena lumbre... y además, debo advertir al señorito que un pastor del Escorial ha traido una carta y ha dicho que era muy urgente.

El hombre del capuchon levantó la cabeza con pausa, y luego se puso en pié.

—¿Has visto tú á ese pastor? preguntó con voz grave, pero dulce y melodiosa.

—Sí.

—¿Ha entrado en nuestra habitacion?

—No. El señorito me tiene prohibido que éntre nadie, esceptuando tres personas; puesto que el pastor no era ninguna de ellas, no ha entrado: me hallaba yo cerca de la casa cuando le vi que se dirigia hácia ella; le detuve, le pregunté, y me entregó la carta. El señorito puede estar bien persuadido que yo no falto nunca... tengo buena memoria.

—Daniel, ruega á Dios que te la conserve.

—Pierda usted cuidado. Debo al señorito demasiados favores para que cometa con él alguna ingratitud.

El hombre misterioso se encogió de hombros, y dijo:

—¿Vas á hacerme un largo relato de los beneficios recibidos para probarme tu lealtad?

—Ya sé que el señorito no quiere que le hable de eso, y no le molestaré.

—Está bien: vamos.

Y echándose la escopeta al hombro, comenzó á bajar la ne-

vada pendiente del barranco en direccion á la casa que se destacaba á lo lejos, medio oculta por las colosales rocas que la rodeaban.

Un cuarto de hora despues los dos hombres, y seguidos de los perros, entraron en la misteriosa morada que tanta curiosidad habia causado á los vecinos de Arlajoza.

Entremos nosotros, querido lector, pues ya es hora que conozcas, aunque no del todo, al misterioso personaje de la sortija con la perla negra, cuyo lema era: *Andréa, 22 de Enero.*

CAPITULO VI.

DONDE SE VE EL RETRATO DE UN ORIGINAL QUE PERMANECE OCULTO.

La misteriosa casa del Barranco del Fraile no se componia mas que de planta baja.

A la entrada se encontraba una de esas anchas y cómodas cocinas, con su grandioso hogar de campana y sus bancos de ladrillo.

En el centro de esta pieza se veia una mesa de nogal redonda y fuerte, y algunas sillas rústicas. Sobre los bancos pieles de carnero, formando cómodas camas cerca de la lumbre.

Los demás enseres de esta habitacion se reducian á lesos chismes de cocina indispensables, y á dos despensas ó armarios empotrados en dos de los ángulos.

Pero no es aquí adonde vamos á introducir al lector, sino al gabinete ó dormitorio del hombre misterioso, especie de celda con alcoba, donde como una planta exótica se encontraba

una chimenea francesa y una mullida alfombra de paño de Granada.

En la primera pieza, es decir, en la cocina, todo era rústico, campestre, casi pobre: en la pieza que nos ocupa se respiraba un lujo impropio de semejante sitio.

Cerca de la chimenea veíanse dos butacas de lana verde, cómodas y mullidas, y entre las dos butacas un pequeño velador maqueado, que indudablemente servia para tomar café al misterioso habitante del Barranco.

Sobre la chimenea habia un armero formado con la altiva y arrogante cabeza de un venado, cuyas fuertes astas sostenian dos escopetas y muchos pertrechos de caza.

El testero de la pared de enfrente se adornaba con un sofá de dos asientos y algunas sillas de la misma tapicería que las butacas.

La puerta de entrada se hallaba cubierta por una fuerte cortina de invierno, y enfrente de la puerta veíase asimismo un armario de palo santo atestado de libros.

Cerca de una ancha ventana que recibia la luz del Mediodía, hallábase un caballete con un lienzo, donde la mano de un pintor habia comenzado á trazar un cuadro.

Junto al caballete una paléta, un tiento y una caja de colores.

Una lámpara de cristal negro con estrellas de plata colgaba del techo, y un retrato de mujer jóven y estremadamente hermosa, veíase suspendido de la pared sobre el sofá.

Este retrato representaba á una jóven de diez y ocho años: figuraba estar asomada á la ventana de un jardin; veíase por consiguiente apenas medio cuerpo.

Procuraremos describir este retrato que luego ha de servirnos, suplicándole al lector lo retenga en la memoria.

Tendria, como hemos indicado, unos diez y ocho años de edad, y parecia ser el original de esbelta y graciosa estatura.

Sus cabellos negros y rizados caian en caprichoso y encantador desórden sobre sus hombros, perfectamente modelados, y su alto y naciente pecho parecia levantarse á impulsos de una respiracion fuerte y varonil.

Sus ojos grandes, de un azul oscuro, estaban velados por la sombra de una idea fija y tenaz, y su mirada revelaba cierta mezcla de dulzura y energía estraña.

Su nariz era puramente griega; su boca un tanto grande y entreabierta, como si quisiera dar paso á la sonrisa y á la palabra.

Su barba redonda y levantada formaba el óbolo completo de aquel rostro, cuyas mejillas, de un moreno claro, brillante y fino, dejaban entrever el fuego de la vida con la azulada sangre de sus venas.

Su frente, revestida de cierta serena majestad, tenia á la vez el candor de la niñez.

Aquel retrato estaba ejecutado con tal maestría, con tanta ternura, con tanto arte, que parecia que el alma de un gran pintor habia guiado el pincel, tomando los colores de la paleta de Rubens.

Viendo aquella jóven se extasiaba el corazon, y el alma, levantando su voz mas poderosa, exhalaba un suspiro.

Si el pintor no habia adulado al original, aquella mujer viva debia ser la Elena del siglo XIX.

Pero ya que en el trascurso de esta novela hemos de encon-

trar al original, entonces haremos una pintura mas detallada, pues un lienzo carece de la primera condicion, la vida, y unos ojos pintados siempre se separan mucho de unos ojos que se agitan, que giran, que queman con sus miradas.

El hombre del capuchon entró en el gabinete, seguido de su criado, quitóse el pesado abrigo que tiró sobre el sofá, colgó los arreos de caza en el armero, y dejándose caer sobre una butaca, dijo:

—Dame esa carta, y coloca una bujía sobre la chimenea.

El criado obedeció.

—Puedes irte.

—¿Cuándo quiere cenar el señorito? le preguntó Daniel.

—Tenlo todo dispuesto; ya te avisaré: ahora déjame solo.

Daniel salió del gabinete.

El jóven, puesto que apenas contaria treinta años de edad, al quedarse solo, dirigió una mirada triste al retrato, y despues de exhalar un suspiro, rompió el sobre de la carta y se puso á leer.

«Hijo mio: desde la ventana de mi celda se distinguen las elevadas cumbres del monte de Almenara cubiertas de nieve: mis ojos hácia ellos se dirigen con amor. Te busco, pero no te veo; te llamo, pero no me respondes: el destierro voluntario que te has impuesto, te aparta de mi lado: jóven aún, tu corazon herido busca la soledad! ¡Pobre Arturo, ni tu nombre quieres que resuene en tus oidos! pero yo no puedo, no me acostumbro á darte otro.

»Ignoro los misterios de tu vida, desconozco las causas de tu retraimiento; huyes de los hombres, porque tal vez te han hecho mucho daño: no quieres su trato, porque tal vez desconfias de la perfidia del corazon humano.

»¿Pero por qué yo, tu segundo padre, tu pobre preceptor, tu leal amigo, he de sufrir tu desvío como los demás?

»A tu corazon apelo, que es generoso aunque se halla herido: ven; no me olvides: piensa que setenta navidades pasaron sobre mi blanca cabeza; piensa que fuí el amigo de tu padre, que retirado del mundo vivo en una triste y humilde morada, elevando á Dios mis oraciones por tí y por mí. ¡Oh! ¡cuando pienso que vivo tan cerca de tí y no te veo, tengo intenciones de coger mi báculo y emprender una peregrinacion en tu busca!... viejo soy, pero aun me siento con fuerzas para recorrer el mundo, si con este viaje pudiera darte la felicidad.

»Pero tú no serás tan cruel que hagas durar por mucho tiempo esta situacion.

»Cuando vivias en el mundo, cuando la fama de tu nombre llegaba hasta mi tranquila celda, la alegría, remozando mi corazon, se derramaba por todo mi sér.

»A los treinta años es imposible que un hijo del genio, que un artista de corazon, abandone la gloria, viva sin esperanzas, sin ilusiones, sin hermosos sueños.

»¿Qué pena es la tuya? ¡Ah! yo la ignoro, pero la sospecho. Mis canas no te han inspirado aún bastante confianza para abrirme tu pecho.

»Adios, Arturo mio, y perdona si no te doy el nombre de Fausto, inspirado sin duda por esa tradicion alemana que ha popularizado un hombre de genio, un gran poeta. Para mí siempre serás Artúro, mi querido discípulo, así como yo seré siempre para tí *fray Natalio de la Concepcion*.»

Fausto, pues con este nombre de guerra seguiremos llamando por ahora al misterioso habitante del Barranco del Frai-

le, quedóse inmóvil con la carta en la mano y la mirada fija en la firma del religioso.

De vez en cuando el jóven levantaba los ojos para fijarlos dolorosamente en el retrato, y nuevamente se entreabrian sus labios para dar paso á un suspiro. Así permaneció mucho tiempo.

Ultimamente hizo un esfuerzo como si quisiera arrancarse de aquella meditacion que le abatia, y se puso en pié.

Entonces su semblante sufrió un cambio notable. Su mirada, poco antes triste y casi apagada, brilló de un modo siniestro, amenazador. Sus labios se agitaron como si les conmoviera una contraccion nerviosa, y cerrando los puños los levantó á la altura de la frente en son de amenaza.

—Soy un cobarde, esclamó en voz baja pero rugiente y terrible; un cobarde, pues no tengo valor para terminar una vida que tanto me abruma. Nada tan fácil como el suicidio... sin embargo... temo... ¿por qué? yo mismo no puedo esplicármelo. ¿Qué espero? nada... mi corazon es un sepulcro, mi alma un desierto, mi porvenir un abismo.

Y diciendo esto, paseaba gesticulando como un demente.

De pronto se sentó junto á una mesa, sacó de uno de sus cajones un cuaderno, y se puso á escribir.

Trascurrió una hora.

Fausto escribia siempre, pero con una rapidez increible, como si un pensamiento interminable brotara á torrentes de los puntos de su pluma.

Por último, arrojó la pluma y dejó caer la cabeza sobre las manos.

Era indudable que una terrible tempestad agitaba el corazon de aquel jóven.

Tal vez la historia del pasado se agolpaba en su mente, atormentando su corazon.

Mientras tanto, Daniel se acercaba á la puerta del gabinete de su amo, aplicaba el oido, y como si aquel silencio le disgustara, tornaba á la cocina, y dejándose caer en el banco del hogar, murmuraba en voz baja:

—Esta noche no es Nochebuena para el señorito; lo que es yo, no entro á interrumpirle.

Y oíase á lo lejos el son de las campanas y los alegres cantares de los campesinos, porque la hora sublime de la media noche estaba próxima, y en la santa iglesia iba á celebrarse la Misa del Gallo.

Poco á poco Daniel tomó una postura mas horizontal.

Desde las nueve de la noche esperaba las órdenes de su amo; estaba cansado y se tendió sobre el banco.

El chisporroteo de la leña, el grato calor del fuego, convidaban al sueño.

Los ojos de Daniel se cerraron insensiblemente, y se quedó dormido.

CAPITULO V.

FRAY NATALIO DE LA CONCEPCION.

Poco antes de amanecer, Fausto entró en la cocina.

Daniel dormia.

Por un momento estuvo contemplándole, hasta que cogiéndole por un brazo le sacudió para despertarle.

—Todo está dispuesto: cuando el señorito guste le serviré la cena.

Esto dijo Daniel entre dormido y despierto.

—No se trata ahora de cenar, sino de que te levantes y que te dispongas á partir.

—¿Adónde, señorito?

—Al Escorial.

Daniel estaba acostumbrado á obedecer las órdenes de su amo.

—¿Tengo que ir á pié ó á caballo? preguntó.

—Como gustes.

—Entonces iré á pié.

Fausto puso una carta en las manos de Daniel, y repuso:

—Sin pérdida de tiempo entregarás esta carta á fray Natalio de la Concepcion: ya sabes donde vive.

—Está bien.

—Véte, y vuelve cuanto antes: no salgo de casa hasta tu regreso.

—¿Tienen que darme contestacion?

—No.

Este monosílabo pareció á Daniel bastante enérgico para no preguntar mas; así es que echándose el capote al hombro salió de la casa.

El dia comenzaba á clarear.

Ya hemos dicho que Arlajoza dista dos leguas del Escorial.

El camino no puede ser ni mas quebrado ni mas pintoresco: se reduce á un encadenamiento de montañas. Los cazadores las cruzan con frecuencia con grave riesgo de desnucarse. Los ginetes las bordean por su falda por las veredas pedregosas.

Daniel era cazador; dejó la vereda de las caballerías y tomó las de las perdices, es decir, se dirigió al Escorial, no por el mejor camino, sino por el que podia proporcionarle mas ocasion de descargar la escopeta.

Al salir de la casa del Barranco del Fraile con la carta en el bolsillo y el arma al hombro, se habia dicho:

—Son las seis de la mañana, á las nueve estaré en casa de fray Natalio; de aquí allá me prometo tirar cuanto menos ocho tiros, y partiendo con el campo me colgaré cuatro perdices; esto siempre será un buen regalo para la tia *Espantapájaros*, lo cual puede servirme para que me dé un buen almuerzo.

Descansaré dos horas, y á las tres de la tarde me hallaré de regreso. Durante este tiempo estoy seguro que el señorito comerá la cena de anoche si tiene gana, aunque coma menos que una hormiga. Ea, manos á la obra.

Y terciándose la escopeta sobre la sangría del brazo izquierdo, comenzó su camino.

Daniel no llegó á las nueve al Escorial de abajo: llegó á las diez y media; pero llevaba en el morral tres perdices, una cortega y un conejo.

Habia disparado siete veces la escopeta: cinco dentro de *jurisdiccion*, como dicen los cazadores de oficio; dos á la desesperada.

Daniel estaba contento, si se esceptúa tres ó cuatro resbalones que dió á causa de la nieve, que le habian magullado el cuerpo.

Pero digamos algunas palabras de fray Natalio de la Concepcion, personaje que va á presentarse en escena por la primera vez.

Natalio Moreno terminó su carrera de médico cuando la guerra de la Independencia se hallaba en su mayor fuerza.

Huérfano de padre y madre, habia seguido sus estudios á fuerza de perseverancia y aplicacion, comiendo no pocas veces la caritativa sopa de los conventos.

Médico ya, gracias á sus economías, se incorporó en un batallon, deseando ser útil á su patria.

Por espacio de ocho años fué el amigo consecuente de los pobres soldados. Ningun peligro le arredraba tratándose de ser útil á sus semejantes; ningun temor le detenia en el cumplimiento de sus deberes.

Sin que nadie haya podido averiguar la causa, Natalio Moreno abandonó su batallon, y fué á refugiarse en uno de los conventos de Madrid.

Profesó y fué fraile, siendo desde entonces un verdadero hijo del Evangelio.

Contaba entonces treinta y tres años de edad.

La vocacion primera, base para formar un buen sacerdote, era grande y sólida en Natalio.

¿Por qué abandonó el mundo? ¿Por qué se refugió en el claustro?

Era un misterio que tal vez nosotros descifraremos mas adelante.

Natalio no era un fraile vulgar de aquellos que, egoistas y rutinarios, tenian en poco la dignidad de los hábitos, pasando una vida poltrona y regalada á la protectora sombra de los claustros.

Sus conocimientos en medicina, su talento, su aplicacion, su moralidad, le hicieron bien pronto un lugar honroso en el convento.

Todos le querian, todos le respetaban, todos le consultaban.

Sus méritos fueron recompensados con la dignidad de prior, cuando apenas contaba cuarenta años.

Su celo, su caridad en favor de los desgraciados, era bien conocido en Madrid.

Comentador vivo, mas por la práctica que por la palabra, de la dulce y sábia doctrina del Lirio de Nazaret, buscaba á los desgraciados para llorar con ellos y alentarles en su infortunio.

Así las cosas, llegó el año 1834.

El cólera morbo estendió su terrible soplo sobre las siete colinas de Madrid.

La muerte, tremolando su terrible bandera, se sentó sobre un inmenso monton de cadáveres.

Una voz de falsa alarma, pero que debia dar un resultado de sangre, una calumnia infame que debia ser causa del crímen mas espantoso que jamás presenciaron las ciudades civilizadas, se estendió con rapidez por la córte.

«Los frailes han envenenado las aguas, y ellos tienen la culpa de esta terrible mortandad que nos aflige. ¡Mueran los frailes! ¡asaltemos sus conventos y degollémoslés aun al pié de los mismos altares! ¡solo así podremos salvar nuestras vidas!»

Esto se dijo, y como la chispa eléctrica se estendió la sed de sangre por la hermosa villa del Dos de Mayo.

Esto se dijo, y una turba de miserables, afrenta de la raza humana, desnudó el puñal sacrílego, y corrió ébria y desatentada á la casa de Dios.

Corrió la sangre: en vano las víctimas pedian clemencia; eran inmoladas al pié de los altares, y en las cóncavas naves de los templos resonaron con siniestro eco las detonaciones de las armas de fuego, mezclándose el quejumbroso lamento del que moria con la maldicion sacrílega del que mataba.

Y todo esto pasó casi á presencia de las autoridades. ¿Pudieron evitarlo? ¿fueron cómplices de la matanza? Nada se sabe: nada ha podido ó ha querido averiguar la historia.

La Milicia Urbana, los hombres de ideas avanzadas, pidieron el castigo, la expiacion de aquel crímen afrentoso.

El gobierno llevó al patíbulo cinco meses despues á un pobre muchacho que apenas contaba diez y ocho años de edad,

tal vez inocente; pero con esto se creia libre del peso que abrumaba su conciencia.

Se ha querido atribuir la matanza de los frailes á los hombres del progreso; esto es una calumnia: los liberales, resueltos á seguir adelante en sus ideas políticas, no veian un estorbo en los conventos, muy desacreditados por entonces.

Pero volvamos al padre Natalio; pues no todos los frailes eran malos, si bien no habia muchos con olor de santidad.

Fray Natalio se hallaba orando en su celda, cuando el ruido de una descarga que al parecer debia haberse disparado dentro del convento, le distrajo de su rezo.

Al mismo tiempo entró en la celda un fraile con los síntomas del mayor espanto.

—¡Padre! ¡padre! ¡han asaltado el convento y están degollando á nuestros hermanos!

Fray Natalio se levantó sin perder su serenidad, y cuando iba á salir de la celda, vió en la puerta cuatro hombres de aspecto feroz que le gritaron:

—¡Alto!

Y al mismo tiempo dispararon sus armas, casi á boca de jarro, sobre los dos frailes.

Fray Natalio, sin soltar el libro de oraciones que llevaba en la mano, cayó bañado en sangre y murmurando estas palabras:

—Perdónales como yo, Dios infinito.

El otro fraile cayó tambien, pero sin hablar: una bala le habia atravesado el corazon, otra le habia roto el cráneo.

Los que habian llevado á cabo tan *grande hazaña*, sacaron navajas para herir nuevamente con arma blanca á los que ya-

cian á sus piés exánimes, cuando un jóven decentemente vestido, que llevaba un sable en la mano, pero sin estar manchado de sangre, apareció en la celda.

Rápidamente dirigió una ojeada sobre aquel drama terrible, y al reconocer sin duda el tranquilo y venerable semblante de fray Natalio, se estremeció, palideciendo notablemente.

—¡Eh! dijo haciendo un esfuerzo: no os entretengais en pinchar á los cadáveres, cuando quedan frailes vivos que con las armas en las manos disputan á los buenos la entrada en los conventos. Aquí nada queda que hacer: en la calle de Toledo hacen falta los hombres de corazon.

Los asesinos abandonaron la celda, creyendo que allí todo habia terminado.

Entonces el jóven, despues de reconocer el terreno, como si temiera ser visto, se arrodilló junto al ensangrentado cuerpo de fray Natalio, murmurando en voz baja estas palabras:

—¡Dios mio! ¿habré llegado tarde? no, aún late su corazon. ¡Oh! ¿si habrán muerto esos miserables á un hombre que habia nacido para consuelo de los desgraciados? ¿Pero cómo sacarle de esta santa casa, sin que esas turbas de lobos sangrientos me lo impida? ¡Dios mio, Dios mio, haz que pueda prestar á este buen religioso un servicio, en pago de todos los que él me ha hecho á mí!

El jóven, cuyo nombre era Leandro, permaneció indeciso algunos segundos, sin saber qué partido tomar.

Las detonaciones de las armas de fuego, los lamentos, las blasfemias horribles, resonaban aún en los claustros inmediatos.

La matanza no habia terminado.

De un momento á otro podian entrar en la celda los infames asesinos.

La posicion de Leandro era comprometida: sin embargo, no le faltó valor para llevar á cabo la salvacion de fray Natalio, caso que el plomo homicida no lo impidiera.

Con una resolucion heróica cogió el cadáver del fraile que poco antes entrara en la celda á anunciar al prior el sangriento drama, y lo colocó á la parte de fuera de la puerta.

Luego trasladó á fray Natalio al lecho y le despojó de los hábitos.

Tenia dos balazos: uno en el hombro izquierdo, otro en la parte superior de la cabeza.

Despues de esto corrió á un armario, y sacó de uno de sus estantes un botiquin de campaña.

Indudablemente no era la vez primera que el jóven entraba en la celda.

Leandro ejecutaba todo esto con una rapidez increible.

Rompió una sábana á tiras, lavó las heridas con un bálsamo, y practicó la primera cura.

Leandro no era médico, era músico; pero en aquel instante sublime, la gratitud, la caridad, le estimulaban.

Querer es poder, ha dicho un grande hombre. La fuerza de voluntad lleva á cabo empresas increibles.

Pero Leandro no se hallaba aún libre de los peligros voluntarios á que se habia espuesto.

De un momento á otro podia desembocar por aquel corredor y entrar en aquella celda una turba de asesinos.

Declararse en aquellos momentos protector de un fraile, era firmar su sentencia de muerte.

Pero las almas generosas solo piensan en el bien cuando se deciden á hacerlo, sin recordar los peligros, pues no de otro modo se realizarian los grandes rasgos de abnegacion que luego admira la humanidad.

Tornemos á la celda.

CAPITULO VIII.

UN HOMBRE AGRADECIDO.

Fray Natalio habia perdido mucha sangre. Su palidez era estremada; parecia un cadáver. De vez en cuando se entreabrian sus labios para dar paso á un suspiro débil y fatigoso.

Leandro habia empleado cerca de una hora en ejecutar todo lo que hemos consignado.

Cuando creyó que nada podia hacer, sentóse junto á la cabecera del herido, y esperó con la mirada fija en el venerable rostro del fraile y el oido atento, pues se escuchaban aún de vez en cuando detonaciones de armas de fuego.

Por fin comenzó á caer la tarde.

La noche, esa eterna protectora de los misterios, iba á favorecer la empresa arriesgada de Leandro.

Pensaba llevarse á su casa á fray Natalio, y curarle si era posible.

Esto era difícil. Sin embargo, el jóven tenia bastante resolucion para poner por obra su pensamiento.

Pronto el último rayo del sol espiró sobre el cancel de la ventana, y poco despues la celda quedó envuelta en las mas completas tinieblas.

Leandro permaneció firme en su puesto, y como no podia ver á fray Natalio porque era estrema la oscuridad y no se atrevia á encender luz, de vez en cuando colocaba una mano sobre el corazon del herido, y murmuraba en su mente estas palabras:

—Aún late... aún vive... ¡Oh! ¡si pudiera salvarle!...

Y Leandro se paseaba preocupado por la celda, sin saber qué partido tomar.

De repente se detuvo. Un gemido salia de la alcoba: era indudable que fray Natalio tornaba á la vida.

En aquel momento pensó que la luz le seria muy conveniente, pero tuvo miedo: la prudencia le aconsejaba la oscuridad.

El convento estaba en el mayor silencio; pero á lo lejos, en la calle, oyóse el murmullo de muchas voces.

Leandro entró en la alcoba.

—¡Padre Natalio! ¡padre Natalio! dijo acercándose á la cama.

Una voz débil, pero serena, le respondió despues de exhalar un segundo suspiro:

—¿Quién me llama? ¿por qué me han dejado un resto de vida? dadme un poco de agua por caridad.

—Soy Leandro, Leandro el músico. ¿No recuerda usted mi nombre?

—¡Ah, sí, hijo mio! Pero ¿qué haces aquí?

—Me retiraba á mi casa, cuando supe que algunos hombres desalmados estaban asesinando á los frailes. La idea de ser útil á usted, padre mio, me hizo correr hácia este convento: me mezclé entre los asesinos, y para que no sospecharán mis intenciones, cogí un sable y llegué á esta celda, pero harto tarde por desgracia. Sin embargo, pude lograr que los sediciosos abandonaran el campo, y como advertí que quedaba á usted un resto de vida, le trasladé á esta cama, y sirviéndome de un botiquin de campaña, hice la primera cura.

Fray Natalio estrechó la mano del jóven.

—Te has espuesto á mucho, hijo mio, por una vida que vale bien poco.

—¡Bah! ¿quién piensa en eso? lo que conviene es buscar la manera de que salga usted del convento. ¡Oh! ¡si usted tuviera fuerzas para incorporarse!... ¡si pudiera usted seguirme, apoyado en mi brazo!...

—Estoy muy débil, hijo mio... véte... déjame. Dios velará por mí, murmuró el fraile con voz insegura.

—Eso no... seria una cobardía.

—Piensa que tienes una hija.

—¡Ah, sí, mi querida Andrea!

—Si volvieran esos hombres que acaban de profanar el templo, te matarian. Véte... véte... Leandro... yo te lo ruego... yo te lo mando, si es preciso.

Y fray Natalio dejó caer la cabeza casi sin aliento.

—Pero eso que usted quiere no lo haré yo nunca. Soy hombre agradecido: por dos veces ha salvado usted la vida de mi hija, y es preciso que yo haga algo por usted.

—Véte... véte... repitió el religioso con desfallecido acento.

Leandro cogió á fray Natalio las manos, y con acento suplicante esclamó:

—Pero usted es un gran médico, y tendrá algun bálsamo, algun elixir que trasmita vigor á la sangre, fuerza á los músculos.

—No tengo eso que dices... Véte... véte... repitió el fraile cada vez mas débil.

Leandro sintió que las manos del religioso iban quedándose frias entre las suyas.

En este momento se le ocurrió una idea atrevida.

Fray Natalio se habia desmayado por segunda vez: le envolvió perfectamente con una manta, y se lo echó al cuello murmurando estas palabras:

—Ahora, que Dios nos proteja.

Poco despues salia del convento: era completamente de noche.

Leandro era animoso, jóven y robusto: además, el agradecimiento doblaba sus fuerzas.

Al salir á la calle vió un grupo de hombres y mujeres que hablaban con calor de los acontecimientos del dia.

—¡Eh!... ¡tú!... ¿adónde vas tan cargado?... le preguntó uno.

—¡Toma! respondió Leandro, con aparente serenidad: lo que hay en España es de los españoles. Mi mujer está enferma y tiene una estera por cama: otros se han llevado los cálices y los ornamentos del altar, yo me llevo este colchon... Con que, buenas noches.

En el corro resonó una carcajada y una voz que decia:

—Haces bien: los frailes ya no necesitan nada.

Leandro continuó su camino.

Poco despues llegaba á su casa, es decir, á la calle del Olivar.

Leandro vivia en un cuarto bajo. La portera, viéndole entrar tan cargado, le salió al encuentro.

—¡Jesus María! Señor don Leandro, ¿cómo viene usted tan cargado? ¿qué trae usted ahí?

—Señora Pepa, tenga usted la bondad, le contestó el músico, de abrirme la puerta de mi cuarto y encender luz.

Y mientras la portera introducia la mano por el ventanillo de su cuchitril para coger la llave, Leandro volvió á preguntarle:

—¿Y mi hija?

—La pobrecita, cansada de esperar á usted, se ha ido á jugar con la niña de enfrente.

Leandro depositó á fray Natalio en su cama.

La portera, que seguia al músico con la luz en la mano, dió un grito de sorpresa.

—¡Silencio, señora! esclamó Leandro: la menor imprudencia nos perderia á todos.

La señora Pepa calló, aunque la palidez de su rostro demostraba la agitacion de su espíritu.

—Ahora, señora Pepa, es preciso que usted me ayude á salvar á este desgraciado.

—Mande usted lo que quiera, señor don Leandro, que aunque pobre, siempre me hallo dispuesta á ejercer obras de caridad.

—Ante todo, es preciso buscar un médico.

—Precisamente tenemos uno en la vecindad.

—Pues bien, vaya usted á buscarle.

La portera salió en busca del facultativo.

Leandro era pobre: músico de profesion, solo contaba con algunas lecciones. Sin embargo, su gratitud hácia fray Natalio, su corazon, rico en virtudes, no desmayaron.

Dos meses permaneció el religioso en la cama del pobre músico.

Durante este tiempo, Leandro fué un hijo para fray Natalio.

Ya hemos dicho que Leandro tenia una hija; se llamaba Andrea, y contaba apenas cinco años de edad.

Hermosa como un querubin, risueña como una alborada de mayo, formaba ella sola toda la alegría, toda la felicidad de su padre.

Muchas veces Leandro, acariciando los negros y rizados cabellos de su hija, exhalaba un suspiro.

Tal vez entonces pensaba en la madre de aquel pequeño ángel, en la mujer que amó con toda su alma y que ya no existia.

Una noche, Andrea dormia en su pequeña cama.

Leandro y Fray Natalio, casi restablecido, sentados junto á una mesa, conversaban del modo siguiente:

—Pronto voy á abandonarte, hijo mio: pienso partir á Italia, y desde allí me embarcaré para China, adonde se dirigen, segun noticias, algunos padres misioneros.

—¿A qué esponerse, padre mio?

—¿Qué quieres que haga en España?

—¿No fué usted médico? ¿no puede serlo todavía?

LA PERDICION DE LA MUJER.

Y estendiendo las manos sobre la dormida niña.....

Fray Natalio se sonrió de un modo doloroso.

—¡Leandro! le dijo: todos los hombres tienen en el fondo de su corazon una historia que ocultan como el avaro su tesoro... tú tienes la tuya, como yo tengo la mia... deja que siga mi camino: todo cuanto abarcan los rayos del sol, sujeto está á una voluntad mas poderosa que la del hombre.

Leandro inclinó la cabeza: tal vez el fraile era depositario de algun secreto suyo: tal vez las palabras del religioso habian despertado en su alma tristes recuerdos.

Fray Natalio dirigió una mirada llena de ternura hácia la cama donde dormia Andrea, y dijo:

—Procura educar el alma de ese tierno vástago, y no olvides nunca que la mayor riqueza de la mujer es la modestia y la virtud.

Y luego, estendiendo las manos sobre la dormida niña, continuó de este modo:

—Pequeño ángel de la tierra, débil criatura cuyo corazon sencillo aún no conoce el bien y el mal: yo, ministro de Dios, juro protegerte en todas las ocasiones que de mí necesites, empleando para ello hasta mi postrer aliento, hasta mi última gota de sangre.

Despues de este juramento, fray Natalio se quitó del cuello un pequeño relicario y lo puso sobre el pecho de la niña, y al mismo tiempo estrajo de uno de sus dedos una sortija de oro con una gruesa perla negra y la entregó á Leandro, diciéndole:

—Hé aquí todo cuanto poseo: ignoro el valor de esta joya, pero la recibí en pago de una cura que hice á un general francés, el cual la habia recibido á su vez, segun me dijo, de uno

de los jefes mamelucos de Egipto. Guárdala, Leandro, como un débil recuerdo que mi gratitud dedica á tu hija.

Al dia siguiente, fray Natalio abandonó la casa del músico.

Lo que fué de los personajes que nos han ocupado en este capítulo, más adelante tendremos tiempo de saberlo. Ahora, el lector nos permitirá que retrocedamos al momento en que Daniel el criado de Fausto entró en la habitacion de fray Natalio con una carta de su amo.

CAPITULO IX.

LA CARTA DEL VIZCONDE DE VILLAFORT.

La habitacion de fray Natalio no podia ser mas modesta: se reducia á una pequeña sala con vistas al campo, y una alcoba.

En la otra ala del edificio se hallaba la cocina, el cuarto de la criada y un corral.

Fray Natalio, sentado en un viejo y cómodo sillon de baqueta, leia junto á la ventana.

De vez en cuando, sus ojos se apartaban del libro é iban á fijar una mirada triste en los cercanos montes, cubiertos de nieve, pero bañados por un hermoso sol.

Los cerros tenian ese deslumbrador encanto que trasmite la nieve cuando se estiende bajo un cielo limpio y azul.

Aquellos montes majestuosos debian tener algun atractivo para fray Natalio, pues con bastante frecuencia dejaba la lectura para contemplarlos.

La puerta de la habitacion se abrió poco á poco para dar paso á Daniel.

—Buenos dias, fray Natalio, dijo quitándose el sombrero; dispense usted si vengo á interrumpirle: no es culpa mia... el señorito...

El religioso dejó el libro sobre una mesa, y contestó de este modo:

—¿Qué traes, Daniel?

—Traigo esta carta.

—Venga.

Daniel se la entregó.

—Supongo que no habrás almorzado.

—No señor, pero...

—Di á la señora Rita (este era el nombre de la tia Espantapájaros: fray Natalio nunca la llamaba por su apodo) que te disponga el almuerzo.

Daniel dió media vuelta, y salió de la habitacion.

Cuando fray Natalio se quedó solo, se puso á leer la carta del hombre misterioso.

Decia así:

«Padre mio: Usted me ha dicho muchas veces que el hombre que atenta contra su vida es un malvado; pero hay momentos en que la existencia pesa de un modo terrible, y en que la idea de la muerte se acaricia como el término de todas las amarguras.

»Cuando se siente una tempestad devastadora en el alma, cuando se alimenta un remordimiento terrible en el corazon, ¿qué es la vida? un tormento que termina con la muerte.

»La fé me abandona, el valor me falta, la esperanza huye

de mí; durante los años que vive usted retirado en el Escorial, he sido muy culpable.

»Hay momentos en que me avergüenzo de mí mismo.

»Usted me pregunta qué causa ha podido motivar mi retraimiento, mi estraña resolucion de vivir como un anacoreta en medio de estos barrancos. ¡Ah! ¿tendré valor para revelárselo á usted todo; á usted, modelo de virtud y de mansedumbre; á usted, que me enseñó en otro tiempo los deberes del hombre, deberes que yo he hollado, que yo he despreciado?...

»Téngame usted lástima, y no me abandone en sus oraciones.

»Adios, padre mio: ya que usted no quiere conocerme por otro nombre que por aquel que me dieron los autores de mis dias, firmo esta carta con el de *Arturo, vizconde de Villafort.*»

Fray Natalio, aunque habia terminado la lectura, permaneció inmóvil con los ojos fijos en la carta.

Así trascurrió como un cuarto de hora.

El buen padre, mas que un hombre vivo parecia una estátua colocada junto á la ventana, por un capricho del escultor.

El sol bañaba la venerable cabeza del religioso, y sus barbas finas y blancas brillaban del mismo modo que la nieve de la montaña.

Su frente ancha y brillante tenia en aquel momento la majestad de la virtud cuando se aproxima al sepulcro.

Un pintor no hubiera podido desear otro modelo mas á propósito para trasladar al lienzo la figura de un patriarca de Israel.

Si al novelista le es permitido leer en la mente de los per-

sonajes que pone en juego para la buena marcha de sus fábulas, nosotros diremos que el corazon de fray Natalio se hallaba conmovido.

La carta del vizconde de Villafort respiraba ese hastío, ese escepticismo que conduce á la desesperacion del suicidio.

Arturo habia sido en otro tiempo discípulo de fray Natalio: le queria como puede quererse á un hijo.

Era preciso, pues, verle, llevar á aquella alma seca y hastiada un rayo de fé salvadora.

Fray Natalio contaba setenta años de edad, pero su vida habia sido activa. Su celo evangélico incansable y los viajes habian fortalecido su naturaleza.

Tenia, pues, la vida y la fuerza de un hombre de cincuenta años.

De pronto se puso en pié, guardando la carta en uno de los cajones de su mesa, cogió una capa, un sombrero de anchas alas y un báculo, y se encaminó hácia la puerta con paso firme y sereno ademan.

Habia formado la resolucion de visitar á su discípulo.

La distancia no era mucha (dos leguas), y fray Natalio estaba acostumbrado á otras caminatas mas largas y más difíciles bajo el sol abrasador de los trópicos.

Cuando llegó á la cocina, Daniel habia terminado su almuerzo.

Al ver al fraile se levantó.

La tia Espantapájaros, que se hallaba sentada junto al hogar, era una mujer de cincuenta años, cabellos grises y ojos estremadamente pequeños.

La señora Rita no tenia nada que agradecer á la naturale-

za: era fea, tanto como puede serlo una mujer, pero tenia un corazon bello y una voz dulce.

Todos los dolores del prójimo conmovian su alma sensible. Dios habia recompensado á aquella pobre criatura con esa hermosura moral, mas firme, menos perecedera que la del cuerpo.

La señora Rita no podia verse por vez primera sin cierta repugnancia: tratándola un solo dia, se la amaba.

Era un fondo de oro con una cabeza de barro.

Por eso la tenia á su lado fray Natalio.

—¿Qué es esto, señor? ¿va usted á salir de casa con este tiempo? preguntó la señora Rita.

—Sí, y para que no estés con cuidado, te prevengo que es fácil que no dé la vuelta esta noche.

—¡Cómo! ¡pasar la noche fuera con el frio que hace, siendo hoy dia de Navidad, hoy que tengo un cocido que la misma reina no lo tendrá mejor!

Fray Natalio se sonrió, y dijo:

—Pues ahí verás, Rita, á pesar de tu cocido me marcho; pero yo supongo que no se echará á perder: tú eres la amiga de los pobres, y te permito que convides á quien quieras y os comais todos esos prodigios que acabas de ponderarme.

—¡Pero, señor, hace mucho frio!

—Voy bien abrigado.

—Vamos, usted me permitirá que le diga que no es justo que se marche.

—Escucha, Rita: si fueras á sentarte á una mesa espléndidamente servida y vinieran á decirte: deja esa silla y corre á tal parte, donde tu sola presencia puede salvar la vida á un desgraciado, ¿qué harias?

—¡Toma! dejarlo todo y correr al sitio indicado.

—Perfectamente; eso harias, porque tienes buen corazon: eso debo hacer, eso voy á hacer yo, porque soy un ministro de Dios.

Y fray Natalio, volviéndose á Daniel, que le escuchaba sin desplegar los labios, continuó:

—Vamos, amigo mio.

Daniel siguió á fray Natalio, y ambos, sin hacer caso de la nieve que ocultaba las quebradas veredas, se encaminaron bordeando los montes en busca de Arlajoza.

Daniel moderaba su buen paso de cazador: tenia en consideracion que á su lado caminaba un pobre viejo de setenta años.

De vez en cuando, con el objeto de que fray Natalio descansara un poco, se detenia diciendo:

—Con el permiso de usted, padre, echaré un cigarrito.

Entonces Natalio y Daniel se sentaban por algunos momentos.

Cuatro horas emplearon en las dos leguas.

Cuando desembocaron en el Barranco del Fraile, el sol se ocultaba tras las elevadas lomas de los montes. Cuando llegaron á la casa misteriosa, habia cerrado la noche.

Daniel hizo la contraseña, es decir, imitó el canto del chorlito, y la puerta se abrió.

Fausto esperaba.

Al ver al religioso, le besó la mano, y fray Natalio le estrechó contra su pecho.

Luego, los dos entraron en la habitacion que ya conocen nuestros lectores.

Fausto condujo á una butaca al anciano, y le dijo:

—Doy á usted las gracias, padre mio, por esta visita.

—He conocido que podias necesitar de mí, y aquí me tienes.

Fausto cerró la puerta.

La habitacion se hallaba débilmente alumbrada por la luz de una lámpara.

Fray Natalio no habia estado nunca en aquella habitacion, y ademas la poca claridad no le permitia ver bien los objetos, en particular el retrato de la jóven asomada á la ventana.

Fray Natalio demostró sin duda alguna estrañeza en vista del lujo de la habitacion, pues Fausto, sonriéndose de un modo triste, le dijo:

—Los ricos, padre mio, tenemos malas costumbres, y ni aun en el desierto nos gusta carecer de las comodidades que proporciona el dinero.

—¡Dichosos los ricos, repuso el fraile con voz profética, si emplean el oro en bien de los desgraciados! ¡Ay de los ricos, si su fortuna es el móvil de sus vicios y de la infamia!

Fausto inclinó la cabeza.

Aquellas palabras le hacian daño, y guardó silencio.

CAPITULO X.

PUNTOS SUSPENSIVOS.

—Arturo, he leido tu carta, dijo el fraile despues de una pausa: en ella he visto que tu alma duda, que tu corazon vacila, y he venido á que me reveles la causa de tus remordimientos.

El jóven guardó silencio: el padre Natalio, sin perder la gravedad de su entonacion, continuó de este modo:

—La criatura, hijo mio, tiene una hora de contriccion, durante la cual predispone al Todopoderoso. El mal que se siembra en la tierra puede recompensarse con el bien. En la eternidad hay una balanza que pesa las acciones... tú eres jóven... tú eres rico. Si en tu corazon se ha secado la fé, reanímala con la caridad, con la oracion, con el arrepentimiento. Habla, pues, y no olvides el cariño que te profeso, lo mucho que debo á tu padre, el cual nos mira desde el cielo.

Arturo levantó la cabeza, sacudió con varonil ademan sus largos cabellos, y fijando una mirada terrible en el religioso, esclamó:

—Hay delitos que no pueden perdonarse nunca, que queman el corazon hasta el dia de la muerte.

—Dios es clemente, Dios es bondadoso.

—Los hombres no olvidan.

—¡Los hombres! ¿y qué son los hombres? míseros gusanos corroidos por la vanidad, la ambicion y la envidia: ¡los hombres! pobres átomos perdidos en el universo, esclavos siempre de sus pasiones. Detrás del soplo fugaz de la vida, se halla la eternidad imperecedera. Dimas encontró su perdon en la cruz: Saulo, con solo un grito de su conciencia: ¿qué crímen es el tuyo, que no confias que lo perdone Dios ni los hombres? Habla, Arturo, habla: tu silencio me hace daño... me espanta... me aterra.

Arturo se estremeció como el roble al sentir la primera ráfaga del huracan, cayendo á los piés del religioso como si se dispusiera á hacerle la confesion general de sus culpas.

El anciano, conociendo la buena disposicion en que se encontraba Arturo, le cogió las manos con cariño.

—¡Ah, padre mio! yo, avergonzado de mí mismo, esclamó el vizconde de Villafort, he huido de los hombres buscando la soledad y el retiro en estos barrancos desiertos; pero ¡necio de mí! ¿puede mi corazon separarse del remordimiento? ¿puedo borrar de la memoria el pasado? En estas mismas manos que usted oprime cariñosamente con las suyas, llevo como una argolla de fuego una sortija cuyo contacto me quema la sangre, y que siempre que fijo en ella mis ojos siento penetrar

por mis pupilas un frio que me hiela el corazon... ¿qué misterio es este, padre mio? ¿por qué no puedo separarme de aquellos objetos que me hacen daño? ¿por qué tengo el orgullo del verdugo y la debilidad de la víctima?

Y Arturo alzó la frente, enseñando al religioso la sortija.

Tan pronto como fray Natalio vió la perla negra, sufrió su cuerpo un estremecimiento general, y sin poder contener un grito, esclamó:

—¡Sí! ¡no hay duda! ¡yo reconozco esta sortija, y en vano despues de mi vuelta de China he buscado á la persona á quien se la dí! ¿Cómo ha llegado á tu poder? Responde, responde, Arturo, porque una sospecha martiriza mi corazon.

Arturo, no menos asombrado que fray Natalio, retrocedió, y cogiendo una bujía, la levantó, alumbrando el retrato de la jóven.

El anciano exhaló un grito y pronunció un nombre.

—¡Andrea! dijo.

—¡Sí! ¡Andrea! ¡mi eterno remordimiento!

Como si aquella esclamacion lo hubiera revelado todo, fray Natalio lanzó un gemido, y cubriéndose los ojos con las manos, murmuró por dos veces:

—¡Desgraciado! ¡desgraciado!

Y luego, elevando las manos al cielo como si implorara su favor, continuó:

—Dios mio, tú recuerdas el juramento que hice sobre la casta frente de aquella niña dormida. Si lo que presiento fuera una realidad, ilumina mi mente, dame fuerzas para salvarla si aún es tiempo. Una hora despues, toma mi vida. Ahora, vizconde de Villafort, comienza tu confesion: el sacerdote va

á escucharte: Dios y tu conciencia serán mudos testigos de tus palabras.

. . . . . .

. . . . . .

Fray Natalio abandonó la casa del Barranco cuando la aurora comenzaba á clarear en Oriente.

Daniel, que habia esperado toda la noche medio dormitando que le pidieran la cena, al ver salir al religioso con ademan severo y á su señorito con los ojos enrojecidos, creyó prudente no desplegar los lábios; pero estas palabras que él no pudo entender llegaron á sus oidos:

—No olvides tu promesa: dentro de dos años, á esa hora sublime en que la Vírgen dió á luz al Redentor del mundo, vendré á este sitio á pedirte cuenta de tu conducta.

—Aquí estaré, padre mio, murmuró el vizconde con voz humilde; aquí estaré, si es que no muero antes en mi santa empresa.

Fray Natalio tomó la vereda que conducia á la vega.

Lo que pasó entre el vizconde y el religioso es un secreto de confesion que no podemos revelar todavía. Solo diremos que aquella misma noche Fausto y Daniel desaparecieron del Barranco del Fraile, y que el alcalde don Cipriano, el cura don Cirilo y el médico don Ciriaco, recibieron cada uno una carta concebida en estos términos:

«Me ausento; nadie penetrará en mi morada. Volveré; pero para que quede un recuerdo de mi permanencia en estos barrancos, envió á usted cuatro mil reales que distribuirá entre los pobres.—*Fausto*.»

La carta del alcalde tenia una posdata.

Decia así:

«Regalo á usted la jaca como un recuerdo mio.—*Fausto*.»

Los tres prohombres de Arlajoza se leyeron mútuamente las cartas.

El pueblo estaba de enhorabuena, pues iban á distribuirse doce mil reales entre los pobres.

Seiscientos duros son una fortuna, tanto mas grata cuanto era inesperada.

Fausto fué desde entonces un semidios, un hombre casi mitológico, un príncipe disfrazado de cazador.

—Si vuelve, decia el cura, será preciso echar las campanas á vuelo.

—Si vuelve, repitió el alcalde, prómeto una corrida de novillos. Los españoles solo así manifestamos nuestra alegría.

—Si vuelve, objetó el médico, aunque me lo prohiba el director de Beneficencia, asaltaré su casa y le daré un abrazo.

. . . . . .

Lector y dueño mio: como ya te he dicho al comenzar la presente novela, yo he recogido algunas páginas pertenecientes á la historia de alguno de los personajes que pongo en accion. Con ellas y algo de mi cosecha he formado el todo del libro que tienes en la mano; y para que no te confundas durante mi relato, procuraré dártelo en una forma tan clara como sencilla.

Lo que llevas leido no es otra cosa que un preludio que sirve de principio.

Tal vez á tí te parezca que he comenzado la casa por el tejado: ten un poco de paciencia, que yo procuraré que no des la obra por falsa ni te quede ninguna duda.

Yo bien quisiera darte en esta obra la armonía de los ruiseñores, el interés de la verdad, la claridad del sol, y el sentimiento que llega á conmover las almas; pero mi humilde pluma no alcanza á tantas perfecciones y bellezas. Si tú la conoces por mis obras anteriores, puedes calcular lo que va á ser esta, en la que tengo, como te he dicho, un vivo interés en que sea de tu agrado.

Voy, pues, á comenzar mi obra mas querida.

LIBRO SEGUNDO.

LO QUE NO ES DE DIOS, ES DEL DIABLO.

CAPITULO PRIMERO.

EL ÚLTIMO SUSPIRO.

Andrea tenia cuatro años de edad, y dormia en su pequeña cama.

Contaba su madre veintiocho, y agonizaba, víctima de una terrible enfermedad. Leandro, sentado junto á la cama de su esposa, contemplaba con dolor las huellas que la muerte imprimia en el hermoso y triste semblante de su leal y querida compañera.

Serian las ocho de la noche.

Las primeras escarchas comenzaban á caer sobre los desiguales tejados de Madrid.

Las hojas habian desaparecido de los árboles. Las tibias brisas del estío descansaban en sus ignoradas mansiones, esperando el primer soplo de la primavera para perfumarlo todo.

La muerte comenzaba á estender su guadaña sobre las na-

turalezas enfermas, y la sierra enviaba sus envenenados suspiros.

La habitacion de Leandro el músico tenia la modestia aseada de la virtud que se ampara del trabajo.

La cama de la enferma era limpia como la conciencia.

Un velon antiguo colocado sobre una mesilla de caoba iluminaba aquel cuadro doloroso.

—Mira, Leandro, decia Carlota con un acento tan dulce y tan débil como las arpas de las hijas de Sion durante el cautiverio de Babilonia. Mira, Leandro, no quiero que te hagas ilusiones: mi muerte es segura... tal vez no vea el nuevo sol.

—¡Oh! ¡calla por Dios, Carlota! tú vivirás, sí, vivirás porque yo te necesito como el aire que respiro, vivirás porque es preciso que así suceda, para que cries á nuestra hija y hagas de ella una mujer tan buena como tú.

Leandro decia todo esto con los ojos arrasados en lágrimas y besando una y cien veces las descarnadas y blancas manos de su esposa, la cual agitaba la cabeza de un modo doloroso.

—¡Ah, Leandro mio! repuso la enferma: yo bien conozco que mis palabras te hacen mucho daño; pero es preciso que hable, que aproveche los pocos momentos que me quedan de vida: tú eres bueno, sí, muy bueno: dudo que sobre la tierra exista un hombre mejor que tú: hace cinco años nos unió un sacerdote, y aún no me has dado el menor disgusto.

—¿Puede ofenderse á los ángeles?

—No me interrumpas. Yo moriré bendiciéndote, pero permite que te diga que tu corazon es débil y harto condescendiente: piensa, Leandro de mi alma, que tienes una hija, que despues de mi muerte te queda nuestra Andrea: educa su álma

en la mas sana moral, en la mas perfecta modestia. La virtud, la resignacion y la modestia son el mejor patrimonio de las mujeres: no olvides estos consejos que me atrevo á darte al borde del sepulcro.

Carlota se detuvo para respirar: su fatiga era grande.

Leandro lloraba: su corazon, herido cruelmente, se rompia dentro del pecho.

Él, como su esposa, sabia que para el mal que le aquejaba no habia remedio alguno. Sin embargo, se esforzaba por trasmitirle alguna esperanza.

Carlota, cristiana, buena y virtuosa, veia cómo la muerte se cernia sobre su lecho, sin temerla.

Porque la fé de su corazon le hacia entrever el paraíso; porque la conciencia de su alma estaba sin mancha, y no temia presentarse ante el infalible tribunal de Dios; porque para los justos, la muerte no es otra cosa que el principio de la vida.

Carlota, buena hija, buena esposa y buena madre, esperaba tranquila su última hora, sin una nube que la atormentara, sin un recuerdo que la remórdiera la conciencia.

—Pero ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Leandro: ¿es posible que me arrebates así la prenda mas querida de mi alma?

—Dios es justo, repuso la enferma cogiendo la manos de su esposo y cubriéndolas de besos: el hombre no puede, no debe dirigirle jamás ninguna reconvencion. Ahora, esposo mio, perdóname todo el daño que involuntariamente he podido hacerte en esta vida.

—¡Perdonarte á tí! ¿qué perdon necesita el que nunca ha ofendido á nadie?

—Perdóname, Leandro: necesito oir de tu boca esa palabra.

—Pues bien, sí, te perdono, murmuró Leandro dejando caer su cabeza sobre el borde de la cama; te perdono, puesto que así lo quieres.

En este momento llamaron á la puerta.

Leandro, como hemos dicho, era pobre: no tenia por consiguiente criados; pero en Madrid los pobres forman una hermandad digna de elogio, y desde el momento que Carlota se metió en cama, una vecina, pobre tambien, se brindó á servirla sin mas retribucion que el agradecimiento, porque nadie comprende tanto la escasez como el necesitado.

Estos rasgos de caridad, tan frecuentes entre los vecinos pobres, son verdaderamente consoladores.

Compadezcamos á esos ricos orgullosos que insultan á la miseria, haciendo gestos de repugnancia, porque nunca en sus manos ha caido una de esas dulces lágrimas que brotan del alma, hijas de la gratitud.

Pero volvamos junto al lecho de la moribunda.

Leandro levantó la cabeza, porque oyó la voz de su mujer, que decia:

—¡Ah! ¿es usted, padre Natalio?

El fraile avanzó hasta el lecho con su gravedad acostumbrada, y fijando una de esas miradas propias solo de los médicos inteligentes, dijo:

—Buenas noches, hijos mios: antes de retirarme á mi convento he querido saber cómo seguia la enferma.

Carlota se sonrió: habia comprendido que aquello no era mas que una escusa del buen religioso.

—Ha hecho usted bien, padre, dijo; porque un confesor siempre es un consuelo para el cristiano moribundo.

Fray Natalio hizo varias preguntas á la enferma, la pulsó y puso una de sus manos sobre el pecho.

—¿No es verdad, padre, que Carlota no está tan enferma como cree?... preguntó Leandro.

—La vida y la muerte suspensas están de la voluntad de Dios; esperémoslo todo de él.

—Véte, Leandro, véte á descansar, repuso Carlota; quiero descargar el peso de mi conciencia... véte.

Leandro dudó, pero la mirada suplicante de su esposa y la seriedad del fraile le decidieron á obedecer.

Fray Natalio sentóse junto al lecho.

—Padre, dijo Carlota cogiendo una mano del religioso y llevándola á sus labios: usted es un buen ministro de Dios, un hombre justo, un amigo de los desgraciados, pero es asímismo un buen médico. ¿No es verdad que el sol de mañana no nacerá para mí?

—Hija mia, solo á Dios le es dado saber el término de la vida.

—¡Oh! yo me siento muy mala.

—Y lo estás efectivamente, pero un corazon cristiano no debe perder núnca la esperanza, esa hermana de la fé.

—Usted sabe muy bien que me muero; no tema usted afligirme: me encuentro resignada. La muerte no me asusta, no la temo... la espero, la deseo. ¡Sufro tanto!... pero es preciso aprovechar los pocos momentos que me quedan de vida: dejo una hija, dejo un esposo, trozos de mi corazon, por los únicos que siento separarme del mundo. Leandro es muy bueno: us-

ted le conoce, pero débil, condescendiente; temo que no tenga bastante fuerza de voluntad para educar á mi querida Andrea. Yo recomiendo á usted, padre mio, esos dos séres queridos; á usted, que tantas veces ha remediado nuestras necesidades; á usted, ángel de misericordia que vela por los desgraciados; á usted, á quien debo la vida de mi esposo y de mi hija; á usted, que al saber que en esta casa se albergaba la desgracia, se presentó en ella para enjugar nuestras lágrimas; á usted, á quien todos llenan de bendiciones.

Carlota se detuvo y cerró los ojos, como si sus fuerzas se hubieran agotado.

Fray Natalio sacó un libro de oraciones y se puso á rezar en voz baja.

La enferma le imitó.

Así trascurrieron algunos minutos.

Terminado el rezo, el fraile guardó el libro en una de las mangas del hábito, y dijo:

—Mujer, por si á Dios le es servido poner término á tus dias, aparta el pensamiento de la tierra y fíjalo en el cielo. Yo, ministro del altar, estoy dispuesto á oir tu confesion.

—Nada remuerde mi conciencia, padre; tranquilo está mi espíritu; oigo en mis sueños la dulce armonía que entonan los ángeles á las puertas del paraíso. Criada desde pequeña en la mas sana modestia, nutriendo mi alma con las virtudes de mis padres, llegué á la edad de las pasiones. Vi á Leandro y le amé: pidió mi mano; pobre como yo, me condujo al pié de los altares: he sido siempre buena esposa, Dios lo sabe. Mi alma, próxima á separarse de la materia, se elevará tranquila al supremo tribunal de Dios; pero Andrea... mi pobre hija... ¿qué será de

ella? ¿quién educará su alma, base donde se apoya la felicidad de la mujer?

—Le queda su padre, murmuró el fraile.

—¡Ay! Leandro, Leandro ama con locura á su hija, casi tanto como á mí, pero él comprende el amor de bien distinto modo.

En este momento Carlota se estremeció, y su cuerpo, conmovido como las amarillentas hojas de un árbol por las brisas del otoño, sufrió por espacio de algunos segundos fuerte convulsion.

Desde este momento, en el hermoso rostro de la enferma se marcaron mas tenazmente las huellas de la muerte.

Su palidez casi lívida, su frente brillante y sudorosa, su débil y difícil respiracion, indicaban el término cercano de su vida.

El fraile rezaba.

Cuando la ciencia del hombre es impotente, solo queda Dios. Solo de ÉL esperaba fray Natalio la salvacion de la enferma, cuya boca se habia cerrado, cuyos ojos se apagaban por momentos.

A las diez de la noche Carlota sintió otra convulsion, pero mas débil que la primera.

Un hipo tenaz y agudo anunció la agonía de la muerte.

Fray Natalio llamó á Leandro, y dejándole el sitio junto á la cabecera de la cama, se puso á pasear por la habitacion, dedicando de vez en cuando compasivas miradas, bien al grupo doloroso de los esposos que permanecian abrazados en silencio, bien á la purísima cama de Andrea, que dormia con ese sueño feliz de la inocencia.

Carlota acariciaba con sus frias manos, con sus helados besos, la cabeza de su esposo.

La voz parecia haberse extinguido en su garganta: toda su vida, el resto de ese fuego que llamamos existencia, se habia trasladado á sus ojos, que brillaban con esa fuerza que anuncia la muerte.

Por fin la moribunda hizo un esfuerzo, reunió el poco aliento que quedaba en sus pulmones, y dijo:

—¡Mi hija!... ¡mi Andrea!... ¡Adios para siempre!

Luego dejó caer la cabeza. Sus labios se entreabrieron para dar paso á un suspiro. Era el último.

Carlota habia muerto, pero en su boca aparecia la sonrisa bondadosa de los mártires que mueren pensando en Dios.

Leandro, que sintió el estertor de la muerte, que recibió el último suspiro de su esposa, exhaló un grito.

—¡Muerta! ¡muerta! ¡muerta! repitió cayendo desvanecido sobre el cadáver de Carlota.

Fray Natalio corrió en su ayuda, llamando antes á la buena vecina.

Entre los dos condujeron á Leandro á una habitacion inmediata.

La vecina se quedó cuidando á Leandro: fray Natalio rezando junto al cadáver de Carlota.

Andrea dormia dulcemente.

La muerte habia cruzado sobre su cama sin despertarla; pero deteniéndose en la alcoba inmediata, le habia robado á la santa mujer que la llevó en sus entrañas.

La pérdida era grande, pero á los cuatro años de edad no se comprende todavía lo que vale una madre.

UNIV. OF CALIFORNIA

Al despertar de un sueño durante el cual un hijo ha perdido á su madre, la llama. Un amigo ó un pariente le dice: tu madre está en el cielo, volverá pronto: el hijo se sonríe, porque el cielo, durante la dulce inocencia de la infancia, es el complemento de lo bello.

¡Pobre Andrea! ella tambien esperó á su madre, que estaba en el cielo.

CAPITULO II.

UNA FRASE QUE CONMUEVE UN CORAZON.

Todo el que nace, al respirar el primer soplo de vida camina hácia la muerte.

La peregrinacion por este valle de lágrimas es mas ó menos larga, pero el fin seguro, infalible, inevitable; por eso sin duda Dios detrás del duro golpe de la muerte ha puesto el consuelo y el olvido.

Leandro sintió mucho la pérdida de su buena esposa.

Fray Natalio buscó palabras consoladoras, recordándole que tenia una hija.

Leandro comprendió que era preciso vivir para Andrea.

Fray Natalio se habia portado con el jóven viudo como un padre cariñoso.

Carlota fué enterrada en un nicho á expensas del religioso.

La gratitud se afianzó mas y mas en el corazon de Leandro.

Algunos meses despues de este acontecimiento tuvo lugar el degüello sacrílego de los frailes.

Nuestros lectores saben cómo recompensó Leandro los favores recibidos.

Restablecido el padre Natalio de sus heridas, se despidió del músico, dejándole la sortija con la perla negra y un pequeño relicario.

Trascurrió un año, durante el cual nada supo Leandro del buen religioso.

Leandro vivia con su hija y una criada anciana.

Una tarde al regresar á su casa, la portera le dijo que era preciso que buscara cuarto, pues se iban á hacer obras en la casa.

Leandro se trasladó á la calle del Olmo, cuarto tercero.

Frente por frente de su habitacion habia otro cuarto; el vecino, que era un verdadero hombre de bien y tan pobre como Leandro, pasó á ofrecerle su casa y sus servicios.

Era viudo tambien y tenia una hija que se llamaba Sofía, y era de la misma edad que Andrea.

Pero digamos algo de estos vecinos que tan activa parte han de tomar en el trascurso de esta novela.

Don Fernando Requena era un señor de cuarenta años, aunque aparentaba algunos mas por su bigote y cabellos canos.

La gravedad de su rostro contrastaba notablemente con la dulzura de sus ojos azules y la grata y simpática modulacion de su voz.

Bastaba verle para comprender que se tenia delante una persona decente.

Su traje modesto, aseado y limpio, demostraba que aquel

hombre mantenia á brazo partido esa lucha gloriosa con la pobreza y la escasez, en que el cepillo y el espíritu de vino son las armas que se esgrimen.

Llevaba una cinta encarnada y amarilla en el ojal superior de la solapa de su gaban, y una cicatriz bastante marcada brillaba en su frente despejada y serena.

Se le hubiera tenido por un militar, y no lo era, aunque en sus mocedades, siendo casi un niño, habia formado parte de una compañía de voluntarios, peleando contra los franceses.

Un rasgo de valor temerario le habia valido la herida de la frente y la cinta de la solapa.

Terminada la guerra, don Fernando Requena regresó á su casa, dedicándose al comercio como su padre.

Fernando tenia un hermano cuyo carácter era completamente opuesto al suyo.

Fernando era perseverante, justo, honrado y dócil para el trabajo.

Su hermano, indolente, pendencioso y aturdido.

—Tú tendrás mal fin, solia decirle muchas veces; pero Antonio, que así se llamaba, haciendo una mueca de indiferencia, respondia:

—Puede que tu vaticinio se realice.

Muerto el padre de Fernando, dejó una fortuna modesta, que partieron los dos hermanos.

Fernando siguió el comercio, y se casó con una jóven pobre, pero tan rica en virtudes como en hermosura.

Mientras tanto su hermano Antonio derrochaba la herencia que le habia legado su padre, y en vano Fernando le aconsejaba que siguiera otro camino.

Una noche Fernando entró en su casa conmovido, agitado: su esposa conoció que algun profundo pesar le inquietaba.

—¿Qué tienes? le dijo.

Fernando sentóse junto á Sofía. (Este era el nombre de su mujer, como asímismo el de una niña de dos años que dormia en sus brazos.)

—¿Qué es lo que mas amas en este mundo? le preguntó.

—¿Puedes dudarlo? A tí, y luego á nuestra hija.

—De modo que por verme tranquilo, por salvar el apellido que llevo de la deshonra...

—Daria todo cuanto poseemos; todo, menos tu amor y el de mi hija.

Fernando abrazó á su mujer.

—Escucha, le dijo: tú sabes que tengo un hermano; pues bien, el miserable acaba de cometer un abuso de confianza, una de esas estafas que castiga el Código.

—¡Dios mio!

—Sí, Sofía, sí. Despues de derrochar su patrimonio ha tomado una gruesa suma en calidad de depósito, valiéndose de mi nombre y diciendo que tiene una parte en mis negocios. Si dentro de tres dias no paga, se sabrá la verdad, y un presidio le espera: no por él, por mi nombre, por el de nuestra hija, es preciso salvarle, pero esto ocasionará nuestra ruina. Ahora, decide tú, puesto que tuyo es tambien todo cuanto poseo.

—Fernando, esclamó Sofía con solemnidad: no hay tesoro mas precioso que la honra; salva á tu hermano... Dios no olvida nunca á los buenos.

Fernando abrazó segunda vez á su mujer, y los besos y las lágrimas de los esposos se confundieron.

Dos dias despues, Antonio y Fernando se presentaban en casa del banquero que habia prestado la suma.

Antonio se vió libre del afrentoso compromiso que le amenazaba.

Cuando salieron de la casa, Fernando le dijo:

—Antonio, por salvar tu honra y el apellido que nos legó nuestro padre, acabo de arruinarme. Tal vez mañana mi esposa y mi hija carecerán de lo necesario... tal vez mañana vendrá la miseria á llamar á nuestra puerta; pero no importa: jamás me ha arredrado el trabajo: trabajaré. Solo te suplico que si has de continuar siendo lo que has sido hasta aquí, que cambies el nombre que te legaron tus padres. Véte: Dios te ilumine, y deja que viva en paz con mi pobreza, yo te lo ruego en nombre de lo que te sea mas querido en el mundo.

Aquella misma noche, Antonio, avergonzado de sí mismo se suicidó, dejando una carta escrita que lo esplicaba todo.

Esta carta, que publicaron los periódicos, llegó á manos del banquero, el cual vivamente interesado por Fernando le propuso un destino en su casa.

Fernando desde aquel dia tuvo un sueldo de ocho mil reales: estaba encargado de la correspondencia.

Pobres, pero tranquilos y resignados, Fernando y Sofía vivian en un modesto cuarto tercero cuando la terrible epidemia del cólera morbo estendió su soplo de muerte por la coronada villa.

Sofía fué una de sus víctimas.

Fernando lloró mucho, padeció mucho, pero se dijo:

—Vivamos para mi hija.

Desde entonces, dos cosas le preocupaban: el cumplimiento

de sus deberes en casa del banquero, y la educacion de su pequeña Sofía, retrato en miniatura de su difunta esposa.

Cuando Leandro y Andrea fueron á vivir á la misma casa, las niñas tendrian poco mas de nueve años de edad cada una.

Sofía era rubia, dulce, de mejillas trasparentes y labios de grana, como un querubin de Murillo. Andrea morena, de facciones enérgicas, cutis claro y sonrosado como las creaciones del Ticiano.

Hemos dicho que don Fernando Requena habia pasado á ofrecer su casa al vecino.

—¡Ah! tiene usted una niña, le dijo viendo á Andrea, que jugaba con sus muñecas junto al balcon; yo tambien tengo otra, y precisamente creo que han de tener la misma edad: serán amigas. Dime, niña: ¿querrás tú ser amiga de mi Sofía?

—¡Ya lo creo! jugaremos juntas: ¿dónde está? ¿por qué no viene á jugar? esclamó Andrea dándole cien vueltas á una muñeca.

—Está trabajando, respondió Requena haciendo una caricia á la niña.

—¡Trabajando! preguntó admirado Leandro.

—Sí.

—¿Pues no ha dicho usted que apenas tiene diez años?

—Tiene nueve y dos meses.

—¿Y ya trabaja?

—Está claro:

—¡Vaya un capricho!

—Dispense usted, vecino; el trabajo no es un capricho: es un deber santo que honra al pobre y enaltece al rico.

Y volviéndose á Andrea, continuó:

—Dime, niña: ¿no te cansas de jugar?

—Yo nunca: no hago otra cosa.

Leandro habia sentido resonar las palabras de aquel hombre en lo mas profundo de su corazon.

Cuando se despidió don Fernando, cuando se quedó solo, dejándose caer en una silla, murmuró en voz baja:

—¡El trabajo no es un capricho! ¡es un deber santo que honra al pobre y enaltece al rico! Sí, trabajemos: ese hombre tiene razon.

Y acercándose á una mesa donde se veian algunos papeles pautados, se puso á copiar música.

Andrea continuó jugando con sus muñecas.

CAPITULO III.

CUADRO AL NATURAL.

Al dia siguiente, Leandro creyó muy del caso devolverle la visita á su vecino; pero como don Fernando entraba en la oficina á las nueve de la mañana y salia á las cuatro, esperó esta hora.

La habitacion de Fernando no era ningun palacio; se reducia á una salita, un pequeño gabinete, un cuarto de labor y una cocina.

En la sala habia un sofá, media docena de sillas, una mesa con tapete de hule con algunos libros y recado de escribir y un cuadro. Era el retrato de Sofía.

Leandro entró con Andrea de la mano.

—Buenas tardes, vecino, le dijo: aquí venimos á molestarle; pero qué quiere usted, esta niña es una especie de tirano que Dios me ha dado, y no me deja vivir, diciéndome que quiere ver á su nueva amiga.

—Me parece muy bien, señor don Leandro; nosotros, como vecinos y pobres, debemos tratarnos con la mayor franqueza.

—Yo agradezco y acepto su proposicion.

Fernando indicó una silla á Leandro, y este la ocupó sin cumplimientos.

—Pero ¿adónde está la niña? Andrea y yo tenemos muchos deseos de conocerla. ¿No es verdad, hija mia?

—¡Oh! sí, muchos: yo quiero jugar con ella.

—Sofía está en su cuarto de labor.

Y don Fernando, sacando su modesto reloj de plata, continuó:

—Van á dar las cinco; pronto habrá terminado, y entonces podrán jugar hasta las siete, hora en que comemos.

Fernando se sonrió.

—Tal vez usted me tendrá por un hombre raro, dijo; pero qué quiere usted, yo soy de aquellos que gradúan su tiempo con el reloj en la mano. Si fuera rico, pero inmensamente rico, tanto como esos millonarios que segun se dice vulgarmente no saben lo que tienen, pensaria lo mismo que pienso ahora que soy un hijo del trabajo, con la única diferencia que ahora lo hago por necesidad, y entonces lo haria por entretenerme. Desengáñese usted, vecino: el que se halla ocupado trabajando, deja quieta la imaginacion y dormido el deseo.

—Yo tambien soy un hijo del trabajo, señor don Fernando; profesor de música, no cuento con otro patrimonio que el que me proporcionan las fusas y las corcheas. Doy lecciones á media docena de discípulos, que por cierto no son hijos de príncipes, toco el violin en las funciones de iglesia, y copio música para el teatro de la Opera. Todo esto me viene á pro-

ducir unos veinticuatro reales diarios; pero tengo salud y resignacion, y no estoy descontento con mi suerte.

—Poco mas ó menos ese es el mismo sueldo que me tiene asignado mi principal, repuso Fernando, donde llevo la correspondencia, y por la noche me entretengo en llevarle el libro mayor al tendero de ultramarinos de la esquina, lo cual me vale algunas libras de chocolate y bujías para el consumo de mi casa. Como usted tengo una hija, y como usted soy viudo. Hace algunos años que me dedico á estudiar el corazon humano, y he llegado á persuadirme que la felicidad de la mujer pobre consiste en la educacion que se le da durante sus primeros años. Formar el alma, perfeccionar el corazon de la mujer, no es cosa de un dia: se necesitan muchos años. Mi único afan es que Sofía, mi hija, sea feliz mas bien que rica.

—No deseo yo otra cosa. La felicidad es el mas rico tesoro de la tierra; ¡pero eso es tan imposible!...

—¡Imposible!... no estamos conformes.

—Dicen que un rey mandó muchos emisarios por el mundo en busca de un hombre feliz, y no le encontró, repuso Leandro sonriendo.

—Se equivoca usted, vecino: lo encontraron, pero no quisièron presentárselo al rey, porque el hombre feliz no tenia camisa; lo que prueba que la felicidad no fué, no es, no será nunca hija del dinero.

—Pero papá, esclamó Andrea interrumpiendo la conversacion de los dos vecinos, ¿cuándo sale mi amiga?

—Espérate, hija mia.

—He observado que esta niña es algo impaciente.

—Sí, es muy viva de genio, y no me dejará tranquilo

hasta que vea á su vecinita: qué quiere usted, cosa de niños.

—Que deben corregir los padres, amigo mio, porque la costumbre forma en la criatura una segunda naturaleza.

Y don Fernando, que habia conocido la debilidad de carácter de Leandro, como aún no mediaba entre ambos la confianza suficiente para darle un consejo, creyó oportuno no continuar en aquel terreno; así es que, cogiendo de la mano á Andrea, le dijo:

—Ven, hija mia, voy á llevarte adonde está tu amiguita.

Y los tres se encaminaron á la habitacion inmediata.

Serian las cinco de la tarde: la última claridad del dia bañaba con su ténue luz el cuadro que vamos á bosquejar.

Junto á una ventana, sentadas en dos sillas bajas con la cabeza inclinada sobre la labor, veíanse una mujer de cincuenta años de edad y una niña que apenas contaria diez primaveras.

Cerca de este grupo se hallaban un costurero y dos canastillos de junco, atestados de ropa blanca.

Una mesa de pino, un sofá de paja y un brasero, completaban el ajuar de la habitacion.

En aquella pieza, que recibia el sol del Mediodía, se respiraba una temperatura de trece grados de calor, tan grata como higiénica.

Sofía levantó la cabeza al oir los pasos de su padre, que entró delante.

La mujer que cosia á su lado hizo lo mismo.

Nada tan candoroso, tan dulcemente ideal como el rostro de aquella niña, donde resplandecia la virtud, la robustez y la inocencia.

Sus cabellos, rubios y abundosos, finos como las célebres

blondas que bordaba en el templo de Jerusalen la madre del Nazareno, caian sobre su espalda con un desórden encantador.

Sus ojos, de un azul claro y limpio, enseñaban á través de sus pupilas la belleza de su alma.

Sus mejillas, blancas, sonrosadas y tersas, tenian la frescura de la rosa.

Su barba, redonda y ligeramente hendida en el centro, parecia formada por una caricia de Las Gracias.

Su frente, de una tersura virginal, descansaba sobre las cejas, delicadas líneas de oro que daban sombra á sus párpados y frescura á sus largas y levantadas pestañas.

Leandro se quedó contemplando con verdadero éxtasis aquella niña, cuyas pequeñas manos, tan blancas como la tela que tenia sobre las rodillas, se movian con el natural desembarazo de una costurera consumada.

La mujer que se hallaba á su lado tenia uno de esos semblantes tan graves como respetuosos, y tan respetuosos como dulces.

Desde la primera vez que se la veia, inspiraba respeto y confianza.

—Buenas tardes, Sofía; buenas, doña Petra, dijo Fernando al entrar. Aquí traigo á ustedes á la niña que desde hoy será amiguita de Sofía.

Andrea corrió á encontrar á Sofía, y esta la recibió con los brazos abiertos.

Aquellos dos ángeles juntaron sus bocas puras y sonrosadas, y un beso doble, muy parecido al que deben darse en el cielo los querubines, estendió su dulce armonía por los ámbitos de la habitacion.

—Ven, ven, querida, esclamó Andrea; vamos á jugar con mis muñecas, con mi casita de carton, con mi cocina de madera.

Sofía, dejando vagar en sus labios una encantadora sonrisa, miró á su padre.

Este, comprendiendo que aquella sonrisa era pedirle su autorizacion para dejar la lábor, le dijo:

—Hoy, Sofía, te permito que dejes el trabajo un poco mas temprano que de costumbre: da las gracias á esta niña.

—Con mucho gusto, papá.

Y volviéndose á Andrea, la cogió por la cintura, y dándola otro beso en la frente, continuó:

—Doy á usted las gracias, niña.

—Yo no quiero que tú me hables de usted, esclamó Andrea: las amigas como nosotras deben tratarse con mucha confianza, ¿no es verdad, papá?

—¿Quién lo duda, hija mia? pero esta niña no es tan aturdida como tú.

Y Leandro se rió con ese candor propio de los padres condescendientes.

De repente Andrea dió un golpe en el suelo con el pié, haciendo un gesto espresivo.

—¡Caramba! dijo: no me he acordado de traer mis juguetes.

Y volviéndose á Sofía, continuó:

—¿Tienes tú juguetes?

—¡Oh, sí! Tengo una muñeca muy hermosa que la quiero mucho, y los domingos le hago trajes. Figúrate si la querré cuando me la dejó mi buena madre antes de morirse.

—Será muy vieja, objetó Andrea.

—¡Vieja nada de eso; mi madre me decia: cuídala mucho, porque con ella juegaba y cuando era de tu edad. Yo la cuido mucho, y está nueva como si acabara de salir de la tienda.

—¡Bah! pues á mí me compra mi padre una cada mes.

—Nosotros somos pobres, repuso Sofía con admirable indiferencia, y los pobres no deben ser destrozones.

Andrea se rió con toda la boca.

No comprendia lo que acababa de decirle su nueva amiga, y volviéndose á su padre, repuso:

—Mira, tráeme los juguetes; ya sabes dónde los tengo.

Leandro hizo el ademan de obedecer, porque estaba acostumbrado á ello, pero don Fernando le detuvo y le dijo con dulzura:

—Que vayan ellas, amigo mio: á su edad, el ejercicio es muy higiénico.

Y dirigiéndole la palabra á Sofía, continuó:

—Puedes ir con Andrea á su casa y ver sus juguetes. Ya te llamaré cuando vayamos á comer.

Las niñas salieron, y Fernando, haciendo una seña á Leandro, le condujo á su gabinete.

Allí le indicó una silla, y se sentaron.

—¿Sabe usted, vecino, dijo el músico, que estoy admirado de ver la cordura, la moderacion de su niña? Parece imposible que á su edad sea tan juiciosa.

Don Fernando dirigió una mirada compasiva á Leandro: habia comprendido la debilidad de su vecino; pero esa misma debilidad que asomaba á su rostro bondadoso, le hacia sentir por él cierta simpatía, cierto interés, que le obligó á hablar de este modo:

—¿Ha observado usted, le dijo, que muchos hijos contraen la mala costumbre de pronunciar mal una palabra, solo porque sus padres la pronuncian así? Es decir, el oido acostumbrado vicia la lengua, y tomando el hombre el vicio, le acompaña al sepulcro.

—Sí: efectivamente he notado eso, contestó Leandro fijándose en lo que aquel hombre le decia, en quien reconocia una gran superioridad.

—¿Ha advertido usted del mismo modo, repuso Fernando con gravedad, que muchos hijos adquieren los movimientos, las actitudes, los gestos y hasta la entonacion y el timbre de voz de los padres?

—¡Oh! eso es sabido.

—Pues bien, amigo mio: la imitacion material es mas difícil que la moral, sobre todo en las hijas, con la única diferencia que produce los efectos contrarios; es decir: de un padre escesivamente tolerante y débil, sale una hija exigente, caprichosa y déspota; de un padre recto, metódico, sin ambicion, resulta una hija dócil, bondadosa, sufrida y resignada. La resignacion es una virtud, la modestia otra: estas dos bellezas del alma tienen su morada en el corazon, en donde forman un dulce consorcio, del que nace la felicidad de la mujer.

Y don Fernando, sacando la petaca, ofreció un cigarro á su vecino, que lo aceptó distraido y sin desplegar los labios.

Las palabras de aquel hombre habian resonado de un modo doloroso y consolador á la par en su alma.

Misterio que él mismo no podia esplicarse.

Eso era obra del tiempo.

Don Fernando comprendió que sus palabras habian causa-

do buen efecto; y como el bondadoso carácter de su vecino le habia inspirado una gran simpatía, se dijo para sí:

—Este hombre es un buen sugeto, que padece un error grave, perjudicial, del que quisiera librarle. Allá veremos.

La empresa era difícil, porque no todos los padres comprenden el amor paternal.

CAPITULO IV.

LA FUERZA DE LA DEBILIDAD.

Aquella misma noche Andrea dormia en su pequeña cama, colocada en la misma alcoba de su padre; este copiaba música en la sala inmediata.

De vez en cuando Leandro dejaba la pluma, y trascurrian algunos momentos sin cogerla.

¿Qué hacia? Meditaba, ó por mejor decir, recordaba las palabras del vecino.

Todo su amor, toda su alegría, se cifraban en aquella niña, trozo de su corazon, perfume de su alma, recuerdo vivo de su adorada Carlota.

Solo un sueño turbaba las dulces horas de su reposo: la felicidad de su hija.

Creia Leandro que satisfaciendo todos los caprichos de Andrea, la hacia dichosa: esto era un error dulce, propio de un

padre. Las palabras, ó por mejor decir, los consejos de don Fernando, le preocupaban, pero no le convencian.

Sin embargo, el cuadro que habian admirado sus ojos se hallaba grabado de un modo indeleble en su imaginacion.

De vez en cuando esclamaba:

—Sí, es verdad: las niñas deben desde pequeñas acostumbrarse al trabajo; calvario que Dios impone al pobre en este valle de lágrimas, pero que indudablemente tiene su recompensa en la otra vida.

Pero al pensar esto, se decia: trabajemos.

Y trabajaba con mas afan, dejando á su hija como siempre: sin hacer nada.

En estas reflexiones, el reloj de San Juan de Dios dió doce campanadas.

Leandro se acostaba á media noche, hora en que suspendia el trabajo como no tuviera mucha prisa.

Dejó, pues, la pluma, cogió la luz, y encaminóse á la alcoba.

Todas las noches, antes de acostarse, contemplaba un momento á su dormida hija, y le daba un beso en la frente, pero sumamente ligero para no despertarla; rozamiento dulce y suave como el que produce el Tejador de los rios cuando se desliza sobre la tersa superficie de las aguas.

Pero aquella noche, ó bien fuese que Leandro, preocupado, apretase un poco mas los labios sobre la frente de su hija, ó bien que esta tuviera el sueño mas ligero, Andrea despertó, y al ver á su padre, rodeóle los brazos al cuello, y dijo:

—¡Ah! ¿eres tú, papá mio? ¡Si vieras qué cosas tan bonitas he soñado!... ¡Siéntate y te lo contaré...

Leandro separó los brazos de su hija con dulzura, y dijo sonriendo:

—Es muy tarde, Andrea... tengo sueño... mañana me contarás todo eso.

—No, no, ha de ser ahora. Si tú te acuestas, te dormirás... es claro... yo estaré desvelada, y tendré miedo cuando apagues la luz.

—Vamos, no seas caprichosa... buenas noches.

Andrea cogió á su padre de la mano, y soltando una alegre carcajada, esclamó:

—¡Ca!... ¡no te irás!... y si te vas, no te quiero.

Leandro se sentó en la cama de su hija: estaba acostumbrado á no negarle nada, y aquella vez, como siempre, cedia á sus caprichos, á sus exigencias.

Sin embargo, las palabras del vecino estaban fotografiadas en su memoria, y pensó resistirlas.

—Vuelvo á decirte que no estoy para cuentos ni para historias... me siento cansado... déjame en paz.

—¡Bah! esclamó Andrea, haciendo una mueca tan graciosa que su padre estuvo á punto de *comérsela á besos:* tú dices que te vas; pero no te irás... te conozco mucho: lo dices, y no lo haces... y si te fueras... ¡pues bonita soy yo! en ocho dias no te daba un beso: por estas.

Y haciendo una cruz con el índice y el pulgar de la mano derecha, comenzó á dar besos sobre ella precipitadamente.

Su padre mientras tanto no se movia, y Andrea, que aunque niña tenia una penetracion muy precoz, comenzó á contar su sueño de este modo:

—Pues señor, has de saber que he soñado que Sofía la veci-

nita de enfrente era mi hermana, y que tú, para que las dos tuviéramos los mismos juguetes, me habias comprado una muñeca como la suya, con la cara de cera, el cabello de verdad y los ojos de cristal, pero unos ojos tan bonitos que se meneaban hácia arriba y hácia abajo, y á ella le habias comprado una casita y una cocina como la mia...

Andrea se quedó mirando á su padre.

Lo que le estaba contando era un sueño, pero aquel sueño podia convertirse en realidad con solo querer su padre, que tantas veces habia sido condescendiente con ella.

Leandro comprendió el sueño intencional de su hija, y le hizo gracia, admirando en silencio la penetracion de aquella niña que le tenia subyugado.

—Pero ¿qué es lo que me has querido decir con todo eso? la preguntó haciéndose el desentendido.

—¡Toma! que quiero que me compres una muñeca como la que tiene Sofía.

—Vale mucho dinero, y somos pobres.

—Siempre me dices lo mismo, y luego me lo compras todo.

—Por eso tú te haces tan exigente. Si no te compraría nada...

—Entonces no me querrias, y tú me quieres mucho, ¿no es verdad?

—Eres una zalamera... pero esta vez no ha de valerte.

—¡Bah! tú me la comprarás.

—Te engañas y muy mucho... con que buenas noches... tengo sueño.

—¡Jesus que pesadez con el sueño!... ¡Ah! tú ya no me quieres.

Y Andrea soltó la mano de su padre, que conservó entre las suyas durante su relato, y se puso á llorar.

—Vamos, Andrea, esclamó Leandro: ya sabes que no me gusta que tengas esos caprichos.

—¡Tú no me quieres! ¡tú no me quieres! repitió la niña!

Las lágrimas de Andrea aturdian á Leandro; pero aquella noche quiso revestirse de carácter, y se acostó.

Andrea continuaba llorando; Leandro apagó la luz, pero no pudo dormir: los sollozos comprimidos de su hija le tenian desvelado.

Oyó dar las dos de la mañana en el reloj de San Juan de Dios.

Aquello era un tormento para él, al que no estaba acostumbrado.

Leandro solia decirse muchas veces:

—El pobre que no tiene un buen dote que dejar á sus hijos, debe, siempre que pueda, mimarles, darles los gustos que quieran; esa es una herencia de amor que ellos recuerdan.

Esto es muy dulce, muy paternal, pero bien poco provechoso.

Leandro no pudo dormirse, y sin embargo, su hija ya no lloraba: se levantó, encendió luz, se vistió, y se puso á copiar música.

Un pensamiento le habia asaltado.

—Ella duerme, se dijo; pero mañana, en cuanto despierte, su primera palabra será pedirme la muñeca: yo no tengo sueño... no podria dormir aunque hiciera todos los esfuerzos imaginables. Lo que constituye la felicidad de mi hija es ese juguete, que valdrá cuando mas treinta reales; trabajando des-

de ahora hasta las siete, ganaré próximamente cuatro pesetas; además, tengo treinta duros ahorrados: trabajemos para darle gusto: ¡qué diantre! diga él vecino lo que quiera, yo no tengo otra cosa en el mundo que Andrea.

Leandro trabajó con fé, con valor, con el valor y la fé de un padre que trabaja por un hijo querido.

Cuando la luz del dia vino á anunciarle que podia apagar su luz, tenia copiadas una buena porcion de hojas.

Su trabajo habia sido productivo.

Se levantó, y se fué á la alcoba.

Andrea dormia.

Entonces una sonrisa de bondad entreabrió los labios de aquel padre.

Se abrochó el gaban, se puso el sombrero, y cogiendo el llavin, salió de casa.

Media hora despues, regresaba con el aire y el rostro de un hombre feliz.

Llevaba debajo del brazo una caja de carton, y dentro de la caja una muñeca con ojos de cristal, cara de cera y cabellos de *veras*.

Aquello constituia la felicidad del padre y de la hija.

Esta blandura de carácter, esta bondad de corazon, será siempre perdonada, á lo menos por los padres.

Cuando se compra un juguete á un hijo, y este juguete representa el valor de unas cuantas horas de trabajo, el camino que media desde la casa donde se compró á la casa donde vivimos, se halla alfombrado de rosas.

Padre hay que por no retardar la alegría que va á proporcionar á su hijo, si la felicidad le dijera detente, escucha, la

apartaria con desprecio, contestándola: déjame, no me robes el tiempo, mi hijo me espera.

Leandro entró en su alcoba: habia salvado la escalera de tres en tres escalones: estaba fatigado. Su hija dormia, y se dejó caer en una silla, murmurando:

—He llegado á tiempo.

Al autor dramático le desvelan los efectos que desea causar al público en sus obras.

Al padre le desviven las alegrías que causa á sus hijos con los regalos.

Padre conozco yo, que cuando le compra á su hijo un caballo de carton, lo coloca en la sala sin que el chico lo vea, y luego le dice:

—Anda vé y tráeme tal cosa que está en el sofá.

El niño parte, y el consabido padre aplica un ojo á la cerradura para ver el efecto que el nuevo juguete le causa.

En aquel momento, ni el ruido de la catarata del Niágara, ni el estruendo que produjo el Vesubio cuando sepultó bajo su lava la ciudad de Herculano, le distraerian de su espionaje, si de improviso resonaran sobre su cabeza.

Como este padre hay muchos, tal vez alguno me esté leyendo, y es porque en aquel instante el alma, la voluntad, el corazon y la vida toda del padre, se hallan suspensas de la emocion que prepara á su hijo.

Leandro, viendo que su hija dormia, sintió un placer inmenso.

Observó que dos lágrimas trasparentes como esas gotas de rocío que la aurora deposita en las hojas de los lirios, se hallaban suspensas de sus párpados.

Aquellas lágrimas casi fueron un remordimiento para Leandro: él era el causante de ellas.

Pero iba á recompensarla, y su conciencia paternal quedó tranquila.

Despues de descansar algunos minutos, sacó la muñeca de la caja y la colocó cuidadosamente al lado de su hija, con la cabeza apoyada en la almohada.

Luego abrió el balcon, corrió la cortina de la alcoba, se sentó, cogió la pluma y se puso á copiar música y á esperar el efecto.

La muñeca le habia costado sesenta reales, es decir, tres dias de trabajo; pero ¿qué son treinta ó cuarenta horas de trabajo, comparadas con una de placer, de satisfaccion, de felicidad? Nada.

Trascurrieron algunos minutos, y durante este tiempo Leandro dirigió muchas miradas hácia la alcoba.

No pudo esperar mas, y tosió.

Andrea tenia un sueño desconsolador.

Por último, viendo que no despertaba, cogió el violin y se puso á tocar unas variaciones.

Paganini hubiera detenido su paso para oirle: tal era el gusto, la agilidad y la ejecucion de Leandro en aquel momento.

Orfeo guiaba su brazo derecho, y Apolo los dedos de su mano izquierda.

La inspiracion no es otra cosa que un momento de alegría ó de dolor que esperimenta el alma del artista.

Leandro tenia en aquel momento la inspiracion del placer.

La criada, mujer de bien y entrada en años, oyendo tan

temprano tocar el violin á su amo, creyó prudente entrar á preguntarle si queria el chocolate.

Aquella mujer, despeinada y en el natural desórden de una vieja al levantarse, produjo al músico el mismo efecto que una piedra cuando cae en medio de un charco donde cantan las ranas.

Leandro comenzó á hacerle señas para que se fuera. La criada no le comprendia, porque estaba, como suele decirse, dormida por dentro.

Tornó á repetirle si queria el chocolate, y por fin Leandro se vió en la precision de decirle con todas las palabras necesarias que se fuera, que le dejara en paz.

La mujer se fué, y poco despues un grito de gozo, que resonó en el alma de Leandro como la voz de Fáon en el pecho de Safo, salió de la alcoba.

Andrea habia despertado, y viendo junto á su rostro el rostro de la muñeca, no mas sonrosado que el suyo, le daba uno y otro beso con infantil entusiasmo; besos que todos ellos resonaron de un modo cariñoso en el corazon de su padre.

CAPITULO V.

RECUERDOS.

La fuerza de la debilidad solo se comprende en la mujer, y sobre todo en las niñas.

Andrea habia vencido, y al despertar, su hermoso semblante apareció circundado con la aureola de la victoria.

Cerca de su cama se hallaba la víctima de su triunfo; pero vencedor magnánimo, aquella niña le demostraba con sus miradas, con sus palabras, que aquella derrota le habia hecho dueño de una voluntad y de un corazon.

Leandro se creyó pagado.

Andrea se vistió, y fué adonde estaba su padre.

Si dejáramos correr la pluma sobre el papel, si consignáramos los mil detalles que se agolpan á nuestra mente, tomados del trasparente cristal de la memoria, del archivo de nuestros recuerdos, temeríamos ser pesados y cansar á nuestros lectores,

¡Ay! el que escribe estas líneas ha visto morir dos hijos en un año: uno tenia esa edad en que comienzan las esperanzas de un padre; el otro se hallaba en la encantadora época de la gracia en que el labio balbuce todo cuanto oye, sin saberse dar la razon de las cosas ni esplicarse el por qué las dice.

¡Preludio de la vida en que el acento de los niños tiene una poesía tan incoherente como melodiosa!

La memoria del hombre es un arsenal de dolores donde de vez en cuando aparece, como en las soledades del desierto la solitaria adelfa, un átomo de alegría, de consuelo, de dicha, de bienandanza.

¡Enrique y Julio! Hé aquí los nombres de aquellos séres tan queridos que ya no existen. El primero habia visto nacer ocho veces la blanca flor del almendro cuando su alma abandonó la materia para remontarse al cielo; el segundo habia sentido caer cuatro veces sobre sus rubios cabellos las amarillas hojas de los abetos cuando cerró los ojos para no abrirlos mas, dejando las huellas del dolor sobre mi corazon.

Dios ha querido conservarme una hija: Cármen es su nombre, y el sol de mayo ha bañado con sus hermosos rayos por catorce veces su casta frente.

Por ella escribo, por ella quisiera derramar en estas páginas todas las armonías creadas por el Hacedor.

Que ella cierre mis párpados despues de mi muerte: hé aquí todo lo que ambiciono; hé aquí todo lo que pido al que da el calor de la vida á lo creado.

Bastantes veces he sentido en mi morada los efectos desconsoladores de la muerte. Bastantes veces el frio soplo de la parca ha dejado un vacío en mi corazon.

Porque ella no solo hiere á los que se lleva: tambien hiere á los que se quedan en este valle de penalidades.

Pero sigamos el calvario de la vida. Dios es bueno, puesto que viéndome jóven y encorvado bajo el peso de mis dolores, me concede un báculo donde apoyarme: mi querida hija.

. . . . . .

. . . . . .

Andrea asistia á un colegio, pero con poca asiduidad: el dia que nos ocupa se negó resueltamente á ir.

—Tengo que jugar con mi muñeca, dijo á su padre; y este creyó que no accediendo á los deseos de su hija, no hacia por completo su felicidad.

Un dia no es nada en el catálogo de la vida, dicen muchos: error grave del que tarde ó temprano se tocan los resultados, porque un dia muchas veces no es otra cosa que la piedra angular donde se apoya el edificio de la felicidad.

Leandro dió un beso á su hija, y se fué á cumplir con sus deberes.

Al salir de su casa se frotaba las manos y se sonreia: era un hombre completamente feliz.

Pero cambiemos de domicilio. Fernando Requena nos espera. Veamos qué marcha se seguia en su casa.

Apenas el alba naciendo en Oriente anunciaba á los pobres la hora del trabajo, todos en aquella casa dejaban la cama.

Sofía, limpia, risueña y alegre, pasaba desde su dormitorio á la habitacion de su padre á darle el beso de la mañana.

Luego iba á la sala, se arrodillaba delante del retrato de su madre, y esta oracion brotaba de su sonrosada boca:

—Madre mia, yo no te olvido ni una sola hora de mi exis-

tencia, pidiéndole siempre á Dios que haga mi corazon tan bueno como el tuyo, mi pensamiento tan casto como el tuyo, y mi bondad tan delicada como la tuya.

Despues de esto rezaba.

Su padre, en pié detrás de ella, permanecia inmóvil, contempládola con arrobamiento durante los cortos momentos de esta sencilla y santa ceremonia.

Luego se sentaba junto á una mesa y escribia una plana, copia siempre de algun libro piadoso elegido con escrupulosidad por su padre.

Despues leia en voz alta un capítulo de los Evangelios.

Terminadas todas estas faenas, almorzaba con su padre, este se despedia para ir á la oficina, y ella y la buena mujer que le servia de aya, si el tiempo estaba bueno, salian de casa á dar un paseo, entrando al paso en San Juan de Dios, donde oian misa.

A las once regresaban á casa, ocupándose en las faenas domésticas.

Sofía, igualmente aplicada para todo, acostumbrada al trabajo, escuchaba con gusto los consejos de su padre y las lecciones de doña Petra.

Don Fernando solia decir:

—Bueno es que una señorita sepa de música y de dibujo, pero bueno es asímismo que entienda algo de cocina. Solo se mandan bien las cosas que se saben hacer.

Cuando la casa estaba limpia, Petra y Sofía se refugiaban en el cuartito de la labor, y esperaban cosiendo á don Fernando.

Este trabajo proporcionaba á Sofía lo suficiente para vestir-

se y para hacer algunas limosnas los domingos, cuando salia á pasear con su padre.

Don Fernando era el maestro de dibujo de su hija: esta ocupacion era tan agradable á Sofía, que pasaba las veladas sin sentirlas.

Bien es verdad que Sofía se acostaba pronto, y entonces su padre pasaba una hora arreglando las cuentas de la lonja de ultramarinos.

La vida de esta honrada familia no podia ser mas metódica ni mas á propósito para nutrir de buenas máximas el corazon de una jóven.

Don Fernando sentia no poder enseñar la música á su hija. Su sueldo, demasiado reducido, no le dejaba estender mas allá el brazo del pequeño círculo de sus necesidades.

Cuando su vecino don Leandro le dijo: soy profesor de música, concibió una esperanza.

—Yo puedo enseñar á su hija el dibujo, y él puede enseñar á la mia la música: se lo propondré en cuanto le vea.

Y efectivamente, Fernando lo propuso, y su vecino aceptó. Leandro tenia la costumbre de decir que sí á todo.

Esto fué un nuevo lazo que estrechó mas la amistad de los dos vecinos.

Leandro tenia un mal pianejo de mesa, tan antiguo como débil de voces, pero bastante á propósito para que lo *aporrearan* sus discípulos.

Las lecciones tenian lugar de noche. Fernando ponia las luces: Leandro el piano.

Reinaba la mas perfecta armonía entre los dos amigos. Las niñas se amaban como dos hermanas.

Algunas veces Leandro solia decir:

—Sofía hace progresos. Si en vez de dos horas de repasos y leccion estuviera seis sobre el piano, llegaria á ser una profesora.

—Me basta con que la niña sepa leer música y tocar alguna pieza: quiero que sea un adorno, no una profesion.

—No he visto nunca una niña que con mas facilidad comprenda las lecciones.

—¡Cuánto siento, amigo mio, no poder decir otro tanto de Andrea!

—Pues qué, ¿no se aplica?

—Muy poco.

—No tendrá disposicion para el dibujo.

—Disposicion mucha; pero se cansa tan pronto de todo...

—Es una aturdida: lo mismo le sucede con la música; pero ella se fijará... ¡es tan jóven!...

Leandro estaba siempre dispuesto á disculpar á Andrea.

Su vecino tenia lástima de aquel padre y de aquella hija.

Muchas veces los dos padres se encontraban solos, y don Fernando, con el objeto de combatir la debilidad de Leandro, le recordaba alguno de los caprichos de Andrea.

—Yo conozco que tiene usted razon de sobra, decia Leandro; pero, lo confieso, no lo puedo remediar; es un poco exigente, nada mas; un tanto aturdida, pero sin malicia... esa espuma de la imaginacion se desvanece con los años: es buena, y acabará por ser juiciosa, casi tanto como Sofía.

—Mucho lo dudo, amigo mio, pero por quien soy que me alegraria si me engañara en el juicio que tengo formado de Andrea. Usted causará su desgracia.

—¡Diantre! no diga usted eso ni en broma: ¡causar su desgracia, cuando daria mi vida por evitarle el menor de los disgustos!

—Hay disgustos que son la base de la felicidad futura, respondia Fernando.

Pero ¡ay! Leandro era incorregible.

CAPITULO VI.

QUINIENTOS DUROS CAIDOS DEL CIELO.

Mientras tanto el tiempo, incansable viajero que nunca se detiene, que jamás siente la fatiga, seguia su curso.

Andrea y Sofía crecian en belleza y en cuerpo. Leandro y Fernando anudaban mas y mas su buena y desinteresada amistad.

Una noche Leandro entró en casa de Fernando, y este conoció en el semblante de su amigo que alguna pena le aquejaba.

—¿Y Andrea? le preguntó.

—¡Ay, amigo mio! me ha dado hoy un disgusto que no le olvidaré tan pronto.

—¿Pues y eso?

—Nada: es testaruda como un aragonés. Se ha empeñado en ir esta noche á la ópera, fuí por los billetes y me encon-

tré el despacho cerrado; y como no me gusta pagar el deseo á los revendedores, le he dicho que iríamos mañana.

—¿Y ella se ha resistido á esperar?

—Se ha puesto desesperada; yo he querido reprenderla, y encerrándose en su cuarto me ha dicho: déjame, no quiero ver á nadie.

Fernando se sonrió y dijo:

—Eso no vale la pena; mañana no se acordará de nada.

—Esas tonterías me molestan, me disgustan; ella lo sabe, y parece que se propone desesperarme. Pero no: de hoy en adelante tendré carácter, sabré negarme á todas sus exigencias, y todo cambiará.

Fernando estrechó con verdadero placer la mano de su amigo.

—¡Oh! si usted hiciera eso, si usted se tomara la molestia de imitarme, aún podria ponerse remedio.

Y Fernando, dando á su voz y á su semblante un carácter severo, continuó de este modo:

—Amigo mio, la mala educacion que se da á los hijos cae sobre la cabeza de los padres. Yo muchas veces quisiera concedérselo todo á Sofía; mis negativas me hacen daño, me martirizan, pero solo obro con tanta rectitud, con tanta energía, por su bien: mañana cogerá el fruto..... tengo seguridad de ello.

Leandro hizo mil promesas, que olvidó en presencia de su hija.

En el débil y amante corazon de aquel buen hombre, los juramentos de energía de hoy se disipaban mañana.

Una sonrisa, una caricia, una frase de Andrea, le domina-

ba; era un esclavo que no sabia mas que obedecer y amar á su tirano.

Esto lo conocen los niños, y se aprovechan de las ventajas que les proporciona.

Lograda la conquista de una voluntad, de un corazon, se siente mucho perderla.

Cuando un hijo se convierte en tirano, en dictador de su padre, su perdicion es segura, pero de rechazo hiere de muerte al autor de sus dias.

Si fuéramos detallando todas las pequeñeces que contribuyen á formar la felicidad ó la desgracia de una mujer, tal vez cansaríamos al lector.

Procuraremos, pues, describirlas á grandes rasgos, llegando pronto á la edad de las pasiones, en que Andrea y Sofía comienzan el verdadero papel que les corresponde en este drama.

Don Fernando, vivamente interesado en la educacion de Andrea, propuso á Leandro que la mandara á su casa para que siguiera el ejemplo de Sofía.

El músico aceptó, concibiendo alguna esperanza.

Andrea fué una semana, pero luego le dijo á su padre:

—El carácter de doña Petra es insufrible; me riñe con mucha frecuencia, y se empeña en que todos los dias vaya á misa. Yo creo que basta con que vayamos los domingos. Sofía es una tonta que lo sufre todo sin desplegar los labios.

Leandro se empeñó en que fuera á casa de Sofía á trabajar, pero Andrea se puso á llorar, diciendo que le era imposible sufrir las reprensiones de Petra; lloró mucho, y Leandro tuvo que darle la razon.

—Pues bien, trabajarás en casa; tienes catorce años, sómos

pobres, comienzas á tener exigencias en el vestir, yo voy haciéndome viejo...

Andrea convino en que trabajaria, y Leandro buscó una escusa para que su hija no fuera á pasar la tarde en la habitacion de la *gruñona* Petra.

Fernando le dijo:

—Querido, usted es dueño de hacer lo que guste. Petra es una buena mujer, ella le traerá trabajo fácil y sencillo, pero á su lado aprenderia mucho mas; en cuanto á la cuestion de la misa, debo decirle que la mujer que no es de Dios es del diablo. La religion es un consuelo inmenso, una riqueza del alma; nada cuesta cumplir con los preceptos de la Santa Madre Iglesia. La mujer que se arrodilla ante los altares sin hipocresía, sin afectacion, y se acostumbra á implorar por ella y por los que le son queridos al Eterno, es prueba de que en su corazon vive la fé, y la fé lo ilumina todo, hasta el infortunio.

Un dia Leandro recibió una carta del estranjero.

Por aquel tiempo, la administracion de Correos de España aún no habia admitido la reforma moderna de los sellos.

Leandro recibió la carta con marcado disgusto, pues costaba seis reales, la abrió, y lanzó un grito de gozo: estaba fechada en Roma, y firmada por fray Natalio de la Concepcion.

—¿De quién es esa carta, padre mio, que te hace ejecutar tanto visaje? preguntó Andrea.

—De un amigo, de un buen amigo á quien tú puede que recuerdes, pues él te dió esa sortija que llevas en el dedo y ese relicario que descansa sobre tu pecho.

—¡Ah! ¿es de fray Natalio?

—Del mismo.

Andrea hizo una mueca de indiferencia: conocia al religioso por lo que de él habia oido á su padre.

—¿Y qué dice? preguntó.

—Vamos á saberlo.

Y Leandro se puso á leer en voz alta lo que sigue:

«Ignoro, hijo mio, si esta carta llegará á tus manos; ignoro asímismo qué ha sido de tí y de tu querida Andrea: hace diez años que nos separamos, y durante ese tiempo he sido un pobre y errante peregrino que ha recorrido muchas lejanas tierras, predicando las santas y consoladoras máximas del Crucificado.

»Cuando, gracias á tu generosa proteccion, á tu admirable valor, salvé la vida, juré dedicar el resto de mis dias predicando en favor del Evangelio.

»La india española era el campo de batalla que anhelaba mi corazon para hacer el sacrificio de mi existencia. Si algun dia tengo la dicha de estrecharte entre mis brazos, entónces te contaré los peligrosos viajes que he llevado á cabo.

»Mi primer pensamiento al pisar esta hermosa tierra de Italia ha sido escribirte, y así lo hago, desde Roma, donde indudablemente permaneceré algun tiempo, pues he encontrado en esta ciudad santa á mi antiguo amigo y protector el conde de Villafort, el cual me suplica me encargue de la educacion de su hijo Arturo, que ya en otro tiempo fué mi discípulo.

»Tú ya sabes, mi buen Leandro, que nunca la ambicion se albergó en mi alma: los bienes de la tierra, que tantos desvelos cuestan á los hombres, me son indiferentes. No soy rico, no lo seré nunca, aunque la fortuna se empeñara en perseguirme.

»Sin embargo, en una de mis espediciones recogí un puñado de piedras de algun valor, que he traido conmigo, sin otro objeto que el de remediar con ellas las necesidades de los menesterosos: las he vendido á un joyero de esta ciudad, y te envio una parte de su producto: preséntate, pues, con esta carta al banquero don Leocadio Roset, calle del Prado núm..., y él te entregará quinientos duros, que pueden servir para el dote de tu hija.

»Contéstame á Roma: embajada española, á mi nombre.

»Mi deseo hubiera sido enviarte una suma mas considerable; pero ya te lo he dicho: soy pobre. Supla la voluntad la escasez del donativo.

»Adios, Leandro: no olvideis á este pobre viejo que os encomienda á Dios todos los dias.—*Natalio de la Concepcion.*»

—Ya lo has oido, esclamó Leandro: ¡nos envia quinientos duros! ¡diez mil reales! ¡oh! ¡esto es una fortuna! ¿qué voy á hacer yo con tanto dinero?

Esta fué la esclamacion del pobre músico; en cuanto á Andrea, nada dijo: la lectura de la carta la habia dejado pensativa, preocupada.

Leandro recibió la carta á las diez de la mañana: á las cinco de la tarde aún permanecia aturdido.

Por el pronto, la alegría le hizo faltar á todos sus deberes: los discípulos se quedaron sin leccion, y las funciones de iglesia sin el primer violin.

El músico no hacia mas que pasearse por su pequeña sala, hablando solo y haciendo gesticulaciones.

La alegría desnivela muchas veces la razon... esto produce un trastorno.

Leandro no habia nunca poseido diez mil reales. Estaba dispensado hasta de volverse loco; pero afortunadamente, no sucedió así.

A las seis de la tarde pidió permiso á su hija para ir á casa del banquero, y Andrea pasó á casa de Sofía.

—Hoy no te he visto en todo el dia, le dijo su amiga.

—Es verdad, querida, repuso Andrea, besando á su vez cariñosamente á su vecina; pero hemos tenido una carta nada menos que de Roma.

—¡Hola! ¿teneis amigos en Italia?

—Así parece, pues un buen sacerdote escribe á mi padre, y lo que es mas, le manda quinientos duros.

—¡Caramba! pues eso es mucho dinero, dijo Sofía con naturalidad.

—¡Ya lo creo! con quinientos duros se pueden comprar muchas cosas, muchos trajes, y hasta un reloj, una cadena de oro.

—¿Sabes, Andrea, que he notado que desde que nos vistieron de largo nuestros padres, piensas mucho en los trajes y en el lujo?

Andrea cogió á su amiga de la mano, y temerosa sin duda de que doña Petra oyera su conversacion, le dijo:

—Vosotros tardareis aún una hora en comer: ¿quieres que repasemos mientras tanto la leccion de piano? los ejercicios de Bertini son muy difíciles.

Sofía dirigió una mirada á Petra, como pidiéndole permiso. Esta dijo:

—Pueden ustedes ir: cuando venga don Fernando llamaré para comer.

Las dos amigas pasaron á la habitacion del músico.

Sofía iba á sentarse junto al piano, cuando Andrea la cogió de la mano y la dijo:

—No, deja á Bertini y sus ejercicios; hablemos: te he dicho eso porque no nos estorbara la grave doña Petra con su presencia. Ven aquí junto á esta horrible ventana, desde donde solo se ve el cielo y las tejas y de vez en cuando algun gato. ¡Qué fastidio!

—Querida Andrea, parece que no estás conforme con tu suerte.

—Hace pocos dias que he cumplido quince años, y á esa edad se necesita mas ambiente, mas campo; estas cuatro paredes me ahogan.

CAPITULO VII.

LA PERFECTA TRANQUILIDAD DE LA RESIGNACION, Y EL INQUIETO MALESTAR DEL DESEO.

Las dos jóvenes se habian refugiado en el hueco de una ventana.

El sol poniente llenaba de luz el cielo, revestido de ese hermoso azul que convida á la contemplacion.

La templanza del ambiente preludiaba la aproximacion de la primavera, que debia presentarse aquel año mas pronto en los campos que en los almanaques.

—Verdaderamente, querida Andrea, que no te comprendo; tienes un padre que te ama con toda el alma, una salud perfecta, una casita que parece la jaula dorada de un pájaro; eres hermosa como pocas jóvenes, y además acabais de recibir nada menos que diez mil reales, y aún no estás contenta: ¿qué mas quieres?

—¡Toma! quisiera lo que tienen otras que valen menos que yo.

—¿Y quién son esas otras?

—Las que gastan ricos vestidos de terciopelo y diamantes, y tienen coches y criados que las sirvan; las que nacen ricas ó se casan con un hombre rico.

Sofía soltó una carcajada.

—¿Por qué te ries?

—Porque me hace gracia lo que dices.

—¿No ambicionas tú todo eso?

Sofía se encogió de hombros, haciendo al mismo tiempo una mueca tan graciosa como natural, y dijo:

—No me ocupo de ello.

—Sin embargo, ya no somos ningunas niñas; ya somos mujeres.

—Y bien, tanto mejor, así podremos ayudar á nuestros padres, que bastante han trabajado por nosotras.

—De modo que tú no deseas nada.

—Sí, deseo tres cosas: ver á mi padre bueno y contento, no ofender á Dios, y pensar como pienso; todo lo demás, si ha de venir, ello vendrá; pero puedo asegurarte que la joya de mas valor, el vestido mas rico y mas elegante, no valen para mí lo que una noche de dulce sueño y una sonrisa de satisfaccion de mi querido padre. Mi felicidad se cifra en amarle y ser amada por él.

—Pues, hija, la que piensa así, dicen que no sale nunca de pobre.

—Mi padre dice que el hombre debe buscar la fortuna, y la mujer esperarla.

—¿Y tú la esperas?

—Sí, pero sin impaciencia, sin salirle al encuentro; me es-

toy quieta en mi casa, y nada mas; hago hoy lo que hice ayer, y mañana lo que hoy.

—Pero si un hombre rico, jóven y elegante pretendiera tu mano, ¿te casarias con él?

—Tal vez sí y tal vez no: dice mi padre que la riqueza no constituye la dicha verdadera; y tal puede ser un hombre rico, que prefiriera á un pobre.

—Tú no dices lo que sientes.

—Te quiero como á una hermana: no sé por qué te habia de ocultar la verdad. Además, mi padre me ha enseñado á no mentir.

—De modo que si te saliera un novio...

—Se lo diria á mi padre: él sabe mas que yo qué me conviene; y en cuanto á quererme, mucho me habia de querer el novio para que me quisiera la tercera parte que mi padre.

—Hay cosas que no se deben decir.

—Será porque no se deban hacer; pero ¿por qué se ha de ocultar á un padre lo que no avergüenza? ¿por ventura, decirle: mire usted que fulano me ha dicho que me quiere, es algun mal? Desengáñate, Andrea: una jóven de nuestra edad no debe tener secretos para su padre; pero ¿á qué viene esta conversacion de novios? somos aún demasiado niñas.

—Otras se han casado mas jóvenes que nosotras.

—¿Antes de los quince años?

—Sí, antes: á los catorce.

—No conozco á ninguna.

—Pues mira, la tendera de enfrente lo hizo así.

Sofía, cansada sin duda de aquella conversacion, fué á sentarse al piano.

—¡Eh! deja el piano: ¿no ves que ya no se ve? le dijo Andrea.

—Encenderemos las bujías.

—No, no, hablemos, repuso Andrea con marcada impaciencia.

—Deja que repase por ahora á Bertini, que es lo que mas me conviene.

Andrea cogió el Método y lo tiró en medio de la sala, diciendo:

—¡Jesus, qué fastidio de música!

—Pero hija, repuso Sofía, yo no tengo mas que esta hora para estudiar, y luego no sabré la leccion.

—Mi padre hoy no está para lecciones: es inútil que estudies; ven y hablaremos.

Sofía no tuvo mas remedio que levantarse é ir á la ventana con su amiga; pero antes de que tornaran á comenzar la conversacion, llamaron á la puerta y oyeron la voz de doña Petra, que decia:

—¡Sofía! vamos: tu padre ha venido y quiere comer.

—¡Qué fastidio! murmuró Andrea: ahora que íbamos á hablar de cosas tan buenas.

—Ven conmigo, le dijo Sofía cogiéndola del brazo: ¿qué vas á hacer aquí sola hasta que vuelva tu padre?

—No, no, prefiero quedarme; ya no debe tardar.

Sofía, viendo que no podia convencer á su amiga, salió, y Andrea, colocando los codos sobre la terrapisa de la ventana, apoyó la barba en la palma de las manos, y se quedó contemplando el último reflejo del dia, que comenzaba á desvanecerse en Oriente.

En este instante, el que hubiera visto el cuadro que decoraba la habitacion del misterioso habitante del Barranco del Fraile, hubiera dicho: esa jóven es el original de aquel retrato.

Andrea adquiria por momentos la belleza.

A manera que se iba aproximando á la edad de las pasiones, crecia, por decirlo así, su hermosura.

Si el deseo y el arte se hubieran juntado para modelar una cabeza, hubieran roto su obra viendo á Andrea.

Bastaba ver sus ojos de un azul oscuro y brillante, para adivinar la inquietud de un corazon de fuego irritado antes de tiempo con su suerte.

La esbeltez de su cuerpo, que á los quince años se hallaba perfectamente desarrollado en todas sus formas, era encantador.

Su cabello, de un negro fuerte y lustroso, formaba anchas ondas, haciendo resaltar la clara y grata palidez de sus trigueñas mejillas.

Andrea continuaba pensativa desde la lectura de la carta.

Cerró la noche sin que lo notara, y Dios solo sabe el tiempo que hubiera continuado en la ventana, á no oir el ruido de la llave, lo cual le indicaba que su padre volvia.

—¿Dónde estás, Andrea? preguntó Leandro con esa voz que indica que los pulmones se hallan un tanto agitados.

—Aquí, padre mio: junto á la ventana.

—¿Por qué no enciendes luz?

—Voy al momento.

—Ya traigo aquello, repuso Leandro dirigiéndose hácia la mesa donde tenia sus papeles.

—¿Y qué es aquello? preguntó Andrea encendiendo una bujía.

—¡Ah, picarilla! te haces la desentendida. Aquello es un pañuelo lleno de oro: mira, mira.

Y Leandro vació sobre la mesa los diez mil reales en oro que acababa de cobrar de casa del banquero.

Andrea, á la vista de aquel oro, se estremeció.

—¡Cuánto dinero! dijo.

En esta esclamacion, mas que la alegría de la jóven, se notaba la ambicion de la mujer.

—¿Verdad que sí? dijo su padre cogiendo cariñosamente con dos dedos la barba de su hija, que con la luz en la mano contemplaba extasiada aquel monton de oro: pues todo es tuyo... todo... y puesto que somos ricos, te permito que me pidas tres cosas ¿lo oyes? tres: te las concedo. Con que habla y tus gustos serán satisfechos, ya que sobre esta pobre y desvencijada mesa tenemos la varita de virtudes, el resorte mágico que todo lo puede.

—¿Tres cosas? repitió Andrea.

—Sí, tres: di lo que quieres.

Andrea fué á hablar y se detuvo.

Comprendió que no debia precipitarse, que era preciso elegir con calma y con provecho.

—Pues bien, dijo: ya que me prometes tres cosas, te ruego que esperes á mañana; quiero pensar esta noche lo que he de pedirte.

—Eso es una traicion.

—Será lo que quieras; pero ahora tengo la seguridad que no pediria bien.

—Dejémoslo para mañana, pero guardemos nuestra fortuna. ¡Diantre! si esta noche nos entraran ladrones...

Y Leandro soltó una carcajada, y guardó el dinero en uno de los cajones de una vieja cómoda.

El dinero causa muchas veces cuidados de que se ve libre el pobre. Sin embargo, todos deseamos ser ricos.

CAPITULO VIII.

UNA CUESTION GRAVE QUE DEBE CONSULTARSE CON LA ALMOHADA.

Leandro se durmió aquella noche en brazos de las mas risueñas esperanzas, y su sueño se redujo á una multiplicacion de fortuna que llegaba á lo infinito.

Andrea, al apagar la luz, en vez de buscar el sueño, se dijo:

—Vamos á pensar qué tres cosas son las que debo pedir á mi padre.

Indudablemente, si uno de esos magos que nos han pintado los poetas en las fábulas, se presentara á una jóven pobre y le dijera: pide tres cosas y te las daré, la jóven le pediria un marido jóven, rico y guapo. Pero Andrea sabia que los diez mil reales de su padre no podian dar tanto.

Mas positivista, se dedicó á pensar algo que estuviera dentro de los quinientos duros, ó por lo menos, al alcance de ellos.

Por causas distintas suelen esperimentarse los mismos efectos.

Nada tiene de estraño que un individuo que se acueste sin cenar y con menos probabilidades de desayunarse, se desvele y procure en vano buscar en brazos del sueño el olvido momentáneo de su desgracia.

Ni estraño es tampoco que se desvele el que tiene diez mil reales en el cajon de su cómoda, que no tenia ni esperaba tener el dia anterior.

Una mujer jóven podrá ser indiferente á muchas cosas: oirá sin fijarse la relacion mas interesante, el conflicto mayor; pero habladle de modas, de lazos, de colores, de esas mil superfluidades encantadoras con que adorna su cuerpo, y la tendreis entretenida veinte horas si es necesario.

Andrea comenzó á buscar en su imaginacion con la tenacidad, con el empeño del sabio que desea resolver un gran problema que debe inmortalizar su nombre.

Podia elegir tres cosas, y se decia si esas tres cosas podrian convertirse en seis.

Porque la mujer puede muy bien cuestionar que un traje es una *cosa*, y sin embargo se compone de muchas *cosas*.

Esto fué el primer obstáculo de Andrea. Así es que comenzó á razonar para sí misma, porque la hora no era la mas oportuna para hacerlo de otro modo.

—Antes de quince dias, el campo se vestirá de flores, las galas de la primavera brotarán por todas partes, habrá perfumes en el ambiente y belleza en el cielo. Las mujeres elegantes rendirán culto á la moda. Yo puedo pedir un traje de primavera, uno de verano y otro de invierno.

Aquí hizo su imaginacion una corta pausa, y luego continuó:

—Eso es mucho: tres trajes, siendo buenos, acabarian con la fortuna de mi padre; reduciré mis deseos.

Andrea se puso á pensar, comprendiendo que era mas difícil de lo que habia imaginado elegir tres cosas.

—Yo no tengo, se decia, mas que dos vestidos, por cierto bien feos y bien modestos; uno de percal, que llevo diariamente, y otro de lanilla de color de tórtola, que me sirve para los domingos. La manteleta de seda está en un estado lamentable; y el velo bien podria darse por lo que ha costado; total, no tengo nada de lujo: le pediré, pues, á mi padre, un vestido de seda, un chal de los que se llevan ahora, y un velo bordado.

Y volvia á detenerse para decirse:

—Sí, pero necesito guantes y botas y un abanico y puños y cuello y hasta pendientes... ¡bah! el chal, el vestido y el velo forman el traje, y son una sola cosa. Puedo pedir dos mas: las botas y los guantes.

Andrea se habia decidido, pero el sueño no descendia sobre sus párpados.

Despues de la eleccion, pensaba en el efecto de su traje y en el color de la tela.

Esto era una cuestion importante.

Las rubias necesitan unos colores, las morenas otros; ella era morena, buscó el suyo.

Despues de esto pudo entregarse al sueño. El problema estaba resuelto.

Se durmió, y su sueño fué, como vulgarmente se dice, de color de rosa.

Apenas se habian cerrado sus párpados, cuando el reloj de San Juan de Dios dió cinco campanadas.

Poco despues, Leandro se levantaba tarareando muy piano un trozo de ópera.

Acababa de amanecer, y el cielo no se presentó á sus ojos menos alegre que su corazon.

Se asomó á la ventana y continuó su canturía.

Mas que un hombre parecia un ruiseñor saludando al crepúsculo oriental: era un sér casi viejo, una alondra de cuarenta años.

Hay alegrías que no caben en el pecho, y se despiden.

La voz y los ojos son las dos fuentes por donde sale esa elocuencia del placer que brota en el corazon.

Leandro se cansó de cantar y se estrañó de que su hija no se levantara.

Él ignoraba que acababa de dormirse.

A las siete de la mañana se dió una palmada en la frente, y se dijo:

—¡Diantre! no le he dicho nada á don Fernando de mi fortuna... remediemos este olvido involuntario.

Y corrió á casa del vecino.

Era dia de fiesta. Don Fernando se estaba afeitando. Salió, pues, á abrir con la tohalla al cuello y la barba llena de jabon.

Petra y Sofía estaban en misa.

—Ante todo, vecino, pido á usted perdon por la falta de franqueza que he usado con usted desde ayer.

—¿Pues y eso?

—¡Friolera! Figúrese usted, amigo Fernando, que ayer re-

cibí una carta, y en esa carta me mandaban nada menos que diez mil reales.

Fernando volvió la cabeza, y con una impasibilidad que estrañó mucho á su vecino, dijo:

—Doy á usted la mas cordial enhorabuena, porque quinientos duros en unas buenas manos pueden ser la base de una fortuna.

—¡Ya lo creo! es una cantidad que pone en su casa á un pobre.

—Efectivamente... deseo que usted se aproveche.

—Por el pronto, esclamó Leandro con su proverbial buena fé, la casa va á sufrir una gran reforma, es indispensable; luego, á mi Andrea es preciso comprarle otro piano, porque el que tiene es una carraca, y...

—Malo, malo, vecino, y usted me dispensará que sea franco. Si usted hace lo que dice, desaparecerán pronto de su gaveta los diez mil reales.

—Pero ¿qué quiere usted que haga? Carecemos de muchas cosas.

—Ayer no las echaba usted de menos.

—¡Toma! ayer no tenia un cuarto.

—Figúrese usted que tampoco lo tiene hoy, y le dará el mismo resultado.

—Pero eso es muy difícil.

—Sí, tal vez lo sea para usted.

Y Fernando, colocándose enfrente de su pequeño espejo, continuó su barba.

—En primer lugar debo decir á usted, repuso Leandro, que ya he prometido á mi hija regalarle tres cosas.

Fernando guardó silencio.

—Usted ya sabe, amigo mio, lo que son las jóvenes, sobre todo la mia, que desde que la he puesto de largo, tiene unos humitos de gran señora...

Leandro se reia: Fernando se afeitaba, compadeciéndose de todo corazon de su amigo.

—No me crea usted, sin embargo, tan imprudente, que vaya á gastarme todo mi capital en frivolidades; nada de eso: pienso guardar una buena cantidad para una mala época; voy haciéndome viejo, y no puedo resistir el trabajo tanto como hace diez años.

En este momento, don Fernando, que acababa de afeitarse, hizo una pequeña esclamacion, y cogiendo á su amigo por el brazo, le condujo cerca de los cristales, y le dijo:

—Mire usted hácia la calle. ¿No ve usted aquella mujer vieja, medio envuelta en un pañolon de lana, que por lo viejo y lo sucio nadie seria capaz de definir cuál fué su primitivo color?

—¿Aquella que lleva un pañuelo de yerbas en la cabeza, una alcuza en una mano y una espuerta de carbon en la otra?

—Sí señor, la misma; mírela usted bien, va con los zapatos arrastra.

—Parece una mendiga: ¿es alguna pobre del barrio? le daremos una limosna.

—Hoy por hoy, aún no ha llegado á ese estremo; pero tal vez no está lejos el dia que eso suceda: ya he dicho á usted que llevo las cuentas del tendero de ultramarinos de la calle, y sin querer, sé alguna particularidad de los vecinos: ahora, amigo mio, le suplico que no olvide que esa vieja harapienta

y enferma se llama doña Aldonza; tenga usted en la memoria este nombre.

—Pero ¿por qué me encarga usted eso?

—Ahora no puedo decir mas: lo que se cuenta no produce tan buen efecto como lo que se ve, y usted verá antes de mucho... pero hablemos de otra cosa: ¿quiere usted tomar el consejo de un amigo?

—¿Y por qué no?

—El señor Ramon, dueño de la lonja de ultramarinos de la calle, es un buen sugeto, comerciante por instinto, económico por naturaleza. Llegó á Madrid hará próximamente treinta años, sin mas patrimonio que sus zuecos, una chaqueta que no se habia hecho para él, y un par de pantalones llenos de remiendos. No sabia ni leer ni escribir. Una mañana le encontró en la calle un lonjista; le pareció que el muchacho era honrado, le dirigió la palabra, y al oir su acento asturiano, rectificó su opinion y le propuso si queria entrar de horterilla en su casa. El chico aceptó. Aquel chico tenia la perseverancia de la hormiga, la actividad del castor, la sobriedad del camaleon y la lealtad del perro.

Habia encontrado un aprendiz de millonario.

Roman estuvo un año sin ganar mas que la comida y un duro al mes. En los doce primeros meses ahorró doce duros, es decir, no gastó nada. Su amo le dió dos camisas, porque él no las tenia y no queria cambiar un duro.

El segundo año no habia en el barrio un hortera mas listo ni mas lleno de sabañones. Su principal le subió el sueldo á tres duros. Ramon se dijo: seré rico, pero no sé leer ni escribir; y como se habia relacionado con un barbero que vivia en-

frente de su casa solo por verle madrugar y colocar las vacías á los estremos de la muestra, le habló y le dijo si le queria enseñar de *letra*.

Ramon aprendió á poner su nombre y á leer algunas hojas de los papeles impresos con que envolvia en su tienda los artículos.

A los seis años de hortera, el jóven asturiano tenia un capital de seis mil reales.

—¿Qué hago de esto? le preguntó á su principal: el dinero debe ganar dinero.

Su principal creyó muy justo aquello: tomó los seis mil reales y los unió á su negocio.

Ramon era un comerciante desde aquel dia: mas que un dependiente, podia llamarse socio de la casa.

En fin, querido Leandro, para no molestar á usted, Ramon hizo una buena fortuna, y se casó con la hija de su principal, y hoy es hombre que sigue con la tienda por gusto y porque dice que se moriria si se separara del mostrador; pero tiene un capital de cerca de tres millones.

—¡Diantre! esclamó el músico.

—Lo que usted oye; por lo que le aconsejo que hable al señor Ramon para que le coloque los diez mil reales: si usted no quiere hacerlo, lo haré yo si para ello me autoriza, y creo que algun dia me ha de dar las gracias por este consejo.

Leandro no dijo ni sí ni no.

Como todos los hombres débiles cuando no se deciden, dejó vagar en sus labios una sonrisita inofensiva.

Don Fernando, comprendiendo que la proposicion no habia gustado mucho á su vecino, no insistió mas; pero como aún

permanecian en pié cerca del balcon, y doña Aldonza salia de la tienda, dijo á Leandro:

—Vea usted ahora de frente la que ha visto usted antes de espaldas.

—Es bastante vieja, murmuró Leandro.

—Pues no tiene mas que cuarenta años: los disgustos envejecen con mas precipitacion que el tiempo.

Y los dos amigos se separaron del balcon.

CAPITULO IX.

LÁGRIMAS.

Cuando Leandro regresó á su casa, Andrea acababa de levantarse; corrió á su encuentro, y le abrazó.

—¿Sabes que ya he pensado las tres cosas que me ofreciste anoche?

—Sepamos qué tres cosas son esas.

—La primera un vestido de seda.

—¡Caracoles!

Andrea dió un beso á su padre, y continuó con precipitacion:

—La segunda un chal, y la tercera un velo: ya ves que soy económica.

—Sí, ya lo veo: todo eso me va á costar lo menos doce duros.

—¡Doce duros!... eso solo costará el vestido, como no cueste mas.

—¡Mas! ¡mas! ¿adónde vamos á parar?

—¡Hola! ¿te vuelves avaro porque eres rico? pues entonces tanto valdria que no se hubiera acordado de nosotros fray Natalio.

—Pero, hija, él no nos ha mandado ese dinero para que lo derrochemos.

—¿Con que es decir que te vuelves atrás de lo que me ofreciste?

—No es eso; pero quisiera gastar menos.

—Tú dirás eso de broma.

—No, hija, no: los tiempos son malos; es preciso ser económicos. Te compraré un vestido de percal, unas botas y una peineta de concha.

—Yo no quiero eso.

Y dió una patada con rabia en el suelo.

—Andrea, tengamos la fiesta en paz. Es preciso que te corrijas; te vuelves muy exigente, y esto no puede durar.

—¡Ah! ¿con que en vez de cumplirme tu palabra, me amenazas? esclamó la jóven palideciendo y dejando ver en sus hermosos ojos el preludio de sus lágrimas.

—No te amenazo... pero ya no eres una niña, y debes pensar con mas cordura.

—¡No parece sino que yo sea una mujer mala!

—No me aburras: yo no he dicho eso.

—Sí, no has dicho eso; pero te vuelves muy déspota: ya no me quieres como antes: esto no se puede sufrir: se me trata como á una mocosa: no se tiene consideracion á mi edad ni á mi... está bien: puedes comprarme lo que te dé la gana; yo no diré esta boca es mia. Ademas, no necesito nada: con la anti-

gualla de vestido que tengo, me basta: ya sé que cuando quiera algo me lo he de ganar, porque á tí te duele gastar conmigo.

—Andrea, no digas disparates.

—Sí, disparates: cuando no se hace tu santa voluntad, todo son disparates en esta casa. ¡Ah, qué desgraciada soy!

Y Andrea, dejándose caer en una silla, se puso á llorar amargamente.

Leandro sintió que la sangre le picaba por el cuerpo: quiso ser fuerte y no ceder, y se puso á dar paseos arriba y abajo por la sala, mirando de vez en cuando á su hija con el rabito del ojo.

Aquellas lágrimas eran otras tantas gotas de plomo derretido que caian sobre su corazon.

De repente Leandro dió una patada en el suelo, y revistiéndose de una energía que daba á entender á la legua que era fingida, esclamó:

—Basta de lágrimas. Ya me canso de ser condescendiente... tú pretendes subírteme á las barbas, y me vas á obligar á que te pruebe cuántas son cinco... sí... cuántas son cinco...

Andrea lloró mas fuerte, y comenzó á mesarse los cabellos.

Leandro palideció, y estuvo á punto de arrepentirse de su tiránico comportamiento.

Sin embargo, aturdido como estaba, dijo con voz de falsete irritado:

—Aquí habrá cualquier dia un Dos de Mayo.

—Sí, eso es, esclamó Andrea haciendo pucheros. Solo falta que me pegues... pero pégame... no te detengas... yo soy la mas débil, y además no tengo madre que me defienda.

Leandro sintió los efectos de una puñalada en el corazon.

Andrea acababa de tocarle la fibra mas sensible de su pecho, el resorte mas poderoso de su alma.

Leandro giraba sobre sus talones, en vez de pasearse; parecia una peonza disfrazada de hombre.

De repente, como si aquella atmósfera le ahogara, ó bien como si pretendiera hacer una prueba, corrió á la cómoda, sacó una cosa de uno de sus cajones, que guardó en el bolsillo de su pantalon, y dijo:

—Adios.

Leandro abrió la puerta de la calle, y salió dando un portazo, pero se quedó clavado en el tramo de la escalera.

El pobre padre esperaba que su hija le llamara.

Trascurrió un minuto, y luego otro, y luego quince.

Andrea no salia.

Leandro exhaló un suspiro desde el fondo de su alma, y se llevó la mano á los ojos.

Aquel padre lloraba... sí... lloraba lágrimas de fuego, mas dolorosas que las que se derraman cuando se reciben los densos golpes del infortunio.

—Ella, murmuraba bajo y angustioso, ella no me ama tanto como yo la amo... Si hubiera pretendido marcharse ofendida, ¿cómo es posible que yo no hubiera volado detrás para detenerla? pero ella me deja partir.

Y Leandro, sintiendo que le faltaban las fuerzas, se apoyó en la pared.

Así permaneció algunos segundos.

Luego, como si formara una resolucion, sacó su pañuelo, se limpió las lágrimas, y comenzó á bajar la escalera, pero con

mucha pausa, como si en su amante corazon quedara aún la esperanza de que Andrea saldria á llamarle.

Poco despues de la escena que acabamos de describir, Sofía pasó á casa de su amiga.

Era dia festivo, é iba á proponerle, con la autorizacion de su padre, si queria que aquella tarde dieran un paseo juntas.

Andrea continuaba llorando.

Sofía, viendo á su amiga, lo olvidó todo y corrió á abrazarla.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué tienes? le preguntó.

—¡Ah, Sofía!... ¡soy la jóven mas desgraciada del mundo! esclamó Andrea abrazando á su amiga.

—¿Tú desgraciada?... Me asustas, Andrea: cuéntame lo que te sucede; ya sabes que soy tu amiga, tu hermana del corazon.

—Mi padre no me quiere.

—¿Estás loca?

—¡Pluguiera al cielo!

—No ofendas á Dios.

—Si lo hubieras visto no hace mucho hecho una furia... faltó muy poco para que me pegara, para que fuera yo el blanco de su mal humor.

—¡Pegarte don Leandro!... Vamos, amiga mia, tú exageras, por no decirte otra cosa.

—¡Pero la verdad es que yo tengo razon! esclamó Andrea.

—Pero bien: ¿razon de qué?

—Figúrate que anoche, loco de contento, me ofreció que me compraria tres cosas, y hoy me dice rotundamente que no quiere comprármelas.

—Tal vez no pueda: los hombres tienen ciertos compromisos que nosotras las jóvenes no debemos afanarnos por descubrirlos; tal vez le sea de todo punto imposible cumplirte la promesa, y creo que un padre puede, sin esplicar la causa, obrar como mejor le parezca.

—Eso es: ahora le darás tú la razon.

—Porque la tiene.

—Tú me faltabas...

—Mira, no quiero que te enojes conmigo, porque no hay un motivo para ello.

—Si te hubiera ofrecido á tí un vestido de seda, un chal y un velo, no pensarias de ese modo.

—Si mi padre me hubiera ofrecido todo eso, y de repente me dijera: no puedo comprártelo porque me hace falta el dinero para otra cosa, tendria una verdadera satisfaccion en ser útil, aunque indirectamente, al autor de mis dias; y dándole un beso, le demostraria con mis caricias que el menor de sus disgustos era para mí de mas importancia que un vestido de seda, un chal y un velo.

—Tú no harias eso.

—Puedes pensar lo que gustes, pero yo haria lo que te he dicho.

Y cogiendo cariñosamente una de las manos de Andrea, continuó con una voz dulce y cariñosa:

—En primer lugar, para que yo me pusiera un vestido de precio seria preciso que mi padre se comprara un buen gaban, un buen sombrero y unos buenos pantalones. En segundo lugar, desde pequeña me han hecho comprender que el traje mas apreciado de una jóven debe ser la modestia. Créeme, Andrea:

cuando se tienen quince años y un rostro tan bello como el tuyo, no sienta mal un vestido de indiana si está limpio.

Sofía hablaba sin dar importancia á sus palabras, pero Andrea apenas la escuchaba.

Mientras tenia lugar la conversacion de las dos amigas, Leandro daba vueltas por las calles de Madrid, aturdido como el sencillo paleto que ha perdido las señas de la casa que busca.

¿Dónde iba? Él mismo lo ignoraba; pero es lo cierto que dando vueltas al azar y hablando solo, se encontró en una calle y se paró delante de un ancho y elegante escaparate.

Detrás de aquellos cristales vió Leandro multitud de telas y objetos de moda.

Sin saber cómo, sus ojos se fijaron con tenacidad en aquellos artículos, como se fijan los del hambriento en la suculenta esposicion de manjares que ofrecen los *restaurant* á la vista de los glotones.

Allí habia cortes de vestido de un gusto esquisito, mantones de cachemir, *boas* de Rusia, pañoletas de terciopelo, mantillas de blondas, y todos esos objetos, en fin, que hacen exhalar profundos suspiros á las lechuguinas pobres.

Leandro estaba embobado mirando todo aquello, y ¡cosa rara! á través de aquellas telas y aquellas gasas creyó ver el encantador rostro de su hija, que le enviaba una sonrisa y le decia:

—Tú eres rico... aprovecha esta ocasion que te presenta la casualidad de mostrarme que me amas.

Leandro sintió un vértigo en la cabeza, entró resueltamente en la tienda, y encarándose con uno de los dependientes, le dijo:

—Dígame usted, caballero: ¿qué vestidos se llevan?

El dependiente, que veia la facha poco elegante del parroquiano y lo raido de su gaban, le dirigió una mirada desdeñosa, mirada propia del comerciante cuando cree no hacer negocio, y dijo:

—¿Vestido para usted?

—No, no, para una hija mia.

—¡Ah!

Este ¡ah! que no comprendió Leandro, queria decir: si la hija es tan elegante como el padre y tiene el mismo pelo, este buen señor deberia ir á la calle de Postas y comprarle un vestido de tartan.

Los comerciantes se ven obligados muchas veces, aun sin gana, á ser sufridos y bien educados; así es que dijo:

—Mire usted, caballero, en cuestiones de modas hay muchos gustos: nosotros colocamos en los escaparates lo que hace mas furor en París y Lóndres; luego, las señoras eligen. Debia venir su hija de usted á elegir.

—Yo le diré á usted: es que quiero sorprenderla.

El comerciante pensó que aquel señor era un desocupado; pero se revistió de paciencia.

—¿Ve usted, le dijo, ese vestido de color de lila con pequeñas rayas verdes?

—Sí señor.

—Pues esa es la última moda.

—¿Y qué precio tiene un corte?

—Lo último, dando la tela para los volantes porque ahora se estilan, quinientos reales.

Leandro hizo un gesto, absorbió hácia dentro una buena

cantidad de aire, y sacudió el dedo índice contra el del corazon.

Esta pantomima queria decir: ¡qué caro!

—Es un vestido de primera; pocos se pasearán este verano de mas gusto que él por el Prado.

—Sí, no digo que no, pero veinticinco duros...

—Es seda de Lion.

—Ya, ya; pero...

—Los hay mas baratos.

—Sin embargo, ese es tan bonito... y á mi niña le sentará tan bien...

—¿Es morena?

—Sí señor.

—¡Ah! pues entonces, ese.

Leandro exhaló un suspiro, é insensiblemente se llevó la mano al bolsillo del pantalon.

El comerciante comenzó á animarse.

Aquel señor podia ser un rico disfrazado de pobre. En Madrid abunda mucho este género. Descolgó la pieza de seda, y se puso á desplegar toda la habilidad de su buen gusto y de sus dedos.

Leandro pudo ver casi el efecto que produciria el vestido hecho.

Ofreció cuatrocientos reales, rebajó sesenta el comerciante, y quedó por Leandro en cuatrocientos cuarenta reales.

Tenia el vestido, pero le faltaba el chal y el velo.

Pidió estos objetos.

El comerciante le dijo lo que debia comprar, y mediante una retribucion de diez y siete duros, que con los veintidos for-

maban un total de setecientos ochenta reales vellon, salió con las tres cosas que deseaba Andrea de casa del comerciante.

Esta vez la hija habia triunfado tambien del padre.

Leandro llegó á casa orgulloso de sí mismo: iba á confundir á Andrea con su generosidad; iba á demostrarle de una manera palmaria que la amaba con todo su corazon.

CAPITULO X.

GENIO Y FIGURA...

Leandro llegó á su casa, y preguntó por su hija á la buena mujer que le servia.

—Ahí dentro está: no sé qué tiene: no ha querido tomar chocolate. La señorita Sofía estuvo un rato, pero se acaba de marchar.

Como Leandro llevaba en una caja de carton debajo del brazo la alegría, el apetito y la reconciliacion de Andrea, apartó suavemente á la criada y entró en la sala.

Su hija estaba allí: no se levantó para recibirle, pero el padre se hallaba resuelto á todo, y dejando la caja sobre la mesa dió el golpe magistral, diciendo:

—¡Toma! di ahora que tienes un padre que no te quiere; pero te prevengo que este capricho será el último.

Leandro estaba en un error grave: hay hombres que no se enmiendan nunca, que son incorregibles, que son menos fir-

mes en sus propósitos que los vientos de marzo en las veletas de las torres.

Yo he conocido un jugador que vive y no me desmentirá, que siempre que perdia la última peseta esclamaba con reconcentrado acento:

—Señores, si me ven ustedes jugar les autorizo para que me llamen villano, mal caballero, para que me escupan y me arrojen ignominiosamente de esta casa.

Dicho esto, salia como un rayo, cruzaba la calle, entraba en el portal de enfrente, empeñaba el reloj en casa de un prestamista, y tornaba á jugar.

Los aficionados al tapete verde se sonreian viéndole entrar, y dirigian una mirada al bolsillo del jugador, comprendiendo lo que habia hecho.

Perdia de nuevo, y entonces esclamaba:

—No hay hombre menos firme en sus propósitos que yo; señores, ¡hasta la eternidad!

Esta esclamacion, capaz de poner los pelos de punta á otra clase de gente, no afectaba en modo alguno á los jugadores.

Ellos sabian que á la mañana siguiente el susodicho vicioso seria de los primeros á comparecer en la *timba* y hacer punto al *burlote* hasta que comenzara á tallar la banca de cabecera.

Llegó á ser, y lo es, un tipo.

Leandro tenia algo del carácter del jugador que nos ocupa, con la única diferencia que el uno era débil por el santo y desinteresado amor de una hija, y el otro por el repugnante vicio del juego.

Hay alegrías que no puede definir la pluma sin que pierdan mucho de la verdad.

La espresion del semblante necesita los colores de la paleta del pintor mas que de la pluma, para espresarse: de los ojos del cuerpo mas que de los ojos del alma.

Era preciso ver á Leandro al sentir las mil caricias que le hacia su hija.

—¿Sabes, le decia Andrea, que has tenido muy buen gusto?

—¡Toma! ¡ya lo creo! ¡bien caro me cuesta! Pero vamos á ver qué tal te sienta este chal.

Y Leandro se lo puso, apartándose algunos pasos para contemplar el efecto.

En aquel momento pensaba el músico que su hija era digna de un príncipe.

Andrea se miró al espejo é hizo muchas contorsiones, pero de repente se apoyó familiarmente en el hombro de su padre, y le dijo:

—Y vamos á ver, mi querido protector: ¿será cosa que me ponga un vestido de seda, un chal de cachemira, un rico velo, y no lleve guantes ni botitas? Esto, como comprenderá el mas negado, seria una ridiculez.

Leandro se rascó el cogote haciendo un gesto bastante significativo, porque habia comprendido á su hija; pero esta le dió un beso, y continuó con tono solemne:

—No vayas á ponerme dificultades; necesito para este traje unas botas y unos guantes. ¡Ah! y un abanico.

—Pide, pide, hija mia: afortunadamente somos ricos.

—¡Ya lo creo que lo somos! pero ¿no es justo lo que pido?

—Y tanto es así, que te daré tres duros para que te compres lo que te hace falta.

—Con eso me basta.

—Pero antes es preciso que me jures que no me pedirás nada en un año.

—Te lo juro.

Andrea, contenta con la victoria, creyó prudente cambiar de conversacion.

—¡Ah! ¿sabes que Sofía ha venido á invitarme para que esta tarde salgamos todos juntos á pasear?

—Acepto la invitacion.

—Entonces voy á pasar á decirla que vamos.

—Yo me quedo en casa; hace dos dias que no trabajo.

—¿Trabajar hoy siendo dia festivo?

—Estos pecadillos Dios los perdona. Además, tengo un poco atrasada la copia.

Aquella misma tarde Leandro y Andrea, Sofía y su padre, salieron á paseo.

Las dos jóvenes iban delante, llamando la atencion por su hermosura.

Eran dos tipos opuestos, pero igualmente bellos. Andrea hablaba al deseo: Sofía al alma.

Se dirigieron al Retiro.

De pronto, don Fernando cambió la conversacion poco importante que seguia con Leandro, y le dijo:

—¿Ve usted aquellas dos jóvenes que se acercan hácia este sitio?

—Sí.

—Fíjese usted bien en la de la derecha cuando pase por nuestro lado.

Leandro no apartó los ojos de la jóven que le habia indicado su amigo.

Cuando pasaron, volvió á decir don Fernando:

—¿Qué opinion forma usted de ella?

—Hombre, á mí me parece una jóven bastante bien parecida y muy elegante.

—Sí, efectivamente es guapa y elegante; lleva un vestido de seda escocesa, una rica pañoleta, una capotita muy provocativa, y una buena cantidad de polvos de arroz y colorete en la cara: pues bien, esa jóven es hija de doña Aldonza, la que ha visto usted esta mañana con la alcuza del aceite en la mano derecha y la espuerta del carbon en la izquierda.

—¡Como! ¡Eso no es posible!

Y Leandro volvió la cabeza para mirar á la jóven en cuestion.

—Amigo mio, por desgracia en Madrid hay muchas madres como doña Aldonza, y muchas hijas como la jóven que acaba de pasar: ¡jóvenes infames que se avergüenzan de sus madres, y que ó bien las postergan á la mas vergonzosa servidumbre, ó bien las visten de mamarracho con prendas ridículas y colorines exagerados, haciéndolas ir por todas partes representando un papel humillante!

Leandro guardó silencio. Su corazon sencillo no podia comprender tales hijas.

Don Fernando, á quien las vicisitudes de la vida y su carácter pensador le habian hecho estudiar en ese gran libro que se llama mundo, era uno de esos hombres que sacan provecho de todo, y escarmientan, como suele decirse, en cabeza ajena.

Por eso, siempre que se le presentaba una ocasion, hacia caer en el alma de su amigo esa gota misteriosa que poco á poco llena el pozo de la esperiencia.

Pero ya lo hemos dicho, y tendremos ocasion de probarlo en

el trascurso de esta obra: Leandro era un hombre con un corazon de ángel, un bienaventurado, un bendito de Dios.

Fernando le queria con sus defectos y todo, y tenia gran empeño en difundir en aquel corazon débil algo de la energía que á él le caracterizaba.

Pero sabido es que: Genio y figura, hasta la sepultura.

CAPITULO XI.

LA ESPERIENCIA SONDEANDO UN CORAZON JÓVEN.

Al retirarse del paseo, Leandro se empeñó tan firmemente en que entraran en un café las niñas á tomar un sorbete, que don Fernando tuvo que acceder.

—¡Qué diantre, vecino! deje usted que les obsequie aunque no sea mas que esta vez; ya sabe usted que he recibido diez mil reales, y es preciso celebrar la bienvenida de los quinientos duros.

A las ocho de la noche se retiraron á casa. Las dos jóvenes cogieron el tablero del dibujo, y Leandro y Fernando, sentándose junto al brasero, algo apartados de ellas, comenzaron á hablar en voz baja.

En cuanto á doña Petra, habia pasado á casa del músico á visitar á la buena mujer que les servia.

—Mire usted esas dos cabecitas, dijo Leandro señalando á las jóvenes, qué aplicadas están; y luego vendrá usted con sus

eternos recelos... ¿dónde quiere hallar mas juicio? da gozo verlas...

—No lo pongo yo en duda, pero recuerde usted que hay un refran que dice: Hombre prevenido vale por dos.

—¡Bah! ¡bah! la mayor parte de los refranes son inexactitudes que desmiente la práctica.

—Así lo prueba de algunos el reverendo padre Feyjóo, pero tambien hay refranes verdaderos.

—Vamos á ver, señor don Fernando: ¿qué saca usted de estar siempre sobresaltado?

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo lo estoy? en tal caso no será por mí.

—¿Pues por quién?

—Por usted. Soy bastante franco para contestarle de este modo.

—¿Por mí?... ¡pues esta es otra que bien baila!...

Y Leandro se rió con esa buena fé del hombre satisfecho.

—En primer lugar, volvió á decir don Fernando, veo con sentimiento que es usted un hombre incorregible.

—¡Pues, hombre, si no hay otro mas dócil!...

—Precisamente ese es el primer defecto de usted. La docilidad tiene sus límites como todas las cosas de este mundo, y el que los traspasa hace muy mal.

—Si ese es un defecto, confieso que tardaré mucho en corregirme.

—Así lo espero.

—Vamos á ver: ¿en qué he delinquido hoy?

—¡Friolera! se ha gastado usted cerca de cuarenta duros en su hija...

—¡Pero, hombre, si tengo diez mil reales y ella necesita ropa!

—¡Diez mil reales! ¡diez mil reales! repitió Fernando con energía. ¡No parece sino que tenga usted la fortuna de Salomon ó de Creso! Diez mil reales, amigo mio, se van en una enfermedad tan fácilmente como el humo de un cigarro. Además, no conviene viciar á las jóvenes á que gasten lujo en la vida; la mujer sube con la frente risueña y el corazon alegre la cuesta que conduce á la prosperidad, pero se aviene mal con la bajada, que precipita en la desgracia y la escasez. Del percal á la seda, de la lana al terciopelo, el cambio es agradable; pero de la seda al percal, doloroso.

—No entiendo á usted.

—Pero, bendito de Dios, ¿no conoce usted que siguiendo la marcha que lleva, los quinientos duros le durarán un año, y luego, cuando se rompan las galas, tendrá la niña que volver á sus modestos trapitos, y entonces...

—¡Toma! Si eso sucede...

—Sucederá.

—Pues entonces, tendrá paciencia.

—Ó no: ¿quién es capaz de leer en lo porvenir?

—Vaya, vaya, no hablemos de eso.

—Como usted quiera; pero le suplico por usted mismo, que el dia que su hija estrene el elegante vestido que hoy le ha comprado, estrene usted asimismo un gaban, un sombrero y un pantalon.

—Hombre, eso me costaria un dineral.

—¿Qué importa? ¿no es usted rico? el padre debe vestir por lo menos tan bien como la hija.

—¡Eh! yo soy viejo.

—Sí, tiene usted razon; usted es viejo y su hija jóven. Lo mismo le sucede á doña Aldonza.

Leandro sintió un estremecimiento en todo su cuerpo.

Aquellas palabras habian penetrado en su corazon como dardos disparados por una mano certera y robusta.

—¿Qué tengo yo que ver con esa doña Aldonza? esclamó Leandro con marcado mal humor.

Don Fernando creyó prudente no hablar mas de aquel asunto, y dirigiendo la palabra á las jóvenes, les dijo:

—Si quereis, pasaremos un rato á casa de don Leandro, y tocaréis él piano.

Sofía se levantó: Andrea hizo lo mismo.

Pasaron todos al cuarto del vecino. Don Fernando dió el brazo á Andrea: Leandro á Sofía.

Las jóvenes se rieron mucho de la galantería de sus padres.

Andrea se sentó al piano.

Tocaba regularmente... algo de aturdimiento en la ejecucion, y se perdia con frecuencia, echándose á reir.

Las represensiones de su padre no lograban que se fijara mas, porque la imaginacion de Andrea tenia algo del inconstante vuelo de la golondrina.

De todos sus puntos falsos, de todas las notas equivocadas que producian sus dedos, echaba la culpa al piano.

—Esta tecla no suena: á esta cuerda no le hiere bien la maceta: aquella octava está mas baja que la otra. Esto no es piano, es una carraca. Se pierde la afinacion tocando en él.

Estas palabras, separándolas á cortos intervalos, eran las que con mas frecuencia pronunciaba.

Fernando pensaba en silencio, que puesto que Andrea encontraba detestable el piano y su padre tenia cerca de diez mil reales, no tardaria en comprarle otro mejor.

Despues de Andrea se sentó Sofía: tocaba mucho menos que su amiga, pero con mas detenimiento, y como el que desea aprender, y sus manos caian con gran aplomo sobre el teclado.

Al verla se hubiera dicho que era una profesora que repasaba por gusto las lecciones de sus discípulos.

A las diez se dió por terminada la reunion.

Don Fernando dió la mano á su amigo, y le dijo al separarse:

—Supongo que no se ofenderá usted por lo que le digo de vez en cuando.

—¡Ofenderme!... nada de eso, vecino; por el contrario, agradezco á usted el interés que por mí se toma.

—En ese caso, le volveré á repetir que esta noche, cuando se acueste, piense algunos segundos en el señor Ramon, el lonjista de la calle, y...

—En doña Aldonza, esclamó Leandro sin dejarle acabar.

—Usted lo ha dicho: buenas noches, Andrea.

Leandro hizo un gesto de disgusto que no se escapó á don Fernando, el cual se dijo hablando consigo mismo:

—Apuesto cualquier cosa á que el vecino me cree un envidioso: ¡pobre humanidad! ¡con cuánta frecuencia trueca, segun le place, los afectos! él no quiere que le hable de doña Aldonza... al tiempo me remito.

Y entró en su casa, seguido de Petra y su hija.

Poco despues, cuando su hija Sofía fué á darle el beso de despedida, le dijo, tratando de sondear su corazon:

—Ya habrás visto lo que don Leandro le há comprado á Andrea.

—Sí: un vestido, un chal y un velo, contestó Sofía con bondadosa naturalidad.

—Son prendas de mucho gusto.

—¡Ya lo creo! y á Andrea le sentarán muy bien: ¡es tan hermosa!... ¡oh! ya tengo gana que estrene su traje... tanto, que voy á pedir á usted un favor.

—Pide lo que quieras.

—Con el objeto de que el bueno de don Leandro no gaste dinero en la modista, quisiera que usted me permitiera ayúdar á Andrea á coserle.

—¿Y sabreis vosotras?

—¡Ya lo creo! además, doña Petra nos sacará de las dificultades que nos ocurran.

—Pues entonces, desde mañana podeis ocuparos de eso; pero no por la noche: por la tarde.

—¡Oh! ¡qué bueno es usted!

—Vamos á ver, Sofía: ¿querrias tú tener un vestido como el de Andrea?

La jóven se encogió de hombros, sonriéndose al mismo tiempo.

—No he pensado en ello.

—¿No ha brotado en tu corazon ni siquiera el deseo de poseer tan bonito traje?

—No, padre mio.

—¿De veras?

—Ya sabe usted que yo no sé mentir. Además, ¿por qué habia de pensar en tener lo que no pueden tener los pobres?

—Sin embargo, un pobre puede sentir aspiraciones de gran señor.

—Hace mal, porque se engaña á sí mismo. Usted, padre mio, me ha enseñado á no desear mas que aquello que se encuentra dentro del reducido círculo de nuestra fortuna, y si usted tuviera cuarenta duros de sobra, no seria yo la que los gastara en un trajes: faltan otras cosas en casa.

Don Fernando dió un beso á su hija, y le dijo:

—Tienes razon, hija mia: puedes ir á dormir: buenas noches.

Y despues, viéndose solo, exhaló un suspiro lleno de satisfaccion, y se dijo:

—Sofía podrá ser desgraciada, pero no creo que se le parezca á la hija de doña Aldotiza.

Debemos decir de paso, que don Fernando Requena sabia, desde que llevaba el libro de cuentas del señor Ramon, la historia de muchos vecinos del barrio.

Un lonjista es poco menos que un agente de la policía secreta: sabe todos los misterios de la vecindad.

Mientras tenia lugar esta escena, Leandro y su hija conversaban tambien, pero sobre asunto bien distinto.

Su conversacion se reducia á los sueños de un padre condescendiente y de una hija caprichosa y voluble.

Se habló de reformar los muebles de la casa, de comprar un piano y aun de cambiar de cuarto.

Esta idea fué rechazada por Andrea, gracias al cariño que profesaba á Sofía.

Leandro comenzaba á sentir la influencia de su vecino.

Los consejos que le daba le eran insoportables.

Aunque hombre sencillo é incapaz de ofender á nadie, tuvo aquella noche un mal pensamiento, que mas tarde rehusó, avergonzándose de sí mismo.

Pensó si don Fernando le decia todas aquellas cosas por envidia.

Bien es verdad que Leandro, como padre cariñoso, no veia nada censurable en su hija, la cual era buena segun su opinion, tan buena por lo menos como Sofía.

Pero de padres es el estar ciego tratándose de los defectos de sus hijos, y Leandro lo estaba, pues no veia que sobre la tierra de los hombres, la mujer que no es de Dios es del diablo.

[illegible] defender a nadie, [illegible]

[illegible] todas aquellas [illegible]

[illegible] verdad que Lucrecia, como pobre cautiva, no veía [illegible] en su lugar la cual era buena segura [illegible] por lo menos sospechosa.

Pero de pidiese el autor de tratar de los defectos [illegible] pues no sería que sobre la [illegible] la [illegible] de el Diablo.

LIBRO TERCERO.

UN DURO Y UN MILLON.

CAPITULO PRIMERO.

DOS ESTUDIANTES POBRES.

Dejemos por ahora á los honrados vecinos de la calle del Olmo, y vamos á encontrar nuevos personajes, pero pobres tambien, como lo indica el epígrafe del presente capítulo, que tiempo tendremos de tropezar con los ricos, porque de todo debe tener la viña del Señor.

Allá por los años 1808 (no te asustes, lector querido, de lo rancio de la fecha), allá por los años 1808, vivian en Villarrobledo de la Mancha dos hermanos huérfanos de padre y madre, pobres como Job, trabajadores como las abejas, y robustos como la salud.

Todas las mañanas, antes que el sol saludara á la tierra desde Oriente, Francisco y Juan se instalaban en la plaza del pueblo con el azadon al cuello, y la perfecta tranquilidad de su conciencia pintada en el semblante.

La plaza en los pueblos es el casino donde se reunen los

braceros en busca de trabajo: el que necesita un podador, un cavador, un mozo de mulas, un ojeador para la caza ó un hombre, en fin, que le sirva, acude á aquel sitio, pasea su mirada por todos aquellos robustos hijos del trabajo, y le dice al que mejor le parece:

—Tú, ven conmigo.

El jornal que gana, como la cotización de la Bolsa, no hay que preguntarlo: á falta de una *Gaçeta*, está la voz pública que lo sabe y lo dice.

Francisco y Juan encontraban trabajo siempre, porque sabian cumplir con su deber.

Una mañana se presentó en la plaza un ricacho del pueblo, hombre de bien, temeroso de Dios y caritativo: acercóse á los dos hermanos, y les dijo:

—Buenos dias, muchachos: parece que no teneis trabajo.

—No señor: ¿puede usted ocuparnos? dijo Francisco, que era el mayor de los hermanos.

—Por eso vengo; pero tal vez necesite seis *braceros*, y vosotros sois dos.

—¿Es mucho lo que tiene que hacerse? preguntaron.

—¿Vosotros conoceis el retamar que tengo lindante con el término de Socuéllamos?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien: son veinte fanegas de tierra que no me producen nada, si se esceptúa alguna liebre y algunas perdices, y yo no soy aficionado á la caza (1), y quisiera plantar allí un buen viñedo.

(1) Algunos suscritores dirán: no le sucede así al autor.

—Nosotros nos encargarémos del trabajo que hay que hacer, si usted quiere.

—Vais á tardar mucho haciéndolo solos.

—Aún queda bastante tiempo para la época de la plantacion; y además, usted ya sabe que trabajamos con fé, y si usted quiere mandar alguno de sus criados que nos ayuden, tanto mejor, así se acabará antes.

—No; los necesito para otra cosa: ese es un trabajo que quiero hacerle aparte: os encargareis vosotros desde hoy mismo, y si os portais bien, ya sabeis que no soy injusto: venid, pues, á tomar el aguardiente, y os llevareis algo para el almuerzo mientras os preparan la comida.

Francisco y Juan se trasladaron al retamar.

Por el camino, Francisco dijo á su hermano:

—Mira, Juan; tú ya sabes que el trabajo que vamos á empezar suele darse á estajo. Cada hoya tiene en el pueblo el precio de seis maravedises: es preciso que á nuestro amo le salga la hoyada y la *auñadura* á dos cuartos cada una, todo lo mas; con que á ver si meneamos bien los brazos, de manera que al contar los sarmientos, le salga la cuenta con ventaja.

—Pues se hará como dices, Francisco, pues ya sabes que no me importa sudar la camisa en el trabajo.

Los dos hermanos comenzaron su faena con el ardor de la honradez que no quiere ganar mal el sueldo que se le da.

Habian llevado el ato en una borriquilla, y el modesto herbívoro pacía tranquilo en las lindes del retamar.

A esa hora en que el sol toca á la mitad de su carrera, Francisco, que abria una hoya, sintió un cuerpo duro que hizo saltar su azadon.

Creyendo que aquel cuerpo duro seria una de esas piedras formadas por la tierra gredosa que tan sólidamente une la humedad, continuó su trabajo escavando por los lados.

De pronto se detuvo; dobló la rodilla en tierra, y se puso á limpiar el hoyo con las manos.

—¡Calla! dijo: esto parece hierro: ¿qué podrá ser?

Apenas habia formulado la pregunta, cogió de nuevo el azadon y continuó su trabajo; pero al segundo golpé el pico de su herramienta se hundió, produciendo un sonido argentino y sonoro, y Francisco vió con asombro salir entre la tierra algunas monedas de oro.

Se detuvo y se quedó parado, como si aquel agujero le enseñara la entrada del infierno.

Poco á poco fué serenándose, y estendiendo la mano cogió algunas monedas.

Francisco no sabia leer ni escribir, ni entendia una palabra de numismática; pero á pesar de su rudeza y su ignorancia, comprendió que tenia á sus piés un tesoro en buenas monedas de oro, con la cara de unos reyes para él desconocidos.

Llamó á su hermano, y le dijo:

—Mira lo que ha salido de aquí.

Juan se puso pálido de alegría, pero inmediatamente sus morenas mejillas se tiñeron del color de la grana, como si se avergonzara de algun mal pensamiento.

—¡Cuánto oro! dijo.

—Sí, mucho hay, contestó Francisco.

—¿Y qué hacemos?

—¡Toma! sacarlo y llevárselo al amo de este campo. ¿No te parece?

LA PERDICION DE LA MUJER.

Mira lo que ha salido de aquí.

—Sí: tienes razon, volvió á decir Juan ahogando un suspiro; de él es el campo, de él debe ser el oro; pero Francisco, ¿eso haria nuestra fortuna?

Francisco le dirigió una mirada de reconvencion, y dijo:

—Don Agustín nos da siempre trabajo con preferencia á todos los del pueblo; don Agustin nos paga mas salario que á los otros, y nos da el aguardiente. Cuando nuestro padre murió, él pagó los gastos de la enfermedad y las misas... nosotros no le hemos probado aún que somos agradecidos... Se lo probaremos hoy.

Y Francisco sacó de la tierra una caja de hierro de nueve pulgadas en cuadro que pesaba mucho, recogió las monedas que se habian esparcido y las puso en la caja, advirtiendo que habia un papel entre las monedas.

Luego colocaron la caja junto al hato, la cubrieron con una manta, y continuaron haciendo sus hoyadas.

Aquella misma noche, los dos hermanos se presentaron en casa del rico labrador.

—Buenas noches, don Agustin.

—¡Hola, muchachos! ¿qué tal, os cunde el trabajo? ¿está la tierra suelta?

—Sí señor, la tierra está buena, dijo Francisco, que como mayor tomaba siempre primero la palabra; y creo que podremos concluir entre los dos el trabajo para buen tiempo; pero no es esa la causa de nuestra venida.

—¿Qué ocurre?

—Que haciendo una hoya nos hemos encontrado esto.

Y Francisco dejó en el suelo su manta, dentro de la cual iba cuidadosamente envuelta la caja de hierro.

—¿Y qué es eso? preguntó don Agustin levantándose para examinar aquel objeto.

—Esto es una caja que está llena de monedas de oro.

—¿De veras?

—Puede usted verlo.

—Sí: efectivamente, dijo don Agustin examinando las monedas; casi todas ellas son de Cárlos II... esto es una fortuna: ¿y para qué me traeis esto?

—¡Toma! porque es de usted.

—¡Mio!

—Sí; estaba debajo de una retama, como á cuatro piés hundida en la tierra.

Don Agustin se quedó pensativo mirando aquel monton de oro, y como viera entre las monedas un pedazo de papel doblado, lo sacó y se puso á leerlo.

Decia así:

«Partidario del archiduque Cárlos, voy á emprender la guerra contra Felipe V. Soy rico y soltero. Si perezco en la demanda y pasan cien años, lego esta fortuna al que tenga la dicha de encontrarla. Contiene esta caja tres mil quinientos doblones de oro.—*El conde Polviany.*—Año 1704.—Dia 18 de agosto, á las siete de la tarde.»

Apenas don Agustin habia terminado la lectura del papel, brillaron sus ojos y su semblante con esa aureola de la virtud y la honradez, y dijo:

—Pues, amigos mios, todo este dinero os pertenece: es vuestro.

—Pero ¿dice usted de veras eso, señor don Agustin? esclamó Francisco.

—¡Toma! y tan de veras; ¿sabeis leer?

—No señor.

—Pues bien: yo os leeré el testamento del conde Polviany, por el cual os nombra herederos de esta caja, y del oro que contiene, que segun dice, reducido á la moneda nuestra, son *catorce mil setecientos veinte duros.*

Los dos hermanos se miraron con sorpresa.

No conocian al conde Polviany... ¿cómo, pues, podia nombrarles herederos de tan inmensa fortuna?

Don Agustin contemplaba con verdadera satisfaccion aquellos dos honrados hijos del trabajo, y por último, les leyó la disposicion testamentaria del difunto conde.

—Ya veis que este señor firma su papel en el año 1704, dia 18 de agosto á las siete de la tarde, y hoy estamos á 7 de octubre de 1808; de consiguiente, es vuestro todo eso. Con que cargad con ello, y á ver si sabeis aprovecharos de esa fortuna que os manda Dios, sin duda porque ha visto vuestra honradez y vuestro buen comportamiento.

Don Agustin era sumamente rico, bastante viejo y sin herederos directos; quiso ser tan generoso, tan honrado como aquellos pobres trabajadores. Cumplió con su deber y nada mas: no todos hubieran visto aquel desprendimiento con los mismos ojos.

Francisco y Juan lloraron de alegría, se arrodillaron á los piés de aquel buen amo, y le besaron las manos.

Al dia siguiente, los dos jornaleros comenzaron á ser propietarios.

Lo primero que compraron fué el retamar, como un recuerdo de su fortuna: la viña se plantó para ellos.

Luego, tres pares de mulas y algunas fanegas de tierra de pan llevar, y por fin, una casa.

Andando el tiempo, Francisco y Juan se casaron con dos muchachas tan virtuosas como pobres: eran hermanas como ellos.

Tuvo cuatro hijos Francisco y tres Juan. Los primogénitos fueron varones y se llamaron como sus madres, es decir, Felipe y Lorenzo.

Se les comenzó á educar con modestia, con el objeto de que fueran labradores como sus padres; pero las madres se empeñaron en que fueran algo mas, es decir, abogados.

Llegó por fin la época en que los muchachos tuvieron que ir á Madrid á estudiar en la Universidad Central.

Hubo reunion de familia, y el señor Francisco, como mayor, habló de este modo:

—Tú, Felipe, eres mi hijo, y tú, Lorenzo, eres mi sobrino, pero bien puede decirse que sois hermanos, y que aquí á todos os queremos igualmente. Mañana, en el carro de cebada del tio Romo el arriero, os vais á Madrid á estudiar una misma carrera, pues de este modo podreis ayudaros luego el uno al otro: aprovechad bien el tiempo; procurad ser hombres honrados y de provecho. Ni yo ni mi hermano hemos sabido leer ni escribir, pero vuestras madres quieren que vosotros seais hombres de letras y de ciencia; teneis hermanas, y no conviene olvideis que hoy ó mañana serán mujeres y querrán casarse. Si vosotros en Madrid, como otros muchos estudiantes, derrochais la fortuna modesta de vuestros padres, nuestra vejez será mala y vuestras hermanas no tendrán dote. Así, pues, se os señalarán seis reales diarios á cada uno: procurad ganar algo

vosotros por vuestra parte. El trabajo honra al que lo practica con fé y con valor. Creo que no tengo que deciros nada mas.

Felipe y Lorenzo abrazaron á sus padres, y estos les dieron su bendicion.

Hubo muchas lágrimas.

Las madres dieron algunas monedas de plata á los estudiantes sin que lo vieran sus maridos, y los chicos partieron para la córte en el carro del tio Romo el arriero.

Salieron del pueblo cariacontecidos y lagrimosos; pero el aire de la mañana fué poco á poco serenando sus agitados espíritus, y pronto renació la alegría en sus pechos juveniles.

—Somos ya dos estudiantes, dijo Lorenzo.

—Sí, pero dos estudiantes pobres.

—¡Qué mas da! el hombre necesita poco para vivir. Además, como nosotros han empezado muchos grandes hombres.

—¡Hola! tienes ambicion...

—Tengo hambre de nombre.

—Pues vamos á buscarlo, pero en nuestras carreras.

—Sí, y que Dios nos proteja.

CAPITULO II.

SOÑAR DESPIERTOS.

Por desgracia, los conventos no repartian la sopa cuando llegaron nuestros dos estudiantes á la villa del oso y el madroño, por la sencilla y poderosa razon de que en Madrid no habia frailes ni se hablaba de ellos.

Felipe y Lorenzo, que como estudiantes económicos llevaban sus catres, cuatro sábanas, mantas, colchones y almohadas, se buscaron, gracias al tio Romo el arriero, hombre conocedor de las economías madrileñas, un cuarto para dormir que les cedió un vecino de la calle de Santa Isabel.

Pagaban dos reales diarios, y les quedaban cinco á cada uno para comer.

En cuanto á la ropa, como todas las semanas venian arrieros, la mandaban á Villarrobledo, y esto ya era una gran economía.

Los dos primos hicieron fondo comun, y siendo económicos, bien podian vivir con diez reales.

A Felipe se le ocurrió que podian ahorrar tres ó cuatro reales diarios comiendo entre los dos un puchero de á veinticuatro cuartos de la fonda del Paraíso al medio dia, que con pan y una copa de vino formaba un total de cuatro reales, y por la noche dos medias raciones de carné con patatas.

De este modo tenian aún nueve cuartos para desayunarse, y les sobraban veinticinco de su pension diaria.

Estas economías daban al mes un resultado de noventa reales, que podian invertirse en libros y prendas de ropa.

Comenzaron, pues, sus estudios, sin faltar á sus propósitos.

Eran dos buenos chicos que deseaban no ser muy gravosos á sus padres: dos estudiantes aplicados, á quienes distinguía su catedrático presentándoles como modelos á los demás condiscípulos.

Terminado el curso del primer año, en el cual sacaron nota de sobresalientes, regresaron á Villarrobledo con el objeto de pasar las vacaciones.

Como contaban con quinientos reales de economías, Felipe le compró á su madre una sortija de oro con una vírgen del Pilar, y un mechero con cañon de plata á su padre.

Lorenzo compró lo mismo á su padre, pero creyó oportuno llevar algo á sus hermanas; pensamiento que absorbió por completo el resto de sus economías, pero que produjo buen efecto en el pueblo.

Francisco y Juan estaban satisfechos de sus hijos, aplicados, económicos y cariñosos. ¿Qué mas podian desear?

Al mismo tiempo, la vida de estudiante les probaba, porque las madres los encontraron mas guapos, mas buenos mozos, mas ágiles.

Hubo una alegría general en la familia.

Pasó el verano. Llegó el dia de la marcha, y hubo lágrimas, esto era muy natural, pero los chicos partieron.

Madrid ya no era para ellos una capital estraña; era, por decirlo así, su patria adoptiva, la conocian al dedillo, podian servirse de todas sus ventajas y evitar la mayor parte de sus peligros.

Felipe y Lorenzo tenian la virtud de la consecuencia, y volvieron á habitar su modesto cuarto en la buhardilla de la calle de Santa Isabel.

Dos catres de tijera, dos sillas, una mesa, una percha y dos baules, eran los muebles que decoraban el cuarto de nuestros pobres estudiantes.

La patrona, sin aumentarles el precio, habia hecho un esfuerzo y les habia comprado felpudos blancos, colocándolos á los piés de las camas.

Muchas veces los dos primos se sentaban frente á frente en sus catres, manteniendo una de esas conversaciones de la juventud en que se sueña en el porvenir.

El horizonte de los dos estudiantes no tenia nubes; sus frentes se hallaban siempre serenas, como la de un general que tiene guardada la retirada.

La retirada de Lorenzo y Felipe era Villarrobledo, su cuartel de invierno, su refugio en un caso estremo.

Los dos primos se parecian bastante en lo moral y en lo físico: se les tenia por hermanos.

Una noche que conversaban sentados ambos junto á la mesa, teniendo los libros abiertos, á Felipe se le ocurrió insinuar que no seria del todo difícil ganar algo, sin que por eso sufrieran sus estudios.

—Creo lo mismo, repuso Lorenzo. ¡Cuántos padres de familia habrá en Madrid que deseen tener un estudiante que enseñe las primeras letras y aun algo de latin á sus hijos!

—La cuestion es encontrarlos.

—Sí, pero tenemos un medio.

—¿Cuál?

—El *Diario de Avisos*.

—Los anuncios cuestan dinero.

—Pero es un dinero reproductivo.

—¿Te parece que recurramos al *Diario*?

—Es lo mas sencillo, sin perjuicio de decírselo á algunos amigos de clase y al catedrático, que parece nos aprecian bastante.

—Pues mañana nos ocuparémos formalmente de eso.

—¡Ah! ¡con cuánto placer le escribiria á mi padre, diciendole no haga usted ningun sacrificio, yo puedo seguir los estudios sin que cueste á usted un cuarto!

—¡Toma! eso seria una gran cosa.

—Que podremos realizar.

—Dios te oiga.

—Dios oye siempre á los que en él confian.

—Tienes razon: nosotros somos jóvenes y no debemos perder la esperanza de crearnos un porvenir.

—Mira, Lorenzo: yo creo que la fortuna mas sabrosa es la que se adquiere. Si nosotros nos hacemos ricos...

—Eso es bastante difícil.

—¡Hola! ¿no tienes fé?

—No es eso; pero la abogacía sólo enriquece á los hombres eminentes: ¡hay tantos abogados pobres!...

—¿Quién es capaz de decir adónde llegaremos nosotros? Un pleito ruidoso, una causa criminal célebre, uno de esos grandes acontecimientos que absorben por algun tiempo la curiosidad pública, bastan para elevar un nombre desconocido á la altura de la gloria.

—Veo que tienes aspiraciones.

—Muchas veces no quiero revelarte mis sueños, porque temo que te rias de mí.

—Haces mal: nosotros no debemos ocultarnos nada.

—Es verdad, he faltado, pero te prometo que no lo volveré á hacer.

—En hora buena, dijo Felipe, y pues que está noche tenemos segun parece pocas ganas de estudiar, cuéntame tus sueños.

—Prométeme no burlarte de mí.

—Lo juro por mis padres.

—Basta: te lo diré todo.

—Te escucho.

—Comenzaré por manifestarte que creo que estoy enamorado.

Felipe levantó la cabeza, haciendo un gesto de asombro.

—Sí, enamorado.

—Sepamos de quién.

—¡Oh! eso es difícil. Vi á una jóven que iba al parecer con su padre: te confieso que su presencia estremeció mi corazon de un modo estraño, y la seguí maquinalmente. Ella no reparó

en el efecto que me habia causado, pues ni una sola vez volvió la cabeza. Continuaron su camino: yo seguí detrás de ellos conservando una distancia conveniente. Por fin, creo que fué en la calle de Fuencarral: entraron en una casa. Era un almacen de pianos.

—¿Viven allí? preguntó Lorenzo.

—No: entraron segun creo á ver un piano. Yo pude entonces verla mejor colocándome junto á los cristales de la puerta. Aunque quisiera no podria hacerte con exactitud la pintura de aquella jóven, pero puedo asegurarte que nunca he visto una cabeza mas perfectamente bella. Luego, tocaba el piano con una gracia, con un aturdimiento tan encantador, que yo no me atreví á moverme de aquel sitio.

Felipe se detuvo, y como si el relato le afectara, suspiró con fuerza.

Lorenzo, con una calma y una gravedad que demostraba el interés que los asuntos de su primo le inspiraban, sacó la petaca y se puso á hacer un cigarro, diciendo lacónicamente:

—Continúa.

—Ignoro el tiempo que permanecí en aquel sitio con la cabeza pegada á los cristales. Cuando salieron del almacen me propuse seguirla, pero á los pocos pasos tomaron un coche de alquiler, y desaparecieron.

—De modo que no sabes dónde vive tu encantadora Dulcinea.

—No.

—¿Y hace de eso mucho tiempo?

—Hará unos quince dias.

—Ya no puede hacerse nada.

—¿Cómo?

—Digo que aquella misma noche te hubiera sido fácil saber dónde vivia.

—¿De qué modo?

—Preguntando al encargado del almacen de pianos, ó viendo el número del coche.

—No se me ocurrió nada de eso.

—Pues te aconsejo que olvides á esa jóven. Dios sabe si la volverás á ver en tu vida.

—¡Era tan hermosa!...

Y Felipe bajó la cabeza, fijando sus ojos en el libro como si se dispusiera á estudiar.

Lorenzo comprendió que aquello era un pretesto, y colocando la mano sobre el libro, dijo:

—Quiero que me hables con el corazon: ¿amas mucho á esa jóven?

—Pienso en ella con alguna frecuencia.

—Pues vuelvo á repetírtelo: olvídala.

—Procuraré hacerlo así, pues no hay otro remedio.

—De modo que si la volvieras á encontrar...

—¡Oh! entonces me creeria el hombre mas feliz del mundo.

—¿Y si fuera rica?

—Yo soy jóven y puedo serlo.

—¿Y si estuviera comprometida?

—Es casi una niña.

—Veo que efectivamente estás enamorado, pues no encuentras obstáculos: dejemos este asunto á la fortuna, ó por mejor decir, á la casualidad.

—Tienes razon; y ahora, estudiemos.

—No, repuso Lorenzo, pues yo quiero tambien comunicarte mis pensamientos.

—¿Estás tambien enamorado?

—Dios me libre de semejante debilidad, al menos por ahora.

—¡Ah! creia...

—Tú piensas en tu hermosa desconocida: yo sueño en la política.

—La política seca el corazon.

—No á todos.

—Pues yo odio á la política y á los hombres que *hacen política*, sobre todo en España: mi única ambicion se reduce á ser abogado aunque sea de un pueblo, y...

—Casarte con la consabida jóven. Hé ahí dos sueños que para realizarse es preciso que pase mucha agua por el rio Manzanares.

—Sí, aún me faltan seis años para tomar el título.

—Seis años, durante los cuales habrás olvidado á tu Elena.

—¡Quién sabe!

—Firme eres en tus impresiones.

—Puedo jurarte, aunque te burles de mí, que la imágen de aquella jóven se ha quedado impresa en mi alma: creo que la reconoceria dentro de veinte años.

—Eso es lo que se llama tener retentiva.

—Di mas bien que ella es de una hermosura tan perfecta... figúrate una jóven de ojos azules oscuros, brillantes y vivos como si el fuego de un alma apasionada no les dejara nunca quietos dentro de sus órbitas, un rostro sonrosado y ligeramente moreno, una frente serena, una boca de grana, una sonrisa de ángel y unos cabellos negros como la noche y forman-

do ondas como la superficie de un lago que mueve el soplo de la brisa.

—¡Bravo! ¡bravo! yo no creia que eras poeta.

—¿Te burlas?

—No, te admiro; y cuando yo sea ministro...

—¡Cómo! ¿tú ministro?

—Eso no es difícil en España. Si logro ser diputado, seré ministro.

—Querido Lorenzo, ahora te diré yo á mi vez que de aquí á entonces es preciso que pase mucha agua por el rio Manzanares.

—Tienes razon; y creo que lo mas conveniente será que estudiemos ahora, pues solo de ese modo se saca la nota de sobresaliente.

—Es verdad, estudiemos.

Y los dos primos dejaron su conversacion y sus sueños, y se pusieron á estudiar.

CAPITULO III.

EL CONDE AMADEO POLVIANY.

Por el tiempo que nos ocupa habia en Madrid una fonda anglo-francesa llamada *El Ramo de Oro*, donde acudian algunos hijos de familia de la alta banca y de la aristocracia, esa familia feliz que se divierte siempre, que no trabaja nunca.

El parroquiano mas asíduo, mas gloton y mas delicado, era el conde Polviany, jóven de treinta años, soltero y huérfano de padre y madre.

Amadeo, pues este era su nombre, tenia una fortuna de treinta mil duros de renta, y aunque su apellido indicaba una raza estranjera, era hijo de España.

Amadeo tenia una de esas figuras innobles: rechoncho, á pesar de su juventud, el pelo rojo, la frente á lo Danton, es decir, revelando con fuertes y característicos rasgos los apetitos brutales de la materia.

Tenia el cuello corto y los ojos de un color ceniciento ti-

rando á verde, con pequeñas manchas negras como los gatos.

Comer, jugar y amar, eran sus únicas ocupaciones.

Vivia, en fin, como un soltero que tiene todo lo que necesita y hace poco caso de los gritos de la conciencia ni del qué dirán de sus semejantes.

Amadeo sabia por esperiencia que sus prendas personales no eran las mas á propósito para inflamar de amor los corazones femeninos, y que por su bella cara, como suele decirse, no habia de tropezar con conquistas fáciles, con mujeres que se doblegaran á sus deseos por el amor.

Compraba, pues, lo que no podia conquistar, y en este juego era hombre temible, pues tenia un recurso poderoso: el oro; un resorte mágico: la dádiva.

Por eso sin duda el conde Polviany llevaba siempre tres ó cuatro sortijas mas bien de efecto que de gran valor en los dedos, algunas monedas de oro en los bolsillos del chaleco, y una buena cantidad de billetes de Banco en la cartera.

Decia con frecuencia cuando tropezaba con alguna virtud de carácter romano:

—El dinero es la llave de oro que abre todos los corazones: ese tambien se abrirá.

Pero no siempre sucedia así, pues algunas se resistian á sus súplicas y á sus dádivas. En estos casos, Amadeo, haciendo el característico gesto de la zorra de la fábula, tomaba otro camino que pudiera conducirle á conquistas mas fáciles.

Serian las seis de la tarde de uno de esos dias tan secos como frios del mes de enero.

Amadeo Polviany entró en la fonda de *El Ramo de Oro*, y cruzando con la majestad del parroquiano que paga bien y

da buenas propinas, fué á sentarse en una de las elegantes mesas mas próximas á la estufa.

El camarero mas favorito del conde se acercó, saludándole con afabilidad para ponerse á sus órdenes.

—¡Hola, Ignacio! le dijo el conde con desenvoltura: ¿tienes alguna noticia que darme?

—Nada de particular, señor conde, le contestó: ¿va usía á comer?

—Sí: al bestia de mi cocinero le dije ayer que queria que me sirviera una sopa de *Of-tail* (1), como se sirven en Lóndres en cualquier bodegon, y por poco me envenena con un maldito brebaje; le tiré un plato á la cara y se despidió á la francesa. Así, pues, hijo mio, por unos dias, hasta que encuentre uno digno de mi estómago, vendré á comer aquí.

—Celebro infinito ese acontecimiento, que nos proporciona el honor de servir á usía.

—Pues mira, comienza por sacarme una copa de *Belmut* ó de *Kirche Waser;* me cansa el ajenjo, ya no me causa efecto; creo que si continúo así me pondré triste, porque pierdo el apetito... sí, querido Ignacio, pierdo el apetito, que era una de las bellas cualidades que honraban mi estómago. Con que anda, hijo mio, y tráeme lo que te he pedido, y luego dirás que me sirvan una sopa de *Jugget* ó de tortuga, como lo comprendas mejor.

—Si usía tuviera la amabilidad de indicarme lo que quiere comer despues de la sopa...

—No tengo inconveniente: quiero cuatro platos; estoy con

(1) Rabo de buey.

una inapetencia horrible; los dejo á tu eleccion... con tal que sean condimentados á la inglesa. Ya sabes que yo soy partidario de la pérfida Albion, como dicen los poetas españoles. ¡Ah! no quiero vino... tráeme una botella de *Porter* (1).

El camarero dispuso la mesa con una prontitud admirable, y mientras tanto el conde colgó su gaban en uno de los clavos dorados que servian de percha á los parroquianos.

El conde comenzó por saborear unos sorbos de Belmut que le sirvieron en una elegante y frágil copa de cristal muselina.

—¿Con que decididamente, preguntó Amadeo, no tienes nada que decirme?

—Nada, señor: ni siquiera un desafío ha mediado hace dias entre los buenos parroquianos de *El Ramo de Oro;* pero antes de anoche vino á última hora ese pollito amigo de usted, ese que acaba de llegar, segun he oido, de Roma.

—¡Ah, sí! el vizconde de Villafort.

—Pues bien, el señor vizconde vino con otro caballerito muy embozado en una capa. A mí al verle me dió un vuelco el corazon y me dije: ese no es hombre, es mujer.

—¡Hola, hola!... ¿y lo era al fin?

—Verá usía: el vizconde de Villafort pidió un cuarto reservado, y se le dió el número 3, ya sabe usía, aquel que tiene la chimenea francesa y los cuadros de doble vista.

—Sí, sí, ya sé; adelante.

—Entraron en él. A mí me tocó servirle, porque Serapio estaba un poco enfermo y pidió permiso para marcharse á las doce de la noche. Esto sucedia cerca de la una. Entré y les presenté la lista, mirando á hurtadillas al jóven de la capa, le

(1) Cerveza negra.

vi las orejas agujereadas y el pelo recogido hácia dentro oculto con el sombrero.

—Díme: ¿qué señas tenia esa máscara?

—¡Oh! la tengo bien presente: era una señora de unos veintiocho á treinta años, bastante alta, aunque el traje de hombre la empequeñecia, pelo castaño, ojos grandes, muy rasgados y de un color oscuro, cejas pobladas y formando mucho arco sobre la frente, la nariz pequeña, y muy redonda de mejillas. Era muy guapa: tenia además, salvo la parte, una peca de color de oro, la cual le agraciaba mucho.

Y el camarero se puso el dedo en el cuello cerca de la oreja izquierda.

El conde Polviany soltó una carcajada.

—No pases adelante, dijo: conozco ese retrato.

El mozo se sonrió.

—¿Y dices que eso fué antes de anoche?

—Sí.

—Justamente á la una, ¿no es eso?

—A la una de la noche, sí señor.

—¡Pobre marqués! mientras yo le ganaba el dinero, el pícaro de Arturo... ¡oh! ¡predestinados!... ¡predestinados!...

Y Amadeo sorbió un poco de Belmut, haciendo un gesto desagradable.

—¡Diantre! esto no es legítimo.

—¿Cómo que no, señor conde?

—¿Sabes, tunante, que no te perdonaria nunca que me dieras gato por liebre? Yo te he pedido Belmut verdadero, y esto es contrahecho, falsificado... ¡oh! tengo un paladar á quien no no se engaña tan pronto.

—Puedo asegurar á usía que el Belmut es legítimo; y si usía quiere, se le puede enseñar la factura de nuestro corresponsal de Londres; como que cuesta, comprado en la fábrica, media libra esterlina la botella.

El conde saboreó segunda vez el licor, y como se quedara con esta segunda prueba mas satisfecho, dijo:

—Dime: ¿estuvieron mucho tiempo?

—¡Ah! ¿el señor vizconde y...

—Sí: dejemos el Belmut, puesto que tan formalmente me aseguras que es verdadero.

—Cuando se marcharon, serian cerca de las dos de la madrugada.

—¿Y no pudiste oir nada?

—Ya sabe el señor conde que yo no tengo oidos en semejantes ocasiones.

—Tú eres un truhan redomado. Vaya, suelta todo lo que sepas, que no te ha de pesar.

El camarero se sonrió de un modo significativo, y dijo:

—En verdad que no oí nada, señor conde..

Amadeo introdujo dos dedos en el bolsillo de su chaleco, y sacando de él una moneda de oro de ochenta reales, la puso en las manos del camarero, diciendo:

—Habla.

—Vamos, veo que es imposible negar á usted nada.

El camarero bajó la voz y la cabeza como para colocarse más cerca del oido del conde, y continuó de este modo:

—Una palabra ahora y otra despues, pude sacar en consecuencia que la susodicha señora disfrazada reconvenia al vizconde por su infidelidad. El vizconde, en vez de disculparse,

se reia y comia. Esto irritó á la señora hasta el punto de dar una bofetada á su amante.

—¡Diablo! Carolina sigue siendo tan varonil y tan arrebatada como siempre. ¿Y qué hizo el vizconde?

—Pagarle el agasajo con la misma moneda.

—Es decir, ¿le devolvió otra bofetada?

—Sí señor, pero mas sólida, mas retumbante; bofetada de mano maestra: yo habia oido el ¡pif! ¡paf! y entré en el cuarto haciéndome el inocente. La señora tenia el carrillo como la grana, y lloraba; el vizconde, cogiendo una botella y mirándome con gesto amenazador, me dijo:—¿Por qué entras sin llamarte? ¡lárgate de aquí!—Y cerró la puerta con llave por dentro. A pesar de esto procuré escuchar, pero solo apercibí el murmullo de la conversacion. Cuando me llamaron para pedirme la cuenta, parecia que ya se habian arreglado.

—Perfectamente, dijo Amadeo; y puesto que no puedes decirme nada mas, anda á ver si está hecha mi sopa de rabo de buey.

Poco despues, el conde Polviany comia con la tranquila y á la par animada satisfaccion de un reverendo gerónimo.

CAPITULO IV.

EL VIZCONDE DE VILLAFORT.

A la mitad de la comida se hallaria el conde Polvishy, cuando entró en el salon de la fonda un jóven elegante cuya edad apenas frisaba en los veinticuatro años.

Era Arturo, vizconde de Villafort.

La moda nada hubiera podido exigir de aquel jóven: llevaba la ropa con ese especial desembarazo de un verdadero elegante: era uno de esos tipos que nos traen á la memoria la tragedia de don Juan Tenorio.

Bastaba verle para decir: ese jóven abriga en su pecho uno de esos corazones tan nobles como impetuosos.

Y efectivamente, Arturo tenia una mezcla estraña de ángel y demonio.

Rico, fuerte, temerario, y con una fortuna colosal, hijo único de un padre condescendiente, sin haber recibido esa dulce educacion de las madres que perfecciona el alma, Arturo estaba

LA PERDICION DE LA MUJER.

El vizconde de Villafort

avezado á satisfacer todos sus caprichos, á llevar á cabo todas sus locuras con una suerte inaudita.

Dos desafíos afortunados le habian dado renombre de valiente: media docena de conquistas escandalosas le habian hecho adquirir una gran reputacion entre esas mujeres del gran mundo que lo olvidan todo por satisfacer un deseo pasajero, una sensualidad de la materia.

Arturo amaba el escándalo como el que no teme el peligro ni le importan las reconvenciones y censuras del prójimo.

Sin embargo, debemos decir que amaba y respetaba á dos séres sobre la tierra: á su padre y á fray Natalio de la Concepcion.

Este religioso tenia gran predominio sobre la voluntad del vizconde, y muchas veces solia decir á sus amigos íntimos:

—Si cuando me resuelvo á llevar á cabo alguna de mis calaveradas se me presentara fray Natalio, creo que, desistiendo de mi empresa, me pondria á rezar el rosario con él.

Arturo respetaba en el religioso que nos ocupa la bondad, la honradez, la sabiduría y las canas.

Acostumbrado desde pequeño á ver á fray Natalio como el tipo perfecto de la virtud, se sentia débil y sumiso en su presencia.

Mas tarde veremos las razones que Arturo tenia para respetar á fray Natalio de la Concepcion.

El vizconde, al entrar en la fonda, dirigió una mirada desdeñosa como buscando una mesa donde colocarse, hasta que tropezando con la figura de Polviany se quedó contemplándole por un momento.

El conde le hizo una seña, y Arturo se acercó.

—¡Oh, gloton insoportable! dijo Arturo dejando caer una de sus manos sobre los hombros de Amadeo: ¿cuándo revientas? tengo ganas que eso suceda.

—Chico, eso me alegraría que sucediera lo mas tarde posible; pero siéntate y come conmigo.

—Acepto: me incomoda comer solo.

—¿Y te dejas tu casa y tu mesa y vienes á la fonda?

—Mi señor padre tiene hoy convidados á tres amigos del tiempo de la guerra de la Independencia, y he creido conveniente, despues de saludarles, dejar que coman solos. De seguro que los viejos tendrán que recordar alguna calaverada de sus buenos tiempos, y mi presencia les hubiera quitado el apetito y el buen humor.

—Eres un hijo que no tiene precio; pero ahí tienes la lista, pide lo que quieras.

—Me guardaré bastante de hacerlo: quiero comer lo que tú comas; tú eres hombre de gusto.

Y llamando al camarero, continuó:

—Mira, sírveme lo mismo que al conde.

—Dime, calavera afortunado, ¿piensas pasar mucho tiempo en Madrid? le preguntó el conde.

—Mi padre se ha resuelto á establecerse en España: el pobre viejo se cansa de viajar. En cuanto á mí, me hallo bién en todas partes. Cuando me aburro, le digo á Daniel que prepare mis chismes de caza y atraille mis perros, abandono la ciudad y me voy al monte.

—Hé ahí una ventaja que yo no tengo.

—Luego tú te aburres tambien.

—Algunas veces.

—Parece imposible. Pero vamos á ver: ¿cuántas queridas tienes?

—Querido Arturo, ahora me hallo cesante; busco y no encuentro: las muchachas bonitas han desaparecido de la tierra.

—¿Quieres que te proporcione una?

—¿Es deshecho tuyo?

—No.

—¿De veras?

—Te lo juro.

Amadeo hizo un gesto de duda.

—Te doy mi palabra de caballero.

—Me basta; pero ten la bondad de esplicarte, porque el ofrecimiento es sospechoso.

—Nada mas sencillo: he visto dos jóvenes igualmente bellas, aunque tipos distintos. Supongo que son hermanas, ó por lo menos amigas: tú ya conoces el corazon de la mujer: necesito un compañero que entretenga á la rubia mientras yo conquisto á la morena.

—¿Y me cedes á mí la rubia?

—Creo que es tu género.

—Efectivamente, las rubias tienen una dulzura que me encanta.

—Eso no implica para que si algun dia me canso de la morena, procure desbancarte.

—¿Me pones la horca antes que el lugar?

—Soy franco.

—Sí, ya lo sé.

—Es una buena cualidad que tú debes apreciar.

—Hablemos de esas chicas. Ante todo, yo sé que eres hom-

bre de gusto, y no te preguntaré por la morena, pero dime algo de la rubia.

—Es un ángel: nada he visto mas bello que ella. Figúrate una Elena con traje del dia, pero modesta como la virtud.

Amadeo respiró con fuerza, y preguntó:

—¿Y me la cedes?

—Hombre, yo no puedo llevar á cabo á un mismo tiempo la conquista de dos jóvenes que viven en la misma casa, porque el que mucho abarca...

—Me voy tranquilizando. Otra pregunta: ¿crees que será fácil ablandar el corazon de esa rubia?

—Cuando se tiene dinero, tiempo y paciencia, nada encuentro imposible.

—Tienes razon: ¿adónde viven?

—En la calle del Olmo.

Amadeo hizo un gesto de disgusto.

—¿Qué es eso?

—Empiezo á tropezar con un obstáculo.

—¿La calle?

—Precisamente.

—¿Tienes alguna querida en ella?

—Tengo á Pepita, y lo que es peor, á su madre doña Aldonza.

—Chico, esa señora lleva un nombre que estuvo muy en boga en la Edad Media; comienzo á sobresaltarme. Pero se me ocurre al mismo tiempo una idea: ¿corres tú con los gastos de Pepita?

—En parte sí y en parte no.

—Sé mas esplícito: ¿quién es esa Pepita?

—Una muchacha tan despreocupada como exigente; ama y aborrece con locura, y pega á su madre.

—¡Bravo! Nada me gusta tanto como tropezar con un tipo de esa naturaleza. ¿Te ama?

—Al menos lo dice así.

—Pues no la creas.

—¡Hombre!

—Chico, soy franco; tú no estás en *figura* para inspirar amor á ninguna mujer.

Amadeo soltó una carcajada.

—No hay nada mas impertinente sobre la tierra que un jóven guapo y rico.

—Eso es una alusion á mi individuo, que en boca de otro mereceria una estocada, pero que en la tuya la perdono.

—Te doy las gracias, dijo Amadeo sin perder su buen humor, y te ruego que me digas qué medio te se habia ocurrido para salvar el inconveniente.

—Nada mas sencillo: le buscas un cuarto en un barrio opuesto, y la haces mudar.

—Es muy capaz de no querer.

—¡Bah! se la obliga. Pero se me ocurre otra cosa: ¿Pepita tiene talento?

—Es una bestia.

—A muchas mujeres les sucede lo mismo, y sin embargo tienen talento para alguna cosa.

—Pepita solo lo tiene para pedir lo que le hace falta.

—Escucha, Amadeo: suponiendo que Pepita viva en la misma calle que las dos jóvenes consabidas, es indudable que debe conocerlas, y en ese caso puede servirnos de mucho. Nada

tiene de estraño que una vecina ofrezca la casa á otra vecina, que se visiten, y hasta que sean amigas, es decir, esa cosa que llaman amistad las mujeres y que está muy lejos de serlo.

—¡Diablo! esclamó el conde: veo adónde vas á parar, y se me ponen los pelos de punta. Pepita no nos servirá nunca en esa intriga; es celosa como un turco, y si se empeña en decir que no, nada conseguiremos.

—Estás empeñado en adularte. Pepita no puede estar celosa de tí. Todo se reduce á gastar un puñado de oro á tiempo; yo daré el dinero, y Pepita nos servirá.

—Lo que es yo no me atrevo á hacerle semejante proposicion.

—Preséntame á ella, yo se lo diré y accederá; pero te prevengo que si para lograr á la morenita que preocupa mi imaginacion es preciso hacerla el amor á tu Pepita, no respeto nada, ya me conoces.

—Entonces no te presento.

—Me es igual, contestó Arturo encogiéndose de hombros. Sé la calle en que vive, conozco el nombre de ella y de su madre, y tengo en mis manos la elocuencia que conmueve los corazones femeninos, es decir, el dinero.

—Pero eso es una traicion.

—Querido Amadeo, ya lo sabes: nada me detiene cuando deseo lograr algo; y en cuanto á los peligros, me rio de ellos. Será una desgracia, pero creo que tengo por mis venas algo de la enfermedad que consumió á Sardanápalo y á Baltasar.

Durante las anteriores palabras, el conde Polviany meditó sin duda lo que mas le convenia, pues así que dió fin el vizconde, dijo:

—Somos buenos amigos, y quiero que sigamos siéndolo; accedo á todo cuanto quieras.

—Perfectamente; eres un buen muchacho y lo tendré en cuenta para serte útil á la mejor ocasion. ¿A qué hora tienes la costumbre de visitar á Pepita?

—Por lo regular voy á verla á las nueve; la noche que no la llevo al teatro, la saco á paseo y la dóy de cenar en casa de los andaluces de la calle de la Visitacion.

—¿Va con vosotros su madre?

—No. Su madre se queda en casa; es una infeliz: no le sucede así á la madre de Adela.

—¡Calla! ¿es otra querida tuya?

—No, hombre, no; esa es de otro género. Adela busca marido, y su madre la acompaña por todas partes; la pobre señora se cree representar el papel de Argos, y se duerme paseando: el sueño es sin duda una enfermedad que circula por la sangre de doña Soledad; ya te contaré...

El vizconde sacó un magnífico cronómetro inglés, y dijo:

—Son las siete y media: tomemos café y luego nos trasladaremos á casa de doña Aldonza; pero mientras tanto dime algo de doña Soledad y de su hija Adela, porque veo que durante mi ausencia habeis encontrado en Madrid mucho género de contrabando.

—Doña Soledad es una pobre mujer que sigue á su hija como un perrito. Adela una muchacha muy lista que va á caza de marido. Frecuentan los paseos, los teatros y los bailes: viven con mucha economía, sujetos á una viudedad de ocho mil reales. Yo he intentado la conquista de Adela, pero se resistió, y me cansé. Por ella conocí á Pepita, género mas fácil de ad-

quirir: la vi por vez primera en un baile de máscaras, por cierto que doña Soledad dormia en un rincon como una bienaventurada; al despertarse la llevamos al ambigú, y tuvo la ocurrencia de pedir que la sirvieran cocido.

El vizconde soltó una carcajada.

—¡Ah! me has dicho lo bastante para que tenga deseos de conocer á doña Soledad, ese modelo de madres.

—Querido Arturo, aunque la madre duerme, la hija está siempre muy despierta.

—¿Dices que es amiga de Pepita?

—Sí: se conocen y se tratan por lo menos.

—Entonces, acábate el café y vamos á conocer á doña Aldonza y su hija.

Poco despues, los dos amigos salian de la fonda de *El Ramo de Oro*.

El vizconde despidió al coche, que le esperaba á la puerta, y cogiéndose del brazo de su amigo, ambos se encaminaron á la calle del Olmo.

Pero el lector me permitirá que tomemos nosotros la delantera.

CAPITULO V.

UN MODELO QUE NO DEBE COPIARSE.

Doña Aldonza era una pobre viuda, buena, condescendiente y desgraciada.

La muerte de su esposo la dejó sola en el mundo con una hija de catorce años; pero Aldonza tenia una casa bien repleta, como suele decirse, producto de las economías de muchos años.

Estas economías no eran lo suficiente para producir una renta; y además, doña Aldonza era una pobre señora que ignoraba cuántos cuartos tiene una peseta.

Al principio lloró mucho al difunto, y mientras tanto se comió cuarenta mil reales que tenia en dinero.

Luego, al desaparecer el último duro, comenzó á empeñar el primer cubierto.

Detrás de los cubiertos siguieron algunas alhajas, y por fin la ropa blanca.

Mientras tanto, en casa de doña Aldonza no se habia pensado en nada: comer, suspirar y empeñar era la ocupacion de la madre; la de la hija se reducia á mirarse al espejo, y decirse para su capote:

—Verdaderamente soy una muchacha bonita: tal vez tenga suerte.

Llegó el dia fatal: doña Aldonza tuvo que despedir á la criada para quitarse una *boca* de encima; boca desconsiderada, que no queria tener en cuenta las tristes circunstancias de su ama, y que devoraba en vez de comer.

Pepita habia cumplido diez y nueve años: era verdaderamente una muchacha preciosa, alta, bien formada, con unos ojos vivos como la llama de la luz, una frente brillante, una boca preciosa y unas mejillas sonrosadas.

Aldonza manifestó á su hija que no le quedaba absolutamente nada. Pepita, niña mimada y bastante déspota, oyó la fatal nueva con semblante nervioso, dirigiendo terribles y amenazadoras miradas á su madre, que lloraba como una Magdalena.

—Hija mia, la muerte de tu padre nos ha conducido al último estremo de la miseria. Nada nos queda: mañana será preciso que vendamos uno de los dos colchones de nuestras camas, y que busquemos trabajo. Yo no he querido nunca hacerte ver el estado de nuestra fortuna, por no darte un disgusto... ¡Oh! tú no sabes cuánto he sufrido.

—Ha hecho usted mal, muy mal, esclamó Pepita con reconcentrado acento: si ahora que estoy acostumbrada á no hacer nada, se me resiste el trabajo y me pierdo, usted tendrá la culpa.

—¿Yo?... ¡Dios mio!

—Sí, usted: no es tiempo de hacer aspavientos y de clamar al cielo. Yo no sé coser, yo no sé hacer nada; solo podria servir para peinadora, y eso no será la hija de mi padre la que se ponga á semejante oficio.

—Vamos, no te enfades, Pepita; confórmate con la desgracia. Dios tendrá en cuenta tu resignacion, presentándonos un camino salvador.

—¡Bah! eso es muy bueno para decirlo, pero ahora es demasiado tarde.

—Mira, hija mia, mas daño me causan tus justas reconvenciones que la triste posicion en que nos hallamos; pero si en algo he delinquido, es solo en quererte con todo mi corazon: te veia tan hermosa, tan jóven, que no quise hacerte trabajar: tú ya sabes que te he dado todos los gustos, que he satisfecho mientras he podido hasta el menor de tus caprichos.

—Muy mal hecho. Si usted cuando murió mi padre me hubiera dicho: Pepita, nada tenemos, si se esceptúan algunas alhajas y algunos miles de reales, es preciso trabajar, yo entonces era una niña, y me hubiera acostumbrado al trabajo. Las madres como usted son una desgracia: es preferible que digan á todo que no, que le rompan á una hija un hueso de un palo, á lo que usted ha hecho.

Doña Aldonza se cubrió la cara con las manos. La educacion que habia dado á su hija caia de un modo terrible sobre su cabeza.

Lloró, pero su hija no enjugó sus lágrimas.

Al dia siguiente, de dos vestidos que tenia fué á empeñar el mejor.

Mientras tanto, la ropa y los objetos de Pepita permanecian intactos: la madre los respetaba como cosa sagrada.

Doña Aldonza llegó á no tener mas que lo puesto. Pepita, sin embargo, aún podia vestir con cierta elegancia.

Aquella jóven infame se acostumbró á mirar con desprecio á su madre, como si un hijo tuviera nunca razon contra aquel á quien debe la existencia.

Pepita comprendió que era preciso hacer algo para conservar las cuatro galas, y mandó á su madre, con recomendacion de una vecina, á que sacara *obra del Corte*, ese recurso de las que no aprendieron á hacer primores, que en los momentos de desesperacion acuden á las chaquetas amarillas y los capotes de los soldados, para no morirse de hambre.

Se pusieron á trabajar.

Pepita suspirando, maldiciendo su suerte: doña Aldonza como los mártires que se resignan al sacrificio, con las lágrimas en los ojos.

La madre envejeció en un año lo que no es decible: como María Antonieta, la desgraciada reina de Francia, le bastó una noche para que sus cabellos se tornaran blancos.

Siempre resignada, siempre llorosa, sus ojos adquirieron esa blandura del dolor que enrojece los párpados, que quema las pestañas.

Pepita no lloraba; pero en cambio se habia convertido en el verdugo de su madre, descargando su mal humor de un modo cruel sobre aquella infeliz.

Así pasaron un año, sufriendo las mayores privaciones.

Un dia la hija arrojó con furia la tela que tenia sobre las rodillas, y esclamó:

—No, no quiero trabajar mas... basta de privaciones... basta de penalidades... caiga mi perdicion sobre aquella que tenga la culpa.

Aldonza comprendió la amenaza de su hija, y arrojándose á sus piés, suplicó, rogó... todo fué en vano. Al dia siguiente, Pepita tenia un amante. Pero como acontece por lo regular á todas esas desgraciadas que temen al trabajo y prefieren la deshonra, tuvo mala eleccion.

Dado el primer paso, Pepita no se detuvo: detrás del primer amante, encontró el segundo.

Pepita recibia en su casa á sus adoradores, sin importarle la presencia de su madre.

Aldonza sufrió mucho, pero por fin aceptó el martirio como un castigo de su crímen.

Aquella hija era una infame.

En la época que nos ocupa, la madre de Pepita era un autómata que se movia á la voz de su hija. Sin fuerza de voluntad para resistir, esperaba como un idiota el término de la vida sin temerle y sin desearle.

Pepita habia cumplido veintiocho años, y un temor solia sobresaltarle cuando se miraba al espejo.

La primera arruga que asoma al rostro de una mujer que pone precio á su hermosura, es terrible.

Pepita temia esa arruga que, como un fantasma amenazador, iba á espantar á sus adoradores, rebajando un ciento por ciento sus exigencias.

—Yo no me he hecho rica todavía... ¡pobre de mí, si me hago antes vieja!

Esto la espantaba.

El último amante que la habia deparado la suerte era el conde Polviany. Pero si Amadeo conservaba por espacio de seis meses las relaciones con Pepita, era con el objeto de acercarse á Adela, mas jóven y mas aceptable por todos conceptos que su amiga.

Nosotros en el trascurso de esta novela, cuya idea capital, cuya base es la *educacion*, trataremos de poner de manifiesto á nuestros lectores algunos tipos que existen por desgracia en la sociedad que vivimos.

No todos emplean su fortuna en hacer obras meritorias: hay manos en las cuales un millon no es tan reproductivo como lo es en otras un duro.

Si alguna escena, si algun detalle ó episodio aparece á tus ojos, lector querido, con los vivos colores que reclama la verdad, no temas. Mi pluma, aunque poco sábia, guiada va siempre por la esperiencia y con el objeto de ensalzar la virtud, de honrar á la familia, de ser útil á la juventud y enaltecer á los ancianos.

Entremos en casa de Pepita.

CAPITULO VI.

DIOS LOS CRIA Y ELLOS SE JUNTAN.

Pepita y su madre vivian, como recordará el lector, en un cuarto segundo de la calle del Olmo. Frente por frente daba su balcon á las ventanas del que ocupaba don Fernando Requena.

No era difícil, pues, que como vecinos se conocieran, ó por lo menos, que se hubieran visto.

Serian las ocho de la noche. La pequeña sala de Pepita se hallaba alumbrada por una bujía con pantalla verde.

Se notaba en los muebles de aquella habitacion el desórden de su dueña.

La sillería, que era de lana de color de naranja, se hallaba en un estado deplorable, mas por el poco cuidado que por el mucho uso.

Apenas se veia una silla que no estuviera manchada.

Dos butacas con asiento y respaldo de seda color carmesí, desdecian de los demás muebles.

La consola, atestada de objetos, de lazos, tarritos de colorete, de flores de mano, de aderezos falsos y cajas de polvos, parecia el tocador de una moderna Magdalena al dia siguiente de un baile.

Pepita, sentada cerca de un velador, leia una novela de Paul de Koc. Su madre, algo apartada y envuelta con su viejo y mugriento pañolon de tartan, se calentaba junto á un brasero.

La jóven tenia en la falda un perrito chino, muy en boga en aquel tiempo: era su favorito, y se llamaba Jazmin.

Mirando con detencion á aquella jóven, podia notarse que tanto en el traje como el peinado observaba mucho esmero, como si quisiera producir buen efecto y añadir algo á su hermosura.

Vestia un traje de calle bastante en consonancia con el buen gusto, y sus cabellos, que eran hermosos, se hallaban peinados con graciosa coquetería.

Ni la madre ni la hija hablaban; bien es verdad que aquella pobre vieja parecia mas bien una criada á quien se desprecia, que una madre á la cual siempre se le debe respeto y consideración.

Llamaron á la puerta, y Pepita, dejando el libro, dijo:

—Tome usted el perrito y abra. Si es el conde, quédese por allá dentro; si ve que me voy, puede acostarse, yo me llevaré la llave.

Doña Aldonza obedeció sin responder: estaba acostumbrada á la esclavitud.

Pepita tomó una de esas posturas provocativas tan propias de la mujer que estudia el arte de agradar.

Pronto se oyeron pasos en el corredor; pero como estos pa-

tos no eran de una persona sino de dos, Pepita hizo un movimiento de curiosidad para ver cuanto antes á los que se acercaban.

Amadeo y Arturo entraron en la sala.

Pepita, afectando el aplomo y la gravedad de las grandes señoras, no se levantó para recibirles, pero les envió una sonrisa.

—Buenas noches, Pepita, dijo el conde con esa franqueza que demuestra una amistad íntima: perdone usted si me tomo la libertad de presentarle á uno de mis mejores amigos, el vizconde de Villafort.

—El señor vizconde está en su casa, y puede contar con mi amistad, que vale poco, desde el momento en que es amigo de usted.

—Amigo, señorita, dijo Arturo saludando, y de los mas antiguos. Esta tarde hemos comido juntos, y como me ha manifestado vivos deseos de abandonarme para venir á hacer á usted una visita, le supliqué que me llevara consigo.

—Y ha hecho bien en acceder, repuso Pepita dedicando miradas sospechosas al elegante vizconde de Villafort.

De repente, el conde Polvian y que habia observado los cumplidos de Arturo y Pepita, soltó una carcajada y se dejó caer sobre una butaca.

—¿A qué viene esa risa intempestiva, señor conde? preguntó la jóven, algo picada.

—Pepita, para que no pierdas el tiempo lastimosamente, dijo Amadeo, te advierto que el señor vizconde lo sabe todo.

—Lo supongo, contestó Pepita conteniéndose y aparentando una tranquilidad dudosa. Los hombres tienen poca costum-

bre de guardar los secretos, ¿no es verdad, señor vizconde?

—Hija mia, Amadeo es un buen muchacho, un poco gloton y un poco sensual, le conozco á fondo; pero no debe usted ofenderse con él: tiene buen corazon.

—¡Oh! en cuanto á eso, repuso el conde tomando una postura algo inconveniente, Pepita lo sabe mejor que nadie: hace algunos meses que nos conocemos, y ella misma puede decir...

Y el conde, sacando un cigarro puro, lo encendió á la luz de la bujía.

—Ciertas mujeres no tienen derecho para quejarse de las groserías de los hombres á quienes tratan: ellas les autorizan desde el momento que venden su hermosura como una mercancía.

Pepita se mordió los lábios, porque aunque su alma y su cuerpo se habian pervertido, su carácter soberbio se sublevaba contra las groserías de su amante.

Pero ¡ay! la necesidad pone muchas veces una mordaza en la boca, y coloca un velo tupido delante de los ojos.

Pepita, deseando herir de algun modo el amor propio de su amante, le dijo:

—No seré yo la que me ofenda esta noche y me incomode con usted, ya que ha tenido la amabilidad de conducir á mi casa una persona tan distinguida como el vizconde de Villafort.

—¡Bravo! ¡bravísimo! Viendo estoy, querido Arturo, que esta noche me desbancas.

—Eso, amigo Amadeo, no seria por cierto una gran victoria, contestó el vizconde riéndose.

Pepita soltó á su vez una carcajada.

—Parece que tus palabras han hecho buen efecto á esta señorita.

—¡Oh! ¡ya lo creo! mucho.

—Pues os autorizo para que os hagais el amor en mis barbas, contestó el conde con cinismo.

Y para demostrar su indiferencia, se puso á tararear un trozo de ópera.

Esto era un nuevo insulto, una nueva provocacion: En otras circunstancias, Pepita hubiera recogido el guante que le arrojaba el conde tan sin motivo; pero, ó sea que temiera perder las ventajas que aquellos amores la proporcionaban, ó bien que deseara aparecer á los ojos del vizconde mas buena, mas dulce, mas tolerante de lo que era en sí, afectó sufrirlo todo con paciencia.

—Ya lo oye usted, señor vizconde, dijo Pepita: nos desafia. ¿No es verdad que eso es una imprudencia?

—Que ha costado muchas lágrimas á algunos amantes.

—¡Ah! ¡cuánto os agradeceria que me hiciérais llorar! No he llorado nunca: seria una impresion para mí de mucha novedad; pero no os temo: mi amigo el vizconde tiene demasiado preocupada su alma con una morenita de ojos azules que vive en esta misma calle, para que trate de suplantarme en el corazon de la que amo.

—¡Ah! ¿con que el señor vizconde está enamorado?

—Como un... no quiero terminar la frase, aunque confesaré con vergüenza que el amor platónico jamás ha turbado mi sueño.

—Al menos tiene usted la franqueza de decirlo, repuso Pepita.

—¡Oh! en cuanto á franqueza con las mujeres, hay muy pocos que le ganen á este, dijo Amadeo dejando caer una mano familiarmente sobre el hombro de su amigo.

—Ya ve usted, señora, una prueba de que me tomé, pues empieza á desacreditarme. Sus palabras pueden traducirse de un modo desfavorable para mí: me llama grosero.

—Puedo jurarte que no ha sido esa mi intencion; pero los que te conocemos te apreciamos en lo que vales. Buen amigo, franco y generoso, siempre se halla á merced del primero que lo necesita tu dinero y tu brazo; pero en tratándose de mujeres... las ha jurado guerra á muerte... puedes creerme, Pepita.

—Tendrá para ello sus motivos.

—Nada de eso: no existe sobre la tierra un mortal mas afortunado.

—Entonces no comprendo.

—Toma mi consejo, Pepita: no te fies mucho del vizconde de Villafort.

—Ahora que estoy desacreditado á los ojos de usted, dijo Arturo con su proverbial buen humor, voy á hacerle una proposicion, si me da permiso para ello.

—Escucho á usted con impaciencia, contestó Pepita.

—Pues bien, señora, lo que ha dicho mi amigo el conde Polviany es cierto en parte.

—Cierto en todo.

—Un momento, querido: yo me he callado sin quitarte la palabra mientras tú me desacreditabas; podia haberme defendido enumerando tus defectos, pero no quise; permíteme ahora que yo hable.

—Concedido.

—Entonces continuó. Soy, como ha dicho mi amigo Amadeo, un calavera, un pirata del amor, todo eso y mucho mas; si así le place; pero en cambio le desafio á que me nombre una de mis víctimas que me aborrezca, que me odie, que me desee ni siquiera un constipado.

—Eso tambien es verdad.

—Ya ve usted, señora, como me va concediendo algo. Prosigo. Cuando me cansa el amor de una mujer, procuro pagarle las lágrimas que mi olvido la proporciona. Soy rico, y nada avaro, este lo sabe muy bien. Desprecio á los deshonradóres de oficio que despues de conseguir su triunfo vuelven la espalda soltando una carcajada grosera. Esos séres carecen de corazon, y son dignos de una estocada á fóndo.

—Eso, querido Arturo, solo me demuestra una cosa: que eres jóven todavía, que queda en tu corazon un resto de caridad y conciencia; pero esas buenas virtudes morales se agotarán pronto, cuando llegues á la maldita edad de treinta años, como decia Espronceda.

—Yo no discuto lo que está en lo porvenir: solo me ocupo del presente.

—Entonces hablemos de la muchacha de ojos azules y mejillas trigueñas.

—Sí, sí, hable usted de mi vecina; pues ella, segun he podido comprender, es la causa de esta visita que le agradezco, dijo Pepita despues de guardar silencio algunos segundos.

—Pues la cuestion es muy sencilla: yo necesito que usted se mude á la misma casa de esa jóven, repuso el vizconde.

—¡Oh! eso es mas difícil de lo que parece.

—No hay nada difícil. Querer es poder: hé aquí mi lema.

—Para mudarse se necesitan muchas cosas, volvió á decir Pepita.

—Solo se necesitan dos: que esté vacío el cuarto que se desea, y dinero para hacer la mudanza.

Y el vizconde, sacando una cartera del bolsillo, dejó sobre el velador de Pepita un billete de cuatro mil reales.

—Perdone usted, señora, la franqueza que me tomo; pero confio en que seremos muy buenos amigos, siempre que para ello me autorice mi querido Amadéo.

—Yo no digo nada: encerrado en mi silencio como la almeja en su concha, oigo, apruebo y callo.

—Pues bien...

Y Arturo, volviendo la cabeza para mirar en derredor suyo, continuó:

—¿Hay aquí alguno que pueda oir?

—Solo está mi madre por dentro, y esa nada oye, nada ve, contestó Pepita con una sonrisa infame.

—Puesto que mi amigo Amadeo me autoriza y usted tambien, haré mis proposiciones y estenderé mi plan de campaña. Primero: usted, Pepita, ¿se hallará dispuesta á servirme en todo lo que yo le mande?

—¿En todo? preguntó Amadeo recalcando la pregunta.

—¿Tienes celos? Tanto peor para tí. Prosiga usted, señor vizconde.

—Mañana mismo alquilará usted el cuarto segundo de la casa que nos ocupa.

—¡Pero si está alquilado!

—Eso no es un obstáculo: se habla al casero y se le ofrece doble. La ley de inquilinatos moderna da derecho á un case-

ro para todo. El cuarto será nuestro: yo me encargaré de que así suceda. Luego se instalará usted en la nueva habitacion, amueblándola con decencia, y se vestirá de luto tanto usted como su señora madre, á quien deberá usted tratar desde ese dia con todas las consideraciones de una hija sumisa y cariñosa.

—¡Oh! veo que tramas una novela, esclamó Amadeo.

—Estoy preparando la conquista de un corazon vírgen, y esas conquistas es preciso revestirlas de un carácter mas romántico.

—Prosigue, prosigue, dijo Amadeo frotándose las manos: esto me va á divertir mucho.

—Su señora madre de usted será la viuda de un antiguo administrador del conde de Villafort, viuda que cobrará para todos una pension de la casa del citado conde, en pago de los buenos servicios de su marido. Aquí empieza la farsa: yo seré quien soy, es decir, Arturo, vizconde de Villafort, un muchacho muy bueno, muy sencillo y muy amante del arte, para lo cual, en una de las habitaciones se colocará un caballete, una paleta, una caja de colores y algunos cuadros pintados por mi mano. Yo visitaré á usted todos los dias, y como esto indudablemente llamará la atencion á los vecinos, con los que usted ya habrá tenido cuidado de relacionarse, les dirá que, siendo mi padre un noble reñido con el arte, yo vengo á satisfacer una necesidad de mi alma de artista pintando tres horas al dia, que la quiero á usted como una hermana, que nos hemos criado juntos, que soy un ángel, etc., etc., etc.; y para corroborar todo esto, delante de ellos, cuando llegue la ocasion, nos llamaremos hermanos.

—¡Bravo! ¡bravísimo! Segun parece, preparas la conquista de otra Susana, de una nueva Lucrecia.

—Precisamente. Yo, antes de sitiar una plaza, tomo mis medidas como un general esperimentado: no me gusta levantar el sitio despues de haber gastado pólvora en salvas.

Pepita escuchaba al vizconde con profunda atencion. Podia notarse en el brillo de sus ojos que aquella infame intriga la interesaba, hallándose dispuesta á ser cómplice.

—Despues de esto, solo nos resta dar tiempo al tiempo; pero confio que antes de mucho habré triunfado, si esta señora desempeña bien su encargo, cómo no dudo.

—Creo que no quedará descontento de mí el señor vizconde.

—Y á todo esto, ¿qué papel es el que voy yo á representar? preguntó el conde: porque no creo que querreis dejarme entre bastidores.

—¿Tú? Ya lo sabes: serás un íntimo amigo mio, y harás el amor á la rubia.

El vizconde miró á Pepita, y pudo comprender que esta suposicion no la afectaba en gran manera.

—Y esta señora, continuó el vizconde, recibirá por todo este trabajo una pension de cinco mil reales al mes, y tres mil duros el dia que se realice mi triunfo.

Todo quedó arreglado como queria el vizconde: solo faltaba que el casero hiciera mudar los trastos al inquilino del cuarto segundo.

Arturo quedó con el encargo de zanjar la dificultad, citándose para la noche siguiente en casa de Pepita.

Luego, los dos amigos salieron, encaminándose al teatro

de la Cruz, que era adonde se hallaba por entonces la compañía de ópera italiana.

Arturo iba contento, y así se lo manifestó al conde de Polviany, diciéndole:

—Te agradezco que me hayas hecho conocer á Pepita. Creo que he encontrado la mujer que me hacia falta.

CAPITULO VII.

UN CORAZON DE CIENO.

Tan pronto como Pepita se quedó sola, cogió una luz y fué á colocarse delante de un espejo.

Allí permaneció algunos segundos contemplándose con suma fijeza y cierta actitud que preludiaba la desesperacion de su pecho.

De pronto dejó el candelero sobre la consola, y se dijo hablando consigo misma:

—Aún puedo conmover un corazon, aún puedo ver á mis piés á los hombres dirigiéndome palabras amorosas, miradas suplicantes. El vizconde de Villafort tiene trazas de ser un libertino gastado por el abuso de los placeres; pero todos los hombres no son iguales. Él me ha visto con indiferencia, él ha venido á proponerme una alianza infame que yo acepto, porque ¿quién sabe adónde podrá conducirme? El crímen enlaza.

Y Pepita se detuvo y se sonrió de un modo infernal.

Luego fué á sentarse en la misma butaca que ocupára poco antes, y continuó sus reflexiones de este modo:

—¿Qué es la mujer? Un juguete, un artículo de lujo que brilla un momento, que fascina una hora, y luego se relega al desprecio, al olvido, á la indiferencia. ¡Ah! ¡cuán pocas saben aprovecharse de esa bella aurora de la vida, de ese crepúsculo de la juventud: ¿qué será de mí mañana? ¡Dios lo sabe! Dios... hará bien en olvidarme, puesto que nunca levanto mi voz para pedirle su ayuda.

Pepita dejó caer la cabeza entre sus manos.

Aquella mujer pecadora, aquella hija criminal, se hallaba en uno de esos momentos en que la criatura se encuentra sola con su conciencia, con ese terrible juez que viene en los momentos de soledad á pedirnos cuenta de nuestras acciones.

Pero ciertas organizaciones, exacerbadas por la desesperacion, por la falta de fé, procuran acallar pronto el grito del remordimiento, y descargando el peso de su cólera sobre el mas débil, creen hallar un consuelo en su alma.

Pepita era una mujer culpable. La conducta que observaba con su madre era imperdonable. Nada importa que la sociedad no vea ni juzgue mas que aquello que la hipocresía quiera enseñarle. Sobre el crímen está la conciencia, y sobre la conciencia Dios, que todo lo juzga, que todo lo ve, que todo lo aprecia por su justo valor.

Pepita estuvo por espacio de una hora abismada en sus reflexiones. De vez en cuando sus ojos brillaban de un modo siniestro, un temblor convulso agitaba sus labios, y sus manos se colocaban sobre el billete de Banco que el vizconde habia dejado sobre la mesa.

—Hé aquí, decia, el pago de todas las infamias. En el mundo todo se vende: lo difícil es acertar con el precio. El vizconde de Villafort acaba de comprarme. Para él, solo valgo cinco mil reales al mes. No puede quejarse... soy bien barata: treinta dias de infamias...

De repente levantó la cabeza, como si hubiera adoptado una resolucion, y dijo en voz alta:

—¡Madre! salga usted.

Doña Aldonza se presentó en la habitacion con su humildad habitual.

Bastaba ver aquel semblante demacrado y pálido, aquel cuerpo flaco que se inclinaba hácia la tierra en busca del reposo eterno, aquellos ojos enrojecidos por el llanto y aquellos cabellos grises y ásperos en el desórden de la miseria, para comprender que aquella mujer sufria.

Doña Aldonza se sentó junto al brasero, y dijo:

—¡Oh! gracias á Dios que puedo acercarme al fuego... la cocina está fria como una nevera en el mes de enero, y mi cuarto es un páramo.

—Acérquese usted y escúche con atencion lo que voy á decirla, repuso Pepita con sequedad.

La madre obedeció, pero al mismo tiempo acercó tambien el brasero al velador.

Pepita hizo un gesto de disgusto.

—Ese frio eterno ya tiene algo de enfermedad, dijo.

—¡Quién sabe, hija mia!... tengo mucho frio, es cierto... Dios sin duda se apiada viéndome sufrir, y comienza á helar la sangre de mis venas.

—¡Verla sufrir!... ¡verla sufrir!... ¡Oh! si alguno la es-

cuchara, se creeria que pasa usted aquí los tormentos de la Inquisicion; ¿y quiere usted decirme quién no sufre en el mundo?

—Nadie, hija mia; nadie... lo sé... tienes razon...—

—¿Quiere usted señalarme una criatura completamente feliz?

—No existe, es verdad... tú lo dices.

—Entonces ¿á qué vienen esas reconvenciones? ¿Tengo yo la culpa de todo lo que nos ha sucedido? ¿No he puesto á precio mi cuerpo para mantener á usted? ¿No me he visto de repente, y cuando menos lo esperaba, cercada por la escasez, amenazada por la miseria?

—Es verdad... es verdad... yo tengo la culpa, murmuró Aldonza exhalando tristes gemidos.

—Si usted cuando murió mi buen padre hubiera sido mas previsora; si en vez de hacerme creer que era rica, que nada me faltaria, que nada debia aprender, me hubiera dicho: hija, somos pobres, es preciso que trabajemos para conservar lo poco que nos ha dejado tu padre, yo hubiera trabajado. La costumbre es una segunda naturaleza, y cuando hubiera sido una mujer, tal vez un honrado artesano se hubiera unido conmigo.

—Es verdad, hija mia, es verdad; pero yo te lo ruego... no me arrojes en cara el haber sido débil, el haberte amado con toda mi alma. Ese es mi crímen.

—No es amor, señora, es abandono esa tolerancia que conduce á los hijos adonde yo he llegado.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! murmuró la madre...

—¡Lágrimas!... ahora es tarde... nosotras solo debemos

mirar hácia delante: el pasado nos avergüenza, nos afrenta; olvídele usted como lo he olvidado yo.

—No soy yo quien lo recuerda.

—Está bien, he sido yo. No se hable mas de ese asunto.

Aldonza suspiró de nuevo.

Su hija era una infame: tanta crueldad no debia tener perdon de Dios.

Si aquella pobre mujer era criminal, su crímen era bien disculpable, porque era hijo de un esceso de amor, de un cariño mal entendido.

Hay madres tan lastimosamente confiadas, tan perjudicialmente buenas, que por no turbar el menor goce, la mas ligera ilusion de sus hijos, se lo ocultan todo.

Pero llega un dia en que la verdad se presenta con toda su terrible desnudez, y entonces comienzan las lágrimas y las reconvenciones.

¡Pobres madres! El amor os ciega, porque solo teneis ojos para ver á vuestros hijos por la parte mas bella: ellos son el espejo donde se refleja vuestra alma, y en pago de tanto amor, de tanta abnegacion, ¿qué recogeis? ingratitudes, desengaños...

¡Pero dichosos aquellos séres en cuyo corazon no se seca jamás la fuente de la ternura filial, que todo lo olvidan, que todo lo perdonan, y que solo saben amar y enaltecer á aquella pobre mártir que les llevó en sus entrañas, que les amamantó con el jugo de su pecho, que enjugó sus lágrimas, que alivió sus dolores y sufrió con dulce resignacion sus impertinencias!

¡Desgraciados de aquellos que ciegos por el falso oropel de la vanidad, ponen en ridículo á los que les dieron el sér, lle-

LA PERDICION DE LA MUJER.

Pepita y doña Aldonza.

gando muchas veces hasta á avergonzarse de haberles pertenecido.

El que á hierro mata, á hierro muere, ha dicho el sabio legislador de Israel: amenaza que los antiguos vieron realizar, que la han visto los presentes, que la verán los venideros, por los siglos de los siglos.

. . . . . .

. . . . . .

Pepita, despues de una pausa, continuó de este modo:

—Desde mañana vamos á cambiar de conducta.

—Haré lo que tú me mandes: mi único deseo se reduce á verte contenta.

—Doy á usted gracias por su condescendencia, y continúo. Cuando usted se levante irá á casa de mi modista á decirle que venga, pues tengo que encargarle dos vestidos, uno para usted y otro para mí.

—¿Uno para mí? preguntó la madre con asombro.

—Sí, uno para usted: no quiero verla con ese traje de mendiga; es preciso que todo cambie, que tomemos otra marcha.

—Bien, se hará lo que tú quieras.

—Ahora le suplico que ponga atencion en lo que voy á decirle: vamos á mudarnos de casa.

Aldonza hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, porque á aquella pobre anciana todo le era indiferente.

—Tan pronto como nos instalemos en la nueva habitacion, tendremos una criada: no quiero que vaya usted mas por el barrio con la alcuza y la cesta del carbon, ni que se ocupe en los quehaceres de la cocina.

—¿Qué voy á hacer entonces?

Aldonza estaba tan avezada á las faenas de la casa, que al oir el plan de su hija se quedó absorta.

—Usted no hará nada: calentarse al fuego, hacer media, leer, aquello que mas le agrade.

—Bueno, bueno.

—Cuando los vecinos le pregunten á usted quién es, dirá que la viuda de un antiguo administrador del señor conde de Villafort: recuerde usted este nombre, no lo olvide, no lo borre de su memoria.

—¡Pero, hija mia, eso que me propones es negar á tu padre!

—¿Tiene usted escrúpulos de conciencia? pues lo siento, porque se hará lo que acabo de indicarle; es cosa que nos conviene.

—Bien, diré eso que tú quieres.

—Todos los dias, repuso Pepita, vendrá á visitarme el vizconde de Villafort. Si estas frecuentes visitas promueven la curiosidad de los vecinos, les dirá usted que es un jóven que se ha criado conmigo, que me quiere como un hermano, que es bueno, caritativo, y todas cuantas cosas crea convenientes para enaltecer á un jóven; sobre todo, no se olvide usted de decir que es un gran pintor. Si asalta á usted alguna duda sobre las preguntas que le dirijan, guardará silencio y vendrá á consultarme sobre lo que tiene que contestar.

Aldonza, aunque oia con gran sorpresa todo lo que le estaba diciendo su hija, no se atrevió á dirigirle ni una pregunta.

Pepita enteró á su madre de algunas particularidades mas, y luego le dijo:

—Ahora que se halla usted al corriente de todo, puede ya

acostarse; yo voy á hacer lo mismo. Mañana, lo primero que hará usted será llamar á la modista.

Aldonza, dando las buenas noches á su hija, salió de la habitacion.

Pepita volvió á quedarse sola.

Al punto cogió un libro y se puso á leer; pero su imaginacion se hallaba muy preocupada, y tiró el libro.

Poco despues, echando cuentas consigo misma, pensó que para comenzar la intriga era poco dinero cuatro mil reales.

—El vizconde se precia de franco, y no debe estrañarse que yo lo sea á mi vez: le escribiré una carta diciéndole que con el dinero que me ha dejado no tengo ni para hacerme el luto. Esta aventura me desagrada. ¡Bah! con tal que me dé mucho dinero... y en cuanto á eso, ya veremos de hallar el modo de que así suceda.

Y diciendo esto, se puso á escribir lo que sigue:

«Señor vizconde de Villafort: Como tenemos que hacernos madre y yo trajes de luto, y además he de comprar algunos muebles, participo á usted que no bastarán los cuatro mil reales que tuvo la amabilidad de dejarme.

»Espero carta suya y el pronto aviso de que puedo efectuar la mudanza.—Suya, *Pepita.*»

Pepita cerró la carta, pero le asaltó una duda: ignoraba dónde vivia el vizconde.

—Indudablemente, se dijo hablando consigo misma, Amadeo debe saber dónde tiene su domicilio el vizconde: le escribiré una carta, incluyéndole esta.

Y puso en el sobre: «*Urgente.—Para el señor vizconde de Villafort.*»

Luego escribió á su amante:

«Querido Amadeo: Remite inmediatamente á tu amigo la adjunta carta, pues interesa que llegue á sus manos lo mas pronto posible.

»Puedes leerla si te place; luego, ciérrala.

»Te espero esta noche.—Tuya, *Pepita.*»

CAPITULO VIII.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Felipe y Lorenzo tenian la buena costumbre de madrugar, costumbre adquirida desde la infancia allá en su pueblo, y que conservaban á pesar de hallarse instalados en Madrid.

Una mañana los dos primos vieron entrar á su patron en el modesto cuarto donde dormian.

—Ustedes me dispensarán, les dijo, si vengo á molestarles tan temprano.

—Nada de eso: ya ve usted que nos hallamos levantados y estudiando, le contestó Felipe.

—Sí, sí, ya sé que son ustedes madrugadores, y por eso no he vacilado en venir á darles una mala noticia.

—Dicen, señor Tadeo (este era el nombre del patron), que los malos tragos deben pasarse pronto; con que suelte usted el que va á darnos.

—Que tenemos que mudarnos de casa.

—Hombre, pero se concederá tiempo á usted para que busque otra habitacion.

—Ya me lo concedieron hace cuarenta dias.

—¡Y no nos ha dicho usted nada!

—Qué quieren ustedes, yo pensaba que no se realizaria la mudanza, y por eso me dije: ¿á qué darles una mala noticia?

—Mal hecho, dijo Lorenzo, porque en todo ese tiempo hubiéramos buscado una casa, aunque no creo que falten en Madrid.

—Lo que es por casa no tenemos que apurarnos; ya tengo yo una buscada, no múy lejos de aquí.

—¿Dónde?

—En la calle del Olmo; y por cierto que vamos ganando en el cambio, porque esto es una buhardilla y lo que yo he alquilado es un sotabanco.

—¿Y tiene habitacion para nosotros?

—¡Ya lo creo! Un cuartito alegre con una gran ventana al patio. ¡Si vieran ustedes qué hermoso sol! como que está al Mediodía.

—Entonces, no tenemos motivos mas que para alegrarnos, dijo Felipe.

—Efectivamente, siempre que esta mudanza no aumente el presupuesto, repuso Lorenzo.

—En cuanto á eso, no hay que apurarse: ustedes pagarán como aquí dos reales diarios, pero se encargarán de que un mozo de cordel lleve sus camas y sus cofres á la casa nueva.

—Es muy justo.

—¿Cuándo piensa usted que se efectúe la mudanza?

—Hoy mismo. Esta noche quisiera dormir en ella.

—Pues entonces, si tiene usted las llaves, no perdamos el tiempo: manos á la obra.

Algunas horas despues, los estudiantes se hallaban instalados en su cuartito de la calle del Olmo, en la misma casa donde vivian Andrea y Sofía.

La casualidad combina de un modo las cosas, que muchas veces tiene una inverosimilitud asombrosa.

Tal vez por eso comenzaban á agruparse en un mismo sitio los principales personajes de esta novela, pues mientras los estudiantes se ocupaban en trasladar su modesto equipaje, el vizconde de Villafort llamaba á su apoderado y le decia:

—Irá usted á la calle del Olmo, número..., se enterará usted de quién es el dueño ó administrador de la citada casa, y le dirá que necesito el cuarto segundo. Si pone dificultades porque está alquilado, le ofrece usted el doble de lo que ahora pagan sus inquilinos. En fin, de cualquier modo necesito ese cuarto, aunque sea comprando la casa.

—Está bien: haré lo que usía me encarga, procurando desempeñar bien la comision.

—¡Ah! estenderán ustedes el recibo á nombre de doña Aldonza Gurrea, viuda.

El apoderado anotó en la cartera lo que le decia el vizconde.

Aquella misma noche Pepita recibia una carta del vizconde, concebida en estos términos:

«Amiga mia: La casualidad nos favorece. Los inquilinos del cuarto segundo dejarán la casa dentro de ocho dias, pues segun noticias se trasladan á Zaragoza.

»La habitacion será nuestra, pues, para ese tiempo. Mien-

tras tanto, dispóngalo usted todo é instruya á su señora madre en el papel que debe representar, que no deja de tener algunas dificultades.

»Remito á usted otros cuatro mil reales para los gastos que me indica. Cuente usted además con la pension señalada.

»Tal vez me vea en la necesidad de hacer un viaje á París, pero mi ausencia será corta: de todos modos, mi apoderado le entregará á usted las llaves y el recibo del cuarto, y usted debe aprovechar mi ausencia, procurando que á mi regreso la consabida vecinita sea una buena amiga de usted y conozca mi nombre y mis *bellezas* morales y físicas.

»Llamo á usted la atencion sobre la palabra «bellezas» para que me entienda mejor y se fije en ellas.

»Adios, hasta dentro de unos dias. Un abrazo á Amadeo.»

La carta no estaba firmada: esto era una medida de prudencia que ofendió á Pepita, pero no por eso dejó de coger el billete de cuatro mil reales que iba dentro de la carta.

La susceptibilidad de aquella mujer no llegaba hasta el punto de rehusar doscientos duros que se le enviaban envueltos con una ofensa. Se habia propuesto servir al vizconde sin reparar en los medios, pero reservándose los beneficios.

Aquella noche, cuando fué á visitarla su amante Amadeo Polviany, le preguntó:

—¿Se ha marchado á París tu amigo el vizconde de Villafort?

—No le he visto hoy. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque me ha escrito una carta indicándome el viaje.

—No sé nada; pero no seria estraño que se hubiera marchado: es un calavera, y si ha soñado pasearse por el bosque

de Bolonia una hora, irá, aunque se gaste cuatro ó seis mil duros en una semana.

—¿Tan rico es?

—Mucho: tiene su padre una fortuna inmensa. Para ese niño, un millon es tanto como un duro para otros.

Y Amadeo, dándose una palmada en la frente, continuó:

—¡Calla! ahora que recuerdo... sí... eso es... esta noche sabré por qué diablos se va ó se ha ido á París ese tronera.

—¿Tiene alguna querida en París?

—No, pero la tiene en Madrid.

—No te comprendo.

Amadeo se encogió de hombros, y dijo cambiando de tono:

—¿Quieres ir esta noche á alguna parte?

—Sí, llévame adonde quieras; tengo ganas de tomar el aire; hace tres dias que no salgo de casa.

—Entonces daremos una vuelta, y luego te llevaré á ver el último acto de *Norma:* tengo precisamente tu palco favorito, ya sabes, el de proscenio del último piso. Desde allí se ve á todos sin que le vean á uno. Esta noche estará en el teatro lo mejor de Madrid; como que es el beneficio de la *prima donna.* Si Arturo y Carolina no están en el teatro, es prueba de que se han marchado á París.

—¿Quién es esa Carolina?

—Una jóven que tú no conoces.

—¿Es la querida de Arturo?

—Así parece.

Poco despues, Pepita y Amadeo se dirigian al teatro de la Opera.

Al dia siguiente Felipe se levantó, abrió las maderas de la ventana de su cuarto, y se puso á escribir una carta á su padre, noticiándole la mudanza de habitacion.

Lorenzo hizo lo mismo.

Despues se pusieron á estudiar.

A eso de las ocho de la mañana dejaron los libros para dirigirse á la Universidad, pues tenian clase á las nueve menos cuarto.

Felipe colocó en el marco de los cristales su pequeño espejo, y comenzó á ponerse la corbata.

Sus ojos maquinalmente se apartaron del espejo para mirar hácia el patio.

De pronto dió un grito, y se quedó absorto y con las manos apoyadas en las maderas de la ventana.

—¿Qué es eso? le preguntó Lorenzo.

Felipe solo pudo articular esta palabra:

—¡Es ella!

Y se llevó la mano al pecho como si sintiera un agudo dolor.

Lorenzo corrió á la ventana.

—¡Ah! esclamó.

—¡Sí! repitió Felipe.

Estos dos monosílabos lo habian esplicado todo entre los dos primos. Eran para ellos un poema claro, terminante: no les dejaba duda alguna.

Además, Lorenzo habia visto en la ventana de enfrente, un piso mas abajo del que ellos ocupaban, una jóven estremadamente hermosa, muy parecida á la pintura que su primo le habia hecho de su bella desconocida.

Felipe, despues de permanecer inmóvil y con la mirada fija

en la jóven, se dejó caer en una silla como si de repente se le hubieran agotado todas las fuerzas.

Estaba pálido como un cadáver... sin darse razon de aquel encuentro inesperado, sin poderse esplicar lo que le sucedia.

Lorenzo se acercó á su primo y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué es eso, Felipe, te pones malo?

—No, no es nada, Lorenzo; pero la sorpresa... cuando hace un mes que la busco inútilmente... ¡qué casualidad tan estraña!... porque es ella... sí... ella. Si no hubiera tenido la facultad de la vista, si hubiera sido ciego, creo que mi corazon me hubiera hecho comprender que se hallaba cerca de mí.

—¿Tanto la amas?

—¡Oh! mucho, mucho, Lorenzo.

—Vamos, recobra el ánimo: el hombre debe ser animoso, fuerte. Un corazon sereno tiene muchas ventajas en este mundo.

—Tú sabes muy bien que no soy cobarde, pero en este momento te hablo de un modo desconocido para mí. Deja, deja que la vea otra vez.

Felipe volvió á la ventana, pero la encantadora vision de su alma habia desaparecido.

Pensó si todo aquello habia sido un sueño hijo del deseo, y Lorenzo tuvo que jurarle que era una realidad, pues él por sus propios ojos la habia visto tambien.

A estar solo, no se hubiera podido convencer tan pronto.

Aún no se habia repuesto de su sorpresa, cuando llegaron á los oidos de los dos estudiantes las melodiosas notas de un piano.

—¡Oh! sí... sí... es ella, Lorenzo, es ella... no me cabe duda... Deja que vuelva á escuchar los ecos de su alma, que llegan á mi corazon en alas de una armonía digna del paraíso.

Y Felipe abrió de par en par la ventana, sin recordar que se hallaba en mangas de camisa.

CAPITULO IX.

EL RUISEÑOR Y EL GANSO.

Los acordes del piano se oian con bastante claridad, lo suficiente para sentir los efectos de aquellas dulces notas, de aquella grata armonía que al elevarse al cielo perfumaba el alma de Felipe.

Lorenzo, menos preocupado que su primo, le puso una capa sobre los hombros para librarle de un constipado.

Felipe ni siquiera se apercibió de la bondadosa solicitud de su primo.

Hay momentos en que la felicidad es egoista hasta la ingratitud.

Felipe en aquel momento no era mas que un sér embebido en una nota, un alma extasiada fundida en una melodía.

¿Qué era lo que tocaba la vecina? Él lo ignoraba. Jamás la música habia tenido para él tan dulces acordes.

Este éxtasis, este arrobamiento, duró cerca de un cuarto de hora.

Lorenzo no se atrevia á interrumpir el dulce silencio de su primo.

Cesó la música, y se escuchó una voz femenina, dulce y sonora, que decia:

—¡Andrea! ¡Andrea! asómate á la ventana.

Felipe se estremeció, no por el acento de la voz que oia sin ver de quién era, sino por la aparicion en la ventana de enfrente de su amada desconocida.

—¿Qué quieres? dijo.

—¿Qué es eso que has tocado?

—Un nocturno aleman.

—Es muy bonito.

—Tiene mucho sentimiento.

—Le tocas muy bien.

—Es que lo he repasado mucho. Como el piano es nuevo...

—Y qué voces tiene tan preciosas...

—¿Se ha marchado tu padre?

—Hace muy poco; pero al oirte tocar, le pedí permiso á doña Petra para hablarte.

—Dime: ¿dónde iremos mañana? ya sabes que es domingo.

—Si hace buen sol, diré á mi padre que salgamos temprano.

—Pero ¿adónde?

—Al campo... á lo último de la Fuente Castellana, por el camino de Hortaleza.

—Yo tambien tengo gana de ir al campo, de respirar el aire libre; tal vez hará buen dia.

—¡Ah! ¿sabes que ya sé las seguidillas últimas que me enseñaste?

—Vas adelantando mucho.

—Pero no quiero cantarlas, porque el zapatero de la buhardilla parece que solo espera que yo cante algo alegre para cantar él con su voz de becerro.

—Mira, Sofía, de eso no debes hacer caso: al pobre hombre le sucede como á los canarios jóvenes, que cuando oyen á otro cantan por imitacion.

—¡Vaya un canario! y despues, no sale nunca de sus malagueñas.

—Es un cantó que tiene mucho sentimiento.

—Cuando se canta bien.

—Si quisieras hacerme un favor....

—¿Cuál?

—Que cantaras una seguidilla: te oiria desde mi cuarto de labor; pero deja abierta la ventana.

Las jóvenes desaparecieron, y poco despues, mezclados con las alegres notas de unas seguidillas, llegaron estos versos á los oidos de los dos estudiantes:

Como las espiguitas
que el Nilo riega,
son los rubios cabellos
de tu cabeza;
y son azules
tus ojos como cielo
cuando no hay nubes.

Apenas habia terminado el último verso, cuando en la parte alta de la casa se oyó un repiqueteo de martillo y una voz

capaz de romper los tímpanos al Convidado de Piedra, que con poca gracia y peor cadencia cantó la siguiente copla:

Con la cruz del matrimonio
cargué por mi voluntad,
y estoy en cruz desde entonces
sin poderme menear.

El piano dejó de oirse, como si se avergonzara del fatal duo que le hacia aquella voz de sochantre constipado.

Felipe maldijo tambien en sus adentros al inoportuno cantor que tan bestialmente interrumpia al ángel de sus sueños.

Pronto vieron los dos primos aparecer en la ventana de enfrente un caballero.

Era el padre de Andrea, era el condescendiente Leandro, que sacando el cuerpo todo cuanto pudo por el hueco de la ventana, y alzando la vista hácia las buhardillas, dijo:

—¡Señor Silvestre!

—¿Qué se ofrece, vecino? contestó la misma voz que poco antes habia cantado la copla.

—Tenga usted la bondad de asomar la cabeza.

—Aquí me tiene usted.

—Muy buenos dias.

—Buenos los tenga usted, señor don Leandro.

—Queria hacer á usted una pregunta.

—¿Desea usted saber á qué altura se hallan las medias suelas de sus botas?

—No, no es eso.

—Pues entonces usted dirá.

—¿Sabe usted que yo soy profesor de música?

—¡Pues no lo he de saber, si toca usted el violin como un ángel!

—Muchas gracias.

—No hay para qué darlas, que mi boca es boca de verdades en esta ocasion, y no de cortesano.

—¿Sabe usted, señor Silvestre, que mi hija es tambien profesora de piano?

—Demasiado que lo sé, y la oigo y se me cae la baba: ¡pues si tiene unas manecitas que ni las del Rey David, que segun he oido decir fué un gran músico!

—Y tanto, que curaba todos los malos humores del rey Saul tocando el arpa.

—¡Bah! lo creo: lo mismo me pasa á mí cuando toca la señorita Andrea.

—Pues bien, lo cual quiere decir que la Divina Providencia nos ha dotado tanto á mí como á mi hija de unos oidos delicados, sensibles, que usted se empeña en destrozar con su maldita voz, con su pésima entonacion.

—¡Já, já, já! ¿y qué cosas tiene usted, don Leandro?

—No, no: el que tiene cosas es usted, señor Silvestre.

—¿Y para eso me ha hecho usted dejar el trabajo? ¿pues tenia usted mas que decirme: Silvestre, calla, y hubiera callado?

—Le doy las gracias por su condescendencia.

—Vaya, ¿no quiere usted nada mas?

—Nada mas, sino que se contenga todo cuanto pueda de cantar fuerte.

—Pierda usted cuidado.

El zapatero y el músico se retiraron de sus ventanas, pero

el primero lo hizo echando á volar la siguiente copla, con el mismo desenfado que la anterior:

Desde el dia que en la iglesia
nos bendijo el capellan,
que siempre que me ves triste
tú te pones á cantar.

Indudablemente, en otra ocasion Felipe y Lorenzo se hubieran reido del diálogo de los dos vecinos y de la obediencia negativa del amable zapatero; mas no sucedió así, porque se hallaban preocupados.

Despues de esta escena, todo volvió á quedar en silencio.

Felipe y Lorenzo, mudos como sepulcros, permanecieron inmóviles, como si aún vibrara en sus almas el eco de la voz que acababan de oir.

De pronto Lorenzo se estremeció: el reloj de San Juan de Dios envió al viento nueve lamentaciones.

—¡Las nueve! Hemos perdido la clase, dijo Lorenzo.

—¡Las nueve! murmuró Felipe en voz baja.

Y se dejó caer en una silla.

Aquella era la primera falta de los dos primos. Sus nombres iban á incluirse en el libro de los estudiantes desaplicados.

CAPITULO X.

CAROLINA.

La misma noche que el vizconde de Villafort habia convenido con Pepita el plan que ya conocen nuestros lectores, al regresar á su casa un poco mas temprano que de costumbre, su ayuda de cámara le presentó un billete perfumado, cuyo sobre decia lacónicamente, con una letra menuda y elegante: «Para el vizconde de Villafort.»

Arturo conocia sin duda aquella letra, pues antes de abrir la carta preguntó:

—¿Quién la ha traido?

—La doncella Felicidad.

Arturo se sonrió, y dijo:

—Está bien: déjame solo.

El ayuda de cámara, cuya mision era obedecer las órdenes de su amo, salió de la habitacion.

Arturo dejóse caer en una butaca junto á la chimenea, rompió el sobre, y leyó lo que sigue:

«Todo me aburre, todo me cansa: verdaderamente, soy una mujer desgraciada.

»Esta noche no he tenido ni ganas de ir á la ópera.

»Ven á verme: necesito hablarte. Tal vez será preciso que emprendamos un viaje á París.

»Mi doncella Felicidad te espera en su habitacion, ya sabes, en el piso segundo.

»Si está la puerta cerrada, llama como de costumbre.

»Te espero hasta las tres de la mañana.—Tuya, *Carolina*.»

Arturo guardó la carta en uno de los cajones de un *secreter* de palo de rosa, y dirigió una mirada indiferente al reloj de bronce que se hallaba sobre el mármol de la chimenea.

—¡Las doce y cuarto! ¡bah! sacrifiquemos un par de horas á esa loca de Carolina.

Y diciendo esto, se guardó un pequeño puñal en el bolsillo del pecho, y se puso una capa.

Arturo, embozado hasta los ojos, cruzó algunas calles, entrando por fin en la de San Bernardo, y deteniéndose delante de un lujoso y elegante portal.

Aquella casa, tanto por el escudo de piedra que se veia encima de la puerta como por la elegancia majestuosa de la fachada, debia pertenecer á una familia de la aristocracia.

Arturo llamó muy despacio, como el hombre que sabe que se le espera, y una voz varonil preguntó desde dentro:

—¿Quién?

—¡Felicidad! contestó el vizconde.

La puerta se abrió.

Arturo, sin desembozarse, sacó la mano por debajo de la capa y puso una moneda de oro en las manos del portero, que haciendo una servil reverencia, dijo:

—Arriba espera.

El vizconde, sin detener su paso, dijo:

—Pues espera tú aquí bajo.

—Está bien.

Arturo subió hasta el piso segundo, cuya puerta se abrió antes que él llamara.

La oscuridad era completa; pero una mano invisible que cogió al vizconde por el brazo, una voz femenina que le dijo «sígame usted» demostraron que allí tambien se le esperaba.

Arturo fué conducido á un pequeño cuarto alumbrado por un quinqué, cuya luz, recogida por una ancha pantalla de papel verde, con caricaturas negras, dejaba casi en la oscuridad las estremidades de la habitacion.

Aquella era el dormitorio de Felicidad, doncella de confianza de la marquesa de Fontan.

—Doy á usted las gracias, señor vizconde, dijo Felicidad, por haber venido esta noche. ¡La pobre señorita se aburre tanto cuando no ve á usted!...

Felicidad era una de esas doncellitas bien parecidas, elegantes, melosas y zalameras, que suelen sacar un gran partido de los *buenos* servicios que prestan á sus amas; tipos que abundan mucho en las grandes capitales, y lo que es peor, que llegan á ser una necesidad para el aburrimiento de ciertas mujeres sobre las cuales ha derramado sus dones el cuerno de la abundancia.

—Pues bien, hija mia, puedes ir á decir á tu señorita que ya me tiene aquí: creo que no tendrá motivo para quejarse. He recibido su carta, y vengo á ponerme á sus órdenes.

Felicidad hizo una mueca muy significativa, y saludando al vizconde con coquetería, se dirigió á la alcoba, abrió la puerta de cristales, y desapareció.

El vizconde sentóse en un sofá, dejando caer la capa sobre el respaldo.

Poco despues apareció en la puerta de la alcoba una jóven.

Vestia una elegante y rica bata de tisú de lana, adornada de pieles blancas. Llevaba una pequeña gorra de seda, especie de red de torzal que sujetaba sus abundosos cabellos, de un rubio rojo, esceptuando dos largos tirabuzones que caian graciosamente por sus mejillas, descansando en sus redondos y bien formados hombros.

Sus piés, pequeños como los de una aristócrata de la china, calzaban unas pantuflas de terciopelo verde.

En cuanto á su edad, representaba de veintiocho á treinta años: era una de esas mujeres que hablan directamente al deseo, y ante las cuales el alma permanece dormida.

Carolina, marquesa de Fontan, era una de esas jóvenes exigentes, caprichosas, á quienes sus padres, por razones de interés ó de familia, unen con un hombre que no llena las aspiraciones de sus almas.

La casaron con el marqués de Fontan, hombre á la moda, pero que le doblaba en edad, frio, diplomático, egoista. La política y el engrandecimiento de su nombre eran las dos únicas pasiones que le dominaban.

Carolina no era para el marqués mas que un mueble de

lujo del que esperaba un heredero de su nombre que perpetuara su noble apellido.

Rico hasta la insolencia, jugaba por pasatiempo en el Casino cuando no tenia otra cosa en qué ocuparse.

Embajador varias veces, habia viajado mucho, y el gobierno tenia gran confianza en su genio.

El marqués de Fontan aspiraba á ser un segundo Mirabeau, pero sin su insaciable sed de oro, un poco mas incorruptible que el diplomático francés.

Carolina aborrecia á su esposo. Arturo, vizconde de Villafort, la vengaba de la frialdad de su marido.

Carolina avanzó de puntillas hasta el sofá, procurando hacer el menor ruido posible, pero Arturo volvió la cabeza.

—¡Ah! ¿querias sorprenderme? la dijo cogiéndola una mano y haciéndola sentarse á su lado.

—Ante todo, te doy las gracias por haber venido.

—¿Falto yo nunca á las citas que me das?

—Algunas veces; pero yo te lo perdono.

—Estuve en el teatro.

—Me cansa el teatro. Además, esta noche estaba mi esposo.

—Ya le he visto.

—¿Le habrás hablado, como siempre, de política?

—Es su monomanía.

—¡Oh! la política me pone nerviosa: creo que si te amo tanto á tí, es porque no tienes predileccion por ninguno de los partidos que se disputan el mando.

—¡Ah, Carolina! yo no tengo mas política que la del amor, pues como dice mi ilustre padre, soy bastante rico para igno-

rar quién gobierna en España; pero sepamos, mi bella aturdida, qué causa ha motivado tu carta.

—¿No sabes que mi noble esposo ha sido encargado por el gobierno de una mision diplomática cerca del rey de los franceses?

—Lo ignoraba: te doy la mas cordial enhorabuena.

—Yo no la admito, porque estoy desesperada.

—No te comprendo.

—¿Te parece poco tener que abandonar Madrid?

—¡Ah! ¿luego tu esposo quiere llevarte á París? Eso es una galantería.

—Sí. Partimos mañana: tú vendrás tambien.

—¿Estás loca?

—Estoy desesperada. Quiero que vengas, y vendrás.

—¿En la misma silla de posta que vosotros?

—No, en otra, aunque nos reuniremos muy pronto.

—No te comprendo.

—Si tú me amaras como yo te amo, me comprenderias.

—Vamos, Carolina, ya sabes que me disgusta que dudes del amor que te profeso.

—Entonces ¿cómo es que siempre se me ocurren á mí los medios para que nos veamos, y nunca á tí?

—Eso es natural: yo puedo disponer de mi persona siempre, y tú, como mujer casada, alguna vez; por eso parte siempre de tí la iniciativa en las citas.

—Bien, será como quieras; esta noche no quiero reñir contigo. Escucha: ignoro el tiempo que permaneceré en París, pero puedo asegurarte que tengo mi resolucion tomada; y si la mision de mi esposo se prolonga mas de quince dias, buscaré un

pretesto para regresar á Madrid: él puede quedarse por allá todo el tiempo que guste.

—En ese caso, no veo la necesidad de que yo emprenda un viaje que puede descubrir al marqués nuestros amores.

—¡Y dices que me amas! esclamó Carolina con nervioso acento.

Arturo cogió una mano de la marquesa, y la llevó á sus labios.

—Eres una aturdida, le dijo con dulce acento. Tienes, además, la mala costumbre de la mayor parte de las mujeres bonitas: exiges en vez de suplicar, pero ya te he dicho que esta noche he venido dispuesto á ser condescendiente; pide lo que quieras.

—Quiero que salgas mañana para París, aunque mi ausencia solo durará quince dias: no quiero pasar tanto tiempo sin verte.

—Bien, iré á París. Tengo una buena escusa, pues segun anuncian los periódicos, un dia de estos debe celebrarse la almoneda de los célebres cuadros del marical Fonty, y he manifestado á mi padre deseos de comprar algunos. Ya sabes mi aficion por la pintura... hasta muchas veces profano el arte sublime de Apeles embadurnando lienzos.

—Perfectamente. Queda convenido que mañana partirás. Ahora convengamos en qué hotel irás á hospedarte, para que yo pueda escribirte mi llegada y mi paradero.

Arturo se sonrió.

—¿Qué me das por una buena idea que se me ocurre en este momento?

—Si es propicia á nuestro amor, todo cuanto quieras.

—Vamos á ver: vuestra silla de posta será de cuatro asientos.

—Sí.

—¿Cuántos la ocupareis?

—Creo que tres: mi esposo, su secretario y yo.

—Entonces sobra un asiento, que podré ocupar yo.

—¿Tú?

—Sí, yo: eso seria muy divertido.

Y Arturo y Carolina se miraron, soltando al mismo tiempo una carcajada.

—Esplícate, por Dios, pues me halaga lo que no es decible esa idea.

El vizconde miró la esfera de su reloj.

—Es la una menos cuarto. Tu noble esposo se hallará indudablemente en el ministerio; pero antes de retirarse pasará al Casino á fumarse un cigarro y jugar una partida de ecarté. Ya sabes que el conde de Villafort, mi padre, y el marqués de Fontan, tu esposo, se profesan una amistad antigua. Pues bien, voy á que mi padre le pida la silla de posta para mi viaje, y entonces el marqués se verá en el caso de negarla, ofreciéndome un asiento.

Carolina batió las palmas con alegría.

Aquellas dos almas pervertidas gozaban de antemano en la burla que iban á jugar á un padre y á un esposo.

Ciertos séres no respetan ni lo que hay de mas sagrado sobre la tierra.

Carolina dió un beso impuro en la frente de su amante, recompensa del maquiavélico pensamiento que acababa de proponerle.

—No tenemos tiempo que perder, dijo Arturo levantándose.

—Pero ¿cómo sabré yo si sales airoso de tu empresa?

—Muy sencillamente. Mañana á primera hora mandas á la doncella Felicidad, y le daré una carta lacónica, concebida en estos términos si se logra lo que deseamos: «Concedido.» Si se me niega, te escribiré esto: «Voy solo, y en este caso saldré por la tarde y me hospedaré en París en el hotel de Roma.»

Convenido esto, los dos amantes se separaron.

CAPITULO XI.

UN VIEJO JÓVEN.

El conde de Villafort se retiró á su dormitorio á las doce de la noche, en el momento en que sus amigos le abandonaron despues de pasar tres horas junto á la mesa y dos charlando de cosas de antaño y fumando ricos tabacos habanos.

La vejez gusta mucho de la vida de los recuerdos: perfumes que envia el pasado para hacer menos árido el presente.

Don Pedro de Villafort era un anciano de sesenta años, de aspecto venerable y noble.

Sus cabellos blancos y largos le daban un tinte estranjero; su rostro sonrosado y robusto le hacia parecer uno de esos hombres del Norte que llegan á la tumba sin que sus mejillas se tiñan de la palidez de la ancianidad, sin el decaimiento de la vejez.

Partidario de las ideas modernas, defensor de los filósofos del siglo XVIII, viajero infatigable, amante de los progresos de

la revolucion, franco y despreocupado, habia querido educar á su hijo único á la moderna, llegando á ser, mas que un padre, un hermano de Arturo.

Sin embargo, el conde de Villafort respetaba tres cosas: el saber, la virtud, y la religion del Crucificado.

Los Evangelios eran para él el gran código del hombre, la base de la sociedad, el primer libro del mundo.

Por eso sin duda, como verá el lector si continúa leyendo esta narracion, el conde de Villafort fué un buen amigo de fray Natalio de la Concepcion.

Cuando don Pedro entró en su dormitorio, seguido de su ayuda de cámara, fué á sentarse en una butaca cerca de la chimenea, donde ardia un buen fuego.

Sobre un velador veíase una elegante lámpara y varios periódicos.

—Dime, Bautista, preguntó el conde á su ayuda de cámara: ¿ha venido mi hijo?

—Sí señor, contestó el interpelado.

—¡Hombre!... ¿cómo tan pronto esta noche? ¿está malo?

—Diré á usía: el señorito vino, pero se encontró una carta urgente, y cogió la capa y salió.

—¡Bah! es un calavera... alguna cita... eso es natural... á su edad el amor es un deber. ¿No observaste si el billete estaba perfumado?

—Olia á gloria, señor.

—¡Pues! lo que yo digo... alguna cita.

Y el conde, dejando vagar en sus labios una sonrisa de satisfaccion, cogió maquinalmente un periódico y se puso á leer.

Bautista se quedó en pié á su lado, como esperando órdenes.

Trascurrieron algunos minutos sin que nadie dijera una palabra.

—¡Bah! dijo arrojando el periódico sobre la mesa: estos papeles no traen nunca nada de importancia. Los moderados se hacen fuertes, y los progresistas no saben conspirar. ¡Oh! en mis tiempos... aquello era otra cosa, amigo Bautista.

—¡Ya lo creo, señor! murmuró servilmente el ayuda de cámara: pero, ¿no quiere usía acostarse?

—Es verdad que ya va siendo hora; pero ¿te olvidas que tengo que contestar á la carta de fray Natalio? Ya sabes que cuando me escribe ese buen religioso siempre lo hace llenando las cuatro carillas... con que traeme recado de escribir y véte. Si viene mi hijo antes de acostarme, avísame; quiero verle para que me diga quién es esa damisela que le escribe billetes perfumados á media noche.

Bautista obedeció las órdenes de su amo.

El conde se puso á escribir con mano firme y segura y sin necesidad de gafas, porque los ojos, el brazo y el corazon de aquel anciano, eran jóvenes todavía.

Tan preocupado se hallaba el conde escribiendo su carta, que no se apercibió de que su hijo entraba en la habitacion.

—Buenas noches, papá, le dijo sentándose á su lado y tomando un cigarro de la elegante cigarrera de concha que habia sobre la chimenea.

—¡Ah! ¿eres tú, calavera? Espérate un poco: ya acabo.

—¿A quién escribes?

—A tu preceptor: al hombre mas honrado del mundo.

—Entonces será á fray Natalio.

—Al mismo. ¿Quieres escribirle algo?

—No: dile tú mismo que le sigo queriendo y que no me olvide en sus oraciones.

—Buena falta te hacen.

El conde continuó la carta.

Arturo, viendo que se entretenia mucho, demostraba su impaciencia mirando de vez en cuando la esfera del reloj.

—¿Tienes prisa? le preguntó su padre.

—Sí: acaba pronto; quiero pedirte un favor.

—Entonces dejo la pluma, porque aún me queda mucho que escribir.

Y el conde, dejando la pluma, miró á su hijo.

—Vamos á ver: ¿qué ocurre?

—Tú eres, segun me has dicho muchas veces, íntimo amigo del marqués de Fontan.

—Sí, aunque enemigos en política.

—Eso no importa: los hombres distinguidos pueden hacerse la guerra en las Córtes ó el Senado, sin dejar de ser buenos amigos.

—¿Qué es lo que quieres del marqués?

—Que me preste una silla de posta que tiene, cómoda y fuerte, muy á propósito para el viaje que pienso emprender mañana.

—¡Silla de posta!... ¡viaje!... ¡mañana!... Pero, muchacho, ¿qué estás diciendo?

—¡Toma! lo que oyes: creo que hablo castellano.

—Y muy claro, eso sí, pero confieso mi torpeza: no te entiendo.

—Entonces me esplicaré.

—Lo deseo vivamente.

—Tú ya sabes mi aficion por la pintura.

—Buen dinero me cuesta.

—Tambien tengo buenos originales en mi estudio.

—Continúa.

—Pues bien, dentro de tres dias se celebra en París la almoneda del mariscal Fonty, donde se venden preciosidades: tú me has ofrecido que iria á comprar algo, yo quiero ir, para lo cual necesito una silla de posta.

—En primer lugar, la almoneda no debe efectuarse hasta el dia 24, y estamos á 6; y en segundo lugar, que en mi cochera tenemos una silla de posta tan buena ó mejor que la del marqués de Fontan.

—Esa no me sirve, contestó Arturo desdeñosamente, dejando caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca y poniendo una pierna sobre la otra.

—¡Qué no te sirve, y hace apenas cinco meses que me costó en Roma veintiocho mil reales!

—Pues ahí verás, papá, no me sirve.

—Pues, hijo mio, yo no pido á otro lo que tengo en casa.

—¡Bah! tú la pedirás porque yo quiero que la pidas, y ha de ser esta noche mismo.

—¿Adónde has comido? preguntó el conde guiñando el ojo.

—En *El Ramo de Oro*, con mi querido amigo el gloton Amadeo. Pero no temas, estoy sereno; con que coge la pluma y escribe lo que voy á dictarte.

—Pero ¿qué necesidad tenemos de pedir favores?

Arturo se acercó á su padre, le echó un brazo al cuello con familiaridad, y dijo:

—Viejo gruñon, de dia en dia te desconozco... y esto me

desespera. Veo que será preciso ir formando de tí un juicio menos favorable.

—Vamos, Arturo, dime la verdad: ¿qué objeto te llevas pidiendo la silla de posta al marqués?

—¡Ah, viejo mio! esa curiosidad me es imposible satisfacerla por ahora, contestó Arturo riéndose.

—Pues entonces no la pido.

—¿Estás resuelto á negarme ese favor?

—Sí, resuelto; porque tan poco me agrada mucho que te vayas ahora á París. Espérate algunos dias: yo te acompañaré.

—Me es imposible: tengo que partir mañana.

—Véte al diablo. Estoy seguro que de todo esto tiene la culpa ese maldito billete perfumado que has recibido esta noche.

—¡Hola! ¿espías mis pasos?

—No: pero tus calaveradas salen á mi encuentro. Eres incorregible.

—Te advierto que he venido á pedirte un favor, y no á que me des un consejo.

—¡Arturo!

—¿Vas á enfadarte conmigo? buenas noches.

Y el vizconde hizo el ademan de levantarse.

—Te prohibo que te muevas, esclamó el conde con precipitacion.

—Pues escribe la carta al marqués.

—Testarudo incorregible, acabarás por salirte con la tuya.

—Pues es claro. Escribe.

—Entendámonos: ¿cuántos dias piensas pasar en París?

—Quince.

—¿De veras?

—Sabes que nunca te engaño.

—Pues bien, júramelo por la memoria de tu madre y por las venerables canas de fray Natalio.

Arturo se pusó en pié y se descubrió.

Aquellos dos nombres eran para él sagrados.

—Lo juro, dijo.

—Júrame, asímismo, que en nada compromete tu vida este viaje.

—¡Diantre! eso es pedirme demasiado. El que viaja se espone á un vuelco, á ser maltratado por los bandidos, envenenado por los ventorros, y otra porcion de cosas que no se piensan, porque á pensarlas no se emprenderia ningun viaje.

—¿Vas á batirte á París? preguntó el padre con vivo interés.

—Te juro que no.

El conde, despues de exhalar un suspiro que confesaba su debilidad, cogió la pluma y dijo:

—Está bien: dicta la carta.

El vizconde dictó lo que sigue:

«Querido marqués: Tú ya sabes la loca aficion que profesa mi hijo Arturo á las bellas artes. Sabes asímismo que un dia de estos debe celebrarse en París la venta de los cuadros del mariscal Fonty; así, pues, te ruego me mandes mañana á primera hora la silla de posta, pues tengo la mia en mal estado, y mi hijo quiere partir mañana mismo para la capital del vecino imperio.

»Dispensa esta libertad que me tomo.

»Arturo te entregará esta carta. Contéstale á él lo que decidas.—Tuyo, *El conde de Villafort.*»

Don Pedro dejó la pluma y se quedó mirando á su hijo.

—Eres el padre mejor del mundo, le dijo el vizconde.

—¡Ya lo creo! haciendo siempre lo que tú quieres...

Arturo abrazó á su padre y se guardó la carta.

—Ahora dame permiso para que vaya al Casino á buscar al marqués. Ya ves si soy un hijo humilde.

—Anda con Dios, y él haga que no me cueste muchas lágrimas mi condescendencia.

Cuando el conde de Villafort se quedó solo, llamó á Bautista para que le desnudara.

El ayuda de cámara advirtió que su señor estaba preocupado, pero creyó prudente no dirigirle la palabra.

CAPITULO XII.

Á PEDIR DE BOCA.

Al dia siguiente muy temprano, Felicidad entró en el dormitorio de su señora.

Estaba despierta.

—Te esperaba, le dijo. ¿Qué traes?

—Una carta.

—Dame.

La marquesa leyó con alegría esta palabra: «Concedido.»

Carolina soltó una carcajada vergonzosa, y dijo:

—Todos lo mismo.

Luego cerró los ojos como si mentalmente se gozara en la candidez de su confiado esposo.

A las once, el marqués le envió á decir que deseaba almorzar con ella para indicarle la hora de salida de Madrid.

Carolina recibió al marqués con esa amabilidad infame de la mujer que engaña á su marido.

Su conversacion fué oportuna, obsequiosa, pero el marqués era uno de ésos hombres frios que caminan siempre detrás de una idea.

Durante el almuerzo medió este diálogo:

—Partiremos, si lo crees conveniente, á las cuatro de la tarde.

—Partiremos cuando tú quieras.

—¡Ah! repuso el marqués como si hubiera olvidado una cosa importante: debo decirte que tenemos un compañero de viaje.

Carolina fingió sobresaltarse.

—Tranquilízate: poco ó nada podrá incomodarnos, porque el asiento que le he ofrecido es en el pescante, con el mayoral.

Carolina respiró, como si aquella advertencia le quitara un peso de encima del corazon.

Era una actriz consumada.

—¿Y quién es ese inoportuno señor que te ha pedido un asiento en nuestra silla de posta?

—El vizconde de Villafort.

—Creo que no goza de muy buena fama ese jóven... has hecho mal en ofrecerle...

—Qué quieres, son compromisos. El conde de Villafort, su padre, es un buen amigo, de esos á quienes no se les puede negar nada; me pidió la silla de posta porque su hijo tenia precision de ir á París, y yo, que no podia darle el carruaje porque me hace falta, le ofrecí un asiento en el pescante, pues aunque en el interior caben séis, no me gusta viajar incómodo, y ya sabes que somos cuatro.

—¿Cuatro? preguntó Carolina.

—Sí, si es que viene como creo con nosotros Felicidad, tu doncella; por eso he ofrecido al vizconde un asiento en el pescante.

Carolina no habia pensado en su doncella, alma de sus intrigas amorosas.

Su esposo le proporcionaba una buena auxiliar: esto la hizo sonreir, pero con una de esas sonrisas que acarician el corazon de la mujer sin asomar á los labios.

Terminado el almuerzo, el marqués se dirigió á su despacho, encerrándose con su secretario.

Era este un jóven de treinta años, hijo de un antiguo ayuda de cámara de la casa.

Leoncio, pues así se llamaba, habia seguido la carrera de abogado á espensas del marqués.

Jóven estudioso, agradecido y honrado, se hallaba siempre dispuesto á sacrificarse por su generoso protector.

El marqués le queria como á un hijo.

Leoncio era robusto y fuerte: su fisonomía, aunque un tanto vulgar, revelaba en ciertos momentos marcialidad y energía.

El marqués mostró gran aficion á Leoncio desde niño, y procuró hacer de él un hombre de provecho, desarrollando á un mismo tiempo la inteligencia y el cuerpo de aquel niño.

Leoncio llegó con el tiempo á ser el estudiante mas aplicado y distinguido de la clase, y el jóven de mas fuerza.

Además, manejaba las armas con prodigiosa habilidad.

Sin duda el marqués, hombre metido en las intrigas de la política, pensó que aquel hijo adoptivo fuera, andando el tiempo su escudo, su defensor.

Leoncio, por otra parte, tenia en su alma una de las mas bellas condiciones morales del hombre: la gratitud.

El marqués podia estar seguro de la fidelidad de su secretario.

—Ya sabes, Leoncio, le dijo el marqués, que esta tarde á las cuatro partimos.

—El señor tuvo la bondad de decírmelo ayer.

—El tiempo es bueno: la luna se halla en su período mas brillante; podemos correr la posta de noche. Arregla nuestros papeles en esa cartera, y coloca el dinero que creas necesario para los primeros gastos, en esa maleta. Mi banquero se encargará de lo demás.

Mientras Leoncio ejecutaba las órdenes de su principal, este se paseaba por la habitacion.

De vez en cuando el secretario dirigia una mirada furtiva al marqués, como si quisiera leer en su pensaminto.

Así trascurrió media hora, tiempo empleado por Leoncio en arreglar los papeles y la maleta.

Luego se quedó junto á una mesa con la gravedad de un granadero de la guardia imperial colocado cerca del trono de su rey.

Esperaba nuevas órdenes.

—¡Ah! esclamó el marqués sin dejar sus paseos: me habia olvidado decirte que he admitido un pasajero para París.

Y el marqués, sonriéndose de un modo estraño, se quedó parado delante de Leoncio, y continuó:

—¿A que no aciertas quién es ese pasajero?

—¿Quién es capaz?...

—¡Oh! apostaria un millon contra un duro á que no lo adi-

vinas, aunque tú me conoces y sabes de lo que yo soy capaz.

Leoncio se sonrió á su vez, pero de una manera fria, amarga.

—Creo, señor marqués, que ganaria ese millon, dijo con pausa.

—En ese caso, es porque te lo han dicho.

—Puedo jurar que nadie me ha dicho nada; pero el tono con que el señor marqués me dirige la pregunta me hace sospechar...

Leoncio se detuvo como si el hombre que iba á pronunciar le fuera á quemar los labios.

—Prosigue, le dijo el marqués.

—Tal vez cometa una imprudencia.

—Que yo te perdono de antemano.

—Entonces, el nuevo compañero de viaje será el vizconde de Villafort.

—El mismo. ¿No es cierto que soy un marido complaciente?

Y el marqués soltó una carcajada.

Leoncio no se rió, pero estremecióse su cuerpo, palidecieron sus mejillas.

—¡Ah! mi bravo Leoncio, continuó el marqués, colocando una mano familiarmente sobre el hombro de su secretario: tú te estremeces solo con pronunciar ese nombre; pero es preciso tener calma. Hay crímenes que poetiza la muerte pero que infama un presidio.

Leoncio nada dijo, pero aquel silencio era por demás elocuente para el marqués.

. . . . . .

Mientras tanto, Carolina, loca de alegría, conferenciaba de este modo con su doncella:

—Vamos, Felicidad, dispon tu maleta, pues te vienes á París conmigo.

—¿De veras, señorita?

—Y tan de veras; como que así lo ha dispuesto el marqués mi señor y dueño. Pero tengo que pedirte un favor... ¡oh! el viaje va á ser muy divertido. Saldremos á las cuatro de la tarde, y á eso de las diez de la noche dirás que te pones mala, que necesitas tomar el aire, pidiéndole permiso á mi marido para pasar al pescante; y como en el pescante no caben mas que dos asientos, será preciso que uno de ellos éntre en el interior del carruaje.

Felicidad comprendió toda la intencion de su ama: le brindaba con un catarro, por librar de él al vizconde de Villafort.

Pero era preciso resignarse, y así lo hizo.

A la hora indicada, la silla de posta se hallaba dispuesta esperando á los pasajeros.

Poco despues partia al galope de cuatro poderosos caballos, llamando la atencion de los transeuntes.

Arturo iba fumando tranquilamente en el pescante, al lado del mayoral.

Dejémosles caminar hácia París: nosotros debemos permanecer en Madrid.

LIBRO CUARTO.

GANAR TERRENO.

CAPITULO PRIMERO.

LOS PRIMEROS PASOS.

Lorenzo habia perdido la clase, pero en cambio Felipe habia encontrado á la jóven que turbaba sus sueños.

En el mundo todo se compensa.

Despues del primer momento, cuando la última campanada del reloj de San Juan de Dios se perdió en el espacio, Lorenzo, compadecido del abatimiento de su primo, le dijo:

—No es así, querido Felipe, como se llega al corazon de la mujer que se ama. Acabas de encontrarla por una casualidad... ¡Qué diantre! esto me parece de buen agüero. Con que deja ese abatimiento, y pensemos como dos hombres formales.

—Pero ¿qué quieres que yo haga? contestó Felipe, que aún no se habia serenado.

—¡Toma! lo que hacen todos los jóvenes cuando quieren de veras á una muchacha.

—Yo no sirvo para eso.

—Entonces, ¿vas á destinarte á amar en silencio, devorado por la incertidumbre? Eres un tonto.

—Bien, seré lo que quieras, pero...

Lorenzo se arregló la corbata, se cepilló el gaban y se puso el sombrero.

—¿Adónde vas? le preguntó Felipe.

—A hacer algo que pueda abrirte el camino. Voy á ofrecer nuestras personas y nuestra humilde buhardilla á los inquilinos del cuarto tercero.

Felipe palideció, sin atreverse á detener á su primo.

Aquella resolucion le era igualmente grata y temida.

De ella dependia todo, pues iba á abrirles ó cerrarles la puerta, tras de la cual entreveia él un paraiso.

Lorenzo salió.

Imposible nos seria describir la inquietud, la angustia de Felipe durante la ausencia de su primo.

Trascurrió media hora larga, interminable, sin fin.

Lorenzo volvió á entrar en la buhardilla.

Felipe, antes de dirigirle la palabra, le miró al rostro.

Lorenzo tenia impreso en el semblante el buen resultado de su empresa.

Estaba alegre, risueño.

Felipe se sonrió tambien.

—Chico, ya soy amigo de don Leandro, dijo Lorenzo.

—¿Y quién es don Leandro?

—El padre de ella.

—¿De veras?

—Como lo oyes: es un bello sugeto.

—Entonces, la habrás visto.

—Del mismo modo que te estoy viendo á tí; y por cierto que Andrea me ha parecido una muchacha preciosa.

—¿Se llama Andrea? Es un bonito nombre, ¿no es verdad?

—¡Quién lo duda! ¿Puede tener nada feo para tí la vecinita? ¡Ah! me olvidaba decirte que he ofrecido á don Leandro que esta noche bajaríamos á hacerle una visita.

Felipe se agitó en la silla.

—Como sabe que tú tocas la flauta...

—¿Por qué se lo has dicho?

—¡Toma! De este modo podrás estrechar mejor las relaciones. Dice el vecino que la flauta, el violin y el piano, forman un terceto muy agradable.

—Pero yo no sabré acompañar.

—Aprendes: el amor es buen maestro.

—Supongo que no te habrás comprometido para que toque esta noche.

—Te equivocas.

—Has hecho mal.

—¡Bah! ¡bah! no seas niño; á mí me ha parecido don Leandro un buen sugeto, y su hija una jóven tan hermosa como apreciable. Hareis buena pareja, si es que ella te quiere: ¡qué diantre! tú eres un abogado en ciernes, hijo de padres honrados; la union no es tan desigual.

—Lorenzo, no te chancees.

—Hablo con toda la formalidad que requieren las circunstancias; pero anima ese semblante, tranquiliza ese espíritu. Solo me resta darte un consejo: ama todo lo que quieras, pero estudia todo cuanto puedas.

Mientras tenia lugar esta escena en la buhardilla, otra algo

parecida se ejecutaba en la habitacion de Andrea, que de pié junto al piano, repasaba la leccion á Sofía.

—¿Sabes, querida, que adelantas mucho?

—Tengo una buena profesora.

—Y mejor aplicacion: mi padre dice que tienes todas las condiciones de un gran músico.

—Tu padre, ó me adula ó me quiere mucho.

—Di mas bien que te hace justicia.

Y Andrea, dando un cambio á su entonacion, continuó:

—¡Ah! me olvidaba decirte que hace poco hemos tenido una visita.

—¿Quién era?

—Uno de los dos estudiantes que viven en la buhardilla.

—No los conozco.

—Ha bajado á ofrecernos su casa y su persona; es un jóven muy amable. Su primo, que se llama Felipe y que vive con él, pues se quieren como dos hermanos, toca la flauta.

—¿Es músico tambien? preguntó con indiferencia Sofía.

—Músico de aficion, porque estudia para abogado. Son de Villarrobledo, hijos de dos labradores bien acomodados. Mi padre les ha ofrecido la casa, y tendremos conciertos algun domingo.

—¿Pero tu padre los conocia?

—No.

—¿Cómo les ha ofrecido la casa?

—Son vecinos.

—Eso no es bastante para estrechar las amistades.

—Yo me atreveria á apostar cualquier cosa á que son dos buenos chicos.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Felipe y Lorenzo.

—¡Ay, Andrea! mi padre tiene razon cuando dice que eres una aturdida encantadora.

Y Sofía continuó sus escalas, abandonando por la música la verbosidad de su amiga.

Aquella misma noche, Lorenzo y Felipe visitaron á don Leandro.

Andrea tocó el piano.

Felipe la flauta.

Las horas trascurrieron sin sentir.

A las nueve pasó don Fernando y Sofía.

Lorenzo, admirado de la belleza y la modestia de la amiga de Andrea, perdió un tanto de su verbosidad.

A las once se terminó la reunion, y hasta el grave don Fernando ofreció su casa á los dos estudiantes, cuya conversacion y modestia le habian gustado.

Cuando los dos primos se hallaron solos en su buhardilla, frente á frente de sus lecciones y libros, suspendieron un momento los estudios para hablar de los vecinos.

—¿Qué opinas de Sofía? preguntó Lorenzo.

—Que es un ángel, respondió Felipe, que aunque su amor era un secreto para la jóven que amaba, se creia feliz.

—Estamos conformes.

Y Lorenzo exhaló un suspiro.

Felipe miró á su primo.

—No te sobresaltes. Sofía me gusta; pero, chico, me faltan aún cuatro años para ser abogado.

Y comenzaron á estudiar.

De vez en cuando Lorenzo levantaba la cabeza para mirar á su primo.

—Esto me gusta, se decia hablando consigo mismo. Si llegan á entenderse Felipe y Andrea, con el amor crecerá la aplicacion del estudiante... porque el hombre tiene su época, y mi primo se halla en la suya.

Lorenzo era un jóven de corazon noble y generoso, y cuidaba mas de la felicidad de su primo que de la suya propia.

CAPITULO II.

Á ROMA POR TODO.

La felicidad de la criatura estriba á veces en bien poca cosa, lo mismo que la desgracia.

Acontece con frecuencia que el bien ó el mal nos hiere de un modo directo, pero el dardo nace de un punto completamente inesperado, estraño.

Va, por decirlo así, haciendo eses por el aire, hasta que tropieza con el corazon que desea destrozar.

Por eso todos los infortunios, todas las amarguras, todas las penalidades que en el trascurso de esta narracion sobrevinieron á Felipe, el estudiante de Villarrobledo, tuvieron su orígen en la marquesa de Fontan.

Nos esplicaremos.

Si Carolina no hubiera escrito al vizconde de Villafort exigiéndole que la acompañara á París, Felipe no hubiera tenido

tanto tiempo para declarar su amor á Andrea y creerse correspondido por ella.

La ausencia de Madrid del vizconde de Villafort debia ser fatal á Felipe, y sin embargo, el estudiante no conocia al aristócrata calavera ni á la adúltera marquesa.

Indudablemente, á no emprender los citados personajes el viaje, Pepita, desempeñando la comedia que le estaba encomendada, hubiera hecho lo que hizo despues; y Felipe, viendo que otro jóven mas ricó y mas elegante que él pretendia á Andrea, hubiera muerto la esperanza de su amor antes de nacer.

Porque el dolor solo se esperimenta despues de haber disfrutado de la dicha; porque solo el que se ha creido feliz puede conocer los duros golpes de la desgracia.

Felipe amaba con todo su corazon; pero este amor era un perfume de su alma, guardado como guarda el avaro su tesoro.

Creyó que otra alma podia recibirle y albergarle, y se dijo: vé y perfuma su corazon.

Este fué el primer paso. Lo dió porque tuvo motivo para hacerlo así: esta fué su desgracia.

Ocho dias despues de la primera entrevista, Felipe comprendió que no era indiferente á Andrea; pero Felipe ignoraba que el amor tiene muchas gradaciones: él solo conocia una manera de amar, es decir, con toda su alma.

¿Le amaria Andrea así? Ni siquiera se habia hecho esa pregunta: él no concebia que se amara de otro modo.

Andrea le miraba furtivamente, le enviaba sonrisas encantadoras que, penetrando en su corazon, hacian hervir su sangre.

Luego, cuando se hallaba á su lado volviéndole los papeles del sostenedor del piano ó acompañándole una pieza, Andrea tocaba con menos aplomo, con mas inseguridad.

Una noche hizo uno de esos movimientos que demuestran que el labio va á revelar el secreto de su alma, y Andrea le indicó rápidamente que estaba allí su padre.

Esto era dejar entrever la risueña y hermosa perspectiva de una esperanza.

Aquella noche Felipe, que contaba todos sus progresos, todos sus pensamientos á Lorenzo, le pidió un consejo.

—Escríbele una carta, le dijo, y luego, si ella acepta el compromiso, le hablas á su padre.

Felipe no pudo dormir: tenia una grave cuestion que deslindar.

La forma en que debia concebir aquella carta.

A las cuatro de la mañana se levantó sin meter ruido, encendió luz y se puso á escribir el borrador.

Jamás enamorado alguno se ha visto en tal compromiso: nunca un artista dramático se ha visto en situacion mas comprometida.

Felipe tenia la pluma en la mano, el papel sobre la mesa, en la mente un millon de ideas, pero no pudo durante una hora componer la primera frase de aquel poema, de aquel grito de su alma.

Por fin su pluma escribió un nombre: *Andrea*. La carta estaba empezada y continuada de este modo:

«Andrea: ¿Qué importa que callen los labios cuando los ojos habrán revelado á usted el secreto que hace tiempo encierro en mi corazon?

»Mi mano tiembla, porque sobre este papel vá á depositar mi alma la mas bella flor de su esperanza, tal vez el porvenir de mi vida.

»Una noche, paseando sin objeto las calles de Madrid, me detuvé delante de un almacen de música.

»Miré maquinalmente al interior de la tienda, y vi á una jóven tocando el piano: era usted, y sentí rápidamente dentro de mi sér algo desconocido para mí desde entonces.

»Salió usted de aquella casa con su padre, yo les seguí, pero ustedes subieron en un coche, y desaparecieron como un sueño encantador al abrir los ojos á la vida.

»Trascurrieron dos meses... en vano busqué á mi desconocida, cuando un dia, al trasladarme á esta casa donde hoy vivimos, tuve la inmensa felicidad de encontrarla.

»Esta casualidad, cuando mas iban perdiéndose mis esperanzas, difundió en mi alma una alegría inmensa, un placer infinito.

»La Providencia se habia apiadado de mí: me creia feliz aun sin saber si mi amor seria recompensado.

»¿Qué puedo esperar, Andrea? Una palabra de usted decidirá de mi dicha ó mi desesperacion.

»Espero.—*Felipe.*»

Cuando Lorenzo abrió los ojos, dijo:

—Mucho madrugas.

Felipe se acercó á la cama de su primo, llevando el candelero en una mano y el borrador de la carta en la otra.

—Escucha, le dijo.

Y leyó la epístola amorosa.

—¡Bravo! Veo que el amor te hace poeta; te doy anticipa-

damente la enhorabuena, porque, ó mucho me engaño, ó Andrea te quiere tambien.

—Dios te oiga.

Como es indudable que hay una providencia para los enamorados, Felipe tuvo ocasion de entregar su carta á Andrea la misma noche.

El estudiante, aunque poco práctico en aventuras galantes, comprendió por la manera precipitada con que su vecina se guardó la carta en el bolsillo del delantal, que era bien recibida.

El enamorado que aún no ha sentido en el corazon la terrible mordedura de los celos, saca una consecuencia favorable de la cosa mas insignificante.

La esperanza, esa flor perfumada del alma, esa querida compañera de la juventud, lo embellece todo.

Felipe subió á su buhardilla loco de contento. ¿Por qué? Lo ignoraba. La alegría no tiene siempre una causa lógica: se está alegre muchas veces, *porque sí*.

Mientras tanto, Andrea deseaba hallarse sola para leer el papel que le habia dado furtivamente su vecino.

Su carácter vivo, impaciente, le hacia llevar de vez en cuando la mano al bolsillo del delantal, pero su padre estaba allí: era preciso esperar.

Por fin llegó la hora de retirarse. Andrea se despidió de su padre, le dió un beso, cogió la luz y fué á encerrarse en su cuarto.

Leyó la carta con bastante agitacion, con esa agitacion tan grata como dulce que produce en el alma de una jóven la primera declaracion de amor.

Le pareció muy bien escrita y muy poética. Felipe creció á los ojos de Andrea notablemente. Aquella epístola amorosa que halagaba la vanidad de Andrea, mereció los honores de ser leida tres veces.

Luego se acostó para pensar en lo que habia leido. Esto era lógico.

El sueño se mostró rebelde: no podia dormirse.

¿Quién es capaz de definir con exactitud las divagaciones de una jóven en semejantes circunstancias?

Pasaron dos horas, y la naturaleza se entregó fatigada en brazos de Morfeo.

Pero al cerrar los ojos del cuerpo, se abrieron los de la fantasía.

Andrea soñó cosas muy bonitas, muy halagüeñas, muy seductoras.

Se habia olvidado de cerrar las maderas de la ventana.

Al despertarse, era de dia. Un rayo de sol penetraba en su pequeña sala.

La pureza del cielo tenia algo de la alegría de su alma.

Como las alondras, tuvo necesidad de cantar al ver el sol.

Se vistió precipitadamente y se fué al piano.

Vaciló un momento delante del teclado. Buscaba una pieza que estuviera en armonía con su alma.

Tocó una cantata alemana.

Luego, insensiblemente se fué al corredor que conducia á las habitaciones interiores, y se asomó al patio.

Desde allí sus ojos buscaron otra ventana que se hallaba enfrente de la suya, pero un piso mas arriba.

En aquella ventana, Felipe la estaba esperando.

No se habian citado, pero ambos esperaban verse, y se vieron.

Se saludaron y se sonrieron.

Aquellas miradas y aquellas sonrisas eran un poema que lo habia esplicado todo.

Felipe se retiró satisfecho, contento, feliz.

Andrea fué á encontrar á su padre, diciéndose para sí:

—Creo que habrá comprendido lo que pasa en mi corazon.

Poco despues, cuando Sofía pasó á dar su leccion de piano, Andrea le enseñó la carta de Felipe.

Sofía la leyó con calma, sin demostrar asombro, como si aquello fuera una cosa convenida.

—¿Qué te parece? le preguntó Andrea.

—Me parece una carta muy bonita.

—¿Qué piensas tú de Felipe?

—Nada. Creo que es un buen muchacho, porque le oigo hablar siempre con respeto y cariño de sus padres.

—¿Qué harias tú en mi lugar?

—Yo le enseñaria esta carta á mi padre, que por sus años y su mundo debe tener mas esperiencia que yo de estas cosas.

—Pero ¿y si te fuera simpático el que te escribiera?

—Tanto mejor. Se lo confesaria tambien á mi padre.

—¡Bah! á mí me da vergüenza que mi padre sepa...

—Haces muy mal. Solo debe una jóven avergonzarse de no tener confianza en sus padres: ¿quién mejor que ellos puede desear nuestra felicidad? Además, caso de que Felipe te escriba con un fin bueno y santo, por ejemplo, que haya pensado casarse contigo al terminar la carrera, ¿quién mejor que tu padre podria enterarse si es un marido digno de tí?

Andrea guardó silencio.

Los prudentes consejos de su amiga no la habian convencido, pero la hicieron meditar un poco.

Empezaron la leccion de piano.

Andrea era voluble, inconsecuente y caprichosa.

Las ideas se sucedian en su mente como las olas del mar sobre la arena de la playa.

Aquella misma tarde, aprovechando un momneto en que se hallaba sola, cogió un pliego de papel, y como por via de juego ó pasatiempo escribió estas líneas:

«Felipe: Si siente usted y ama del mismo modo que escribe, no será difícil que le conceda un lugar preferente en su corazon.—*Andrea.*»

CAPITULO III.

LOS VECINOS.

Mientras tanto, Pepita habia hecho su mudanza, ofreciendo la casa á los vecinos.

Oigamos por boca de la misma *entretenida* el efecto que habia causado.

Serian las ocho de la noche. El conde Polviany se hallaba tendido en una butaca con la despreocupacion de un norte-americano, fumando un descomunal cigarro, como el hombre que se dispone á los *horrores* de la digestion.

Enfrente de él Pepita, disfrutando del grato calor de una elegante copa de cobre.

—Creo que tu amigo el vizconde de Villafort, decia Pepita, ha hecho muy mal en emprender el viaje á París: esto entorpecerá nuestro plan.

—Qué le hemos de hacer; peor será que se le ocurra es-

tarse por allá seis meses. Pero todo se reduce á aplazar la cuestion un poco.

—Tú sabes, Amadeo, que hay un refran que dice: Mas vale llegar á tiempo que rondar un año.

—Sí, pero no lo creo aplicable ahora.

—Te probaré lo contrario: ó mucho me engaño, ó Andrea tiene un amante.

—¡Hola!

—Y lo que es peor, amante de pocos dias.

—Eso divertirá mucho á Arturo, le conozco: nada le gusta tanto como desbancar á un prójimo en el corazon de una prójima. De seguro que emprenderá la conquista con mas fé, con mas entusiasmo, si llega á encontrar obstáculos.

Pepita meneó la cabeza en señal de duda.

—Escucha, Amadeo. Cuando tomé posesion de este cuarto, cumpliendo con lo pactado con el vizconde, fuimos mi madre y yo á ofrecernos á todos los vecinos. Me precio de ser algo fisonomista, y tengo algun mundo. Voy, pues, á decirte el efecto que mi ofrecimiento hizo: don Leandro, el padre de Andrea, me recibió con toda la amabilidad de un corazon sencillo que se goza comunicándose con el prójimo. En la casa de este señor, que ha bajado ya á devolverme la visita y ofrecerme su casa, se hallaba un jóven estudiante que vive en la buhardilla. Mucho me engaño si este estudiante no es el novio de Andrea.

—Por eso no te apures; es cosa que el vizconde arreglará cuando vuelva. Prosigue.

—El vecino de enfrente es mas duro de pelar; me recibió con una gravedad de esas que manifiestan claramente que no desean amigos. Su hija, que se llama Sofía, imitó en todo á su

padre. La visita fue corta. Me acompañó hasta la puerta, y no me ofreció su casa ni ha bajado á devolverme la visita. Es un señor raro, del que no sacaremos nada.

—¡Diablo! Afortunadamente no se ha portado así don Leandro, que es lo principal.

—Cierto: pero don Fernando, ó sea el hombre grave, tiene una gran influencia sobre el padre de Andrea. He procurado enterarme de algunos pormenores por la portera, que es una de esas mujeres que moriria si se le impusiera un mutismo de veinticuatro horas.

—Te daré un consejo, aunque supongo que no lo necesitas: procura conquistarte el corazon de la portera; puede servirnos de mucho.

—Descuida: es nuestra. Solo me disgusta el tal don Fernando; es un hombre cuya probidad tiene algo de reconvencion, que coarta, que impone.

—Tengo ganas de conocerle.

—Es preciso que sepamos algo de ese vecino. Para dar la batalla se necesita reconocer bien antes el terreno: procura tú averiguar alguna cosa.

—¿Es empleado?

—Sí, en casa de un banquero: ya te diré el nombre; ahora no lo recuerdo.

—De todos modos, nada podemos hacer hasta que regrese el vizconde.

—¿Sabes tú cuando será?

—Lo ignoro; pero no pensemos mas en ello. Tú mientras tanto procura ganarte la confianza del padre de Andrea: tu mision no se reduce á mas por ahora.

Y como el conde Polviany y Pepita no tenian nada mas que hablar de aquel asunto, cambiaron de conversacion.

. . . . . .

. . . . . .

Mientras tanto fueron trascurriendo los dias. Felipe y Andrea tenian cortos diálogos en voz baja, en los cuales se comunicaban sus mas ocultos pensamientos.

Leandro nada observaba, nada veia: era un pobre hombre harto confiado para sospechar de nadie.

En cuanto á los diez mil reales enviados por fray Natalio, entre la compra de un piano, la renovacion de algunos muebles y ciertos gastos y trajes comprados á Andrea, habian desaparecido, ó por lo menos se hallaban muy próximos á desaparecer.

Don Fernando se compadecia de su vecino con justa razon.

Una tarde le dijo:

—Veo que de dia en dia estrecha usted mas las relaciones con la vecina del cuarto segundo; es usted hombre de poca memoria.

—¡Oh! son unas buenas gentes. ¡Si viera usted con qué cariño trata á su madre esa jóven!

Fernando agitó la cabeza en señal de duda.

—Es usted lo mas desconfiado... repitió Leandro.

—Amigo mio, no me gusta ni Pepita ni doña Aldonza, pero usted es dueño de hacer lo que guste. Ni yo ni mi hija seremos amigos nunca de esas señoras.

—Es usted un exagerado.

—Demos tiempo al tiempo.

—Tiene usted la mala costumbre de desconfiar de todo.

—No, de todo no, de algunas cosas; y así me va muy bien.

—Mucho es que no encuentra usted defectos á los muchachos de la buhardilla.

—En cuanto á esos, ya es diferente. Son dos jóvenes apreciables; y tanto es así, que he obsevado que Lorenzo mira con cierto interés á mi hija Sofía.

Leandro se dió una palmada sobre la rodilla, y esclamó:

—¡Hombre! ¡si se amarán!

—No lo creo, porque lo sabria yo. Sofía me lo hubiera dicho, ó al menos yo lo hubiera descubierto. Si se aman, será sin habérselo dicho.

—Es usted el demonio: en todo se fija.

—Cierto: por eso he visto que Felipe y Andrea se aman.

—¡Cómo!

—¡Toma! que se quieren, que son novios. ¿No lo ha advertido usted?

—Confieso á usted ingénuamente que no he observado nada.

—Querido Leandro, veo con sentimiento que no le sirven á usted ni los ojos ni los años. Verdaderamente es una lástima.

Leandro se frotó las manos en señal de satisfaccion.

—¿Sabe usted, señor don Fernando, dijo, que no harian malas parejitas Lorenzo y Sofía, Felipe y Andrea?

—Sí, pero para que eso se realice han de pasar antes muchos años.

—Se entiende: cuando concluyan la carrera.

Fernando contempló con cierta compasion á su vecino, y dándole la mano se separó de él.

Poco despues, Leandro quiso reconvenir á su hija por su falta de confianza.

—¡Bah! le respondió Andrea: esas cosas no se dicen.

—¿Y si yo prohibiera la entrada de ese jóven en mi casa? repuso Leandro con cierta gravedad.

—Le veria por la ventana, contestó Andrea con descaro.

Leandro se estremeció.

Aquella respuesta tenia algo de rebelion que le hacia daño.

—Es decir, que de nada servirian los buenos consejos de tu padre.

—¿Llama usted buenos consejos despedir de casa á un jóven que en nada le ha faltado, que se desvive por nosotros y que me ama y me llamará su esposa cuando termine su carrera? No parece sino que Felipe sea un perdido y yo tenga un millon de dote. La que es pobre no tiene mucho donde escoger.

Leandro se llevó la mano al corazon; pero faltándole el valor para reprender como se merecia á su hija, cogió el sombrero y salió de casa.

Poco despues, cuando Felipe bajó segun costumbre, á pasar un rato de la velada en casa del vecino, Andrea se hallaba sola con la anciana que les servia de criada.

Felipe notó en el hermoso semblante de su amada que algo le habia sucedido; así es que le dijo en voz baja:

—Encuentro á usted esta noche mas triste, mas preocupada que de costumbre.

—Sí, pero tiene usted la culpa de ello.

—¿Yo?

—¡Pues es claro! Mi padre ha descubierto nuestro amor...

Andrea se detuvo y Felipe palideció.

—Prosiga usted, Andrea, dijo el estudiante.

—Y me ha reprendido porque no le he dicho todo lo que habia.

—Tiene razon. Yo soy el que debia haberle pedido permiso para amar á usted, despues de tener para ello su consentimiento; pero tranquilícese usted, yo remediaré la falta, y le ruego me perdone el disgusto que le he causado.

Felipe, despues de esto, pidió permiso á Andrea para retirarse.

Andrea, que no habia comprendido el delicado pensamiento de su amante, casi ofendida se encogió de hombros y dijo:

—Haga usted lo que guste.

Felipe, obedeciendo á la delicadeza de su alma, salió, sintiendo que la frialdad de Andrea destrozaba su corazon.

CAPITULO IV.

UN COMPROMISO CON CUATRO AÑOS DE ANTICIPACION.

Felipe sabia que don Leandro no se hallaba en casa: en vez de subirse á su buhardilla, salió á la calle y le esperó.

Se puso á pasear por delante de la puerta: estaba resuelto á hablar con toda la formalidad que requerian las circunstancias al padre de su amada.

Este es uno de los pasos graves de la juventud, cuando por circunstancias especiales no se tiene un *embajador* de confianza que le desempeñe.

Felipe hubiera podido mandar á Lorenzo, pero se dijo:

—Yo me basto para manifestar las impresiones de mi alma, los deseos de mi corazon. Si estuviera aquí mi padre ó mi tio, les diria que se encargaran de la comision que voy á desempeñar.

Felipe continuó sus paseos con cierta inquietud, sin perder de vista el portal de su casa.

Pensaba, recordando las palabras de Andrea, que si su padre por la falta de confianza que con él se habia tenido, ó por otras razones, se negaba á dejarle entrar en la casa, le arrebataba una parte de su felicidad.

Porque el jóven estudiante se creia feliz con aquellas dos horas que pasaba junto Andrea.

La felicidad para el jóven enamorado existe siempre cerca del objeto de su amor: separarle de él, es una desgracia á la que no se conforma con tanta facilidad.

Por fin, Felipe distinguió al estremo de la calle un hombre que subia con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Era don Leandro.

Le salió al encuentro y le detuvo, diciéndole:

—Buenas noches, señor don Leandro.

El músico levantó la cabeza, miró al estudiante, se estremeció; pero al final de este estremecimiento, como siempre, se entreabrieron sus labios para sonreirse.

El pobre anciano desconocia las palabras con que los hombres arrojan al rostro de sus prójimos sus resentimientos, la ira de sus corazones.

Era un bienaventurado.

—¡Ah! buenas noches, vecino: ¿qué ocurre?

Felipe creyó de buen agüero aquella sonrisa y aquella entonacion dulce y amistosa con que le hablaba. Sin embargo, se sentia conmovido, y repuso con cierta inseguridad:

—Estaba esperando á usted.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Y para qué, si no es una imprudencia el preguntarlo?

—Para pedirle un favor.

—Hable usted.

—Quisiera que tuviera usted la amabilidad de venir conmigo al café mas inmediato, pues quiero hablarle con alguna detencion.

—¿Por qué no subimos á mi casa?

—Dispénseme usted, pero me seria mas grato ir á un café.

—Vamos adonde usted guste.

—Aquí cerca, en la calle de la Magdalena, al café del *Emperador*.

Y se encaminaron hácia el establecimiento indicado, sin hablar una palabra durante el camino.

Cuando llegaron al café, Felipe indicó á don Leandro que podia elegir la mesa que le gustara, llamó al mozo, y le pidió dos cafés.

—Señor don Leandro, dijo el estudiante despues de tomar posesion de la mesa: antes de esponer á usted lo que siente mi corazon, debo decirle que me confieso culpable.

El pobre músico comprendió lo que el vecino iba á decirle, pero no encontrando una palabra oportuna para llenar el hueco que le dejaba la pausa de su interlocutor, sorbió un poco de café, á trueque de quemarse la boca.

Felipe volvió á decir:

—Hace mucho tiempo que amo á Andrea, y aun creo que soy correspondido. Si hasta este instante he ocultado á usted esta pasion de mi alma, la primera, tal vez la última, no debo por mas tiempo guardar mi secreto. Si usted autoriza nuestro amor, que es puro y santo, y seguirá siéndolo siempre; si usted, perdonando mi falta de franqueza, me concede la mano de

su hija para cuando pueda ofrecerla un porvenir seguro, yo me creeré el mas feliz de los hombres. Pero yo sé respetar los derechos de los padres, y si usted me cierra la puerta de su casa, me resignaré con mi desgracia hasta que Dios disponga de mi existencia.

La entonacion de Felipe no podia ser mas patética.

Leandro se sintió conmovido: tanta humildad, tanta resignacion, le encantaban; así es que, tendiendo la mano al jóven estudiante, le dijo:

—Es usted un muchacho honrado, y tiene mi autorizacion para amar á mi hija.

Felipe besó aquella mano con el mismo respeto que si fuera la de su padre.

—Vamos, vamos, basta de agradecimiento: ¡qué diantre! si yo no quiero otra cosa que la felicidad de Andrea, y segun me ha dicho ella misma le ama á usted, y tanto, que no hace mucho, reprendiéndola yo su falta de franqueza, lloró, y qué sé yo cuántas cosas dijo. Es una aturdida que tiene un corazon de oro. Pero hablando de cada cosa un poco, le diré, pues que á mí me gusta mucho la franqueza, que Andrea es pobre, muy pobre: no llevará dote alguno.

—¿Quién piensa en eso? Y aprovechando esa franqueza que usted acaba de demostrar, le diré que yo tampoco soy ningun millonario. Mis padres, labradores honrados de un pueblo de la Mancha, poseen algunas fanegas de tierra, llevan la labor por su cuenta, y reunen una renta de ochenta mil reales al año. Con esto se vive y se pagan los gastos de mi carrera. Tengo tres hermanos; de modo que, como usted puede comprender, soy tambien pobre.

—Tanto mejor; prefiero un pobre como usted para mi hija, que uno de los muchos ricos que viven en Madrid sin ley, sin temor de Dios.

—Debo advertir á usted que me faltan cuatro años para terminar la carrera.

—¡Bah! Andrea tiene ahora apenas diez y ocho; no será tan vieja cuando llegue ese tiempo.

—¡Oh! no puede usted pensarse la felicidad que sus palabras derraman en mi alma. Esta misma noche escribiré á mi padres.

—¿Quiere usted que le dé un consejo?

—¿Y por qué no?

—Pues bien, no escriba usted por ahora; estos asuntos no conviene precipitarlos.

Don Leandro acabó de sorberse el café, contento de sí mismo, pues creia haber llevado á cabo una empresa importante.

Luego se dirigieron á casa.

Andrea, viendo entrar á los dos juntos, comprendió lo que habia sucedido.

Desde aquella noche, los prometidos esposos no tuvieron necesidad de buscar ocasiones para hablarse.

Podian decirse en voz baja las impresiones de sus almas delante de Leandro, que por lo regular copiaba música, mientras su hija, ó bien junto al piano, ó bien cosiendo, pasaba dos horas con su amante al lado.

Nada turbaba la felicidad de los jóvenes enamorados: hasta don Fernando parecia complacido.

Así trascurrió un mes.

El vizconde de Villafort no regresaba á Madrid. Pepita, impaciente, no cesaba de dirigir preguntas á Amadeo, pero este

habia escrito tres cartas á su amigo, sin que le contestara á ninguna.

Pepita no habia perdido el tiempo. Visitaba á don Leandro todos los dias, introduciéndose insensiblemente en la casa.

Cuanto mas avanzaba Pepita, mas retrocedia don Fernando.

El músico solia decir:

—¡Es lástima que el señor de Requena sea tan raro!

Andrea se comunicaba mucho con Pepita: ¡le contaba tantas cosas!...

Además, le habia prometido llevarla á un baile.

Felipe nada sospechaba de esta amistad, pareciéndole la vecina del cuarto segundo una jóven muy apreciable y muy honrada.

Una noche, Pepita se hallaba sola en su casa; llamaron y fué á abrir la criada.

Era el vizconde de Villafort.

Pepita exhaló un grito de gozo.

Arturo se sentó sin decir una palabra cerca del brasero, tirando la capa sobre una silla.

Pepita advirtió que el vizconde estaba mas pálido que antes de su viaje á París.

—Gracias sean dadas á Dios, señor vizconde, dijo; no puede usted pensarse con qué impaciencia hemos estado.

El vizconde, como si no diera oidos al interés que le demostraban las palabras de aquella mujer, contestó friamente:

—¿Estamos solos?

—Sí.

—¿No puede oirnos nadie?

—Nadie. Pero ¿á qué vienen esas preguntas? Todos en casa son gente de confianza.

—Sí, ya sé que doña Aldonza es muda, sorda y ciega para todo lo que conviene á su hija, pero la criada puede ser habladora y hasta chismosa.

—Es tambien persona de mi confianza.

El vizconde sacó la petaca y de ella un cigarro, y despues de encenderle, dijo:

—¿Cómo va nuestro asunto?

—Perfectamente. Soy íntima amiga de Andrea y de su padre.

—Bien, adelante.

—Pero, ó mucho me engaño, ó vamos á tropezar con un obstáculo.

El vizconde levantó la cabeza para mirar frente á frente á su interlocutora.

Pepita continuó:

—La muchacha en cuestion tiene novio.

Arturo hizo un gesto de disgusto.

—Y lo que es peor, novio nuevo, y que vive en la misma casa.

—¿Qué clase de pájaro es?

—Un estudiante pobre, segun parece.

—¿Tiene talento?

—¡Pstchs! toca la flauta, y no es del todo mala su conversacion.

—¿Es jóven?

—Diez y nueve á veinte años.

—¿Buen mozo?

—Bien parecido, bastante agraciado. Tiene unos ojos muy bonitos y mucha frescura en el cutis. .

—Eso seria de mucho aprecio tratándose de una vieja; pero Andrea es jóven... Sin embargo, tiene usted razon, es un obstáculo que necesitamos vencer, destruir.

—Eso es lo que yo decia al conde Polviany.

—¿Y no se le ha ocurrido nada á Amadeo?

—Nada.

—¡Estúpido! Ese amante debia estar ya despedido de la casa.

—El inesperado viaje de usted á París nos ha entorpecido todo el plan. Usted dijo que vendria á los ocho dias.

—Hija mia, milagro y no flojo ha sido... pero no hablemos de eso; hablemos del amante de Andrea.

—Es el caso que hace quince dias pidió la mano de la jóven á su padre.

—¿Y este se la ha concedido?

—Sí.

Arturo guardó silencio por un momento, pero de pronto soltó una carcajada estrepitosa.

—Es preciso que sea usted algo mas que amiga del padre de Andrea, dijo Arturo con marcada intencion.

Pepita, que habia comprendido lo que queria decirle, soltó á su vez una carcajada, y dijo:

—Pero, señor vizconde, ¡si es tan viejo!

—Tanto mejor: cuando un viejo se enamora de veras, es capaz de cometer los absurdos mas grandes. Es preciso que el novio de Andrea pierda el aprecio de su futuro suegro, y lo perderá.

—Pero ¿y el conde Polviany?

—¡Bah! ¿quién hace caso de ese gloton? la mayor parte del tiempo se halla embrutecido por las digestiones. Además, para quitarle á usted el escrúpulo, le diré que Amadeo solo espera que su amiga de usted Adela, á quien no conozco, admita sus obsequios para no volver mas por esta casa. Así, pues, seria ridículo conservarle fidelidad á un hombre como ese.

Pepita se mordió los labios de rabia.

Arturo, que conocia á fondo el corazon de ciertas mujeres, sacó la cartera y puso sobre el velador seis billetes de á mil reales, diciendo:

—Mañana á primera hora, traerán aquí de mi parte todo lo necesario para arreglar el cuarto que debe servirme de estudio. ¿Hay alguno desde el cual se vean las ventanas de casa de Andrea?

—Sí, uno bastante grande y con buenas luces: tiene una ventana que da frente por frente á otra del comedor de Andrea.

—Pues ese será el mio: tal vez tenga necesidad de permanecer algunos dias encerrado en esta casa sin que lo sepa nadie, ni Amadeo.

—Como usted guste.

—Entonces, hasta mañana que comenzará la batalla. Esta noche me esperan en otra parte.

Y Arturo, embozándose en la capa, salió de casa de Pepita, dejándola llena de curiosidad, porque habia observado en el rostro de su protector que algo grave le sucedia.

Pepita, por su parte, guardó los billetes de banco, y se dijo hablando para sí:

—¡Vaya un capricho el querer que yo enamore á ese veje-

te! Pero ¿quién sabe si esto me divertirá? De todos modos, nada pierdo aunque me dé calabazas.

Pepita, como si le asaltara una idea repentina, llamó á la criada y le dijo:

—Si viene el señor conde Polviany, suba usted á buscarme arriba, al cuarto tercero de la derecha.

Y subió á la habitacion de Leandro.

CAPITULO V.

LA CASA SOLITARIA.

Cuando Arturo salió de casa de Pepita, serian las ocho de la noche.

Una lluvia menuda y fria comenzaba á caer.

El vizconde, embozado hasta los ojos, llegó á la parada de coches de la plazuela de Anton Martin.

Abrió la portezuela de un simon, y dijo al cochero:

—Sin refunfuñar, y todo lo de prisa que puedas, llévame á Chamberí: tendrás propina.

—Pero Chamberí es muy grande, señorito; por todas partes están haciendo casas.

—Tienes razon: pararás cerca de los Cementerios. ¡A escape!

Arturo cerró la portezuela, y el cochero sacudió un terrible fustazo al paciente rocin.

Media hora despues, se detenia en el sitio indicado.

Arturo bajó y puso un napoleon en las manos del cochero, diciéndole:

—Puedes irte.

Y sin esperar respuesta, tomó la calle arriba.

Por entonces, es decir, en los años 185... Chamberí no era ni con mucho lo que es ahora.

Comenzaban á edificarse algunas fábricas y casas, y veíanse aquí y allá calles trazadas, pero que, careciendo de aceras y alumbrado, poníanse intransitables en el invierno.

Arturo siguió, pues, una ancha calle, caminando con bastante dificultad por la blandura del piso.

Despues de diez minutos, se detuvo delante de una elegante casita de campo.

Sacó una llave del bolsillo y abrió una pequeña puerta practicada en la tapia.

Se halló en un jardincito triste y despoblado como el invierno.

Apenas habia dado algunos pasos en direccion á la casa, situada en el centro de aquel grupo de árboles, cuando oyó los ladridos de un perro que, segun todos los síntomas, iba acercándose hácia él.

Arturo se desembozó y dijo:

—Aquí, Leon, aquí.

El perro dejó de ladrar, y se acercó al vizconde, haciendo todas esas evoluciones y piruetas que demuestran la buena armonía del perro con su amo.

El vizconde siguió su camino, llegó á la casa y llamó con los nudillos de la mano derecha sobre los cristales de una ventana.

Un segundo despues se abria la puerta.

Un hombre jóven, á quien desde ahora conoceremos con el nombre de Daniel, se presentó con una bujía en la mano.

—¿Con esta noche, señorito? le dijo Daniel, que no era otro que un criado de confianza de Arturo.

El vizconde entró en la casa.

—¿Qué te ha sucedido durante mi ausencia? preguntó.

—Nada.

—¿Y la señorita?

—Arriba.

Arturo cogió la luz de las manos de Daniel y dijo:

—Puedes acostarte, si gustas.

Y cruzando el portal, torció á la derecha, subiendo una escalera ancha y cómoda.

Poco despues entraba en un gabinete lujosamente amueblado.

En la chimenea ardia una buena lumbre, y cerca de la chimenea, sentada en una butaca y con un libro en la mano, se hallaba Carolina, la marquesa de Fontan.

Diremos ligeramente que aquella casita, situada cerca de la carretera de Fuencarral, en el sitio mas solitario de Chamberí, la habia hecho construir el vizconde de Villafort á nombre de su criado Daniel, persona de su confianza.

Ninguno de sus amigos, ni aun su padre, le conocian aquella finca.

Arturo guardaba un profundo secreto sobre aquel pequeño nido, donde se hallaban reunidas todas las encantadoras nimiedades de la moda, y todos los refinamientos del buen gusto y la comodidad.

Allí, pues, era donde Arturo celebraba sus citas amorosas; allí donde se refugiaba cuando, apoderándose de su vicioso corazon el hastío, queria pasar algunas horas lejos del bullicio del mundo.

Arturo, ya lo hemos dicho, tenia en su alma algo de ángel y algo de demonio.

Pero no entretengamos al lector en detalles que tal vez le parezcan enojosos. Vamos á ver qué hacia en aquella dorada jaula de la seduccion la marquesa de Fontan.

—¡Ah! esclamó Carolina dejando el libro: ¡gracias á Dios! comenzaba á fastidiarme.

—¿Te parece que he tardado? Hija mia, el hombre muchas veces quisiera tener alas para volar, pero no las tiene.

Y Arturo, arrojando la capa, fué á sentarse en un sofá cerca de Carolina.

—Pero tú comprenderás que mi posicion es muy triste, repitió la marquesa.

—¿Lo es menos la mia, por desgracia?

—¡Ah! tú eres hombre.

—¡Bah! ¿Qué tiene que ver eso? ¿Son los hombres invulnerables como Aquiles?

—Pero pueden matar á sus enemigos.

—Siempre serás la misma. ¡Arrebatada!

—Las circunstancias no me permiten ser de otra manera, Arturo, tú lo sabes muy bien.

—Te conozco lo bastante, Carolina. Por lo mismo, te advertiré que aunque no sea mi carácter el mas á propósito para la moderacion y la prudencia, en la actualidad no podemos hacer otra cosa. Colócate en lugar del marqués de Fontan, y...

—¡El marqués de Fontan es un mónstruo! esclamó Carolina indignada. Él premeditaba nuestra perdicion. Su conducta ha sido infame.

—Estaba en su derecho para hacer lo que ha hecho.

—¿Le defiendes?

—Muchas veces se apodera de mí la monomanía de la justicia: vaya por cuando soy altamente injusto.

—De modo que, segun tú, tiene razon mi marido.

—¡Diantre! y muy sobrada, querida mia. El hombre nace obligado á defender su honra, á destruir todas las tramas que en contra de él se urdan, y el marqués no creo que haya hecho otra cosa.

—Que culpe á su imprudéncia y no á la mia. Cuando me condujo al altar, le dije: Yo no amo á usted. Él se encogió de hombros y me contestó: Será usted, á pesar de no amarme, marquesa de Fontan, y espero que por su mismo decoro no pondrá en ridículo mis canas, porque hay hombres que tienen nieve en la cabeza y fuego en el corazon.

—Y sin embargo, tú has olvidado aquella amenaza.

—Cuando enjugué mis ojos, cuando vi que no tenia otro remedio que vivir atada al yugo insoportable de ese hombre, comencé á reirme de su amenaza. Luego, te vi á tí y te amé.

—Esa es tu culpa.

—¡Arturo! esclamó la marquesa con rabia: ¿has venido á reconvenirme?

—Soy demasiado jóven para eso; pero las palabras se enredan, y dice uno muchas veces aquello que estaba muy lejos de pensar.

—¡Oh! ¡solo esto me faltaba!

Y Carolina dejó caer la cabeza entre las manos en señal de abatimiento.

Arturo se quedó contemplando aquella mujer criminal que habia faltado al sagrado juramento que la esposa prestó al pié de los altares.

Tal vez en aquel instante el vizconde de Villafort sentia en el fondo de su álma levantarse la voz de la conciencia; tal vez el grito de los remordimientos retumbaba en su corazon, ó tal vez su alma pervertida se gozaba viendo el abatimiento de una de sus víctimas.

Cuando una mujer llora delante de aquel que es la causa de su dolor, aquellas lágrimas acusan en silencio su conducta, y hacen daño.

Arturo, sin embargo, permanecia impasible, porque aquella mujer, tan infame ó mas que él, no le inspiraba lástima.

Suele acontecer en la vida real, que cuando una mujer pierde su tranquilidad, su porvenir y su honra por un hombre, verdaderamente enamorada, este hombre respeta y estima aquel gran sacrificio, guardando para ella en el fondo de su corazon, amor, gratitud y respeto.

Pero cuando las concesiones se hacen dictadas por el capricho, por el aburrimiento ó la desesperacion, el hombre suele mostrarse indiferente; y si se presenta como un escudo, es mas por su honra, por su vanidad, por su decoro, que por el de la mujer que le pide su proteccion y amparo.

La marquesa se hallaba colocada en esta segunda condicion.

Arturo lo conocia, y estaba dispuesto á defenderla de los peligros que la amenazaban, no por ella, por él.

De pronto Carolina, como la fiera acorralada que busca con rabia una salida, levantó la cabeza, sacudió sus abundosos cabellos, y dijo con entonacion enérgica:

—Pero bien, ¿podré saber á qué altura nos encontramos? ¿ó es que te propones que pase toda mi vida en este destierro?

La marquesa tenia los ojos enrojecidos, no por las lágrimas, sí por la desesperacion.

Arturo se sonrió, y reclinando la cabeza en el respaldo del sofá, dijo:

—Nos encontramos lo mismo que ayer, con la única diferencia que Leoncio sigue peor, segun las últimas noticias que he recibido.

—Luego si muere ese hombre fatal...

—¡Ah! entonces, hija mia, el asunto se complica, porque no sabemos qué es lo que habrá hecho ó querrá hacer tu esposo. Hasta que esto suceda, te suplico que vivas en este destierro, como tú dices, que á fé á fé les doy trabajo para que te encuentren, como no sea que tú cometas una de tus muchas imprudencias.

Carolina se quedó pensativa.

Arturo dejó pasar algunos segundos en silencio, y luego dijo:

—Si no te ofendieras, te pediria permiso para retirarme. Tengo que escribir una carta á mi buen padre; el pobre estará sobresaltado sin saber mi paradero.

—Haz lo que gustes.

—Entonces, buenas noches.

Arturo se levantó, y acercándose á Carolina, repuso:

—¿Estás enfadada conmigo?

—No, Arturo, no; estoy enfadada conmigo misma. Véte.

El vizconde salió.

Al llegar al corredor, se detuvo como si vacilara sobre un pensamiento.

Por fin siguió adelante, hasta hallarse enfrente de una puerta que empujó.

Era un gabinete muy parecido al que ocupaba la marquesa, solo que en él todo indicaba pertenecer á un hombre soltero de esos que rinden culto á la moda.

Sobre una mesa de nogal veíase un quinqué encendido, como asímismo la chimenea.

El vizconde se sentó, cogió papel y pluma, y exhalando un suspiro, se dijo para sí:

—Sacrifiquemos un cuarto de hora al hombre que mas me quiere sobre la tierra: á mi buen padre.

Y se puso á escribir.

CAPITULO VI.

DONDE EL MARQUÉS DE FONTAN COMIENZA UNA HISTORIA.

La misma noche que acontecieron las escenas que acabamos de narrar, el conde don Pedro de Villafort se paseaba agitado por su despacho.

Junto á la puerta, inmóvil y grave, se encontraba Bautista, el ayuda de cámara del conde.

De vez en cuando don Pedro se detenia junto á una mesa y fijaba la vista en una carta abierta, exhalando un suspiro.

De pronto se cuadró delante de Bautista, y dijo:

—Esto no puede continuar así... quiero que termine... aunque para ello ponga en juego toda la policía de Madrid.

—El señor me perdonará si le advierto que no es eso lo que encarga en su carta el señor vizconde.

—¿Te parece á tí que me hallo yo en el caso de ocuparme de las advertencias de mi hijo.., de un tronera... de un...

Al conde debió parecerle sin duda demasiado fuerte el epíteto que iba á dedicar á su hijo, pues continuó sus paseos, cerrando los puños y elevándolos á la altura de la frente con marcadas muestras de enojo.

Bautista seguia con los ojos bajos todos los gestos, todos los movimientos de su amo.

El conde volvió á detenerse, y dijo:

—Pero ¿tú no conoces al que ha traido esa carta?

—No le habia visto nunca.

—Pero, señor, santo y bueno que mi hijo gaste y se divierta, no me opongo... Además, yo le he educado así y conozco que es tarde para enmendar lo hecho; mas ¿por qué se oculta? ¿No tiene confianza en su padre? Si ha cometido alguna calaverada en París, ¿por qué no me lo dice, y veríamos el modo de remediar el daño? ¿No opinas tú como yo, Bautista?

El ayuda de cámara se inclinó en señal de asentimiento, diciendo al mismo tiempo:

—Si mal no recuerdo, el señorito dice en su carta que se halla en Madrid, y que por razones que no puede esplicar por ahora, le conviene permanecer algunos dias oculto.

—Sí, sí, eso dice, mandando al mismo tiempo que se remita á la calle del Olmo, no sé qué número, una porcion de objetos de su estudio y algunos muebles mañana muy temprano; prohibiendo al mismo tiempo que se dirija ninguna pregunta, para adquirir noticias de su paradero, á las personas que viven en la casa de la calle del Olmo, pues podria serle muy perjudicial la menor imprudencia. Todo esto dice, pero yo no entiendo ni una palabra. Creo que á tí te sucederá lo mismo.

—Lo mismo, señor.

—Es natural.

Y el conde se dejó caer en una butaca, diciendo:

—En fin, será preciso permanecer en la incertidumbre hasta que el señor vizconde quiera. Encárgate tú de que mañana temprano se le envie á la calle del Olmo todo lo que pide. Acerca esos periódicos y véte.

Bautista salió, despues de darle á su señor los periódicos.

El conde se puso á leer, aunque con poca atencion, pues la ausencia de su hijo y el misterio de su vuelta le tenian preocupado.

Arturo habia dicho: me estaré en París quince dias, y su permanencia se habia prolongado cerca de dos meses.

Luego regresaba á Madrid, y en vez de correr á los brazos de su padre, se ocultaba de él, prohibiendo que le buscara.

Si á esto se añade el carácter pendenciero de Arturo, su vida licenciosa, llena de aventuras, se comprenderá que el conde de Villafort tenia suficientes motivos para estar sobresaltado.

Don Pedro, estremadamente débil con su hijo, comenzaba á lamentarse de la educacion que le habia dado.

El conde al verse solo dejó el periódico, quedándose en una de esas actitudes que demuestran que una idea preocupa toda nuestra imaginacion.

Bautista se presentó de nuevo en la habitacion.

—Señor, le dijo: el marqués de Fontan desea hablar con usted.

El conde hizo un gesto de disgusto, pero respondió:

—Dile que pase.

El marqués de Fontan era uno de esos hombres que no pierden nunca la gravedad del rostro ni de la palabra.

Frío, político y orgulloso, intimaba poco con nadie, ni aun con aquellos á quienes conocia desde la niñez.

Sin embargo, se tuteaba con el conde de Villafort, sin duda porque los dos habian estudiado en un mismo colegio en Lóndres.

Al conde de Villafort, sin embargo de sus antiguas relaciones, le era muy poco simpático el marqués de Fontan.

Ni en carácter ni en ideas políticas se parecian; eran los dos polos opuestos.

Pero eso que se llama buena educacion, obliga muchas veces á besar manos que quisieran verse quemadas.

—Dispensa, querido Pedro, si vengo á interrumpirte en la lectura de tus periódicos avanzados, dijo el marqués, enviando á su amigo una sonrisa tan fria como su rostro y su carácter.

—¡Ah! ¿eres tú, marqués? contestó el conde: siéntate, y dime qué tal se han pasado en París los dias.

El marqués ocupó una butaca junto á su amigo, y quitándose con calma los guantes, repuso:

—Precisamente venia á hablarte de eso.

—Supongo que habrás desempeñado como siempre tu mision diplomática.

—Sí: cuento con buenos amigos en la córte de Francia, y no creo que el gobierno español esté descontento de mí; pero no es de política de lo que quiero hablarte, es de un asunto personal, de un drama de familia cuyo desenlace temo que no sea de tu agrado.

—¡Un drama de familia!... preguntó el conde admirado.

—Sí, y como conozco tu buen juicio, tu práctica y tu mundo, quiero que me des un consejo.

—Querido Francisco (pues este era el nombre de pila del marqués), permíteme te diga que te creo tan conocedor ó mas que yo del corazon humano.

—Aunque así fuera, creo que nada perderé consultando á un hombre de tu esperiencia.

—En fin, me tienes á tus órdenes.

—Gracias, querido Pedro. Voy, pues, á contarte una parte de ese drama.

El conde, comprendiendo que la visita no seria corta, añadió un tronco á la chimenea y sacó un cigarro, ofreciendo otro al marqués.

Francisco de Fontan comenzó de este modo:

—Habia en Madrid un matrimonio, si no feliz, tranquilo y resignado. La esposa era jóven y elegante; el esposo, aunque de algo mas edad, era un hombre jóven todavía, y procuraba á fuerza de dulzura y consideraciones acortar esa pequeña distancia establecida por los años, que podia separarle del corazon de su mujer.

Nunca le negaba ni la mas absurda exigencia de la moda ni el mas supérfluo capricho del lujo; rico y noble, le habia dicho: gasta, brilla, pero conserva sin mancha el nombre que te he dado.

Pero ¡ay, querido Pedro! de pronto el genio del mal, la tea de la discordia, apareció en medio de este matrimonio, y la esposa cometió la primera falta, deshonrando infamemente las canas de su marido.

El marqués se detuvo, sacudiendo indiferentemente la ce-

niza del habano que fumaba con el dedo meñique de la mano derecha.

La fria y pausada entonacion empleada en el relato, preocupaba mas al conde de Villafort que la misma historia que le referia.

Guardó silencio, esperando que continuara el marqués.

Este lo hizo de este modo:

—El esposo ofendido contaba aún con bastante fuerza en el brazo para vengar el agravio de su honra: podia tambien, tomando otro camino, entregar á los tribunales á la esposa adúltera; pero dominando su justo enojo, evitó el escándalo. Pedro, tú puedes comprender el espantoso infierno que se agitaria en el corazon del burlado esposo, cuando se veia precisado á estrechar la mano del ladron de su honra y presentar por todas partes á su infame mitad con la sonrisa en los labios y la frente serena; pero este crímen era un secreto para todos, y no quiso que se divulgara por él mismo: tenia miedo al escándalo.

Pasó algun tiempo. El marido contaba con un hombre de su confianza, dispuesto á matar si le hubiera dicho mata: este hombre tenia siempre los ojos fijos en la esposa culpable, que muchas veces, abandonando su casa con un traje de hombre, iba á buscar á su amante recorriendo con él de noche las calles de Madrid, y cenando en los establecimientos públicos, donde tenian lugar escandalosas escenas entre los dos.

—Dime, Pedro: ¿hubieras tú tenido paciencia para sufrir tanto?

El conde, como si aquella pregunta le arrancara de sus meditaciones, levantó la frente con rapidez y contestó:

—No, Francisco, te lo juro: hubiera asesinado mil veces á la infame.

—Pues el marido continuó encerrado en su inesplicable prudencia. El temor del ridículo le espantaba, porque innumerables enemigos, al saber su deshonra, se hubieran lanzado sobre su nombre como buitres hambrientos. ¡Ah! la infame no comprendia toda la desesperacion de su esposo, y se burlaba de él con su amante.

El marqués dejó asomar á sus labios una de esas sonrisas cien veces mas terribles que la amenaza mas enérgica, y como si se sintiera fatigado, inclinó por un momento la cabeza sobre el pecho, cayéndosele el cigarro de los dedos sin advertirlo.

El conde notó todo esto, pero no quiso interrumpirle, porque una sospecha terrible cruzaba en aquel instante por su mente.

CAPITULO VII.

DONDE TERMINA LA HISTORIA DEL MARQUÉS DE FONTAN.

Trascurrieron algunos segundos en el mayor silencio.

El conde no se atrevia á interrumpir el mutismo de su amigo, porque en aquel momento observaba con asombro que la indiferencia, la frialdad peculiar del rostro del marqués, se habian trocado en una espresion verdaderamente dolorosa.

Era indudable que aquel hombre estaba esperimentando una de esas violentas sacudidas que estremecen todo el sistema nervioso.

Por fin, el marqués levantó la cabeza.

Su rostro se habia serenado, sus ojos tornaron á adquirir la mirada fria de costumbre.

—Pues sí, Pedro, dijo: el esposo fué prudente hasta un punto inverosímil, incomprensible. El hombre que seguia los pasos de los amantes, solo esperaba sus órdenes para herir, pero siempre se le decia: espera. Así pasó un año.

Llegó un dia en que el esposo tuvo que abandonar la córte de España y trasladarse á París.

Este viaje, se dijo, tal vez ponga fin á los desórdenes de mi esposa. ¡Vana esperanza! Los amantes habian combinado una nueva burla, y el esposo, llena ya la copa del sufrimiento, fingió caer en las redes que le preparaban.

El amante fué á París en el mismo coche que el esposo.

Le hubiera sido fácil asesinar á los dos, pero no quiso: habia resuelto que los tribunales castigaran el crímen.

Aquí volvió á detenerse el marqués.

El conde comenzó á palidecer. Sin embargo, no quiso demostrar las terribles sospechas que le angustiaban.

El marqués continuó:

—Una vez en París, donde el esposo tenia buenas relaciones, dió parte á la policía, con el objeto de que fueran sorprendidos los culpables; pero el marido no advirtió á los agentes de la autoridad francesa que su esposa tenia la costumbre de acudir á las citas con el traje de hombre, y esto la salvó, aunque el esposo tiene en sus manos pruebas que pueda perderles. Voy á esplicarme.

El servidor leal del esposo, cuya fidelidad nunca le fué desmentida, espiaba sus pasos, y supo que se veian algunas noches en una casa situada en uno de los barrios mas populares de París.

Supo que tenian la costumbre de reunirse á las nueve de la noche, hora en que el esposo se hallaba ocupado en sus asuntos, y logró ganar al portero de la casa, el cual, á fuerza de oro, le proporcionó una llave de la habitacion.

La impaciencia de prestar un gran servicio al marido le

perdió, pues fué á ocultarse en la casa antes que estuvieran en ella los amantes culpables, dando aviso á la policía de que estuviera á las nueve y cuarto en la puerta de la casa que debia abrir él mismo.

La esposa culpable acudió á la cita vestida de hombre, llevando del brazo á su doncella.

Pocos minutos despues llegó el amante.

Todo estaba perfectamente combinado.

El leal amigo del marido, oculto detrás de una cortina, escuchó con indignacion las primeras frases de amor que se tributaron los amantes.

Esta indignacion le vendió, pues trasmitió el estremecimiento de su cuerpo á la tela que le ocultaba, y fué descubierto.

Comprendiéndolo todo los amantes culpables, trataron de buscar la salvacion en la fuga. Esto produjo una lucha tenaz, hasta que por fin cayó herido gravemente de dos puñaladas el leal servidor del esposo.

Los amantes abandonaron aquella casa; pero oyendo pasos en la escalera, subieron al último piso en vez de bajar. Era la policía: la suerte les favorecia, pues lograron escapar, quedando burlada la autoridad y el esposo ofendido.

La doncella, que desde el principio de la lucha, aterrada, habia buscado un refugio contra los golpes que de ambas partes se dirigian en un cuarto inmediato, fué encontrada por la policía.

El miedo la hizo declarar la verdad.

—Pero ¿y el generoso defensor del marido, qué fué de él? preguntó el conde, cuya inquietud iba en aumento.

—Declaró tambien, pero antes pidió tener una conferencia con el esposo.

—¿Y vive ese hombre?

El conde exhaló un suspiro, sus ojos se humedecieron, y repuso con pausado y doloroso acento:

—Hace dos dias que su alma, abandonando la materia, ha volado á la mansion de los justos.

—¡Muerto!

—Sí, Pedro, muerto, dejando en poder del esposo ofendido una amplia y detallada declaracion de lo que sucedió aquella noche.

Y el marqués, adquiriendo repentinamente su proverbial frialdad, fijó en el conde una mirada penetrante y repuso:

—Ahora, querido Pedro, solo falta que te nombre los protagonistas de este drama. El amante afortunado era tu hijo.

—¡Mi hijo!

—Sí, tu hijo: la infame adúltera, Carolina, marquesa de Fontan; el leal servidor se llamaba Leoncio. Yo soy, pues, el marido deshonrado, pero en mi poder existe el documento que puede llevar á un patíbulo ó un presidio á los infames asesinos. Vengo, pues, á imponer condiciones.

El conde de Villafort exhaló un gemido, y dejando caer la cabeza en las manos, murmuró varias veces el nombre de su hijo.

Aquel anciano se mostró anonadado delante del marqués de Fontan, á quien creia capaz de vengarse.

Trascurrieron algunos momentos en un silencio angustioso para el conde.

Por fin, el marqués dijo con frialdad:

—Tranquilízate, Pedro; he venido á tu casa, no á amenazarte, sí á suplicarte que intercedas en este sangriento drama, evitando tal vez que tenga su desenlace sobre el nefando tablado de un patíbulo.

—¡Habla! ¡habla, esclamó el conde, y compadécete de la angustia que esperimenta este pobre viejo!

—Tú comprenderás que entre mi mujer y yo siempre se levantará la ensangrentada imágen de Leoncio, asesinado por ella y por tu hijo.

—Sí, sí, prosigue.

—Es imposible, pues, que vivamos juntos; pero soy un hombre público... debo respeto y decoro á mi nombre, y las cosas no pueden quedar en el estado que se encuentran. Todos ignoran que he regresado de París. Mañana tendré que presentarme en la córte, en el Senado, y se preguntará por mi esposa. Cuando vean que mis salones permanecen cerrados; la curiosidad buscará la causa de mi estraña conducta, la maledicencia encontrará una calumnia que arrojarme al rostro. Necesitamos inventar algo que sirva de escudo á mi honra, y acudo á tu esperiencia para que me ayudes en esta difícil cuestion.

El marqués se detuvo.

El conde de Villafort se apretaba las sienes con las manos como si buscara una idea salvadora; pero á manera que pensaba, se aturdia más y mas.

—Comprendo que no se te ocurre nada, volvió á decir Francisco de Fontan con marcada complacencia; voy, pues, á esponerte el plan que yo he concebido y el único que, siguiéndose con servil exactitud, puede hacer que continúe la declaracion de Leoncio siendo un secreto para los tribunales.

El marqués se detuvo un instante como para tomar aliento, y dijo:

—Se buscará el cadáver de una mujer jóven. Se vestirá este cadáver con uno de los ricos y elegantes trajes de la marquesa, desfigurándole el rostro; escribirá la marquesa una carta dictada por mí, en la cual manifieste que, acosada por una pasion indomable, y antes de ser infiel á su buen esposo, se suicida para librarse del crímen por la muerte. Desde este dia, Carolina vivirá, con un nombre supuesto, de una pension que yo le señalaré si es que lo admite; pero vivirá usando el traje de hombre, y tiñéndose el pelo de negro para que no sea reconocida. Jamás volverá á acordarse que fué marquesa de Fontan, pues tan pronto como así lo hiciera, yo presentaré á los tribunales la declaracion de Leoncio. En cuanto á tu hijo, me importa poco: puede vivir como hasta aquí; el tiempo se encargará de vengarme. El que á hierro mata á hierro muere: he concluido.

El marqués se levantó, como si nada le quedara que hacer.

El conde, á quien las palabras de su amigo producian un ruido espantoso en el cráneo, alzó la cabeza y dijo:

—Pero ¿y si tu esposa no acepta las condiciones?

El marqués se sonrió de un modo infernal.

—Aceptará: me conoce lo bastante para creerme capaz de perderla.

—Pero yo ignoro adónde se hallan.

—No te será difícil encontrarles si te diriges á Chamberí, á una de las últimas casas situadas á cien varas del camino de Fuencarral.

—Luego tú sabes...

—¡Oh! he sido por mucho tiempo un marido prudente de quien se ha abusado mucho. Tu hijo posee en el sitio que acabò de indicarte una bonita casa de campo, donde celebra sus infames citas con las mujeres que creen en sus promesas: búscale allí; tal vez lo encuentres. Yo mientras tanto permaneceré dos dias esperando tu respuesta en mi casa: terminado este plazo, nada me detendrá.

—Pero para llevar á cabo tu maquiavélico pensamiento, se necesita primero encontrar ese cadáver, esclamó el conde.

—Todo corre de mi cuenta: soy rico, y encontraré lo que se necesite. Buenas noches, querido Pedro.

El marqués salió.

El conde de Villafort permaneció algunos momentos inmóvil, anonadado.

De repente se puso en pié, y cogiendo el cordon de la campanilla tiró con fuerza.

Bautista entró sobresaltado en el despacho de su señor.

—¿Qué hora es? preguntó el conde.

—Las nueve y media, señor.

—Que enganchen la berlina.

Bautista salió, volviendo á entrar quince minutos despues.

El conde mientras tanto se habia puesto su gaban de abrigo y se paseaba impaciente.

—La berlina espera, dijo Bautista.

—Pues ponte el sombrero y la capa y baja conmigo; me acompañarás.

—¿Adónde vamos?

—A Chamberí, por el paseo que desemboca en el camino de Fuencarral. Cuando termine este paseo, que paren.

Bautista miró con asombro á su amo.

No se esplicaba qué tendria que hacer su amo á tales horas en tan solitario sitio.

El coche salió, tomando la direccion indicada.

El conde y su ayuda de cámara no cambiaron ni una palabra durante este paseo nocturno.

CAPITULO VIII.

EL COSMÉTICO DE LOS CINCO TIGRES, Y LA POMADA DE ESPUMA DE ELEFANTE SOLITARIO.

Pocos dias despues, un perfumista de la calle de Alcalá, sentado detrás del mostrador, leia con avidez la siguiente gacetilla, publicada en todos los periódicos de la córte:

«*Suicidio.*—La jóven y elegante marquesa de Fontan no existe: la aristocrática sociedad de Madrid ha perdido una de sus mas preciosas, de sus mas seductoras hijas. Su muerte ha dejado una profunda sensacion en aquellos que tenian el gusto de conocerla y tratarla; pero como este suicidio ha de ser por algun tiempo objeto de todas las conversaciones, estractaremos, para satisfacer la natural curiosidad de nuestros lectores, las noticias que hemos podido adquirir.

»Parece que el marqués de Fontan y su elegante esposa acababan de regresar de París. adonde habia ido él primero á desempeñar una importante comision diplomática.

»Se asegura que el marqués hacia tiempo que notaba en su

esposa cierta inquietud, cierto malestar estraño, sorprendiéndola muchas veces con las lágrimas en los ojos, preguntando en vano con amante solicitud la causa de sus lágrimas y sus suspiros.

»La marquesa se sonreia, procurando desorientar las sospechas de su esposo; pero el malestar de la infortunada marquesa tenia una causa, como se ha sabido desgraciadamente por la carta de su puño y letra que se ha encontrado encima de su cadáver.

»No adelantemos los sucesos: el marqués se retiró antes de anoche á una hora muy avanzada, pues habia estado en el ministerio dando cuenta á los consejeros de la corona de su comision diplomática cerca del soberano de los franceses; mision que ha satisfecho al gabinete por su buen resultado.

»Preguntó por su esposa, y se le dijo que se hallaba en su dormitorio, donde se habia encerrado, encargando que no se le molestara.

»El marqués se acostó.

»Al dia siguiente al levantarse mandó á su ayuda de cámara dijera á la señora marquesa que tendria gusto de almorzar con ella.

»El ayuda de cámara volvió diciendo que la marquesa permanecia encerrada.

»Eran las doce del dia.

»El marqués comenzó á inquietarse, y se encaminó al gabinete de su esposa, llamó, pero nadie respondió; volvió á llamar, y continuó el mismo silencio.

»Entonces, reuniendo algunos criados, mandó que se descerrajara la puerta.

»Una vez esto logrado, hizo que entrara una de las doncellas de la marquesa á enterarse si se hallaba indispuesta.

»La doncella, á los pocos segundos, volvió á salir dando gritos angustiosos de espanto y dolor.

»Entonces, todos confundidos, criados y amo, se lanzaron dentro, retrocediendo con espanto.

»Tendido sobre un sofá se hallaba el cadáver de la marquesa. Tenia aún la pistola fatal cerca de la mano derecha, y con la izquierda oprimia una carta.

»Se habia suicidado disparándose un pistoletazo en el ojo izquierdo, saliendo el proyectil homicida por la parte posterior de la sien derecha. El fogonazo le habia desfigurado el rostro.

»Hé aquí la carta que se le encontró, la cual ha sido posteriormente reconocida por todos los que tenian conocimiento de la letra.

«Señor juez del distrito: Ruego á usted no moleste á nadie por mi muerte. Soy yo misma la que he cortado los dias de una existencia que no podia soportar.

»Unida con el hombre mas generoso, mas bueno y mas noble del mundo, recibiendo del marqués de Fontan innumerables beneficios, preferí la muerte á la deshonra. Amaba á otro hombre, y comenzaba á sentirme débil para resistir á sus súplicas. Antes que faltar á mi deber de esposa, antes que deshonrar al que me dió su nombre, antes que ser perjura á lo que ofrecí á los piés de un sacerdote, he decidido poner término á mi vida. ¡Perdon, Dios clemente! ¡Perdon tú tambien, esposo mio!—*Carolina.*»

»Despues de esta carta, nuestros lectores nos permitirán que no hagamos comentarios.

»¡Pobre marquesa!... ¡desgraciado marqués de Fontan, que amaba con locura á su jóven esposa!»

El perfumista terminó la lectura de la gacetilla, compadeciéndose de todo corazon de la jóven suicida y del honrado viudo.

Pero sus comentarios y su sentimiento se evaporaron en su imaginacion, viendo entrar en la tienda un jóven elegantemente vestido.

Era el vizconde de Villafort, á quien el perfumista no conocia.

—¡Caballero!... dijo el *confeccionador* de esencias con esa amabilidad francesa que no tiene igual en el orbe.

—¿Tiene usted algun cosmético ó pomada que tiñan perfecta y sólidamente los cabellos?

El perfumista hizo un movimiento de labios, peculiar del comerciante que tiene lo que se le pide, y dijo:

—¡Pues no he de tener! Precisamente en el escaparate puede usted ver una peluca maravillosa, mitad blanca y mitad negra.

El vizconde respuso.

—Quiero que tiña los cabellos de un negro brillante, hermoso y fuerte.

—Aquí tiene usted el célebre cosmético de los *Cinco tigres;* respondo con mi cabeza de sus buenos resultados. Basta tocar un cabello con este cosmético, para que quede negro como la tinta y lustroso como el azabache. Pero como podria al teñirse el pelo mancharse algo la frente, en ese caso debe emplearse esta pomada, denominada *Espuma de elefante solitario*, con la cual queda el cutis fino como la seda y sonrosado

como una adelfa. En cuanto al olor, puede usted convencerse aplicando las narices: ¡qué perfume! ¡qué fragancia!

Y el perfumista, cogiendo los dos botes de porcelana con toda la delicadeza de un peluquero, los acercó á la protuberancia mas saliente del rostro de Arturo.

Este olió, quedando satisfecho; pidió el precio, pagó y salió de la tienda.

El perfumista, despues de guardar el dinero en el cajon del mostrador, volvió á coger el periódico y se puso á leer por segunda vez la estensa gacetilla del suicidio de la marquesa de Fontan.

Sigamos nosotros al vizconde de Villafort, para saber algunos pormenores que no consignaba el susodicho periódico.

CAPITULO IX.

PREPARATIVOS.

Arturo se encaminó á la calle del Príncipe, entrando en una peluquería de la cual era parroquiano.

La cabeza del vizconde de Villafort era disputada con calor por todos los mancebos; efecto sin duda de las buenas propinas y los aromáticos tabacos que daba al que le cabia la suerte de perfumarle y rizarle el pelo.

Al presentarse Arturo en el establecimiento, oyó cinco voces masculinas á un tiempo:

—Donde usted guste, señor vizconde.

—No vengo á peinarme: vengo á proponeros un negocio, con el cual se ganará el que le acepte media onza.

Todos abrieron la boca para decir: ¡Yo!

El vizconde se fijó en el que tenia fama de mas prudente y mas callado, y repuso:

—El negocio es sencillamente cortar el pelo á un amigo que no puede venir aquí.

—Pues en eso cualquiera puede servir al señor vizconde, dijo el principal.

—Debo advertir que le necesito esta noche á las diez, y que como me interesa que ignore adónde le conduciré, es preciso que se deje vendar los ojos.

Los mancebos se miraron y se rieron.

El vizconde era un calavera, y temian les jugara alguna broma pesada.

El vizconde comprendió sus temores, y dijo:

—Juro, bajo palabra de honor, que á aquel que quiera servirme no le sucederá nada malo.

—Yo fio en la palabra del señor vizconde, y me tiene á sus órdenes, dijo el mas resuelto.

—Pues bien; entonces, repuso Arturo, en punto de las diez de la noche, armado con tus tijeras y tu peine y tus medias cañas de rizar, espérame en el Prado, junto á la fuente de la diosa Cibeles. Si voy y no te hallo, te arranco una oreja cuando te encuentre; si estás allí, nada te sucederá de malo, y puedes contar con ocho duros.

—No faltaré, contestó el mancebo, causando la envidia de sus compañeros.

El vizconde, desde la calle del Príncipe, cruzando la de la Visitacion, se encontró en la del Baño, entrando en una casa de elegante apariencia.

Subió hasta el cuarto principal y llamó.

Daniel, su leal criado, le abrió la puerta.

—Sígueme, le dijo el vizconde.

Daniel obedeció, y ambos se hallaron á los pocos segundos en un gabinete elegantemente amueblado.

Aquella pieza tenia todo el carácter de esos dormitorios de los solteros ricos.

Veíase una panoplia forrada de terciopelo azul con grandes clavos de acero, sosteniendo multitud de armas, caretas de alambre y guantes de gamuza rellenos.

Sobre la chimenea, un péndulo de bronce y una cigarrera de sándalo repleta de brebas de Rey.

Arturo se dejó caer en una butaca, y dijo:

—¿Qué hay de nuevo?

—Todo está dispuesto: puede venir cuando guste.

—¿Y los caballos?

—En la cuadra.

—¿Y el cupé?

—En la cochera.

—¿Se tiene toda la servidumbre que te he encargado?

—Toda: tanto de escalera abajo como de escalera arriba.

—¿Qué clase de gente es?

—Una cocinera vieja y que no habla mas que cuando se le dirige la palabra, segun los informes, un mayordomo viejo y callado como un poste, un muchacho de catorce años y yo; en la cuadra dos hombres, un cochero y un mozo de paja y cebada.

—Está bien: ¿saben los criados á quién van á servir?

—Al baron Filiberto de Soany, noble italiano que, quedando huérfano á los veintidos años y heredero de un rico patrimonio, viene á España á gastarse alegremente una parte de su fortuna.

—Bien, eso es; veo que tienes memoria: inútil será que te repita las funciones que debes desempeñar en esta casa.

—Todo lo que usted me manda queda grabado en mi memoria.

—Lo sé, Daniel, y no he vacilado en confiar en tí. Pero ahora vamos á pasar revista á las habitaciones: deseo que no falte nada.

El vizconde de Villafort y Daniel recorrieron la casa, bajando luego á la cuadra.

Todo estaba tal y como Arturo lo habia dispuesto para recibir al noble jóven italiano que debia llegar aquella noche.

El vizconde vió los caballos y el carruaje, quedando satisfecho de Daniel, cuya inteligencia y actividad tenia probadas.

Despues, seguido de su fiel criado, volvió al gabinete.

—Siéntate, le dijo.

Daniel obedeció.

—Yo no he tenido secretos para tí, y espero que tu leal conducta hará que no los tenga nunca.

—Así lo creo, señor vizconde.

—Pasemos á otra cuestion. Tú ya sabes quién es el baron Filiberto.

—Sí señor.

—Tu corazon es enérgico y tu brazo firme: quiero que seas su constante protector, su fiel centinela.

Daniel hizo un movimiento de aprobacion con la cabeza.

—Además, Filiberto es arrebatado, violento, y como en su jóven corazon predomina la idea de una venganza, debes espiar todas sus acciones, ser, en una palabra, su sombra.

—El señor vizconde me honra con la confianza que me concede.

—Desde mañana volveré á instalarme en mis habitaciones de la casa de mi padre. La menor duda, la menor sospecha, vendrás á participármela, ó me escribirás con palabras de doble sentido.

—Está bien.

—Encárgate asímismo de buscar un hombre ó una mujer de tu confianza que se quede ocupando tu puesto en mi casita de Chamberí, pues algun dia puede hacerme falta aquel pequeño nido.

—Me ocuparé de eso.

—En cuanto á los gastos que se originen en esta casa, tu nuevo amo, el baron Filiberto de Soany te entregará mensualmente la cantidad que se designe.

—Está bien.

—Nadie, absolutamente nadie, debe saber el secreto que envuelve al baron Filiberto; la menor imprudencia nos perderia. Puedo confiar en tí, lo sé; pero te aviso, porque así debo hacerlo.

—De nada servirian, señor vizconde, promesas que tienen acreditados mis servicios; pero juro á usted que si me amenazaran con la muerte, no revelaria el secreto.

Daniel pronunció su juramento con esa serena energía de la verdad.

El vizconde tendió una mano que su servidor estrechó, demostrando en su semblante el cariño que profesaba á su amo.

—Daniel, dijo el vizconde con cierta melancolía: muchas veces oigo en el fondo de mi pecho levantarse el grito de mi

conciencia afeándome mis acciones; pero, te lo confieso, me falta valor para retroceder. Solo un hombre seria capaz de conducirme al camino del bien: ese hombre se halla separado de mí. Su fé evangélica le conduce á lejanas tierras.

El vizconde, dejando caer la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro, permaneciendo algunos momentos sumido en sus reflexiones.

De repente Arturo, como el hombre que desea ahuyentar tristes presentimientos, pasóse la mano por la frente, levantó la cabeza, y dejando asomar una sonrisa fria y escéptica en sus labios, dijo:

—¡Bah! sigamos adelante: la hora del arrepentimiento no debe sonar todavía. Soy muy jóven, ¿no es verdad, Daniel? muy jóven y muy rico: dos buenas cualidades para tender perezosamente los brazos al crímen, al vicio, y acariciarle contra mi fogoso pecho. Con que no olvides nada de cuanto te he encargado, y tenlo todo dispuesto para esta noche, pues en punto de las doce celebraremos en esta casa la llegada á Madrid del rico y elegante baron Filiberto de Soany.

Y diciendo esto, salió de la habitacion.

CAPITULO X.

LUCHAS SECRETAS.

Los funerales de la marquesa de Fontan se celebraron con la pompa fastuosa con que la vanidad de los ricos envia los cadáveres al santo asilo de la muerte.

Mas de cien coches seguian al carro fúnebre. Los transeuntes, viendo aquella larga comitiva, calculaban en silencio la fortuna del muerto.

Los restos de la fingida Carolina fueron depositados en un elegante y rico sepulcro, y luego todos regresaron á sus casas, sintiendo mas ó menos aquella desgracia.

Carolina habia sido una mujer á la moda, cuyo fin dramático la enaltecia.

Llamábanle algunos dandys la Lucrecia moderna, lamentándose de tanta juventud, tanta abnegacion y tanta desgracia.

Las canas del marqués de Fontan se miraban con respeto y veneracion.

El heroismo de su mujer las poetizaba á los ojos de esa familia feliz de desocupados que vive gastando alegremente lo que ganaron sus antepasados, Dios sabe cómo.

Muchos jóvenes elegantes se lamentaban en secreto por no haber sido los héroes de aquella tragedia.

Otros, mas positivos, mas materialistas, se condolian de una desgracia que habia robado á los vivos una de las mujeres mas encantadoras de la córte.

Sin embargo, muchos no conocian á Carolina; pero el oido se acostumbra á escuchar un nombre, y se encariña con él sin conocer al individuo que lo lleva.

Sabíase, sin embargo, que Carolina de Fontan tenia los cabellos abundosos y casi dorados.

Algunos aficionados á la literatura francesa recordaban á Adriana de Cardoville, tipo poetizado por Eugenio Sué.

El marqués hizo escribir las virtudes de su esposa á varios folletinistas, se publicaron algunas poesías laudatorias; dió, en una palabra, á la muerte de Carolina toda la publicidad posible, y vistiéndose de riguroso luto él y su servidumbre, se retiró por algunos dias de los negocios públicos, afectando un verdadero dolor.

La comedia estaba perfectamente representada: el marqués de Fontan se creia casi seguro del éxito.

Sin embargo, cuando un secreto de alta trascendencia se deposita en el seno de varios individuos, no es difícil que se evapore como la esencia de un espíritu al trasladarse de una redoma á otra.

Pero con justa razon preguntará el lector cómo habia vencido tanto obstáculo el ilustre marqués para llevar las cosas al terreno que se encontraban: nosotros vamos á decirlo.

Retrocedamos: el conde de Villafort llegó á las once de la noche á la misteriosa casa de Chamberí.

Aquel anciano, tan noble como débil y tan débil como cariñoso, abrigaba en su amante corazon esos lógicos recelos que un padre esperimenta viendo en grave peligro á su hijo.

Arturo culpable estaba indudablemente mas tranquilo que don Pedro inocente.

El coche se detuvo á la entrada del camino de Fuencarral.

Segun las señas, la casa debia encontrarse á la izquierda, á corta distancia de los primeros árboles.

La noche no era por cierto la mas á propósito para buscar un sitio desconocido: la oscuridad ocultaba los objetos á corta distancia, y la fria y menuda lluvia que caia del cielo, reblandecia la tierra.

Pero estos obstáculos suponen poco en el corazon de un padre que busca á su hijo creyendo llevarle la salvacion.

El alma tiene muchas veces ojos tan perspicaces como los del rostro.

El conde de Villafort dirigió en derredor suyo una mirada, como el que busca un guia á quien preguntar.

Ni el sitio, ni la hora, ni la noche, eran por cierto á propósito para encontrar lo que buscaba; sin embargo, no desmayó: hay una voz secreta en nuestro sér que en las graves circunstancias de la vida nos dice «por aquí;» la seguimos, y no nos engaña.

Esto precisamente le sucedió á don Pedro: el corazon le

condujo campo á través, hundiéndose en el barro, á la casa que buscaba, y pronto la silueta del caprichoso nido donde Arturo celebraba sus Saturnales, se presentó á sus ojos.

—Aquí debe ser, se dijo con ese lenguaje mudo de la imaginacion.

Y tentando la tapia con las manos, llegó á la puerta y llamó.

El primer golpe del macizo aldabon se perdió con un lamento sonoro en las concavidades del espacio.

Cuando el eco del metal al chocar con el metal se extinguió por completo, tornó á reinar el religioso silencio de la noche en el campo, interrumpido solamente por la monotonía de la lluvia.

El conde sentia la impaciencia que produce el temor y la inquietud: cogió el aldabon con mano nerviosa, y llamó segunda vez, pero con mas fuerza, con mas energía, con más obstinacion.

Los ladridos de un perro se oyeron en el interior de la casa; poco despues algunos pasos precipitados que, segun la gradacion de su fuerza, se iban aproximando á la puerta, y por último, una voz enérgica, varonil y malhumorada, que dirigió esta pregunta en tono imperativo:

—¿Quién es?

—El conde de Villafort: abra usted esa puerta.

Hay palabras mágicas que producen en los hombres el mismo efecto que la caida de una piedra en un charco de agua donde cantan las ranas: su efecto es el silencio, como si produjera la muerte; el que tan enérgicamente habia preguntado desde dentro, quedó mudo al oir la voz del de fuera.

Trascurrió un minuto, que indudablemente debió parecerle una hora al conde, pues volvió á llamar con ese precipitado desórden del que arroja el guante á la prudencia.

La puerta se abrió.

Don Pedro encontróse frente á frente con un hombre á quien no conocia, el cual llevaba una lamparilla en la mano; iba á dirigirle la palabra, cuando una voz cuyo timbre levantó un eco en su corazon, le dijo desde lo alto de la escalera:

—¡Ah! ¿eres tú? por fin has descubierto mi madriguera... me alegro: sube; debes traer mucho frio: hace una noche de perros.

El que acababa de pronunciar estas palabras con humorística y tranquila entonacion, no era otro que Arturo, vizconde de Villafort.

El hijo condujo al padre á su gabinete, é indicándole una butaca cerca de la chimenea, dejóse caer en otra, diciendo al mismo tiempo:

—¿Sabes que me sorprende y no poco el verte aquí á estas horas? ¿Quién diablos te ha dicho que yo estaba en Madrid? ¿Cómo has sabido que me encontraba en esta casa?

Fijó don Pedro una mirada llena de dulce reconvencion en su hijo, y despues de exhalar uno de esos suspiros que demuestran la fatiga, dijo:

—Arturo, no puedes imaginarte lo que me afecta el tono impertinente de tus palabras.

—¿Te has molestado para venir á echarme un sermon? Trabajo perdido: ya sabes que yo te quiero amigo y no tirano, y que tomo con mas placer tu dinero que tus consejos; así, pues, te ruego que seamos buenos amigos: desarruga ese ceño, que

te sienta mal, y dime qué causa es la que te obliga á interrumpir la paz octaviana de este joven cenobita.

El conde habia confundido la educacion moderna, colocando en el lugar del cariño, de la dulzura, de la prudencia, la mas viciosa y perjudicial de las tolerancias. Recibió, pues, el fruto con creces, comprendiendo demasiado tarde su error, porque el corazon no cambia su manera de sentir, no trueca sus costumbres cuando lleva muchos años de agitarse dentro de un pecho.

Tan perniciosos resultados produce el escesivo rigor de un padre, como la escesiva tolerancia.

Se ha dado en decir que los padres de ayer eran tiranos, y los de ahora se convierten en cómplices y amigos de sus hijos. Esto es un error grave que produce fatales consecuencias. El padre debe ser tan cariñoso como recto, pero siempre justo.

El conde de Villafort, alentando las primeras calaveradas de su hijo, soportando su impertinente familiaridad, habia cometido una gran culpa.

Pero tornemos á la escena que nos ocupaba.

El conde fijó de nuevo su mirada en Arturo, y dos lágrimas resbalaron por sus bellas mejillas.

El vizconde, ya lo hemos dicho, era una de esas naturalezas colocadas siempre á la misma distancia del bien que del mal; tenia, pues, algo de ángel y mucho de demonio; un deseo era una ley, un capricho una necesidad; estas organizaciones caminan siempre de frente buscando el fin sin reparar en los medios, y no es estraño que lleguen á un período de la vida en que, imaginándose ser señores, no son otra cosa que miserables esclavos de sus pasiones.

Aquellas dos lágrimas conmovieron por un instante el corazon de Arturo, y levantándose de la butaca por uno de esos impulsos en que solo toma parte el espíritu, se acercó á su padre, y rodeándole el cuello con sus brazos, le dijo:

—Vamos, viejo mio, ¿á qué viene esto? ¿Tienes alguna queja de mí? ¿Por ventura, no soy un buen muchacho, un pobre chico á quien se ha empeñado todo el mundo en llamar calavera porque ha tenido alguna que otra aventura amorosa y no permite que nadie le falte? ¡Bah! ¿no has sido tú jóven? ¿puedo yo ser tan prudente y comedido á los veinticuatro años, como lo es nuestro buen amigo fray Natalio de la Concepcion? Además, ¿qué dirias tú si yo no llevara con decoro el noble apellido que me diste?

El conde rechazó dulcemente á su hijo, y repuso de este modo:

—Arturo, vengo á hablarte con toda la gravedad que requieren las circunstancias: acabo de tener una conferencia con el marqués de Fontan; lo sé todo.

Arturo se estremeció.

Súbitamente tiñóse su rostro de esa palidez característica del sobresalto, pero como si aquella débil manifestacion de su alma le avergonzara, hizo asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa, y encogiéndose de hombros, fué nuevamente á sentarse á su butaca, diciendo:

—Si lo sabes todo, podrás comprender que yo solo hice lo que debia.

—No, Arturo, repuso el conde con esa gravedad imponente de un hombre recto: el que arma su diestra de un puñal y hiere el pecho de un hombre indefenso, es un asesino.

—Padre!

—Es un asesino, repito; es un villano que falta á todas las condiciones del hombre noble, que falta á todos los deberes de la ley, y tú rasgaste la carne de un hombre que, cumpliendo con su deber, no opuso otra resistencia á tu arma homicida que su pecho.

El conde de Villafort parecia recobrar en aquel momento toda la dignidad de su nobleza.

Arturo, mientras tanto, apretaba con nervosas manos los brazos de la butaca, contemplando á su padre con una de esas miradas en que la ira, la vacilacion y el asombro forman un conjunto que solo puede detallar con todos los colores de la verdad el pincel de un gran artista.

Trascurrió una pausa, durante la cual dos Pedro fué la voz del deber, y su hijo el gemido de la conciencia.

Pero estos momentos de vacilacion eran siempre cortos, por desgracia.

Como el leon que, herido de repente, vacila un instante, pero luego se repone, y recobrando su indómita fiereza continúa su ataque, así Arturo, trascurridos los primeros momentos, serenó su espíritu, y alzando la frente, dijo:

—Pues bien, sí, Leoncio no era otra cosa que un perro criado á los pechos del marqués de Fontan para devorarme: el miserable dispuso la emboscada que debia entregarnos á Carolina y á mí á los tribunales, y tú comprenderás, padre mio, que una cárcel ni honra al hijo de un conde ni al hijo de un villano; quise huir salvando á mi cómplice, Leoncio pretendió cerrarme el camino, y le derribé, pasando por encima de su cuerpo. Esto es lógico: tú hubieras hecho lo mismo.

—Pero, desgraciado, ¿ignoras que Leoncio ha muerto, dejando una declaracion que puede perderte?

—¡Muerto! murmuró con voz insegura Arturo.

—Acabemos; voy á revelarte las condiciones que acaba de imponerme el marqués de Fontan, en pago de su silencio.

Aquí el conde de Villafort espuso á su hijo casi con las mismas palabras lo que poco antes de habia dicho el marqués de Fontan, como deben recordar nuestros lectores.

Arturo escuchó en silencio el maquiavélico plan del burlado esposo, y no atreviéndose á resolver en cuestion tan difícil como estraña, pidió permiso á su padre para consultarlo con Carolina.

Una hora despues, el conde de Villafort abandonaba la casa de Chambéri, llevando el consentimiento de Arturo y Carolina y murmurando en voz baja:

—Esta intriga en que, á pesar mio, me veo envuelto, me avergüenza, me humilla; pero ¿qué no hará un padre por un hijo!

Y el conde exhaló un suspiro.

CAPITULO XI.

DONDE EL MARQUÉS DE FONTAN BUSCA UN CADÁVER.

Al dia siguiente, el marqués de Fontan recibió una carta del conde de Villafort, concebida en estos términos:

«Francisco: Ellos permanecerán ocultos hasta que la farsa que has combinado se termine: puedes, por consiguiente, disponerlo todo, dándome los avisos que creas oportunos.—Tuyo, *Pedro.*»

Una sonrisa de satisfaccion asomó á los labios del marqués. Guardó la carta, y quedóse algunos minutos pensativo.

La farsa que se disponia á representar era bastante difícil; necesitaba vencer muchas dificultades, cubrir muchas apariencias.

El marqués cogió la pluma y escribió estas palabras á su amigo:

«Pedro: Necesito verte. Dime si puedes venir, ó si voy á tu casa.»

Envió la carta, y poco despues entraba el conde de Villafort en el despacho del marqués.

Este cerró con cuidado las puertas para que no les interrumpieran, y le dijo:

—Siéntate: tenemos que hablar, pues se presentan algunas dificultades para llevar á cabo mi pensamiento.

—Siempre he pensado eso mismo.

—Pero las dificultades que pueden vencerse, no deben rechazarse.

—Esplícate.

—Yo he dicho que mi esposa se habia quedado en París algo indispuesta, pero que regresaria á España de un momento á otro; y que si la habia abandonado, era solo por obligarme á ello mis compromisos con el gobierno. Carolina, pues, debe volver á casa por algunos dias: es preciso que se la vea en los teatros, en los paseos, afectando cierta tristeza, cierta melancolía, que servirá luego como una clara manifestacion del suicidio que va á fingirse.

—Pero tu esposa no querrá presentarse en tu casa despues de lo que ha pasado.

—Nada debe temer. Si quisiera apoderarme de ella, sé adónde se encuentra, pero no es su perdicion lo que busco, sino mi honra: puede estar segura que no le dirigiré ni una palabra, ni una reconvencion, durante los pocos dias que permanezca en mi casa; lo juro por la memoria de mis padres: me será de todo punto indiferente.

—Te creo, Francisco; pero ella tal vez se niegue...

—Si se niega, nada podremos hacer. Es preciso que mis criados la vean en casa algunos dias antes del fingido suicidio;

de ese modo se evitan todas las sospechas, se desvanecen todas las dudas.

Don Pedro comprendió que era indispensable acceder á los planes del marqués, pero temia que Carolina se negara.

—Iré á verla, dijo, procuraré convencerla.

—Si accede, repuso el marqués, será preciso enviar una silla de postas al camino de Francia.

—Veo que hay muchas dificultades que vencer para terminar tu plan.

—La primera es la presentacion de Carolina en mi casa: encárgate tú de eso.

Mientras el conde de Villafort se dirigia á Chamberí á participar á Carolina lo que el marqués acababa de exigirle, este, cruzando varias calles, entró en un modesto portal de la plazuela de Matute, subiendo hasta el piso cuarto.

Una mujer vieja y desaliñadamente vestida le abrió la puerta.

—Diga usted al doctor Jacobo que un caballero desea hablarle.

Poco despues, don Francisco de Fontan fué introducido en un gabinete en donde casi todos los objetos repugnaban á la vista.

El doctor Jacobo era un ginebrino que se habia connaturalizado en España; tendria cincuenta años de edad, era un hombre alto, seco, con facciones enérgicas y duras, y cabellos grises.

Vestia una bata de lana de color rojo, y un birrete griego con una gran borla azul.

Las paredes de aquel gabinete, las rinconeras y las mesas,

tenían todo el carácter de un gabinete anatómico: calaveras, dos momias horriblemente feas colocadas en dos escaparates de cristal, y algunos huesos esparcidos por las mesas, formaban un cuadro repugnante.

El doctor Jacobo saludó ligeramente con la cabeza al marqués, y este contestó del mismo modo.

—¿Es usted el célebre médico ginebrino?

—Servidor de usted, caballero, dijo el médico con acento estranjero.

—Creo asimismo que cuando se viene á esta casa á pedir algo á su dueño, son inútiles los rodeos.

El médico miró con cierta desconfianza al marqués.

—Vengo de paz, y á proponer á usted un buen negocio... tengo informes de usted.

Jacobo se encogió de hombros, é indicando una silla al marqués, repuso:

—Puede usted sentarse y hablar; yo tengo la buena costumbre de escuchar todo lo que quieran proponerme.

—¿Y la de aceptar aquello que le conviene?

—Algunas veces.

—Estamos conformes. Voy á decir á usted en dos palabras el objeto de mi visita. Necesito un cadáver, pero no un cadáver cualquiera, con el objeto de conservar su esqueleto, sino el de una mujer jóven, hermosa y estremadamente rubia.

Jacobo el ginebrino escuchó con admirable frialdad las palabras del marqués.

—Ante todo, debo advertir á usted, caballero, que yo no tengo la costumbre de entablar negocios con personas desconocidas.

El marqués sacó con calma un papel del bolsillo del gaban, y sin soltarlo de la mano, lo puso desdoblado delante de los ojos del doctor.

—Supongo que sabe usted leer el español; la letra es clara: lea usted.

El ginebrino leyó lo siguiente:

«El jefe de la policía secreta de Madrid pondrá á disposicion del que le presente este escrito los números que le pida, los cuales le obedecerán en todo bajo la mas lata estension de la palabra.»

—¿Y qué quiere decir eso? preguntó Jacobo, algo inquieto.

—Esto quiere decir, que si Jacobo el ginebrino, cuya vida y milagros conozco, no se presta á lo que yo quiero, antes de mucho recibirá la recompensa de sus crímenes; pero, por el contrario, si obedece, se le dejará tiempo para que salga de España y ejerza en otra parte su profesion de médico, aunque sea con títulos robados.

Jacobo palideció notablemente, porque Jacobo era uno de esos charlatanes, uno de esos empíricos farsantes que recopilando una docena de medicamentos recorren el mundo, llenando con la relacion de sus milagrosas curas las columnas de los periódicos.

El marqués de Fontan necesitaba un hombre así, y recurrió al jefe de la policía secreta, á quien él habia colocado en tan importante puesto.

No le dijo para qué buscaba un médico aventurero, porque eso hubiera sido depositar su secreto en un individuo mas.

Jacobo el ginebrino comprendió que tenia que habérselas con un hombre enérgico y poderoso, y se decidió á servirle.

Una sonrisa maligna asomó á los labios del estranjero, y dijo:

—¿Con que usted necesita un cadáver?

—Sí, de una mujer jóven y hermosa: su edad no debe pasar de los veintiseis años, y convendria mucho que fuese rubia.

—El color del pelo sería lo de menos, yo sé teñirlo tan perfectamente, que sería difícil conocerlo; pero encontrar un cadáver de esas condiciones es difícil, bastante difícil.

—Necesito asímismo recibirle pocas horas despues de haber muerto.

Jacobo se quedó pensativo.

Comprendiendo el marqués que á hombres como el fugido doctor ginebrino tanto seduce el dinero como las amenazas, continuó:

—En el momento de entregarme el cadáver recibirá usted tres mil duros y un pasaporte para el punto del estranjero ó de Ultramar que mas le convenga.

Los ojos del ginebrino brillaron con ese fuego peculiar de la codicia.

Viendo aquel hombre, se comprendia que, á tener á mano una jóven de las condiciones que se le pedian, la hubiera sacrificado por ganarse los sesenta mil reales.

—¿Y cuándo necesita usted el cadáver?

—Lo mas pronto posible.

—Caballero, estas cosas no pueden precipitarse, á no ser que usted me señale la víctima.

—¡Miserable! estalló el marqués con indignacion: ¿cree usted que vengo á proponerle un asesinato?

—¡Diantre! así seria mas fácil...

—Acabemos. Busque usted lo que le pido, pero desgraciado de usted si comete un crímen por servirme.

Jacobo se agitó en su sillon, como si los escrúpulos del marqués le disgustaran.

—Doy á usted de tiempo cuatro dias, repuso el marqués.

—Pero ¿adónde debo avisar en caso que encontrara lo que usted busca?

—Yo enviaré persona de mi confianza á saber en qué estado se encuentra el asunto; pero, vuelvo á repetirlo, nada de crímen: de lo contrario, tengo suficiente poder para que la mano del verdugo caiga sobre usted.

El marqués arrojó algunos billetes de Banco sobre la mesa, diciendo:

—Ahí tiene usted eso por si se origina algun gasto.

Y salió de casa de Jacobo el ginebrino, llevando la palidez en el rostro y la inquietud en el corazon.

CAPITULO XII.

DONDE JACOBO EL GINEBRINO VENCE LA MAYOR DIFICULTAD.

La marquesa de Fontan, si bien se resistió al principio, cedió por fin á los ruegos del conde de Villafort, que con el afan de salvar á su hijo del riesgo que le amenazaba, se veia precisado á mezclarse en aquella terrible farsa.

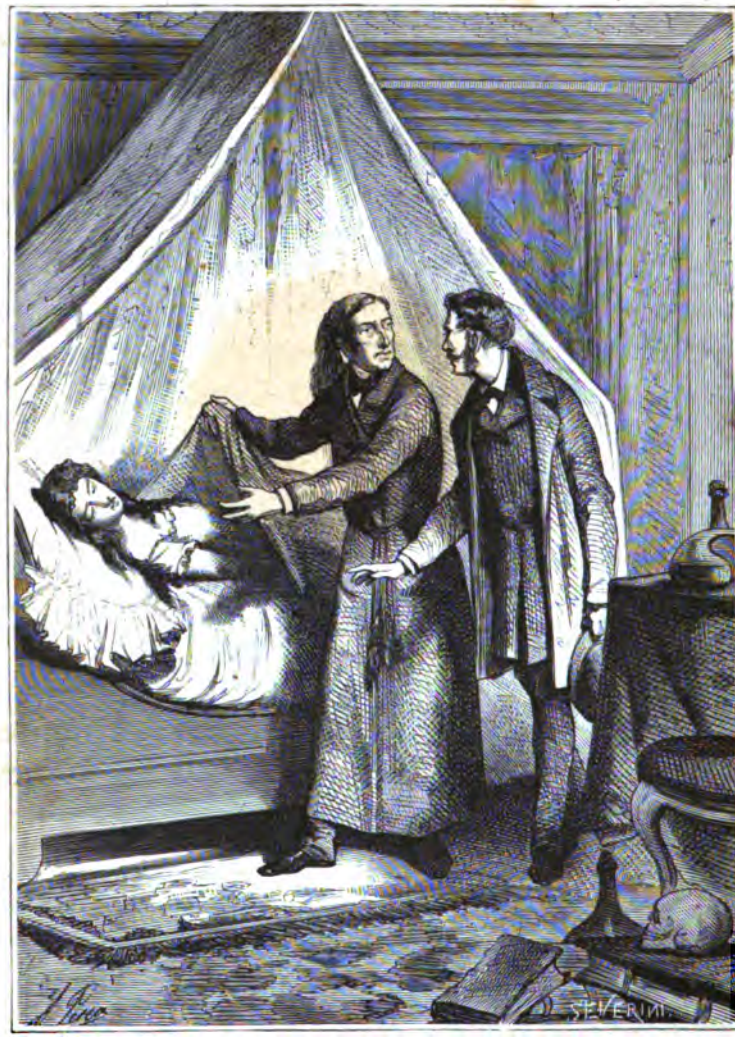
Todo se dispuso como deseaba el marqués. Carolina entró en casa de su esposo en una silla de posta, acompañada de su doncella Felicidad, y nadie pudo sospechar lo que se tramaba.

Afectó la marquesa cierto malestar, cierta melancolía, y sobre todo un gran retraimiento.

Solo una noche fué al teatro, y otra recibió algunas personas de confianza que fueron á felicitarla por su regreso.

Todos comprendieron que algo grave y trascendental sucedia á la marquesa.

El terreno, perfectamente preparado, comenzaba á tranquilizar al marqués.



LA PERDICION DE LA MUJER.

¿Es esto lo que usted busca?

Mientras tanto, habian transcurrido seis dias, y el fingido médico ginebrino solo habia respondido á las instancias del marqués:

—Tengo la enfermedad que puede sernos útil; su muerte es infalible; pero siguiendo las órdenes de usted, no hay mas remedio que esperar: es cuestion de dias.

Por fin, una noche el marqués de Fontan llamó en casa del ginebrino.

—Es usted lo mas oportuno del mundo, le dijo Jacobo frotándose las manos.

Y cogiéndole por un brazo, le condujo á un cuarto retirado de la casa.

Allí se veia una cama, una mesa con varias redomas y vasos, una luz y dos sillas.

El médico cogió la luz, descorrió la colcha de la cama, y dijo:

—¿Es esto lo que usted busca?

El marqués pudo ver el cadáver de una jóven hermosa, aunque pálida y desfigurada por la muerte. Los cabellos de aquella infeliz eran muy parecidos á los de Carolina.

Esta semejanza le aterró.

—Sí, contestó sobrecogido el marqués.

—¿Sirve? preguntó sonriéndose el ginebrino.

Pero reponiéndose inmediatamente, preguntó:

—¿Cuándo ha muerto?

—Hace dos horas.

—¿Muerte natural?

—Es claro: á no ser así, hace cinco dias que le hubiera entregado á usted el cuerpo.

—¿Dónde ha encontrado usted esa infeliz?

—Tengo alguna fama, dijo el ginebrino sin dejar su maliciosa sonrisa, entre las mujeres de la vida airada. Dicen que poseo drogas para rejuvenecer el cutis y curar ciertas enfermedades. Desde el dia que usted vino á proponerme el negocio, me dediqué á buscar el cadáver. Esta infeliz padecia una de esas enfermedades del pecho que no tiene la ciencia poder para combatir. Abandonada por todas sus compañeras de crápula, amenazándola con llevarla al hospital, se hallaba presa de la mayor desesperacion cuando yo la encontré. Entonces la ofrecí mi casa y mis conocimientos; prometí curarla, y ella aceptó.

—Pero usted ha precipitado su muerte.

—Juro, por lo mas sagrado, que no. Cuando se acostó en esa cama era ya un cadáver con algun átomo de vida. Su muerte ha sido natural.

El marqués comprendió que para terminar su empresa le hacia falta el ginebrino, pero al mismo tiempo temia hacerle su cómplice.

Por fin se resolvió á no darle participacion alguna.

El ginebrino observaba la indecision del marqués, y creyendo que aquella era, por el embarazo que le causaba, el modo como debia llevarse el cadáver, le dijo:

—En cuanto á la trasladacion de este cuerpo, lo tengo todo dispuesto. Esta misma maleta contiene una tienda de campaña que me ha servido en mis espediciones por Asia; se mete en ella el cadáver, y no es fácil que nadie sospeche lo que encierra dentro.

El marqués admitió la proposicion, y despues de entregar

los tres mil duros al ginebrino, le hizo que colocara el cadáver dentro de la maleta, envuelto con la tienda de campaña.

Despues, dos hombres trasladaron el bulto á un coche.

Cuando salió el marqués, Jacobo el ginebrino guardó en un cajon los billetes del banco, diciendo para sí:

—Ahora esto. Mañana, cuando sepa quién es el que se ha llevado el cadáver, y con qué objeto, será otra cosa.

Y una sonrisa infernal asomó á sus delgados y descolorídos labios.

La maleta mónstruo no infundió la menor sospecha: fué conducida hasta el dormitorio de la marquesa de Fontan.

Don Francisco, su esposa y Felicidad, se hallaban solos.

—Ha llegado la hora de nuestra eterna separacion, dijo el marqués á su esposa: esta maleta encierra el cuerpo destinado á representar la terrible comedia. Usted, vestida con ese traje de hombre que tantas veces ha servido para deshonrarme, saldrá de esta casa para siempre.

Su doncella Felicidad permanecerá aquí algunos dias. Ahora es preciso que me ayuden ustedes á cambiar el traje á esta infeliz.

Carolina y Felicidad obedecieron, aunque manifestando repugnancia.

Terminada esta faena enfadosa, el marqués dictó á su mujer la carta que ya conocen nuestros lectores.

Luego, Carolina salió de su dormitorio, dirigióse al cuarto de su doncella y vistióse de hombre, saliendo de la casa embozada en una capa.

Felicidad esperó en su habitacion el resultado de aquel drama fingido que la sobrecogia.

El marqués, solo con el cadáver que habian colocado sobre un sofá, disparó sobre el ojo izquierdo una pistola cargada con pólvora sorda.

Luego cerró la puerta con llave, saliendo por otra de escape que se cerraba al golpe.

Poco despues entraba en el ministerio, en donde pasó la mayor parte de la noche.

Lo que sucedió despues, ya lo hemos oido leer al perfumista.

Solo diremos, que un hombre que seguia á pié el carro fúnebre donde iban los fingidos restos de la marquesa, llegó hasta el cementerio, y cuando el cura hizo levantar la tapa de la elegante caja para bendecir el cadáver, se acercó con el pretesto de arreglar la cabeza sobre la almohada, y estuvo examinando el cadáver.

Una sonrisa apenas imperceptible, asomó á sus delgados labios.

Y saliendo del cementerio, se dijo para sí:

—¡Oh! no me cabe duda... esa muerta no es otra que la pobre Inés... pero la quieren hacer pasar por la marquesa de Fontan. Aquí hay un crímen ó un secreto de familia que me conviene averiguar, y lo averiguaré.

Aquel hombre no era otro que Jacobo el ginebrino.

CAPÍTULO XIII.

TRASFORMACION.

El vizconde de Villafort esperó á la hora convenida en la fuente de Cibeles al peluquero.

El resuelto mancebo que habia aceptado las proposiciones de Arturo, fiel á su palabra, acudió á la cita.

—¡Hola, señor vizconde! le dijo: ¿sigue la proposicion de los doscientos reales?

—Pues qué, ¿lo has tomado á chanza?

—No; pero...

—Entonces puedes seguirme.

Arturo condujo al mancebo rapabarbas hasta un coche que se hallaba parado á corta distancia de la fuente, en el cual subieron ambos.

El cochero debia estar prevenido, pues sin que nadie le dijera adónde debia encaminarse, puso el caballo al trote.

—Ahora, amigo mio, dijo el vizconde sacando un pañuelo de seda del bolsillo, voy á vendarte los ojos.

El peluquero inclinó la cabeza sonriéndose.

Arturo le vendó los ojos.

Aquello comenzaba á ser entretenido para el rapabarbas, pues se creyó el héroe de una novela.

—Indudablemente, se decia hablando consigo mismo, en esta aventura no puedo perder nada, si lo que me ha dicho el señor vizconde es cierto. La paga es buena, pero si esto fuera una broma, tampoco será mala la recompensa, porque yo conozco mucho al señorito Arturo, y es franco como un pirata, como dice Zorrilla.

Estos cálculos poetizaban la situacion del aventurero mancebo.

Por fin se detuvo el coche, y el corazon del peluquero latió con alguna violencia.

Bajaron: el vizconde le dió el brazo, conduciéndole hasta la puerta de la casa de Chamberí que ya conocen nuestros lectores.

El mancebo comprendió por la blandura del piso que se hallaba en el campo.

Entraron en la casa y subieron la escalera que conducia al piso principal.

El peluquero no habló.

Por fin pisó blando, como si sus piés se deslizaran sobre mullidas alfombras, y un ambiente grato le indicó que se hallaba en una habitacion donde habia fuego.

Entonces el vizconde le quitó la venda.

El mancebo miró en derredor suyo con grande curiosidad.

Se hallaba en un elegante gabinete, y vió sentado en una butaca un caballero cuya edad le fué imposible acertar, pues llevaba el rostro cubierto por un antifaz de seda.

Sin embargo, al peluquero le pareció muy jóven, casi un niño, el misterioso personaje.

El vizconde cambió con el enmascarado algunas palabras en un lenguaje estranjero del que no pudo entender ni una palabra.

—Tu comision aquí se reduce, dijo Arturo dirigiendo la palabra al mancebo, á cortar el pelo á este caballero, dejándole una cabeza perfectamente arreglada á la moda; con que comienza cuando gustes.

—Ahora mismo, señor vizconde, contestó el peluquero sacando las tijeras y el peine. ¿Habrá por ahí un peinador á mano?

El vizconde le indicó uno que se hallaba sobre el respaldo de una butaca.

El peluquero, apenas se apoderó de aquella cabeza, comprendió que se le queria hacer pasar gato por liebre; pero se hizo el desentendido como hombre prudente.

Advirtió que los cabellos del enmascarado, cortados por una mano inesperta, habian recibido el prodigioso baño de algun cosmético.

Conocedor de los mágicos efectos de ciertas pomadas, mientras cortaba el pelo le vino á las mientes la tan afamada de los *Cinco tigres*, muy conocida entre los artistas de su género por los maravillosos servicios que habia prestado al *arte*.

Solo una duda asaltaba al peluquero, y se decia para su capote, mientras esgrimia las tijeras:

—El cabello está teñido, no me cabe duda; lo que no puedo acertar es qué color tenia antes de ser negro. Puede que esta señora tuviera muchas canas... eso no está reñido con la juventud, porque indudablemente esta es jóven.

Cuando terminó su trabajo, el vizconde puso en las manos del peluquero la cantidad ofrecida, tornó á vendarle los ojos, y cogiéndole del brazo, dijo:

—Vamos; aquí ya has terminado.

El vizconde le condujo hasta la puerta de la calle.

Allí le dijo:

—Si aprecias mi amistad y tus costillas, no cuentes á nadie lo que has visto esta noche... ya me conoces... yo cumplo lo que ofrezco.

La advertencia era enérgica para que el peluquero la olvidara tan fácilmente, tratándose nada menos que del vizconde de Villafort, uno de los mas terribles calaveras de Madrid.

El peluquero subió en el coche.

Un hombre, que no era otro que Daniel, ocupó el puesto del vizconde, y este tornó á subir la escalera, dirigiéndose al gabinete de Carolina, que de pié delante de un espejo de cuerpo entero contemplaba su maravillosa trasformacion.

—¿Sabes, Carolina, le dijo el vizconde, que será muy difícil que reconozca nadie en el jóven baron Filiberto de Soany á la elegante marquesa de Fontan?

—No deseo otra cosa, aunque temo que lie de inspirar sospechas.

—¡Bah! tu cabello era de color de oro, y ahora es negro como el azabache, gracias á la pomada de los *Cinco tigres*, y ese cambio de color ha trasformado por completo tu rostro...

Además, todos cuantos te conocian te creen enterrada: puedes estar tranquila.

—Sin embargo, solo será completa mi venganza sufriendo una metamorfosis radical; y se me ocurre una cosa.

—Di.

—Creo que convendria buscar algo que apagara la estremada blancura de mi rostro.

—Eso no será difícil. Pero recuerda que esta noche tengo citados algunos amigos, á los que debo presentarte en tu nueva casa de la calle del Baño.

—Aplaza esa entrevista para dentro de quince dias, y mientras tanto buscaremos el colirio que debe poner morenas mis mejillas.

—Como quieras; pero es un recelo inútil.

—Créeme, Arturo: yo debo permanecer algunos dias en esta casa.

Y Carolina, sonriéndose de un modo terrible, continuó:

—Respetemos el luto de mi marido.

—Entonces será preciso que yo vaya á dar la desagradable nueva de que el baron Filiberto de Soany no llegará hasta dentro de quince dias.

—Sí, Arturo, vé y celebra la cena aunque yo no me encuentre en ella. Tus amigos podrán perdonarme este retraso, pero nunca me perdonarian el que burlara sus estómagos.

—Tienes razon: veo que conoces á la juventud superficial de esta villa. Adios.

—Ven lo mas pronto que puedas: esta noche me siento triste.

—Te prometo volver lo mas pronto que me sea posible.

¡Ah!... tal vez venga mi padre. El pobre viejo se ha visto en la precision de mezclarse en nuestros asuntos, porque todo le sobresalta; además, ya sabes que se halla en el arreglo de tu fortuna.

Carolina hizo un movimiento de rostro que indicaba la indiferencia.

—El dinero, hija mia, repuso Arturo, es una poderosa palanca; y aunque todo cuanto poseo te pertenece, la vida que vas á emprender es cara, y no te vendrá mal la cantidad crecida, segun calculo, que en papel del Estado debe entregarte tu ilustre esposo.

. . . . . .

. . . . . .

Arturo acudió á la casa de la calle del Baño, en donde ya le estaban esperando algunos amigos.

Entre ellos se encontraba Amadeo Polviany.

El retraso de la llegada del baron Filiberto no fué bastante motivo para quitar el apetito y el buen humor á aquella media docena de jóvenes.

Cenaron bien y bebieron mejor.

Cuando concluyeron, Amadeo dijo al vizconde, aprovechando un momento que sus amigos no podian oirle.

—¿Cuándo diablos vienes á casa de Pepita?

—Mañana.

—¡Ah! gracias sean dadas, Mefistófeles... ¿Si vieras que encantadora está Andrea?

Arturo exhaló un suspiro.

—Chico, dijo: esa conquista temo que sea desgraciada...

—¿Por qué?

—¡Se han atravesado tantas cosas para entorpecerla!...

—Tu presencia las vencerá todas.

—Quién sabe.

—¡Cómo! ¿dudas?

—No; pero...

Arturo se detuvo, y cogiendo una copa llena de Champaña, esclamó:

—Señores: á la salud del baron Filiberto de Soany, del jóven mas hermoso, mas delicado, mas seductor de la tierra, al que tendremos entre nosotros dentro de breves dias para espanto de los maridos y gloria de las mujeres.

—A la salud del baron Filiberto, esclamaron todos apurando las copas.

Los alegres calaveras pasaron la mayor parte de la noche alrededor de algunas cuantas botellas.

LIBRO QUINTO.

SE COMPLICA EL DRAMA.

CAPITULO PRIMERO.

UNA MIRADA QUE SUBE Y OTRA MIRADA QUE BAJA.

Andréa habia adquirido la costumbre de abrir la ventana del comedor todas las mañanas tan pronto como se levantaba, y alzando los ojos hácia las buhardillas, buscar la ventana de la habitacion de Felipe.

El estúdiante estaba allí, y los dos amantes, con ese encantador y mudo lenguaje de los ojos, se enviaban los buenos dias.

Ni el mas ligero disgusto turbaba la felicidad de los dos amantes. Se veian y se hablaban por las noches, comunicándose sus pensamientos, formando mil castillos en el aire para el porvenir.

En cuanto á don Leandro, era tambien feliz porque veia á su hija contenta.

Una mañana Andréa se asomó como de costumbre; pero en vez de levantar los ojos hácia la buhardilla, los bajó hácia el cuarto segundo, porque habia oido una voz tan dulce como va-

ronil que en una entonacion bastante baja cantaba un ária de *Los Puritanos*.

La curiosidad la hizo dirigir la mirada hácia donde se oia la voz, y vió un jóven que, sentado delante de un caballete, pintaba en un gran lienzo.

Aquel jóven iba vestido de un modo tan caprichoso como elegante, tenia un aire distinguido y era estremadamente hermoso.

El pintor, que no era otro que Arturo de Villafort, levantó los ojos, y viendo á Andrea, la saludó tímida y respetuosamente.

Andrea se retiró de la ventana.

Felipe desde la buhardilla, sin comprender el motivo de tan brusca fuga, creyendo que don Leandro habia llamado á Andrea, esperó en vano un cuarto de hora.

Viendo que no se asomaba y que era la hora de clase, salió de su casa bastante disgustado.

Aquella era la primera nube que debia amontonar la tempestad en su alma.

Andrea fué á sentarse al piano y se puso á estudiar.

Poco despues, impulsada por la curiosidad, fué á colocarse junto á la ventana del comedor, pero sin abrirla, y se puso á mirar hácia el piso segundo, ocultándose detrás de las cortinillas.

El jóven continuaba pintando.

Andrea pudo verle á su satisfaccion.

De vez en cuando el pintor apartaba los ojos del lienzo, dirigiendo una mirada hácia la ventana de Andrea.

Esta se estremecia.

¿Por qué? Lo ignoraba.

A eso de las doce, don Leandro copiaba música; Andrea se ocupaba en repasar una camisa de su padre. Llamaron á la puerta: era Pepita.

El músico al verla se conmovió, y despues de saludarla, inclinó la cabeza sobre las hojas que copiaba como para ocultar su turbacion.

Pepita fué á sentarse al lado de Andrea.

—Buenos dias, querida amiga, le dijo besándola cariñosamente en la mejilla.

Y volviendo la cabeza hácia el sitio en donde se hallaba don Leandro, continuó:

—Usted siempre trabajando, vecino.

—¡Pstchs! qué se ha de hacer, murmuró el músico sin levantar la cabeza.

Desde este momento Pepita y Andrea comenzaron á hablar en voz baja.

La hija de la sufrida doña Aldonza de vez en cuando dirigia sus miradas hácia don Leandro; pero este, siempre con los ojos fijos en su trabajo, no alzaba la cabeza.

—¿Sabe usted, querida Andrea, dijo Pepita de un modo que no podia oirlo don Leandro, que hoy ha causado usted en mi casa un verdadero entusiasmo?

—¡Yo!...

—Sí, usted. ¡Oh! todo el dia estamos hablando de nuestra encantadora vecina.

—¿De Sofía? preguntó Andrea con cierta intencion.

—¡Bah! es usted cien veces mas bella que Sofía. Además, las ventanas del comedor de su amiga de usted no se ven desde mi casa.

Y Pepita afirmó estas últimas palabras.

Andrea pareció ruborizarse: habia comprendido lo que queria decirle su vecina.

Pépita era una de esas mujeres que saben aprovechar las ocasiones, y la inquietud que observaba en Andrea le alentó para continuar.

—Pues sí, amiga mía, repuso; tenemos un huésped que todo el dia nos está hablando de usted.

Andrea, tan aturdida como impresionable, habia pensado varias veces en el jóven pintor del cuarto segundo.

La conversacion de su vecina no le disgustaba; así es que, alegrando un tanto su fisonomía, dijo:

—Le he visto esta mañana.

—¡Hola! Tanto mejor, porque así no me veré en el caso de hacer su retrato.

—Puedo asegurar á usted que si le encontrara por la calle no le reconoceria.

—¿De veras?

—Sí: apenas me he fijado.

—No le ha sucedido así al vizconde de Villafort.

—¡Cómo! ¿es vizconde ese jóven?

—Y de los mas ricos de España.

—¿Y vive en su casa de usted?

—Como que nos hemos criado juntos; me quiere como una hermana. Su aficion á la pintura le hace buscar de vez en cuando un refugio en mi casa. ¡Si viera usted qué bueno, qué amable es! A pesar de su nobleza, su fortuna y su juventud, nada he visto tan sencillo, tan cariñoso, tan condescendiente como Arturo.

—¿Se llama Arturo?

—Sí: es un nombre muy bonito, ¿no es verdad?

—No es feo.

—¡Ah! ya me olvidaba...

—¿Qué?

—Tengo que pedir á usted un favor.

Andrea se quedó mirando á Pepita.

—El vizconde de Villafort permanecerá en mi casa, segun me ha dicho, algunos dias, porque tiene que concluir un cuadro que desea presentar en la Esposicion. Al ver á usted esta mañana sintió uno de esos raptos de entusiasmo que solo se apoderan de las ardientes almas de los artistas. ¡Oh! esclamó, poco despues que usted desapareciera de la ventana: si esa jóven, si esa divinidad que se me ha aparecido como una vision celeste, quisiera prestarme su rostro para que yo lo retratara, estoy seguro que mi cuadro alcanzaria un éxito asombroso. Cuando yo le dije que era amiga de usted, estuvo instándome para que subiera á pedirle un favor.

—¿Y qué es lo que quiere de mí ese pintor de sangre azul? preguntó Andrea en son de broma.

—Una cosa muy sencilla: que todas las mañanas, á una hora dada, se asome usted á la ventana.

Andrea, fingiendo reirse como una loca, dijo:

—¡Vaya un capricho!

—Sí: un capricho en el cual cifra su gloria, su reputacion un pintor.

—No entiendo...

—Lo que Arturo desea es hacer su retrato de usted.

—¡Ah!...

—Ese retrato le servirá luego de modelo para la figura principal de su cuadro.

Andrea guardó silencio.

Pepita estudió mientras tanto el efecto que habian hecho sus palabras en el corazon de su vecina.

—Con que usted me dirá qué debo contestar al pintor, volvió á decir Pepita.

—Yo creo que al señor vizconde no han de faltarle modelos mejores que yo.

—No opina él así, y puedo asegurar á usted que toda su felicidad estriba en la concesion de lo que solicita.

Andrea guardó silencio.

Pepita comprendió que el voluble y ligero corazon de aquella jóven accedia á los deseos de Arturo, pero la reserva natural de la mujer enmudecia sus labios.

Tal vez en aquel momento se sublevaba en su pecho el amor de Felipe, del sencillo estudiante, del enamorado tierno de la buhardilla, del primer hombre á cuyo acento apasionado se habia conmovido su corazon.

El principio de una lucha surgia en su pecho: lucha terrible que, como la bola de nieve, crece, se aumenta, llegando á convertirse el átomo en montaña formidable.

—Vamos, vecina, repuso Pepita: ¿no tiene usted una palabra de consuelo para el rico y elegante vizconde de Villafort, para mi amigo de la infancia?

—¡Dios mio! ¿qué es lo que quiere ese jóven?

—Que usted se asome á la ventana todas las mañanas, permaneciendo un cuarto de hora en ella.

—Pero eso, ¿durará mucho?

—Seis ó siete dias. Si no por él, por mí, le ruego que acceda á ese deseo.

—Pues bien, me asomaré, contestó Andrea, manifestando alguna repugnancia.

Andrea acababa de otorgar la primera concesion.

Pepita, satisfecha de su embajada, permaneció con su amiga algunos momentos hablando siempre del vizconde.

Enalteció hasta lo infinito sus prendas físicas y morales, su bondad, su amabilidad, y sobre todo, su fortuna inmensa, su desprendimiento sin igual.

Le dijo que Arturo, aunque hijo de padres nobles, tenia una modestia suma; que su única ambicion se cifraba en encontrar una jóven que le comprendiera, que le hiciera feliz, que le entregara un corazon apasionado y sencillo; que solo el amor y el arte conmovian su alma; y por último, que muchas veces le habia dicho que si alguna vez se decidia á casarse, buscaria por compañera una muchacha pobre y honrada, uno de esos ángeles de la tierra que lo embellecen todo con su virtud, con su modestia.

Despues de esto, Pepita comprendió que era conveniente dejar sola á su vecina.

Ciertas ideas, semilla de las almas, necesitan de la soledad para echar raíces.

La ingeniosa hija de doña Aldonza se despidió de Andrea, ofreciéndola volver aquella noche á pasar una hora de la velada en su compañía.

Cuando cruzó cerca de la mesa en donde se hallaba copiando música don Leandro, le dirigió una de esas miradas provocativas que ruborizan á los hombres tímidos; mirada en que

la mujer, perdiendo el pudor, enseña un deseo vergonzoso en el brillo de sus pupilas.

El pobre músico continuó escribiendo, pues veia con cierto sobresalto que su vecina le dirigia miradas que su delicadeza no se atrevia á calificar.

Don Leandro observó al desaparecer Pepita, que habia puesto un *fa* por *sol*, y se dijo hablando consigo mismo y tachando la errata:

—¡Está claro! esa mujer me mira de un modo, que equivocaciones de estas cometeré muchas.

¡Pobre don Leandro!

CAPITULO II.

UN PASO MAS.

Cuando Andrea se quedó sola, comenzó á repasar en su memoria una por una todas las palabras que le habia dirigido su vecina.

Segun Pepita, el vizconde de Villafort poseia todas las perfecciones de la tierra.

La naturaleza y la fortuna se habian juntado para formarle á impulsos de una caricia.

Andrea comparó á Arturo con Felipe.

Esta comparacion fué la primera ofensa hecha á su prometido, de la cual se ruborizó.

Como don Leandro se hallaba tambien preocupado con las miradas espresivas de la vecinita, dejó á su hija ocupada en sus reflexiones, y se dedicó él á las suyas.

Aquella noche Felipe encontró algo indiferente á Andrea.

Al preguntarle la causa, ella le respondió:

—Tengo un dolor de cabeza horrible.

La falta de salud, y sobre todo la jaqueca, fué, es y será, el gran el recurso de la mujer.

Los hombres desde tiempo inmemorial conservan la galantería de aceptar y aun de creer lo que dice el bello sexo.

Felipe creyó que efectivamente se hallaba indispuesta su amada, y se retiró mas temprano.

Apenas habia salido Felipe, entró Pepita.

La presencia de la vecina causó cierto embarazo á don Leandro, y despues de cambiar con ella algunas palabras incoherentes, se puso á pasear por la habitacion. Al poco rato, como si huyera de Pepita, pidió permiso para pasar á ver á su amigo don Fernando.

Pepita sonrió, comprendiendo la retirada de don Leandro.

Las dos jóvenes se hallaban sentadas junto á un velador.

Comenzaron á hablar.

Su conversacion, como por la mañana, recayó en el vizconde de Villafort.

Pepita dió á Andrea las gracias en nombre de Arturo por su condescendencia.

—No puede usted figurarse las preguntas que me ha hecho Arturo respecto á usted, dijo Pepita, y yo que le conozco; he comprendido por sus palabras la grata y dulce impresion que la presencia de usted ha causado en su alma.

Si Andrea hubiera tenido mas mundo, las palabras de Pepita le hubieran revelado su intencion.

Pero en vez de ofenderse, su vanidad pareció satisfecha viéndose enaltecida por un jóven como el vizconde de Villafort.

Pepita iba dejando caer una á una sus palabras en el corazon de Andrea. Esta escuchaba, encerrada en el mas profundo silencio.

Esto era de buen agüero.

—Arturo de vez en cuando, decia Pepita, viene á refugiarse en mi casa, huyendo del ruido de la suya. Su padre es un señoron siempre parapetado detrás de sus pergaminos. Son dos tipos opuestos. Yo le quiero como á un hermano; jamás me ha dirigido una palabra ofensiva, nunca me ha faltado, respeta mi virtud y mi modestia, y prefiere pasar una hora en mi compañía, á una noche en esas sociedades del gran tono donde se finge lo que no se siente, donde el corazon es esclavo de la cabeza.

—Verdaderamente, no todos los jóvenes ricos piensan como ese vizconde, dijo Andrea.

—Si usted le conociera... repuso Pepita. Pero se me ocurre una idea.

Pepita, como si lo que iba á decir reclamara el mejor sigilo, dirigió una mirada recelosa en derredor suyo.

—Estamos en la época de los bailes, repuso: ¿quiere usted venir una noche conmigo? Arturo nos acompañará. ¡Es tan divertido un baile de máscaras!... ¡Si viera usted qué bien se pasa el rato!

—Yo no he ido nunca. Mi padre no me dejaria.

—¡Bah! ya alcanzaremos su consentimiento. Además, él puede acompañarnos.

—Mucho dudo que acceda.

—Pero ¿usted no ha sentido nunca deseos de asistir á un baile?

—Yo... repuso Andrea con alguna cortedad; pero reponiéndose pronto, continuó:

—Yo no tengo voluntad: mi padre es el que manda, y á mí solo me toca obedecer.

—Pero, amiga mia, yo creo que don Leandro no se opondrá á una cosa tan inocente como un baile. Si usted no quiere que la vean, no se quite la careta, y asunto concluido. ¡Oh! ¡si viera usted qué divertido es todo lo que sucede en un salon de máscaras!... el año anterior me llevó tres veces Arturo: íbamos todos disfrazados, hasta mi buena madre. Bailé mucho, y luego Arturo nos convidó á cenar.

La conversacion de las dos jóvenes fué interrumpida por la presencia de don Leandro.

Desde este momento se cambió de asunto.

Pepita permaneció aún media hora en el cuarto de Andrea.

Al marcharse, y mientras le daba el beso de despedida, le dijo al oido:

—No olvide usted que mañana en punto de las nueve estará esperando el pintor.

Y luego, volviéndose á don Leandro, le dió la mano, diciéndole:

—Hasta mañana, querido vecino.

El honrado anciano no supo qué contestar, porque sintió que la mano de Pepita le dejaba un papel en la suya.

Aquel papel que oprimia entre sus dedos, le quemaba la mano.

Disimulando todo cuanto pudo se lo guardó en el bolsillo.

Poco despues, cuando se halló solo en su cuarto, sacó el papel y leyó.

Decia así:

«Leandro: ¿Qué importan los años cuando las bellezas del alma resplandecen á través de los ojos, cuando la hermosura del corazon se manifiesta en todas las acciones de la vida?

»Si usted pudiera leer lo que siento, me compadeceria... ¡oh! sí, me compadeceria.

»¡Ay! ¿Mis miradas no han revelado aún lo bastante todo lo que siento agitarse en mi pecho?

»Esperaré.»

Leandro, al terminar la lectura de aquellas líneas, se quedó frio, inmóvil.

Llevóse la mano á la frente, temiendo sin duda que las ideas se le escaparan.

Aquello era una declaracion de amor.

¿Debia tomarla por una burla? ¿Era una de esas escentricidades de las mujeres, que rechaza avergonzado el sentido comun?

Leandro no sabia qué pensar ni qué hacer.

Estaba aturdido.

Las miradas atrevidas de Pepita mas de una vez habian ofendido su pudor.

Se dejó caer en una silla, y se puso á pensar en su situacion; pero en ciertos momentos de la vida, pensar es embrollar las ideas.

Esto le sucedia al pobre músico.

Por fin se decidió á acostarse.

El sueño es ligero y rebelde cuando la cabeza se cubre de canas.

Leandro no podia dormirse.

La imágen de Pepita se aparecia en las oscuras paredes de su alcoba como una tentacion.

Queria rechazarla burlándose de sí mismo, y cerraba con fuerza los ojos por no verla.

A pesar de eso la veia.

Poco á poco se fué tranquilizando su espíritu, ya que su imaginacion comenzaba á buscar una causa lógica á aquel amor inverosímil.

—Otros, se decia hablando consigo mismo, se han casado siendo muy viejos con muchachas jóvenes. Esto no tiene nada de estraño.

Apenas habia formado esta comparacion en su mente, la rechazaba con vergüenza, y se decia:

—Es una locura: lo mejor será dormir.

Pero Leandro no podia reconciliarse con el sueño.

Mientras tanto, Andrea divagaba tambien en su casto lecho.

Pensaba en el vizconde de Villafort, en los bailes de máscaras y en otra porcion de cosas que, como una grata y melodiosa armonía, resonaban en sus oidos.

De vez en cuando, en medio de esos delirios de su imaginacion, se aparecia la imágen de Felipe.

Andrea sintió un dulce estremecimiento en el corazon; prueba inequívoca de que este órgano sensible de la vida y de las impresiones le reconvenia.

¿Amaba á Felipe? Ella al menos creia que sí; pero las mujeres confunden muchas veces la amistad, las simpatías, la confianza, con el amor.

De estos errores resultan á veces dramas terribles que dejan sus huellas manchadas con sangre.

Por fin vino el sueño á borrarlo todo.

A la mañana siguiente, Andrea, fiel á su palabra, fué á colocarse en la ventana.

Arturo estaba esperando; la saludó con un movimiento de cabeza, fijó en ella con pasion los ojos y se puso á pintar.

Andrea permanecia inmóvil.

Felipe, desde la ventana de la buhardilla, la saludó á su vez.

Andrea contestó á este saludo con una sonrisa.

Arturo seguia pintando; Andrea, asomada á la ventana; Felipe, en la suya.

La casualidad favorecia al pintor. El estudiante no podia verle desde su ventana, y agradecia con toda su alma á Andrea que aquel dia permaneciese mas tiempo que el de costumbre en aquel sitio.

Este juego inocente halagó el corazon voluble de Andrea.

Era una escena de coquetería que representaba con gusto.

Aquella escena debia costarle muchas lágrimas.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

CAPITULO III.

JACOBO EL GINEBRINO.

Jacobo el ginebrino poseia un gran dato, á saber: que el marqués de Fontan era el que le habia comprado el cadáver, y que el suicidio de la marquesa era una farsa.

Los hombres como el fingido médico que nos ocupa, sienten una necesidad imperiosa de indagar todo aquello que tarde ó temprano puede reproducirles alguna ventaja.

Aventurero audaz, sin dar oidos á la voz de la conciencia, Jacobo el ginebrino recorria el mundo buscando una fortuna, sin reparar en los medios; pero la fortuna no siempre obedece cuando se la llama por malos caminos.

Jacobo, á pesar de sus cincuenta años, no desmayaba, y habia plantado sus reales en Madrid, anunciando con pomposas frases sus prodigiosos elixires para rejuvenecer el cutis, sus inmortales píldoras para el asma, y otros mil medicamentos,

tan desconocidos de la farmacopea, como útiles, segun él, para los desgraciados enfermos.

España es un país especial. Para vender á mejor precio y con mas abundancia un objeto, basta con decir en los periódicos ó imprimir en la etiqueta del frasco que se ha fabricado en el estranjero.

Lo que vende *Mr. Francois Rouseraie* es mucho mejor, ó por lo menos así lo creemos en esta tierra clásica de los garbanzos, que lo que posee *don Francisco Zarzal.*

Por eso las píldoras y los colirios del doctor Mr. Jacobo Schuff, adquirian cierta celebridad en la villa del oso y el madroño.

Jacobo el ginebrino conocia á los españoles, y se prometió un buen resultado de su permanencia en Madrid.

Además, tenia su gabinete todo ese aparato teatral de los médicos de *espectáculo*, es decir, el pobre enfermo se sentia aterrado al poner el pié en la habitacion de consulta de Schuff, porque las calaveras, los cuadros de estudios anatómicos, los miembros mutilados, las redomas con corazones y otras entrañas conservadas con espíritu de vino, y dos horribles momias, parecian decirle: hé aquí lo que somos.

Además, como Jacobo el ginebrino vestia una bata de color de fuego y tenia una cara seca y grave como la de don Quijote, los pobres enfermos no se atrevian á respirar en aquel gabinete, donde hasta el dueño tenia algo de la frialdad de la muerte.

Jacobo no era médico: vivia bajo un nombre y un título usurpado que la casualidad habia puesto en sus manos.

Criado de confianza del célebre médico ginebrino cuyo

nombre y apellido llevaba, poseia algunas recetas útiles que aprendiera de su amo, muerto en Egipto durante una espedicion científica.

La muerte no podia haber sido mas oportuna para Juan Rauce, al convertirle en Jacobo Schuff.

Pero una cosa le sobresaltaba: ¿cómo el marqués de Fontan sabia que no era médico?

—La policía en España, se habia dicho, no es muy temible.

Y sin embargo, se engañaba.

A pesar de todo el aparato teatral que se afanaba en ostentar, Jacobo no habia hecho gran efecto en Madrid, si se esceptúa la venta de algunos frascos de *Bálsamo de Schuff* para borrar las pecas de la cara, y el *Colirio de la hermosura*, que segun los prospectos rejuvenecia el rostro.

Decíase tambien, pero sin tener datos ciertos, que Jacobo el ginebrino era un hombre dispuesto á todo, contándose algo grave de sus conocimientos médicos.

Pero baste por ahora, y continuemos la accion de la novela.

Serian las diez de la noche del mismo dia en que con gran pompa se habian conducido al cementerio los restos de la fingida marquesa de Fontan.

Jacobo se hallaba sentado en su gabinete, junto á un velador, con los codos apoyados en el citado mueble y la cabeza hundida en las palmas de las manos.

Una idea preocupaba su imaginacion: el marqués de Fontan le habia amenazado. ¿Tendria bastante valor, bastante audacia para reirse de la amenaza?

El corazon le aconsejaba arrostrar los peligros; la prudencia le indicaba la fuga.

Su fortuna por entonces era escasa. Además, su nombre tomaba mayor vuelo de dia en dia.

De vez en cuando Jacobo, abandonando su actitud reflexiva, cogia un periódico que se hallaba sobre la mesa, y leia en voz baja la larga gacetilla que ya conocen nuestros lectores.

Durante esta lectura, vagaba en sus labios una sonrisa maligna, y sus pequeños y vivos ojos brillaban como si pretendieran acertar el misterio de aquel pretendido suicidio.

De pronto dejó el periódico sobre las rodillas, y se dijo hablando consigo mismo:

—Es preciso que yo averigüe por qué el marqués de Fontan engaña al mundo. Aquí se oculta algo que yo no puedo adivinar, pero algo terrible. ¡Oh! si fuera esta una de esas grandes cuestiones de intereses que tanto preocupan á los hombres opulentos, si envolviera esta farsa un crímen, yo sabria aprovecharme.

Jacobo se pasó la mano por la frente, dominado sin duda por alguna idea terrible.

—Morir es dormir, segun algunos filósofos del siglo pasado, volvió á decirse: segun otros, la muerte solo es el principio de la vida, el paso á la inmortalidad. Yo no creo en nada. Tal vez eran mas grandes hombres los que adoraban á la diosa *Razon*. Lo importante es adquirir una fortuna, sea como sea, á cualquier precio. La conciencia, como ha dicho Schiller, no es otra cosa que un cinturon que se estrecha ó ensancha á gusto de su dueño. Tal vez el escéptico Francisco del drama *Los bandoleros* tenga razon. Yo, por mí, sé decir que

nunca esa inquietud del espíritu me ha molestado en lo mas mínimo. Si alguna noche me siento desvelado, no es ciertamente por mi conducta anterior, sino por mi porvenir. Me voy haciendo viejo. Esto es grave.

Y luego, dirigiendo una mirada á una caja de madera de palo de rosa con incrustaciones de plata que se hallaba sobre la chimenea, continuó:

—Ahí está toda mi fortuna. Mi buen amo Jacobo Schuff la tenia en mucha estima: ella encierra el soplo de la muerte y el aroma de la vida. Lo que á mí me falta no es ni valor, ni recursos para utilizar las esencias que guarda esa caja: me faltan compradores de la muerte.

Y Jacobo se rió, acariciándose al mismo tiempo con su descarnada mano su puntiaguda y canosa barba.

En esta actitud le sorprendió la vieja que le servia de criada; pobre mujer que, creyendo hallarse al servicio de un médico, miraba á su amo con respeto y veneracion.

—¿Qué ocurre, Brígida? preguntó Jacobo.

—El señor me dispensará si vengo á interrumpirle, pero en la antesala se halla un caballero que tiene grandes deseos de ver á usted.

Jacobo pensó si seria el marqués, y dió orden para dejarle pasar.

Brígida se retiró, y á los pocos momentos se presentó en el gabinete un jóven elegantemente vestido, cuyo semblante afeminado y estremadamente hermoso llamó la atencion del ginebrino.

Este jóven no era otro que el baron Filiberto, ó la marquesa de Fontan, como quieran comprenderlo nuestros lectores.

—Buenas noches, señor doctor, dijo Carolina con soltura y acercándose á la mesa que ocupaba Jacobo.

El ginebrino fijó su penetrante mirada en aquel jóven, cuya voz dulce y melodiosa poseia un timbre afeminado, y cuyo rostro, bello en demasía para hombre, presentaba toda la finura y suavidad del cutis de la mujer que cuida de su persona y sabe conservar su hermosura.

El fingido doctor concibió la sospecha de que aquel jóven iba disfrazado, y su mirada permaneció tenazmente fija en la marquesa durante una corta pausa.

Luego, como si hubiera corroborado sus sospechas, le indicó una silla, diciéndole con sequedad:

—Hágame usted el gusto de tomar asiento, y decirme con quién tengo la honra de estar hablando.

—En cuanto á eso, no creo que venga al caso, contestó Carolina apoderándose de una silla. Soy un jóven á cuyos oidos ha llegado la fama del doctor Jacobo Schuff, y viene porque le necesita.

Y Carolina, al decir esto, fijó una mirada atrevida en el ginebrino, mientras se golpeaba su pequeño pié, calzado con una elegante bota de charol, con un junco de Manila.

CAPITULO IV.

UN FARSANTE Y UNA ADÚLTERA

La audacia, la desenvoltura de aquel jóven, comenzó á infundir recelos á Jacobo, que aunque hombre encanecido en la crápula y el crímen, temia los golpes que sobre él pudiera descargar la fatalidad.

De repente, una sospecha cruzó por su imaginacion.

Si aquel jóven que se hallaba delante de él era una mujer por la elegancia, por la hermosura, por la edad, nada tenia de estraño que fuera la marquesa de Fontan.

Siendo así, el misterio se complicaba á sus ojos, porque Jacobo solo concebia la farsa del suicidio ocultando un crímen.

Al hombre mas sereno basta muchas veces una idea para aturdirle, para trasformarle.

Esto precisamente le sucedió en aquel momento al ginebrino.

Aquel jóven delicado, fino, sin pelo de barba, especie de

hombre en miniatura, que sentado delante de él le miraba sonriéndose de una manera burlona, llegó á tomar en su imaginacion unas dimensiones colosales.

Si era la esposa del marqués, si sabedora de todo lo ocurrido venía á pedirle cuenta de su conducta, si en la escalera se hallaban algunos agentes de la autoridad, el asunto se complicaba.

Todo esto se le ocurrió, porque cuando las páginas de que se compone la vida de un hombre aventurero están manchadas por el crímen, basta leer la primera para llegar al fin, y con un solo instante quedan destruidas todas las astucias, todas las maquinaciones, todos los disfraces con que durante un largo período se ha burlado de la justicia.

Pero Jacobo, si bien temió por un momento, conocia asímismo que nada era tan inconveniente como una larga pausa en aquella situacion.

Se dispuso á interrumpirla.

—Efectivamente, caballero, dijo Jacobo reasumiendo la contestacion de Carolina; he cometido una imprudencia preguntando á usted su nombre. El médico responde al que le busca, sin que deba importarle nada mas. Pido á usted perdon por mi falta de prudencia.

Carolina se inclinó ligeramente, como para contestar á la humildad del que ella creia un médico, y dijo:

—Pues bien, suponiendo que estoy hablando con el célebre doctor Jacobo Schuff, creo que de nada puede servirle mi nombre en la cuestion que aquí me trae. Bastará con decir á usted que soy un jóven que tiene la costumbre de pagar bien los servicios que se le hacen.

Aquí se inclinó Jacobo á su vez, sonriéndose como siempre. Sonrisa falsa, fria intencionada.

—He leido en un prospecto, repuso Carolina, que usted es poseedor de varios elixires, cuyos maravillosos resultados han pasmado al mundo. Si he de ser franco, el anuncio me ha parecido algo exagerado, y me propongo hacer un esperimento. Soy curioso: es uno de mis mayores defectos, y quisiera saber si usted posee alguna agua prodigiosa que, sin estropear el cutis ni manchar la piel, convierta un rostro blanco en moreno.

—¿No desea usted nada mas? preguntó Jacobo con aplomo, pues comenzaba á tranquilizarse.

—Nada mas por ahora.

—Eso me indica que algun dia tendré otra vez el honor de serle útil.

—¿Quién sabe? contestó Carolina encogiéndose de hombros; hoy por hoy, solo quiero saber si usted posee lo que le he dicho.

Jacobo se levantó, y abriendo la caja que se hallaba sobre la chimenea, sacó de ella un frasco de porcelana azul, y dijo:

—Aquí tenemos lo que usted desea.

Carolina cogió el pomo, y lo examinó con curiosidad.

—Puede usted destaparle; tiene un perfume delicioso.

La marquesa de Fontan miró á Jacobo con cierto recelo: este, que así lo comprendió, cogió el frasco, y derramando unas cuantas gotas de su contenido en la palma de la mano, aplicó á ella la punta de la lengua, diciendo:

—Esta esencia es inofensiva; solo surte efecto en la piel, sin afectar en nada la salud del que se sirve de ella.

Carolina, mas tranquila, aspiró el perfume del frasco.

—Efectivamente, dijo, tiene un aroma delicioso. Ahora solo falta saber cómo se aplica este remedio prodigioso.

—Sencillamente: derramando tres cucharadas en el agua de un baño, y permaneciendo en él treinta minutos. Esta operacion debe repetirse por espacio de seis dias consecutivos al tiempo de irse á acostar.

—Y con eso...

—La piel adquiere uno de esos morenos claros, brillantes, que solo se encuentran entre las hijas del Mediodía de España y algunas mujeres de Egipto.

—¿Tiene usted la seguridad de lo que dice?

—Tanta, que no exijo á usted precio alguno hasta despues de probar sus buenos efectos. La receta que me sirve para componer esa agua, és un secreto que me vendió un árabe. Segun parece, un célebre sultan, gran partidario de las esclavas de cutis moreno, la hacia usar mucho en su harem, produciendo siempre grandes resultados.

—Verdaderamente, si es cierto lo que usted dice, esto es prodigioso, dijo Carolina, cuya imaginacion viva é impresionable comenzaba á interesarse en la conversacion del ginebrino.

—¡Ah, caballero! contestó Jacobo con fingida modestia y deseando ganar ascendiente en la voluntad de aquel jóven; en Europa se conocen muy poco, por desgracia, los millones de secretos útiles y terribles que la naturaleza, que las plantas, encierran para el cuerpo humano. Yo soy viejo, mas de lo que aparezco por mi rostro. He viajado mucho, y ni un solo dia he visto pasar en los desiertos de América, en los bosques de Africa, en las soledades del Asia, sin que haya admirado al-

gun prodigio. La sombra de un árbol produciendo la muerte; el perfume de una flor estraña dando la vida; el contacto de una luna clara y hermosa perturbando la razon; el fuego de un rayo de sol encaneciendo una cabeza negra como la noche. ¿Quién es capaz de leer en ese gran libro cuyos caractéres, trazados por la mano de Dios, son un misterio insondable para la raza humana? El hombre, siempre pequeño á pesar de su vanidad, de su sobérbia, tarde ó temprano inclina la frente y reconoce la pequeñez de su sér.

Carolina seguia escuchando con cierta curiosidad al empírico, y tal vez en aquel momento pensaba si aquel hombre podria serle útil algun dia.

Jacobo comprendió el interés que sus palabras inspiraban, y hombre conocedor del corazon humano, se propuso afianzar mas aquella admiracion de que era objeto.

—En esa caja, continuó señalando la que se hallaba sobre la chimenea, se encierran esencias que bastarian sus perfumes para enloquecer ó matar al hombre mas fuerte; otras que, atacando directamente á la sangre, hacen brotar sobre la piel la asquerosa plaga de la lepra, y alguna que bastaria una gota para que, perdiendo la lengua su flexibilidad, cortara la facultad de la voz.

Carolina dirigió una mirada llena de curiosidad á aquella caja de Pandora.

Jacobo seguia estudiando las impresiones que esperimentaba el jóven que tenia delante, que él, aunque con alguna duda, continuaba creyéndole una mujer disfrazada.

—Pero Dios ha querido que la mayor parte de los prodigios que se ocultan en el gran libro de las plantas, sean un se-

creto para la generalidad de los hombres; de lo contrario, ¡pobres de ellos! repuso el ginebrino con cierta solemnidad.

Y de repente, cambiando de entonacion, continuó:

—Pero usted es jóven, muy jóven para apreciar los prodigios de la botánica. ¡Ay! cuando la muerte descienda sobre mis párpados no tendré un hijo, ni un pariente, ni un heredero á quien legar algunos secrétos que poseo, fruto de largos y penosos estudios.

Jacobo dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si en aquel momento se apoderara de su corazon una terrible melancolía.

Carolina se sintió preocupada.

Aquel viejo le inspiraba tres distintos efectos: desprecio, compasion y miedo.

Estos efectos se sucedian en su corazon, á manera que brotaban de los labios descoloridos y delgados de Jacobo las misteriosas palabras que nos ocupan.

Por fin, queriendo terminar aquella escena, se puso en pié y dijo:

—Puesto que usted acaba de proporcionarme lo que buscaba, solo me resta satisfacer su valor.

—Nada, caballero.

—¡Cómo! usted no confecciona estas drogas para regalarlas. Además, yo puedo pagar.

—He dicho que nada, repitió el ginebrino dirigiendo una mirada llena de ternura á Carolina; su presencia de usted me recuerda la pérdida de un hijo, único consuelo de mi vida. ¡Pobre Horacio!

Y Jacobo se llevó las manos á los ojos, como para enjugarse una lágrima.

Carolina apenas se atrevia á interrumpir el dolor del anciano...

Guardó el pomo, y dijo:

—Siento no poder ofrecer á usted mi casa y mi persona... tal vez mañana... Hoy envuelve un misterio mi vida.

—Lo he comprendido, repuso Jacobo levantando la frente con la gravedad de un profeta. Jóven, si algun dia necesita usted de la esperiencia de un viejo que ha recorrido el mundo en busca de los secretos de la ciencia, no tema usted llamar á mi puerta; su edad, su rostro me recuerda un objeto harto querido para mi corazon: á mi querido hijo, á mi pobre Horacio.

Carolina salió casi aturdida.

En aquel anciano habia encontrado una mezcla estraña.

En ciertos momentos le habia inspirado repugnancia; en otros, respeto.

Sin embargo, estaba interiormente contenta de haberle conocido.

—¿Quién sabe? se dijo hablando consigo misma: tal vez mañana pueda serme útil. La vida que voy á emprender puede conducirme hasta el crímen, porque camino en pos de la venganza.

Jacobo el ginebrino mientras tanto, apenas habia salido la marquesa, se levantó de la butaca, se quitó la bata, se puso un ancho gaban y una gruesa bufanda, y salió detrás de ella, diciendo:

—Creo que el recuerdo de mi hijo Horacio le ha enternecido. Soy un cómico regular; pero, ó mucho me engaño ó en la comedia representada por el marqués de Fontan, debe haber

ejecutado algun papel este muchacho que acaba de salir. Veamos adónde tiene el nido.

Una vez en la calle, miró en derredor suyo, y solo vió un coche que se dirigia precipitadamente hácia la calle del Príncipe.

Jacobo se detuvo, diciendo:

—¡Bah! por esta vez he errado el golpe; pero yo la encontraré.

CAPITULO V.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

Aquella misma noche, la marquesa de Fontan se hallaba en su dormitorio de la casa del camino de Fuencarral.

Serian las doce y esperaba á Arturo.

Sentada cerca de la chimenea, sobre la cual se veia el frasco de porcelana que pocas horas antes le habia regalado el doctor Schuff, se hallaba en uno de esos instantes en que toda la fuerza, toda el alma, por decirlo así, se reconcentran en una idea, en un pensamiento.

Carolina tenia un libro en la mano, pero sin leerlo.

Su hermoso rostro, sombreado por una tristeza infinita, sus ojos fijos en la trémula llama de la chimenea, parecian demostrar el intranquilo estado de su espíritu.

Aquella mujer arrojada de la casa de su esposo cuyo lecho habia mancillado, se hallaba entregada á esa vida de los recuerdos en que la conciencia toma una parte activa.

Esposa adúltera, al encontrarse sola consigo misma, sentia algo vergonzoso sublevarse en su espíritu.

En aquellos momentos de soledad se creia culpable, y un destello de arrepentimiento asomaba en su alma.

Pensaba asímismo cuál seria el fin que debia deparanle la suerte; pero en medio de estas dudas, de estos temores, la idea de la venganza, chispa del infierno, inflamando su sangre, le hacia erguir la cabeza y afrontar el peligro.

Entonces era cuando, revestidas de un color sangriento, pasaban en tropel por su mente todas las palabras del doctor Jacobo, y la fatal caja se aparecia á sus ojos; porque ella encerraba la vida y la muerte, y Carólina no estaba lejos de sentir los terribles deseos de matar.

—La fatalidad, se decia en ese lenguaje mudo de la imaginacion, es la que me ha hecho conocer á ese médico: sus palabras queman mi alma, porque respiran la muerte.

Y Carolina, asaltada por el vértigo de la rabia, hacia rechinar los dientes, apretando entre sus manos el libro.

Así la encontró el vizconde de Villafort.

—¿Qué tienes? le preguntó: estás pálida.

Y cogiéndole las manos, continuó:

—Tus manos arden.

—Arturo, repuso Carolina: hace una hora que sufro horriblemente, el crímen no se comete en vano.

Arturo soltó una carcajada.

—Puedes burlarte cuanto quieras, pero algun dia apreciarás lo que ahora desprecias.

—Puede ser, contestó el vizconde dejándose caer en una butaca, y tomando una de esas posturas inconvenientes; pero

mientras llega ese dia, espero que me permitas no ocuparme de él.

Y Arturo sacó un cigarro, y lo encendió con la mayor indiferencia. Carolina, inclinando la cabeza, guardó silencio, preocupada por el recuerdo de su pasado.

—Veo, querida, que esta noche tienes un aire melodramático capaz de espantar al buen humor: haces mal. Cuando el dinero está puesto sobre la carta, no queda otro remedio que esperar el juego con indiferencia: si se gana, bien; si se pierde, paciencia.

—¿Piensas que es el miedo lo que me preocupa?

—¿Pues qué es entonces?

—Ni yo misma puedo esplicarme lo que me pasa. Esta noche he ido á ver al doctor Jacobo Schuff.

—¡Ah! vamos, te habrán afectado los esqueletos que, segun he oido decir, tiene en su gabinete.

—No soy tan supersticiosa: los muertos no hacen daño á nadie, pero sobresaltan la conciencia de los que les sobreviven; sobre nosotros pesa la sangre de Leoncio.

Arturo se encogió de hombros, y despidió una bocanada de humo, diciendo:

—Carolina, dejemos en paz á los muertos.

—Sí, tienes razon: á nada conduce hablar de ellos, puesto que no tenemos el poder de devolverles la vida que les quitamos.

—¿Con qúe dices que has visto al doctor Jacobo? preguntó Arturo, como deseando cambiar de conversacion.

—Sí.

—¿Y tenia lo que buscabas?

—El agua prodigiosa que debe trasformar el color de mi piel, se encierra en esa redoma.

Y Carolina indicó la que se hallaba encima de la chimenea.

—Haces bien en llamarla prodigiosa, si produce el efecto que deseamos.

—Así me lo ha prometido.

—¡Pstchs! ¿quién sabe si ese Jacobo Schuff es un charlatan?

—Ese hombre, repuso Carolina, posee secretos terribles, Arturo; secretos que encierran la muerte.

—Todos esos médicos ambulantes dicen lo mismo, como si en España se desconociera el efecto del arsénico y sus compuestos; creeme, querida: para mí, el veneno de los Borgias es una fábula. Soy incrédulo: no puedo persuadirme nunca que una gota de un líquido bebido hoy á las doce de la noche, produce la muerte al año justo y á la misma hora; pero no hablemos de eso, porque voy á tener sueños espantosos. ¿Cuándo piensas probar esa agua santa?

—Mañana.

—¿Y se necesita mucho tiempo para que produzca efecto?

—Seis dias.

—Perfectamente: porque mis amigos arden en deseos de conocerte; tales son los elogios que de tí les he hecho. Además, esta vida que pasas me lastima: tú, tan acostumbrada á la animacion, al mundo, vives hoy hecha una monja. Pero alegra ese rostro, y gózate de antemano en las humillaciónes que vas á hacer sufrir á tu estúpido marido. ¡Imbécil! le hubiera traido mas cuenta no darse por ofendido.

—Sí, tienes razon, Arturo, esclamó la marquesa; Francis-

co de Fontan ha sido un cobarde, un miserable, puesto que sabia nuestros amores, y faltándole valor para colocarse frente á frente de su culpable esposa, fingió un viaje, fraguó una emboscada con el objeto de arrojar sobre mí la mancha de un presidio; y luego... luego, viendo burlado su deseo, me obliga á abandonar para siempre mi posicion mi sexo, mi puesto en la sociedad, haciéndome pasar á los ojos de todos por una mujer débil, malvada, que se suicida acosada por remordimientos. Pues bien, sí, yo me levantaré delante de él, yo escupiré su rostro, y la mujer á quien obligó á vestirse con un traje que no le corresponde, no tendrá piedad ni de su cobardía ni de sus canas.

—Perfectamente: me gustas mucho mas cuando te revistes de tu verdadero carácter de demonio, que cuando te veo débil y abatida.

—¡Arturo!

—¡Bah! ¿te ofenden mis palabras? Haces mal; nosotros dos siempre hemos de vivir unidos; yo no te abandonaré nunca: no te disgustes, pues, por una comparacion mas ó menos fuerte. ¡Ah! me olvidaba decirte que he visto á mi señor padre, el cual ha tenido hoy mismo una larga conferencia con tu ilustre esposo. De esta conferencia ha resultado que el marqués de Fontan te señala una renta de cuatro mil duros anuales, dándote el capital en papel del Estado. ¡Rasgo de generosidad fabuloso!

Y Arturo se rió con loca alegría.

—¡Cuatro mil duros! repitió la marquesa. ¡Oh! tu padre no habrá accedido: eso es una miseria; con ese dinero apenas tengo para pagar la casa y los criados.

—Qué quieres: dice que para vivir con la modestia que

requiere una mujer culpable que se arrepiente, basta con eso.

—¡Infame! Pues bien, yo rehúso: yo no acepto.

—Harias muy mal, porque ahora es tarde para arreglar con ventajas la cuestion de intereses; debíamos haberlo hecho antes de que te pegaras un tiro.

—Pero ¿y si yo me presentara á desmentir la farsa?

—El marqués se halla dispuesto á todo, y te envolveria en una causa criminal por usurpacion de estado civil.

—No se atreveria.

—Desconfia de los cobardes; son capaces de todo, hasta de la calumnia. Pero la renta que te señala debe importarte poco. Yo soy rico.

—Sin embargo, es una humillacion.

—Que tú debes añadir al catálogo de tus rencores, y perfeccionarte todo cuanto puedas en tu nuevo estado de hombre y de baron italiano. ¡Oh! tengo gana de ver el efecto que producirás en ese mundo donde viven los calaveras de Madrid.—Pero no temas: yo tengo bien sentada la reputacion entre ellos, y todos saben de antemano que te defiendo.

Carolina cogió cariñosamente una mano de Arturo, y dando á su voz una de esas modulaciones que vibran desde el alma de una mujer apasionada, le dijo:

—Arturo mio... tú me conoces... tú sabes de lo que es capaz mi corazon... amar y aborrecer: hé aquí las dos pasiones que me dominan, que me empujan al bien ó al mal. Por tí lo he olvidado todo, por tí nada temo. Si me olvidaras, si lo que hoy es amor fuera mañana indiferencia, si otra mujer ocupara en tu corazon el puesto que yo sola merezco, entonces... ¡pobre de tí! ¡pobre de ella! ¡pobre de mí tambien!

Los ojos de la marquesa brillaron de un modo amenazador.

Era la mujer que, concebida una sospecha de celos por el hombre á quien se lo ha confiado todo, vé ante sus ojos un mar de sangre donde se ahoga su pasion amorosa.

Arturo permaneció tranquilo, indiferente.

Para aquel jóven corrompido, el amor era un juego, el corazon un órgano indispensable para la vida.

Tal vez en aquel momento pensó en la pérfida intriga que tramaba contra la honra, contra la tranquilidad, tal vez contra la vida de Andrea.

Pero Carolina aún no sospechaba nada.

Arturo, con el pretesto de disponerlo todo, salia muy temprano de casa, regresaba á las doce, y pasaba al lado de la marquesa hasta las seis, hora en que tornaba á salir, volviendo á las doce.

Arturo abrazó á Carolina, dándola un beso en la boca.

—¡Celosa! le dijo: serias capaz de comprarle al doctor Jacobo un veneno para matarme, si te engañara.

Carolina dejó caer su cabeza sobre el pecho de Arturo, sin responder.

Aquella jóven era una fiera que en ciertos momentos domesticaba el amor.

CAPITULO VI.

AMOR SIN RIESGO.

El elixir del doctor Jacobo produjo un resultado maravilloso. Carolina, de una blancura estremada, se convirtió en una morena encantadora.

Ni una mancha en el cutis, ni un indicio que indicara la trasformacion.

Si á esto se añade la célebre pomada de los *Cinco tigres* y el traje de hombre que llevaba con el desembarazo de un jóven atrevido y calavera, se comprenderá que no era tan fácil que fuera reconocida.

Además, la marquesa de Fontan habia muerto para todos, y esto no dejaba lugar á la duda ni á la sospecha.

Pasaba plaza el marqués de hombre formal y honrado, y nadie le hubiera creido capaz de inventar semejante farsa.

Terminada su trasformacion, Carolina se colocó delante de

un espejo, permaneciendo algunos segundos contemplándose en silencio.

Luego fué á buscar un retrato suyo con traje de mujer, y lo colocó cerca del espejo, como deseando compararle consigo misma.

Una sonrisa que manifestaba claramente su satisfaccion, asomó á sus labios.

La trasformacion era completa.

Carolina, tenazmente fija delante del espejo, parecia gozarse viendo su efigie reproducida en el cristal.

Sin duda en aquel momento, la halagadora idea de la venganza agitaba su corazón.

—Sí, estoy completamente trasformada, se dijó hablando consigo misma; pero el marqués de Fontan me reconocerá: él sabe que existo, él sabe que mi corazon late todavía; pero él ignora de lo que soy capaz. En cuanto á los que me conocian, no temo que encuentren en el baron Filiberto de Soany á la marquesa de Fontan; cuando mas, notarán en mí un remoto parecido: sospecha que mi conducta sabrá desvanecer. Para eso me faltará una querida.

Y Carolina soltó una carcajada.

—¡Una querida! repuso: esto va á divertirme mucho. Mi doncella Felicidad representará ese papel. Tengo confianza en ella.

Y diciendo esto, tiró del cordon de la campanilla.

La doncella Felicidad se presentó en el gabinete.

—¿Ha venido Arturó? preguntó.

—Nó señora.

Carolina miró la muestra de su reloj.

—Se va acercando la hora.

—¿No es á media noche cuando el señor baron da la cena á sus nuevos amigos? preguntó Felicidad, enviando á su ama una sonrisa maliciosa.

—En punto de las doce.

—Entonces aún faltan dos horas: queda tiempo.

—Siéntate, y escúchame, dijo Carolina.

Felicidad obedeció.

—Tú sabes, hija mia, dijo la marquesa con cariñoso acento, que jamás tuve secretos para tí. Por otra parte, no he tenido tampoco motivo de arrepentirme, pues siempre me serviste con fidelidad.

—Y mediante Dios, espero ser siempre la misma.

—Así lo espero. Te conozco lo suficiente, y sé que por servirme no te arredra nada: por eso mismo voy á proponerte que á los ojos de aquellos que de hoy en adelante serán mis amigos, aparezcas como mi querida.

Felicidad miró á su ama, procurando dominar la risa que aquella proposicion le causaba.

—Puedes reirte; lo que te propongo debe parecerte estraño.

—Y tanto, señorita, qué me ha parecido que era una broma de usted.

—Tú comprenderás, continuó Carolina, que un jóven que va á representar el papel de calavera, no puede vivir sin una querida; y no basta que la tenga, sino que es preciso que la enseñe á todo el mundo, que la lleve al teatro, que la pasee en su coche. ¡Oh! la vida que voy á emprender tendrá mucho de escándalo... y tu reputacion perderá bastante en la áparien-

cia. No quiero, pues, violentarte, y te permito que lo pienses con detenimiento antes de tomar el papel que te ofrezco.

Por un momento, Felicidad se quedó pensativa; pero pronto, venciendo á la prudencia la irreflexion de sus pocos años y su carácter, contestó:

—Acepto, porque presiento que vamos á reirnos mucho con esta aventura.

La doncella Felicidad sacrificaba su reputacion á los ojos del mundo, conservando puro su cuerpo. Esto era un juego, que por lo estraño le divertia.

Arturo entró en el gabinete.

—¡Bravo! ¡bravísimo! esclamó contemplando á Carolina. Desafío á que te conozca nadie, ni aun el poderoso y sublime diplomático marqués de Fontan. ¡Oh! estás hecho un verdadero *leon* parisien. Mis amigos van á tener pronto celos de tí: por cierto que esto va á costarme algunos desafíos.

—En ese caso, el señor vizconde de Villafort permitirá al baron Filiberto de Soany que ventile por sí mismo sus asuntos.

—¡Batirte tú!

—Pues qué, ¿desconfias de mi destreza?

—No; pero...

—Vamos, querido Arturo, el drama va á comenzar; y quién sabe si algun dia tú y yo cruzaremos las armas con el deseo de atravesarnos el pecho.

—¡Oh, eso nunca!

—Me inspira poca confianza tu fidelidad.

—Carolina, entre las criaturas existe un lazo que no se rompe nunca.

—¿Y qué lazo es ese?

—El crímen, contestó Arturo sonriendo.

—Tienes razon, murmuró la marquesa preocupada.

Y luego, cogiéndose del brazo de Arturo, dijo:

—Vamos, condúceme á mi nueva habitacion, y no olvides que al traspasar los umbrales de esta casa, el nombre de Carolina se pierde en los desiertos frios del olvido.

—Sí, querido Filiberto de Soany, vamos adonde nos espera la alegría, la gula y Baco.

Carolina al salir dirigió una mirada á su doncella, diciendole:

—Tú, hija mia, esperarás aquí mis ordenes. Ya sabes que me perteneces.

Y luego, dirigiendo la palabra al vizconde, continuó:

—La he nombrado mi querida.

—¡Tu querida!

—¿Puede un jóven de mis prendas vivir sin el amor.

—Tienes razon: me habia olvidado anotar ese gasto en el presupuesto. ¡Diablo! es la partida mas esencial, mas indispensable.

—Y la mas cara. Adios, Felicidad.

CAPITULO VII.

CUATRO SÉRES FELICES.

En la casa destinada al baron Filiberto de Soany, se hallaban reunidos cuatro jóvenes, amigos íntimos de Arturo de Villafort.

Ocupaban el comedor, pieza decorada por el gusto y el refinamiento de un verdadero sibarita, donde los trofeos de caza disecada que en elegantes óvalos de roble colgaban de las paredes, los abundantes aparadores repletos de botellas, los cómodos divanes, las perezosas butacas, y el grato y vivificador fuego de la chimenea, proclamaban el buen gusto de su dueño.

Amadeo Polviany, uno de los convidados, conversaba, llevando como familiarmente se dice la *batutta*, con tres jóvenes, mientras saboreaban á pequeños sorbos el embriagador agenjo que abre el apetito.

De estos tres *dandys* que bebian y fumaban con el conde

Polviany, solo uno merece ocupar nuestra atencion, pues los otros poca parte toman en el trascurso de esta fábula.

Narciso de Rioalto era un muchacho de diez y nueve á veinte años.

Su estatura, mas bien pequeña, sus cabellos rubios, sus ojos azules y velados por esa imperceptible sombra de la tristeza y la timidez, nunca miraban enérgicamente al que tenia delante. Su mirada, por decirlo así, tenia algo de oblícua, como los rayos de la luna cuando nace en el mar, dándole un carácter de novicio á los ojos de todos aquellos que no le trataban á fondo.

Pero sus íntimos amigos sabian que Narciso tenia la mano tan pronta y el corazon tan resuelto, para vengar un agravio, como un aventajado espadachin de profesion.

En el jóven que nos ocupa, la corteza era precisamente la contraposicion del fondo.

Narciso era hijo único de un rico banquero que se habia retirado de los negocios con una fortuna colosal; pero su padre, escesivamente avaro, solo le señalaba doscientos reales al mes para los gastos de jóven.

Tratándose de un jóven como Narciso, esta cantidad era una miseria que no le alcanzaba ni para fumar; por lo que tomaba cantidades á cuenta de su fortuna, sin importarle el interés, pagaderas á la muerte de su padre.

Por otra parte, don Patricio de Rioalto era uno de esos padres tiranos que ponen cara de perro á sus hijos y les hablan de usted cuando se incomodan, y que adquiriendo la costumbre de castigarles cruelmente cuando son pequeños, se creen con el derecho de hacerlo del mismo modo cuando llegan á ser hombres.

Así es que muchas veces Narciso se veia obligado á sufrir las duras reconvenciones de su padre, y aun los golpes que le prodigaba.

Esto le habia hecho hipócrita, y nunca miraba frente á frente á su padre, siendo en su casa un ángel y un demonio cuando se veia libre del yugo paterno.

Don Patricio tenia mandado á su hijo que se retirara á las once en punto, hora en que todo el mundo debia, segun él, acostarse; pero Narciso solia levantarse, y saltando por una de las ventanas de su cuarto al patio, le abria el portero la puerta de la calle y entonces, como el pajarillo que recobra la libertad, batia las alas á su antojo, cometiendo mil calaveradas.

En cuanto al cariño, al amor de hijo, Narciso no lo habia conocido nunca. Para él, su padre era una argolla de hierro que deseaba romper.

Le miraba como se mira un tirano, y nada mas; no recordaba que nunca le hubiera un dado un beso. Su único sueño era pensar que, muerto el autor de sus dias, seria dueño de una fortuna colosal, y dueño asímismo de su voluntad.

Don Patricio hacia estudiar á su hijo la carrera de leyes, ocupándole además dos horas por la tarde en llevarle la correspondencia, para acostumbrarle al trabajo; pero este sistema de rigor solo producia el efecto contrario.

Cuando la ocasion se presentaba propicia, Narciso se apoderaba de algun billete del Banco de España, señalando con alguna calaverada este robo doméstico.

Cuando el amor, el juego ó la amistad, proporcionaban á Narciso la ocasion de pasar la noche fuera de casa, el jóven saltaba por la ventana, confiando en la complicidad del portero.

Don Patricio vivia creyendo que su hijo era un muchacho humilde y obediente.

La noche que nos ocupa, Narciso no representaba entre sus amigos otra cosa que un prófugo del hogar doméstico.

Bien es verdad que en estos momentos el jóven Rioalto solia burlarse de la confianza de su padre, prometiendo vengar las humillaciones que le hacia sufrir, cuando Dios tuviera á bien llamarle á la otra vida.

—Señores, dijo Amadeo Polviany: preciso es confesar que no hay un hijo mas sumiso, mas dócil, que este rubio que tenemos al lado. Vedle impasible, con la mirada tranquila, la frente serena, y tal vez en este momento su adorado padre recorre en calzoncillos, y con una bujía en la mano, su habitacion.

—Dios me libre de semejante cosa, contestó Narciso riendo: ¡pobre de mí si el respetable señor don Patricio de Rioalto, no me encontrara hecho un ovillo en mi modesta cama! Mañana tendria en mi casa otro Dos de Mayo.

—Yo por mi parte, repuso Amadeo, confieso que te admiro. Si tuviera padre, y sobre todo, padre de las condiciones del tuyo, no me atreveria á lo que tú te atreves.

—¡Ah, querido Amadeo! ¿qué esclavo no se esfuerza en romper las cadenas que le sujetan? ¿qué cautivo no hace mil locuras por gozar de libertad?

Y Narciso, exhalando un suspiro en son de burla, saboreó un sorbo de agenjo.

—Verdaderamente, dijo uno de los jóvenes, tienes un padre insoportable.

—Chico, á mí no me sucede así, repuso otro.

—Mi padre, lo confieso con rubor, es un Angelo, tirano de Pádua. Su rostro taciturno y amenazador, me quita el apetito, me afecta los nervios. ¡Oh! ¡dichosa, bienaventurada sea la amistad! por ella vivo: sin ella seria el mas desgraciado de los hombres.

Los ojos de Narciso, por lo regular apagados, adquirian de vez en cuando cierto brillo, cierta vivacidad, que reanimando su semblante, cambiaban completamente su aspecto dulce y tímido por la desenvoltura y el atrevimiento.

—El dia que Narciso sea dueño de los doce millones que, segun la voz pública, posee su padre, Madrid va á dar un estallido, dijo Amadeo.

—El dia que eso suceda, sabreis de lo que es capaz Narciso de Rioalto.

—¡Gran dia aquel, Narciso!

—Cuando me hallo entre vosotros, cuando no tengo delante de mí al respetable autor de mis dias, se apodera de mi corazon un bienestar inesplicable, y mi carácter se cambia por completo. La hipocresía se convierte en franqueza, la modestia en atrevimiento. No quiero mentiros: aborrezco á mi padre, porque me ha hecho apurar hasta las heces la terrible copa de las humillaciones; porque su mano ha caido mas de una vez sobre mi rostro, sin reparar que peino barbas, como decia el Cid; porque tiene conmigo exigencias absurdas; en una palabra, porque el padre que busca por el terror el respeto, no ama á sus hijos, y es lógico que sus hijos no le amen á él.

Narciso terminó su perorata, y apoderándose de la copa, bebió con precipitacion, haciendo notar á sus amigos que se hallaba afectado.

—Yo, siempre que Narciso se reune con nosotros, me temo una catástrofe, repuso Amadeo. Figuraos por un momento que esa puerta se abriera, y se presentara en ella don Patricio de Rioalto.

Narciso se estremeció, é involuntariamente, dejando la copa sobre la mesa, dirigió una mirada á la puerta.

Sus amigos soltaron una carcajada.

Las mejillas de Narciso se sonrosaron de vergüenza, sus ojos brillaron de indignacion.

—No temas, Narciso, volvió á decir Amadeo: tu padre no te encontrará esta noche. Además, creo que tiene un sueño pesado; puedes estar tranquilo.

—Si mi padre se presentara en medio de nosotros, dijo Narciso con calma y dejando caer las palabras poco á poco, aunque disimulando la agitacion que le dominaba, si abriera esa puerta y me arrojara al rostro delante de vosotros uno de los insultos, una de las ofensas que me dirige cuando nos hallamos solos, entonces...

Narciso palideció. Sus ojos brillaron de un modo terrible, como si quisieran amenazar á los que tenia delante, y sus labios, perdiendo el sonrosado color, palidecieron y temblaron.

—Termina esos puntos suspensivos que me tienen con cuidado.

—Si lo que he dicho sucediera, vosotros sabríais de lo que soy capaz.

—¡Diablo! eso envuelve una amenaza á aquel á quien debes el sér, esclamó el conde Polviany.

—Os ruego que cambiemos de conversacion: la que hemos tenido hasta ahora me afecta los nervios.

—Sí, dices bien: hablemos del baron de Soany, de nuestro desconocido Anfitrion, del ilustre italiano que nos abre las puertas de su casa sin conocernos, dijo uno de los jóvenes.

—Amadeo podrá darnos noticias de él, repuso Narciso.

—Me encuentro á la misma altura que vosotros. Arturo no me ha dicho ni una palabra del baron Filiberto. Solo me indicó que le habia conocido en Italia, y que es un jóven digno por todos conceptos de nuestra amistad. Pero pronto saldremos de dudas: mirad.

Y Amadeo indicó el péndulo del comedor, que marcaba las doce menos cuarto.

En este momento entró Daniel á decir á los convidados que el señor baron Filiberto de Soany acababa de llegar con su amigo el vizconde de Villafort, y que se presentaria en el comedor tan pronto como se quitase un poco el polvo del viaje.

Los cuatro jóvenes entonaron un grito de *hossana* al oir la noticia.

CAPITULO VIII.

¡BRAVO! ¡BRAVÍSIMO!

No habia trascurrido aún media hora desde el aviso de la llegada del baron de Soany, cuando se descorrió el portier y se presentaron en el comedor Arturo y Carolina.

Todas las miradas se fijaron en aquel jóven imberbe y afeminado.

Arturo habia dicho la verdad con respecto á su hermosura; era efectivamente bello como Adonis, gracioso como el amor.

Amadeo no pudo menos de estremecerse, recordando á la marquesa de Fontan.

—Si no hubiera muerto, se dijo hablando consigo mismo, diria que es ella.

Pero luego, examinando los cabellos negros y el color moreno de Filiberto de Soany, se dijo:

—Tiene un parecido, y nada mas.

Todo esto sucedió en la mente del conde Polviany con la rapidez del pensamiento.

—Queridos amigos, dijo Arturo avanzando con la marquesa de la mano: aquí os presento al dueño de esta casa, á mi querido amigo el baron Filiberto de Soany, á quien espero que concedereis desde ahora vuestra amistad, y á quien tratareis con la misma franqueza que á mí.

Todos estrecharon la mano de Carolina, cubierta con un guante de piel de Suecia.

Las maneras, la desenvoltura, la conversacion de Carolina, estaban perfectamente en carácter con el papel que representaba en aquel momento.

Si alguno habia sentido el asomo de una sospecha, lo vió desvanecerse pronto.

Se sentaron á la mesa.

El apetito es poco parlanchin, y al principio se comió, cambiando alguna que otra pregunta.

El vizconde de Villafort creyó prudente dar á conocer á su amigo el baron Filiberto, quién eran aquellos jóvenes que recibia en su casa y convidaba á cenar.

—¿Me autorizais para que yo mismo os dé á conocer? dijo.

Todos le otorgaron el permiso, aunque cada cual temió que Arturo cometiera una de sus muchas locuras.

El vizconde habló de esta manera:

—Amigo Filiberto, puesto que por ahora piensas ser español y servirte de la lengua de Cervantes, que tan bien aprendiste en Roma, justo será que yo ligeramente te diga qué clase de pájaros son estos que están sentados á tu mesa. Comenzaré por este (y Arturo puso la mano sobre el hombro de Ama-

deo, que se hallaba á su lado). Aquí tienes nada menos que al ilustre conde Polviany. Segun algunos viejos pergaminos encontrados en su biblioteca, los nobles antepasados de Amadeo toman su orígen de raza flamenca ó tudesca, no lo recuerdo bien. Fueron hombres de guerra que mas de una vez derramaron su sangre por sus reyes en el campo de batalla; pero este no piensa así: rico, soltero, solo é independiente, sus batallas se efectúan sin mas armas que el tenedor y la cuchara; es un gloton de primera fuerza: morirá, se lo tengo pronosticado, de un cólico.

Todos soltaron una carcajada, incluso Amadeo, porque no haciéndolo así, se hubiera puesto en ridículo.

—Sin embargo, continuó Arturo, es un buen chico, paga bien á sus queridas, y tiene siempre la bolsa abierta para sus amigos. ¿Estás contento del retrato?

—Es de mano maestra: bien se conoce que eres pintor.

Y Amadeo, cogiendo una copa, brindó á la salud del *Plutarco* de su vida.

—Este, continuó Arturo indicando á Narciso, es un hijo de familia y único heredero de su padre millonario. Mírale bien, querido Filiberto: es un lobo vestido con piel de oveja, una paloma con garras de buitre y pico de águila. Su padre, especie de dómine del siglo pasado, tiene siempre la *férula* suspendida sobre su cabeza: todas las noches le obliga á acostarse á las once, pero Narciso salta por una ventana y viene á reunirse con nosotros. Es un buen muchacho, y sabe en dónde tiene la mano derecha. Si alguna vez llega á poseer la fortuña de su padre, se la gastará en cuatro años, pegándose luego un tiro. Tiene buena sangre: te lo recomiendo cuando te veas en algun

lance apurado. Creo que no podrás quejarte de la pintura que he hecho de tí.

—No por cierto; y por lo mismo, imitando á mi amigo Amadeo, propongo un brindis.

Todos cogieron las copas.

—A la salud, dijo Narciso levantando la copa, del primer desafío que el amor de una española proporcione al baron de Soany.

El brindis fué aplaudido.

Carolina dirigió una mirada recelosa á Narciso, creyendo que le habria reconocido.

Arturo, despues de beber, continuó la relacion de los amigos:

—Este, dijo, se llama Elías Peña; es hijo de la condesa viuda del mismo nombre, fuma siempre brevas maduras de Cabañas, tiene buenos caballos de silla, juega fuerte en el Casino, ama á las mujeres ó por lujo, ó por vanidad, ó por pasatiempo, se bate una vez al año, y se vanagloria de no haber leido el *Quijote*. En una palabra, tiene de hombre la figura y las necesidades: he dicho.

La crítica era sangrienta; pero el enfadarse, ridículo é inconveniente.

Además, Elías era uno de esos tipos estúpidos que se comen su renta sin ocuparse mas que de sus vicios y sus caprichos, uno de esos séres que distinguen las *mulas* de los *caballos* por la altura de las orejas, y que como dice con mucha oportunidad un poeta moderno, *hablan y se llaman racionales porque sí.*

Elías propuso tambien un brindis, pero á su salud, que era

lo que mas le interesaba en el mundo, ó tal vez porque no se le ocurrió otro, pues no *le cabian dos cosas en la cabeza.*

—El último de los presentes, volvió á decir Arturo, es aquel: tiene cara de egoista, ¿no es verdad? pues no lo es. Su única aficion se reduce á la tauromaquia; no pierde una corrida de toros, se tutea con todos los toreros, les convida y aun viaja con ellos. Regala mas pronto una capa de dos mil reales á un diestro, que una peseta á un pobre; tiene en su gabinete quinientas divisas, ocho cabezas disecadas de toros célebres, cincuenta banderillas y otra multitud de trofeos que no quiero enumerar, y su única ambicion está reducida á matar un toro recibiendo ó de un *volapié.* Despues de esto, pruébame que no he dicho la verdad, y me bebo de un solo trago esta botella de Champaña.

Aquí terminó el vizconde sus retratos al vuelo, como dirian mis amigos Palacios y Rivera, y fué saludado con un aplauso unánime.

El vino comenzaba á trasmitir la alegría.

—Señores, dijo Amadeo, el vizconde de Villafort acaba de presentarnos con toda la desnudez de la verdad ante los ojos de este jóven; pido, pues, y pido con justicia, que del mismo modo nos haga el retrato del baron de Soany.

—Nada mas justo.

—Ha tenido un brillante pensamiento.

—¡Tienes genio!

—No tengo ningun inconveniente, repuso Arturo, dominando el entusiasmo de sus amigos, si es que el baron me lo permite.

—No solamente te lo permito, dijo Carolina, sino que te

suplico digas la verdad. La menor adulacion seria causa de mi enojo. Ya sabes que soy terrible.

—Entonces, llenad las copas y oid.

Todos bebieron. Arturo prosiguió de este modo:

—Mi querido amigo Filiberto, baron de Soany, nació en la hermosa ciudad de Nápoles... las olas de su brillante golfo arrullaron su cuna. No direis que no empiezo con toda la poesía que merece el cielo de Italia.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Ignoraba que fueses poeta! esclamó Amadeo.

—Prosigue, repuso Elías.

—Sí, sí, no hagas caso de las adulaciones, dijo Narciso.

—Pues bien, Filiberto nació en Nápoles de padres tan ricos como nobles. Su infancia, perfumada por las flores de aquella eterna primavera, trascurrió tranquila y serena. Niño mimado, lo educaron para no hacer nada, hasta que, andando el tiempo, el amor de una hermosa vino á darle alguna ocupacion: la de matar á un rival importuno de una estocada. Luego viajó por Francia, Suiza y Alemania. Yo le conocí en Roma, en donde corrimos algunas aventuras juntos; y por último, muertos sus padres, y dueño de un rico patrimonio, viene á España á no hacer nada, ó por mejor decir, á hacer la desgracia de algunos maridos y la felicidad de muchas mujeres. Yo, repitiendo los populares versos del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, termino mi relacion diciendo:

A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió:
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

El éxito fué completo.

Los bravos, los aplausos y las carcajadas, se confundieron con el choque de las copas.

Todos admiraron al baron Filiberto de Soany.

Aquel jóven barbilampiño tenia trazas de ser un segundo *Fobláis*. Esperaban mucho de él.

Carolina, comprendiendo que era preciso decir algo, propuso un brindis, y dijó levantando la copa:

—Brindo por la primera querida que tendré en Madrid antes de cuatro dias.

Este brindis fué el complemento de la alegría.

—Propongo otro brindis, esclamó Amadeo levantándose con la copa en la mano.

—¡Aceptado! ¡aceptado! repitieron todos.

—Brindo á la salud del primer galan que le robe la querida al baron Filiberto de Soany.

—Eso es un desafío, repuso Arturo.

—Que yo acepto anticipadamente, dijo Carolina.

Desde este momento las copas comenzaron á vaciarse con mas rapidez.

El desórden, con todos los encantos propios de la juventud, reinó en torno de la mesa.

Los convidados permanecieron juntos hasta las cinco de la mañana, hora en que se separaron.

Arturo y Carolina se quedaron solos.

Aquellas dos almas corrompidas, aquellos dos corazones viciados, iban á emprender un camino fatal.

Arturo, completamente borracho, se durmió en una butaca.

Carolina, que desde aquella noche se veia precisada á

vestirse sola, llegó con alguna dificultad á su dormitorio.

Los vapores del vino habian trastornado su cabeza, debilitando sus fuerzas; pero dispuesta á terminar su venganza, se dejó caer en su lecho soltando una carcajada.

Estaba ébria tambien como su amante.

—Ahora, dijo hablando en voz alta como si tuviera delante alguno, veremos, señor marqués de Fontan, si es usted tan fuerte para resistir mis insultos, como lo ha sido para inventar una farsa.

Y se quedó dormida.

CAPITULO IX.

EL ORIGINAL DELANTE DEL RETRATO.

Andrea cumplia su palabra.

Todas las mañanas permanecia el tiempo convenido asomada á la ventana.

Felipe desde la buhardilla, Arturo desde el cuarto segundo, cambiaban con ella espresivas y tiernas miradas.

Este doble juego halagaba su corazon, entretenia su coquetería.

Así trascurrieron algunos dias.

Una tarde, Andrea se hallaba en su casa hablando con Pepita, y le manifestó deseos de conocer el cuadro que pintaba el vizconde de Villafort.

—Cuando no esté en casa el señor vizconde, bajaré á verle, dijo.

—¿Y qué importa que esté? contestó Pepita.

—No, no, quiero bajar cuando él no se halle en casa; así podré con mas libertad...

—Será lo que usted quiera; pero permítame que le diga que eso es una rareza.

No tardó mucho en presentarse ocasion; fué al dia siguiente.

Andrea bajó al estudio del pintor, quedándose admirada de la semejanza del retrato.

Era ella misma asomada á una ventana, solo que el pintor se habia permitido algunas libertades para hermosear el cuadro.

Primeramente, Andrea llevaba un traje de campo tan caprichoso como elegante; luego, en su hermosa garganta, algo descubierta, se arrollaba un cordon de oro con una gruesa perla.

La ventana estaba muy lejos de ser como en el *original*: era uno de esos balcones antepechados, cubierto por todas partes de enredaderas y flores.

El horizonte, risueño y poético, dejaba ver la clara trasparencia de un hermoso dia de primavera, y algunas golondrinas se mecian en el espacio.

Andrea, inmóvil delante del cuadro, parecia gozarse en la contemplacion de sí misma.

Pepita no quiso interrumpirla, y se dijo para sí:

—Esto marcha. La vecina admira el cuadro; no está lejos el dia en que ame al pintor.

Pero esta pausa no podia ser muy larga; así es que alzando la voz, preguntó:

—Vamos, ¿qué le parece á usted el cuadro?

—Bellísimo, aunque creo que el pintor ha estado muy galante.

—Nada de eso; ha pintado la verdad.

—Pero ¿no me dijo usted que solo deseaba hacer un estudio de mi cabeza para un cuadro? y en este no veo mas figuras que la mia.

—Eso son caprichos de los pintores; pero preciso es que confesemos, que aunque el lienzo no tiene mas que una figura, es bellísimo.

Andrea guardó silencio, y como habia satisfecho la curiosidad, subió á su casa.

Apenas habia desaparecido del estudio del pintor, cuando, descorriéndose la cortina de la alcoba, se presentó Arturo.

Pepita entraba en este momento.

—¿Qué le parece á usted el original de cerca? preguntó con marcada malicia.

—Perfecto: esa muchacha tiene un encanto indefinible en el rostro. ¡Diablo! creo que cada dia me gusta mas. ¿Si acabaré por enamorarme? Aunque no lo creo, eso seria una estupidez.

Y Arturo, soltando una carcajada, se dejó caer en una butaca.

—Ahora, querida amiga, hablemos formalmente, volvió á decir Arturo.

—Estoy á las órdenes de usted, contestó Pepita sentándose.

—Esta conquista se prolonga demasiado: es preciso que demos el golpe decisivo.

—Creo, salvo el parecer de usted, que aún no se halla muy dispuesta la víctima.

—Un instante de aturdimiento lo decidirá todo, y cuando quiera retroceder será tarde.

—Creo prudente continuar un poco mas la farsa.

—¡Diablo! ya me canso de madrugar: todas las mañanas me veo en la precision de levantarme á las seis para venir á sentarme delante del caballete. Además, tengo otros negocios que me ocupan una gran parte de la noche, y como duermo poco, si esto dura voy á enfermar.

Y Arturo se sonrió maliciosamente.

—Yo ya comprendo que si usted tuviera en la casita de Chamberí á la vecina, seria mas cómodo.

—Y tanto; pero no tardará mucho ese dia. Sepamos á qué altura se encuentra usted con el viejo.

—¡Ah, señor vizconde! la conquista de don Leandro me parece mas difícil que la de su hija.

—¿De veras?

—Es un casto José. Cuando le miro se ruboriza, baja los ojos, tiembla como un recluta ante el enemigo, y casi siempre acaba por huir de mí.

—¡Bah! usted es aún bastante bonita para enloquecer á un hombre como don Leandro. Dé usted el golpe decisivo.

—No me atrevo.

—Pues, hija mia, es preciso. Se me ocurre una idea.

—Me asustan las ideas de usted, señor vizconde.

—Y á mí me disgustan los escrúpulos de monja. Lo que conviene es llevar á ese viejo á un baile: allí, con el estruendo, la algazara, y unas botellas de Champagne bebidas á tiempo, desaparecerán todos los escrúpulos.

Pepita agitó la cabeza en señal de duda.

—No opina usted como yo, segun parece. Tanto peor.

—Seria prudente dar tiempo al tiempo.

—¡Bah! he visto á través de las cortinas la emocion de esa jóven. Su alma se halla indecisa, se mantiene aún firme; pero asestando un golpe maestro el triunfo es mio. Me avergonzaria si no pudiera birlarle la novia á un estudiantuelo que vive en una buhardilla y que da lecciones para pagarse la carrera. Así, pues, amiga Pepita, fuera escrúpulos y arrostremos el todo por el todo: en último resultado, la robo y la llevo á mi nido; una vez allí, será mia, yo lo juro.

Pepita miraba con cierto respeto, mezclado de temor, al vizconde, comprendiendo que un hombre como aquel era un mal enemigo.

Arturo, durante la indecision de la hija de doña Aldonza, fué á sentarse junto á una mesa, y se puso á escribir.

Luego cerró la carta y entregándosela á Pepita, dijo:

—Confio á usted mi primera declaracion de amor á Andrea. Si ve una ocasion oportuna, le entrega esta carta. Tal vez lo que en ella le digo la decida á olvidar al estudiante. Las mujeres suelen tener una balanza en la cual pesan á sus amantes. Si nos pesa á los dos, creo que llevaré una gran ventaja.

Arturo se puso la capa, y continuó:

—Hasta mañana. Confio que tendrá usted buenas noticias que darme.

Y salió del estudio, y luego de la casa.

Pepita permaneció un rato con la carta en la mano y sin saber por qué decidirse.

Por último, se levantó y dijo:

—Cuando se tiene un amo tan exigente como el vizconde de Villafort, toda vacilacion es inútil.

Aquella misma tarde Andrea tenia en su poder la carta del vizconde de Villafort.

Hé aquí su contenido:

«Andrea, sueño constante de mi alma, imágen viva de mi pensamiento, ¿qué poder misterioso es el que ejercen en mi corazon sus ojos? ¿qué filtro misterioso he bebido en sus miradas? Yo amo á usted, sí, la amo como un insensato, como un demente. Rechace usted este amor que la ofrezco, niégueme usted el que le pido, y me verá terminar mi existencia al pié de esa misma ventana que por espacio de algunos dias fué para mí el paraíso terrenal.—*Arturo, vizconde de Villafort.*»

La lectura de estas líneas causaron á Andrea una viva impresion.

Don Leandro observó que su hija estaba pálida, calenturienta; la creyó enferma, y la hizo meterse en cama, corriendo á casa de don Fernando á participarle lo que sucedia.

Pepita se posesionó al lado de la cabecera.

Don Fernando, siempre grave con la vecina del cuarto segundo, cuya vida aventurera le era conocida, condujo un poco apartado de la alcoba á don Leandro, y le dijo:

—Debe usted procurar que no intime mucho su hija de usted con la vecina del cuarto segundo. Hay amistades que no son convenientes, porque...

Fernando se detuvo, viendo que su amigo se encogia de hombros.

—Es usted terrible contra esa pobre jóven, dijo el músico.

—Y usted un infeliz que confia del que debe guardarse.

—No comprendo esa antipatía.

—Es una aventurera.

Leandro hizo un gesto de incredulidad.

Don Fernando fijó una mirada serena y penetrante en su vecino, y repuso:

—Demos tiempo al tiempo.

CAPITULO X.

LOS BUENOS SERVICIOS DE UNA VECINA.

Aquella misma noche, Felipe, segun costumbre, fué á visitar á Andrea.

—¡Ah, querido amigo! le dijo don Leandro: mi hija está enferma; tiene un calenturon terrible.

—¡Cómo! preguntó Felipe sobresaltado.

—Sí, lo que usted oye.

—Pero ¿han llamado ustedes al médico?

—¡Pues ya lo creo!

—¿Y qué dice?

—Dice que debe guardar cama un par de dias: que espera que no sea nada.

Felipe hubiera dado la mitad de su vida por pasar la noche junto á la cama de Andrea, por asistirla, porque la amaba con toda su alma; pero don Leandro no le dijo que entrara, y á eso

de las diez, triste y abatido, se vió en la precision de retirarse sin verla.

Pepita pasó la noche en la alcoba de Andrea.

Lo que las dos vecinas hablaron, es un secreto que no hemos podido averiguar todavía.

A la mañana siguiente, Andrea se encontraba algo mas aliviada, y su padre, teniendo que salir á una misa, dejó á Pepita el cuidado de asistir á Andrea.

Entonces Pepita, viéndose dueña del campo, corrió á la ventana del comedor.

Arturo se hallaba en su estudio, y le hizo una seña.

Poco despues, Andrea lanzó un grito viendo entrar en su alcoba al vizconde de Villafort.

Pepita estaba allí con ellos.

—¡Por Dios, señorita! dijo precipitadamente Arturo: dispense usted mi atrevimiento; he sabido que se hallaba usted mala, he visto salir á su señor padre, y no pudiendo resistir al deseo que me devoraba de saber por mí mismo el estado de su salud, he subido. Ahora, espero el castigo de mi audacia.

El vizconde inclinó humildemente la cabeza. Su voz era dulce, su acento conmovido.

Andrea, que se habia cubierto la cara con las manos, se tranquilizó, y mirando al vizconde, le dijo:

—Caballero, tenga usted la bondad de retirarse.

Arturo exhaló un suspiro y se dispuso á obedecer, cuando Pepita, enviando á la enferma una sonrisa de confianza, dijo:

—¿A qué viene ese temor? ¿No estoy yo aquí? ¿No es Arturo un buen amigo de usted? ¿Qué tiene de particular que, interesado por su suerte, suba á ver cómo se encuentra?

Arturo y Andrea guardaron silencio.

Aquella situacion era difícil para la jóven; estudiada para el vizconde.

Ella callaba, porque la presencia de aquel hombre le inspiraba miedo; él guardaba silencio, porque de este modo representaba mejor su papel de tímido y verdadero enamorado.

Por fin, Arturo habló de este modo:

—Me retiro. Conozco que mi presencia importuna á esta señorita.

Y saludando, salió de la alcoba, no sin fijar una mirada llena de amorosa ternura en Andrea.

—¡Ah! es usted muy cruel con Arturo, dijo Pepita. ¡Si viera usted cuánto la ama!... ¡Jesús! siempre me está hablando de usted. Verdaderamente Felipe puede estar orgulloso de verse amado como usted le ama, puesto que por él, un pobre estudiantillo sin patrimonio y sin porvenir, desprecia usted nada menos que al vizconde de Villafort, jóven millonario y con un carácter y un corazon de ángel.

Las palabras de Pepita producian un ruido estraño en la cabeza de Andrea.

Sin embargo, callaba.

De pronto se incorporó en la cama, como movida por un impulso sobrenatural, y dijo:

—Ruego á usted que no me hable mas del vizconde: nos separa una gran distancia.

—Error grave, amiga mia. Cuando dos corazones se aman, vencen todas las dificultades, acortan todas las distancias. ¿Pues qué, el amor no lo allana todo? ¿Cuántas muchachas pobres, con menos motivos que usted, llegaron á ser

grandes señoras? ¡Ah! ¡si conociera usted á Arturo, no diria eso!

Andrea, que habia hecho un esfuerzo, se dejó caer en la cama y cerró los ojos.

Una sonrisa maligna asomó á los labios de Pepita.

—Ella lucha, se dijo: ella sucumbirá.

. . . . . .

Dos dias despues, Andrea se hallaba restablecida, y Pepita propuso á don Leandro que la dejara ir á un baile.

—Usted vendrá tambien con nosotros, le dijo: iremos disfrazados. ¡Oh! verá usted cuánto nos divertimos. Ya tengo los billetes: me los ha regalado un amigo de mi madre que es contador de la sociedad que da el baile.

—Pero, hija, ¿qué quiere usted que haga yo en un baile? repuso don Leandro.

—¡Toma! lo que haremos nosotras: divertirnos viendo bailar y viendo trajes de máscaras.

—Si quisiera venir don Fernando...

—¡Bah! no convide usted á ese señor: siempre pone una cara de pocos amigos.

—Sin embargo, es un buen sugeto.

—Lo será; pero á mí me encocora.

—El pobre don Fernando no tiene muchas simpatías.

—¿Cómo quiere usted que las tenga, si segun se dice es un tirano?

—Pues yo puedo asegurar á usted que no hay nada de eso.

Y volviéndose á su hija, continuó:

—¿Qué dices tú del baile?

—Yo, que iria de muy buena gana: ¡pasa una la vida tan sosamente!

—Pues bien, iremos, pero una hora no mas. ¿Y cuándo es la funcion?

—Pasado mañana: tenemos tiempo para arreglarnos los trajes. Para usted un dominó negro, y para nosotras dos elegiremos algun disfraz de capricho.

—Será preciso decírselo á Felipe, por si quiere acompañarnos.

Pepita hizo un gesto de disgusto, dirigiendo al mismo tiempo una mirada atrevida á don Leandro.

—¡Bah! esclamó: ¿qué falta nos hace nadie? Iremos mejor los tres solos.

—Sin embargo, puede ofenderse...

—¿Quién se lo ha de decir? Con que quedamos convenidos que pasado mañana echaremos una cana al aire.

Y Pepita, colocando familiarmente una mano sobre el brazo de don Leandro, le dijo con marcada intencion y bajando la voz:

—¡Oh! ¡qué ganas tengo de pillarle á usted con la careta puesta!

El pobre músico no supo qué contestar.

Aquella jóven le preocupaba, le aturdia.

Poco despues, encontrándose don Leandro solo con su hija, le dijo:

—Creo que será conveniente buscar un pretesto para no ir al baile.

—¡Cómo! despues de haber hecho confiar á Pepita... dijo Andrea.

—Hija, la verdad es que yo no he dicho nada.

—Pero ha dado usted á entender que accedia.

—Bien, sí, será lo que quieras; mas... no me gustan los bailes: de ellos sólo se sacan compromisos.

—¿No traerá Pepita los billetes?

—Sí, pero...

—¿Va usted á poner obstáculos? ¡Ah, esta esclavitud es insufrible!

—Vamos, Andrea, no quiero que te enfades: iremos al baile si así lo quieres, pero creo que debemos decírselo á Felipe.

Andrea nada dijo.

En aquel momento sentia una lucha secreta en su corazon.

Era indudable que el vizconde de Villafort se hallaria en el baile, y en este caso, la presencia de Felipe seria un inconveniente.

Por otra parte, ocultar la verdad á su amante, era una falta indisculpable.

—Yo creo, volvió á decir don Leandro, que cuando venga esta noche debes decirle lo que ocurre.

Andrea contestó:

—Padre mio, puesto que Pepita no lleva consigo á ningun jóven, creo que yo debo hacer lo mismo.

—Sí, pero Pepita no tiene novio, segun parece; si lo tuviera lo llevaria.

—¿Qué sabemos nosotros? Creo que debemos ir los tres solos.

Indudablemente, Felipe comenzaba á perder terreno en el corazon de Andrea.

Don Leandro se encogió de hombros.

Hacia tiempo que aquel padre condescendiente no tenia mas voluntad que la de su hija.

No estaba lejos el dia en que recogiera el fruto de su lamentable condescendencia.

CAPITULO XI.

UNA HERIDA SIN SANGRE.

Pepita y Andrea lo dispusieron todo con el mayor sigilo. Era preciso que no se enterara nadie, sobre todo don Fernando y Felipe.

Bien es verdad que Sofía y su padre frecuentaban menos la casa de Andrea desde que Pepita se habia metido en ella con todo el carácter de una íntima amiga.

Al mismo tiempo, Lorenzo, el primo de Felipe, visitaba todas las noches á don Fernando, y aunque este habia observado ciertas simpatías entre el jóven estudiante y su hija, no se dió por advertido, dedicándose á estudiar aquel amor naciente con su prudencia acostumbrada.

Andrea y Pepita convinieron disfrazarse de charras, ese traje airoso de las montañesas salamanquinas, y el paciente don Leandro se vió en la precision de rebuscar sus bolsillos para comprar algunas frioleras á su hija.

Se habian prometido no quitarse la careta; pero esto es bastante difícil, tratándose de jóvenes que pueden enseñar un rostro encantador á las miradas de los curiosos.

En cuanto á don Leandro, se le habia arreglado un dominó de una colcha de seda encarnada.

El músico puede decirse que se hallaba casi contento de tomar parte en aquella calaverada.

Sin embargo, la noche antes, al tiempo de acostarse, y mientras pensaba en lo que se iba á divertir en el baile, dirigió una mirada compasiva á sus botas, y no pudo menos de exhalar un suspiro.

La del pié izquierdo tenia la suela gastada, pero todo de una pieza, mientras que la del pié derecho presentaba un agujero del diámetro de una peseta en mitad de la planta.

Don Leandro habia invertido en cintas y otros artículos para el traje de su hija sesenta reales, toda su fortuna, y no pudo menos de convenir consigo mismo que por cuarenta reales hubiera podido comprar unas botas de dos suelas, muy á propósito para la estacion de los barros y las aguas, que era la que estaban atravesando.

Ir á un baile con los piés por el suelo, además de no ser muy higiénico, es algo ridículo, porque un baile no debe tenerse como artículo de necesidad, á no ser aquellas ó aquellos que acuden á él para hacer algun *negocio*.

Leandro se quedó contemplando el fatal agujero de la bota, reprendiendo interiormente su condescendencia, pero acabó por suspirar; y buscando en derredor suyo algo útil, tropezaron sus ojos con un trozo de papel de música, el cual, doblado en cinco dobleces y recortado, sirvió para tapar aquella in-

tempestiva ventana por donde el pié se familiarizaba con el barro y las piedras de la calle.

Hecha esta operacion ó compostura, no muy sólida por cierto, don Leandro se acostó, se durmió, y soñó que habia bailado una polka-mazurca con Pepita.

Llegó la noche deseada.

A las diez, Andrea y su padre debian bajar á casa de Pepita, y allí disfrazarse; pero el reloj de San Juan de Dios dió las nueve y media, y Felipe permanecia al lado de su prometida sin dar señales de retirarse.

El padre y la hija estaban impacientes.

El jóven estudiante, aunque sencillo de corazon, no habia dejado de observar cierta inquietud, cierto malestar en Andrea, que le preocupaba.

En vano en voz baja, durante la velada, le habia preguntado cien veces la causa de aquella frialdad.

Andrea le respondia siempre:

—No tengo nada, pero me duele la cabeza.

Cada una de estas contestaciones era un puñal que heria vivamente el pecho de Felipe; pero prudente y sufrido, tímido y verdaderamente enamorado, esperaba con resignacion que aquella nube se disipara, luciendo para su amor otros dias mas bonancibles.

Además, Felipe conocia el carácter de su amada.

—Es aturdida, exigente, imperiosa, se habia dicho muchas veces; pero el amor le hará perder esos pequeños defectos de carácter, propios de sus pocos años.

Felipe estaba en un error grave: error que causa la infelicidad de muchos matrimonios.

A las diez, Felipe, notando que el malestar de Andrea se hacia mas marcado, se levantó.

—Voy á retirarme, le dijo con timidez. Veo que esta noche ni aun tienes aliento para dirigirme la palabra: que te alivies.

Luego salió. Pero apenas habia subido el primer tramo de la escalera, sintió una opresion horrible en el pecho, viéndose precisado á apoyarse sobre las paredes.

El desden que habia notado en su amada, le habia hecho mucho daño.

De pronto oyó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse.

La casualidad le hizo fijar la atencion. ¡Y cuál no seria su asombro viendo á don Leandro y Andrea que, alumbrados por la débil luz de un fósforo, bajaban la escalera!

—¿Dónde irán? se dijo, sin poderse esplicar lo que veia.

Pronto terminaron sus dudas, porque los que bajaban se detuvieron delante de la puerta de Pepita, y llamaron.

Se abrió la puerta, y les vió entrar.

Entonces, como si le faltaran las fuerzas, y sin poderse esplicar él mismo lo que veia, se dejó caer sobre un escalon, quedándose sentado.

Allí, solo en medio de la oscuridad, hundió la frente en las manos, y como si un terrible presentimiento le atormentara, dos lágrimas de fuego se desprendieron de sus ojos, escaldando sus mejillas.

Afortunadamente, nadie pudo presenciar aquel abatimiento. Felipe estaba solo, sin mas testigo que las mudas paredes y las tétricas tinieblas de la escalera, menos tristes que los presentimientos de su alma generosa.

Trascurrieron algunos minutos: no supo cuántos; tal vez allí le hubiera sorprendido la luz del dia, á no ver romperse una parte de la oscuridad, efecto de una luz artificial que subia hasta donde él se hallaba.

Felipe se asomó, y su asombro creció de punto.

Doña Aldonza, con una lamparilla en la mano, alumbraba á dos aldeanas y otro individuo, hombre al parecer, que vestia un dominó encarnado.

Felipe creyó oir estas palabras:

—Que se diviertan ustedes mucho.

—Procuraremos hacerlo.

—Hasta mañana.

—No me espere usted; me llevo la llave, aunque es probable que vengamos pronto.

—Tengan ustedes cuidado á la salida; hace mucho frio.

—Ya, ya.

—Gracias.

Volvió á quedarse á oscuras la escalera: doña Aldonza se habia retirado; pero aquel diálogo resonaba de un modo espantoso en el cráneo y el corazon de Felipe. Habia reconocido todas las voces.

Era Andrea, su padre y la fatal Pepita, á quien odiaba el jóven estudiante, pues habia sido para él como una ave de mal agüero.

Súbitamente, como el hombre que despues de una terrible lucha durante la cual ha sido dominado por la duda y lo comprende todo, Felipe se irguió.

El infierno de los celos acababa de estallar en su noble corazon.

Ya no era el jóven tímido, apasionado: el soplo de la venganza, el fuego de la rabia centellearon en sus ojos; bajó la escalera con rapidez y salió á la calle.

A una corta distancia se divisiban tres bultos: embozóse hasta los ojos en la capa, y les siguió.

Pronto el farol del esquinazo de la calle del Ave María le afirmó en las sospechas que habia concebido.

Eran ellas; sí, ellas, acompañadas por un hombre.

Los celos ofuscan la imaginacion, abultan los objetos de un modo terrible.

Felipe no creyó que el del dominó encarnado fuera don Leandro.

Le creyó un rival odioso, un corruptor infame, un ladron de su felicidad.

Un vértigo se apoderó de su cerebro, y una idea de sangre cruzó como un relámpago por delante de su vista.

En este momento se sentia con valor para cometer un crímen; momento terrible en que todo se olvida, en que se cambia por completo la naturaleza del hombre, en que el sér mas dulce, mas pacífico, mas inofensivo, concibe el feroz arranque de *Otelo*.

Este momento, que pudo dar por fruto un drama sangriento, fué rápido.

Felipe se serenó, como el hombre que antes de descargar el golpe desea apurar hasta las últimas gotas de la copa de la amargura.

Pero al mismo tiempo que seguia su presa, dispuesto á destrozarla, un frio inesplicable, un desaliento enervador, se estendia por todo su sér.

Era que huian delante de él las risueñas, las bellas esperanzas de sus horas de amor y de ilusion; era que el perfume del amor que poco antes daba vida á su pecho, fuerza á su espíritu, acababa de morir, dejando en su lugar el frio de la muerte.

CAPITULO XII.

EFECTOS DE UN WALS.

Felipe se apretaba el corazon con una mano, y tenia la otra fuertemente cerrada.

Habia bastado un instante para cambiar por completo el temperamento de aquel jóven: tal es la influencia de los celos, de ese infierno del alma.

No está lejos el dia en que ofrezcamos á nuestros lectores una novela basada en esa pasion tan terrible como bastarda, que reasume ella sola todas las furias del averno: *Los celos.*

Felipe siguió á las máscaras muy de cerca, temeroso de perderlas. De la calle del Ave María llegaron á la de la Magdalena; de esta á la de Cañizares; luego, cruzando la de Atocha, entraron por la de San Sebastian á la plazuela del Angel.

El estudiante nada veia: su meta, su blanco, eran las tres máscaras que caminaban delante.

Los transeuntes que encontraba ante su paso los separaba bruscamente, sin detenerse á escuchar ni á responder á las invectivas é insultos que su modo de caminar ocasionaba. Despues de cruzar varias calles que Felipe no vió, se detuvieron en una delante de una puerta, en donde un gran farol iluminaba claramente gran parte de la acera.

Las máscaras entraron en aquella casa: Felipe detrás; pero subieron cuatro escalones y entregaron sus billetes á un hombre que se hallaba sentado cerca de la puerta.

Al lado de este hombre se encontraban dos guardias municipales que Felipe no vió hasta el momento que uno de ellos, deteniéndole, le dijo:

—Caballero, se olvida usted de dar el billete.

Felipe se detuvo avergonzado.

—¿Adónde está el despacho? preguntó.

—Allí tiene usted la taquilla, le dijo el municipal enseñándole una ventana donde algunos aficionados compraban por diez reales el derecho de dar tormento á las piernas ocho horas.

Felipe retrocedió y compró un billete.

Aquel obstáculo que le habia detenido, le hizo reflexionar.

Si se presentaba de aquel modo en el baile, seria inmediatamente reconocido. Era preciso, pues, dejar la capa y alquilar un traje: un dominó negro era lo mas cómodo.

Ellas se hallaban en el salon; no podian perdérsele porque recordaba sus trajes, sobre todo, el capuchon encarnado del acompañante.

Afortunadamente, Felipe habia cobrado aquella mañana toda la pension de su casa, la de él y la de su primo Lorenzo, pues se remitian las dos juntas.

Tenia en el bolsillo del chaleco una fortuna de veinticuatro duros en oro.

Era, pues, rico: podia arrostrar todos los compromisos de un baile.

Se dirigió al guardaropa, dejó la capa, y alquiló un dominó de terciopelo negro.

Despues de esto entró en el salon.

Se encontraba en un baile de máscaras por la primera vez de su vida.

Pronto vió en el salon á las que seguia: se paseaban cogidas del brazo.

El del dominó encarnado iba junto á ellas.

Felipe buscó un sitio desde donde pudiera observarlas, y fué á sentarse en una banqueta junto al sitio elevado que ocupaba la orquesta.

Poco despues, una máscara que vestia un elegante y rico traje á lo Luis XIV, se unió con las dos charras salamanquinas.

Hablaron los cuatro un momento, es decir, las dos montañesas, el dominó encarnado y el del traje á lo Luis XIV, y por último, cada una de las aldeanas se cogió del brazo de uno de los dos máscaras indicados.

Entonces Felipe dejó su puesto y fué á colocarse detrás de ellos.

En este momento apareció un cartelon sobre el tablado de la orquesta que decia:

POLKA MAZURCA.

Todo el mundo se dispuso á bailar; rompió la orquesta, y creció la algazara.

Felipe no pudo oir nada de lo que hablaban las máscaras que perseguia, las cuales fueron á sentarse en unas sillas, huyendo sin duda de las pisadas.

Felipe se arrimó á la pared, pero siempre cerca de ellas, sin perderlas de vista.

Toda su alma, toda su vida se habia reconcentrado en los ojos, porque solo este sentido corporal le era útil en aquel momento.

El tormento de Felipe durante aquella polka fué terrible, pues solo podia comprender que la conversacion de una de las montañesas y el del traje á lo Luis XIV era animada por parte de él, tímida y reflexiva por parte de ella.

Felipe adivinaba á Andrea debajo de aquel antifaz de seda negro, pues dejaba en descubierto parte de la barba y las hermosas y negras trenzas de sus cabellos.

Un celoso tiene muchas veces el don de la doble vista antimagnética; esto le hace mas desgraciado.

Felipe no apartaba sus miradas de aquellas dos parejas que, como él, olvidaban hasta la estrepitosa mazurca que bailaban los concurrentes.

Terminada la polka, las parejas que reasumian toda la atencion de Felipe se levantaron, y cogiéndose del brazo, se pusieron á dar paseos por el salon.

El estudiante, continuando su martirio, las siguió, pero sin poder oir nada de lo que hablaban.

Poco despues anunció el cartel un wals.

Los concurrentes se agitaron como un hormiguero; cada uno buscó su pareja, porque el wals, ese baile arrebatador, les brindaba con sus vueltas voluptuosas y fascinadoras.

El máscara que llevaba el traje á lo Luis XIV y su compañera, se dispusieron tambien para el baile.

Cuando Felipe vió que el caballero francés rodeaba con su brazo la esbelta cintura de la charra, sintió un vértigo y avanzó unos pasos con el intento de separarle; pero se detuvo, y se dejó caer en una silla casi desvanecido.

En este momento oyó á su lado una voz varonil que decia en son de burla:

—Hé aquí un escarabajo que se aburre grandemente.

Felipe volvió la cabeza con rapidez.

Buscó con los ojos al que le habia dirigido aquella chanza, pero como en aquel momento pasaban girando al voluptuoso compás de la música la charra y el caballero francés, volvió á dejarse caer en su silla.

Sin embargo, estas palabras, pronunciadas por una voz que le era harto conocida, llegaron hasta él:

—Por Dios, señor vizconde, no tan de prisa; nos vamos á caer.

Si en aquel momento se le hubiera caido la careta al joven estudiante, hubiera podido verse la estremada palidez de su rostro.

Pero dejando algunos instantes á Felipe, sigamos al vizconde de Villafort y Andrea.

Pocos momentos despues de entrar en el salon las dos vecinas y su pacífico acompañante, el vizconde de Villafort se acercó á saludar á Pepita, y esta le presentó á don Leandro, ponderándole las bellas cualidades de Arturo.

El músico era un hombre harto sencillo para que pudiera sospechar la trama que se urdia en contra de la honra de su

hija. Saludó al vizconde, y este le estrechó la mano de la manera mas franca y mas cordial del mundo.

En honor de la verdad debemos decir que don Leándro no sintió el encuentro de Arturo, y que le fué simpático aunque no le veia el rostro.

Propuso Pepita dar un paseo por el salon, y cogiéndose rápidamente del brazo de Leandro, le dió el ejemplo al vizconde para que ofreciera el suyo á Andrea.

La noche comenzaba bien, y don Leandro no encontraba nada estraño que un jóven diera el brazo á una jóven en un baile de máscaras.

Pepita principió á marear al pobre músico con su conversacion, diciéndole palabras que tenemos por conveniente dejar olvidadas en el fondo del tintero.

Leandro tenia mas de cincuenta años: no habia amado á mas mujeres que á su esposa y á su hija; el lenguaje de Pepita le daba escalofrios, le mareaba, le hacia sudar.

Mientras tanto, Arturo no perdia el tiempo, ponderando su inmenso amor y jurando que estaba resuelto á casarse aun á despecho de su padre.

Andrea escuchaba con cierta timidez mezclada de satisfaccion las protestas, los juramentos y las promesas de un jóven como el vizconde, y solo contestaba palabras ambíguas que ni cerraban ni abrian las puertas á aquel amor suplicante.

Llegó el wals.

Arturo invitó á Andrea, y esta fué á pedir permiso á su padre; pero Pepita, saliendo al encuentro de la pregunta, le dijo:

—Sí, baile usted, hija mia, baile usted; nosotros esperamos aquí.

Arturo se apoderó de la esbelta cintura de la jóven, estrechándola dulce y apasionadamente.

Desde este momento Andrea comenzó á aturdirse.

Arturo, conociendo las ventajas que adquiria, se aprovechó de ellas.

Andrea se dejaba llevar casi en el aire por el vizconde, cuyo aliento iba á estrellarse sobre su frente, cuyos suspiros penetraban dulcemente en su corazon.

Durante el wals, Arturo repitió en otro tono su declaracion amorosa.

Andrea callaba y suspiraba, reclinando suavemente su hermosa cabeza sobre el pecho del vizconde.

—¡Oh! decia Arturo acercando su boca á la frente de la jóven, hasta tocarla ligeramente con los labios: quisiéra que este wals fuese eterno como el sol. ¡Soy tan feliz!... Nunda he sentido tan dulces emociones en mi alma; jamás se ha estremecido tan gratamente mi corazon... yo no olvidaré nunca esta noche. Usted, tal vez, se reirá mañana de ella y de mí: pero no importa: yo me creeré muy dichoso con el recuerdo de este momento.

Arturo, cada vez que dirigia estas incendiarias palabras las terminaba con un suspiro, y estrechaba contra su pecho el cuerpo de su pareja.

—Quiero conservar un recuerdo de esta noche, repitió: ¿quiere usted hacerme el mas feliz de los hombres?

Andrea callaba.

Hay preguntas que no sabe contestar una jóven pudorosa, y Andrea en aquella época conservaba la virginidad del alma como la del cuerpo.

—Pues bien, repuso el vizconde como si le hubiera contestado; observo que lleva usted una sortija con una perla negra: ¿quiere usted cambiarla por este diamante?

Y Arturo enseñó un anillo de mas valor que el que llevaba Andrea.

—Esta sortija es un recuerdo, murmuró Andrea.

—¿De algun amante?

—¡Oh! no: de un antiguo amigo de mi padre.

—Negándose usted á este cambio que le propongo, me demuestra que le inspira mas cariño ese amigo que yo.

Y Arturo, sin dejar de valsar, comenzó á sacarle la sortija.

—¿Qué hace usted, Arturo? preguntó Andrea sobresaltada.

—Buscar una prenda que me recuerde siempre esta noche, y dejar á usted otra. ¡Oh! creo que no debe usted estar descontenta en el cambio: me da usted una perla, le doy á usted un diamante; ella menos hermosa que usted, él menos fuerte que el amor que abrasa mi pecho.

Arturo habia hecho el cambio de las sortijas; pero Andrea, notando que la que le habia dado Arturo le estaba un poco grande, se la quitó y la guardó en el pecho.

El vizconde vió esto, y creyó que habia desalojado del corazon de Andrea el recuerdo del estudiante inoportuno.

Aquí terminó el wals.

CAPITULO XIII.

EL ESCUDO DE UNA HONRA.

Andrea y Arturo fueron á reunirse con Pepita y don Leandro.

Felipe no les perdia de vista.

El infierno de los celos tramaba en su exaltada mente mil terribles combinaciones.

El vizconde propuso llevar á las charras al *ambigú*.

Pepita aceptó. Leandro se dejó llevar, porque estaba, por decirlo así, convertido en un autómata.

Aquella mujer le tenia dominado.

Andrea, sin voluntad propia, viendo á su padre que se disponia á aceptar el ofrecimiento del vizconde, y que este le ofrecia el brazo, se cogió, y se dirigieron al *restaurant*.

Felipe dejó tambien su silla, y les siguió.

La pieza destinada á *restaurant* era una sala bastante capaz. Al frente de la puerta de entrada se veia un ancho mos-

trador cubierto de manjares, fiambres y dulces: detrás un gran de escaparate lleno de botellas. Además veíase una puertecilla por donde entraban y salian los mozos: aquella puerta daba á la cocina.

Arturo eligió la mesa mas apartada, donde pudieran molestarles menos.

Felipe ocupó la de al lado.

El vizconde no pudo menos de dirigir una mirada recelosa al dominó negro, pues hacia rato observaba que seguia sus pasos.

Apenas se habia sentado Arturo, presentó la lista á sus compañeras para que eligieran.

—Yo quiero cenar, dijo Pepita con desembarazo, y don Leandro tambien, el baile abre el apetito.

Y pidió varios platos, dos botellas de vino de Burdeos, y una grande de Champaña para los postres.

Andrea manifestó que no tenia apetito, pero las instancias de Pepita y de su padre la decidieron á tomar algo.

Arturo dijo que se sirviera para cuatro lo que se habia pedido.

Y se puso á examinar al máscara del dominó negro, que le tenia inquieto.

En este instante, Arturo vió dos amigos suyos que entraban en el *restaurant*.

Eran Narciso Ricalto y el conde Polviany.

Arturo les salió al encuentro, y les dijo:

—Me conviene que no vengais á mi mesa. Pepita os ha visto, pero fingirá no conoceros. Ahora, si quereis hacerme un buen servicio, no perdais de vista á aquel dominó que ocupa la

mesa del lado de la mia: me sigue toda la noche con empeño, y comienza á infundirme recelo; tal vez esto acabe mal, y entonces os necesitaré.

Arturo fué á sentarse en su mesa.

El conde Polviany y Narciso, despues de dar un paseo por el *restaurant*, fueron á sentarse enfrente de la mesa que ocupaba Felipe.

Este, con la vista fija en Andrea, no se apercibió de sus vecinos.

Tan pronto como el mozo sirvió los primeros platos, Pepita se quitó la careta, diciendo que le era imposible comer con ella puesta, é invitó á Andrea á que hiciera lo mismo.

Esta resistióse por algunos momentos; pero diciéndole su padre que nada de malo habia en ello, se la quitó.

Don Leandro, que necesitaba que le diera el aire, hizo lo mismo, siguiendo su ejemplo el vizconde de Villafort.

Desde este momento, Felipe no tuvo ninguna duda.

Además, la fisonomía de Arturo no le era del todo desconocida, y buscando en el archivo de sus recuerdos, sacó en consecuencia que le habia visto dos ó tres veces en la escalera de su casa.

Un nuevo temor estremeció su alma.

—¿Iria aquel jóven á casa de Andrea? ¿Seria bastante infame para tener dos amantes á un tiempo?

Felipe rechazó esta sospecha, porque veia á su prometida, y nunca le habia parecido tan encantadora.

Sin embargo, no le quedaba duda alguna de que aquella jóven le engañaba.

¿Cómo disculpar su conducta?

Por sencillo, por poco práctico que Felipe fuera en aventuras amorosas, no podia dudar de que entre Andrea y el hermoso jóven que se hallaba á su lado, existia algo mas que amistad.

Bastaba verles hablando en voz baja, dirigiéndose miradas furtivas, para decir «se aman,» ó por lo menos, entre los dos comenzaba á brotar ese fluido dulce y misterioso del amor.

Felipe sufria uno de esos tormentos que no pueden prolongarse mucho.

Hacia esfuerzos heróicos para dominarse.

Y ¡cosa estraña! él tan pacífico, tan bueno, sintió en su corazon bastante ira para estrangular entre sus manos á aquel hombre que le robaba el amor de Andrea.

Pepita, solo ocupada de don Leandro, le hacia beber una copa detrás de otra.

El infeliz músico comenzó á inspirar lástima al jóven estudiante.

—¡Ah! se dijo apretándose el pecho con las manos por debajo del dominó: esos infames tratan de emborrachar á ese pobre viejo, para cometer sin duda alguna mala accion. Don Fernando decia muy bien cuando aconsejaba á don Leandro que no estrechara las amistades con Pepita. Pero yo estoy aquí, y al menor desman estrangulo á ese mequetrefe como á un perro.

De pronto observó que mientras don Leandro apuraba, instado por Pepita, una copa de Champaña, el máscara cogió una mano de Andrea y la estrechó entre las suyas, procurando retenerla.

La jóven hizo un esfuerzo para soltarse.

Sus mejillas se tiñeron de un vivísimo rubor, á cuyo tiem-

po, su padre, soltando una carcajada, dejó caer la copa en el suelo en vez de dejarla sobre la mesa.

Entonces Felipe se levantó con la resolucion del hombre indignado que se decide á arrostrar el todo por el todo, y llegándose á la mesa que ocupaba el vizconde de Villafort, dijo con tono amenazador y enérgico:

—Lo que ustedes hacen es indigno de gente bien nacida.

Arturo se levantó tambien con rapidez, como si esperara algun ataque.

Su rostro adquirió la palidez de la ira, pero sus labios se entreabrieron para dar paso á una sonrisa.

Don Leandro sólo abrió inmensamente los ojos, pero no se movió de la silla: estaba completamente trastornado.

Pepita se quedó mirando con asombro al máscara del dominó.

En cuanto á Andrea, como acababa de reconocer á su prometido, ahogó un grito de espanto y se puso rápidamente la careta.

El conde Polviany y Narciso fijaron su atencion en la escena que comenzaba á pocos pasos suyos.

—¡Oh! ¡diantre! Querido dominó, estás grave como un sepulcro, y á la verdad que no sé si tomar tus palabras como una broma de máscaras, ó como una reprension impertinente.

Arturo dijo estas palabras con una entonacion burlona, provocativa.

—Lo que he dicho es lo que siente mi corazon, porque he observado que en esta mesa se trata de embriagar á un pobre viejo y seducir á una jóven harto confiada, por su desgracia.

Andrea temblaba; su padre se mecia en la silla, sin com—

prender por qué se mezclaba en sus asuntos aquel máscara inoportuno.

Arturo puso con rapidez la mano sobre el rostro del máscara, y le arrancó la careta.

Esta audacia tuvo su castigo, pues Felipe, mas fuerte y mas robusto que el vizconde, le agarró por la cintura, arrojándole como un niño sobre la pared.

El vizconde, aunque descompuesto, cayó de pié, y lleno de ira, llevó la mano á la espada que colgaba de su cintura.

Felipe cogió una silla para defenderse.

En este momento el conde Polviany y Narciso se colocaron entre los dos adversarios.

Todo esto habia pasado con tanta rapidez, que los pocos concurrentes que habia en el *restaurant*, apenas se apercibieron.

—Necesito matar á ese mozo de cordel, dijo Arturo encarándose con Narciso: arréglalo todo, pero pronto, esta noche; afortunadamente hace una luna admirable.

—Yo tambien necesito matar, repitió Felipe con reconcentrado acento, y mejor esta noche que mañana.

Y volviéndose al conde Polviany, continuó:

—¿Quiere usted ser mi padrino, caballero?

—¿Y por qué no?

—Entonces tiene usted todos mis poderes.

Y acercándose á la mesa donde estaba Andrea temblando de miedo, dijo:

—Permítame usted, jóven, que la acompañe á su casa, ya que esta noche ha hecho usted mi infelicidad. Dios quiera que permaneciendo aquí no se proporcione tambien la suya.

Arturo quisó oponerse; pero Felipe, dedicándole una sonrisa, le dijo:

—Vuelvo inmediatamente: no falto nunca á mi palabra.

—Es que yo me opongo á que se lleve usted á esa jóven.

—¿Que usted se opone? Vamos, señor mio, no me obligue á que le estrangule entre mis manos. Esa jóven es mi prometida; tengo el deber de velar por su honra.

Y cogiendo bruscamente á don Leandro por el brazo, continuó:

—Vamos, pobre viejo, vamos: haga usted un esfuerzo para salir de esta casa, donde se escarnecen las canas y se juega con la virtud y el pudor.

La voz de Felipe era tan enérgica, su ademan tan amenazador, que nadie se opuso, y salió, llevando casi en brazos á don Leandro, seguido de Andrea.

Cuando llegó á la puerta de la calle, hizo que se acercara un coche; introdujo en él al anciano, que apenas podia tenerse, luego ayudó á Andrea, y se subió él en el pescante.

Deseaba esquivar toda conversacion con su prometida.

Poco despues llegaron á la calle del Olmo.

Serian las doce de la noche.

Felipe suplicó á la portera que ayudara á subir á don Leandro, y sin dirigir ni una palabra á Andrea, tornó en el mismo coche al baile.

Al entrar en el *restaurant*, Pepita habia desaparecido, pero en la misma mesa se hallaban sentados Arturo, Amadeo y Narciso.

El jóven estudiante les contempló un momento desde la puerta.

Tal vez en aquel momento dedicaba un recuerdo á sus padres; tal vez pensaba que algunas horas despues podria haber terminado todo para él en la tierra.

Procuró serenarse, y continuando su camino, llegóse á la mesa.

Les dió las buenas noches, y ocupó una de las sillas, al lado de aquellos calaveras de sangre azul.

CAPÍTULO XIV.

UNA CUCHILLADA Á LA LUZ DE LA LUNA.

—Estoy á la órden de ustedes, dijo. Supongo que se habrá arreglado el asunto.

El conde Polviany, á quien Felipe habia nombrado su padrino, le cogió amigablemente del brazo y le condujo á una mesa inmediata.

—Jóven, le dijo: conduzco á usted á esta mesa, porque no es costumbre tratar de estos negocios delante de la parte contraria.

—Sí, ya lo he comprendido, pero lo que yo deseo es matar á ese mequetrefe.

—Repórtese usted, y hablemos como hombres.

Felipe hizo un gesto de impaciencia.

—Pierda usted cuidado, que su contrario no rehusará el duelo; pero yo, á quien usted distingue en este momento dándome un encargo tan triste como penoso, debo advertirle,

porque así me lo aconseja el deber, lo que no sabe; y quiero al mismo tiempo dirigirle alguna pregunta. Si despues de esto persiste usted en batirse, entonces iremos juntos al campo del honor.

—Hable usted.

—Ante todo, ¿sabe usted tirar alguna arma?

—Nunca he cogido ninguna en mis manos.

—Malo, porque su antagonista es diestro.

—Me sobra corazon para desafiar á la muerte.

—No lo dudo; pero todas las ventajas están de parte del vizconde de Villafort.

—¡Ah! ¿con que ese jóven es el vizconde de Villafort?

—¡Cómo! ¿lo ignoraba usted?

—Sí.

—Siento haber pronunciado su nombre.

—No importa: adelante.

—¿De modo que usted desconoce igualmente el sable, la espada, el florete, qué la pistola?

—Sí, todas las armas; pero me bato con la que usted elija: me es igual.

—Amigo mio, eso tiene algo de desesperacion.

—Será lo que usted quiera; pero si no se bate conmigo esta noche, le estrello la cabeza antes de salir del baile: le asesino.

—Basta. Se batirá usted con sable; es el arma mas conveniente, y en la que el valor suple á la habilidad: estenderemos el acta.

Amadeo llamó á Narciso y pidió un tintero. Ambos permanecieron hablando algunos segundos en voz baja.

Luego, Amadeo escribió algunas líneas en un papel, y

firmadas que fueron, las presentó primero á Arturo, despues á Felipe.

El estudiante, al fijarse en la firma del conde Polviany, se estremeció visiblemente, y dijo:

—¿De quién de ustedes es este nombre y este título?

—Mio, caballero, respondió Amadeo.

Entonces Felipe, tendiendo la mano al conde, le dijo con acento conmovido:

—Indudablemente, caballero, la Providencia toma parte en este desafío. Estreche usted esa mano, y si no muero, podré decir á usted cuánta es la satisfaccion que esperimento al encontrarle y conocerle.

Amadeo hizo poco caso de estas palabras.

Se habia elegido por sitio las verjas del Botánico.

La noche estaba clara y serena, aunque muy fria.

Amadeo salió con Felipe, llamó á su cochero, y le dijo:

—¡A casa! pero muy de prisa.

—¿Cómo á casa? preguntó Felipe. ¿No es en el Prado?

—Sí, pero no tenemos aquí los sables y vamos por los mios; y al mismo tiempo enseñaré á usted una parada y un golpe: es cosa de tres minutos.

—Es inútil.

—Como usted quiera, contestó Amadeo, que sin saber por qué se interesaba vivamente por aquel jóven, todo corazon.

—Arturo le matará si puede, ó le cruzará el rostro, se decia para sí Amadeo: es una lástima que este muchacho no sepa algo de esgrima.

Media hora despues se hallaban los cuatro en el sitio convenido.

El paseo se hallaba desierto.

Los padrinos eligieron para lugar del combate, por ser mas retirado, la plazoleta cuadrada que forma la pared lateral del Museo y la puerta de entrada del Botánico.

La luna, en su mayor fuerza, vertia torrentes de luz sobre los árboles del Prado.

El cielo, de un azul hermoso, mostraba aquí y allá alguna que otra estrella.

Los padrinos midieron el terreno y entregaron los sables, creyendo inútil el que se quitaran ninguna pieza de ropa.

Felipe atacó con valor, con fuerza.

Demostraba en todos sus golpes que queria herir de veras á su adversario.

Arturo, con la calma del que confia y espera un descuido, paraba con maestría todos los golpes sin fatigarse.

La lucha duraba cuatro minutos sin que la sangre hubiera manchado el suelo.

De pronto Felipe se abalanzó con rabia sobre su enemigo.

Arturo, viendo sobre su cabeza un golpe tan rápido como terrible, retrocedió, levantando el sable fuera de la línea de combate, pero al mismo tiempo hizo un movimiento ligero y rápido, y asestó una terrible cuchillada sobre la cabeza de Felipe.

Este se mantuvo en pié un segundo, inmóvil como si estuviera enclavado en la tierra, luego se estremeció, tambaleó, cayendo por fin desplomado en el suelo.

—¡Le has muerto! esclamó Amadeo: eso no era lo convenido.

—¡Bah! respondió Arturo: con una fiera de esa naturaleza

no deben gastarse bromas. Si no le doy ese golpe, probablemente me lo hubiera dado él á mí, y la caridad bien entendida debe comenzar por uno mismo.

Mientras tanto, Amadeo se habia arrodillado junto al cuerpo de Felipe.

—Aún late su corazon, dijo.

—¿Qué hacemos? preguntó Narciso.

—¡Toma! ¿qué hemos de hacer? contestó Arturo: dejarle.

—Dejárle... no, dijo Amadeo.

—Pero si está muerto, repuso Narciso, ¿qué necesidad tenemos de comprometernos?

—Dices bien: el golpe es de muerte, contestó Amadeo suspirando, porque el valor de aquel jóven le habia interesado. Vamos.

Y los tres amigos recogieron los sables, separándose de aquel sitio.

Arturo despidió su coche, y subió con Narciso en el del conde Polviany.

—Y ahora ¿qué hacemos? preguntó Narciso: porque es muy temprano para retirarnos á casa.

—Soy de opinion de que vayamos al Casino, repuso Arturo; pero antes es preciso que me desembarace de este traje.

—Vamos, pues, á tu casa.

—Sí, vamos.

Y dieron la órden al cochero.

Media hora despues, uno de los serenos que rondaban por el Prado creyó distinguir un bulto en el sitio en que tuvo lugar el desafío.

Se acercó, pensando si seria un borracho.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Mientras tanto Amadeo se habia arrodillado junto al cuerpo de Felipe.

—Ese infeliz se va á morir de frio, murmuró.

Y con el chuzo le tocó, diciendo:

—¡Eh, buen amigo! parece que se ha tomado una gorda. ¡Eh! levántate.

Nadie le respondió.

Entonces el sereno acercó el farol al cuerpo, y esclamó retrocediendo:

—¡Sangre! esto es mas grave. Aquí debe haberse cometido un asesinato.

Y sin hacer comentarios, corrió hácia el Hospital, dando parte al reten de municipales.

Poco despues, un celador, dos guardias y dos mozos que conducian una camilla, volvieron al sitio indicado, guiados por el sereno.

El cuerpo de Felipe fué puesto en la camilla.

—Este hombre aún no está muerto del todo, dijo el celador. Ea, muchachos, de prisa, al Hospital, porque temo que se nos quede entre las manos antes de hacer la declaracion que debe revelarnos este crímen.

LIBRO SESTO.

LOS DOS CAMINOS.

CAPITULO PRIMERO.

INCERTIDUMBRE.

Lorenzo, el primo de Felipe, tenia la costumbre de pasar una hora todas las noches en casa de don Fernando.

La moderacion del jóven estudiante le habia hecho simpático al honrado Requena, que veia en él un jóven aprovechado.

A las nueve se despedia Lorenzo de sus buenos vecinos, cambiando una tímida mirada con Sofía, y encerrándose en su modesta buhardilla, se ponia á estudiar.

Lorenzo comenzaba á sentir las primeras inquietudes del amor en su corazon, pero de un amor tranquilo, dulce, resignado.

Muchas veces solia decirse:

—Soy jóven: me faltan cuatro años para terminar la carrera: aún no es tiempo de decir nada á Sofía ni á su padre: Dios querrá que llegue el codiciado dia.

Don Fernando, padre recto y cariñoso, para quien no habian

pasado desapercibidas ciertas miradas, esperaba á que el estudiante le manifestara el secreto de su corazon.

En las conversaciones que tenia con Lorenzo se hablaba de don Leandro y de la lamentable educacion que daba á su hija, afeando el que estrechara cada vez mas las relaciones de amistad con Pepita.

Pero esto se comentaba de esa manera que suele hacerlo la buena amistad cuando se interesa por el bien del que censura.

Todo esto eran rarezas de don Fernando para Leandro.

Así es que de dia en dia se aumentaba la frialdad entre antiguos vecinos.

Sin embargo, don Fernando no habia prohibido á su hija que se tratara con Andrea.

Las dos amigas se veian todos los dias, dando juntas leccion de piano.

La noche que tuvieron lugar los acontecimientos del baile de máscaras, Lorenzo entró en su buhardilla á las nueve y media de la noche.

No le estrañó el no encontrar en ella á Felipe, pues este permanecia hasta cerca de las once en casa de don Leandro.

Lorenzo se puso á estudiar, dedicando alguno que otro pensamiento á Sofía, imágen perenne fotografiada en su alma.

Este amor, encerrado en lo mas hondo del corazon del jóven estudiante, no habia asomado á sus labios; era un secreto que á nadie habia revelado su lengua, aunque algunos lo habian sorprendido en sus ojos.

Hasta que el reloj de San Juan de Dios dió las once de la noche, Lorenzo estudió tranquilamente; pero desde entonces comenzó á sentir cierta impaciencia por la tardanza de Felipe,

y dejando los libros, se puso á dar paseos por la habitacion, diciéndose para sí:

—¡Es estraño! ¡nunca tarda tanto! pero tal vez habrán ido al teatro.

Y se decidió á bajar á casa de don Leandro, con el objeto de salir de dudas.

Efectivamente, así lo hizo; llamó varias veces, y por último, la soñolienta voz de la criada le dijo desde dentro:

—El señorito Felipe se marchó antes de las diez, y no ha vuelto desde entonces.

—Pero ¿no están los señores?

—Sí, dijo de un modo inseguro la criada, á quien le habian encargado que no dijera que habian salido.

Lorenzo, mas inquieto, mas sobresaltado, bajó á la portería.

La portera estaba cerrando la puerta.

Preguntó el estudiante por su primo, y le contestó la portera que á eso de las diez de la noche habia salido sin decir nada, ni dignarse darla las buenas noches.

Lorenzo volvió á subir á su buhardilla, mas desorientado que nunca.

Era indudable que sucedia á Felipe algo grave; de lo contrario, no se concebia que un jóven tan bueno, tan condescendiente, tan metódico, saliese con aire descompuesto de casa, sin dar las buenas noches á la portera, y no hubiera regresado siendo las doce.

Esto pensaba Lorenzo, confundiéndose cada vez mas, cuando oyó pasos y voces en la escalera.

Salió precipitadamente, y no con poco asombro vió dos máscaras que subian, una de las cuales, vestida con un domi-

nó encarnado, iba tambaleándose, agarrada del brazo de la portera.

Estas palabras llegaron al mismo tiempo á sus oidos:

—¡Jesus, y cómo viene el señor don Leandro! ¡Perdidito! ¡perdidito del todo!

Entonces bajó velozmente la escalera, deteniéndole en su bajada el cuerpo de don Leandro, que habia caido de rodillas sobre el segundo tramo.

—A tiempo llega usted, señorito Lorenzo, le dijo la portera, porque el pobre vecino trae una... que no se puede tener.

Mientras el estudiante, antes de desplegar los labios, se bajaba para levantar á don Leandro, Andrea le dijo casi al oido con voz suplicante:

—¡Por Dios, Lorenzo, ayude usted á subir á mi padre!

Y diciendo esto, la jóven pasó delante, subiendo con precipitacion hasta llegar á la puerta de su cuarto.

Lorenzo era fuerte y robusto; cogió al pobre viejo con la misma facilidad que si fuera un niño, y le condujo á su casa.

La portera, con una lamparilla en la mano, alumbraba á los vecinos, demostrando la mas viva curiosidad por saber qué era todo aquello; pero Andrea le dió las gracias por el servicio que le habia prestado, y cerró la puerta.

Lorenzo habia dejado sobre un sofá á don Leandro, que con apagados ojos dirigia miradas estúpidas en derredor suyo del modo mas lastimoso.

Los vapores del Champaña, de ese vino de la alegría se le habian subido á la cabeza; y sabido es que la borrachera del Champaña, al que no está acostumbrado, produce efectos terribles, convirtiendo en idiotas por algunas horas á aque-

llos que confiando en sus fuerzas beben mas de lo que les conviene.

Todo lo que vamos consignando, en nada aminoraba la incertidumbre ni los temores de Lorenzo; pero creyendo encontrar en aquello mismo una esplicacion de la ausencia de Felipe, esperaba que se restableciera un tanto la tranquilidad para preguntar por su primo.

Mientras tanto, el músico reclinó la cabeza en el respaldo del sofá, y cerró los ojos como si se dispusiera á dormir, y Andrea, dejándose caer en una silla, se cubrió los ojos con las manos, y se puso á llorar.

Lorenzo no pudo callar por mas tiempo, y preguntó con cierto tono:

—¿Se puede saber lo que sucede aquí? ¿Saben ustedes en dónde se halla Felipe?

—¡Felipe! ¡Oh! Felipe ha sido un imprudente, esclamó Andrea continuando su lloro.

Esta contestacion, que envolvia un misterio terrible, asustó á Lorenzo.

—¡Por Dios, señorita! repuso: ¡por Dios, no me oculte usted nada! ¿Qué es de Felipe? ¿Dónde está mi primo?

—¿Lo sé yo, por ventura? contestó Andrea con marcado despecho.

—Pero ¿no le han visto ustedes esta noche?

—Sí, por desgracia.

Lorenzo se llevó las manos á la cabeza como si sintiera un fuerte dolor.

Despues fijó en la jóven prometida de su primo una mirada inquieta, y dijo:

—Sea lo que sea, yo necesito que usted me diga lo que ha sucedido esta noche. ¿Cuál ha sido la imprudencia de Felipe? ¿Por qué no se halla aquí? ¿Dónde está?

Entonces Andrea refirió ligeramente á Lorenzo parte de lo que conocen nuestros lectores, terminando con estas palabras:

—Él nos sacó del baile, él nos ha acompañado hasta la puerta de esta casa, pero se fué, sin despedirse, en el mismo coche que nos trajo.

Del modo como habia contado Andrea lo sucedido, era indudable de todo punto que Felipe habia cometido una imprudencia.

Lorenzo, que en aquel momento no se hallaba bastante sereno para juzgar de parte de quién se encontraba la razon, solo dijo:

—¡Dios quiera, Andrea, que no suceda á Felipe una gran desgracia! ¡Dios quiera que una imprudencia cometida por usted, no sea causa de muchas lágrimas!

Andrea nada contestó.

Aquellas palabras estremecieron su corazon.

Lorenzo preguntó el nombre del baile adonde habian tenido lugar tan desagradables acontecimientos.

Andrea no lo sabia, pero indicó que Pepita podria decírselo.

Lorenzo bajó á casa de Pepita, pero esta no habia regresado, y su madre nada pudo decirle.

En medio de esta inquietud, Lorenzo permaneció algunos momentos indeciso.

Por fin, se dijo:

—No importa: recorreré los cinco ó seis salones de baile de Madrid. Dios guiará mis pasos para que pueda evitar una desgracia.

Formada esta resolucion, se lanzó á la calle sin saber adonde dirigir los pasos.

CAPITULO II.

REALIDAD.

I

Lorenzo regresó á su casa al amanecer.

Todas sus pesquisas habian sido infructuosas. Muerto de fatiga, desesperado, dejóse caer en su catre y lloró, porque su corazon necesitaba, para no estallar, el dulce desahogo de las lágrimas.

Su espíritu sobresaltado, su turbada mente, forjaban á la par, para atormentarle, mil desastrosas combinaciones.

Así trascurrieron dos horas.

El sol penetraba á través de los cristales de su ventana cuando la patrona entró á anunciarle que un señor que decia ser celador de policía, preguntaba por él.

Lorenzo se levantó rápidamente, y dijo:

—Que pase ese caballero.

Poco despues, entró el agente de la autoridad.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero? le preguntó Lorenzo.

—Anoche, repuso el celador, se encontró en el Prado un jóven bastante malherido.

Lorenzo lanzó un grito.

—¡Un jóven! dijo. Sí, no me cabe duda, es Felipe. ¿Dónde está, caballero? ¿dónde está?

—Poco á poco, volvió á decir el celador: la autoridad desea identificar su persona, y no tiene mas indicios para ello que esta carta.

El celador presentó un papel á Lorenzo.

—Esta carta es de su padre; en ella va consignada la órden para cobrar la modesta pension que se nos manda. ¡Oh! ¡pobre hermano mio!

El celador, comprendiendo el verdadero sentimiento de Lorenzo, le dijo:

—Tranquilícese usted: su hermano no ha muerto, aunque la herida es grave y no ha vuelto aún á recobrar el conocimiento, por lo cual es un misterio para la justicia lo que ocurrió en el Prado; pero tal vez usted pueda darme alguna luz. Veamos. Anoche, á eso de la una y media, vino el sereno á darme parte de que un hombre se hallaba muerto junto á la rinconada del Botánico. Fuí allá con dos agentes y una camilla, y efectivamente, nos encontramos un jóven que llevaba un dominó puesto, tendido en medio de un charco de sangre: tenia una terrible cuchillada en la cabeza. Se le registró los bolsillos, y se le encontraron algunas monedas y esta carta, cuyo sobrescrito nos dió á entender que vivia aquí.

—Pero ¿adónde está Felipe? esclamó Lorenzo.

—En parte donde nada le falta: en el Hospital.

Lorenzo se llevó las manos á los ojos: no podia contener las lágrimas.

—Suplico á usted que se serene, y me responda á las preguntas que voy á dirigirle. Su primo de usted, ¿tenia algun enemigo?

—Ninguno, caballero: era un ángel; jamás habia ofendido á nadie.

—Es entonces muy estraño, porque en el sitio que se le encontró, si hubieran querido herirle para robarle, no le hubieran dejado cuatrocientos y pico reales en el bolsillo; por lo cual creo que ha sido cuestion de desafío.

—¡Batirse Felipe! ¡él, tan pacífico, tan prudente! ¡él, que nunca habia cogido un arma en sus manos!

—Pues, amigo mio, lo cierto es que se halla gravemente herido de una cuchillada en la cabeza.

—Pero ¿no ha podido declarar?

—Ni una palabra. Además, los médicos dicen que en algunos dias será inútil que se le pregunte, pues el golpe ha sido tan terrible, que aun dado caso que se salve, quedará lastimado de la cabeza.

—Pero ¿no podré verle, asistirle, estar á su lado? preguntó Lorenzo con vehemencia.

—Para eso seria necesario que se le trasladara á la sala de preferencia, en que se paga diez reales diarios, y se le pidiera un permiso al director del establecimiento.

—Pues bien, es preciso hacer todo eso. Yo no quiero, no puedo, no debo separarme de su lado. Ahora, ruego á usted me conduzca adonde se halla mi primo: necesito cerciorarme

de que está herido. Luego, aunque me sea muy doloroso, tendré que escribir á su padre.

Y ambos salieron precipitadamente.

. . . . . .

. . . . . .

Algunas horas despues, Lorenzo volvia á su casa.

Habia visto á Felipe; pero se le habia prohibido que le dirigiera la palabra, porque la herida presentaba á los facultativos muchas probabilidades de muerte.

La tranquilidad, la inmovilidad del cuerpo, eran dos cosas altamente esenciales para combatirla.

Además, Felipe no conocia á nadie; miró á su primo con ojos vidriosos y vagos, sin decirle nada, como puede mirarse un objeto indiferente.

Lorenzo, antes de escribir á su padre, pensó que seria prudente consultarlo con don Fernando, el cual escuchó con su acostumbrada gravedad el triste relato que le hizo, diciéndole por fin:

—Escriba usted, amigo mio, escriba usted inmediatamente para que su padre de usted pueda preparar al de Felipe en tan grande desgracia; y luego de escrita esa carta, me hará el favor de aceptar un pequeño adelanto para que hoy mismo sea trasladado su primo á la sala de los pensionados: no soy rico, pero, gracias á Dios, poseo algunos ahorros que pongo á su disposicion.

Lorenzo agradeció y aceptó el ofrecimiento de su vecino, y subiendo á su buhardilla, se puso á escribir al cura párroco del pueblo, para que este, con su acostumbrada prudencia, preparara á la familia del herido.

«Señor cura: Tan pronto como usted reciba la presente, se tomará la molestia de buscar á mi padre, y revelarle, del modo que crea mas prudente, el contenido de estas líneas.

»Mi querido primo Felipe fué hallado anoche á la una, junto á las verjas del Botánico, gravemente herido.

»Puede usted calcular mi disgusto, mi desesperacion, cuando esta mañana ha venido á participarme tan fatal desgracia un agente de la autoridad.

»Yo estoy desesperado: no sé lo que me pasa: todo me parece un sueño.

»Como pudiera reconvenírseme por mi silencio, escribo á usted para que, de acuerdo con mi padre, obren como mejor les parezca, ó bien diciéndoselo al padre de Felipe, ó bien disponiendo lo que crean mas prudente.

»Ni sé lo que escribo, ni lo que hago. Felipe, tan bueno, tan pacífico, se halla, como he dicho, gravemente herido. Esto es un misterio que no me esplico, una desgracia que no comprendo.

»Lo que ustedes decidan ha de ser pronto, pues no inspira mucha confianza á los médicos la vida de mi desgraciado primo.—Suyo siempre, *Lorenzo*.»

Despues de escrita esta carta, que Lorenzo echó al correo por su misma mano, se fué á casa de su catedrático á decirle lo que pasaba y pedirle una licencia para permanecer junto al lecho de Felipe.

El catedrático, que queria á los dos primos como los dos estudiantes mas lucidos de la clase, se la concedió, ofreciéndole tambien dinero si le hacia falta.

Despues de esto, don Fernando y Lorenzo se trasladaron al

Hospital, y Felipe fué conducido con mucho cuidado á la sala de los pensionistas.

Desde este momento, Lorenzo pudo permanecer á su lado, dejando un aviso en su casa, que tan pronto como llegara su padre del pueblo, se le fuera á buscar.

Dejemos así las cosas para ocuparnos de otros acontecimientos.

CAPITULO III.

TAL PARA CUAL.

El millonario Rioalto, padre de Narciso, se paseaba por su despacho con marcadas muestras de mal humor.

Era don Patricio un hombre de cuarenta años. Su rostro, perfectamente afeitado, su traje, algo antiguo y limpio, le daban ese carácter del hombre aferrado á las ideas rancias.

Bastaba verle para comprender la dureza de su carácter, lo despótico de su genio.

Labios delgados, nariz afilada y recta, cejas juntas, espesas y un tanto caidas, frente pequeña y ojos de un color dudoso, pequeños y sombríos.

Don Patricio estaba siempre reñido con el buen humor, se enfadaba por la cosa mas pequeña; en una palabra, era inaguantable.

Los criados no se atrevian á mirarle nunca frente á frente,

y les tenia prohibido que se rieran. Era uno de esos tiranos domésticos que viven para tormento de sus semejantes, y que se levantan con cara de perro y se acuestan con aire de mastin.

Todas las órdenes quería que se ejecutaran pronto, bien y sin hablar palabra. Desgraciado del que le desobedecia en lo mas mínimo, porque se le despedia en el acto.

Don Patricio se paseaba con impaciencia, dirigiendo de vez en cuando miradas al reloj de sobremesa.

Su rostro se contraia, manifestando la cólera que agitaba su corazon.

El reloj marcaba las doce cuando se abrió la puerta del despacho y se presentó Narciso.

Su padre, al verle, cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó parado, fijando en el jóven sus terribles ojos, y dando á la cabeza un movimiento amenazador.

Narciso esperó en actitud humilde la tempestad que indudablemente le amenazaba.

—Ya sabrá usted, dijo por fin don Patricio, que he despedido á su cómplice.

Narciso bajó un poco mas la mirada.

Su padre, entonces, descargando sobre la mesa un fuerte puñetazo, cogió bruscamente á su hijo por la barba y le levantó la cabeza.

—Alce usted esa vista, repitió; á mí me gusta que los hombres me miren cara á cara.

El cuerpo de Narciso se agitó como la tierna rama de un arbolillo empujada por el viento, pero sus ojos se fijaron en los de su padre.

—¿Con que es decir, repuso el padre, que usted, burlando mi autoridad, siempre que lo tiene por conveniente abandona su cuarto y pasa fuera de casa la noche?

Narciso guardó silencio.

—¡Hable usted! ¡responda usted! ¡defiéndase usted! esclamó don Patricio cogiendo á su hijo por el brazo y sacudiéndole con fuerza.

En este momento, la fisonomía de Narciso sufrió un cambio notable. Sus ojos brillaron, sus mejillas palidecieron, y dijo:

—Si he salido, si he pasado la noche fuera de casa, fué porque tuve necesidad de ello.

—¡Necesidad! esclamó don Patricio retrocediendo dos pasos, como si aquella contestacion le asombrara: ¿y si yo, por su desobediencia le rompiera á usted la cabeza de un silletazo?

—Usted puede hacer lo que guste; yo solo le advertiré, por si lo ha olvidado, que he cumplido veintitres años.

—Perfectamente: veo que hoy, por fin, se presenta usted á mis ojos sin la máscara de la hipocresía; ya era tiempo: esto me agrada sobremanera, y vamos á colocarnos cada uno en su terreno; yo en el de padre recto, y usted en el de hijo inobediente; veremos quién sale vencedor en esta lucha. Va usted á sentarse en esa mesa, y á escribir hasta las seis, hora en que comerá usted solo en su cuarto; luego podrá, si gusta, salir á dar un paseo hasta las ocho ó las nueve, pero si á esa hora no se ha retirado usted, no vuelva, porque se hallará la puerta cerrada. En cuanto al testamento que tenia estendido á favor de usted, hoy mismo quedará inutilizado. Mi fortuna se reduce á papel; yo sabré lo que hacerme, si continúa usted con su

perniciosa conducta, con su falta de respeto á mi persona: he dicho.

Narciso se quedó solo, sin moverse del sitio que ocupaba en algunos minutos.

Luego se llevó la mano á la frente, y respiró con fuerza, dirigiendo una mirada en derredor suyo.

—La amenaza de siempre, murmuró en voz baja, dejando asomar á sus labios una sonrisa tan fria como terrible. ¡Oh! si tuviera valor...

Narciso exhaló un suspiro, y sentándose junto á la mesa, se puso á escribir.

Por espacio de media hora no levantó la mano del papel.

Por fin dejó la pluma, y colocando los codos sobre la mesa, apoyó la frente en las manos.

—¡Ah! se dijo hablando consigo mismo: esto no puede durar. Mi corazon estalla: siento vértigos terribles, y pensamientos espantosos me asaltan con frecuencia. Creo que muchas veces, si la vida de mi padre estuviera sujeta á mi voluntad, la esterminaria. Me amenaza con desheredarme... Le creo muy capaz de hacerlo, porque no me ama... sí... no me ama.

Narciso levantó la cabeza, como buscando algun enemigo á quien combatir.

Persuadido de que se hallaba solo, se llevó la mano al bolsillo del pecho de su levita, y sacó una llave.

Entonces se puso estremadamente pálido.

—Esta noche, volvió á decirse, necesito tener dinero y libertad; de lo contrario, mis amigos se burlarian de mí. He ofrecido quitarle la querida al baron de Soany, pero eso no se puede hacer sin mucho oro.

Narciso se levantó con marcadas muestras de temor, y fué á colocarse delante de un *secreter*.

Llevaba la llave en la mano; pero antes de abrir el citado mueble, fué á la puerta, reconociendo el terreno.

Luego volvió y abrió, sacando de uno de sus cajones algunos billetes del banco, que se guardó precipitadamente en el bolsillo, volviendo inmediatamente á la mesa, donde se puso á escribir, diciendo para sí:

—Mientras tenga esta llave, me rio de las amenazas de mi padre.

A las seis comió solo en su habitacion.

Habian cambiado de portero.

Narciso, durante la comida, buscó el modo de seducir al nuevo guardian.

—Nada pierdo, se dijo, probando la fidelidad del nuevo cancerbero. Si no cede á mis dádivas, entonces tomaré otro camino.

Su padre le habia dado permiso para pasear hasta las nueve.

Narciso salió, fijando una mirada escrutadora en el portero.

Su semblante no le inspiró gran confianza; debia ser un hombre hechura de su padre.

Para sobornarle, era muy pronto el primer dia.

—Mañana tantearemos este perro de presa, se dijo.

Poco despues se encontraba en el café de París.

Allí se reunió con Amadeo, se sentó en la mesa y pidió café.

—Tengo una mala noticia que darte, dijo Narciso.

—Entonces te ruego que la demores, porque estoy haciendo la digestion, le contestó Amadeo.

—Mi padre, repuso Narciso sin hacer caso, ha descubierto mis escapatorias nocturnas.

—¡Diantre!

—Sí, y lo que es peor, ha despedido á mi cómplice.

—Malo.

—Por lo cual, hasta que seduzca al nuevo portero, me veo en la precision de ser un buen hijo de familia.

—Eso te vendrá muy cuesta arriba.

—Puedes figurarte.

—¿Luego esta noche no vienes al Casino?

—No: por algunos dias voy á ser hombre de bien.

—Chico, creo que vas á representar muy mal ese papel.

—Allá veremos. Pero dime: ¿qué sabes del pobre diablo á quien quiso asesinar Arturo?

—Poco á poco con lo que dices.

—¡Bah! ¿crees tú que yo me dejaria dar de cuchilladas por el vizconde de Villafort?

—Arturo es valiente.

—Juega bien las armas, y cuando el contrario es un infeliz, le vence.

—Hablemos de otra cosa.

—No: dime si sabes algo de ese pobre muchacho, porque, segun los periódicos, no murió en el acto, como creimos.

—Sí, vive aún, y tengo remordimiento de no haberle llevado á mi casa. Le creí muerto.

—Mas vale así: te evitas algunos disgustos.

—Era mi ahijado.

—Tú no le conocias. Pero dime: la linda charra del baile, objeto y causa del desafío, ¿se entregó ya al vizconde?

—Creo que no; pero lleva el asunto en buen estado.

—¡Pobre chica! Si conociera á Arturo...

—¡Silencio! Él entra.

Efectivamente, Arturo entraba en aquel momento en el café.

CAPITULO IV.

EL BARON TIENE BUEN GUSTO.

—Me alegro de encontraros, dijo Arturo tomando asiento al lado de sus amigos.

—Pues aquí nos tienes.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que daros una buena noticia.

—No la retardes.

—Nuestro querido amigo el baron Filiberto de Soany tiene ya una querida.

—¡Hola!

—¡Diablo!

—¿Y es bonita?

—Como una Vénus.

—¿Jóven?

—Como la Primavera.

—¿Rica?

—No, rica no lo es; pero bella, encantadora, eso sí.

—¿Casada? preguntó Amadeo.

—El baron respeta la Propiedad. Es soltera... de la primera volada.

—¿Cuándo la veremos? preguntó Narciso; porque yo tengo intenciones, como sabeis, de desbancarle.

—A mucho te espones, objetó Arturo.

—Confio en la volubilidad del sexo.

—Pues creo que no lograrás nada, porque está perdidamente enamorada del baron.

—¡Diablo! ¿Tan pronto? dijo Amadeo.

—Chico, el amor no es obra del tiempo: muchas veces es cosa de un minuto, entra por los ojos y se apodera del corazon.

—Estamos conformes; pero vuelvo á repetir la pregunta: ¿cuándo la veremos?

—Esta noche, si os place.

—¿Dónde?

—Cerca de aquí, en el teatro de la Cruz; porque tiene su palco en la ópera.

—Iremos allá, dijo Narciso.

—Jóven, repuso Amadeo, piensa en tu padre.

—No temas. Esta noche me retiraré temprano: en cuanto vea á la querida del baron. Las tempestades domésticas no duran mucho: espero que se aplaque pronto la que surge en mi casa.

—¡Ah! ¿con que tu padre, preguntó Arturo, ha descubierto tus mañas?

—Sí, chico. Hoy he tenido truenos y rayos. El autor de

mis dias ha llegado en su enojo hasta el punto de amenazarme con que me desheredaria; ya veis que esto es grave.

—¡Y tanto! repuso Amadéo.

—Supongo que esa amenaza te hará mudar de conducta, dijo el vizconde.

Narciso se encogió de hombros, y sorbió un poco de café.

—Hablemos de otra cosa, dijo: ¿cómo sigue tu linda charra?

—Bella como siempre.

—¿Adelantas mucho en su conquista?

—Se muestra un poco reácia; pero dicen que una gota de agua continuada horada una roca.

—¿Vas tú á ser la gota de agua?

—Justo; y ella la roca.

—¿Y el amante del dominó negro? preguntó Narciso con cierta malicia.

—Si os he de ser franco, os diré que es el único desafío cuyo recuerdo me molesta: el pobre chico era valiente, pero torpe. Sin embargo, vosotros sabeis que cuando se tropieza con un enemigo de corazon, resuelto á matar ó á morir, no puede uno andarse con miramientos.

—Cierto: tú te portaste como debias, objetó Narciso; pero ¿no sabeis cómo se encuentra?

—He mandado esta mañana á Daniel á que se enterara, y las noticias que me trajo no han sido por cierto muy satisfactorias: segun parece, los médicos aseguran que, si se salva de la herida, quedará en muy mal estado su razon.

—¡Pobre diablo!

—Verdaderamente, ha sido una desgracia, dijo Amadeo.

—¿Y no piensas tú verle? preguntó Rioalto al conde Polviany.

—Tengo noticias que no conoce á nadie. No podeis pensaros el deseo que tengo de que se halle en estado de conocerme, pues al leer mi nombre en el acta del desafío, demostró grande admiracion, diciéndome algunas palabras misteriosas que no puedo comprender por qué las pronunció.

—¿Tú le conocias?

—No; y eso me estraña doblemente.

Los tres amigos continuaron conversando de multitud de cosas que poco ó nada pueden importarnos, hasta que Narciso, mirando la esfera de su reloj, dijo:

—Señores, son las ocho y media: ¿quién viene al teatro?

—Yo, por mi parte, no puedo ir hasta mas tarde, dijo Arturo.

—Ni yo, repuso Amadeo.

—Vosotros tendreis que hacer en la calle del Olmo, repuso Narciso.

—Tal vez.

—Entonces me apodero de tu palco por una hora. Pero se me ocurre una duda: ¿cómo podré conocer á la querida del baron Filiberto? repuso Narciso.

—Muy sencillamente: la jóven que veas ocupar el palco que da frente al mio. Además, el baron entrará á verla.

—¿Lo sabes de positivo?

—Me lo ha dicho esta tarde; pero si puedes esperarte hasta las diez, á esa hora ya estaré yo en el teatro.

—Esta noche me es imposible.

Los tres amigos se separaron.

Arturo y Amadeo, para dirigirse á casa de Pepita, donde tenian una cita.

Narciso, para ir al teatro de la Cruz, en donde por entonces se hallaba una buena compañía de ópera.

La noche que nos ocupa, el teatro de la Cruz se hallaba lleno, reuniendo en su anchuroso, aunque poco elegante salon, todo lo mas rico, lo mas noble, lo mas hermoso y lo mas distinguido de la sociedad madrileña.

Se estrenaba una *prima donna* de gran fama, y se cantaba *La Mutta di Portichi.*

La novedad tiene y ha tenido siempre en todos los países muchos parroquianos.

El teatro es una prueba palmaria de lo que decimos: un estreno es sinónimo de lleno, tratándose de los coliseos favorecidos por el público.

Se sabe que habrá gente, y esto basta para que los unos llamen á los otros.

Narciso se instaló en el palco del vizconde de Villafort, y dirigió una mirada al palco de enfrente.

Le ocupaban dos personas, ambas del sexo débil; pero la una era jóven como la Primavera, mientras que la otra tenia en el rostro la gravedad de los cincuenta años, y en el cabello la blancura de la nieve.

Narciso fijó con tenacidad su mirada en la jóven.

Era hermosa y elegante: vestia con un gusto esquisito. El adorno que como una corona rodeaba las abundosas trenzas de sus cabellos negros, era de rosas blancas con pequeñas flores de violetas.

El vestido, cerrado pudorosamente hasta el cuello, marca-

ba los graciosos contornos de su cuerpo, perfectamente formado y estremadamente flexible.

Narciso se dijo:

—Es bella; el baron tiene buen gusto. Si le desbanco, me creeré hombre feliz.

Y desde este momento asestó sus gemelos á la jóven del palco, que no era otra que la doncella Felicidad.

A la mitad del primer acto, el baron Filiberto entró en el palco, y saludó á Narciso con la mano, enviándole una sonrisa.

Entonces, Felicidad dirigió á su vez los gemelos hácia Narciso, cuya tenacidad en mirarla le habia llamado la atencion.

Narciso no tuvo duda de que la jóven de la corona de rosas blancas era la querida de Soany; sin embargo, para cerciorarse mas, esperó á la conclusion del acto, y fué al pasillo á esperar al baron.

No tardó mucho en salir este.

—¡Querido Filiberto!...

—Buenas noches, Narciso.

—¿Sabe usted, baron, que es muy linda esa jóven?

—¡Diantre! ¿le gusta á usted?

—¡Ya lo creo! como que me parece que estoy enamorado de ella.

—¿La conocia usted?

—No: la he visto esta noche por la primera vez.

—Pues entonces debo decirle á usted que es mi querida.

—¿De veras?

Carolina inclinó la cabeza sonriéndo.

—Doy á usted, en ese caso, la mas cordial enhorabuena.

—Gracias.

—Pero ¿dónde diantre ha encontrado usted esa jóven?

—Veo á usted dispuesto á desbancarme.

—Mucho me alegraria.

—Entonces, manos á la obra.

Y Carolina, saludando á Narciso, siguió por el corredor adelante, en direccion á las butacas.

Ricalto se quedó un momento pensativo; pero luego, recordando la advertencia de su padre, salió del teatro, encaminándose á su casa.

CAPITULO V.

ALIANZA.

Sigamos al fingido baron de Soany, que llegando á la puerta del teatro, llamó á su cochero, y subiendo en una elegante berlina, dijo:

—¡A casa!

Serian las nueve y media de la noche, y segun todas las apariencias, Carolina se dejaba la representacion de la ópera y el estreno de la *prima donna*.

Veamos nosotros por qué.

Cuando llegó á su casa, Daniel le dijo:

—Ese hombre está esperando.

Daniel era, como recordarán nuestros lectores, el hombre de confianza del vizconde de Villafort.

Carolina le creia simplemente un criado; y como estaba en el secreto de su disfraz, se habia propuesto ganar su silencio y sus buenos servicios con alguna dádiva.

Esto erra un error, como se verá en el trascurso de la presente narracion.

—No me inspira la mayor confianza, dijo Carolina; procura no perderle de vista.

—Entonces, me ocultaré en la alcoba.

—Perfectamente.

—Pero debo advertir al señor baron (Daniel tenia prohibido llamar de otro modo á Carolina), que desde la alcoba oiré todo cuanto hable con ese hombre.

—No me importa; ya sabes que no tengo secretos para tí.

Daniel se inclinó.

Carolina encaminóse á su gabinete, en donde la estaba esperando, sentado cerca de la chimenea, Jacobo el ginebrino.

—¿Hace mucho que me espera usted, señor doctor? le preguntó Carolina colocando una silla al lado de la del médico.

—Poco, señor baron. Además, aquí se está bien.

Carolina miró fijamente á aquel hombre.

Jacobo mantuvo con serenidad aquella mirada.

—Me tiene usted á sus órdenes, repuso Carolina.

—Eso me prueba que ha recibido usted mi carta.

—Aquí está, contestó la marquesa sacando un papel del bolsillo: ¿quiere usted que lea su contenido?

—¿Para qué? Mi carta solo se reduce á pedir á usted una cita, sin testigos, en su casa.

—Pues bien: ya estamos en mi casa y sin testigos; puede usted hablar cuando guste.

—¿No nos oye nadie?

—Nadie absolutamente. Pero ¿á qué vienen estos temores?

—No son por mí. Son por usted.

—¡Ah!

Y Carolina dirigió maquinalmente una mirada hácia la alcoba.

Tal vez en aquel momento sentia que Daniel se hallara escuchando la conversacion.

El falso médico no comprendió ni aquella esclamacion ni aquella mirada; así es que volvió á decir con naturalidad:

—El señor baron habrá estrañado sin duda el contenido de mi carta.

—Si he de ser franco, diré que he sentido cierta curiosidad.

—Es natural, atendido las circunstancias que concurren en el señor baron.

El doctor dijo estas palabras con cierta entonacion maliciosa.

—Suplico á usted que se esplique sin rodeos. Me gustan las cuestiones desembozadas.

—¿De veras? Pues vea usted lo que es no comprender las cosas: yo creia lo contrario.

—No entiendo...

—Procuraré esplicarme, y para demostrar mi franqueza le diré, que yo he sido el que proporcionó al señor marqués de Fontan el cadáver que sirvió para representar la farsa del suicidio de su esposa.

Carolina se estremeció, pero procurando dominarse hizo aparecer en sus labios la sonrisa, y dijo:

—Cada vez nos entendemos menos. Creo, señor doctor, que estamos jugando á los despropósitos.

—Entonces no me habré esplicado todavía lo bastante: procuraré hacerlo.

Y Jacobo, bajando un poco la voz, continuó, haciendo una reverencia:

—Yo puedo ser útil á la señora marquesa de Fontan, y la señora marquesa de Fontan puede servirme á mí al mismo tiempo.

Carolina se puso pálida.

Jacobo se sonrió, porque habia notado la emocion de Carolina.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con la señora marquesa de Fontan?

—Efectivamente, la marquesa de Fontan no existe; pero el baron de Soany vive todavía.

—Acabemos, caballero, esclamó Carolina con impaciencia: ¿á qué ha venido usted á mi casa?

—A proponer una alianza.

—¿A quién?

—Al baron de Soany ó á la marquesa de Fontan: me da lo mismo.

—Cuidado, caballero, pues ciertas bromas suelen costar caras.

—Me precio de ser hombre formal.

—Entonces, ¿á qué viene ese juego de nombres?

—¡Ah! el señor baron hace mal en no tener confianza en el doctor Jacobo.

Y el ginebrino dirigió una mirada suplicante á Carolina.

Esta guardó silencio.

Aquel hombre comenzaba á sobresaltarla.

Jacobo, despues de una corta pausa, volvió á decir:

—No hace mucho tiempo, una noche me hallaba yo estu-

diando en mi despacho, cuando se presentó un caballero á quien no conocia.

Apenas cambiamos algunas palabras, cuando me propuso que le vendiera un cadáver. Su proposicion era bastante estraña, y por consiguiente, despertó mi curiosidad.

Una circunstancia vino á favorecer los deseos del personaje desconocido, pues algunos dias despues pude proporcionarle el cadáver que deseaba.

No tardaron mucho los periódicos en anunciar el suicidio de la jóven y hermosa marquesa de Fontan; ¡y calcule usted, señor baron, cuál seria mi asombro al reconocer en el cadáver que trataba de hacerse pasar por la citada marquesa, el mismo que yo habia proporcionado al desconocido!

El suicidio era, por consiguiente, una farsa. ¿Con qué objeto? Lo ignoro, pero soy hombre activo, y me propuse saber la verdad.

De averiguacion en averiguacion, llegué á descubrir que la marquesa vivia, aunque con nombre supuesto. Es indudable que entre los nobles esposos que ha separado un fingido suicidio, debe existir algo grave. Yo vengo á proponer á usted mi alianza. Creo que soy hombre útil. Si usted la rechaza, iré á ofrecerla asímismo al marqués de Fontan.

Jacobo se calló.

Carolina, pálida, conmovida, procuraba en vano ocultar el efecto que las palabras de aquel hombre le causaron.

Por fin, como si sacudiera la vacilacion que la dominaba, alzó la frente, y mirando con firmeza al ginebrino, le dijo:

—Hay revelaciones que matan: ruego á usted que no lo olvide.

—No lo ignoro; pero creo haber dicho al señor baron que soy hombre precavido, que me siento con igual valor para defender mi cuerpo, que para atacar al del prójimo.

Carolina advirtió que aquel hombre estaba sereno.

Aquellos ojos estremadamente pequeños tenian ese brillo siniestro de la pantera cuando acecha su presa.

Su corazon, aunque enérgico y atrevido, por un instante se conmovió, observando la serenidad con que afrontaba la lucha el fingido médico.

Lo que el ginebrino le proponia era una alianza, y Carolina no se atrevió á resolverse por ella misma. Para darle una contestacion definitiva á aquel hombre, hubiera tenido necesidad de consultar con su cómplice el vizconde de Villafort; pero comprendiendo que era preciso decidirse por algo, habló de este modo:

—Y aun en el supuesto de que todo cuanto acaba de contarme sea cierto, ¿qué es lo que usted se propone?

—Ya lo he dicho: servir al señor baron de Soany; tendré en ello un alto honor.

—Amigo mio, los servicios en este mundo pueden entenderse de muchos modos. Tenga usted la bondad de espresarme de qué género son los suyos.

—Del género que al señor baron convenga.

Carolina se propuso sondear el corazon de Jacobo.

—¿Y si yo propusiera á usted la muerte de un hombre?

—Nada mas fácil. No hace muchos dias enseñé á usted una caja que contiene todo cuanto puede necesitarse para llevar á buen término la proposicion que acaba de hacerme. ¡Oh! Tengo yo poderosos recursos para terminar la existencia de un próji-

mo. Nada tan fácil como borrar un nombre del gran libro de los vivos.

—Es usted entonces un semidios.

—Soy un hombre que ha estudiado el modo de dar y quitar la vida.

—Dispense usted si le juzgo algo pretencioso.

—Puede usted juzgarme como quiera.

El ginebrino fijó los ojos de un modo tenaz en la marquesa. Por algunos segundos pretendió Carolina mantener la influencia de aquella mirada.

Si en aquel instante hubiera podido verse al espejo, indudablemente hubiera comprendido que aquel hombre empezaba á ejercer sobre ella alguna misteriosa influencia.

Su imaginacion, viva é impresionable, comprendió que el fingido médico podia ser una poderosa palanca para su venganza.

Resuelto, tenaz, sin un átomo de conciencia que entorpeciera sus instintos, era preciso, pues, unirse á él, era preciso contar con aquel aliado, pero con esa franqueza, con esa lealtad que se resigna á todo, que no tiene mas voluntad que la de aquel que le manda, y que se le hace emplear, ora el puñal, ora el veneno, con la docilidad del esclavo.

—Y en el caso de que yo aceptara los servicios de usted, ¿qué condiciones se me impondrian?

—Voy á ser á usted franco, señor baron. Hace algunos años que corro afanoso en busca de una fortuna, y la fatalidad parece que se complace alejándola de mí. Un incidente inesperado me ha hecho poseedor de un secreto que me propongo esplotar.

De repente el ginebrino, bajando la voz, continuó de este modo:

—Usted no es el baron de Soany. Usted es la marquesa de Fontan.

Carolina se estremeció.

Comprendió al mismo tiempo que era inútil emplear la negativa con aquel hombre.

—Bien, sí, yo soy la marquesa; pero, como he dicho á usted antes, hay secretos que cuestan la vida, y este es uno de ellos.

—Seré mudo como un sepulcro, pero para eso necesito ser rico como Creso.

—¿Olvida usted que yo soy una mujer desheredada?

—¡Bah! No tanto, señora. Sin que sea esto dar gran importancia á mi persona ni á los servicios que yo pueda prestar, le diré que mi alianza vale lo suficiente para que el señor marqués de Fontan la solicite. Sin embargo, soy galante, y he venido antes á ofrecerla á su señora.

Carolina guardó silencio.

El ginebrino esperó con impasibilidad la resolucion de la marquesa.

—Pidó veinticuatro horas de tiempo para dar á usted una contestacion definitiva sobre lo que acaba de proponerme.

—Entonces, señora, esperaré ese tiempo las órdenes de usted.

Y diciendo esto, se levantó, y enviando á la marquesa una sonrisa, inclinó la cabeza en señal de despedida.

Apenas habia desaparecido el ginebrino de la habitacion, Carolina corrió á la alcoba, y Daniel se presentó.

—Todo lo has oido.

Daniel, inclinando la cabeza, dijo:

—Sí.

—Es de todo punto indispensable que busques inmediatamente al señor vizconde.

—Eso es bastante difícil, señora.

—Corre á casa de su padre; nada importa la hora. Es preciso que le vea. El hombre que acaba de marcharse sabe nuestros secretos. No podemos perder tiempo. Cuando se trata de un enemigo tan poderoso como Jacobo el ginebrino, una hora es un siglo.

Daniel, comprendiendo las razones de su ama, salió precipitadamente en busca del vizconde de Villafort.

En cuanto á la marquesa, dejándose caer en el sofá, murmuró en voz baja:

—Necesito que ese hombre sea mi esclavo, que mi voluntad dirija su brazo; de lo contrario, la venganza, ese placer de los dioses, no vendria nunca á llenar de alegría mi corazon.

Y dejando caer la cabeza en las manos, quedó pensativa.

CAPITULO VI.

DESPUES DEL BAILE.

Retrocedamos.

Nuestros lectores recordarán que dejamos al pobre Leandro víctima de los vapores del Champagne, y á la hermosa Andrea afligida con el recuerdo de la acalorada escena del baile.

Don Leandro no tardó mucho en dormirse en el mismo sofá donde le habian dejado la portera y Lorenzo.

Andrea se dirigió á su dormitorio.

Hay momentos en la vida en que la imaginacion reasume, recopila las vivas escenas que han conmovido el corazon.

Andrea, sola en su dormitorio, sin mas testigos que su conciencia y sus recuerdos, comenzó á pensar todo cuanto le habia sucedido desde el momento que, engañando á Felipe con una fingida indisposicion, se habia dirigido al baile con su padre y Pepita.

Las tiernas y arrebatadoras palabras del vizconde resona-

ban aún en sus oidos, mezcladas con las parcas reconvenciones de Felipe.

¿Qué habia sucedido despues de abandonar el baile?

Hé aquí una duda que atormentaba el agitado corazon de Andrea.

Felipe, justamente irritado, habia promovido una cuestion de esas que dejan entrever fatales consecuencias.

Por un instante, ese roedor gusano que atormenta nuestra tranquilidad, ese misterioso espíritu que se alberga dentro de nuestro sér, y á quien damos el nombre de conciencia, comenzó á inquietarle.

De todo cuanto pudiera sucederle á Felipe ó al vizconde de Villafort, se conceptuaba ella misma la causante.

Tal vez en aquel instante ese grito interior llamado remordimiento, atormentaba á Andrea.

Si hubiera podido deshacer lo hecho, el mal se hubiera remediado; pero ya era tarde, y Andrea se hallaba, por una porcion de combinaciones, precisada á aceptar las consecuencias.

El primer baile habia dejado en su corazon una huella de esas que no se borran nunca.

Quedaba aún en su pecho un rayo de amor hácia Felipe.

Felipe, tan dulce, tan tierno, tan resignado.

Él era el primer hombre que habia prodigado palabras de amor á su oido, el primer corazon que habia hecho palpitar el suyo, los primeros ojos en cuyas pupilas habia visto brillar esa chispa místeriosa del amor.

Todo esto iba á desaparecer como por encanto.

La presencia del vizconde de Villafort era la sombra que iba á matar la pura y sincera pasion de Felipe.

Andrea permaneció dos largas horas entregada á esas luchas secretas del alma que absorben todo nuestro sér.

Por fin, sintiéndose fatigada, comenzó á quitarse el traje que le habia servido para ir á las máscaras, cuando de su casto seno sintió caer un objeto al suelo.

Era la sortija del vizconde de Villafort. La recogió precipitadamente, y se acercó á la luz para contemplarla.

Aquel diamante, que despedia cien rayos de luz, cegaba sus ojos. Las chispas de aquella preciosa piedra se infiltraban poco á poco en su corazon.

Entonces, una llamarada de rubor coloreó sus mejillas.

Pensó en fray Natalio de la Concepcion, en aquel virtuoso fraile que no la habia olvidado nunca.

Recordó asímismo que ya no conservaba en su poder la hermosa perla negra que como un recuerdo le habia enviado de lejanas tierras.

—¡Ah! se dijo hablando consigo misma: si algun dia regresa fray Natalio, ¿qué podré decirle? ¿cómo disculparme? Verdaderamente el vizconde de Villafort ejecutó el cambio sin voluntad mia. Yo no hubiera accedido nunca.

Mientras esto pensaba, sus ojos no se apartaban de la sortija que tenia entre sus dedos.

Por un momento buscó en su imaginacion un sitio donde ocultarla, porque aquel anillo era, por decirlo así, la clave de un secreto que encerraba el naciente fuego de su amor; pero de un amor fatal que no retrocede ante nada, que lo arrolla todo.

Andrea se acostó.

El sueño fué rebelde; pero cuando por fin la naturaleza, pagando su tributo á esa pequeña muerte de la vida, cerró sus

párpados, un nuevo sueño, hermoso como las ilusiones de la juventud, comenzó á perfumar su mente.

Sin una nube, sin un dolor, se presentó ante los ojos de su alma pura y risueña como el canto de las aves al despuntar la aurora.

El recuerdo del vizconde de Villafort era el perfume que lo embellecia todo, síntoma inequívoco de que el amor, infiltrándose en el corazon de Andrea, comenzaba á dominarla.

Desde aquel momento podia decirse que Felipe era un recuerdo: Arturo una realidad.

Andrea permanecia dormida, cuando la despertó un ruido que oyó cerca de su cama.

Abrió los ojos. El sol penetraba en su habitacion.

Cerca de su lecho hallábase su padre.

Don Leandro, mas pálido que de costumbre, permaneció un momento contemplando á su hija con dolorosa actitud.

Andrea envió una sonrisa á aquel bondadoso anciano, que no tenia mas voluntad que la suya.

—¡Ah, padre mio!... ¿es usted? le preguntó con voz cariñosa.

—Sí, yo soy, repuso con triste acento don Leandro.

—¡Debe ser muy tarde!

—No puedo asegurarte la hora que sea.

—¡Está usted pálido!... ¡Me habla usted con una gravedad!...

—Tengo motivos para ello.

—¿Motivos?...

—Sí. Anoche cometimos una imprudencia que ha tenido muy graves resultados.

Andrea se incorporó en la cama.

Las palabras de su padre tenian una entonacion que la hicieron recordar lo que sin duda habia olvidado.

—¡Me asusta usted, padre mio!

—¡Ah! ¡si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Y Leandro exhaló un suspiro, haciendo un movimiento de ojos que demostraba claramente la afliccion que le poseia.

—Pero ¿qué ocurre? ¿qué pasa?

—Una gran desgracia.

Andrea se estremeció.

El recuerdo de Felipe asaltó su mente.

—¡Por Dios, padre mio, no me oculte usted nada!

—Pues bien, ya que quieres saberlo, escucha: Felipe se halla gravemente herido; tal vez en este momento habrá dejado de existir.

Andrea exhaló un grito.

Sus hermosos ojos se fijaron de un modo espresivo en los de su padre, que mudo, frio, pálido, verdadera imágen del remordimiento, permanecia en pié delante de la cama.

—¡Herido!... ¡muerto tal vez! murmuró Andrea. ¡Pero eso no es posible! ¿Cómo ha sucedido esa desgracia? ¿Quién ha sido el autor de ella?

—¡Ah! no quisiera recordártelo. Yo creo, hija mia, que la sangre de ese pobre muchacho caerá sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros? Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Qué tenemos nosotros que ver con esa desgracia?

—Felipe era tu prometido. Los celos, esa pasion terrible que abulta los objetos y desfigura las cosas de un modo lamentable, le pusieron en el caso de presentarse en el baile de la

manera que puedes recordar. Segun parece, hija mia, entre él y el vizconde de Villafort debieron mediar palabras poco convenientes; esas palabras que conducen á los hombres á ese terreno llamado del honor, y Felipe, menos diestro ó menos afortunado, ha sido á quien tocó la peor parte en el lance. Pepita acaba de contármelo todo, y yo no tendria valor para presentarme delante de ese jóven. Vuelvo á repetírtelo, Andrea, hemos sido muy imprudentes.

Andrea guardó silencio. No necesitaba preguntar mas para comprender todo lo que habia sucedido.

Entre ella y el vizconde de Villafort mediaba ya un nuevo lazo, pero un lazo empapado en sangre.

Despues de una corta pausa, don Leandro volvió á decir:

—Si Dios escucha mis ruegos, si Felipe vuelve á entrar por las puertas de nuestra casa, completamente restablecido, entonces recobraré la tranquilidad. Mientras tanto, hija mia, yo te ruego que no des oidos á las palabras del vizconde de Villafort. Yo, por mi parte, te prometo romper todas cuantas relaciones nos unian con Pepita. Solo á este precio podremos vindicarnos mañana ante los ojos de ese pobre muchacho, que ha demostrado desgraciadamente el amor que te tenia.

Aquellas súplicas de don Leandro envolvian para Andrea una órden.

Poco acostumbrada á doblegarse ante la voluntad de su padre, las palabras que acababa de oir no produjeron en ella otro efecto que un ruido vago.

Difícilmente se arranca del corazon el recuerdo de un hombre que ha echado en él hondas raíces.

Arturo se habia dicho:

—«Si Andrea coloca en una balanza á su amante y á mí, estoy seguro de hacerla inclinar á mi favor.»

Cuando apenas se han cumplido veinte años, cuando el mundo no tiene mas que perfumes y colores, y cuando la vida es una ilusion rodeada de dulces esperanzas, es imposible resistir á ciertas exigencias del alma.

Andrea tenia una de esas organizaciones impresionables. Para ella, el mundo con Arturo era un paraíso. ¿Cómo rehusar á sus encantos?

Guardó silencio, pensando que no seria difícil convencer á su padre como otras muchas veces.

Además, ¿qué fuerza moral podia ejercer aquel hombre con su hija, cuando desde pequeña estaba acostumbrada á dominarle?

No estaba lejos el dia en que aquel padre recibiera el amargo fruto de la educacion que habia dado á su hija.

Andrea dirigió á su padre una de aquellas miradas que le subyugaban, que le hacian ser su esclavo, y le dijo:

—¿Sabe usted que es una injusticia lo que acaba de proponerme?

—¡Injusticia!... No te comprendo.

—¿Qué culpa tiene Pepita? ¿qué culpa tiene el vizconde de Villafort de que Felipe, por unos celos infundados, cometiera una imprudencia? Nosotros no debemos hacernos cómplices de la conducta del que fué mi prometido.

—Esa respuesta en tus labios, me aflige, porque me hace entrever que te hallas dispuesta á olvidar la promesa hecha á Felipe.

Andrea hizo un movimiento de hombros bastante signifi-

cativo, y luego, suplicándole que saliera de la habitacion, se vistió.

Poco despues, fué á asomarse á la ventana del comedor.

Arturo, como siempre, se hallaba en su estudio, pero en la ventana de la buhardilla faltaba Felipe.

El triunfo del vizconde no estaba lejos.

CAPITULO VII.

DONDE CADA CUAL VE LAS COSAS Á SU MANERA.

Aquella misma tarde, Pepita se presentó en casa de don Leandro, pero este, que habia resuelto terminar con las relaciones de la vecina, no tuvo valor para decirla nada, limitándose á seguir copiando despues de saludarla.

Andrea y Pepita, algo apartadas del sitio que ocupaba don Leandro, comenzaron á hablar en voz baja.

—Mi padre me ha dicho que Felipe está herido, dijo Andrea.

—Sí, hija mia. Arturo me lo ha contado todo esta mañana, contestó Pepita: ya sabe usted la manera inconveniente como se presentó. Arturo quiso evitar un lance, pero Felipe llegó en su locura hasta el punto de insultarle de un modo que no puede perdonar una persona bien nacida. Además, el vizconde es un jóven pundonoroso y valiente, y ama á usted demasia-

do para sufrir las insolencias de un hombre á quien él cree su rival. No hace mucho me decia: de lo que anoche ocurrió solo siento el disgusto que involuntariamente he podido causar á Andrea.

—Pero si Felipe muriera, ¿qué podria suceder al vizconde?

—¡Quién es capaz de saberlo! Entre caballeros, cuando se efectúa un desafío, solo se corre el riesgo de matar ó morir; pero si Felipe declara, la justicia tomará parte, y Arturo tal vez se vea precisado á emigrar al estranjero.

—¡Oh! mi padre tiene razon: cometimos una imprudencia.

—¿En qué, hija mia?

—¡Toma! en ir al baile.

—Tarde ó temprano hubiera sucedido lo mismo, porque el vizconde de Villafort ama á usted con locura, y segun parece, el estudiantuelo de la buhardilla le insultó de un modo inconveniente. Arturo ha hecho bien en castigarle.

Andrea se llevó una mano á los ojos para enjugarse una lágrima.

Pepita, durante esta pausa, sondeaba el corazon de su amiga.

Arturo no podia haber elegido una aliada mas inteligente para terminar su empresa.

—En verdad que seria lástima, repuso Pepita exhalando un suspiro, que el vizconde de Villafort se viera precisado á abandonar á España.

De repente Andrea, no pudiendo dominar la terrible lucha que mantenia su corazon, esclamó:

—Sí, sí, mi padre dice bien; entre el vizconde de Villafort

y la humilde hija de un pobre músico, hay una gran distancia: no quiero, no debo verle mas. El deber, la modestia, la honra mia, lo exigen así.

—¡Está usted loca! ¿quién le ha dicho á usted que un hombre rico y noble no puede unirse con una jóven bella y honrada, aunque sea hija de un pobre? El mundo está lleno de esos ejemplos. Don Leandro dirá todo cuanto quiera, pero eso no son mas que escrúpulos ridículos que á nada conducen.

La conversacion de las dos amigas se prolongó por espacio de una hora.

Pepita trató de persuadir á Andrea, y le faltó muy poco para lograrlo, de que no es un obstáculo insuperable la fortuna para que se unan dos corazones que se aman, que se comprenden, que laten el uno para el otro.

Por eso sin duda Andrea, dos dias despues, dijo á su padre que estaba resuelta á no rechazar las súplicas del vizconde de Villafort.

—Pero ¿él te ha declarado su amor? le preguntó don Leandro.

—Sí, padre mio, contestó Andrea.

—Olvida á ese hombre; puede sernos fatal.

Mientras tanto, don Fernando habia dicho á don Leandro, que si continuaba recibiendo en su casa á Pepita, prohibiria á Sofía que se tratara con Andrea.

El pobre músico comenzaba á confundirse.

Por una parte la amistad de don Fernando, por otra el cariño de su hija, que siempre triste, siempre llorosa, no cesaba de tratarle de padre tirano.

Asi trascurrieron algunos dias.

Una tarde Leandro, al regresar á su casa, encontró en ella á Pepita y al vizconde de Villafort.

Este encuentro le produjo mal efecto. Sin embargo, supo contenerse.

Cuando se quedó solo con su hija, le dijo:

—Veo, Andrea, que desoyes mis consejos: esto me disgusta, y hará que me coloque en mi verdadero terreno.

—Padre mio, respondió Andrea: el vizconde de Villafort es un jóven tan fino como modesto. Nunca me ha dicho la menor palabra que pueda ofenderme, y creo que es una ridiculez despedirle.

—¡Cómo! ¿te atreverias á desobedecer mis órdenes?

—Sí, pues algun dia espero que me dé usted las gracias.

—Está bien, yo le despediré.

—Usted no hará eso.

—¿Y quién me lo impedirá?

—La reflexion.

—Lo tengo bien pensado; sabes que no me gusta partir de ligero.

—Pues en esta ocasion obra usted con poca cordura, porque no tiene usted motivo.

—Pero ¡desdichada! ¿olvidas que el vizconde no puede solicitar tu amor con otro objeto que el de tenerte por querida?

—Eso es una figuracion de usted, que me ofende.

—Arturo de Villafort es un calavera, un pervertido: todo el mundo lo sabe.

—Calumnias de gente que le envidia sin conocer sus virtudes.

—Vamos, tú estás loca.

—No, pero usted se empeña en volverme, esclavizando mi corazon y mi voluntad.

—¡Andrea! te ruego que no olvides que soy tu padre.

—Mas bien parece que es usted el que olvida que yo soy su hija.

El semblante de don Leandro se tiñó de una mortal palidez: las palabras de Andrea penetraban en su pecho, destrozándole el corazon.

Débil, bondadoso, tímido, sin mas afan que el amor de su hija, sin mas deseos que verla feliz, se sentia sin fuerzas para continuar aquella lucha, en la cual de antemano se conceptuaba vencido.

Dejóse caer en una silla, y cubriéndose los ojos con las manos, lloró amargamente.

Aquellas lágrimas, aquella flaqueza, conmovieron por un momento á Andrea; pero buscando en su mente un arma para defenderse, continuó de este modo:

—¡Ah, soy muy desgraciada! La casualidad ó la fortuna me depara un hombre jóven, rico, bueno y cariñoso, que enamorado de mí olvida la distancia que nos separa y me ofrece su mano, y usted, que debia escuchar gozoso esta ventajosa proposicion, me manda que le despida, que le ahuyente, que le cierre las puertas de mi casa, y que condene mi alma al peor, al mas cruel de los dolores: amar sin esperanza.

—Pero ¡desgraciada! esclamó don Leandro: ese hombre te hace proposiciones que no cumplirá nunca. No es tu mano lo que él quiere; es tu honra, es mi vida, es nuestra felicidad la que se dispone á robarnos.

—Todo eso son figuraciones exageradas de don Fernando,

esclamó Andrea con esa agitacion de la mujer que defiende al hombre que ama. Si el vizconde de Villafort en vez de fijar en mí sus ojos los hubiera fijado en Sofía, nuestro vecino le hubiera enaltecido hasta las nubes, como enaltece á Lorenzo, el primo de Felipe.

—¡Calla! ¡calla! no pronuncies ese nombre, pues temo que Dios nos castigue.

Andrea se encogió de hombros, y dijo:

—Creo que debemos dar por terminada esta cuestion.

Y diciendo esto, salió de la sala, dirigiéndose á su cuarto.

Don Leandro se quedó solo.

—¡Dios mio! esclamó levantando las manos al cielo: mia es la culpa, pero no la abandones.

Y un mar de lágrimas brotó de sus enrojecidos ojos.

CAPITULO VIII.

CORRESPONDENCIA.

Al dia siguiente, Leandro habia formado ya su resolucion.

Estaba decidido á tener carácter una vez al menos en la vida: se trataba de la honra de su hija.

Bajó, pues, á casa de Pepita, cuyas seducciones solo alguna que otra vez habian conmovido el corazon del músico.

—Señorita, la dijo: he sabido que el noble vizconde de Villafort ha declarado el amor á mi hija. Yo soy un pobre músico, y vengo á suplicar á usted dos cosas: la primera, que interceda con ese jóven para que olvide á Andrea; la segunda, que procure usted suspender por algun tiempo las visitas que nos hace.

—¡Señor don Leandro! esclamó Pepita enojada.

—Ruego á usted me dispense y perdone la grosería: no vea en mí otra cosa que un padre que ama á su hija con todo su corazon, que no tiene en el mundo otra fortuna que su ca-

riño y su honra, y que todo lo olvida, todo lo atropella por salvarla.

—¡Ah! luego, segun usted, mi amistad y la del vizconde de Villafort son su perdicion.

—Señorita, seré franco: creo que sí.

—Eso no pasa de ser una impertinencia.

—Será todo cuanto usted quiera, pero yo sé quién es el vizconde de Villafort.

—¿Y no podria usted esplicármelo á mí? porque hace muchos años que le conozco, y le tengo por un caballero. Pero es inútil continuar esta escena. Yo sabré á qué atenerme.

Y Pepita, revistiéndose de una dignidad que á ella misma le asombraba, se levantó.

Don Leandro estaba turbado:

El paso que acababa de dar era para él tan inmenso, tan increible, que no sabia qué decir.

Solo por el honor de su hija se habia atrevido á tanto.

—Ruego á usted que me perdone, dijo con cierta vacilacion: no ha sido mi ánimo ofenderla, aunque pudo creer lo contrário por mis palabras.

Luego, se despidió.

Aquella misma noche, la portera tuvo ocasion de entregar dos cartas á Andrea, la cual ignoraba el paso que habia dado su padre.

Aquellas cartas eran, la una de Pepita, la otra del vizconde de Villafort.

Leamos primero la de la vecina. Decia así:

«Querida amiga: Hoy ha estado en esta su casa su señor padre á prohibirme que suba á visitarla. Esto me ha afligido

lo que no es decible, pues veo que nuestras relaciones quedan completamente rotas.

»¡Cómo ha de ser! Yo la queria y la sigo queriendo á usted como á una hermana. Me resigno y obedezco, aunque con los ojos llenos de lágrimas y el corazon dolorido.

»¡Eran tan gratas, tan dulces, para mí las horas pasadas en su compañía!

»Pero es preciso obedecer. De todos modos, cuente que en mí siempre tendrá una amiga dispuesta á servirla y á quererla.—Suya, *Pepita*.»

Andrea guardó la carta de su amiga, y se puso á leer la de Arturo.

Hé aquí su contenido:

«¿Qué es lo que he sabido? Es su padre de usted el que se opone á nuestra felicidad: él, que debia mostrarse gozoso; él, que debia proteger nuestro amor. ¡Oh! eso no es posible: debo padecer algun error; me han engañado sin duda.

»Pero ¡en qué momento! Cuando ni el consuelo tengo de ver á usted, porque desde anoche, perseguido por la justicia, me veo reducido á ocultarme, porque me es muy duro, muy sensible, abandonar á Madrid, donde usted mora, donde usted vive; usted, que es para mí tanto como el aire que da vida, tanto como el sol que lo embellece todo.

»Figúrese usted, Andrea de mi alma, mi situacion. Me hallo en una casa de campo situada en las cercanías de esta córte, sin mas sociedad que la de una criada anciana que me ha visto nacer y que me profesa el amor desinteresado de una madre.

»La pobre no ha querido abandonarme. Vivo, pues, solo

con el recuerdo de usted y mis pinceles, leales compañeros que me hacen menos dura mi soledad.

»Mi buen padre no se atreve á venir á verme, temeroso de que se descubra mi paradero.

»¡Oh! Si yo tuviera la dicha de ver á usted, aunque fuera solo á través de las persianas de mis balcones, me creeria el hombre mas feliz del mundo; porque yo supongo, ángel mio, que usted no será tan cruel como su padre, y me conservará un recuerdo cariñoso en su corazon, en cambio del puro é inmenso amor que para usted guarda el mio.

»¡Ah! si usted me acompañara en mi destierro, ¿qué felicidad podria compararse con la mia? Ninguna.

»En este momento se me ocurre el medio de que yo pueda ver á usted, y recibir por un instante el perfume de su mirada, el aroma de sus suspiros.

»Yo me hallo en una casita situada al final de Chamberí, entrando en la carretera de Francia, como á unos cincuenta pasos á la izquierda del camino.

»La casa está pintada de encarnado y blanco, y tiene las persianas verdes.

»Se halla rodeada por una tapia que termina en una verja de hierro.

»Frente por frente de los balcones hay un banco de piedra; si usted viniera á sentarse allí á las cuatro de la tarde, yo la podria contemplar á través de las persianas. Pero ¿cuánta no seria mi felicidad si me dejara debajo del banco alguna carta que, como el bálsamo que cicatriza las heridas del cuerpo, aliviaria los sufrimientos de mi corazon?

»¿Vendrá usted, Andrea? ¡Ah! lo ignoro; pero yo, pobre

prisionero, espiaré desde mi jaula á la hora indicada, el banco en donde debo ver mi mayor ventura.—*Arturo.*»

Andrea depositó en aquella carta una lágrima y un beso.

El vizconde de Villafort se habia apoderado del corazon de aquella jóven.

Como comprenderá el lector, nadie habia molestado á Arturo; todo lo que decia la carta era una ficcion para interesar á Andrea.

Se encerró en su cuarto, y escribió lo siguiente:

«Señor vizconde: Yo le ruego, por lo mas sagrado, que tenga compasion de mí.

»Si usted siente todo cuanto dice en la suya, ¿qué he hecho yo para merecer tanta felicidad? Si solo es un capricho pasajero el que le ha dictado semejantes palabras, ¿por qué se goza en hacerme la mas desgraciada de las mujeres?

»Mi padre me prohibe que vea á usted, como asímismo á nuestra buena amiga Pepita.

»Sola con mis pensamientos, sin mas testigos de mis amarguras que mi corazon, vivo de los recuerdos.

»Tenga usted piedad de mí. Si no me ama, ¿á qué engañarme? Yo me resignaré; yo le bendeciré á usted eternamente. —*Andrea.*»

Escrita la carta, Andrea la guardó en el bolsillo de su vestido, y fué á la sala, donde se hallaba copiando música su padre.

El enojo de dón Leandro nunca duraba mas de una hora.

El corazon del pobre músico no sabia guardar rencor á nadie.

Recibió á su hija con una sonrisa.

Además, él temia que le reconviniera por el paso que habia dado con Pepita.

Andrea le dió un beso en la frente.

Este beso refrescó el alma de aquel padre: era además un buen síntoma de reconciliacion.

—¡Qué dia tan hermoso! dijo Andrea acercándose al balcon. ¿No es verdad?

—Sí, muy hermoso. El mes de enero en Madrid tiene un cielo puro y azul como en ninguna parte.

—Parece un dia de Primavera.

—No hace frio.

—Ni aire. ¡Oh! de buena gana daria un paseo.

—Pues, hija, eso no es caro. Los pobres pueden pasearse y tomar el sol lo mismo que los ricos cuando van á pié, repuso el músico dejando la pluma y frotándose las manos; muestra inequívoca de la alegría que la conversacion de su hija le causaba.

En aquel momento, pensó don Leandro, que como Andrea era una aturdida, se habria olvidado de la escena borrascosa del dia anterior.

—De modo, dijo Andrea echándose de brazos sobre la mesa donde escribia su padre, que no tiene usted inconveniente en que demos un paseo.

—¿Qué he de tener? El trabajo que pierda ahora lo ganaré á la noche.

—Es que yo quiero ir fuera de Madrid, ver el campo.

—Iremos adonde tú quieras, hija mia.

Y don Leandro, como si en aquel momento recordara una cosa importante, esclamó:

De paso, puesto que hoy es jueves, podemos ir al Hospital y ver á Felipe.

Este nombre hizo estremecer á Andrea.

—Padre mio, dijo: Felipe, por desgracia, sigue segun he sabido bastante mal. Nuestra presencia podria causarle algun recargo: dejemos esta visita para mas adelante.

—Sea como tú quieras; pero yo por mí iré el domingo á verle.

Poco despues, don Leandro y su hija salian de casa.

Andrea condujo á su padre á Chamberí por la ancha calle que desemboca en el camino de Fuencarral.

La casa de Arturo no podia confundirse con otra.

Andrea la reconoció y se estremeció.

Allí, enfrente de los balcones herméticamente cerrados con unas persianas verdes, se hallaba el banco.

—Sentémonos aquí, padre mio, dijo Andrea: ¡oh, qué hermoso está el cielo! ¡qué hermoso está el sol!

Andrea dirigió una mirada llena de amor y ternura á las persianas que tenia enfrente.

En este instante, el reloj de una torre vecina dió las cuatro de la tarde.

CAPITULO IX.

VER Y NO VER.

Andrea acababa de cometer una falta y una imprudencia.

Como hija, burlaba á su padre; como jóven enamorada, accedia á un deseo, faltándose á sí misma.

Pero en ciertas mujeres la prudencia y las reflexiones llegan tarde, cuando todo está perdido, cuando nada puede remediarse.

Andrea, como se sintiera extasiada ante la magnificencia del dia, guardó silencio.

Sus hermosos ojos, negros como las alas de los alviones africanos, estaban fijos en las persianas que tenia enfrente.

Andrea vió que se movian las maderas.

Allí indudablemente estaba Arturo con los ojos fijos en ella, enviándole un suspiro enamorado.

¡Cuántas ilusiones! ¡Cuántas risueñas esperanzas cruzaron por la mente de aquella jóven!

Contemplando la poética casita que tenia enfrente, soñaba despierta en un paraíso de amor.

En vano le dirigia la palabra su padre. Andrea, trasportando su alma dentro de aquel recinto donde se encontraba Arturo, le respondia con monosílabos, casi sin oirle.

Don Leandro nada comprendia.

Así trascurrió una hora.

Andrea exhaló un suspiro, dirigió la última mirada á las persianas, y vió un pañuelo blanco entre dos maderas, como saludándola y despidiéndose.

Entonces se inclinó, y dejó la carta bajo del banco.

El dia comenzaba á declinar.

—Vamos, padre mio, dijo.

—Sí, comienza á sentirse el fresco de la tarde, y no debe ser conveniente permanecer aquí.

En este momento, una berlina tirada por dos poderosos caballos, se detuvo delante de la casa de Arturo.

—¡Qué hermoso carruaje! repuso Andrea deteniéndose.

Aquello era un pretesto para ver quién bajaba del coche.

Era un jóven estremadamente bello, sin pelo de barba y elegantemente vestido.

Andrea fijó en él sus ojos.

El jóven la miró tambien.

Era el fingido baron Filiberto de Soany.

Llamó á la puerta, y abrió una mujer anciana.

El baron entró en la casa, dirigiendo al mismo tiempo una mirada á Andrea.

Esta se estremeció, sin esplicarse la causa.

Entonces la mujer que habia abierto la puerta se encami-

nó hácia el banco donde habia estado sentada Andrea con su padre.

Andrea dejó caer el pañuelo con objeto de observar lo que hacia aquella mujer, y la vió que cogia la carta que ella dejara poco antes.

Despues de esto, el padre y la hija se encaminaron hácia Madrid.

Sigamos nosotros al baron de Soany.

—¡Cómo! ¿tú aquí? preguntó Arturo, viendo entrar en su habitacion á la marquesa.

—Es natural que te busque, puesto que te necesito; y sabido es que cuando no te se encuentra en ninguna parte, te hallas en tu nido, en tu madriguera.

—Donde forzosamente deberé permanecer algunos dias, contestó Arturo con naturalidad.

—¿Huyes del mundo?

—No estoy á la verdad muy cansado del mundo, pero la prudencia me aconseja algunos dias de retraimiento: he muerto, segun creo, á un hombre.

—¿Cómo?

—En un desafío.

—¿Por alguna mujer?

—No. Una broma de Carnaval. Ya ves que hasta que se disipen las sospechas, debo permanecer algunos dias oculto.

—¿Por qué no me has avisado? hubiera venido á vivir contigo.

—¡Bah! eso seria mucho egoismo: no quiero privarte de la libertad.

—Pues bien, yo te la sacrifico, como te he sacrificado otras

cosas, y desde ahora me instalo aquí. Voy á mandar recado de que se retire mi coche.

—No seas aturdida: me conviene estar solo.

—¿Rehusas mi compañía?

—No, pero tu presencia en esta casa podria infundir sospechas.

—Entonces hablemos de otra cosa. Daniel te buscó anoche inútilmente.

—Si hubiera venido aquí, me hubiera encontrado. ¿Qué querias?

—Hablarte de un asunto de importancia.

—Te escucho.

—¿Conoces á un médico ginebrino llamado Jacobo Schuff?

—Sí.

—Pues bien, ese hombre posee nuestro secreto.

—¿Nuestro secreto?

—Sabe que la marquesa de Fontan no ha muerto, y que yo soy la marquesa.

—¡Diablo! Pues sabe lo suficiente para que yo le dirija una estocada al corazon.

—Creo que ese hombre puede sernos útil.

—Esplícate.

—Anoche vino á verme, y me ofreció sus servicios.

—¿Con qué condiciones?

—Por un puñado de oro.

—¿Y qué servicios puede prestarnos?

—Él es el que proporcionó á mi marido el cadáver para llevar á cabo la farsa.

—¡Hola!

—Además, es un sabio, segun parece, y tiene la bravura del tigre. Hombre dispuesto á todo, leal amigo, temible enemigo, posee venenos terribles que matan sin dejar el menor rastro.

—Ese hombre tiene trazas de ser un embaucador.

—No lo creas, Arturo; le creo capaz de todo. Anoche, cuando vino á hacerme las proposiciones para una alianza, procuré estudiarle: es hombre resuelto.

—¿Y qué decidiste?

—Pedí un plazo de veinticuatro horas para contestarle: queria antes verte y resolver contigo.

Arturo meditó un momento.

—Creo que lo mas conveniente será que yo me bata con ese hombre.

—No admitirá el desafío: en las manos de Jacobo el ginebrino se verá mas pronto el puñal ó el veneno, que la espada. Además, si yo rehuso su alianza, dice que irá á ofrecerla á mi esposo.

—Me rio de las amenazas de esa clase de hombres. Creo que puedes dormir tranquila, y despreciar á Jacobo el ginebrino.

—No haré tal. Si se une con mi esposo, será capaz de envenenarme.

—¡Bah! del noble y prudente marqués de Fontan, no esperes otra cosa que el desprecio.

—Estás en un error, Arturo. Mi esposo no quedará tranquilo hasta que tú y yo hayamos dejado de existir.

—No le creo tan rencoroso, contestó el vizconde con indiferencia.

—Porque no le conoces. Escucha: voy á revelarte un secreto

que te he ocultado hasta ahora. Leoncio, el secretario, el amigo íntimo, el protegido del marqués de Fontan, era su hijo: tú le mataste por salvarme. Si el escándalo, la deshonra, la sátira de la sociedad, le contuvieron entonces, buscando un medio terrible de separacion, el odio que nos profesaba no se ha estinguido aún en su pecho. Lo que tú llamas mi venganza, no es solamente un placer hijo del odio que me inspira ese hombre: tiene algo de egoismo. Mientras él viva, nuestras vidas peligran. Es preciso matar para vivir, no lo olvides: ó él, ó nosotros dos. Elige.

Las palabras, la entonacion de Carolina, tenian cierta solemnidad imponente.

Arturo, que hasta entonces se habia interesado poco en el relato de su querida, comenzó á fijarse.

—Eso ya cambia de carácter, dijo: veremos al médico, puesto que comienzo á creer fundados tus temores.

—Entonces, esta noche nos espera en su casa.

Arturo, como si le repugnara librarse de un enemigo con el auxilio de un tercero, hizo un gesto de disgusto, y continuó:

—Yo creo que lo mas sencillo seria que yo le provocara. Nada tan fácil como encontrar un pretesto para que se batan dos personas decentes.

—Mi esposo sabe que eres diestro y valiente: no aceptará.

—De tal naturaleza podia ser el insulto...

—Aunque le abofetearas en público.

—¿Luego es un cobarde?

—Sí; y por eso debemos ser prudentes. Ya sabes que un cobarde es un enemigo temible. Además, mientras el marqués de Fontan viva, no estaré tranquila.

—Veo que te preocupa demasiado ese hombre. Olvídale de tu memoria; no merece que fijemos en él nuestra atencion.

—Le conozco lo suficiente para temerle.

—Entonces, cúmplase tu voluntad.

—Esta noche á las nueve te espero en mi casa. Pero se me ocurre una cosa: podíamos comer juntos.

—¿Aquí?

—Donde tú quieras.

—Prefiero que sea en tu casa.

—Pues vamos allá.

—Espérame, voy á vestirme.

Arturo entró en otra habitacion y tiró del llamador de la campanilla.

Entró un criado.

—Que venga la señora Manuela, dijo Arturo comenzándose á vestir.

Poco despues, entraba la misma mujer que abrió la puerta al baron de Soany.

—¿Qué hay? le preguntó Arturo.

—Esto, contestó entregándole la carta que Andrea habia dejado debajo del banco.

Arturo la cogió, y dijo:

—Está bien. Puede usted irse.

Y se puso á leer la carta.

—Antes de quince dias, se dijo para sí sonriendo, esta tortolilla inocente arrullará en mis brazos cánticos de amor. ¡Oh! la comedia está perfectamente desempeñada.

Y guardó la carta en el cajon de una mesa.

Luego fué á reunirse con la marquesa de Fontan.

—Me tienes á tus órdenes, le dijo, y con buen apetito para honrar tu mesa.

Carolina dirigió una mirada al vizconde, y continuó:

—Arturo, veo que tomas con mucha indiferencia las cuestiones mas graves, y esto, tarde ó temprano, te será perjudicial.

—Yo te ruego, querida, que hasta que llegue ese dia no pienses en semejante cosa.

Y luego salierón los dos de la casa de Chamberí.

CAPITULO X.

EL 22 DE ENERO.

Dos dias despues, Andrea se hallaba sola en su casa.

Su padre habia salido á llevar al almacen de música algunos papeles, y luego tenia que asistir á una funcion de iglesia.

Andrea trabajaba, pensando en el vizconde de Villafort, cuando oyó que llamaban á la puerta.

Abrió. Era Pepita.

Las dos amigas se abrazaron y se besaron.

—Desde muy temprano, dijo Pepita, estoy en acecho. He visto salir al padre de usted, y arriesgando su enojo, subo para decirle que Arturo se halla enfermo, y que antes de abandonar á España tiene necesidad de tener una entrevista con usted.

Andrea, sobrecogida, temblorosa, escuchó la fatal noticia.

—Supongo, amiga mia, repuso Pepita, que no querrá usted negarle esa entrevista, en la que cifra toda su felicidad. Arturo se halla dispuesto á todo. Quiere antes de partir saber si us-

ted le ama, y qué es lo que puede esperar de ese amor durante su ausencia. Aprovechemos, pues, estos momentos. El se halla en mi casa sentado enfrente de su retrato de usted, del que, segun dice, no quiere separarse nunca.

Andrea se llevó las manos á los ojos.

Sus sienes ardian, su corazon palpitaba de un modo desconocido.

Pepita era tenaz y sabia aprovechar las ocasiones; así es que cogió suavemente á su amiga por el brazo, diciendo:

—Vamos, Andrea; Arturo espera: no retarde usted, si le ama, ni un instante la dicha que esta entrevista va á causar á un hombre ciegamente enamorado de usted.

—Pero ¿y mi padre? esclamó Andrea, que se hallaba aturdida.

—¿Va usted á sacrificar por un necio temor, tal vez, la felicidad de su vida? Arturo se halla desesperado, enfermo, y es capaz de suicidarse si usted le niega lo que á tan poca costa puede concederle.

—No, no; es una imprudencia.

—Piense usted que la cita se efectuará en mi casa y en mi presencia; que nada perderá su honra, su reputacion.

—¡Si mi padre lo sabe!

—¿Quién se lo ha de decir? ¿Usted? ¿Yo, por ventura? Vamos, se pierde un tiempo precioso: el vizconde desea oir de sus labios si usted le ama bastante para esperarle. Desea llamar á usted su esposa, y una jóven no debe nunca desechar un enlace tan brillante.

Y Pepita, sin soltar á su amiga, la condujo hasta la puerta.

Andrea quiso resistir, pero tan débilmente, que algunos momentos despues se hallaba en la habitacion que servia de estudio al pintor.

Arturo al verla corrió á su encuentro, y cayendo á sus piés arrodillado, la cogió una mano, que cubrió de besos.

En este momento, Pepita desapareció.

Andrea y Arturo quedaron solos.

—¡Angel mio! esclamó el vizconde cogiéndola dulcemente por la cintura y conduciéndola hasta un sofá: ¿es cierto que te veo, que te hallas á mi lado, que puedo ver esa frente pura como el perfume de las flores, y esos ojos bellos como la primera luz que enciende el dia?

Andrea, fascinada, aturdida, apenas podia esplicarse lo que sentia, lo que por ella pasaba.

Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, y un suspiro se escapó de su pecho.

Ni habia notado la ausencia de Pepita, ni encontraba una palabra con que defenderse de aquella pérfida emboscada.

La presencia del vizconde de Villafort la embriagaba: sus dulces, sus ardientes palabras, enervaban lánguidamente su corazon.

No se sentia con fuerza para defenderse; así es que, doblando la cabeza sobre uno de los hombros de Arturo, que permanecia arrodillado á sus piés, murmuró estas palabras:

—¿Es cierto, Arturo, que está usted malo? ¿Es verdad que piensa usted ausentarse de España?

—Sí, alma mia; pero ¿qué me importa todo lo que puede sobrevenirme? En este instante lo olvido todo. Solo tu amor llena mi corazon. De tus ojos depende mi salud: de una de tus

sonrisas se halla sujeta mi voluntad. Partiré si lo deseas, permaneceré á tu lado si me lo mandas. La esclavitud de tu amor es lo único que ambiciono, y en vano se opondria el mundo entero á mis designios. Serás mia: sí, mia. Yo te daré mi nombre y mi fortuna; pero tú en cambio, dándome tu amor, me darás toda la felicidad que ambiciono. . . . . .

Las palabras brotaban como un torrente de fuego de los labios de Arturo.

Andrea, fascinada, comenzaba á sentir una fatal influencia en su corazon.

Arturo, avezado á las batallas del amor, conoció las ventajas, adivinó las buenas disposiciones para alcanzar un triunfo sobre la presa que codiciaba.

—¿Qué es la vida sin amor? repuso. Un desierto seco y árido por donde cruzan las criaturas, ensangrentándose los piés. Nosotros, ángel mio, sabremos crearnos un paraíso. ¿Quién podrá desunirnos? Nadie, yo te lo juro. Si tu padre se opusiera á nuestra felicidad, sí el mio, parapetado en sus pergaminos y su fortuna quisiera separarnos, nada lograrian. Hemos nacido el uno para el otro. El destino formó nuestros corazones: amémonos, pues, ya que nos unió la casualidad, madre protectora de los acontecimientos de la vida.

Y como en este momento la cabeza de Andrea descansaba lánguidamente sobre el pecho de Arturo, este la cogió con sus manos, imprimiendo un beso en los nacarados labios de la jóven.

Este beso produjo una profunda sensacion en el alma de Andrea, como si una chispa de fuego le hubiera quemado en mitad del pecho.

Quiso levantarse, pero no pudo. Arturo la tenia asida por la cintura, y la estrechaba contra su corazon.

Andrea exhaló un grito; una nube oscureció su vista, se confundieron sus ideas, sintiendo un desvanecimiento general, y cayó casi desmayada en el sofá.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma tarde Arturo entraba en casa de uno de los mas acreditados grabadores de Madrid, y entregándole una sortija con una hermosa perla negra, le dijo:

—Necesito que me grabe usted en la parte interior de esta sortija la siguiente inscripcion: «*Andrea*, 22 *de enero.*»

—Se hará lo que usted desea.

—Necesito asímismo que esté mañana terminado ese trabajo.

—Estará, caballero. ¿Dónde debe enviarse?

—Yo mismo vendré á buscarla.

El vizconde de Villafort salió de la tienda, y despues de cruzar algunas calles, llegó á la Carrera de San Gerónimo, en donde le esperaba un criado con un hermoso caballo inglés de la brida.

Montó con la agilidad y maestría de un buen caballista.

Luego se dirigió al trote largo hácia el Prado, en donde encontró al baron de Soany y á Jacobo el ginebrino.

Se reunió con ellos.

Carolina montaba una yegua blanca, árabe. Jacobo, un caballo tordo andaluz.

—¡Gracias al diablo! dijo Carolina colocándose en medio.

—¿Hace mucho que me esperan ustedes?

—Cerca de una hora, dijo el ginebrino.

—Entonces, les pido perdon.

—¿Adónde vamos?

—Donde no pueda molestarnos algun amigo inoportuno.

—Pues tomemos por la puerta de Alcalá.

—Sí, es mejor: carretera adelante.

Y así lo hicieron.

CAPITULO XI.

DONDE SE PRESENTA UN ALIADO DEL MARQUÉS DE FONTAN.

Dejemos por ahora á los tres ginetes, que tiempo nos queda de saber lo que les conducia por aquel sitio, y vamos á encontrar al ilustre marqués de Fontan.

Serian las nueve de la noche: el tiempo estaba lluvioso y frio.

El marqués de Fontan, como siempre, leia los periódicos á la luz de una lámpara, sentado junto á la chimenea, cuando un criado entró á anunciarle una visita.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Sí; y por cierto, señor marqués, que el nombre no me ha inspirado la mayor confianza. El que solicita hablar con usía se llama Manolo el Zurdo.

Al oir este apodo el marqués, contestó precipitadamente:

—Que pase.

Luego dejó los periódicos sobre la mesa, y dando un poco mas de luz á la lámpara, esperó la visita.

Manolo el Zurdo era un hombre de edad indefinible, rostro bondadoso y mirada cándida.

Nádie con mas probabilidades de ser creido que el personaje que nos ocupa, podia decir: «Juzgándome por mi cara, soy un verdadero hombre de bien.»

Sin embargo, el Zurdo era el mas listo, el mas ingenioso, el mas bravo de los jefes de la policía secreta de Madrid.

Valiente como el leon, astuto como la zorra, intencionado como la comadreja, fuerte como el tigre, el Zurdo tenía una de esas naturalezas privilegiadas que nunca se fatigan, que jamás desisten.

El marqués de Fontan, muerto Lorenzo, su hijo natural, necesitó un aliado poderoso, y eligió á Manolo el Zurdo como hombre de toda su confianza.

Relacionado el marqués con el gobierno, supo escoger entre todos los servidores secretos de aquel tiempo.

El Zurdo saludó al marqués con la misma finura que un diplomático, enviándole una mirada tímida y una sonrisa llena de bondad.

—¿Supongo que me traerás alguna noticia? le preguntó el marqués.

—Ya sabe usía que no me gusta perder el tiempo. Vengo porque traigo algo.

—Pues siéntate y fuma.

Manuel no se hizo repetir la órden; acercó una silla á la chimenea y cogió un cigarro.

—Tengo, como el señor marqués sabe, buenos sabuesos

amaestrados en mi escuela, y una vez puestos en el rastro no es fácil que se les vaya la pieza.

—Comienza, pues, tu relato, dijo el marqués encendiendo un cigarro y acomodándose en la butaca.

—En primer lugar diré á usía que el pobre estudiante herido en desafío por el vizconde de Villafort, sigue en el Hospital de bastante gravedad. Creo, segun el parecer de los médicos, que se debe esperar poco de este usunto.

—Adelante.

—En cuanto al baron de Soany, continúa en su casa de la calle del Baño, viviendo como un soltero calavera. Tiene una querida que se complace en presentar en todas partes, y recibe de noche visitas del fingido médico Jacobo el ginebrino.

Al oir este nombre, el marqués de Fontan se estremeció.

—¿Estás seguro que es el doctor Jacobo el que visita al baron?

—Le conozco perfectamente, señor marqués.

—¿Y no sabes tú el objeto de esas visitas?

—Todavía no, aunque supongo que será algo importante. Pero ese hombre no debe darnos cuidado; cuando el señor marqués disponga, se le embarcará para Filipinas.

—No es conveniente por ahora; puede sernos útil.

El Zurdo se inclinó, como acatando aquella disposicion.

—En cuanto á la conducta del vizconde de Villafort, continuó Manuel, es siempre la misma: tiene amores con una muchacha de la calle del Olmo. Esto lo sé de buena tinta, como suele decirse, gracias á doña Aldonza, dueña de la casa donde suelen verse el vizconde y la hermosa Andrea.

—Está bien, repuso el marqués.

Y sacando una cartera, apuntó en ella algunas palabras, continuando de este modo:

—¿Has procurado enterarte de los amigos que rodean al baron y al vizconde?

—Sí señor.

—¿Qué clase de gente son?

—Jóvenes de buen humor: hijos de familia que gastan su vida y su oro alegremente, sin ocuparse del pasado, sin pensar en el porvenir.

—¿No hay entre ellos alguno que pueda sernos útil?

—Sí: Narciso de Rioalto.

—¡Ah! ¿el hijo del banquero?

—El mismo.

—¿Qué condiciones tiene ese jóven?

—Todas las malas que puede encerrar un cuerpo humano.

Y el Zurdo, acercándose al marqués y bajando la voz, continuó:

—Si Narciso supiera que el baron de Soany es una mujer y que ama al vizconde, no tardaria mucho en tratar de desbancarle, descubriendo los amores de Arturo con la bella Andrea.

El marqués se quedó pensativo.

—Si hiciera eso se esponia á mucho. Arturo es un enemigo temible.

—No lo es menos Narciso: le creo capaz de envenenar á su padre. Ruego al señor marqués que medite bien el camino que le he indicado.

—¿Tienes algo mas que decirme?

—Si logro que mañana éntre al servicio del baron de Soa-

ny un muchacho de mi confianza, pronto sabremos el motivo de las visitas de Jacobo el ginebrino.

—Procura que así suceda.

—No descansaré hasta lograrlo. ¿Tiene algo mas que mandarme usía?

—Nada. ¿Vendrás mañana?

—Sí, como tenga alguna noticia que par al señor márqués.

Fontan se levantó, y abriendo un pequeño cajon del *secreter*, dió á Manuel el Zurdo algunos billetes del banco.

—No escatimes nada, le dijo.

—Así lo hago.

Luego saludó el Zurdo con respeto, y salió de la habitacion.

El marqués permaneció inmóvil en la butaca por espacio de media hora.

Por fin, acercóse un tintero y se puso á escribir.

Hé aquí el contenido de su carta.

«Querido Narciso: ¿Es posible que seas tan cándido que no hayas conocido que el baron de Soany es una mujer?

»Arturo se burla de tí, como igualmente de todos sus amigos, salvando con el disfraz de hombre á su querida del peligro de la seduccion.

»Además, Arturo tiene otra querida, como debes saber, en la calle del Olmo, llamada Andrea. Creo que es un portento de hermosura.

»Dicen que los celos hacen fáciles los triunfos de amor. Si sabes manejarte, puedes jugar al vizconde una de esas bromas dignas de tu genio y valor.

»No busques al autor de esta carta; es un amigo que te quiere, y te desea buena suerte con el baron de Soany.»

El marqués habia escrito esta carta, procurando imitar todo lo posible la letra desigual y torpe de algunas mujeres.

Luego la dobló bastante mal, y se la guardó en el bolsillo.

—Ahora, se dijo hablando consigo mismo, tengo otro aliado; ¿y quién sabe si este solo dará fin á la empresa que yo medito?

Y el marqués sentándose de nuevo, volvió á continuar la lectura de los periódicos.

CAPITULO XII.

UN CORAZON DE CIENO.

Desde que los hombres, tentados por el demonio de la avaricia, comenzaron á hacerse *favores* con un tanto por ciento de ganancia, que esta frase corre de boca en boca: *Como somos mortales*, etc., etc.

Esto prueba que la vida no se halla sujeta á ningun poder humano, y que cuando á Dios le es dado terminarla, pone sin decir una palabra, un punto final á nuestras desgracias ó á nuestras alegrías.

Así es que con frecuencia acontece que aquel que hoy vive, camina, habla y come, sano y rollizo, con la sonrisa en los labios, la alegría en los ojos y la salud en el rostro, mañana ha dejado de existir, siendo un cadáver inanimado, un cuerpo frio indiferente á todo.

La muerte, casi siempre traidora, viene á sorprendernos á

lo mejor, desbaratando nuestros planes, frustrando nuestras esperanzas.

Esto es sabido; pero sin embargo, como me precio de lógico y no me gusta matar sin ton ni son á los personajes de mis novelas, he consignado las anteriores reflexiones para reconciliarme contigo, lector querido.

Vamos al caso.

Por el tiempo que nos ocupa, es decir, la mañana siguiente á la noche en que el Zurdo y el marqués de Fontan tuvieron la entrevista que ya conoces, Narciso de Ricalto se hallaba escribiendo en el despacho de su padre, cuando le entraron una carta.

Estaba solo; dejó la pluma, y rompiendo el sobre, se encontró con el anónimo del marqués de Fontan.

—¡Ah! dijo al terminar la lectura: esto es distinto; y por cierto que le agradezco el aviso al oficioso amigo que me lo participa. ¡Lástima grande es que no pueda disponer de todo el tiempo y todo el dinero que se necesita para dar buena cima á esta intriga amorosa!

Y Narciso se guardó la carta, y continuó su trabajo.

Apenas habrian trascurrido algunos minutos, cuando oyó grandes gritos en la alcoba, y pasos precipitados que se acercaban al despacho.

Lo primero que se le ocurrió fué que su padre, en uno de sus frecuentes arranques de mal humor, habria empezado á palos con los criados. Así es, que bajando la frente, continuó escribiendo como el que desea evitar el chubasco que le amenaza.

Se abrió la puerta, y uno de los dependientes entró desaforadamente gritando:

—¡Qué desgracia, señorito! ¡qué desgracia!

—¿Qué ocurre? preguntó Narciso levantándose.

—El señor viene; digo mal, lo traen casi muerto.

—¡Mi padre!

—Sí, señorito.

En aquel momento cruzó algo diabólico por los ojos de Narciso; pero corrió hácia la puerta, afectando la mayor desesperacion.

Efectivamente, el señor de Rioalto, conducido por cuatro hombres, entraba en aquel momento en la casa.

Narciso exhaló un grito, arrojándose sobre el cuerpo de su padre y gritando al mismo tiempo:

—¡Pronto, un médico! ¡el mejor de Madrid! ¡A ver, corran ustedes en su busca! ¡el que primero lo traiga, tiene mil reales!

Y luego hizo conducir á su padre á la cama.

—¿Qué habia sucedido? Vamos á decirlo en pocas palabras.

El señor de Rioalto salió de su casa bueno y sano. En una calle se habia encontrado con un amigo, el cual le participó la quiebra de una casa de Lóndres en donde Rioalto tenia medio millon, es decir, la décima parte de su fortuna.

Esta noticia le habia sobrecogido, causándole tan mal efecto, que oscureciéndose la luz de sus ojos y zumbándole los oidos, perdió el conocimiento, cayendo al suelo.

Los médicos afirmaron que era un amago de ataque cerebral; y como se reunieron cuatro junto al lecho del millonario, comenzó la curacion bajo el plan que indicó el decano.

Narciso, desde este momento, se instaló junto al lecho de su padre.

—Seré su enfermero, dijo. ¡Pobre padre mio! ¿quién le ha de servir mejor que su hijo?

Don Patricio permanecia aletargado, con el rostro encendido, los ojos abiertos y los labios secos y contraidos.

Los médicos solo esperaban algo de la influencia rápida que debian ejercer los medicamentos recetados.

El tiempo era precioso. Cada hora perdida sin producir efecto, sin alcanzar la reaccion, era una probabilidad mas de muerte.

Narciso oyó todo cuanto se dijo respecto á la gravedad del enfermo; por eso se brindó él mismo á servirle.

Cerca del lecho, sobre una mesa, veíanse todos los medicamentos, y escrito en un papel la manera de suministrarlos y á las horas que debia hacerse.

Narciso se quedó solo con su padre, fijó los ojos en el reloj, y luego, cogiendo el vaso que contenia el primer medicamento, dejó asomar á sus labios una sonrisa infernal.

Narciso vertió el líquido en una palancana, y fué á sentarse junto á la cabecera del lecho, diciendo para sí:

—Tiene cincuenta años; dejemos que obre la naturaleza.

Por la tarde, cuando se reunieron los médicos, el enfermo se habia agravado.

—¿Cuántas veces ha tomado el medicamento? preguntó el médico de cabecera.

—Todas las consignadas en el plan curativo, contestó tranquilamente Narciso.

—¡Es estraño! murmuró el médico en voz baja: debia encontrarse mejor.

—¿Luego la enfermedad se agrava?

El médico hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—Debe usted estar prevenido para una desgracia. Cuando la naturaleza no ayuda, todo es inútil. Sin embargo, atacaremos con mas energía el mal.

Y el médico recetó un nuevo medicamento que debia tomar el enfermo de hora en hora, encargando á Narciso que lo diera él por su misma mano, observando detenidamente los efectos que producia.

—Si viera usted que el color de la piel, dijo el médico, va adquiriendo su estado normal, redobla usted la dósis, es decir, cada media hora; si, por el contrario, el enfermo se arrebata, suspenda usted el medicamento y envíeme á llamar inmediatamente.

Narciso, al quedarse solo, continuó el infame asesinato que sin duda se habia propuesto.

Trascurrieron cuatro horas. Don Patricio empeoraba cada vez mas.

Mientras tanto su hijo, con una calma, con una frialdad criminal, continuaba tirando la medicina que, segun los médicos, debia combatir el mal.

A las diez de la noche, los ojos de don Patrico se hundieron de un modo increible, desprendiendo ese brillo opaco y vago que precede á la muerte.

Un sudor frio cubrió la frente del enfermo, mientras sus labios, amoratándose mas y mas, permanecian secos y temblorosos como si presagiaran el estertor de la agonía.

De vez en cuando las miradas del moribundo se confundian con las de su infame hijo.

Indudablemente aquellos ojos le reconvenian; pero Narci-

so, pensando en la fortuna y la libertad que la muerte de su padre le iba á proporcionar, permanecia tranquilo, frio como una estátua.

De pronto don Patricio se incorporó en su lecho, y haciendo un esfuerzo supremo, quiso arrojar la ropa y bajar de la cama.

Narciso, sobrecogido por un momento, recobró pronto su calma, y acercándose á la cama, obligó á su padre á que permaneciera quieto.

Hubo una corta lucha de la que salió victorioso el jóven, porque el enfermo no tenia fuerzas para oponerse á aquellas manos de hierro, que como unas tenazas le tenian sujeto, á pesar suyo.

El color amoratado del rostro de don Patricio subió de punto de un modo estraordinario.

Indudablemente el enfermo comprendia, sin poder hablar, todo lo infame de la conducta de su hijo, pues estendiendo una mano en direccion al *secreter* que se hallaba delante de la alcoba, indicó que queria ir hasta allí.

—No puede usted levantarse, padre mio, dijo Narciso con acento tranquilo.

Don Patricio agitó la cabeza, indicando que sí.

—Es imposible.

El enfermo hizo un gesto espantoso, manifestando su desesperacion.

Narciso permanecia de pié junto á la cama sujetando á su padre.

En este instante comenzó el estertor de la muerte.

Los momentos de aquel hombre eran cortos. Narciso no

llamó á nadie, temiendo sin duda que el auxilio de la ciencia hiciera un milagro.

Así trascurrieron algunos minutos.

Narciso de vez en cuando dirigia miradas recelosas hácia la puerta, pero sin separarse de la cama.

Como la hiena que siente la presa que codicia debajo de sus garras, Narciso temia que se la arrebataran, y bastaba ver la turbacion de su rostro, la inquietud de sus miradas, para comprender que su alma pervertida se hallaba dispuesta á todo.

El ataque apoplético de que habia sido víctima don Patricio, le quitaba las fuerzas para librarse de aquel asesino de su propia sangre que veia de pié, mudo y amenazador, junto á su lecho de muerte.

La situacion no podia ser mas terrible para aquel padre. El fruto de su despótica educacion caia sobre su alma como una lluvia de fuego.

Su hijo se convertia en los últimos momentos de su vida en un tirano, en un verdugo despiadado.

¿Era disculpable Narciso? No. Jamás los hijos tienen razon contra sus padres. La naturaleza no debe nunca rebelarse contra ella misma, y un hijo no es otra cosa que una parte de la sangre del autor de sus dias.

Pero Narciso, duramente tratado desde la infancia, sin que nunca un beso, una caricia, dulcificara su alma, habia crecido como una planta maldita, nutriéndose con la savia del veneno que destila el odio.

Cifraba su libertad en la muerte de su padre. No la buscó; pero al verla venir como una auxiliar de sus deseos, de sus as-

piraciones, nada hizo para ahuyentarla; por el contrario, la ayudó para que terminara lo mas pronto posible su empresa.

Cuando el reloj de la habitacion donde tenia lugar la escena que vamos describiendo dió las doce de la noche, don Patricio, retorciéndose por última vez en su lecho de muerte, dejó de existir.

Narciso se quedó un momento contemplando aquel cuerpo inanimado.

Un suspiro se exhaló de su pecho, y esta frase voló con gozo de sus labios:

—Por fin soy libre... Por fin el mundo me abrirá sus puertas.

Luego dejóse caer en una silla, como si se hubieran agotado sus fuerzas.

CAPITULO XIII.

LUTO EN LA ROPA Y ALEGRÍA EN EL CORAZON.

Trascurrieron algunos minutos de sepulcral silencio, de ese silencio que rodea á la muerte.

Solo el pausado movimiento de la péndola del reloj se oia en la habitacion.

Narciso se puso en pié, y llevando una mano hasta tocar la fria y sudorosa frente de su padre, dijo hablando consigo mismo:

—Terminemos.

Y fué á tirar del cordon de la campanilla.

Acudió un criado.

—Todo ha concluido, dijo Narciso con triste acento, señalando el lecho donde se hallaba el cadáver de su padre.

—¡Muerto! esclamó este.

—Sí, muerto. Manda que entren algunos hombres de la servidumbre. Yo no puedo permanecer mas tiempo en esta habitacion. Procurad asímismo que se avise al médico.

Y Narciso salió.

Necesitaba respirar otro ambiente.

Se encaminó á su dormitorio.

Una vez allí, dejóse caer en una butaca, permaneciendo algunos minutos abismado en sus reflexiones.

A las doce de la noche entró uno de los médicos, y creyendo que la inmovilidad de Narciso era producida por el dolor que le causaba la muerte de su padre, le dirigió esas palabras que llaman de consuelo, y que no son otra cosa que hijas de la rutina.

Luego firmó el médico la papeleta de defuncion, y se retiró.

Narciso entonces se encerró en su cuarto con el pretesto de que deseaba estar solo, pero poco despues dormia tranquilamente.

Al dia siguiente, Narciso hizo que se enviaran esquelas mortuorias á todos sus numerosos amigos, como asímismo á los de su padre, activando los funerales.

Recibió algunas visitas, entre las que no faltaron el vizconde de Villafort y Amadeo Polviany.

Estos conocian profundamente á Narciso, y no se tomaron la molestia de consolarle, porque para aquel jóven, la fortuna que le dejaba su padre era el consuelo mas lógico, mas positivo.

—Chico, le dijo Polviany antes de marcharse: no sé si darte la enhorabuena ó el pésame.

—Creo que no debes darme ni lo uno ni lo otro, contestó Narciso, hasta que inaugure mi entrada en el gran mundo.

—¿Y cuándo será eso? preguntó Arturo.

—Dentro de tres dias.

—¿Tan pronto?

—No quiero ser hipócrita. Dueño de los millones que reunió mi buen padre, pienso resarcirme del tiempo perdido.

Y Narciso, sonriéndose de un modo intencionado, continuó:

—Podeis decirle al hermoso baron de Soany, que mi primera ocupacion será robarle el amor de su querida.

—¡Hola! ¿Comienzas la campaña creándote enemigos? le preguntó Arturo.

—Francamente, repuso Narciso, aunque pienso desbancar á Filiberto, os juro, por la memoria de mi padre, que el baron me será sagrado.

Arturo fijó una mirada recelosa en Narciso, y este, colocándole familiarmente la mano sobre el hombro, continuó:

—No temas, querido vizconde: sé lo que debo hacer, tratándose de tu leal amigo el baron italiano.

Esta respuesta dejó mas preocupado y confuso al vizconde; pero creyendo que no debia aparentar que daba importancia á aquellas palabras, estrechó la mano de su amigo, saliendo acompañado de Amadeo.

. . . . . .

. . . . . .

Tres dias despues, Narciso, rigurosamente vestido de luto, se presentó en la fonda de *El Ramo de Oro*, adonde le esperaban sus amigos.

Iba á celebrarse una gran comida: la primera con que inauguraba su vida de millonario el jóven Rioalto.

Entre los convidados se hallaban Arturo, Amadeo y el baron de Soany.

Narciso, héroe de aquel banquete, fué aclamado por sus amigos tan pronto como se presentó en la sala que se les habia dispuesto.

Comenzó la comida con el buen humor propio de aquella reunion de jóvenes ricos y alegres.

Cuando se llegó á los postres, Narciso, que durante la comida no habia cesado de dirigir miradas al baron de Soany, comenzó á fingir una borrachera.

Arturo creyó que su amigo habia perdido la cabeza, efecto de los vapores del vino.

—Esta noche has sido el mas flojo, le dijo Amadeo; y si continúas así, será preciso que te llevemos á tu casa.

—Yo espero que entre vosotros no ha de faltarme un brazo que me sostenga, ¿no es verdad, querido baron?

Y Narciso se cogió familiarmente del brazo de Carolina.

La marquesa, obedeciendo á ese impulso natural de la mujer, rechazó á Narciso; pero este, soltando una carcajada, se arrojó al cuello diciendo:

—¡Ah, señor baron! ¿tambien usted me rechaza? Italia ha sido siempre muy hospitalaria.

Y diciendo esto abrazó fuertemente á la marquesa, dándola un beso al mismo tiempo.

La marquesa rechazó con indignacion á Narciso.

Esta escena produjo una carcajada general.

Carolina, roja de vergüenza, trémula de despecho, dirigió una mirada amenazadora al jóven Rioalto.

Arturo, vacilando qué partido debia tomar, solo dijo:

—Eres un borracho impertinente.

—¡Oh! ¡diantre! no te ofendas por eso, querido vizconde,

repuso Narciso tambaleándose. Si he dado un beso al baron, la cosa queda terminada con que el baron me dé dos á mí. Esto no debe ser causa de que se apague nuestra alegría. Pero no temas... seré prudente... sobre todo, si se hallara entre nosotros la jóven Andrea, la de la calle del Olmo.

Arturo se puso pálido.

Narciso, soltando una carcajada, se dejó caer en un sofá.

Carolina, absorta ante las palabras de Narciso, dirigió una mirada al vizconde.

En cuanto á Narciso, se habia quedado dormido en el sofá.

Sus besos y sus palabras habian producido el efecto que deseaba, y su alma perversa gozábase en el escándalo que debia producir su conducta.

Cuando los amigos abandonaron la fonda, comenzaba á amanecer.

Narciso se quedó dormido en el sofá.

Así hizo su entrada el jóven Rioalto en el mundo de los hombres ricos é independientes.

LIBRO SÉTIMO.

TENDER EL VUELO.

CAPITULO PRIMERO.

NOCHE DE INSOMNIO.

Andrea, al separarse aterrada de los brazos del vizconde de Villafort, subió con precipitacion la escalera, llegó á su casa, y dejóse caer en una silla.

Su padre aún no habia regresado.

Entonces pasó rápidamente por su imaginacion todo lo que le habia sucedido, y dando un grito, sepultó el rostro entre las manos, llorando amargamente.

—¡Miserable de mí! esclamó, presa de la mayor desesperacion. ¡Estoy perdida... sí... perdida! ¡Qué vergüenza! ¿Cómo ha podido llegar á tal estremo mi debilidad?

Y Andrea, levantando la cabeza como si afrontara el peligro, repuso:

—Pero no, él me salvará, porque él me ama. Ahora de nada sirven las lágrimas: evitemos al menos el inmenso disgusto que mi deshonra causaria á mi padre si lo supiera.

Andrea procuró serenarse, siéndole casi imposible conseguirlo.

Cuando regresó don Leandro, no pudo menos de sorprenderse de las lágrimas y la palidez de su hija.

Andrea lo ocultó todo.

En vano el bondadoso padre le dirigió esas preguntas dictadas por el interés y el amor. Ella, con el pretesto de un fuerte dolor de cabeza, se acostó temprano.

Don Leandro, durante la velada, entró á verla varias veces.

Andrea fingió siempre que dormia.

La presencia de su padre le causaba un malestar indecible.

A las doce de la noche, cuando todo el mundo se hallaba entregado al descanso, Andrea se levantó, y vistiéndose precipitadamente, se puso á escribir.

¿A quién? Al vizconde de Villafort.

Veamos el contenido de su carta.

«Arturo: Yo siento una angustia mortal en el corazon. Mi frente arde, mi espíritu acobardado tiembla.

»Sola con mi dolor, atormentada por los recuerdos de una imprudencia, temo, pensando en el porvenir, y lloro mi falta.

»Apenas me atrevo á mirar á mi padre... á mi buen padre, cuyas canas he deshonrado, y que al saber nuestro secreto morirá indudablemente de dolor.

»Arturo, necesito ver á usted: ¿cuándo? ¿en dónde? usted debe decidirlo; á mí ya no me queda otro recurso que obedecer y suplicar á usted que me devuelva el honor, que ponga fin á mi amargura.—Suya, *Andrea*.»

Terminada la carta, pensó que solo Pepita podia hacerla llegar á manos del vizconde.

Pero Pepita, mujer fatal, le daba miedo. Sin embargo, era preciso servirse de ella.

Se acostó esperando el dia.

En vano procuró el descanso. El sueño no desciende sobre las imaginaciones sobresaltadas, sobre los espíritus intranquilos.

Andrea procuraba tranquilizarse ella misma: queria esplicarse los acontecimientos del dia 22 de Enero disculpando la debilidad de su corazon, pero todo era en vano.

Noche de terrible angustia, abrumadora, fué aquella para Andrea.

Su única esperanza se encerraba en un papel.

Era indispensable que lo leyera Arturo antes de abandonar á España.

Mil encontrados pensamientos batallaban en su mente.

—Si Arturo se ve precisado á partir, se decia, si me propone que le siga, ¿qué debo hacer? ¡Abandonar á mi padre!... ¡Oh, Dios mio, eso causaria su muerte! ¡Vivir separada del hombre á quien le he entregado mi corazon y mi honra! ¡Imposible!

Y Andrea lloraba y gemia, y mientras tanto iban pausadamente trascurriendo las horas silenciosas de la noche; horas interminables como el dolor, tristes como el arrepentimiento, inquietas como la duda.

Por fin amaneció, y un rayo ténue de la luz del alba penetró por los intersticios de la ventana.

Andrea se vistió, peinándose con esmero para que su padre no leyera en su semblante las huellas del insomnio.

Poco despues, cuando se reunieron en el comedor el padre

y la hija para desayunarse, segun tenian por costumbre, don Leandro tornó á dirigir algunas preguntas á su hija.

—No me gusta tu palidez. Siempre has tenido buenos colores: á la fuerza debes estar mala.

Andrea sonrióse con fingida naturalidad, y dijo:

—Si usted se empeña en que estoy enferma, acabará por meterme en aprensiones, y quizá lo consiga.

—¡Dios me libre de semejante cosa! pero si te vieras al espejo...

—¡Vuelta! repitió Andrea con marcadas muestras de mal humor. Estoy buena, completamente buena, mejor que nunca.

—No se hable mas del asunto.

Y don Leandro continuó su almuerzo sin desplegar los labios.

Poco despues, cuando Andrea se quedó sola, bajó á casa de Pepita.

Tenia necesidad de entregarle la carta para Arturo.

—¡Ah! ¿es usted, hija mia? dijo Pepita corriendo al encuentro de su vecina y dándola un beso.

Aquella mujer comenzaba á causar cierta repugnancia á Andrea, pero comprendiendo que entonces mas que nunca podia serle útil, se resignó á fingir.

Besó tambien á Pepita.

—Amiga mia, le dijo procurando ocultar la emocion y la vergüenza que sentia. ¿Usted sabe lo que ocurrió ayer?

Pepita miró con estrañeza á la vecina.

—Es inútil el fingimiento, pero continuaré.

Y Andrea, sacando la carta que habia escrito la noche anterior, dijo:

—Necesito que este papel llegue inmediatamente á manos del señor vizconde de Villafort.

—Procuraré complacer á usted, amiga mia, y creo que Arturo recibirá con júbilo su lectura.

—Así lo espero; de lo contrario, deberia á usted una gran parte de su infidelidad.

—¿Qué está usted diciendo, Andrea?

—¡Ah, Dios quiera que algun dia pueda bendecir el nombre de usted! Pero no hablemos de lo porvenir.

—Vamos, veo que hoy se ha levantado usted de mal humor, dijo Pepita; pero voy inmediatamente á hacer llegar esta carta á su destino.

—Sí, yo se lo ruego.

Y Andrea, saludando á Pepita, volvió á subir á su casa, resuelta á saber aquel mismo dia qué era lo que debia esperar de su amante, del hombre á quien tanto amaba.

CAPITULO II.

TEMORES.

Cuando Arturo y Carolina salieron de la fonda de *El Ramo de Oro*, el coche que les esperaba á la puerta les condujo á la casa de la calle del Baño.

Durante el camino, ni el uno ni el otro desplegaron los labios, pero ambos pensaban lo mismo, es decir, que Narciso de Rioalto sabia su secreto.

Cuando llegaron á casa, cuando estuvieron solos en el gabinete, Arturo se dejó caer en el sofá, y la marquesa de Fontan se puso á dar paseos por la habitacion, demostrando por la taciturnidad de su semblante que alguna idea no muy halagüeña la atormentaba.

Por fin se detuvo, y fijando una mirada en su amante, que fumaba aparentando indiferencia, le dijo:

—La escena de esta noche puede repetirse con frecuencia, y es preciso evitarlo.

Arturo se encogió de hombros, y contestó:

—Narciso estaba borracho.

—Te engañas, Arturo; estaba tan sereno como nosotros: observé todos sus movimientos; eran fingidos.

El vizconde miró con mas fijeza á Carolina.

—No puedo creer eso, dijo.

—Sabe nuestro secreto.

—¿Por dónde?

—Lo ignoro, pero lo sabe: al poner sus labios en mi rostro, cuando me tenia estrechada entre sus brazos, pronunció muy bajo un nombre á mi oido.

—¡Cómo!

—Sí, Arturo, ese hombre debe saber que soy la marquesa de Fontan.

Arturo palideció.

—¡Pobre de él entonces! ¡pobre de él! murmuró el vizconde apretando los puños en señal de despecho. Pero no lo creo, no puede ser.

Carolina se sentó al lado de su amante, y fijando en él una de esas miradas que sondean lo mas recóndito del corazon, le dijo:

—Escucha, Arturo, voy á confesarte lo que siento. Esta noche, cuando Narciso tan inoportunamente me abrazó, cuando concebí el temor de que supiera lo que procuramos ocultar á todo el mundo, tuve miedo, sí, miedo, te lo confieso. Siendo yo el baron de Soany, como deseo aparecer á los ojos de todos, seria en mí una ridiculez el que me ofendiera por un abrazo de aquel que se llama mi amigo; pero lo que ha sucedido esta noche sucederá tal vez mañana. Si Narciso ha descubierto

nuestro secreto, abusará de él, no lo dudes: tú le conoces tan bien como yo; me da miedo.

Arturo se encogió de hombros, y continuó fumando su cigarro con marcada indiferencia.

—Veo que mis palabras no te interesan, repuso Carolina, y sin embargo, Narciso, en medio de su fingida borrachera, ha pronunciado un nombre y ha nombrado una calle. Yo he creido notar en sus ojos que ese nombre era la antorcha de la discordia colocada entre nosotros dos. ¿Qué relaciones te unen con Andrea, con la hermosa jóven de la calle del Olmo?

El vizconde de Villafort se sonrió, diciendo:

—Narciso de Rioalto pronunció el nombre de Andrea como hubiera podido pronunciar otro cualquiera. Toda persona sensata debe escribir sobre agua las palabras de un beodo.

—Eso no es una respuesta; es mas bien una escusa.

—Será lo que quieras, pero no puedo darte otra.

—Arturo, tú me engañas.

—¿Vas á entablar conmigo una cuestion de celos?

—Tu corazon es mio, me lo has jurado cien veces, y yo te juro ahora por mi honra perdida, por el recuerdo santo de mi madre, que no toleraré nunca una rival.

El vizconde de Villafort soltó una carcajada.

Esta carcajada, como si hubiera sido un insulto arrojado al rostro de la marquesa de Fontan, la hizo palidecer notablemente.

—Ya sabes, querida Carolina, que me disgustan soberanamente las escenas melodramáticas; estoy por el género cómico. La vida vale bien poca cosa para que uno pierda algunas horas de ella en los disgustos domésticos. Puedes vivir tranqui-

la: nuestros destinos unidos van por una misma cadena; somos dos presidiarios: nuestro delito es el amor. Así, pues, te ruego que no des oidos á las suposiciones gratuitas de ese botarate, causa de tu disgusto.

—Está bien, repuso Carolina dando por terminada la cuestion; pero las sospechas que habia concebido quedaban en pié.

Como el dia comenzaba á amanecer y la noche habia sido borrascosa, los dos amantes se separaron, ofreciendo verse aquella misma tarde.

Poco despues, cuando Arturo llegó á su casa, un criado le entregó la carta de Andrea.

—¿Quién la ha traido? preguntó el vizconde.

—Una señora anciana, respondió el criado.

—¡Ah, sí, doña Aldonza! dijo hablando consigo mismo Arturo. Pepita es bastante infame para hacer servir de correo á su madre en este asunto.

Y luego, alzando la voz, dijo:

—Espera, voy á escribirte una carta. La llevarás á la calle del Olmo, ya sabes la casa.

—Sí, donde viven aquellas señoras que van de luto.

—Precisamente.

Y Arturo escribió las siguientes líneas:

«Voy á acostarme. Son las siete de la mañana; necesito descansar por lo menos cinco horas. A las doce estaré en mi estudio. Procure usted que Andrea se halle dispuesta á seguirme.

»Es preciso arrancar á esa tórtola incauta de su nido: para convencerla, puede usted ofrecer todo cuanto crea conveniente.

»No le enseñe usted esta carta, pero entréguele la adjunta.»

Y en otro papel volvió á escribir:

«Vida mia: Muchas son las dificultades que tengo que vencer para acudir á esa entrevista que tanto deseas y que anhela con afan mi corazon.

»Nada temo, porque voy á verte; y así tu espíritu mas tranquilo llegue á comprender que mi única ambicion se reduce á no separarme nunca de tu lado, á hacerte la mas feliz de las mujeres.

»Cuando el sol se halle en la mitad de su carrera, estaré esperándote en mi estudio, puesto que tu padre me cierra las puertas de tu casa.»

Arturo cerró las dos cartas, colocándolas en un mismo sobre.

Luego, entregándolas al criado, dijo:

—Entérate si se halla en casa Daniel. Despues, lleva esta carta donde te he dicho.

El vizconde, al quedarse solo, se desnudó y se metió en cama.

Pocos momentos despues, cuando entró Daniel, Arturo dormia profundamente.

Aquel leal servidor, de pié, inmóvil junto á la cama, contempló con interés á su dormido amo.

—¡Ah! se dijo hablando consigo mismo: el señorito gasta la vida con un lujo que no tiene ejemplo. ¡Qué pálido está! Hé aquí un jóven que apenas cuenta veinticuatro años, y ya en su frente comienza á imprimirse la huella de la vejez. Él me manda venir, pero la cosa no será tan urgente cuando le en-

cuentro dormido. Dejémosle dormir: el sueño repone las fuerzas, y á aquel que se fatiga mucho, siempre le es conveniente el descanso.

Y acercando una butaca á la cama, se sentó en ella, velando en silencio el sueño de su amo.

CAPITULO III.

LAS NIEBLAS DE LA INCERTIDUMBRE Y EL PERFUME DE UNA ESPERANZA.

Andrea se levantó con el alba, sin poder reconciliar el sueño.

Su primera visita fué á la ventana del comedor, pero la del despacho de Arturo se hallaba cerrada.

Las horas tuvieron para ella una duracion increible.

Esperaba una respuesta que calmara la angustia de su pecho.

—Indudablemente, se decia, Arturo habrá leido mi carta. Vendrá, sí, vendrá. No es posible que sea un fingimiento, una felonía las promesas que me hizo.

¡Pobre Andrea! ¡cuán lejos estaba de conocer el corazon de su amante!

Su alma enamorada no podia prever las fatales consecuencias que debia causarle su primera falta.

Allí, echada de pechos sobre la ventana, esperaba que una seña, una voz amiga, viniera á poner término á su inquietud.

Por fin oyó un ruido; palpitó su corazon, y un grito se escapó de su pecho.

Era Pepita, su fatal amiga, su cómplice, su confidente, que desde la ventana del estudio le enseñaba un papel.

¿De quién podia ser sino de Arturo? ¿Qué otra cosa podia encerrar sino el codiciado bálsamo que anhelaba su alma?

Andrea indicó por señas á su vecina que iba á salir á la escalera para que le diese la carta.

Así lo hizo.

Cuando regresó á su habitacion, la leyó muchas veces.

Ese perfume de las almas que lo embellece todo, ese hermoso panorama de la primavera que lo poetiza todo, en una palabra, la esperanza, brotó en el alma de Andrea.

Iba á ver á Arturo. Todo lo esperaba de su generosidad.

Además, ¿qué motivos tenia para creer otra cosa?

Cuando se ama con todo el corazon, cuando la vida no es otra cosa que un sueño de amor, cuando el alma olvida el pasado y no piensa en lo porvenir, la fé, esa flor de la humanidad, reviste la vida de los encantos de la primavera.

Andrea tenia fé en las promesas del vizconde de Villafort.

Trascurrieron las horas.

Hay una providencia para los enamorados.

Tal vez algunos de mis lectores creerán que acabamos de decir una blasfemia, puesto que la Providencia siempre es justa cuando no es buena, y protegiendo al vizconde de Villafort, podia dársele mas bien el nombre de fatalidad de Andrea.

Así, pues, sucedió que Andrea, que se sentia inquieta al oir que el reloj de San Juan de Dios daba las once de la mañana y su padre seguia pegado á la mesa copiando música, bus-

caba en su mente el modo de acudir á la cita, cuando don Leandro, poniendo un punto final á su trabajo, dejó la pluma y dijo:

—El hombre propone y Dios dispone. Yo me habia propuesto concluir esta partitura antes de las once y media, y héteme aquí que me faltan tres hojas, lo cual es imposible terminar para esa hora, puesto que á las doce tengo que hallarme armado de mi violin en San Luis.

Andrea apenas pudo disimular su alegría.

Su padre iba á marcharse. Podia ver á Arturo.

Bendijo interiormente á la Providencia, confundiéndola, como nosotros, con la fatalidad.

—Trabaja usted mucho, padre mio, le dijo con acento meloso.

—¡Pstchs! qué quieres, el que nace pobre y gana el sustento con su trabajo desde que comienza á tener uso de razon hasta los cincuenta y ocho cumplidos, está tan acostumbrado al yugo, que casi no lo siente.

—¡Ah! ¡cuándo llegará el dia en que yo pueda ser útil á usted!

—Ya lo eres, hija mia. Hace algunos meses que hemos suprimido por artículo de lujo á la criada, tú mangoneas en la cocina, cuidas de mi ropa y de las demás faenas de la casa; yo, mientras tanto, copio música y toco el violin. De manera que la carga, bien se puede decir que la llevamos á medias.

—Sí, pero usted lleva la parte mas penosa.

—Pues mira, puedes creerme, no lo he echado de ver.

Y don Leandro, fijando una mirada en su hija é imprimiendo cierto balanceo á su cabeza, repuso:

—Yo, aunque viejo, tengo mis ilusiones, formo mis castillos en el aire, y muchas veces suelo decirme: ¡qué diantre! andando el tiempo, no ha de faltarle á Andrea un marido jóven, honrado, trábajador, que nos ayude á sobrellevar el peso de la vida.

Andrea comprendió que aquellas palabras envolvian un fondo de amargura recordando á Felipe.

Como si temiera que sus ojos manifestaran lo que en aquél instante esperimentaba su corazon, bajó la vista y guardó silencio.

Don Leandro, mientras tanto, se habia puesto el sombrero y colocado el violin debajo del brazo.

—Ea, ya tienes aquí un futuro músico de la murga armado de su instrumento. Con que adios, Andrea; dame un beso, y procura, si te queda alguna hora libre, repasar esos nocturnos alemanes que son un modelo de ejecucion. La música, hija mia, hace mas de cuarenta años que nos suministra los garbanzos. Tú eres una profesora, aunque algo perezosa. Bien es verdad que aún no ha llegado tu época.

Don Leandro salió contento como siempre.

En su corazon bello se albergaba el amor, la dulzura, la condescendencia.

Todos los disgustos domésticos pasaban por su alma rápidos como las nubes de verano.

Perdonar, olvidar y amar, hé aquí para lo que habia nacido don Leandro.

Ángel de la tierra, su mision no estaba aún concluida.

Dios le reservaba el martirio. El martirio en la tierra, y la recompensa en la eternidad.

Tan pronto como Andrea se vió sola, corrió á la ventana del comedor.

Arturo estaba en su estudio.

Andrea vaciló un instante.

Era libre de bajar ó de decirle que subiera. Pero su padre podia encontrarle allí; y entonces, ¿cómo disculpar su inobediencia?

Cogió la llave, cerró la puerta y bajó á casa de Pepita.

Esta segunda imprudencia hacia disculpable la primera.

Arturo le salió al encuentro, la cogió dulcemente de la mano y la condujo á su estudio.

Una vez allí, todo testigo era inoportuno, inconveniente.

Además, el vizconde de Villafort no tenia para qué dar satisfaccion á la dueña de la casa.

El que paga manda, esto es sabido.

Arturo cerró la puerta, y condujo hasta el sofá á Andrea.

Una vez allí, cogió una silla y fué á sentarse respetuosamente cerca de su amada.

Aquella entrevista iba á decidir la suerte de Andrea.

Estaba pálida, conmovida, avergonzada de sí misma.

No se atrevia á mirar frente á frente á aquel hombre que por una sorpresa le habia robado la honra.

Todas las desventajas estaban de su parte. Solo le quedaba un arma, siempre poderosa en manos de la mujer: la súplica.

Como la víctima destinada al sacrificio, dobló la frente sobre el pecho, y exhalando un suspiro, solo tuvo valor para pronunciar este nombre:

—¡Arturo!

—¡Angel mio! murmuró el vizconde rodeando un brazo por

la esbelta cintura de la jóven. No quiero que la menor duda atormente tu espíritu. Te he dicho que te amaba, me diste una prueba inequívoca de tu amor, y sigo amándote mas que nunca.

—¡Ah! si me engañaras...

—¡Engañarte! Esa seria una hazaña indigna de mí.

—Sí, dices bien: yo no puedo esperar una villanía del hombre que tan dulcemente ha conmovido mi corazon. A tí me entrego, Arturo mio, porque tú eres el unico escudo que puede defenderme. Amame: ¿qué me importa lo demás? Manda, y obedeceré. ¿Qué puede negarte la mujer que te pertenece?

—Tus palabras resuenan dulcemente en mi alma. Al escucharlas, entreveo en lontananza un paraíso de felicidades. Mas para que se realice mi dorado sueño, será preciso que causemos un pequeño disgusto á tu padre.

—¡Pobre padre mio!

Y Andrea se llevó las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas, que como otras tantas perlas brotaban de su alma, empapadas con el perfume de su amor.

Arturo se gozaba en silencio viendo las buenas disposiciones de su víctima.

CAPITULO IV.

LA LÓGICA DE LOS ENAMORADOS.

Entre los dos amantes trascurrió una ligera pausa, dulce y fascinadora como los suspiros de un pecho enamorado.

Arturo acariciaba los hermosos cabellos de Andrea, dejándola llorar en silencio; desahogo consolador de un pecho afligido.

Pero era preciso terminar.

Aquella entrevista tenia por objeto arrancar una hija de los brazos de su padre, robar del hogar doméstico la joya mas querida.

El vizconde de Villafort, resuelto á todo, sin ocuparse de otra cosa que de la realizacion de sus deseos, sin pensar en los medios, volvió á decir de esta manera:

—Cuando dos jóvenes como nosotros se encuentran por una casualidad en el camino de la vida, se comprenden, se aman y se entregan el perfume de sus corazones, la simpatía de sus

almas, no basta que se ofrezcan el sacrificio de su existencia, sellado por el dulce contrato de un doble beso; les quedan otros obstáculos que vencer.

—No te comprendo, dijo Andrea con tímida y dulce voz, fijando al mismo tiempo una tierna mirada en su amante.

—Procuraré esplicarme. No sé si por mi fortuna ó por mi desgracia la maledicencia se ha fijado con harta asiduidad en mi persona; sin que tengan una razon para ello, se me prodigan los epítetos de calavera, pendenciero, etc., etc. Mi padre, noble pegado á sus pergaminos, celoso de sus blasones y su ejecutoria, deseando consolidar su nombre, su glorioso apellido, tiene las pretensiones lógicas de unirme con una mujer de mi rango. El pobre anciano, para el cual pasaron la edad de las pasiones, cree que el amor es un artículo innecesario en el matrimonio. Su afan, pues, se reduce á casarme á su gusto, mas bien que al mio. Como la sociedad en que vive, me cree tambien un calavera. Si me presento ante él y le digo que te amo, que quiero llamarte mi esposa, es inútil esperar su consentimiento. Si yo insistiera, acabaria por maldecirme, y nada me afligiria tanto como amargar los últimos dias de la existencia de un padre bueno, cuyos blancos cabellos sufrieron la nieve de sesenta inviernos. Debemos, pues, esperar. Mañana, cuando Dios corte el hilo de la existencia del conde de Villafort, dueño yo entonces de mi mano y mi fortuna, podré conducirte al pié de los altares y llamarte mi esposa.

—Pues bien, Arturo, yo esperaré resignada el dia en que puedas cumplirme tu promesa.

—Pero debo advertirte que el desgraciado lance de la noche del baile me pone en el caso de abandonar á España por

algunos meses, y esta separacion será para mí muy dolorosa. En cambio, si tú, olvidándolo todo por mi amor, me acompañaras...

Arturo fijó una mirada penetrante en Andrea, como deseando buscar el efecto que aquella proposicion le causaba.

—¡Acompañarte! repitió Andrea. ¿Qué seria entonces de mi padre?

—Comprendo que al saber tu fuga seria grande la desesperacion del pobre viejo. Pero ¿cuán inmenso no será su placer viéndote despues enlazada con el vizconde de Villafort? Además, puedes dejarle escrita una carta en que se lo espliques todo. Una persona de mi confianza cuidará de que nada le falte.

Andrea guardó silencio.

No acertaba á resolver de pronto tan difícil cuestion.

Pero ¿qué jóven en iguales circunstancias se atreve á dudar de las promesas de un hombre á quien ama?

La confianza en semejantes casos ha sido causa de grandes infortunios.

Andrea no desconocia la inmensa pena que iba á causar á su padre, pero calculaba al mismo tiempo que iba á ser una pena de corta duracion, un dolor pasajero, porque sus ilusiones le hacian ver muy cercano el dia en que Arturo pudiera cumplirle su promesa.

—Pues bien, Arturo, yo creo en tí ciegamente. Dispon á tu antojo: estoy á tus órdenes. Te obedeceré sin murmurar, te seguiré adonde quieras, pero Dios te tome en cuenta el bien ó el daño que nuestros amores causen á mi padre.

Arturo habia vencido.

La amenaza que envuelta en una súplica acababa de dirigirle Andrea, no era para él otra cosa que un ruido vago sin importancia alguna.

El vizconde de Villafort estrechó contra su pecho á Andrea, la cual, conceptuándose su esposa, no opuso resistencia alguna.

Entonces Arturo le enseñó la sortija con la inscripcion que habia hecho grabar.

El 22 de enero era la fecha que marcaba una victoria y una derrota.

Despues convinieron los dos amantes lo siguiente:

Andrea esperaria las órdenes de Arturo, siguiendo á la persona que le enseñara la sortija.

La jóven mientras tanto debia escribir una carta á su padre esplicándole la causa de su fuga.

Está carta, con una cantidad de dinero colocadas sobre la mesa de don Leandro, debia revelarle la falta de su hija.

Despues de esto se separaron.

Andrea subió á su casa algo mas tranquila, porque llevaba en su corazon el gérmen consolador de una esperanza.

Arturo se dirigió á la suya, donde ya le esperaba Daniel.

Ambos entraron en la habitacion del vizconde, entablando el siguiente diálogo:

—Vamos á ver: dame cuenta de todo lo que has hecho, dijo Arturo. Sé que eres un muchacho que sabes aprovechar el tiempo.

—La jaula está dispuesta, contestó Daniel con maliciosa entonacion. Solo falta en ella la avecilla que debe ocuparla. Es un cuarto bañado por el sol del Mediodía. Todo sonríe, todo

canta en él. Estoy seguro que la señorita lo encontrará á su gusto. Nada puede hallar mas poético, mas á propósito para el caso.

—¿En qué calle?

—En la del Espíritu Santo. Es una casita nueva y limpia como una taza de plata.

—¿Has encontrado una mujer de tu confianza para que sirva á Andrea?

—¡Oh! ¡ya lo creo, señorito! La reina no estará mejor servida que ella. Vicenta es una mujer á propósito para lo que se quiere: me parece que no quedaremos descontentos de ella.

—Está bien.

Y Arturo, dirigiéndose á uno de los muebles de su habitacion, le abrió, sacando de uno de sus cajones algunos billetes del banco.

Luego quitóse la sortija que llevaba en el dedo índice de la mano izquierda, y entregándosela á Daniel, le dijo:

—A la caida de la tarde te presentarás en casa de Pepita, esperando la ocasion que ella te indique para ver á Andrea, y entonces, enseñándole esta sortija y dándole estos billetes del banco, le dirás que te siga de órden mia; y suponiendo que la casa está dispuesta para recibirla, debes conducirla á ella. Ahora, escribe en un papel las señas y el número de la casa; tengo mala memoria.

Daniel obedeció.

—¿Sabe la señorita que debe seguirme?

—La sortija que acabo de entregarte es la contraseña convenida. No olvides que yo os estaré esperando en la casa de la calle del Espíritu Santo.

—Ruego al señorito que tenga presente que no está en mis manos activar esta comision.

—Sí, ya lo sé; por eso conviene no perder tiempo.

—Entonces, si á usted le parece, iré á instalarme en casa de doña Pepita, y de ese modo aprovecharemos la primera ocasion que se presente.

—Dices bien; véte.

No tardó mucho en hallarse Daniel en casa de Pepita, á la cual comunicó inmediatamente la comision que traia.

—Ahora no podemos hacer nada, dijo la hija de doña Aldonza. Don Leandro se halla en su casa, y es de todo punto imposible hablar con Andrea.

—En ese caso, esperaremos.

—Sí: no queda otro remedio.

Trascurrieron algunas horas.

La tarde avanzaba.

Pepita, siempre en acecho junto á la puerta, esperaba el momento en que el honrado músico abandonara su casa.

Por fin, la última luz del dia se estinguió en Occidente.

Pepita oyó pasos en la escalera.

—Él es, dijo en voz baja á Daniel, que se hallaba á su lado.

—Entonces, manos á la obra, porque el señorito estará impaciente.

Pepita dejó trascurrir algunos minutos.

El ruido de los pasos se habia perdido á lo lejos. La escalera estaba desierta y oscura.

—Espéreme usted, dijo á su cómplice; bajo al momento.

Pepita subió precipitadamente á casa de Andrea.

Llevaba los billetes del banco y la sortija.

—Vamos, hija mia, vamos; no hay tiempo que perder. Arturo está esperando.

Andrea se estremeció.

Se hallaba en ese momento crítico en que la mujer se dispone á dar el primer paso en una senda desconocida para ella, y á cuyo término ignora si se halla la felicidad ó la desgracia.

—Supongo, repuso Pepita, que habrá usted escrito la carta á su padre.

—Sí, aquí está sobre sus papeles, articuló Andrea con vacilante voz.

—Perfectamente; dejemos aquí tambien los billetes del banco.

—¡Oh! ¡una limosna! dijo Andrea ruborizándose: ¡un insulto despues de la ofensa!

—¡Eh! no sea usted niña. El dinero nunca está de sobra en la casa de un pobre. Recuerde usted el proverbio *Los duelos con pan son menos.*

Y Pepita dejó los billetes al lado de la carta.

Luego, con una oficiosidad criminal, puso un manton sobre los hombros de la jóven, y un velo en su cabeza.

Andrea no resistió.

Era en aquel momento, mas que una mujer en cuyo pecho late un corazon, un autómata sin fuerza de voluntad.

—Pero ¿es Arturo el que me está esperando? preguntó Andrea como si vacilara al dar tan arriesgado paso.

—Es una persona de su entera confianza. Pero vamos, sígame usted; su padre puede venir de un momento á otro.

Andrea exhaló un gemido, y cayendo de rodillas junto á la mesa en donde su padre habia pasado quince años ganando el sustento, prorumpió en amargo lloro.

—Es usted una niña que se afecta por cualquier cosa, repuso Pepita cogiéndola del brazo sobresaltada. ¿A qué vienen ahora esas lágrimas? Mañana esta ausencia será un motivo de alegría, de placer, para todos.

—Señora, deje usted que llore, deje usted que me despida de estos objetos que muy en breve serán mudos testigos del inmenso dolor que afligirá á mi padre.

Y Andrea, como si en aquel momento brotara en su corazon la purísima fuente de la ternura filial, como si comprendiese la terrible herida que iba á abrir en el pecho de su padre, como si el remordimiento, ese dolor profundo de la conciencia le asaltara, besó uno por uno, humedeciéndolos con sus lágrimas, todos los objetos que se hallaban sobre la mesa de don Leandro.

Luego, resuelta, tal vez indignada consigo misma, alzó su hermosa frente, pálida por la emocion, y mirando con fiereza á Pepita, dijo:

—Vamos, señora. Las mujeres que como yo han olvidado lo que se deben á sí mismas, no deben detenerse en estos momentos graves de su vida. Pero es preciso pagarle al pobre anciano en buenos billetes del banco la terrible herida que vamos á abrir en su corazon.

Y Andrea escribió una posdata en la carta.

Despues, ambas salieron de la modesta habitacion de don Leandro, dejando entornada la puerta.

Al llegar al primer tramo, Andrea tuvo que apoyarse en

la barandilla de la escalera para no caerse; acababa de sentir en mitad del pecho un agudo dolor.

Pepita, creyendo que se iba á desmayar, llamó á Daniel.

Este dió el brazo á Andrea, despues de cambiar con él algunas palabras.

—Sí, sí, dijo la jóven; vamos, vamos, pero pronto, pues temo que me falten las fuerzas.

CAPITULO V.

EL DOLOR DE LOS DOLORES.

A eso de las nueve y media de la noche, don Leandro regresaba á su casa con esa alegría del hombre que, sin una nube en la conciencia, lleva en el bolsillo de su chaleco el producto del asíduo trabajo de una semana.

El honrado músico acababa de cobrar ochenta reales en buenas monedas españolas, y echando cuentas consigo mismo, se habia dicho:

—En la calle de la Magdalena, frente por frente al teatro de Variedades, á tres cuartos uno, se venden unos deliciosos merengues que tanto á mí como á Andrea nos saben á gloria, y creo que, sin que mi vecino el recto don Fernando me tilde en lo mas mínimo de derrochador, bien puedo gastarme doce cuartos. Esto ni me hará mas pobre ni mas rico, y en cambio, tendremos algunos minutos la boca dulce. Yo bien sé que An-

drea va á reñirme, porque despues de todo, dejando aparte algunos disgustos, rápidos como la carrera de las estrellas, lo cierto es que de dia en dia Andrea se hace mas económica, mas obediente y mas casera, y esto es natural, porque con los años la espuma del cerebro se convierte en juicio.

Esto iba pensando el bueno de don Leandro, cuando dió de manos á boca con la indicada confitería. Entró hasta llegar al mostrador, y sacando del fondo de su bolsillo con ayuda del índice y del pulgar una peseta, se hizo propietario de los cuatro merengues, objeto de su filosófica disertacion.

Desde la confitería de la calle de la Magdalena hasta la calle del Olmo, la distancia es corta. Sin embargo, no hay nada corto para un padre, cuando lleva en las manos un regalo para su hijo.

Don Leandro hubiera querido imprimirle á sus piés la prodigiosa velocidad que poseen las alas de una zarceta.

A pesar de sus cincuenta y ocho años y su esquisita urbanidad, pasó con indiferencia por delante de la portera, y comenzó á subir de dos en dos los escalones que conducian á su paraíso.

Llegó á su casa, y se detuvo.

La puerta estaba entornada.

¿Cómo Andrea, tan medrosa siempre que se quedaba sola, habia tenido aquella impremeditacion?

Pero el corazon de don Leandro estaba en aquellos momentos muy repleto de alegría para que sospechara nada malo.

Entró en la habitacion.

La luz colocada sobre el piano le dejó ver sin ningun género de duda que todo estaba en órden.

—Andrea, Andrea, mira lo que te traigo, dijo dirigiendo la voz hácia el pasillo del comedor.

Esperó un segundo. Nadie le contestaba.

Entonces, creyendo que su hija no le habria oido, recorrió toda la casa con los merengues en la mano.

Andrea no estaba.

Don Leandro dejó la golosina sobre una mesa, y se quedó pensativo.

—¿Dónde habrá ido? se dijo.

De pronto sus labios se entreabrieron para dejar paso á una sonrisa.

Aquella sonrisa era la de un bienaventurado que encuentra en su mente el objeto que busca.

—Vamos, se dijo, Andrea debe estar en casa de don Fernando. ¡Qué diantre! esto es lógico. Sofía y mi hija hace muchos años que se quieren y que son amigas. ¡Toma, y tan amigas que se llaman hermanas! Don Fernando, por esa escesiva rigurosidad con que mira las cosas, hace algun tiempo que se muestra con nosotros un poco tirante, como si tuviéramos la culpa de lo que le ha sucedido al pobre Felipe. Las dos chicas se habrán visto de ventana á ventana, y se habrán dicho: Echemos un párrafo, y salga el sol por Antequera; de lo cual me alegro infinito, porque á mí no me gusta estar reñido con nadie. ¡Qué canario! voy á pasar, y á Roma por todo.

Don Leandro cruzó el tramo que le separaba de la habitacion de su vecino, llamó, le abrieron, y como conocia la casa, entró en la pequeña sala donde pasaban las veladas en otro tiempo.

Hé aquí el cuadro que se presentó ante sus ojos; cuadro que mas tarde no podia recordar sin verter una lágrima.

Sofía trabajaba á la luz de una lámpara; junto á ella, su padre, con un libro en la mano, leia.

Al entrar don Leandro levantaron la cabeza.

—¡Ah! ¿es usted, vecino? dijo don Fernando con alguna frialdad.

—Sí, yo soy, tartamudeó el músico dirigiendo miradas en derredor suyo; pero no encuentro lo que busco.

—Usted dirá, volvió á decirle don Fernando.

—Busco á mi hija; busco á Andrea, repitió con marcada vacilacion don Leandro.

—¡Andrea! esclamó sin poderse contener Sofía.

Su padre, dirigiéndola una mirada que podia tomarse por una reconvencion, dijo:

—Hace algunos dias que no hemos tenido el gusto de verla.

—¿Luego no ha venido esta noche?

—¿Adónde?

—Aquí. Acabo de llegar de la calle, la puerta estaba entornada, entró, la busco y no la encuentro, y he creido...

—Probablemente, repuso don Fernando con frialdad, su hija de usted se hallará en el cuarto segundo.

Esta respuesta causó un vivo dolor en el corazon del músico, porque ella le recordaba la causa que habia motivado la frialdad de sus relaciones.

Saludó avergonzado, saliendo de aquella casa donde tanto se le habia querido, donde por el ejemplo y por la palabra se le habia hecho comprender el modo de educar á una jóven.

—¡Oh! se dijo al encontrarse en la escalera: ¿cómo es posible que Andrea haya desobedecido mis órdenes?

Y bajó á casa de Pepita.

Pero ¡ay! tampoco allí estaba su hija.

Entonces, sobresaltado, anhelante, sintiendo que el dolor comenzaba á ahogarle, subió á su casa, cerró la puerta, y dejóse caer sin aliento en una silla.

¿Dónde estaba Andrea? ¿Qué necesidad la habia puesto en el caso de abandonar su casa?

Aquello era un misterio, un enigma que le aterraba sin poderlo descifrar.

Entonces fué cuando sus ojos vieron una carta y unos billetes sobre la mesa.

Entonces fué cuando la mas terrible realidad vino á hundirle en la mas espantosa de las desesperaciones.

—¿Qué es esto, Dios mio, qué es esto? ¡Yo debo estar soñando! ¡es imposible! ¡no puede ser! ¡no quiero creerlo!

Y se mesaba los cabellos y elevaba las manos al cielo como esperándolo todo de la Divina Misericordia.

—¡Infame! ¡infame! ¡infame! esclamaba de nuevo golpeándose la frente y derramando un mar de lágrimas. ¿Qué te he hecho yo para que me mates de este modo? ¿Quién podrá disculparte á los ojos de un padre, aunque mañana te presentaras rodeando tu frente con la corona de una reina?

Y dejando caer la cabeza con desaliento sobre su pecho, murmuraba una y mil veces:

—¡Miserable de mí! ¡para qué habrá llegado la hora fatal de recoger el fruto de mi condescendencia!

Y luego, aquel infortunado viejo, aquel padre todo amor, todo ternura, cuya cabeza habia encanecido con el trabajo y la virtud, se quedaba contemplando con espantados ojos aquella carta infame que habia abierto una herida incurable en su co-

razon, y aquellos billetes prostituidos por la mano de un seductor.

—¡Miseria humana! repetia. Acaban de imprimir una mancha en mi frente. Me arrancan la fibra mas dolorosa del corazon, y me arrojan un puñado de billetes, un poco de oro para que enjugue con ellos mis lágrimas, haciendo menos dolorosa la soledad en que me dejan.

En este momento diríase que don Leandro, recobrando una energía que nunca poseyera, queria hacerse superior á su desgracia.

Pero ¡ay! pronto le abandonó.

Aquel pobre hombre solo sabia amar, perdonar y sufrir.

Naturaleza dócil, resignada, no pudo hacerse superior al terrible golpe que le deparaba el infortunio, y llevándose las manos al pecho, como si le faltase aire para respirar, exhaló un gemido prolongado, tétrico, doloroso, y pronunció estas palabras:

—¡Andrea de mi alma, has clavado un puñal en mi corazon!

Y cayó desplomado con la frente sobre la mesa.

Aprovechemos este momento para leer la carta que Andrea habia dejado á su padre.

Decia así:

«Padre mio: Sé que voy á causar á usted un dolor inmenso, profundo; sé que dirijo á usted uno de esos golpes terribles que destrozan el corazon, que causan espantosos estragos, que no se olvidan nunca; pero es preciso: mi honra lo exige; olvido el presente pensando en lo futuro.

»Perdon, padre mio, perdon, si hoy abandono esta casa por

seguir al hombre que es dueño de mi corazon y de mi honra. Pero si bien salgo afligida pensando en la soledad en que voy á dejar á usted por algun tiempo, confio en la palabra del vizconde de Villafort, y algun dia nos volveremos á unir para no separarnos nunca.

»Ignoro adónde voy. Como la débil hoja que desprendida del árbol arrastra el soplo del viento, yo, padre mio, sigo al hombre que amo.

»No me maldiga usted; me faltan las fuerzas para continuar escribiendo. Adios, adios.—*Andrea.*»

«NOTA. Los billetes del Banco de España que encontrará usted junto á esta carta, son para que espere, sin carecer de nada, el dia de nuestra nueva reconciliacion.»

Despues de la lectura de esta carta, el lector puede comprender los efectos que produjo en el alma del infortunado don Leandro.

CAPITULO VI.

LOS DOS PADRES.

Cuando don Leandro recobró el sentido, la habitacion se hallaba completamente á oscuras.

Un olor desagradable habia impregnado la atmósfera. El aire no podia apenas respirarse.

El pábilo de la lamparilla ardia aún; chispa de fuego que el pobre músico contemplaba atónito en medio de aquella oscuridad.

Por un momento creyó que, preso de una terrible pesadilla, acababa de despertar.

Sentia, sin embargo, una debilidad estrema en todo su cuerpo, desvanecimiento de cabeza, malestar general.

Encendió un fósforo, y con él una bujía que se hallaba sobre la mesa.

Llevóse las manos á la frente, deseando sujetar el desórden de sus ideas.

La carta y los billetes del banco se presentaron ante sus ojos.

—¡Ah! ¡no hay duda! ¡no es un sueño! esclamó: ¡es la horrible realidad.

En aquel momento la voz del sereno se elevó desde la calle, anunciándole que eran las dos de la mañana.

Desde entonces hasta el nacimiento del dia, don Leandro no hizo otra cosa que llorar y gemir.

Ni siquiera pasó por su imaginacion que algunas horas de reposo podian serle provechosas.

Cuando un pensamiento se fija en nuestra mente y tiene bastante fuerza para sobresaltar nuestro espíritu, solo por él vivimos, solo él nos preocupa y nos domina.

Eso precisamente sucedia á don Leandro.

Andrea, el vizconde de Villafort, la ingratitud de su hija, la perfidia de su seductor, pasaban por su cerebro como un terrible panorama.

Cuando la luz del sol vino á anunciarle la hora del bullicio, de la vida, abrió el balcon porque necesitaba aire para respirar.

El que hubiera visto en aquel instante al pobre viejo, indudablemente le hubiera creido enfermo.

Pálido, ojeroso, con los labios secos, efecto de la calentura que le devoraba, se puso á dar paseos por la habitacion, sin hallarse aún resuelto sobre el partido que debia tomar.

En este instante llamaron á la puerta.

Una esperanza reanimó aquel rostro casi cadavérico.

Corrió á abrirla.

Era don Fernando.

El honrado músico exhaló un suspiro: creia encontrarse con su hija.

—¡Gracias á Dios, vecino! Anoche estuvimos mas de media hora llamando á la puerta, y usted sin abrirnos.

—¡Anoche! repitió don Leándro con melancolía.

—Sí: oimos desde casa, volvió á decir don Fernando, que usted hablaba en voz alta, y por si en alguna cosa podíamos serle útiles...

—Ya nada necesito, nada me hace falta. El único bien que podia concederme Dios, es quitarme la vida.

Y como don Leandro observara el asombro en los ojos de su vecino, le dirigió una sonrisa triste como su corazon, y entregándole la carta de Andrea, volvió á decir:

—Lea usted esto para que comprenda mi desgracia.

Profundo fué el efecto que causó al honrado y recto don Fernando la lectura de la despedida de Andrea.

—¡Pobre amigo mio! esclamó: comprendo todo lo terrible, todo lo inmenso de su pena.

Y abriendo los brazos, lo estrechó contra su pecho.

Aquellos dos padres lloraron juntos: sus lágrimas se confundieron.

Era el único consuelo que como un bálsamo caia sobre la herida abierta en el corazon del pobre músico.

—¿Y qué piensa usted hacer? preguntó don Fernando.

—¿Lo sé yo, por ventura? ¡Ah! ¡si pudiera olvidarla!

—Animo, valor, amigo mio.

—Lo tendré, don Fernando. Pero es justo que ahora las lágrimas se agolpen á mis ojos; la herida es muy reciente para que pueda olvidar sus dolores. Entre Andrea y su padre todo

ha concluido. Si algun dia la desgracia ó la prosperidad la conduce á las puertas de mi casa, las hallará cerradas.

—¡Ah! No haga usted juramentos que la naturaléza no permite que se cumplan. Un padre perdona siempre, porque su corazon, fuente inagotable de amor, vive solo por el cariño de sus hijos. Pero mientras tanto, usted vendrá á vivir con nosotros. Despues del terrible golpe que acaba de esperimentar, la soledad le seria insoportable.

—Dispense usted, amigo mio, si no acepto su ofrecimiento. Además, esa soledad es la que mas necesito en estos instantes. Dios velará por mí.

Y don Leandro, guardando en el bolsillo de su levita los billetes del banco, repuso:

—Yo ignoro el paradero del infame seductor, pero sé que tiene un padre, y mi deber es devolverle este dinero, con el cual se ha pensado acallar mi pena.

—Sí, amigo mio, sí; ese dinero mancharia sus manos; debe usted devolverlo, y si necesita para ello de mí, me tiene á sus órdenes.

—Gracias, don Fernando; debo ir yo solo.

Don Fernando acompañó á su vecino hasta la misma calle donde vivia el conde de Villafort.

Leandro entró en el elegante portal del viejo aristócrata, y preguntó al portero por el conde.

—El señor no recibe, le contestó.

—Entonces esperaré; no tengo prisa, y me he propuesto verle.

Y el músico, resuelto á efectuar la entrevista, fué á sentarse en el primer tramo de la escalera.

—Buen hombre, creo que pierde usted el tiempo, repuso el portero.

—No importa, no tengo absolutamente nada que hacer. Si usted me despide de la casa, esperaré al señor conde en la puerta de la calle, en la acera ó en mitad del arroyo, me es igual. Ya he dicho que necesito verle.

Don Leandro tenia uno de esos rostros llenos de bondad, que inspiran confianza y simpatías.

El portero pareció interesarse por aquel viejo que tan resuelto se hallaba á esperar á su señor.

—Vaya, ya que tiene usted un empeño tan decidido en ver al señor conde, veremos el modo de pasarle recado.

—Yo se lo agradeceré á usted con todo mi corazon.

El músico no tuvo que esperar mucho.

Don Pedro de Villafort era hombre que madrugaba, y al saber la tenacidad del desconocido que queria verle, dió órden para que se le dejase pasar.

Don Leandro fué introducido en la habitacion del conde.

Los dos ancianos se encontraban frente á frente.

Aquellas dos cabezas venerables cubiertas de canas se inclinaron para saludarse mútuamente.

—Me han dicho que ha demostrado usted grandes deseos de hablarme, dijo el conde, ofreciéndole al mismo tiempo una silla que se hallaba á su lado.

—Dispense usted, caballero, si vengo á molestarle tan de mañana, pero la cuestion que aquí me conduce es para mí de la mayor importancia. Soy padre, y vengo á dirigirme á otro padre. Aunque nuestras posiciones son distintas, aunque hay un gran trecho del conde de Villafort á un pobre músico, sin

mas fortuna que la modesta profesion que practico, me atrevo á venir...

—Siéntese usted, amigo mio. De un hombre honrado á otro hombre honrado no hay distancia alguna.

Don Leandro exhaló un suspiro.

La voz del conde tenia una dulzura infinita; comprendió que se hallaba delante de un hombre de bien.

—¡Ah, señor conde! Yo bien sé que no tiene usted parte alguna en las desgracias que me afligen, pero han deshonrado mis canas; y luego, para mayor infamia, han querido cerrar mi boca y acallar los gritos de mi corazon con este puñado de billetes.

Y don Leandro sacó de su bolsillo el papel-moneda, y dejándolo en el sofá al lado del conde, repuso:

—Su contacto no debe manchar mis manos. El oro del hombre que ha afrentado mis canas, la dádiva del infame que ha asesinado mi felicidad, no debe permanecer en mis manos ni un instante mas; obrando de otro modo, seria tan villano como ellos.

El conde de Villafort, absorto ante las sentidas y misteriosas palabras del desconocido, pero sospechando que se trataba de su hijo, repuso con interés:

—Suplico á usted, caballero, tenga la bondad de esplicarse y decirme en qué puedo serle útil.

—Solo deseo, repuso con dignidad don Leandro, que devuelva usted á su hijo el vizconde de Villafort, estos billetes que se dejó sin duda olvidados sobre mi mesa cuando cobarde y villanamente vino á mi casa á robarme el único tesoro, la única felicidad que poseia: mi querida hija.

Don Leandro, al terminar estas palabras, se puso en pié como si diera por concluida la entrevista.

En aquel instante, la fisonomía del honrado músico revelaba toda la dignidad, todo el valor del héroe que rechaza el perdon de sus enemigos y camina sereno é impávido á la muerte, porque todo lo espera del cielo.

—Un momento, caballero, dijo el conde haciendo ademan de detener á su interlocutor. Por lo que acaba usted de decirme he comprendido que se trata de una infamia, y que mi hijo Arturo es el protagonista. Espero que usted me hará el favor de creer que yo nunca soy cómplice en las calaveradas de mi hijo.

—Debo advertir al señor conde, repuso don Leandro, que yo no le he reconvenido en lo mas mínimo.

—Es cierto, caballero.

—Mi visita se reduce tan solo á devolver una cantidad que no debo conservar en mi poder. Ignoro el paradero del vizconde de Villafort, y he venido á ver á su padre para hacerle la devolucion. Despues de esto, he terminado, y pido á usted permiso para retirarme.

—¡No, no y cien veces no! esclamó el conde demostrando el enojo que la conducta de su hijo le causaba. Arturo es un villano, ha cometido un robo, ha abusado de la confianza de una jóven que creia en sus promesas, y yo no puedo demostrarme indiferente en este asunto sin que se me crea cómplice de mi hijo. No conozco á usted: es hoy la primera vez que tengo el gusto de verle; pero el paso que acaba de dar me dice lo bastante para que yo, como padre y como hombre honrado, me ponga de su parte. Yo veré á Arturo, sí, le veré; aún creo te-

ner algun derecho sobre él, aún no he abdicado mi dignidad y mi poder.

—Será inútil, caballero; la herida que han abierto en mi alma es de esas que no pueden cicatrizarse nunca.

—Todo puede repararse, repuso el conde.

—¡Todo! repitió con amargura don Leandro. Es verdad, pero no sucederá así en esta ocasion. El noble, el rico, el poderoso vizconde de Villafort fijó en mal hora sus codiciosos ojos en mi pobre y humilde hija. ¿Qué reparacion podria dársele á una jóven á quién se le arrebata la honra? ¿Dinero? ¿Para qué lo necesito? ¿Promesas vanas? ¿Esperanzas irrealizables? Las desprecio. En mi corazon abrieron un vacío que solo puede llenar la muerte.

Tanta dignidad humillaba á don Pedro.

Tenia delante á uno de esos honrados hijos del trabajo á quienes es imposible comprar, para quienes el honor es la joya mas apreciable.

Por otra parte, don Pedro ni conocia á don Leandro ni á Andrea, y hubiera sido una imprudencia hacer ofrecimientos que por entonces no entraba en sus cálculos cumplir.

La devolucion de los billetes era sin embargo una garantía, un dato irrecusable que le manifestaba la dignidad del hombre que tenia delante.

Era indispensable, pues, ver á Arturo, oir de su misma boca lo que acababa de revelarle don Leandro.

—Juro á usted, amigo mio, que me siento vivamente interesado en su favor. Yo veré á mi hijo. ¡Quién sabe! tal vez el mal pueda remediarse. Entre tanto, ofrezco á usted mi amistad, y espero que no sea esta la última vez que nos veamos.

Don Leandro se sonrió dolorosamente.

Para él, su desgracia era irremediable.

Saludó. Iba á marcharse, cuando don Pedro le detuvo nuevamente.

—Espero tenga usted la bondad de decirme las señas de su casa.

—¿Para qué, señor conde? no nos volveremos á ver mas.

—Veo con disgusto que es usted uno de esos hombres que se complacen en aumentar el peso de su infortunio. Yo he ofrecido á usted mi amistad, no como conde de Villafort, sino como padre interesado en sus desgracias; usted la rechaza, está bien, yo sabré á qué atenerme.

Don Leandro vaciló un momento. Las palabras del conde levantaban un eco en su corazon.

Le habia hablado con la sinceridad de la honradez; pero, ya lo hemos dicho, don Leandro no esperaba remedio para su mal.

Salió, pues, de casa del conde, resuelto á no verle mas.

—Despues de todo, se dijo hablando consigo mismo en cuanto llegó á la calle, se me vendria á ofrecer un poco de dinero. Estoy resuelto... este golpe acortará mis dias. ¿Qué falta pueden hacerme á mí los bienes de la tierra?

Y don Leandro, levantando los ojos al cielo, continuó su camino.

CAPITULO VII.

DONDE NARCISO SE PROPONE UNA TRIPLE CONQUISTA.

Puesto que una novela no es mas que un panorama que el autor va desarrollando ante la imaginacion de sus lectores, cambiaremos de decoracion.

Dejemos por un momento al pobre músico con su amargura, con la soledad de su alma, á Arturo satisfecho de su triunfo, á la infortunada Andrea avergonzada de sí misma, y al conde de Villafort maldiciendo la descuidada educacion dada á su hijo, causa de sus calaveradas y locuras.

En pocos dias, Narciso de Rioalto habia revuelto, como vulgarmente se dice, la casa de su padre de arriba abajo.

Cuando se tiene dinero en abundancia, se posee una varita mágica que hace milagros.

Un tapicero se habia encargado de las habitaciones de Narciso, amuebladas á la *derniere*, como se dice ahora.

Un tratante en caballos le habia proporcionado todo lo ne-

cesario para presentar á los ojos exigentes de la moda y la opulencia un tren digno de su fortuna.

Narciso tenia veintidos años de edad y doce millones de capital.

Si á esto se añade un corazon seco, insensible, un alma atravesada, un rostro de ángel y una *salud á prueba de sabañones*, como diria Breton de los Herreros, pueden comprenderse las felicidades que le estaban reservadas en este valle de lágrimas.

Alegre como el pájaro al abandonar el nido, cuando se posa en las verdes ramas de un frondoso árbol en una mañana de primavera, Narciso iba á tender el vuelo, hambriento de gozar de todos esos placeres con que brinda la fortuna á la juventud, y de los cuales le habian privado las economías de su padre.

—Verdaderamente, solia decirse contemplando el lujo que le rodeaba, mi padre fué un gran hombre: se estuvo comiendo patatas treinta años para que yo comiera ahora faisanes. Si me quejara de don Patricio, seria un infame.

Y Narciso terminaba estas cínicas palabras con una de esas carcajadas que los poetas han dado en llamar homéricas.

El ocio, ese aburrimiento del espíritu que conduce al hombre á la cloaca de los vicios, iba á lanzar al jóven Ricalto en medio de una vida tan activa como desordenada.

Sin embargo, en el tiempo que nos ocupa, dos cosas iban á absorber el tiempo de Narciso: la conquista del baron de Seany y la de su querida Felicidad.

Esto le hacia reir grandemente, porque el baron, que pasaba á los ojos de todos sus amigos por un jóven calavera, no era á los suyos otra cosa que la marquesa de Fontan.

Los hombres á la moda, los que rinden tributo al escándalo, los que aman por vanidad y conquistan por lujo, no es el acto material de un triunfo lo que les hace arriesgar parte de su fortuna y la vida muchas veces: es el renombre, la aureola que acompaña á esa clase de conquistas.

Desbancar á Arturo de Villafort era una empresa digna de Narciso de Ricalto.

Pensaba luchar de potencia á potencia. Bien es verdad que el enemigo no era despreciable.

Podia muy bien enviarle una bala ó dirigirle una estocada al corazon.

Pero estos peligros aumentaban el interés y el valor de su empresa.

En el dia que nos ocupa, á eso de las tres de la tarde, Narciso acababa de darse la última mano á la corbata, cuando su ayuda de cámara entró á anunciarle una visita.

—¿Quién es? preguntó.

—El señor baron de Soany.

Este nombre sorprendió agradablemente á Narciso.

—¡Diablo! se dijo hablando consigo mismo: no la creia con valor para tanto.

Y levantando la voz, continuó:

—Que pase.

Narciso, en cuyo semblante se revelaba la satisfaccion que aquella visita inesperada le habia causado, dirigió una codiciosa mirada hácia la puerta, donde no tardó mucho en presentarse la marquesa de Fontan con su traje masculino.

Ricalto corrió al encuentro del fingido baron con los brazos abiertos.

Carolina le contuvo con un ademan.

—¿Qué es eso, amigo Rioalto? dijo con cierto desenfado: ¿no se disiparon todavía los vapores del *Champagne*? ¿le dura á usted aún el desvanecimiento de aquella noche en que celebramos juntos alrededor de una mesa la casi repentina muerte de su padre?

Esto podia tomarse por un insulto sangriento; pero siendo una mujer la que lo dirigia, Narciso creyó prudente celebrarlo con una carcajada.

—Querido baron, sin hacer caso de la descarga cerrada que acaba usted de dirigirme, le diré con la franqueza que me es característica, que no hay en todo Madrid una persona que me sea mas simpática que usted, y á no ser por la maledicencia y la murmuracion, siempre dispuesta á clavar su diente, mi mayor placer seria estrechar á usted contra mi pecho.

—Sí, efectivamente; si usted me prodigara sus abrazos, no dejaríamos de ser el blanco de nuestros amigos; pero pierda usted cuidado, eso no sucederá con frecuencia.

—¿Quién puede impedirlo?

—Yo.

—¿Usted, baron? Permítame que le diga que no le creia tan cruel.

Carolina, deseando estudiar el doble sentido que encerraban las palabras de Narciso, fijó en él una mirada tenaz.

Rioalto sonreia maliciosamente.

—Suponiendo, querido baron, volvió á decir Narciso, que esta visita no tenga otro objeto que el de ir á dar una vuelta por la Castellana, le ofrezco á usted uno de mis caballos, ó bien un asiento en mi cupé.

—Yo no acepto ni lo uno ni lo otro.

—¡Por Dios, baron! Está usted hoy terrible conmigo, y esto me indica que comienza usted á tenerme miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué? preguntó con cierta altivez Carolina.

—¿Olvida usted que en la calle del Prado vive una muchacha á quien usted protege, y que lleva un nombre precioso, un nombre cuya realizacion todos deseamos: Felicidad?

—¡Ah! ¿sigue usted aún con la idea de robarme mi querida?

—Me sobra el tiempo, y deseo ocuparme en algo.

—Precisamente me conduce hoy á esta casa una cuestion idéntica.

—¡Cómo! No comprendo...

—Es muy sencillo, repuso Carolina con cierto desenfado impertinente: usted quiere robarme el amor de Felicidad, y yo quiero arrebatar á Arturo el cariño que profesa á Andrea, esa muchacha que usted conoce y á quien busco inútilmente hace algunos dias.

—¡Hola! ¿piensa usted pagar la amistad del baron de Villafort con una ingratitud?

—Como á usted, me sobra el tiempo y me aburro. Deseo ocuparme en algo. Hé ahí todo.

Narciso soltó una ruidosa carcajada.

—¿Se rie usted?

—No creo que el asunto reclame otra cosa. ¡Pobre Arturo! Si logra usted quitarle la querida, será una de las ingratitudes mas negras que haya cometido la amistad.

—¿Por qué?

—Porque el vizconde de Villafort adora á usted con todo su corazon.

—¡Bah!

—¿Se burla usted? Mal hecho, pues temo que de esta intriga resulte alguna cosa grave.

—Amigo mio, á nosotros no nos es dado, por desgracia, leer en lo porvenir. ¿Dónde vive esa jóven?

—¿Qué jóven?

—Andrea.

—¡Ah! ¿segun parece, tiene usted prisa en encontrar el nido de esa tortolilla que arrulla tiernamente en los brazos de Arturo?

—Sí, suelo ser inconsecuente. Las aventuras amorosas me cansan pronto; por eso he venido á ver á usted, porque necesito que me ayude en esta aventura.

—¿Supongo que habrá usted buscado á la muchacha en la calle del Olmo infructuosamente?

—¿No vive allí?

—¡Ah, querido baron! nuestro amigo el vizconde de Villafort es un seductor consumado, el rey de las conquistas; nada respeta, nada le detiene, por todo atropella. Segun parece, la hermosa Andrea vivia con su padre, hombre chapado á la antigua, modelo de honradez y de modestia; y esta especie de guardia civil del honor era un grave inconveniente para que el venturoso vizconde lograra sus fines. Así, pues, propuso á la inocente avecilla lo que es de ene en estas cuestiones: la fuga.

—Pero usted sabrá adónde han ido á refugiarse.

—Tocante á ese punto, estoy completamente ciego; no veo gota.

—Sin embargo, articuló Carolina con nervioso acento, yo creia que usted no ignoraba el paradero de esa jóven.

—No conoce usted al vizconde, querido Filiberto: él solo revela á sus amigos aquello que desea que sepan todos. Me necesitó para un desafío, y fuí su padrino. Dejó fuera de combate al prometido esposo de Andrea, nos dijo que su conquista se hallaba en un estado satisfactorio, y despues, cerrando la boca, no ha vuelto á desplegar los labios para decirme una palabra. Arturo es astuto como las serpientes tratándose de faldas.

Los celos habian conducido á Carolina á casa de Narciso.

Esto mismo comprendió Rioalto, el cual, viéndose solo con una mujer encantadora y además poetizada por una historia escandalosa, se propuso sacar algun partido de aquella entrevista inesperada.

—Desengáñese usted, querido baron: Arturo no es otra cosa que una inconstante y voluble mariposilla que vaga de flor en flor, libando las ricas esencias que le presenta la fortuna. Andrea maldecirá con el tiempo el nombre del vizconde de Villafort, como otras muchas. Seduce por pasatiempo, olvida por costumbre, y escarnece á sus víctimas por instinto. Para él, una querida no es otra cosa que un juguete que le distrae un poco de tiempo. ¡Oh! si usted le conociera como yo, acabaria por borrar su nombre de la memoria.

Y Narciso fijó desvergonzadamente sus ojos en la marquesa, dirigiéndole al mismo tiempo una sonrisa provocativa.

—Yo creia que era usted amigo del vizconde de Villafort.

—Y lo soy, de la manera que se entiende la amistad entre nosotros, colocándola en segundo término, despues del egois-

mo; y puede usted estar persuadido que el vizconde piensa del mismo modo que yo.

—¿Segun eso, le cree usted incapaz de una accion noble?

—Completamente incapaz. Creo que se avergonzaria de practicarla.

—Narciso, está usted insultando á Arturo: permítame que le diga que es poco noble herir la honra de un ausente.

—Usted me hará el favor de creer, señor baron, que estas mismas palabras se las diria al vizconde en su cara. Pero líbreme Dios de ofender á usted en lo mas mínimo, porque eso me avergonzaria hasta el punto de enrojecerse la piel de mi rostro. Puede usted creerme.

—Eso quiere decir que yo soy de otra condicion que Arturo.

—¡Oh! ¡ya lo creo! Hay entre ustedes dos una diferencia inmensa.

—Permítame usted que le diga que yo no la veo.

—Vamos, querido baron, repuso Narciso maliciosamente, no me obligue usted á pronunciar ciertas palabras que hace algunos momentos se hallan suspensas de mi boca, porque, vuelvo á repetirlo, nada me afligiria tanto como causar á usted el menor disgusto.

Y Narciso, bajando la voz y haciendo el ademan de apoderarse de una de las manos del baron de Soany, continuó:

—Porque ¿cómo es posible que yo me atreviera á ofender á la encantadora marquesa de Fontan?

Carolina se puso en pié como movida por un resorte.

Retrocedió con una prodigiosa rapidez hasta colocarse á cuatro pasos de distancia del sitio que ocupaba Narciso, y sa-

cando de sus bolsillos dos pequeños y ricos cachorrillos, dijo apuntando á Rioalto:

—Ya ha pronunciado usted dos veces ese nombre, olvidando que en ello me hace usted el mayor de los insultos. Cuidado, Narciso, cuidado, porque yo tengo la buena costumbre de aplastar á las víboras cuando se interponen ante mi paso. No lo olvide usted.

Narciso contempló con la mayor indiferencia aquellas dos bocas de fuego que amenazaban su pecho.

—Hé ahí unos juguetes, dijo señalando los cachorrillos, que pueden á su antojo poner término á mis dias. Bastaria que usted meneara imperceptiblemente la primera falanje del dedo índice, para poner fin á una existencia que me ocupo bien poco en conservar. Pero usted no lo hará, señora; me lo dicen esos ojos en donde resplandece la chispa embriagadora del amor; me lo recela esa boca formada por una sonrisa de la misma Vénus, para enloquecer á los hombres. ¡Ah! si usted comprendiera lo que siento, á buen seguro que el enojo que me demuestra se trocaria en compasion.

—Pero ¿qué es lo que está usted hablando? repusó Carolina guardando las pistolas.

—Sencillamente lo que siento. Amo á usted desde mucho antes que al señor marqués de Fontan se le ocurriera representar una farsa, haciéndonos creer á todos sus apasionados el suicidio de su encantadora esposa.

Carolina comenzaba á desorientarse ante la calma y la frialdad de Narciso.

—¡Bah! ¿está usted loco, ó es que quiere chancearse conmigo?

—¿Quién es capaz de asegurar si la locura es un esceso de razon?

—Veo que no nos entendemos.

—En ese caso no será culpa mia.

—¿Cómo ha podido usted concebir el absurdo de que yo sea la marquesa de Fontan?

—En cuanto á eso, no logrará usted convencerme de lo contrario, Carolina.

—Basta, caballero: ¿cuándo he dado yo á usted derecho para que me dirija una burla sangrienta?

—¿Va usted á enojarse conmigo? ¡Oh! solo faltaba, para que la comedia se convirtiera en drama, que me enviara usted sus padrinos, viéndome en el caso por la primera vez de rehusar un desafío. Pero bueno es que sepa usted, aunque pase plaza á sus ojos de cobarde, que si el vizconde de Villafort provoca un duelo conmigo sin que medie una causa bastante poderosa para que dos hombres se maten, el secreto de usted que hoy poseo lo haré público. Nada me gusta tanto como el escándalo.

—¡Miserable! esclamó Carolina con rabia.

—Puede usted insultarme cuanto guste; las palabras de una hermosa no ofenden al hombre que se precia de galante.

Y Narciso, exhalando un suspiro, continuó:

—¡Lástima grande es que el vizconde de Villafort, que no ama á usted, que no la ha amado nunca, que no la amará jamás, se haya apoderado tan completamente de su corazon!

Carolina comprendió que aquella lucha seria infructuosa.

Narciso, firme como una roca, permanecia frio, indiferente, ante los insultos, ante las amenazas.

La marquesa de Fontan tenia un corazon enérgico, varonil.

Basta recordar su historia para comprenderlo así; y si bien no temia al enemigo que se levantaba en mitad de su camino, creyó muy prudente por entonces suspender las hostilidades hasta resolver un plan de ataque que pudiera ofrecerle una gran ventaja.

¿Qué habia logrado en aquella entrevista?

Afirmar sus sospechas con respecto á Andrea; pero en cambio, dejaba mas en descubierto el secreto de su trasformacion.

La retirada era lo mas conveniente.

—Ruego á usted, señor de Rioalto, que no vuelva jamás á confundirme con la marquesa de Fontan.

—Para eso seria preciso que se me concediera alguna recompensa.

—No puedo conceder á usted otra que mi desprecio.

—¡Ah! ¿quiere usted pagarme con la misma moneda que el vizconde de Villafort le pagará algun dia? Está bien: demos tiempo al tiempo. Esos hermosos ojos están destinados á derramar abundantes lágrimas por el olvido de un ingrato.

—Eso es una amenaza.

—Ó una advertencia, señor baron de Soany.

Y Narciso marcó el nombre y el apellido con bastante fuerza.

—Entonces hasta la vista, señor de Rioalto.

Narciso hizo un saludo con la cabeza, dedicando una sonrisa á la marquesa de Fontan.

Apenas se quedó solo Rioalto, se dijo tirando del llamador de la campanilla:

—Yo me habia propuesto la conquista de la marquesa de Fontan y de Felicidad: creo que será conveniente que añada á

estas dos el nombre de Andrea. Sí, eso es; y si consigo mi triunfo, yo haré que en Madrid se me señale con el dedo, diciendo: Ahí va el amante de Las Tres Gracias.

Narciso, riéndose de su plan y satisfecho de sí mismo, bajó á la cuadra, donde le esperaba ensillado un caballo árabe que le habia costado treinta mil reales.

Contemplando un momento la hermosa estampa del inquieto animal, se dijo:

—¡Cuántos me envidiarán esta tarde!

Luego salió, llamando la atencion de los transeuntes.

En aquel momento se creyó feliz.

CAPITULO VIII.

DONDE SE SABE ALGO DE FELIPE.

Penetremos por un momento en uno de los mas santos asilos de caridad, casa que la filantropía de los hombres edificó en remotos tiempos y viene manteniendo para consuelo de los desgraciados, refugio que todos respetan y todos temen á la vez: el Hospital.

Pero no temas, lector querido; nada presentaremos á tus ojos que pueda repugnarte.

Un lecho limpio y modesto cubierto por una colcha de percal blanco con flores azules, una humilde mesa de pino colocada junto á la cabecera y sobre la cual se halla una botella y un vaso, dos sillas de paja y una estampa de la Vírgen de los Desamparados colgada de la pared, es el teatro que elegimos para volver á sacar á escena al desgraciado Felipe.

Duerme. Su sueño tiene la dulzura de la inocencia.

Pálido está su rostro como el de un cadáver; hundidos sus ojos como los de un moribundo.

Su cabeza vendada descansaba muellemente sobre la almohada, sin una gota de sangre que indicara el menor rastro de la terrible herida que le postraba en aquel lecho.

Cerca de la cama de Felipe, ocupando las dos únicas sillas, se hallaban Lorenzo y su padre.

Aquí se hace necesario una esplicacion.

Cuando el cura de Villarrobledo recibió la carta del estudiante, calculando la gravedad del caso como hombre prudente, permaneció una hora pensando qué camino debia tomar.

Por fin resolvió avistarse con el padre de Lorenzo.

Púsose el buen sacerdote el manteo y el sombrero de teja, porque el cura que nos ocupa no gastaba nunca levita y sombrero redondo, como acostumbran muchos en nuestros dias; sacerdotes de un momento, que practican los Evangelios mas por la palabra que por el ejemplo.

Púsose, pues, el sombrero de teja y el manteo, y encaminóse á casa del señor Juan, padre de Lorenzo.

El señor Juan, labrador honrado y temeroso de Dios, recibió al cura con el debido respeto que se debe á un buen sacerdote, y este, despues de algunas palabras de preparacion, leyó la carta de Lorenzo, la cual produjo el efecto que era de esperar, porque el señor Juan amaba á Felipe casi tanto como á su hijo. Por eso puso el grito en el cielo y levantó las manos hasta la altura de la cabeza, dejando escapar de sus ojos algunas lágrimas, que como una muestra del dolor que en aquel momento le asaltaba, rodaron por sus bronceadas y curtidas mejillas.

Procuró el buen sacerdote tranquilizarle con esas palabras

que han sido siempre fuente inagotable de consuelo para el cristiano, y despues de muchas esclamaciones, otras tantas amenazas contra el infame asesino, y algun centenar de improperios dedicados á la maledicencia y la corrupcion de las grandes capitales, el cura logró que el señor Juan se sentara en el banco de la cocina, y le dijo:

—Mira, Juan, no conviene ofender á Dios con bravatas inútiles, amenazas insustanciales y toda esa multitud de cosas que estás diciendo porque no te encuentras en tu estado normal. Somos hombres; las canas que coronan nuestras cabezas nos imponen como deber la conformidad en las desgracias, y la razon para ver el modo mas sencillo y mas conveniente de salir de las graves circunstancias de la vida. Lo hecho, hecho está, y el Todopoderoso sabe por qué ha sucedido. Él premiará á su debido tiempo al inocente, y castigará al culpable. Pero aquí lo que importa, á mi modo de ver, es que te metas en el bolsillo cuatro ó seis onzas, que te vayas mañana á Albacete, que tomes un asiento en el correo ó la diligencia, y que te plantes en Madrid sin pérdida de tiempo; digo, esta es al menos mi opinion.

—Sí, sí, todo eso me parece muy bien, señor cura, porque yo no quiero dejar al chico abandonado. No sabemos cómo estarán de recursos, y en Madrid solo se conoce al rey por la moneda. Pero ¿y mi hermano Francisco, el padre del pobre Felipe? ¿voy á marcharme sin decirle nada?

—Hijo mio, muchas veces la caridad, la religion que profesamos, nos ponen en el caso de no decir la verdad, si obrando así evitamos un gran disgusto, una amarga pena á nuestro prójimo; porque, despues de todo, y poniéndonos en el peor caso,

si Felipe muriera de esa fatal herida, las reconvenciones de tu hermano Francisco no deben afectarte mucho.

—Bueno, está bien, no insisto mas. Usted cree que debo marcharme, me marcharé; porque al fin y al cabo usted es un hombre justo, y tiene mas latin y mas esperiencia que yo, que no soy otra cosa que un pobre labrador que pasa la mayor parte del tiempo encorvado sobre la tierra.

Despues de esto se buscó una escusa, y el señor Juan, siguiendo los consejos del sacerdote, se trasladó á la coronada villa.

Ahora volvamos al Hospital, en donde hemos dejado junto al lecho de Felipe, al señor Juan y á su hijo Lorenzo.

El honrado labrador se hallaba una semana en Madrid.

Durante este tiempo, habia permanecido Felipe entre la vida y la muerte. ¡Triste situacion, que afligia lo que no es decible á sus parientes!

Felipe se encontraba fuera de peligro; pero su razon, vacilante y enferma, ofrecia aún graves temores.

—Yo creo, hijo mio, dijo el señor Juan en voz baja, que ha llegado ya el momento en que escribamos la verdad á mi hermano; porque en el pueblo se devanarán los sesos buscando la razon de este precipitado viaje que me ha conducido á Madrid.

—Sin embargo, padre mio, Felipe no se halla aún fuera de todo riesgo, y ya que hasta ahora hemos ocultado la verdad á su padre, creo prudente esperar algunos dias.

—En fin, sea como dices: muerto por uno muerto por mil. Pero es el caso que tu madre, tus hermanas, tu tio, tu tia y tus primas, echarán por aquellas bocas sapos y culebras, diciendo si me he vuelto loco ó si me ha tragado la tierra. Por-

que ¡qué quieres! Yo no he abandonado nunca Villarrobledo: allí nací, y allí he permanecido firme como una roca los cincuenta años que Dios se ha servido dejarme respirar sobre la tierra. Aquí me encuentro como el pez fuera del agua; en esta liorna hay mucho ruido para mí, y cuando ese muchacho se levante de esta cama y tenga razon para poder comunicarse con nosotros, bien puede agradecerme lo que he hecho por él; porque, despues de todo, vuestras calaveradas no dan por resultado mas que cosas malas. ¿Quien le mandaba á él ir á las máscaras, ponerse un traje que no era el suyo, y hacerse el majeton con un hombre que podia sentarle la mano, como se la sentó? En este mundo no se debe abarcar mas que lo que buenamente quepa dentro de la mano.

—Padre mio, en el mundo los hombres tienen compromisos.

—Compromisos... compromisos... eso es todo farándula, querido Lorenzo. El hombre debe conocer sus fuerzas, y cuando no las tiene para cargarse con un pellejo de seis arrobas de vino, bruto y medio será si pretende echarse sobre los riñones uno de á ocho.

—Cuando las cosas no tienen remedio...

—Ya lo veo; y por eso cuando se levante de la cama me daré tres puntos en la boca, no sea que diga alguna barbaridad. Pero ¡calla! aquí se acerca el médico de las patillas blancas; es un guapo señor, y me parece que tiene mucha ciencia en la cabeza.

—¡Ya lo creo! es un médico sabio, un gran hombre.

—Dios le conserve por muchos años para bien del prójimo.

En este momento, el médico mayor se detuvo junto á la cama de Felipe.

—¿Hace mucho que duerme el enfermo? preguntó fijando una mirada impasible en el pálido rostro de Felipe.

—Hace dos horas, contestó Lorenzo.

—¿Supongo que continuarán con la misma fuerza los delirios?

—Sí señor.

—¿Cree usted, señor médico, que la permanencia de mi sobrino en esta casa será muy larga? preguntó el señor Juan.

—Amigo mio, estas heridas son de larga y penosa curacion, de dilatada convalecencia. Yo no puedo afirmar á usted á punto fijo los dias que le quedan de cama, pero no serán estos nunca menos de treinta; no es eso lo que mas me preocupa, el tiempo vale bien poco cuando por él nos libramos de la muerte; la herida ha sido de muchísimo peligro, de esas que solo se salva uno por ciento. Pero mucho me temo que despues de restablecido, quede este pobre muchacho inútil para el resto de sus dias.

—¡Inútil! ¿y qué quiere decir eso?

—Quiere decir, amigo mio, que el trastorno que ha sufrido la cabeza de este pobre jóven, pudiera traerle fatales consecuencias para lo porvenir. Me esplicaré mas claramente: temo que pierda la razon, ó por lo menos, que quede en uno de esos estados de atontamiento lamentable.

—¡Cómo ha de ser! ¡sea lo que Dios quiera! murmuró el señor Juan exhalando un suspiro; pero haga usted todo cuanto pueda para que algun dia se lo devolvamos á su padre como aquella mañana que abandonó el pueblo, por su desgracia.

—Ese es mi deber, repuso el médico: no necesita usted recomendármelo.

Y volvió á estudiar al enfermo con una mirada. Luego continuó su visita.

Poco despues Felipe exhaló un gemido y abrió los ojos.

Sus apagadas pupilas despidieron una mirada incierta, girando á una y otra parte con precipitacion dentro de sus órbitas.

Sus labios, secos y agitados por la calentura, se movieron como si sostuviera consigo mismo una conversacion.

De vez en cuando alguna palabra confusa se escapaba de su boca.

El señor Juan y Lorenzo le contemplaban silenciosos y demostrando en sus semblantes el conmovido estado de sus espíritus.

—¡Ese hombre!... ¡Andrea!... ¡eso no es justo!... ¡no, no!... ¡Polviany, Polviany!... ¡Oh! ¡pobre cabeza mia!...

Y Felipe cerraba los ojos, exhalando un gemido de dolor.

—Está visto, murmuró en voz baja el señor Juan: esto durará mucho, y lo peor de todo va á ser que se cumpla el pronóstico del médico.

—¡Loco! ¡pobre Felipe!

—¡Sí, loco! ¡pobre Francisco! ¡pobre hermano mio!

El herido prorumpió en una de esas carcajadas débiles, nerviosas, que enfrian la sangre.

Lorenzo y su padre se dirigieron una mirada de inteligencia.

No se atrevian á hablar; pero las lágrimas, ese mudo y elocuente lenguaje de las almas, asomaron á sus ojos.

—He observado, dijo el señor Juan, que Felipe en sus delirios pronuncia muchas veces el nombre de Polviany: ¿qué diablos tendrá que ver aquel buen señor que enterró en el retamar la caja de hierro, por fortuna nuestra?

Lorenzo se encogió de hombros, porque lo mismo que á su padre estrañaba la repeticion de aquel apellido en la boca de su primo Felipe.

Mientras tanto, seguian de período en período los delirios del enfermo.

CAPITULO IX.

DONDE EL CONDE DE VILLAFORT ENCUENTRA LO QUE BUSCA.

Cuando don Leandro abandonó la habitacion del conde de Villafort, quedóse este por algunos momentos abismado en sus reflexiones.

La escena que describimos y que indudablemente recordarán nuestros lectores, habia interesado vivamente el corazon del noble anciano.

Por último, estendió la mano hasta tocar un timbre, y no tardó mucho en presentarse un criado.

—Escucha, Bautista, dijo el conde dirigiéndose á su servidor con una familiaridad que demostraba la confianza que en él tenía: voy á darte una de esas comisiones delicadas, porque sé que nada te arredra cuando se trata de servirme.

—El señor puede mandar todo aquello que tenga por conveniente: en la casa he nacido, y no deseo otra cosa que morir en ella sirviendo al señor conde.

—Lo sé, Bautista, lo sé; y por lo mismo no tengo secretos para tí.

Bautista, que era un hombre entrado en edad, se inclinó esperando las órdenes de su amo.

—Mi hijo ha cometido una nueva locura, pero mas trascendental que otras muchas que le he perdonando, por desgracia. Comprendo aunque tarde que es imposible corregirle, pero deseo en parte remediar el mal que causa.

—Eso es muy justo, señor.

—Por lo mismo, necesito que te enteres inmediatamente en qué nueva madriguera ha ocultado mi hijo á una jóven que segun parece robó ayer de casa de su padre. Indudablemente en esta intriga debe hallarse mezclada aquella mujer de la calle del Olmo, adonde trasladaste algunos cuadros y algunos muebles de Arturo.

—Sí, sí, ya sé; y creo que no va el señor desacertado.

—Para saber la verdad puedes emplear la dádiva ó la amenaza; te autorizo á todo, y salgo garante de cuanto te se ocurra hacer.

—Con tan ámplios poderes, algo se puede lograr.

—Los tienes del modo que te plazca, ó por mejor decir, del modo que te convenga.

—Entonces, manos á la obra. Voy ahora mismo á comenzar las diligencias.

—Sí, no perdamos el tiempo. Tengo ganas de saber si la jóven que nos ocupa es digna de mi proteccion, de mi aprecio. Vé y no tardes: recuerda que te estoy esperando.

Bautista era un viejo astuto, de esos que saben medir las palabras, que hablan con oportunidad, que callan cuando con-

viene. Ademas, tenia por escudo al conde de Villafort, uno de los hombres mas ricos y mas bien relacionados de Madrid.

Con esta confianza se dirigió á la calle del Olmo, donde tuvo una conferencia con Pepita.

La hija de doña Aldonza al principio se mostró algo rehacia, negándose á revelar lo que sabia.

—Debo advertir á usted, señorita, le dijo Bautista, que yo soy el criado de confianza del señor conde de Villafort, y que el señor conde de Villafort es una persona bastante influyente en Madrid para dar á usted un disgusto grave si se niega á servirle.

—Pero tenga usted en cuenta que yo no puedo revelar secretos que no me pertenecen, contestó Pepita.

—Cierto; pero como aquí debemos dejar á un lado el deber, porque se falta muchas veces á él, y como las cuestiones de conciencia son bastante dudosas tratándose de una mujer que ha tenido parte, y no poca, en la perdicion de la jóven que nos ocupa, creo, y usted dispensará la franqueza, que lo mas conveniente es que me diga usted la verdad.

Procuró Pepita resistir por algunos segundos, pero la frialdad, la lógica y las amenazas de Bautista, acabaron por convencerla, y entonces reveló que la tórtola fugitiva se hallaba en una casa de la calle del Espíritu Santo; y con esto y alguno que otro dato no menos interesante, Bautista pudo regresar á casa de su señor, satisfecho del buen desempeño de su comision.

El conde, que no habia visto á su hijo desde el dia anterior, mandó que engancharan la berlina, y poco despues llamaba en la puerta del ignorado nido en donde se refugiaba Andrea.

Vicenta, que como dijo Daniel en otra ocasion, era una mujer tan dispuesta para un fregado como para un barrido, fué la que se presentó delante del señor conde, cerrándole la entrada con su cuerpo.

—¿Qué se ofrece? preguntó con cierto desparpajo.

—No estoy para perder el tiempo. Soy el conde de Villafort, y vengo á ver á la señorita Andrea.

Este nombre anonadó á Vicenta, y don Pedro, aprovechándose de la ocasion, entró en la casa, cruzó un pasillo, hallándose poco despues en una salita elegantemente amueblada.

Andrea estaba allí junto al balcon, con un libro en la mano, y mirando con asombro al conde.

Vestia una sencilla bata de seda de color de perla, y un boá blanco como el cuello de un cisne rodeaba su garganta.

Aquel traje sencillo y elegante realzaba su hermosura.

El conde se detuvo, fijando una mirada llena de interés en Andrea.

—Ante todo, señorita, pido á usted perdon por la brusca manera con que acabo de presentarme; pero indudablemente usted es la jóven á quien busco. ¿Se llama usted Andrea?

—Sí, caballero, contestó la jóven absorta y confundida.

—Pues bien, yo soy el conde de Villafort, el padre de Arturo.

Andrea exhaló un grito, dejando caer el libro de las manos.

—Ruego á usted que no se sobresalte, repuso el conde avanzando algunos pasos. Por su bien vengo á esta casa. Soy padre, y me interesan vivamente las desgracias de aquel á quien usted debe el sér y cuyo dolor, cuya inmensa pena, han conmovido mi corazon.

Andrea no supo qué responder.

Ocultó el rostro con las manos, porque la presencia del conde y las palabras que acababa de pronunciar le avergonzaban.

Don Pedro dió algunos pasos hasta colocarse al lado de Andrea, y despues de contemplarla con dolorosa actitud un breve instante, la dijo, empleando una de esas entonaciones que inspiran confianza:

—No oculte usted su bello rostro, hija mia; tenga usted en mí mas confianza. Me basta ver su dolor para comprender que ha sido mas confiada que culpable.

Andrea levantó la cabeza.

Sus hermosos ojos, henchidos de lágrimas, se fijaron dulcemente en aquel anciano que tan tiernas y consoladoras palabras acababa de pronunciar.

En aquel instante pensó si Arturo habria calumniado á su padre, ó si todo lo que acababa de oir seria fingido.

¿Era aquel el orgulloso noble que, escudado con sus rancios pergaminos, exigia á su hijo que buscara una esposa á la altura de su rango?

Arturo, al menos, así se lo habia dicho; pero las palabras de su padre acababan de desmentirle.

El conde, comprendiendo todas las dudas, todos los temores que sobresaltaban en aquel momento el corazon de aquella mujer, se sentó á su lado, y cogiendo cariñosamente una de sus manos, le dijo:

—Ruego á usted, hija mia, que no me tenga miedo. Su padre no hace mucho vino á mi casa á revelarme que usted se habia fugado con mi hijo Arturo. Veamos, pues, si esta falta, muy grave por cierto, puede tener aún remedio.

Andrea por única respuesta depositó un beso respetuoso en la mano del conde, y continuó vertiendo un mar de lágrimas.

Esto enterneció á don Pedro.

—Vamos á ver, hija mia; dejemos las lágrimas, que de nada pueden servirnos en esta ocasion, y hablemos como dos personas sensatas.

—¡Ah, señor conde! ¡qué puedo hacer yo sino llorar! Todos los dolores, todas las amarguras que mi conducta causan á mi padre, serán siempre otras tantas heridas abiertas en mi corazon.

—Si usted comprendia el daño, ¿por qué no procuró evitarlo?

—Confieso mi debilidad: no pude resistir á los ruegos de Arturo.

—¡Siempre lo mismo!

—Además ¿para qué ocultarlo! el vizconde de Villafort era dueño de mi honor, yo no podia hacer otra cosa que resignarme, que obedecer.

—¡Siempre la seduccion! murmuró el conde con reconcentrado acento. Hé aquí en lo que emplean el tiempo la mayor parte de aquéllos jóvenes á quienes sus padres procuraron una fortuna que les libra del trabajo.

Y el conde, exhalando un suspiro, continuó dirigiendo la palabra de este modo á Andrea:

—Con que es decir que el vizconde de Villafort habia seducido á usted?

Andrea se cubrió el rostro con las manos.

La vergüenza enmudeció sus labios.

—Para lograr esa infame victoria arrancada á su virtud, á su pudor, Arturo haria á usted indudablemente grandes promesas.

—Me ofreció llamarme su esposa tan pronto como se lo permitieran ciertos asuntos de familia.

—¡Ah! perfectamente. No tendria nada de estraño que Arturo pusiera á su padre como obstáculo en el cumplimiento de esa promesa.

—Yo confio en la palabra del señor vizconde de Villafort y puedo asegurar á usted, caballero, que estas lágrimas que vierto, este pesar que me aflige, no es por el temor de que no me cumpla su promesa; pero mi padre, que tantas veces me ha probado su paternal amor, mi padre, que se creia feliz viéndome á su lado... ¡Ah! soy una infame. Dios me castigará.

Y las lágrimas se sucedian unas en pos de otras en los ojos de Andrea.

El conde comprendió que aquella jóven era mas desgraciada que culpable.

En sus palabras revelaba la sinceridad de un corazon arrepentido á quien el amor habia hecho que faltara á todos sus deberes.

Así es que resuelto á erigirse en protector de aquella jóven desvalida cuyo rostro bello, cuyos ojos llorosos, cuya frente humilde y tímida le revelaban que habia sido engañada por las falsas promesas de su hijo, le habló de este modo:

—Respóndame usted, hija mia, con la sinceridad de un corazon que rechaza la mentira, que está dispuesto á no disculparse en lo mas mínimo ante el hombre que la interroga.

—Juro á usted, caballero, que sus palabras han causado

tanto bien á mi agitado espíritu, que mis labios no se han de manchar con la mentira.

—Eso precisamente es lo que deseo.

Y el conde, observando que Andrea permanecia inquieta y azorada, continuó de esta manera:

—Ruego que se tranquilice; ya creo haberla dicho, y si no lo repito ahora, que vengo dispuesto á ser su defensor. Si mi hijo es culpable, solo encontrará en mí un juez inflexible. Vamos á ver: ¿con qué condiciones ha abandonado usted su hogar? ¿Qué causa ha podido decidirla para dejar á su padre?

Andrea pareció ruborizarse al escuchar estas preguntas del conde.

Para responder de la manera que se le exigia era preciso contarlo todo, y hay verdades que siempre repugnan á una jóven, sobre todo cuando se halla en la precision de decirlas ella misma.

Pero el conde esperaba.

Para tenerle como defensor en su causa, para contar con un aliado tan poderoso, era preciso acceder á su deseo.

Andrea hizo un esfuerzo y comenzó de esta manera:

CAPITULO X.

EN DONDE ANDREA CONCIBE UNA ESPERANZA.

—Yo vivia contenta y feliz en mi humilde hogar, ignorando esos poderosos efectos que causa al alma el amor, cuando una mañana vi por primera vez al vizconde de Villafort.

Una vecina nuestra que se habia introducido en casa fingiendo una amistad que no podia sentir su alma pervertida, pronunció el nombre de Arturo en mis oidos por la vez primera.

Cierto dia llegó con una comision de su hijo de usted: la de hacer mi retrato.

Accedí, colocándome todas las mañanas asomada á una ventana desde donde podia servir de modelo para el cuadro que pintaba Arturo.

Estas entrevistas mudas, silenciosas, en que no cambiamos otro lenguaje que el de los ojos, comenzaron á causarme un efecto hasta entonces desconocido para mí.

Debo advertir al señor conde que yo era la prometida esposa de un jóven, modesto estudiante que vivia en una de las buhardillas de mi casa; pero debo decir asímismo, que el amor de este jóven no impresionaba vivamente mi corazon.

Le queria mas bien como á un amigo que como á un amante.

El vizconde de Villafort vino á interponerse entre nosotros.

La primera vez que nos acercamos, la primera vez que sus palabras resonaron en mis oidos, cuando de sus labios brotaron ofrecimientos demostrándome el amor que por mí sentia, comprendí que solo entonces amaba.

Luego trascurrió el tiempo.

Arturo logró interesar tan vivamente mi alma, y además, mi vecina me referia tantas cosas del vizconde, me hacia entrever un porvenir tan risueño, tan encantador, tan poético, que accediendo á sus ruegos, asistí por primera vez de mi vida á un baile de máscaras.

Allí estaba Arturo.

El recuerdo de aquella noche no podrá borrarse jamás de mi memoria.

La fatalidad hizo que Felipe, pues este era el nombre del jóven estudiante que habia pretendido mi mano, apareciera de pronto en el baile, y afeando la conducta de Andrea y Pepita, promovió un escándalo que estábamos muy lejos de esperar.

Este escándalo dió por resultado un desafío en el cual llevó la mejor parte Arturo.

Desde este momento no fuí dueña de mí, no supe lo que me pasaba.

Arturo, por mi amor, habia herido de muerte á Felipe.

Me ponderaron los peligros que corria.

Me dijeron que era preciso huir de España, porque la justicia seguia sus pasos.

Temí por él, porque le amaba con todo mi corazon.

Creia sus palabras, porque su recuerdo llenaba por completo mi alma.

Volvimos á vernos en casa de Pepita.

Arturo, con las lágrimas en los ojos, me dijo que iba á separarse de mí, tal vez para siempre.

Aturdida con esta nueva que estaba lejos de esperar, se ofuscó mi razon, se oscureció la luz de mis ojos, y caí desvanecida en sus brazos.

Desde este momento, señor conde, no me pertenezco.

Arturo, dueño de mi honor y de mi voluntad, me propuso poco despues que abandonara la casa paterna para seguirle.

Me resigné, aunque afligida por causar á mi padre tan terrible pena.

Las lágrimas, que desde entonces no se han secado de mis ojos, prueban mi dolor, mi arrepentimiento.

Mi suerte está fijada: mi felicidad ó desgracia depende de la conducta que observe conmigo el vizconde de Villafort.

Andrea se detuvo é inclinó la cabeza sobre el pecho, como si aquella revelacion la abrumara con su peso.

El conde no habia apartado de la jóven sus ojos ni habia dicho una palabra: parecia estudiar hasta el menor movimiento de aquel rostro triste y compungido que tenia delante.

—Creo, hija mia, dijo don Pedro, que acaba usted de decirme la verdad; pero creo asimismo que no me lo ha revelado todo.

Andrea miró al conde como si no comprendiera sus palabras.

—Me esplicaré, repusó don Pedro: cuando una jóven se decide á abandonar su casa y su familia, es indudablemente porque el hombre que la ha obligado á dar este paso arriesgado le hace grandes ofrecimientos. Supongo que esto mismo habrá sucedido con Arturo.

—¡Ah, sí! ¿para qué negarlo? Arturo me ha ofrecido que algun dia será mi esposo.

—Perfectamente; y es muy probable que para disculpar el retraso de esta boda, haya mezclado el nombre de su padre.

Andrea volvió á inclinar la cabeza, avergonzada.

Respondiendo á esta pregunta establecia entre el padre y el hijo un gérmen de disgustos.

—Sea usted franca conmigo: ¿es cierto que Arturo mezcló mi nombre para dar treguas á esa boda?

—Arturo, señor conde, siempre ha hablado de usted con el respeto debido. ¡Oh! ama á su padre como un buen hijo. Viéndome pobre, con un nombre humilde, ha creido por lo menos que el noble conde de Villafort opondria algun obstáculo á esta union.

—Arturo me ha calumniado, dijo con gravedad don Pedro, y una prueba de ello es que yo le dejo en entera libertad para que conduzca á usted mañana, si así quiere, á los piés de un sacerdote, y le devuelva, llamándola su esposa, el honor que villanamente le ha quitado.

Andrea exhaló un grito de gozo.

—¿Es cierto lo que oigo? esclamó.

—¿Y por qué no lo ha de ser, hija mia? Puede usted parti-

cipárselo á mi hijo: puede usted contar con mi consentimiento.

Andrea, no pudiendo contener la alegría que esperimentaba en aquel instante, cayó arrodillada á los piés del conde, y apoderándose de sus manos, las cubrió de besos y lágrimas.

Don Pedro contempló un momento á la jóven que se hallaba á sus piés.

Una sonrisa llena de ternura entreabrió sus labios, mientras una duda asaltaba su corazon.

—¡Pobre jóven! se dijo hablando consigo mismo: su destino es llorar eternamente. Arturo no la cumplirá su promesa; pero no soy yo el que debo abrir tan terrible herida en su corazon: me basta con que ella crea que hay en mi alma bastante nobleza para compadecerme de su infortunio, y que los blasones, los títulos que se heredan, siempre he sabido mirarlos con desprecio. Despues de todo, me gustaria que ese calavera de Arturo tuviera en bastante su decoro para hacer la felicidad de esta pobre muchacha.

Y luego, alzando la voz, continuó:

—Vamos, serénese usted; y puesto que el único obstáculo que se oponia á su dicha consiste en mí, segun acaba de decirme, puede usted creerse una mujer feliz. Arturo tendrá mi consentimiento: las puertas de mi casa se abrirán para recibir á su jóven esposa.

—¡Ah! es usted el mejor de los hombres, esclamó Andrea. Ahora nada temo: ahora me dice mi corazon que aún renacerá la dicha en mi pecho, que aún podré estrechar entre mis brazos á mi querido padre, que aún podré alzar mi frente con la tranquila serenidad de la mujer honrada.

—Dios lo quiera, murmuró don Pedro.

—¡Cómo! ¿Duda usted?

—Demos tiempo al tiempo. Ahora, voy á dejar á usted sola: supongo que Arturo vendrá á verla. Háblele usted, no le oculte usted nada de esta entrevista, y dígale que yo le espero en mi casa para darle ese consentimiento del cual depende su felicidad.

Y el conde, al terminar estas palabras, se levantó.

Andrea quiso detenerle.

—Es preciso que mi hijo no me encuéntre aquí. De este modo tendrán ustedes mas libertad para tratar de un asunto que tanto les interesa. Adios, hija mia: resulte lo que resulte, no olvide usted nunca que tiene en el conde de Villafort un amigo que no se avergonzará si algun dia le llama usted su padre.

Andrea besó nuevamente las manos del conde.

Las palabras de aquel anciano habian derramado en su alma un contento inesplicable, una felicidad inmensa: se creyó dichosa.

Poco despues, al encontrarse sola, lloró, pero con esas lágrimas dulces, consoladoras, que desahogan el corazon de un gran peso.

Esperaba á Arturo.

Creia en sus promesas, y ya para ella se presentaba el horizonte sin nubes, y el cielo de sus ilusiones poetizado con todos los colores de la esperanza.

A la caida de la tarde, Arturo se presentó en casa de Andrea.

La jóven salió á su encuentro, sin poder contener la alegría.

—Soy muy feliz, Arturo, mucho. Tengo una buena noticia que darte.

—¡Que me place! contestó Arturo demostrando cierto cansancio y dejándose caer sobre el sofá.

Andrea apoyó los brazos ligeramente sobre el hombro de su amante, y dirigiéndole una de esas miradas que perfuman el alma, le dijo con dulce y melodiosa voz:

—¿A que no aciertas quién ha venido hoy á verme?

—¿A verte?

—Sí, á verme. ¿Qué te estraña?

—Solo una persona conoce tu paradero: Daniel.

—Pues no es Daniel.

—¡Ah, ya caigo! repuso Arturo con un movimiento de indiferencia: habrá sido Pepita.

—Tampoco es Pepita.

—Entonces no acierto...

—Pues voy á decírtelo, pero comienza por admirarte. El que ha venido á visitarme es nada menos que el conde de Villafort.

Arturo se irguió, demostrando el efecto que aquella noticia le causaba.

Hubiera sospechado de todos sus amigos, pero estaba muy lejos de creer que su padre frecuentara aquella casa.

—¿Sabes que lo que me dices me asombra?

—¡Oh! ¡ya lo creo! Cuando vi entrar en esta sala un caballero sin anunciarse, y me dijo nada menos que era el conde de Villafort, puedes imaginarte mi asombro. Pero este asombro no tardó mucho en desvanecerse, porque en vez de un padre cruel y tirano, de un hombre en cuya boca esperaba oir re-

convenciones y amenazas, me encontré con la persona mas buena, mas amable del mundo.

—¡A ver! ¡á ver! ten la bondad de esplicarme todo eso.

—Es muy sencillo: tu padre ha venido; ignoro quién le ha dicho dónde vivia, pero lo cierto es que estuvo aquí, y que me ha ofrecido su proteccion.

—¡Su proteccion! ¿Y en qué sentido? ¡Diantre! Seria gracioso que el noble autor de mis dias, á pesar de sus años y sus canas, pretendiera robarme tu corazon.

—Arturo, estás ofendiendo á tu padre.

—¡Hola! ¿Te pones grave?

—No; pero me estrañan tus palabras. Tu padre ha venido á esta casa á concederme su consentimiento para nuestra union.

—Eso no es posible.

—¿Qué ventajas me reportaria á mí engañarte? Además, él te espera en su casa, y podrá decirte si es verdad lo que acabas de oir.

Arturo pareció aturdirse ante aquella revelacion.

Hasta entonces su padre habia sido la valla interpuesta ante él y Andrea.

Esa valla, segun acababa de oir, habia desaparecido.

El vizconde buscó rápidamente en su imaginacion por qué su padre habia dado semejante paso.

Desde aquel instante, los ataques, las reclamaciones de Andrea, debian tomar mayor cuerpo.

Era preciso, pues, ponerse á la defensa; era indispensable buscar la manera de vindicarse ante su amada.

Así es que, afectando una serenidad que estaba bien lejos de sentir, repuso de este modo:

—Creo que mi padre ha venido solamente á sondear tu corazon. Le conozco lo bastante para creer que no son sinceras las promesas que te ha hecho.

El vizconde de Villafort ofendia nuevamente á su padre. Para aquel jóven de alma pervertida, de corazon perverso, no existian los vínculos.

Puesto su padre ante un deseo que él pensara satisfacer, no hubiera vacilado en atropellarlo.

Por primera vez asomó la duda en la mente de Andrea.

Fijó sus hermosos ojos en el rostro de Arturo, como deseando leer en su alma.

Recordaba las palabras del conde de Villafort, su semblante lleno de bondad, sus venerables canas, y no podia creer que sus promesas fuesen solamente una comedia, un pretesto para apoderarse de su secreto.

—No, Arturo, no: las palabras que hace poco me ha dirigido tu padre, eran verdaderas, brotaban del corazon. Yo te lo ruego, yo te lo suplico; vé á verle, y que termine de una vez esta inquietud que me atormenta. Recuerda al pobre anciano á quien he dejado abandonado.

—Sea como quieras, repuso Arturo levantándose, iré á ver á mi padre; pero te ruego que no formes sobre esta entrevista grandes ilusiones: por mi parte, nada espero.

—Pues bien, yo lo espero todo.

—Te doy las gracias en nombre del conde de Villafort, por la confianza que te inspira.

Arturo pronunció estas palabras en son de burla.

Andrea se quedó mirando á su amante con marcada espresion de asombro.

—¿Seria posible que me hubiera engañado? ¿Llega hasta tal punto la perversidad de los hombres? ¡Oh! no, no es posible. Hay algo en las palabras que encierran la verdad que penetra en los corazones, que no puede confundirse con la mentira.

—En fin, pronto saldremos de dudas. Voy á ver á mi padre.

—Te espero con impaciencia.

—Volveré tan pronto como pueda.

Y el vizconde de Villafort se separó de Andrea.

CAPITULO XI.

DONDE SE VERÁ QUE NO TODOS LOS HIJOS COMPRENDEN LO QUE SE DEBE Á LOS PADRES.

Aquella misma tarde Arturo entró en la habitacion de su padre.

—Te estaba esperando, le dijo el conde.

—Lo sé: por eso he venido.

—Siéntate: tenemos que hablar.

Arturo se dejó caer en una butaca, y tomando una de esas posturas impertinentes, encendió un cigarro como el que desea aburrirse menos, y dijo:

—Comienza el sermon cuando quieras.

El conde dirigió una mirada compasiva á su hijo, pues conociendo su carácter y su vicioso corazon, se prometia muy poco de aquella entrevista:

—Arturo, dijo con una entonacion dulce y grave á la par: acabas de cometer una nueva locura que no sé si calificar de infamia, un criminal deseo, un triunfo momentáneo, ocasion

muchas veces la desgracia de una mujer, de una familia entera. Tú has engañado á una jóven: yo quiero, pues, que repares por completo el daño que la has hecho.

—Ten la bondad de indicarme el modo, repuso Arturo mirando con cierta desfachatez á su padre.

—Es muy sencillo: casándote con ella. Eres mayor de edad; puedes disponer de la parte que te corresponde de tu patrimonio.

—¡Casarme! ¿Estás loco? Soy muy jóven todavía para entrar en esa hermandad de los hombres graves.

—Has cumplido veinticinco años, has hecho una promesa sagrada, y quiero que la cumplas.

—Verdaderamente me voy convenciendo que eres el modelo de los padres. Otro en tu lugar me hubiera amenazado con su maldicion, y tú me aconsejas que me case. No puedo menos de admirar tu honradez, tu abnegacion. Pero ¡qué quieres! el matrimonio es una cosa que me asusta. Déjame, pues, vivir á mi modo: demos tiempo al tiempo; con las canas nacerá en mi cerebro la reflexion, y entonces, ¿quién sabe si lo que ahora me asusta me halagará hasta el punto de decidirme á cargar con la cruz del matrimonio?

—¿Luego esa jóven que has robado de su hogar, ese padre infeliz á quien le arrancaste la prenda mas querida de su alma, no te dicen nada? ¿No sientes en tu pecho esa voz recóndita del remordimiento?

—Si he de serte franco, no siento nada de eso. En cuanto á la jóven que nos ocupa, descuida, es cuenta mia; nada ha de faltarle, porque despues de todo, el cambio que ha esperimentado no puede serle sino muy lisonjero. Tiene una bonita casa

mucho mas bella, mas elegante que la que antes poseia; tiene trajes á la moda, y cubiertas todas sus necesidades con un lujo para ella desconocido. Si mañana desaparecen de su corazon todas esas inquietudes que hoy la martirizan, pondré á sus órdenes un bonito carruaje y un palco en el teatro de la Ópera: en una palabra, vivirá como corresponde á mi querida; pero hacerla mi esposa... ¡Oh! en cuanto á eso, es preciso que pase mucha agua por el rio Manzanares.

—Está bien: conozco, aunque tarde, que no se enderezan los árboles cuando han llegado á su completo desarrollo; pero nada podrá obligarme á que yo, tolerando tus vicios, me haga cómplice de tus acciones. Rechaza la mano de Andrea despues de haberla deshonrado, retira una promesa doblemente sagrada porque se hizo ante el honor de una jóven desvalida, sigue tu camino: dia llegará en que las lágrimas del arrepentimiento broten de tus ojos, en que el grito de la conciencia turbe tu sueño. Desde mañana viviremos separados; te entregaré la mitad de mi fortuna: puedes hacer de ella lo que gustes. Yo soy viejo, y poco ó nada me seducen las riquezas. Partiré á Roma, en donde espero terminar mis dias junto al venerable sacerdote cuyas máximas y consejos tan poco has aprovechado.

—¿Y qué diablo vas á hacer lejos de tu hijo? preguntó Arturo, á quien habian hecho poca mella las palabras de su padre.

—Lamentar tus estravíos.

—¡Bah! tú no puedes vivir sin verme.

—Estás en un error: si hasta hoy he tolerado tus calaveradas, estoy firmemente resuelto á cambiar de conducta. Mañana nos separaremos para no volvernos á reunir jamás.

—Pero eso es una crueldad sin ejemplo.

—Arturo, no te concedo ningun derecho para que tomes en son de burla una resolucion que, si bien no me disculpa de mis pasadas condescendencias, me libra en cambio de presenciar tus presentes, tus futuros errores.

—Es decir que tú me crees incorregible.

—Sí.

—Vamos, estás hecho esta tarde un padre de melodrama, y como comprendo que nada lograria de tí en estos momentos, voy á dejarte con la dulce esperanza de que mañana habrás cambiado de parecer.

—Solo podrá detenerme á tu lado el que te decidieras á tomar por esposa á esa jóven cuyo honor arrebataste.

—Pues á ese precio, me parece que será difícil que nos entendamos.

—Entonces es prueba de que no la amas.

—Poco á poco: el amor es una cosa y el matrimonio otra.

—¡Arturo!

—Digo, yo al menos lo creo así.

—Terminemos esta discusion que me humilla y avergüenza.

—Como quieras; pero ten entendido que no habrá una persona sensata que no juzgue de ridiculez tu conducta.

—Siempre me he regido por mi conciencia: me importa poco ó nada el parecer de los demás. Si mañana no accedes á mis deseos, si mañana no puedo correr al lado de ese padre infeliz diciéndole «mi hijo está dispuesto á lavar el honor de tu hija,» no lo dudes, partiré. Ahora, hemos terminado.

Y el conde de Villafort indicó con un ademan la puerta á su hijo.

Arturo se encogió de hombros, sacudió la ceniza del cigarro en el borde de la chimenea, y levantándose dijo:

—Sea como quieras.

Despues salió de la habitacion.

El conde al verse solo se llevó las manos á los ojos para enjugarse una lágrima; acababa de comprender que el corazon de su hijo estaba seco, que ni una sola virtud se albergaba en su alma.

—¡Dios me castiga! murmuró en voz baja: ¡Dios me castiga! Ahora qué siento el frio de las canas sobre mi cabeza, ahora que mi paso vacilante toca el término del viaje de la vida, ahora que se inclina mi frente cargada por los años en busca de la fosa, última morada de la criatura, recojo el fruto de una educacion lamentable. Yo hubiera podido hacer de Arturo un hombre de provecho, atendiendo los consejos de mi venerable amigo fray Natalio de la Concepcion, pero entonces pensaba de otro modo; le veia jóven, hermoso, arrogante, y le dije: Goza del mundo, disfruta de las ventajas que puede proporcionarte mi fortuna y mi nombre. Débil arroyuelo entonces, hubiera sido fácil dirigir su curso; hoy, torrente desbordado, no me queda otro recurso que llorar sus estravíos, que lamentar mi condescendencia y dejar que se precipite en el inmundo fango del vicio.

Y el conde, alzando los ojos al cielo en la mas completa manifestacion de su dolor, como si esperára del que rige el universo lo que creia imposible encontrar en la tierra, volvió á decir:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡toca por fin en el corazon de mi hijo! ¡deten su paso! ¡ilumina su corazon! Haz que vuelva á

mí; porque despues de todo, ¿qué voy á hacer en el mundo, viejo tronco carcomido, separado del jóven retoño cuya sombra me reanimaba?

Luego volvió á quedar inmóvil, taciturno, pensativo.

Sus ojos, vertiendo un mar de lágrimas; su frente, triste é inclinada por el dolor; sus labios, trémulos y entreabiertos por la agonía.

Así trascurrió una hora, y luego otra, y otra por fin.

La noche iba estendiendo el misterio de sus sombras por el espacio, sin que don Pedro se hubiera apercibido de ello.

El honrado, el leal Bautista, estrañándole el largo silencio de su amo, entró en la habitacion.

Allí reinaba una oscuridad completa.

Pero el conde, que oyó ruido de pasos, dijo sobresaltado:

—¿Quién va?

—Soy yo, señor, yo: Bautista.

—¿Qué quieres?

—Nada, pero estrañándome que el señor no pidiera luz, he venido...

—Puedes retirarte; quiero estar solo.

—Pero ¿entro una luz?

—Haz lo que quieras.

Bautista salió, volviendo á entrar á los pocos momentos.

Dejó una lámpara sobre el mármol de la chimenea, y observando entonces la dolorosa actitud de su amo, no pudo contener esta preguuta:

—¡Qué es eso, señor! ¿está usted llorando?

—Sí, Bautista, sí; lloro lágrimas que escaldan mis mejillas: esclamó el conde como si en aquel momento quisiera desaho-

gar su corazon en el seno de su leal criado. Conozco que este llanto es inútil, infructuoso; pero ¿quién puede contener los gritos de una conciencia cuando acusa? ¿Quién es capaz de acallar la voz del remordimiento, cuando se levanta en el fondo de su corazon? He sido muy culpable y ahora recojo el fruto. Es justo... muy justo...

Y de repente el conde de Villafort levantó la cabeza con altivez, y mirando de hito en hito á Bautista, volvió á decir:

—No está muy lejos el dia en que reciba el premio de su lamentable educacion. Partiré, partiré mañana, lejos, muy lejos de él.

Bautista le miraba.

No se atrevia sin embargo á dirigirle la palabra.

El venerable rostro de su amo le manifestaba que su corazon, su cerebro, mantenian una de esas luchas terribles en que el hombre apenas puede dominarse.

¿Qué habia pasado allí? ¿Por qué hablaba de aquel modo? Aquellas palabras ¿eran dictadas por la razon ó por la demencia?

El pobre Bautista amaba á su amo con la lealtad del perro.

Hubiera sacrificado por él la existencia: hubiera dejado inutilizarse un miembro de su cuerpo por evitarle el menor disgusto.

Don Pedro mientras tanto continuaba sus paseos gesticulando, y con todos esos ademanes de una imaginacion exaltada, de un cerebro enfermo.

Bautista no pudo contenerse, y esclamó:

—¡Pero, señor, yo no entiendo una palabra! ¡Usted va á volverse loco! ¿Qué pasa aquí?

Estas preguntas hicieron comprender al conde que debia serenarse.

—Tienes razon, dijo: me he dejado llevar por el despecho que me dominaba, pero procuraré serenarme. Ahora, deseo saber si estás dispuesto á seguirme.

—¡Vaya una pregunta! hasta el fin del mundo, señor. Yo solo saldria de esta casa cuando usted, creyendo insuficientes mis servicios, me despidiera.

—Eso no sucederá nunca, pero tal vez mañana saldré de Madrid: pienso dirigirme á Roma.

—¿A Roma? ¡un viaje en mitad del invierno! Eso es una imprudencia, señor.

El conde dirigió una mirada espresiva á Bautista, y colocando familiarmente una mano sobre el hombro de su criado, repuso de este modo:

—Voy á separarme para siempre de mi hijo.

Bautista se quedó contemplando á su amo con asombro.

—Veo que te estraña esta resolucion.

—Ya lo creo, señor; tanto, que me parece imposible.

—Pues no lo es.

—Pero para eso se necesita que haya sucedido una cosa muy grave.

—¡Ay amigo mio! Arturo es incorregible. Esta separacion es inevitable; pero ya lo sabrás todo. Ahora, dame el baston y el sombrero.

—¿Va usted á salir?

—Sí.

—¿Se manda enganchar?

—No: iré á pié.

—¿Solo? volvió á preguntar con interés Bautista.

—No temas, volveré pronto. Espérame en esta misma habitacion, pues tal vez á mi regreso te necesite.

Bautista acompañó al conde hasta la escalera. Cuando se quedó solo, se dijo hablando consigo mismo:

—Indudablemente el señorito tendrá mal fin. Si esto ha de suceder, Dios me quite la vida antes para que no vea el dolor de mi pobre amo.

CAPITULO XII.

UN VERDADERO NOBLE.

El conde se dirigió á la calle del Olmo.

Antes de abandonar Madrid para siempre, habia resuelto tener una entrevista con aquel desgraciado padre qne tan vivamente interesara su corazon.

Al llegar á la casa de la calle del Olmo que ya conocen nuestros lectores, pues en ella han tenido lugar varias escenas de la presente novela, el conde, que ignoraba cuál era la habitacion de don Leandro, se detuvo en la portería y preguntó:

—Diga usted, señora: ¿no vive en esta casa un caballero de mi edad, poco mas ó menos, que tiene una hija llamada Andrea?

—¡Ah, sí, don Leandro!... en el cuarto tercero de la izquierda.

—¿Está en casa?

—¡Ya lo creo! hace tres dias que no se levanta de la cama.

El pobrecillo parece que ha tenido uno de esos disgustos que estropean un cuerpo aunque fuese de piedra.

—¿Luego está enfermo? preguntó con marcado interés el conde.

—Así parece, aunque el médico que le asiste asegura que no son las medicinas de la botica las que pueden curarle.

—Y diga usted, buena señora: ¿podria ver á don Leandro?

—El pobre vive completamente solo desde aquella noche que su pícara hija se fué con un cortejo y le dejó solitario como á un hongo. Los vecinos de enfrente, que son unos buenos sugetos, le han ofrecido trasladarle á su casa, asistirle, cuidarle; pero don Leandro se ha empeñado en permanecer aislado, no quiere ver á nadie; yo subo de vez en cuando á darle una tacita de caldo; como que aquí tengo el llavin de su casa. ¿Y si viera usted qué pena da verle? ¡Pobrecito! parte á una piedra; siempre llorando, siempre con el nombre de su hija en la boca, y siempre con los ojos fijos en el retrato de su mujer, que él mismo ha colgado de un clavo en la pared de su alcoba.

La verbosidad de la portera era tan interesante para el conde de Villafort, que no se atrevió á interrumpirla; de modo que cuando puso punto final, don Pedro le dijo:

—Señora, voy á pedir á usted un favor.

—Todos los que usted quiera, caballero, contestó la portera, á quien comenzaba á serle simpático aquel anciano, aunque no fuera mas que por el tratamiento de señora que con tanta frecuencia le daba.

—Yo quiero á don Leandro porque me parece todo un hombre de bien.

—¡Jesus! ¡ya lo creo! si hay santos en la tierra, él debe

serlo. Usted no puede figurarse lo bueno que es ese pobre señor. Mire usted, aunque él no tiene mas patrimonio que el trabajo de sus manos, no ve una desgracia sin remediarla. Puede usted creerme: lo que ha hecho su hija no tiene perdon de Dios; es una picardía.

El conde, temiendo que la portera se enjaretara otro discurso interminable, dijo precipitadamente:

—Va usted á hacerme el favor de abrirme la puerta de su casa, de acompañarme hasta su alcoba. Tengo buenas noticias que dar á ese pobre anciano.

—¡Ah! en ese caso vamos arriba.

—Un momento. Don Leandro es pobre, ¿no es verdad?

—Tan pobre como un esclaustrado cuando se toca por las calles el himno de Riego.

El conde puso en las manos de la portera algunas monedas de oro, y le dijo:

—Usted me parece una buena señora.

—Muchísimas gracias, caballero, contestó la portera mirando con un ojo las monedas que tenia en la mano y con el otro al conde.

—Yo soy rico, aprecio en todo lo que se merece á don Leandro, y deseo que no le falte nada mientras esté enfermo. Usted va á encargarse de asistirle: si durante el tiempo que permanezca en cama, le hace falta una mujer que desempeñe sus funciones de portera, la busca y la paga. Yo iré entregando á usted todo el dinero que necesite. No quiero que se escasee nada.

—Bendito sea usted, señor, esclamó la portera con la alegría del que cree hacer un buen negocio: ¡y dirán luego que

en el mundo no hay personas caritativas! Pero, vamos, vamos arriba á ver á don Leandro.

El conde siguió á la portera, que le condujo á la habitacion de don Leandro.

La alcoba del pobre músico se hallaba en la sala principal frente de la puerta.

Don Leandro, arrodillado en la cama, las manos plegadas con beatitud, se hallaba contemplando con tristes y llorosos ojos el retrato de su esposa.

Era tal su abstraccion, su arrobamiento, que no oyó el ruido de la puerta ni los pasos de los que iban á visitarle.

Una modesta lamparillá, colocada sobre la mesa de noche, alumbraba aquel recinto.

Don Leandro horriblemente pálido, con los cabellos en desórden, á medio vestir, parecia, mas que un vivo, un cadáver evocado de la fosa.

El conde, conmovido, se detuvo para contemplar un instante con dolorosa espresion aquel mártir del amor paternal, aquella víctima de la ingratitud de una hija.

—Señor don Leandro, dispense usted si venimos á interrumpirle, pero aquí hay un caballero que le quiere hablar, dijo la portera acercándose á la alcoba.

El conde permaneció enclavado en medio de la sala, sin atreverse á avanzar ni á retroceder.

Mientras tanto, el músico volvió la cabeza sin demostrar el menor asombro.

Sus ojos, apagados y enrojecidos, tenian esa inmovilidad de los que carecen de vista, víctimas de la gota serena.

—¡Ah! ¿es usted, señor conde? preguntó don Leandro de-

jándose caer en la cama, y cubriendo su desabrigado cuerpo con la colcha.

La portera abrió la boca todo cuanto pudo, al oir el tratamiento que se le daba al desconocido.

—Sí, yo soy, amigo mio, que me he tomado la libertad de venir á hacerle una visita.

—Entonces, me dispensará usted que le reciba de este modo.

—Los enfermos están siempre dispensados.

Y el conde, cogiendo una silla, fué á sentarse al lado de la cama.

—Señora Antonia, repuso con débil y desfallecido acento don Leandro: nunca me cansaré de repetir una y mil veces que le soy deudor de muchos beneficios.

—¡Bah! ¿quién piensa en eso? lo que yo quiero es que se ponga usted bueno cuanto antes.

—Sí, sí, lo sé, amiga mia; pero ahora le suplico que me deje solo con este caballero.

La portera comprendió que allí estaba de mas, pero al mismo tiempo sentia retirarse porque la curiosidad le retozaba por todo el cuerpo; sin embargo, girando sobre sus talones, salió de la habitacion para ir á ocupar su trono en la portería.

—¡Pobre amigo mio! esclamó el conde apenas se quedó solo.

—Dios tendrá piedad de mí, dijo con resignacion el músico.

—Usted sin duda no esperaria mi visita, juzgándome uno de esos nobles orgullosos que se desdeñan de tratar con todos aquellos que creen inferiores.

—No, señor conde: aunque no he tenido el honor de ver á usted mas que una sola vez, por sus palabras, por su comportamiento conmigo, comprendí que era usted un hombre justo y honrado.

—Yo agradezco infinito esa opinion que le he merecido; y me tomo la libertad de venir á su casa para hacerle un ofrecimiento.

—¿Dinero tal vez? preguntó don Leandro, sonriendo melancólicamente.

—Me juzga usted mal si cree que soy capaz de proponerle nada que le abochorne. No es el dinero el que usted necesita en estos momentos, y eso nadie puede asegurarlo como yo; pero los consuelos de la amistad son siempre útiles al desgraciado, y esos son los que yo vengo á ofrecer á usted.

Don Leandro agradeció con una mirada el ofrecimiento, y estendiendo una mano á don Pedro, repuso de este modo:

—Yo la acepto, porque ella me honra y enaltece; pero mi dolor, señor conde, es de tal naturaleza que nada puede mitigarle sobre la tierra. Deseo la soledad, porque mis ojos pueden llorar libremente; anhelo estar solo, porque mi espíritu abatido encuentra algun reposo en el aislamiento.

—¿Y si yo le ofreciera á usted con mi amistad la proteccion de un hermano? ¿si yo le dijera á Leandro: deja ese lecho y sígueme, vamos á llorar juntos los estravíos de nuestros hijos á lejanas tierras, bajo un sol estranjero, el de Italia, por ejemplo?

—Yo no aceptaria el ofrecimiento, señor conde. Por que nada podrá hacerme olvidar el agravio que me ha inferido mi hija: deseo permanecer en España. Madrid me vió nacer, Ma-

drid me verá morir. ¿Quién sabe? tal vez algun dia podrá este pobre viejo ser útil á esa desgraciada.

—¡Pero la vida de ese modo es un tormento horrible, una agonía lenta!

—El sufrimiento se ha connaturalizado conmigo. Me han bastado algunas horas de inmenso dolor, de amargura sin fin, para que formaran en mí una segunda naturaleza. No hace muchos dias pasaba yo las largas horas de las veladas de invierno escribiendo junto á aquella mesa. Ese trabajo me proporcionaba un modesto jornal, suficiente para sufragar los gastos de mi casa. Andrea estaba allí, junto al piano. Yo queria hacer de ella una profesora, una de esas artistas de cuyos dedos brota la inspiracion: ella era mi sueño dorado, mi esperanza mas querida. ¡Cuán feliz me creia entonces! ¡Cuán dulcemente trascurrian para mí las horas de trabajo! Un beso al despedirse por la noche, una sonrisa al despertar por la mañana, formaban mi mayor fortuna. Pero el genio del mal penetró traidoramente en mi morada, y su soplo agostador marchitó una por una todas mis ilusiones. ¡Andrea! ¡Andrea! ¡Que Dios derrame sobre tu frente todas las felicidades de la tierra! ¡Que Dios convierta en bien para tí todo el mal que me has hecho!

Las palabras de don Leandro tenian una entonacion solemne, casi profética.

El conde lo escuchaba con arrobamiento, porque el eco de aquella voz, que tenia algo de los patriarcas de Israel, penetraba hasta lo mas recóndito de su corazon; porque el conde era padre tambien y herido se hallaba por las ingratitudes de un rebelde hijo, é interesado se sentia en favor de aquel pobre anciano que contemplaba con veneracion.

—Pero ¿es posible que no admita usted mi ofrecimiento?

—No puedo, no debo.

—¿No podria encontrarse un medio para aminorar esa terrible pena que le consume? preguntó el conde con exaltacion creciente.

—Sí, hay uno, respondió pausadamente don Leandro.

—¿Cuál?

—Es bastante difícil, por no decir casi imposible.

—¿Cuál? ¿cuál? repitió el conde.

—Que el vizconde de Villafort dé el nombre de esposo á mi hija, y que al salir del templo se separen para no volver á unirse jamás.

Tanta dignidad, tenia absorto al conde.

Aquel anciano era su honra lo que pedia, no la fortuna ni los títulos del deshonrador.

El conde exhaló un suspiro, murmurando al mismo tiempo en voz baja:

—Sí, tiene usted razon: eso es difícil, casi imposible, tratándose de un hombre sin corazon, de un infame como mi hijo.

—Lo comprendo así, señor conde, porque á no obrar con engaño, ¿á qué ocultarme esos amores, causa del llanto que derramo, de la pena que me aflige? ¿Era yo por ventura un padre tirano? ¿Hubiera desconocido yo el poder de dos corazones que se aman, el lazo inquebrantable con que el amor une dos almas? ¡Ah! desde un principio se trató de deshonrar mis canas; desde un principio la infamia degradó la mas noble, la mas grande de las pasiones: el amor. Por eso ha concluido todo entre nosotros, por eso es imposible que la felicidad vuelva

á aposentarse en mi pecho y que mi espíritu recobre su perdida calma.

El conde comprendió que seria inútil emplear mas palabras para convencer á aquel hombre.

Habia resuelto partir al dia siguiente.

Sin embargo, sentia dejarse enfermo á don Leandro.

—Pero ya que mi hijo ha causado á usted su desgracia, ¿no tendré yo al menos la satisfaccion de serle útil en algo?

Don Leandro, agitando la cabeza con espresion dolorosa, repuso:

—Sí, aún puede usted prestarme un servicio.

—Le escucho á usted con afan.

—Ese piano no me pertenece: es de mi hija; quisiera devolvérselo juntamente con su ropa y todos los muebles de su habitacion. Yo ignoro dónde vive: no quiero saberlo; usted, señor conde, tiene criados; uno de ellos podria encargarse de devolver á Andrea lo que es suyo.

El conde ofreció cumplir al dia siguiente los deseos de don Leandro.

Por segunda vez le rogó que aceptara sus ofrecimientos, pintándole lo ventajoso que podria serle un viaje en aquellos momentos.

Don Leandro lo rehusó todo, porque le era indiferente la vida.

No pensaba en el suicidio. Cristiano de corazon, á Dios que le habia dado la existencia, le pedia que se la quitara lo mas pronto posible.

Cuando el conde salió de casa del músico, no pudo menos de murmurar en voz baja:

—¡Oh! ese hombre hubiera sido digno de figurar en los buenos tiempos de Roma entre aquellos ilustres patricios que conquistaron el mundo. Si hay en el alma de la hija algun gérmen de las virtudes de su padre, la infamia de mi hijo Arturo es incomprensible, porque dándole el nombre de esposa, honrado y muy mucho quedaria.

Y el conde se encaminó hácia su casa, cabizbajo y meditabundo.

CAPITULO XIII.

EL CONDE POLVIANY EN UNO DE LOS MOMENTOS MAS SUBLIMES DE SU VIDA.

El conde Polviany se hallaba saboreando unos filetes á lo *Chateaubriand*, y tenia al alcance de su mano, contemplando de vez en cuando con gozosos ojos una soberbia trucha á la italiana y un abundante plato de almejas á la marinera, almuerzo que pensaba engullirse tranquilamente, cuando un criado entró á anunciarle una visita.

Era Narciso de Rioalto.

—Que pase, dijo Amadeo con la boca llena y los carrillos inflados como la salúd.

Narciso se presentó en el *confortable* comedor del conde de Polviany.

—¡Hola, antropófago! dijo Rioalto descargando una palmada amistosa sobre las macizas espaldas de Amadeo, y sirviéndose al mismo tiempo una copa de *Bermout*.

—Adios, millonario feliz, contestó Amadeo acercándose la trucha hácia el pecho.

—Chico, ¿sabes que engordas por horas? El dia menos pensado nos das un disgusto.

—No me lo digas, repuso Amadeo engullendo con la gravedad de un ganso: los gordos me revientan, me horripilan, me cargan soberanamente.

—Pues tengo el sentimiento de anunciarte que antes de mucho, si no te contienes, llegarás á pesar quince arrobas, y esta sublimidad de carnes nos van á poner en la precision de que te enseñemos en la posada de los Huevos á cuatro cuartos persona mayor, y dos por los soldados y los niños.

—¡Qué barbaridad! ¿Sabes que esta trucha está deliciosa? y lo que es las almejas, envian hácia mis narices un olorcillo que están diciendo comedme.

—Te estoy observando con un gozo infinito. Tu cogote redondo y macizo reluce como el peto de un coracero, y tus mofletes tienen en este momento el color de la gula en su mas perfecta lozanía.

—¿Quieres almorzar conmigo? Tengo un cocinero sublime, la epopeya de la cocina, el Ciceron de las cacerolas.

—No: estoy convidado á comer con un amigo.

—Soy de la partida.

—Te rechazamos como sospechoso.

—Eso es injusto.

—Dios me libre de admitirte con frecuencia á mi mesa; tu destino es reventar, y el dia que esto suceda, que no está lejano, figúrate el disgusto que causarás á los convidados. Pero hablemos de otra cosa.

—Hablemos de lo que quieras, ó por mejor decir, habla de lo que te acomode: yo, seguiré almorzando.

—Lo cual no te impedirá el que me contestes á algunas preguntas.

—Si así lo quieres, haré ese sacrificio á la amistad.

—¡Egoiston!

—Puedes juzgarme como te dé la gana; pero te diré para refutar la opinion que te merezco, que duermo tranquilamente y cómo con un apetito digno del rey Asuero.

—Entremos en materia, volvió á decir Narciso saboreando el *Bermout*, ese despertador del apetito.

—Empieza cuando quieras: te escucho y cómo.

—El baron Filiberto de Soany te ha presentado, segun me han dicho, en casa de su querida.

—Efectivamente: hace algunas noches tuvimos en ella una pequeña reunion; se pasó bien el rato, se cenó perfectamente: no es del todo malo el cocinero que tiene esa linda hada, en cuyos ojuelos garzos brilla con frecuencia la incitadora chispa del amor.

—¡Hola! ¿Te ha flechado la hermosa Felicidad?

—No, chico, yo soy mas modesto en mis aspiraciones: mi corazon solo se dirige en busca de esas jovencitas de quiero y no puedo, de esas señoritas de labor que remiendan las medias á altas horas de la noche, que se planchan los cuellos y se vuelven un vestido de arriba abajo.

—Sí, sí, ya conozco tu género. Pero volvamos á mi asunto: necesito que me presentes en casa de Felicidad.

—Entonces, ¿por qué no te diriges á Filiberto?

—Porque me conviene mas que me presentes tú.

—Pero Soany es amo de la casa.

—No seas estúpido. ¿Cómo quieres que me presente el baron cuando sabe que quiero desbancarle?

—¡Ah! Comprendo.

—Gracias al diablo.

—En ese caso, cuenta conmigo. Me complace tomar un papel, por insignificante que sea, en las intrigas escandalosas.

—Estamos conformes. ¿Cuándo quieres presentarme?

—Esperaremos la ocasion: la oportunidad es la providencia del amor.

—Acabas de decir una frase digna de un pirata callejero. No te creia tan sabio.

—Desde que heredaste los millones de tu padre te has vuelto insolente. Para muchos hombres la fortuna es una mala educacion.

—Sí, pero un pobre bien educado se muere de hambre, y tú prefieres comer á dos carrillos.

—Como ahora, repuso Amadeo, despedazando sin compasion la trucha. Si yo tuviera el talento del Dante, escribiria un poema para inmortalizar á mi cocinero.

—Volvamos á la cuestion.

—Culpa es tuya si nos hemos separado de ella.

—Prométeme que activarás mi negocio como si fuera tuyo.

—En cuanto á eso, pierde cuidado. Soy amigo de mis amigos.

—Confio en que la victoria no será difícil. El baron de Soany no es un rival temible.

—He oido decir á Arturo que Felicidad ama al baron con locura.

Narciso soltó una carcajada.

—¿Te ries?

—Sí.

Amadeo se encogió de hombros y continuó engullendo con el mismo apetito.

—Te aseguro, querido Amadeo, volvió á decir Narciso con marcada intencion, que Felicidad no puede amar á Filiberto.

—¿Por qué razon?

—Yo me entiendo y Dios me entiende, como ha dicho Calderon de la Barca.

—Permíteme que te diga que en tus palabras veo algo de vanidad.

—Al tiempo me remito.

—Chico, dicen que la fé vence imposibles.

—Lo que yo pretendo no es un imposible.

—No estamos conformes, porque Filiberto tiene cualidades muy propias para enloquecer á una querida.

—¡Bah!

—¿No es jóven?

—Sí, y hermoso como la Vénus de Milo.

—¿No es rico?

—Tambien, aunque mucho menos que yo; pero no te devanes los sesos: el baron tiene una falta, y esa falta me dará la victoria.

Narciso se levantó.

—Hombre, te suplico que no te vayas sin decirme antes la falta del baron.

—No puedo revelártela; es mi secreto.

—En fin, sea como quieras; no soy curioso.

—¿Con que quedamos convenidos en que me presentarás esta noche?

—No he dicho tal cosa.

—Sea mañana.

—Procuraré complacerte.

—¿Dónde nos veremos?

—A última hora en el Casino.

—No faltaré; procura tú hacer lo mismo.

—No olvides que las dádivas ablandan los corazones femeninos.

—Lo tengo presente.

—Piensa que esta conquista puede costarte cara.

—Soy rico: pero pierde cuidado, otras cosas proyecto mas difíciles; me he propuesto desquitarme del tiempo que perdí lastimosamente durante la tutela de mi padre.

—¡Ah! Diablo, aquello fué el tiempo del terror.

—Sí, y este el de la libertad.

—Desordenada, repuso Amadeo.

—Sí, pero libertad.

Narciso salió del comedor.

Amadeo continuó pacíficamente terminando su almuerzo.

Cuando se hallaba saboreando el café, un criado le entró una carta.

El conde de Polviany no leia despues de comer ni una línea.

Esto era una medida higiénica que no olvidaba nunca.

Dejó, pues, la carta, sin mirar el sobrescrito.

Luego, dirigiendo una ojeada al péndulo que media el tiempo con monótono compás, se dijo para sí:

—Son las doce y media: comienzo á aburrirme. ¿Qué haré hasta la hora de comer?

Y en este momento se dió una palmada en la frente, esclamando:

—¡Qué memoria la mia! Narciso me ha dicho que comia con un amigo: ¿quién será? Si supiera en dónde, les iria á buscar.

Para aquel gloton, la vida no era otra cosa que una comida en muchos actos.

Trascurrieron algunos minutos.

Amadeo, perezosamente tumbado en la butaca, fumaba haciendo la digestion.

Contemplando con soñolientos y abotagados ojos las trasparentes aspirales que proyectaba en el vacío el humo de su cigarro, pensó en su ahijado, en el pobre Felipe.

—¿Habrá muerto? se preguntó. Nada me costaria ir á enterarme.

Y luego, como si reflexionara, volvió á decir:

—Esto es mas grave de lo que parece. Si se ha salvado, si ha cometido una imprudencia declarando la verdad... pero no... en ese caso, la justicia hubiera venido. Sí, sí, iré á verle: este es mi deber. Despues de todo, desde el momento en que me pidió que le sirviera de padrino me fué simpático.

Amadeó estendió el brazo y tiró del llamador de la campanilla.

—Que enganchen la berlina con la yegua Numa, dijo al criado que se presentó á recibir la órden.

Luego, observando que la carta permanecia sobre la mesa, le dirigió una mirada.

—Creo que es letra de Pepita, se dijo: ¿qué querrá esa intrigante?

Y rompió el sobre.

Leamos nosotros con el conde Polviany.

«Querido Amadeo: Ya no vivo en la calle del Olmo; mi casa se desvaneció como la pompa de jabon al soplo del viento, desde el dia en que el vizconde de Villafort y Andrea huyeron.

»Una medida de prudencia me aconsejó el cambiar de cuarto: vivo en la calle del Desengaño, núm..., piso principal.

»Te espero esta noche: me siento mala: el médico me hizo meterme en cama. Necesito verte.—Tuya siempre, *Pepita.*»

El conde Polviany hizo un gesto de indiferencia y se guardó la carta.

Poco despues vinieron á anunciarle que la berlina se hallaba enganchada.

Amadeo se hizo conducir al Hospital general.

Deseaba ver á su ahijado, al infeliz amante de Andrea.

CAPITULO XIV.

DESPEDIRSE Á TIEMPO.

Suele acontecer que los elegidos, aquellos á quienes dejaron sus padres una fortuna que les evita del *demonio del trabajo*, se aburren algunas horas de la vida con harta frecuencia, porque el ocio tiene su hastío como el trabajo su cansancio.

Amadeo era un jóven egoista, poco dado á presenciar escenas tristes y desagradables; así es que cuando la berlina se detuvo delante de la puerta del Hospital, cambiando de parecer, mandó á su criado que se enterara de la salud de su ahijado.

Así lo hizo el cochero, volviendo al poco rato con alguna noticia que le habia dado un practicante.

Felipe seguia mejor de su herida, pero con pocas esperanzas de recobrar la salud, pues segun todos los síntomas, el pobre muchacho quedaria inútil de la cabeza.

Desde el Hospital, Amadeo mandó que le condujeran á casa

del vizconde de Villafort; pero Bautista, le dijo que sus amos no podian recibir á nadie.

Lo mismo le sucedió en casa del baron de Soany.

Todos estos contratiempos le disgustaron, y á eso de las dos de la tarde el rico conde Polviany se aburria arrellanado en su berlina, sin saber en qué ocupar algunas horas.

Hallándose indeciso, se le ocurrió que en el *restaurant* de *El Ramo de Oro* se vendia una abundante y esquisita coleccion de pastelillos, especie de sabrosos entreparéntesis del apetito.

Se hizo conducir á la fonda.

Amadeo siempre se hallaba dispuesto para comer.

En esta grata ocupacion de su vida pasó una hora, dirigiéndose luego al paseo de la Castellana, en donde encontró un amigo que le acompañara á comer.

A las ocho de la noche Amadeo se dirigió á casa de Pepita, resuelto á terminar con aquellas relaciones que ya comenzaban á fastidiarle.

La hija de doña Aldonza, gracias á la infame intriga que tantas lágrimas costara á don Leandro y á Andrea, tenia algunos ahorros.

Pero la mano de la Providencia comenzaba á castigarla.

Pepita estaba enferma.

Doña Aldonza acompañó al conde hasta la alcoba donde se hallaba su hija, dejándolos solos á los pocos momentos.

—¡Ah, bien puede una morirse! esclamó Pepita.

—¿Tan enferma estás? dijo Amadeo con indiferencia.

—Llevo dos dias de cama.

—¿Y qué dice el médico?

—Aún es un misterio mi enfermedad; pero lo cierto es que

estoy mala, me duele todo el cuerpo... siento un peso enorme en la cabeza.

—Eso no será nada.

—Dios te oiga.

Y Pepita, cambiando de entonacion, continuó:

—¿Sabes algo del vizconde de Villafort?

—No se le ve por ninguna parte. Segun parece, se halla gozando las delicias de esa luna de miel de ilícito comercio que tú le has proporcionado.

—Arturo es un ingrato. ¡Hombre al fin!

—Agradezco la galantería por la parte que me corresponde.

—¿No es una verdad?

—Bastante cuestionable.

—En cuanto á tí, tengo una cuenta muy larga que ajustarte.

—Me alegro, porque yo pensaba esta noche liquidar contigo.

—¿Cómo? preguntó Pepita con asombro y haciendo un esfuerzo para incorporarse sobre el brazo derecho.

—Estás enferma; no te sobresaltes, pues temo que empeore tu salud, repuso Amadeo sonriendo.

—Esplícate sin chancearte.

—Soy bastante franco: ya me conoces. Cuando siento una cosa la digo, sin ocuparme del efecto que puedo causar. Desde el momento que aceptaste las proposiciones de Arturo, que perdiste para mí todas las simpatías. Esto te afectará poco, lo conozco: hoy no me necesitas; eres casi rica, de lo que me alegro.

—¿Con que es decir que vienes á proponerme un rompimiento? dijo Pepita dirigiendo á su amante una mirada amenazadora.

—¿A proponerte? No he pensado tal cosa. Los hombres como yo, cuando quieren romper las relaciones que les une con una mujer como tú, los rompen, y asunto concluido.

El insulto no podia ser mas terrible.

Pepita vaciló un momento.

Por último, como si tomara una resolucion decisiva, soltó una carcajada, dejando caer la cabeza en la almohada.

—Puedes hacer lo que gustes: eres demasiado egoista para que comprendas el amor.

—En tal caso, no serás tú la que tengas motivos para enseñármelo.

Este tiroteo de palabras no podia durar.

El conde Polviany se levantó, y dijo sonriéndose:

—Nada quita lo cortés á lo valiente. Si algun dia puedo serte útil, acude á mí: serás atendida.

—No lo olvidaré.

—Será para mí una satisfaccion saber muy en breve que te hallas restablecida.

—Gracias.

—Te deseo una noche tanquila.

—Lo mismo te digo.

Amadeo salió de la alcoba, conteniendo á duras penas la risa.

Pepita, por el contrario, sentíase ahogada por el despecho.

—¡Todos lo mismo! murmuró mordiendo la sábana hasta romperla. ¡Ah! si esto sucede ahora que aún resplandece la

juventud en mi rostro, ¿qué será cuando las huellas de la vejez surquen mi semblante?

Este pensamiento pareció entristecerla.

Amadeo encontró al médico en la escalera.

—¡Ah! ¿es usted, doctor? le dijo: ¿qué tiene Pepita?

—La enfermedad mas terrible para una jóven á quien conviene conservar la hermosura de su rostro: viruelas confluentes.

—¡Canario! ¡y yo que me he estado una hora en su alcoba! esclamó el conde con marcada repugnancia.

—No tema usted, aun no hay peligro; pero no está lejano el dia en que ella misma conozca su desgracia, porque ó mucho me engaño, ó serán unas viruelas de la fuerza de doscientos caballos.

—Me alegro de saberlo.

—¿Para poner tierra de por medio? preguntó el médico sonriendo.

—Justamente.

—Hace usted bien en ser precavido.

—¡Oh! con esa enfermedad toda precaucion es poca. Recuerdo un pobre criado de mi casa que se quedó ciego y horriblemente desfigurado.

—No faltan ejemplos de esos.

—Recomiendo á usted esa pobre muchacha.

—No hay necesidad: los enfermos contraen conmigo un parentesco.

El médico y el conde se despidieron, estrechándose las manos.

Amadeo salió á la calle, diciéndose para sí:

—He sido el hombre mas oportuno del mundo... De buena

me he escapado... ¡una querida con viruelas!... digo, es una ganga... *¡Vade retro!* Estoy contento de mí mismo.

Y subiendo en su berlina, se hizo conducir al teatro de la Cruz, en donde pronto olvidó el nombre de su querida y la terrible enfermedad que la tenia postrada en el lecho.

Un carácter como el de Amadeo, es indudablemente una felicidad.

CAPITULO XV.

ROMPIMIENTO.

El conde de Villafort desde muy temprano se hallaba encerrado en su despacho con su notario, disponiendo todos los papeles necesarios para llevar á término la separacion ofrecida á su hijo.

—¿Está usted firmemente resuelto? preguntó el notario.

—Sí, amigo mio: la conducta de mi hijo me obliga á ello.

—El asunto, señor conde, es demasiado trascendental para que nos precipitemos.

—Lo tengo proyectado hace mucho tiempo.

—¿Y no teme usted arrepentirse en breve?

—Esta separacion matará mi alegría, hará muchas veces asomar las lágrimas á mis ojos, porque grande va á ser la soledad á que me condeno; pero ya lo he dichó, es indispensable: ruego á usted que terminemos. Mi hijo no puede tardar.

El notario suspiró, manifestando que no le era indiferente

el dolor del conde, y cogiendo la pluma, continuó su trabajo.

—¿Queda convenido que usted deja á su señor hijo las dos terceras partes de todo cuanto posee? preguntó el notario.

—Sí; además la casa en que nos hallamos. Ya sabe usted que la tercera parte que me reservo, será en créditos que tengo contra el banco francés. Voy á vivir en el estranjero. Arturo lleva mi nombre y se queda en España. Haga usted la particion, consignándole á él las fincas.

El notario hizo un movimiento de cabeza para manifestar que quedaba enterado, y continuó escribiendo.

El conde, ora se paseaba, ora volvia á tomar asiento cerca de la mesa del escribano, demostrando una viva inquietud.

A las doce, el notario participó que la escritura y los demás papeles se hallaban corrientes.

El conde entonces llamó á Bautista.

—Di al señor vizconde, que tenga la bondad de venir, que le estamos esperando.

No tardó mucho en presentarse Arturo.

—Hijo mío, le dijo el conde, seré corto... estas entrevistas deben prolongarse poco, porque afectan mucho. Solo voy á dirigirte una pregunta: ¿sigues resuelto como ayer á no entregar tu mano á Andrea?

—Es claro, padre mio; eso seria la mayor de las locuras.

El conde, sin conmoverse, dirigió la palabra al notario de este modo:

—Amigo, tenga usted la bondad de leer al vizconde mi legado.

El escribano saludó con la cabeza, y con voz clara, sonora y pausada, leyó un documento por el cual el conde de Villa-

fort legaba en vida las dos terceras partes de su inmensa fortuna, marcando las fincas con escrupulosa exactitud.

Arturo escuchó impasible aquel noble y generoso rasgo de desprendimiento del autor de sus dias, y dijo:

—Creo que si te hallas resuelto á que nos separemos, si sigues con tu empeño de que me case, y este rompimiento es indispensable, lo cual yo creo una locura, debias haberme dejado la mitad de tus bienes.

—Tú eres mas jóven... tienes mas necesidades... debes disfrutar del mundo. Además, tu madre era mas rica que yo... me trajo un crecido dote... Lo que he hecho es justo: no me agradezcas nada.

Arturo no podia convencerse de que su padre tomara formalmente tan estrema resolucion por una causa que á él le parecia trivial.

—Antes de un año; se dijo hablando consigo mismo, volverá á España... no puede vivir sin mí.

Y levantando la voz, continuó:

—Cúmplase tu voluntad; pero conste que esta separacion no soy yo el que la exige, ni mucho menos el que la desea.

—Eres el que la motiva, murmuró don Pedro.

Y cogiendo la pluma, firmó los papeles que le presentaba el notario.

Desde este momento, el padre y el hijo se encerraron en el mas completo mutismo. Solo hablaban alguna que otra palabra indispensable para la terminacion de tan delicado asunto, respondiendo con monosílabos á las preguntas del notario.

Las últimas palabras del conde al decirle el escribano que todo estaba corriente, fué llamar á Bautista.

—Tomarás dos billetes de berlina en las diligencias que salen esta noche para Bayona, le dijo.

Bautista, que estaba enterado de todo, saludó y salió del despacho.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche Arturo fué á ver á Andrea.

Como siempre, la encontró con las lágrimas en los ojos.

La escena que hemos bosquejado ligeramente habia puesto de mal humor al vizconde; asi es que se dejó caer en una butaca.

Andrea enjugóse los ojos, y acercándose á su amante, le preguntó con interés:

—¿Qué tienes, Arturo mio?

—¿Qué tengo? que todo el mundo se complace en ponerme de mal humor: tú con tus eternas lágrimas; mi padre con sus ridiculeces.

—Solo una vez he visto al conde de Villafort, y me ha parecido un caballero estremadamente bueno.

—No seré yo el que te desmienta, pero tambien debo confesar que es estremadamente raro. Mañana parte de España.

—¿Por mucho tiempo? preguntó con interés Andrea.

—Segun dice, para siempre.

—¡Para siempre! ¡Oh! eso no es posible.

—¡Si le hubieras oido!... Dice que no quiere verme mas.

—Y tal vez tenga yo la culpa de esa separacion.

—¡Bah! ¿quién hace caso de un viejo que se ha propuesto desesperarme con sus estrambóticas chocheces?

—Arturo, es tu padre.

Y Andrea exhaló un suspiro, quizá pensando en aquel momento en el suyo.

Arturo se encogió de hombros, que era su movimiento favorito para demostrar la indiferencia.

El viaje precipitado del conde de Villafort comenzó á preocupar á Andrea.

A creer lo que le habia dicho el vizconde, su padre se negaba á dar su consentimiento y á admitirla como hija.

Sin embargo, don Pedro le habia dado á entender lo contrario en su primera y única entrevista.

Pero ¿cómo dudar de las palabras del hombre á quien se ha entregado el corazon, á quien se ama con toda el alma? Eso era una ofensa.

El vizconde, despues de un momento de pausa, se pasó la mano por la frente como para ahuyentar algun molesto pensamiento, y dijo:

—En fin, puesto que así lo quiere, así sea. La conciencia no me remorderá por este asunto enojoso. Yo he suplicado hasta los límites que me aconsejaba el decoro; pero él, tenaz en su resolucion, no ha querido ceder nada de su parte. Demos tiempo al tiempo: estoy seguro que no podrá pasarse sin mí; él volverá. Ahora solo te suplico que no me hables nunca de este asunto.

—Haré lo que quieras.

Y Andrea, fijando una tierna y amorosa mirada en su amante, repuso:

—Quiero pedirte un favor.

—¿Y qué es ello?

—Esta mañana, acosada por la inquietud, no pudiendo re-

sistir al deseo de saber alguna noticia de mi padre, he mandado á Vicenta á la calle del Olmo.

—¿Y qué?

—Mi padre está enfermo, muy enfermo, Arturo. Si tú me concedieras permiso para verle, para cuidarle; si yo pudiera alcanzar su perdon, créeme, Arturo mio, gran parte de la tranquilidad perdida volveria á renacer en mi alma, pues yo soy la causa de sus males.

—¿Es decir, que tú, como mi padre, me propones una separacion? repuso el vizconde sonriendo amargamente.

—¡Separarme de tí! ¡Oh! ¡nunca, Arturo, nunca! te amo demasiado.

—¿Entonces?...

—Solo quiero verle, enterarme por mí misma del estado de su salud, permanecer por algunas horas á su lado.

—Eso ya es diferente.

—¿Luego, accedes?

—¿Y por qué no? No veo en ello nada malo.

—¡Ah! eres el hombre mas bueno de la tierra.

Una hora despues, Andrea, acompañada de Vicenta y precedida de la portera, subia con paso trémulo é inseguro la escalera de su antigua casa de la calle del Olmo.

—El señor don Leandro estoy segura que va á enfadarse conmigo, le dijo la portera: me tiene prohibido que deje pasar á nadie, y no se cansa jamás de repetirme que quiere estar solo.

—Pero yo soy su hija: yo no puedo estar incluida en el número de esas personas que él no quiere ver, esclamó Andrea con acento trémulo.

—En fin, salga el sol por Antequera; pero casi estoy por asegurar á usted que no la recibirá con muy buena cara.

La portera abrió la puerta, quedándose con Vicenta en la sala.

Andrea conocia demasiado bien aquella casa.

No necesitó que nadie la acompañara á la alcoba de su padre.

Allí estaba don Leandro.

Su cama desordenada, como su traje y sus cabellos, demostraban el estado de su espíritu.

La palidez del pobre músico aumentaba de un modo prodigioso.

Su postura habitual era, ó bien sentado ó bien arrodillado sobre el lecho, con las manos juntas y las miradas fijas en el retrato de su mujer.

Así le encontró Andrea, y no pudiendo contener un grito, avanzó esclamando:

—¡Padre de mi alma, perdon!

Don Leandro volvió la cabeza.

Al pronto pareció no reconocer á su hija.

De repente, un temblor nervioso agitó su cuerpo.

Sus ojos hundidos por el dolor despidieron un brillo siniestro, y estendiendo el brazo con ademan imperioso, dijo con voz bronca y trémula:

—¿A qué vienes aquí? Véte, véte: tu presencia renueva las cien heridas que tus infamias abrieron en mi corazon.

—¡Padre! murmuró Andrea.

—Véte, véte, volvió á repetir el anciano conservando su brazo en actitud amenazadora: no te acerques, no me toques;

tu contacto mancha, tus palabras deshonran, tu presencia en esta casa humilla mis canas. ¡Véte, yo te lo mando! ¡véte, mujer maldita!

Andrea lanzó un grito, y cayó desmayada en el suelo sin conocimiento.

Vicenta y la portera corrieron en su socorro.

Don Leandro, con una gravedad que enfriaba la sangre, repuso:

—¡Llévense ustedes de ahí á esa desgraciada!

CAPITULO XVI.

LOS TRES ALIADOS.

Aquella misma noche y por la misma hora que tenian lugar los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, Arturo de Villafort, el fingido baron de Soany y Jacobo el ginebrino se hallaban reunidos en una de las habitaciones de la càsa de la calle del Baño que ya conocen nuestros lectores.

—Todo nuestro plan de ataque, decia el ginebrino, va á quedar súspenso por ahora, pues esta noche he leido en uno de los periódicos ministeriales que el marqués de Fontan ha salido precipitadamente para Lóndres con una comision del gobierno. Esto quiere decir que nos vamos á ver precisados á una suspension de hostilidades.

—Lo siento, respondió Carolina, porque estaba resuelta á arrostrar el todo por el todo.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, señor baron.

—En fin, preciso será resignarse.

—Si he de ser franco, no deja de agradarme este inesperado viaje del marqués. La policía comienza á ser mi sombra; indudablemente he inspirado algunas sospechas á ese buen señor, y confio que durante su ausencia me dejarán algun tiempo en paz.

—Tenemos otro enemigo que combatir, repuso Carolina.

—La alianza es poderosa. Nosotros tres bien puede decirse que valemos por seis.

Y Jacobo, dirigiendo la palabra á Arturo que permanecia callado, continuó:

—¿No es verdad, señor vizconde?

—Usted lo dice, respondió el interpelado.

—Esta noche estás insufrible, dijo Carolina; pero hablemos si á ustedes les place de Narciso de Rioalto, con quien he tenido una conferencia y de quien lo temo todo.

—¡Pobre de él si llega á publicar nuestro secreto! objetó Arturo.

—Pero ese secreto ata nuestras manos, dijo el ginebrino.

—Cierto; mas yo buscaré un pretesto, volvió á decir Arturo.

—Señores, dijo el ginebrino: creo que lo mas prudente seria que desapareciéramos por algun tiempo de la escena. Esto, desorientando á nuestros enemigos, nos haria mas fuertes para la lucha. Todo debe temerse de Narciso de Rioalto; su colosal fortuna y su corazon pervertido nos amenazan con un escándalo del que debemos huir.

—Yo no puedo abandonar Madrid, repuso el vizconde. El

dia que ese impertinente me moleste demasiado, le probaré que no es muy fácil jugar conmigo.

—No olvides la amenaza de Narciso de Rioalto: si Arturo me desafía, diré á todo el mundo que la marquesa de Fontan y el baron de Soany son una misma persona.

—¡Miserable!

—No lo dudes, Arturo, Rioalto abusará de las ventajas que le proporciona nuestro secreto. El pensamiento del doctor Jacobo me parece muy aceptable.

—Ya he dicho que no puedo salir de Madrid, pero si ustedes quieren viajar no me opondré á ello.

La marquesa, que procuraba contener el despecho que la poseia, esclamó:

—Di mas bien que sientes separarte de esa mujer fatal que ha venido á robarme una parte de tu corazon.

—Si comienzas por dar crédito á las calumnias de mis enemigos, pronto vendrá á tierra nuestra alianza.

—Dice bien el señor vizconde, repuso el ginebrino; aquí lo mas importante es derrotar á los que pretenden atacarnos. Veamos si se acepta otra proposicion. He oido decir que ese jóven intenta, valiéndose de su audacia y de su dinero, apoderarse una por una de todas las queridas de sus amigos. Usted, señor baron (Jacobo, aunque conocia el secreto de la marquesa de Fontan, siempre la daba su nombre de guerra), usted, señor baron, continuó, ha presentado en público á una jóven encantadora á quien todos designan como su querida. Rioalto ha jurado desbancarle á usted en el amor de Felicidad. ¿Tiene usted confianza en esa jóven?

—Tanta como pudiera tenerla conmigo mismo.

—Entonces, Felicidad puede servirnos de mucho en esta ocasion.

—No comprendo...

—Es muy sencillo. Rioalto solicitará muy en breve su amor; pues bien, que le proponga una fuga, un viaje por el estranjero. Durante esa ausencia solo tendremos un enemigo á quien combatir, al marqués de Fontan, y á este nos será fácil vencerle; pero mientras Narciso permanezca en Madrid, nuestras armas no podrán dirigirse á dos partes á un mismo tiempo.

—Creo muy aceptable la proposicion del doctor, dijo Arturo; de ese modo no tenemos nosotros necesidad de viajar: ellos serán los que se ausenten.

La conversacion de los tres personajes que nos ocupan se continuó por espacio de una hora, aceptando por fin lo que habia propuesto Jacobo el ginebrino.

Era preciso, pues, disponer el ánimo de Felicidad para que aceptara la proposicion.

De eso se encargó el baron de Soany.

A las once de la noche Arturo, con el pretesto de que tenia que arreglar algunos asuntos con su padre, pues al dia siguiente debia efectuarse su separacion, se despidió de Carolina y del doctor.

Arturo se dirigió á casa de Andrea.

Vicenta le dijo al abrirle la puerta:

—La señorita está en cama.

—¿Tan pronto?

—Se halla un poco indispuesta.

—¿Y eso?

Entonces Vicenta le contó todo lo que habia sucedido en casa de don Leandro.

Arturo, mientras se encaminaba al dormitorio de Andrea, se dijo hablando consigo mismo:

—Si esta muchacha continúa de este modo, acabará por enfermar. Creo que seria conveniente trasladarla á mi casita del camino de Fuencarral. Allí al menos respirará aires mas puros, disfrutando de una vida sosegada y tranquila. Pero ¿y Carolina? ¡Bah! Carolina se doblegará como otras veces á mi voluntad. A una mujer como ella no le queda otro camino que la resignacion.

Y Arturo entró en la alcoba de Andrea, deteniéndose junto á su lecho.

La jóven se hallaba medio aletargada.

La luz de una elegante lámpara de cristal dejaba caer sus ténues rayos sobre el encantador rostro de Andrea.

—¡Qué pálida está! murmuró Arturo.

Y como si temiera turbar el sueño fatigoso de su amada, permaneció en pié, inmóvil y sin desplegar los labios, á los piés de la cama.

LIBRO OCTAVO.

NOCHES DE VERANO.

CAPITULO PRIMERO.

LAS GOLONDRINAS.

El tiempo sigue impasible su marcha: nada le detiene.

Los goces y las penas de la humanidad no entorpecen ni uno solo de sus pasos.

Es el mar que avanza y avanza sin que le detengan los obstáculos; es el soplo de la muerte, que infiltrándose en los corazones de todos nosotros, va consumiendo poco á poco la impalpable vitalidad que arde dentro de nuestros séres.

El frio del invierno, las heladas escarchas que entumecen los miembros de los pobres, esa estacion cruda que arrancando las hojas de los árboles convierte el campo en un páramo desierto habia pasado, llevándose en su fuga un grito de dolor de todos aquellos hijos del infortunio que como las plantas reviven en la estacion de las flores.

La primavera, esa sonrisa de los campos, ese perfume de la

tierra, ese hermoso destello del cielo que Dios con su misterioso poder mantiene, comenzaba á presentarse con todos sus encantos.

Las golondrinas, esas sábias viajeras que cruzan las tierras y los mares en busca del ambiente templado que codician para cantar amores, llegaban en inmensas bandadas á nuestras costas, estendiéndose por España y buscando con su incansable consecuencia el frio nido donde el año anterior habian dado albergue á sus hijos, habian sentido las caricias de su amante.

Las flores, esos suspiros perfumados de la tierra, ese encanto de los ojos, esa alegría de las almas sensibles, abrian sus pétalos para recibir el dulce y vivificador rocío de la mañana.

El mes de mayo abria su marcha en el calendario de los tiempos.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á la poética y solitaria casa del vizconde de Villafort situada en la carretera de Fuencarral.

Allí se hallaba Andrea, triste, dulce prisionera del amor, siempre los ojos henchidos de lágrimas, siempre el pecho palpitante.

El recuerdo de una falta, la contínua reconvencion que levantaba en su conciencia el remordimiento, turbaba las mas dulces horas de su existencia.

El amor de Andrea era, por decirlo así, un entreacto del drama de su vida.

Arturo solia verla todas las tardes: pasaba á su lado dos horas, y á veces una.

Estas entrevistas eran como el cántico de alegría que en

aquellos interregnos de dolor perfumaba el afligido corazon de Andrea.

Algunos meses antes, ella habia sentido brotar en su pecho el gérmen desconsolador de una duda.

Arturo no la amaba.

Todas sus promesas, todos sus pensamientos podian reducirse á alcanzar el triunfo codiciado: despues de la victoria llega el cansancio; del cansancio al hastío hay una distancia corta: con una palabra, con un suspiro, desaparece.

Andrea esperaba aquel momento, pero con esa resignacion de la mujer á quien no le es dado volver atrás.

Ya lo hemos dicho: la pendiente que conduce á la perdicion es suave.

El aire que se respira envenena, aturde, embriaga.

Sola en aquel pequeño palacio, tenia mas horas para entregarse á sus recuerdos.

Pero hay recuerdos que vivifican, que deleitan el corazon, que alegran el espíritu.

Los que asaltaban á Andrea eran, por el contrario, de esos que agostan, que matan por fin.

¿Qué habia sido de su padre?

Esta era la incesante pregunta que su conciencia le dirigia.

Muchas veces se veia asaltada por esa multitud de ideas hijas de la desesperacion.

Por eso solia decirse:

—Basta de sufrimientos: cuando la copa se llena hasta los bordes, corre peligro de verterse. Mi corazon no puede mas. Necesito aturdirme, necesito buscar en el lujo, en los placeres,

esa especie de muerte del dolor. Arturo admitirá mis proposiciones. Yo me he engañado al juzgarle: creia amor lo que era solamente un deseo, una necia vanidad. ¿Qué puedo esperar de él? Nada. Mientras en mi frente resplandezca el brillo de la juventud, mientras mis labios produzcan una sonrisa fresca y mis cabellos ostenten el perfume de la seduccion, Arturo pagará ese miserable tributo, satisfaciendo hasta el menor de mis caprichos; pero ¿y luego?... ¿y luego?... ¡Oh! ¡me espanta el pensarlo!

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Era la tarde del 1.° de mayo.

El sol, esa antorcha de los cielos que vivifica todo lo creado, comenzaba á estender oblícuamente sus rayos, próximos á hundirse en el ocaso.

Andrea se paseaba triste y meditabunda por el jardin.

Las golondrinas revoloteaban, produciendo ese desordenado canto parecido á la conversacion de una docena de vecinas mal humoradas.

De vez en cuando iban á posarse en los aleros de los tejados, turbando con su presencia el amodorrado sueño de sus hijos.

En el jardin de Andrea habia un pequeño cenador de hierro sostenido por una sófora, cuyas llorosas ramas ofrecian un toldo natural de esmeralda.....

Este sitio era el predilecto de Andrea.

Allí se refugiaba cuando despues de una noche de insomnio veia entrar á través de los intersticios de la ventana la primera chispa de la tibia luz de la aurora.

Allí iba tambien á llorar sus culpas, á sentir los dolores del

remordimiento, cuando la fresca brisa de la tarde le anunciaba esa hora en que la magnolia de la India inclina su cáliz hácia el suelo.

Allí era tambien donde pasaba algunos dulces instantes con Arturo, porque Andrea no podia resignarse á creer todas las infamias que se contaban de su amante.

Una duda es una herida abierta en el alma, complaciéndonos en alimentarla, en mantenerla; pero si se nos dijera: ahí está el remedio para cicatrizarla, la realidad, pareciéndonos cien veces mas cruel, la dejaríamos abierta.

Esto precisamente pasaba á Andrea.

Dudaba sin querer dudar.

Esta angustia de la vida adelanta la vejez, anticipa las canas y aproxima la muerte.

Solo la tranquilidad de la conciencia, la paz del espíritu, la quietud del alma, dejan á la criatura gozar de las caricias de los hijos de sus hijos.

Andrea, despues de pasearse media hora por el jardin, fué á buscar un refugio en aquel nido donde, como hemos indicado, iba á llorar sus culpas.

En la tarde y en el momento que nos ocupa, apenas la triste desterrada de la solitaria casa de Chamberí penetró en el cenador, levantó la cabeza como si buscara un objeto que le llamara la atencion.

Era el canto de un ruiseñor.

El jardinero le habia dicho:

—El ruiseñor canta parado en el borde del nido donde empolla la hembra sus huevos.

Andrea le habia preguntado:

—¿Por qué canta siempre ahí?

—¡Ah, señorita! El ruiseñor es un pájaro que quiere entrañablemente á su hembra. Durante el tiempo que esta permanece en el nido, se halla poseido de una melancolía, de una tristeza que le causaria la muerte si no oyera el canto de su esposo. Por eso, tierna avecilla, canta dia y noche arrullando á su hembra.

Esta delicadeza del amor, este secreto de las aves que hace reflexionar á los hombres, entristeció de una manera notable á Andrea.

Pensaba que Arturo iba dejándola abandonada cuando mas grande, mas profunda era su pena.

Próxima estaba la noche á estender el imperio de sus sombras por el espacio, cuando creyó percibir pasos en el jardin.

Estos pasos le eran conocidos: levantaban siempre un eco en su corazon.

Arturo se presentó en el cenador.

Andrea corrió á su encuentro, y rodeándole los brazos por el cuello, le dijo:

—Ayer no viniste.

Arturo llevaba un junquillo de Manila en la mano derecha y un rico cigarro de Cabañas en la izquierda.

Sus botas de charol y su calzon ajustado demostraban que venia de dar un paseo por la Castellana.

Se dejó caer en el pequeño sofá de dos asientos del cenador, y dijo con el tono impertinente de un señorito que se aburre:

—¡Qué quieres, hija mia! un hombre como yo tiene muchas ocupaciones. El amor no debe tomarse mas que como un

pasatiempo agradable. Ayer no vine, hoy vengo. Me disgusta la injusticia en las mujeres.

Y Arturo, despidiendo una bocanada de humo, comenzó á darse golpecitos con el junquillo en la punta de la bota.

Andrea fijó sus negros ojos con triste espresion en aquel hombre que despues de haber arrebatado su honor, tan próximo estaba á arrojarle al rostro su desprecio.

—Tú no me amas.

—Capítulo primero: Las lamentaciones.

Andrea exhaló un gemido, y cubriéndose la cara con las manos, comenzó á llorar.

Arturo dijo con una frialdad criminal:

—Cuando unos ojos lloran con mucha frecuencia suelen perder su brillo, cuando no pierden otra cosa peor, es decir, las pestañas, esa encantadora sombra de las pupilas que tanto hermosea tu semblante. Te lo prevengo, Andrea, unos ojos ribeteados de encarnado, producen el mismo efecto que un pelele colgado en una higuera; espanta á los pájaros, es decir, á los hombres.

Andrea dobló la frente sobre el pecho, y con el mas profundo dolor murmuró esta frase:

—¡Miserable, miserable de mí!

Arturo se puso en pié.

—Amiga mia, puesto que te encuentras hecha una protagonista de melodrama, y yo no tengo hoy el espíritu predispuesto para presenciar escenas tiernas, voy á pedirte permiso para retirarme.

Y Arturo dió un paso hácia la salida del cenador.

En este momento Andrea, como movida por una fuerza so-

brenatural, se puso en pié, y cogiendo á su amante por el brazo, le dijo con la altivez de una mujer que se cree humillada y que se decide á arrostrar el todo por el todo:

—No, tú no te irás. Hace seis meses que creyendo en tus promesas, fuí víctima de ellas en un momento de locura. Esa rueda con dientes de acero de la humillacion, ha estado barrenando en derredor mio, destrozándome una por una todas las fibras mas delicadas de mi alma. Pero la paciencia tiene su término, el sufrimiento su plazo, y cuando estos se agotan, la mujer levanta la frente: nada importa que esté manchada, si la levanta delante del que la ofendió, del que tratando su honor como un juguete tuvo la inícua complacencia de destrozarle.

Andrea se detuvo.

Ese fuego interior que obstruye el aire en los pulmones le hizo respirar con fuerza, como el que se dispone á continuar su interrumpido discurso.

Mientras tanto Arturo, tomando una de esas posturas insultantes que desesperan, se habia recostado en el tronco de la sófora y silbaba por lo bajo el popular duo de *Los Puritanos*.

Esto era un insulto que atropellaba á otro insulto.

Si Andrea hubiera sido en aquel momento una Medea, hubiera luchado á brazo partido con su amante; pero Andrea era débil.

Amaba á Arturo á pesar de todo, porque todo se lo habia sacrificado.

Además, hay períodos en la vida en que el espíritu se enerva.

Un fluido incomprensible que tiene algo de sobrenatural se estiende por todo nuestro cuerpo, quitándonos esa fuerza, esa demencia del alma que da por fruto los grandes crímenes.

Andrea ante la indiferencia de Arturo, ante la frialdad de aquel hombre que habia destrozado una por una todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todos esos bellos sueños de la primavera de la vida, sintió que las fuerzas la abandonaban, y casi desfallecida, dejóse caer en el rústico asiento del cenador.

CAPITULO II.

CAMBIO DE CONDUCTA.

Arturo contempló cinco minutos impasible el profundo dolor de su víctima.

Por fin se decidió á derramar una gota de bálsamo en aquella herida que él mismo habia abierto.

Acercóse á Andrea, apartó las manos con que se cubria el rostro, y dándole un beso en la frente, le dijo:

—¿Quieres que hagamos las paces?

Andrea hizo aparecer en sus ojos todo el amor que albergaba su alma, porque las palabras de Arturo levantaban siempre un eco en su corázon.

—Si yo te lo he sacrificado todo, ¿cómo es posible, Arturo mio, que no te sacrifique en este momento un poco de mi dignidad ofendida?

—¿Es decir que me perdonas?

—Sí, te perdono, aunque siento una voz secreta que me dice que no tardarás mucho en ofenderme.

—Dispensa que te diga que esa desconfianza no deja tambien de ser una ofensa. Tú no quieres ser razonable; te empeñas en pasar la vida entre lágrimas y suspiros, y eso, querida, es una de las mayores necedades. La existencia es corta, rápida. Los años de placer giran en derredor nuestro con la velocidad de una de esas estrellas ocultas en el firmamento que buscan en medio de la noche un sitio desde donde brillar. Muchas veces te he dicho: Abandona este retiro, disfruta de los encantos de la vida; yo soy rico, pide cuanto quieras. Cuando te ofrezco un palco en la Ópera, me contestas que te es mucho mas grata la soledad; cuando te brindo con un elegante carruaje que cause la envidia de muchas mujeres, me respondes que no es el fausto ni el lujo lo que te ha hecho olvidar tu deber; cuando un hombre como yo tiene una querida como tú, es indudable que se presentan de vez en cuando algunos pequeños disgustos que turban la tranquilidad. Cuando me dices tú no me amas, tú me desprecias, tú no te compadeces de mis penas, me irritas hasta el punto de inferirte algunos pequeños agravios; porque despues de todo, no tienes derecho para dudar de mí. Recuerda que tu amor ha sido la causa de que mi padre abandonase á España. ¿Qué mas deseas? ¿Qué mas quieres?

Arturo habia convencido á Andrea de que el conde de Villafort era la causa de no haberla llamado su esposa.

Esta era una calumnia que el hijo inferia al padre, como saben nuestros lectores.

Andrea, cogiendo cariñosamente una de las manos de Arturo y dirigiéndole una mirada llena de ternura, le dijo:

—Si yo aceptara tus ofrecimientos, si me decidiera, por fin, á lanzarme en esa vida de escándalo y de ostentacion, si olvidando el resto de pudor que se alberga en mi alma, me presentara en público, espuesta á verme señalada con el dedo como la querida del vizconde de Villafort, ¿vivirias tú conmigo? ¿me amarias mas de lo que me amas?

—Te amaria como siempre. ¿Piensas tú que yo soy uno de esos hombres que pueden ocultar el rostro bajo la máscara de la hipocresía? Soy bastante franco: cuando me cansa una cosa, lo digo, y olvido, pero si tú aceptaras esa vida de escándalo que acabas de indicar, es indudable que tendria muchas mas ocasiones de verte.

Andrea reflexionó un breve instante.

Luego, levantando la cabeza con resolucion, dijo:

—Pues bien, acepto: estoy dispuesta á arrostrar los desprecios de la gente honrada. Desde mañana puedes presentarme como tu querida: lo único que me detenia era mi padre; pero ¡ay! ¡mi padre ha desaparecido! ¡nadie sabe de él! ¡tal vez ha muerto!

Y Andrea, pasándose la mano por la frente como si quisiera ahuyentar tristes y dolorosos recuerdos, repuso:

—Dejemos el pasado en el mas completo olvido. Tú lo has dicho hace poco: la vida es corta y no vale la pena de pensar en ella.

—Tu resolucion, aunque me parece algo desesperada, me complace sobremanera. Nada me molesta tanto como el misterio: estos amores de tapadillo son fastidiosos. Verás cuán distinta se presenta ante tus ojos la existencia, y de qué encantos se halla rodeada. Afortunadamente, mi buen padre, cuando

tuvo conmigo la última batalla, me cedió la mayor parte de su fortuna. Soy rico, ¡qué diablos! gocemos, pues, de esa riqueza que me concedieron mis abuelos, amontonada en buenas onzas de oro ó estendida en productivas fincas. Ahora, querida, pues que te hallas con tan buenas disposiciones, voy á esplanarte el régimen de vida que va á comenzar para tí.

Y Arturo, haciendo una suspension y jugando al mismo tiempo con los hermosos y blondos cabellos que con cierto encantador desórden descansaban sobre los hombros de Andrea, comenzó de este modo:

—Ante todo, desde mañana se dedicará Daniel á buscarte un bonito cuarto en una de las mas elegantes calles de Madrid: una de esas habitaciones á las que el lenguaje familiar da el nombre de tacitas de plata; un nido, en fin, digno de una avecilla como tú.

Los labios de Andrea se entreabrieron para dar paso á una sonrisa dolorosa.

—Despues de esto, continuó Arturo, uno de mis carruajes, el cupé, por ejemplo, mandaré que lo pinte el maestro de coches del color mas de moda: te dedicaré dos de mis mejores caballos, y pondré á tus órdenes un cochero inteligente y un lacayo listo y servicial. Luego tomaré un abono en el teatro de la Ópera; este invierno se espera una gran compañía: el empresario del teatro de la Cruz dice que quiere tirar la casa por la ventana. Con todo esto, una pension mensual de ocho mil reales para tus gastos, y cuenta abierta con la mejor modista de Madrid, creo que llegarás á ser la mujer mas envidiada. ¡Ah! como indudablemente algunas noches te molestaré con mis amigos para que nos des de cenar, voy á dar á Amadeo, el

gloton de los glotones, el encargo de que te busque un cocinero. Te advierto que en la asignacion de cada mes puedes ponerme una cuenta de los gastos estraordinarios que se te ocurran: creo que no te quejarás de mí.

—Sí, tienes razon, no puedo quejarme, contestó Andrea con dolorosa entonacion; apenas podrá encontrarse en Madrid otra querida de un hombre á la moda, mas bien pagada que yo.

Estas palabras encerraban una amargura indefinible; pero Arturo no se fijó en ello.

Despues de la escena que acabamos de referir, los dos amantes permanecieron algunos minutos mas en el cenador.

Por fin, Arturo se levantó.

—Voy á dejarte, le dijo: tengo una cita en la Fuente Castellana con algunos amigos. Mucho temo que se hayan cansado de esperarme; ya lo ves: acaba de anochecer.

—¿Me dejas?

—Es preciso, hija mia, pero vendré mañana á la misma hora á darte cuenta de todo lo que haga Daniel durante el dia. ¡Ah! me olvidaba decirte que como la estacion del verano avanza á grandes pasos, seria conveniente que pasáramos algun mes en un punto mas fresco que Madrid. La moda es inflexible, y apenas el sol de junio despide sus rayos sobre los moradores de la tierra, todo el mundo se pone en movimiento: es decir, ese mundo que con dinero propio ó prestado puede hacer un viaje de recreo. Entre los libros de la pequeña biblioteca que tienes arriba, encontrarás algunas geografías ilustradas: elige tú misma el punto.

Y Arturo, dando un segundo beso á Andrea, salió del cenador.

Poco despues montaba á caballo, dirigiéndose á media rienda á la Fuente Castellana.

Algunos carruajes iban abandonando el paseo de la aristocracia y la banca.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba.

Dos ginetes avanzaban por la parte contraria hácia donde dirigia Arturo su caballo.

Uno de ellos era jóven, esbelto, sin pelo de barba; el otro casi un anciano.

Nuestros lectores habrán sin duda reconocido al fingido baron de Soany y al embaucador Jacobo el ginebrino.

Arturo se reunió con ellos.

—Eres lo mas informal que he conocido, dijo Carolina con marcadas muestras de mal humor.

—El que paga, aunque sea tarde, paga. He ofrecido venir, y aquí me tienes.

Y dirigiéndole la palabra al ginebrino, volvió á decir:

—¿Qué hay de nuevo, ilustre doctor?

—Que la policía sigue mis pasos, que no sé por dónde diablos han descubierto nuestras buenas relaciones, y creo que el señor marqués de Fontan va á jugarnos una mala partida.

—¡Diablo! repuso Arturo sin tomar gran interés en la noticia: ¿saben ustedes que es un inconveniente tener un amigo que no quiere batirse? Una estocada dirigida con acierto nos libraria de esa espada de Dionisio el Tirano que está suspendida sobre nuestras cabezas. ¿Con que es decir, que el ilustre marqués recurre á la policía para hacernos la guerra? Esto me disgusta soberanamente, y mucho temo que no seamos deportados el dia menos pensado.

Los ojos de Jacobo brillaron de un modo siniestro, y murmuró en voz baja y reconcentrada estas palabras:

—¡Lástima grande, cuando con una sola gota se puede esterminar una existencia!

—Muchas veces, querido doctor, nada importa tener el veneno de los Borgias y los Médicis, si se encuentra cerrada la boca que debe apurarlo.

—Cierto: pero los Borgias tenian el secreto de unos polvos con los cuales perfumaban los guantes, y ¡ay de aquel que llegaba á ponérselos!

—¿Tiene usted esos polvos? preguntó Carolina con marcada intencion.

—Esos ú otros, siempre que produzcan el mismo efecto, contestó el ginebrino.

—Querido Arturo, creo que debemos abandonar el paseo; la noche se nos ha echado encima. ¿Quiere usted que comamos juntos?

—Admitido, repuso Arturo, siempre que el sabio doctor no quiera hacer algun esperimento con nosotros.

—Recuerde usted, señor vizconde, que somos aliados.

—Es verdad: eso me tranquiliza.

—Entonces, vamos á casa.

Y los tres ginetes se dirigieron hácia Madrid.

CAPITULO III.

INSPIRACION DE LA CARIDAD.

La misma noche que nos ocupa, á esa hora que en las calles de Madrid todo es animacion, hora que los hijos del trabajo dejan sus talleres, los amantes callejeros se ponen en el rastro de la caza que codician, y los desocupados se paran delante de los escaparates de las tiendas, en la plazuela de Santa Ana veíase un corro de curiosos en derredor de un viejo que tocaba el violin y de un niño de diez años de edad que cantaba con una voz clara, vibrante y armoniosa.

Los oyentes se admiraban y no poco del gusto y la afinacion con que aquel pequeño cantante modulaba las sublimes frases musicales, acompañadas por el armonioso y solitario violin de su padre ó de su maestro.

En el suelo, á los piés del anciano músico veíase una gorra, y junto á esta un pequeño farol indicando á los oyentes que

aquello era el plato en donde la curiosidad caritativa podia depositar su óbolo si así lo tenia por conveniente.

Los cabellos blancos del violinista, la palidez mate de su rostro, la triste espresion de sus ojos, daban á entender claramente que aquel hombre era uno de esos hijos de la desgracia á quien se complace en azotar el látigo del infortunio.

En cuanto al niño, era rubio, hermoso.

Su semblante tenia una viveza encantadora.

Su traje se reducia á una chaqueta, un pantalon, y una gorrita sin visera.

La pobreza de aquellos dos artistas ambulantes se descubria bien claramente por el esterior.

Siempre los ojos del fisonomista encuentran en el todo de un individuo que se halla en la desgracia, algo que revela la pasada opulencia de la educacion.

Bastaba ver á aquel viejo para decir: Este hombre no ha pedido siempre limosna. Bastaba ver á aquel niño para asegurar lo mismo.

¿Cómo habia llegado don Leandro á este estremo?

¿Quién era aquel niño que le acompañaba?

Estas preguntas, que indudablemente se harán nuestros lectores, vamos á satisfacerlas inmediatamente.

Cuando se recibe uno de esos golpes que matan por completo nuestra felicidad, se siente un dolor inmenso, vivo, una pena que parece va á terminar con nuestra existencia.

Pasa un dia, y otro le sigue en pos:

El dolor se templa, la pena se amortigua, son siempre grandes, nunca se olvidan, pero se ocultan en lo mas recóndito de nuestra alma, y por fin volvemos á continuar la marcha

progresiva de la vida, si bien con algunas canas mas en la cabeza y algunas arrugas mas en la frente.

Don Leandro habia permanecido quince dias en cama.

Por fin abandonó aquel lecho donde tan amargas horas trascurrieron para él.

Rechazaba el suicidio, porque solo á Dios le concedia derecho sobre su vida.

Hijo del trabajo, sin mas patrimonio que el producto de sus manos, pensó que era preciso volver á su interrumpida tarea.

Durante su enfermedad no se habia ocupado de nada.

Nuestros lectores recordarán que el conde de Villafort habia convenido con la portera sufragar todos los gastos del pobre músico.

Don Leandro ignoraba esto.

Se levantó, pues, y fué á sentarse junto á aquella mesa donde tan dulces horas habian trascurrido para él.

Dirigió una mirada hácia el sitio vacío que en otro tiempo ocupara el piano remitido á su hija, y no pudo contener un suspiro.

Se puso á trabajar.

Al dia siguiente fué al almacen de música, y entregó las copias.

El principal las estuvo examinando, y pagó sin decir una palabra su importe.

Pero cuando el anciano músico hubo salido de la tienda, dirigiéndose á los dependientes, les dijo:

—El pobre don Leandro no sabe lo que se pesca. Es ya muy viejo, y tiene tan torpe la mano como insegura la memoria. Hé aquí una partitura inservible: la mayor parte de las no-

tas están fatalmente equivocadas; si continúa de este mòdo, me veré en la precision de no darle mas trabajo.

Don Leandro tenia siempre una idea fija: Andrea.

Las copias fueron de mal en peor.

Por fin, el principal del almacen de música le dió la terrible noticia de que por entonces no tenia trabajo que darle.

Don Leandro volvió á su casa triste, pero resignado: le quedaba un recurso, es decir, tocar el violin en las funciones de iglesia; pero este camino iba á cerrársele muy pronto.

Las equivocaciones lamentables cometidas en las partituras, fueron en aumento progresivo en las notas de su instrumento.

Don Leandro, aunque con una forma decente, encontró cerrada la puerta que por espacio de tanto tiempo habia sido su único recurso.

Desde este momento, la miseria avanzaba hácia él á paso de jigante.

Comenzó á vender algunos enseres de su casa.

Se vió en la necesidad de dejar el cuarto, demasiado caro para él, y fué á instalarse en una buhardilla.

Allí, sin mas muebles que un catre, una mesa y algunas sillas, comenzó su calvario.

En vano don Fernando y Sofía habian pretendido llevársele á su casa.

La felicidad de aquel padre, la castidad, la virtud de aquella hija le hacian daño: era, por decirlo así, un recuerdo vivo de su dicha pasada.

Huia de ellos, dejándose llevar de ese egoismo que nos recuerda el bien en medio del mal.

Don Leandro, en su pobre y miserable buhardilla, estaba resuelto á esperar la muerte.

El hambre le amenazaba; la soledad era su amiga inseparable.

Una circunstancia vino á favorecerle.

Hay indudablemente una providencia que vela por los desgraciados.

Don Leandro encontró la suya.

Veamos cómo.

Una noche, el pobre músico se hallaba como siempre, solo en su habitacion, sin un trozo de pan con que aplacar el hambre que comenzaba á atormentarle, sin una luz que ahuyentara las espantosas tinieblas que le rodeaban.

De pronto oyó un lamento producido por la voz de un niño en la buhardilla inmediata.

Don Leandro era bueno: en el fondo de su corazon se albergaba ese perfume que embellece la vida y al cual los hombres llaman caridad.

Dejándose llevar por sus sentimientos, don Leandro salió de su buhardilla y se dirigió, siguiendo los lamentos del niño, hasta encontrarse en otra buhardilla al final del corredor.

La puerta estaba entornada.

Entró sin encontrar obstáculo.

Don Leandro se detuvo para contemplar el cuadro que se presentaba ante sus ojos.

Sobre un jergon miserable agonizaba un hombre de luenga y blanca barba y cuyo semblante, estremadamente demacrado, demostraba una vejez prematura y una muerte próxima. Aquel viejo parecia un cadáver.

A su lado lloraba amargamente un niño que tendria unos diez años de edad.

Repuesto un tanto de su sorpresa, don Leandro avanzó hasta el pié de aquella miserable cama.

Los ojos del anciano se fijaron en él con esa vaguedad propia del enfermo que lucha con las ánsias de la muerte.

—¡Tengo hambre! esclamó el viejo estendiendo un brazo seco y descarnado, con esa actitud sublime del que pide una limosna.

—¡Tiene hambre! repitió el niño sollozando, ¡mucha hambre, señor! ¡Pobre abuelito!

Don Leandro sintió un estremecimiento general en todo su cuerpo.

Hay palabras que, como la pila de Volta, tocan en nuestro corazon y lo conmueven hasta la última fibra.

¿Qué podia hacer el pobre músico por aquellos infelices?

Como ellos, sentia esa frialdad del estómago que derrama una calentura insufrible por todo nuestro sér, esa angustia pausada que nos devora.

El hambre habia comenzado á atormentarle.

En este momento, una idea sublime asaltó su mente.

Lo que no habia pensado para él mismo se le ocurrió en provecho del prójimo.

Las almas nobles tienen inspiraciones divinas, como si Dios estendiera su soplo sobre ellas.

Don Leandro solo dijo estas palabras:

—Pobres amigos mios, esperadme. Dios os conserve la existencia hasta mi vuelta.

Precipitadamente regresó á su casa, cogió el violin, bajó

las escaleras, y colocándose en la esquina de su calle, puso el sombrero junto á la acera y comenzó á tocar una serenata de Beethowen que en otro tiempo habia merecido los aplausos de sus comprofesores.

Aquel músico, viejo, cansado, torpe por la desgracia, aquel infeliz padre para quien se habian cerrado todas las puertas, en aquel instante hizo vibrar en su mano derecha el arco con una sublimidad, con una espresion admirable.

Parecia la sombra de Paganini evocada de la tumba.

Algunos transeuntes se detuvieron, y varias monedas comenzaron á caer en el fondo del mugriento sombrero.

La caridad habia trasmitido á sus dedos toda la espresion, toda la flexibilidad que Weber adquirió en los últimos momentos de su vida.

Una hora despues, don Leandro regresaba á la buhardilla, orgulloso del triunfo que habia adquirido.

Bajo del brazo izquierdo llevaba el violin salvador; en su mano derecha un pañuelo con algunos comestibles.

Era el producto de la limosna: era el fruto bienhechor de la caridad.

Jamás su alma se vió mas llena de satisfaccion, nunca una sonrisa mas dulce brilló en su boca.

Entró en la buhardilla del anciano enfermo con la frente erguida, la satisfaccion en el pecho, y arrodillándose junto al miserable lecho, murmuró estas palabras:

—Aplacad el hambre. Dios es justo.

Y diciendo esto, como si le avergonzara la noble accion que acababa de practicar, regresó á su buhardilla, y dejándose caer sobre el catre, tornó á pensar en Andrea.

El pobre don Leandro llegó á olvidarse que él tambien tenia hambre.

El infeliz músico se durmió con ese sueño dulce y tranquilo de las almas justas, sin recordar que él tampoco habia cenado aquella noche.

Pero ¿qué importaba? Su corazon se hallaba repleto de felicidad, de alegría; acababa de salvar á dos prójimos de los horribles estragos que el hambre ocasiona al cuerpo humano.

CAPITULO IV.

LAS MONEDAS DE CUATRO DUROS.

De este modo habia comenzado don Leandro á pedir limosna en la esquina de una calle.

Cuando despertó á la mañana siguiente de su dulce y reparador sueño el honrado músico, sentia interiormente esa grata satisfaccion del hombre que ha cumplido con su deber, que ha practicado en favor del prójimo una de las mas bellas obras de misericordia.

Su primera visita fué al vecino enfermo.

Sus protegidos le recibieron con las lágrimas en los ojos; para ellos habia sido la Providencia.

El enfermo, aquel miserable anciano que tendido en un jergon le habia dicho la noche antes: «Tengo hambre,» se apoderó de una de las manos de don Leandro, y cubriéndola de besos y de lágrimas, le dijo:

—Indudablemente, mi pobre Julio y yo hubiéramos muerto

de hambre sin la generosa proteccion de usted. Dios, que premia á los buenos, no olvidará el favor que nos hizo.

—Yo he sentido en ello una viva satisfaccion, amigo mio, pues siendo tan pobre como usted he podido remediar afortunadamente su desgracia.

Entonces supo don Leandro la sencilla historia de sus vecinos.

El viejo, que contaba mas de ochenta años, habia sido en su juventud maestro de escuela.

El niño era su nieto, hijo de un pobre organista muerto un año antes de una pulmonía.

La miseria les habia rodeado con su círculo de fuego, buscando en vano una tabla para salvarse del naufragio del hambre que les amenazaba.

De dia en dia tomaba proporciones mas terribles la situacion de aquel viejo y aquel niño.

Por fin llegó el momento fatal, y don Máximo se hubiera muerto de necesidad á no presentarse tan oportunamente don Leandro.

Desde este momento se agruparon, formando una sola familia. Julio habia perdido á su padre y encontraba otro en don Leandro; este habia perdido á su hija, y hallaba á Julio.

El honrado músico creyó que Dios le enviaba aquel consuelo, porque Julio era bueno y cariñoso.

Como Diógenes el cínico, dirigió una mirada en derredor de su miserable habitacion, y se dijo:

—Aún hay otros séres mas desgraciados que yo, pues disfrutan del banquete que les ofrece mi pobreza.

Don Leandro salia todas las noches armado de su violin.

La dulzura de sus facciones, la triste espresion de sus ojos, sus cabellos blancos, su demacrado cuerpo, inspiraban la compasion, y no eran infructuosos sus conciertos al aire libre.

Pronto se apercibió de que Julio tenia brillantes disposiciones para la música.

Además, el niño solfeaba con alguna soltura; su padre le habia enseñado los primeros rudimentos.

Don Leandro tuvo un discípulo dócil y aplicado en Julio.

Esta ocupacion le hacia olvidar por algunos momentos su desgracia.

Un dia el viejo don Máximo, casi imposibilitado por sus años y sus sufrimientos, dijo á don Leandro:

—Julio tiene muy buen oido. Muchas veces mi difunto hijo solia decirme que ese niño llegaria á ser un buen músico.

Don Leandro preguntó á Julio si sabia cantar algo.

Julio cantó una cancion por entonces muy en boga: *El Calesero.*

Don Leandro quedó sumamente complacido de la voz, la viveza y la entonacion de su discípulo.

Dos meses despues, Julio sabia cantar una porcion de trozos de ópera y algunas canciones españolas.

El niño, que amaba entrañablemente á don Leandro, le dijo una tarde:

—Todas las noches sale usted con su violin á pedir limosna: mi pobre abuelito y yo comemos del producto de su trabajo; ¿por qué no me lleva usted consigo? usted tocará y yo cantaré.

Esta idea pareció sublime á don Máximo, y fué aceptada por don Leandro.

Desde aquel dia, don Leandro y Julio pidieron limosna juntos.

El producto comenzó á ser mayor.

Aquel niño llamaba la atencion de los transeuntes; su voz dulce detenia á los nocturnos desocupados, los cuales se admiraban de la maestría de aquel cantante en miniatura.

La gorra de Julio, colocada en el suelo para recibir el óbolo de la caridad, solia de vez en cuando ocultar entre la calderilla alguna moneda de plata.

Una noche, entre los concurrentes observó don Leandro que se hallaban dos señoras.

Una de ellas llevaba una elegante capota con el velo echado sobre el rostro.

Cuando al regresar el músico á su casa vació el bolsillo sobre una mesa para enterarse, segun costumbre, del producto de sus serenatas, vió entre los cuartos brillar una moneda de oro.

Este hallazgo inesperado le hizo recordar la señora del velo, y al mismo tiempo le asaltó esta idea:

—¿Serán estos ochenta reales de mi hija?

Este pensamiento le preocupó por el resto de la noche.

Don Leandro entregaba siempre á don Máximo el total de la limosna; y don Máximo, especie de ministro de Hacienda, era el que disponia de los fondos de la sociedad.

Don Leandro colocó la moneda de oro en un papel, guardándola cuidadosamente en su bolsillo.

Aquellos ochenta reales no entraron en el fondo comun.

A la noche siguiente, don Leandro volvió á encontrar en el fondo de la gorra de Julio otra ochentina de oro.

LA PERDICION DE LA MUJER.

Los músicos nocturnos.

Esto comenzó á preocuparle.

Así trascurrieron veinte noches.

El músico habia reunido veinte monedas de oro.

La tenacidad, la constancia de su misterioso protector le quitaba el sueño.

—Es Andrea, se decia, Andrea que me ha encontrado, me ha reconocido, y que quiere aliviar mi desgracia; pero ese dinero quema mis manos, ofende mis canas, porque es el dinero del vicio, de la prostitucion, y un hombre honrado no debe admitirlo.

Luego de decirse esto recordaba que, esceptuando la primera noche, no habia vuelto á ver á la señora del velo.

Era indudable, pues, que una segunda persona se habia encargado de darle la cuotidiana limosna.

¿Cómo descubrirle? ¿cómo reconocerle entre aquel grupo de individuos que se reunian en torno de aquel niño para oirle cantar?

Esto era bastante difícil.

Don Leandro, sin embargo, no desesperó.

Las monedas iban cayendo indistintamente en el fondo de la gorra.

Algunos se inclinaban para dejarlas, otros las tiraban desde lejos.

El que recibe una limosna en el fondo de un sombrero, no sabe lo que es hasta que la saca y la examina.

A don Leandro se le ocurrió una idea.

Llamó á Julio y le dijo:

—Escucha, hijo mio: hace veinte dias que una persona desconocida deposita en el fondo de tu gorra una moneda de

oro. El agradecimiento es una de las mas bellas virtudes del hombre. Nosotros debemos averiguar, descubrir quién es ese misterioso y caritativo señor que con tanta largueza recompensa nuestro trabajo. Desde esta noche no pondrás tu gorra en el suelo. Cuando acabes de cantar darás una vuelta al corro, presentando á los oyentes tu mano. Fíjate bien en las monedas que te vayan dando; cuando veas que cae una de oro, sin venir á avisarme, sin decirme nada, sigues á aquel que te la dé, vaya adonde vaya. Es preciso que sepamos dónde vive. ¿Sabrás hacer todo esto?

—¡Ya lo creo! Usted me lo manda, y además, es muy justo que se le den las gracias á esa persona.

—Entonces no tengo que advertirte nada mas.

Aquella noche el anciano y el niño fueron á colocarse en su acostumbrada esquina.

Sucedió como lo habia previsto don Leandro.

El niño Julio siguió al hombre que habia depositado la moneda de oro en su mano.

Despues de recorrer algunas calles se detuvo en la del Arenal, entrando en una elegante casa cuyo portal, alumbrado con luz de gas, daba á entender que no pertenecian sus vecinos á la clase menesterosa.

Despues de esto regresó á su buhardilla, donde le esperaba con impaciencia don Leandro.

—¿Qué noticias me traes? le preguntó el músico.

—¡Toma! que ya sé dónde vive.

—¡Ah!

—En la calle del Arenal, en una casa grande.

—¿Te has enterado del número?

El muchacho se dió una palmada en la frente, y echó á correr hácia la puerta.

—Espere usted un momento; voy de una carrera.

—No hay necesidad de que te molestes. ¿Tú reconocerás bien la casa?

—¡Oh! en cuanto á eso, pierda usted cuidado.

—Entonces, mañana me acompañarás á ella.

Don Leandro durmió poco aquella noche.

El deseo de devolver el dinero, si era de su hija, ó de agradecer el favor si era de un desconocido, le tenia inquieto.

El sueño, por fin, descendió sobre sus párpados, haciéndole olvidar las penalidades de la vida.

CAPITULO V.

UNA CONCIENCIA INTRANQUILA.

Nos olvidamos de consignar que, segun una cuestion de economía perfectamente entendida, don Máximo, Julio y don Leandro se resolvieron á vivir juntos, es decir, á ocupar una sola buhardilla; medida que rebajaba treinta reales al mes su presupuesto.

Ahora, continuemos.

Don Leandro se levantó muy temprano.

Estaba resuelto á hacer la devolucion de aquellas monedas de oro que para otro hubieran sido una fortuna, y para él eran otra especie de espada de Dionisio el tirano de Siracusa estendida sobre su cabeza.

Sin embargo, como el honrado músico se preciaba de prudente, calculó que hacer una visita á las cinco de la mañana no era muy conveniente.

Desde esta hora hasta las once ocupó el tiempo, primero

en ir á la plazuela inmediata á por los modestos comestibles cuotidianos, y despues en repasar una cantata de Beethowen á su discípulo.

Hay una cosa que distrae la imaginacion, que la entretiene agradablemente, haciendo olvidar en parte los disgustos morales: el trabajo.

A las once, don Leandro, que habia sido siempre un hombre aseado, se cepilló su raido frac azul, se arregló el lazo de su corbata, y salió de la buhardilla.

Julio salió con él.

Llegaron á la calle del Arenal.

Julio se detuvo delante de la puerta donde la noche antes habia entrado el caritativo desconocido.

Entonces le asaltó una duda á don Leandro.

Aquella casa tenia cuatro pisos: era indudable que en cada una de estas habitaciones vivia un vecino.

Sin embargo, se encaró con el portero; y como la sospecha de que fuera su hija la que le daba tan crecida limosna todas las noches se hallaba arraigada en su pensamiento, le preguntó:

—Dígame usted, buen amigo, ¿tendrá usted la bondad de decirme si vive en alguno de los cuartos de esta casa una jóven llamada la señorita Andrea?

El portero abarcó con una mirada desdeñosa á aquel viejo flaco y macilento cuyo raido traje no le inspiraba la menor confianza, y le dijo:

—¿Andrea cómo? porque supongo que tendrá un apellido.

—Sí, efectivamente, lo tiene. Se llama, si mal no recuerdo, Vergara.

—¡Ah! sí, vamos; usted pregunta por la señorita que protege el vizconde de Villafort.

Don Leandro se ruborizó.

El portero sabia que su hija era la querida de Arturo.

Cuando la honra de una mujer y su descrédito entran en el dominio público, es como la preciosa esencia que se escapa de una redoma, la cual seria imposible recoger del espacio para volver á encerrarla en su cárcel de cristal.

El pobre músico exhaló un suspiro que no fué apercibido por el portero, y repuso de este modo:

—Tengo una absoluta precision de hablar con la señorita Andrea Vergara.

—Pues bien, suba usted al cuarto principal. Esa es cuestion de escalera arriba.

Y el portero se puso á pasear con grosera indiferencia.

Cuando don Leandro puso el pié en el primer escalon, vaciló, y aumentando su palidez, murmuró esta frase en voz baja:

—Ea, valor: voy á verla, pero sus lágrimas, sus súplicas, caso que quede en sus ojos la virtud del llanto, nó harán cambiar en nada mi resolucion.

Y dirigiendo la palabra á Julio, continuó en voz alta:

—Hijo mio, espérame; pronto vuelvo.

Despues, revistiéndose de ese valor grave y sereno, hijo de la dignidad ofendida de un hombre honrado, subió la escalera y llamó en la puerta del cuarto principal.

Salió á abrirle uno de esos criados en miniatura, especie de titís que la aristocracia, y sobre todo las mujeres á la moda, colocan con los brazos cruzados en el pescante de sus carruajes.

Antes que el niño, le dirigiera la palabra, el músico le dijo:

—Tenga usted la bondad de participar á su señorita que un pobre músico que toca el violin por las esquinas de Madrid, tiene necesidad de verla.

Ni el traje ni la profesion que acababa de indicar don Leandro, eran suficiente garantía para que el jockey abriera de par en par las puertas de la habitacion de su ama á aquel desconocido.

—La señorita no recibe, contestó el criado en miniatura con cierta entonacion impertinente.

—Vamos, jóven, pase usted el recado, aunque no sea mas que por respeto á mis canas, repuso el músico con gravedad.

—No seré yo el que me estralimite ni un ápice de las órdenes que he recibido.

—En ese caso, yo sabré llegar hasta la habitacion de su señora.

Y don Leandro apartó aquel débil obstáculo que se oponia á sus deseos.

Como era de esperar, el muchacho puso el grito en el cielo; pero el músico avanzó á la ventura, internándose por una de las puertas, la cual le condujo á un pasillo.

Allí se detuvo.

A sus espaldas oia ya otras voces que se mezclaban con las del muchacho, y tal vez lo hubiera pasado muy mal á no abrirse una puerta y aparecer en ella una jóven que, sorprendida ante don Leandro, le preguntó con recelo:

—¿A quién busca usted?

—A la señorita Andrea Vergara; tengo necesidad de verla:

hágame usted el favor de decirle que el pobre músico que se coloca todas las noches en la esquina de la calle de la Visitacion, espera sus órdenes para pasar.

La doncella condujo á don Leandro á una habitacion inmediata, y acallando el sobresalto de la demás servidumbre, se dirigió al gabinete de su señora.

Andrea acababa de terminar su peinado.

Muellemente reclinada en un divan de terciopelo azul, parecia abismada en sus reflexiones, cuando la doncella entró á anunciarle la visita.

Aunque acostumbrada desde algun tiempo á dominar sus inquietudes, á ahogar con una sonrisa los torcedores remordimientos de su corazon, no pudo menos de sobresaltarse de un modo harto visible.

Aquel hombre que la esperaba en una habitacion inmediata era su padre.

Iba á verle, á verle en medio de su opulencia, rodeada de un lujo deslumbrador, á él, pobre anciano á quien consumia la lenta calentura de la miseria.

Aquellos elegantes muebles, aquellas ricas colgaduras, aquellos lujosos espejos y toda la multitud de superfluidades que la moda y la riqueza agrupan alrededor de una jóven, aquella ostentacion que la rodeaba, eran otras tantas lenguas que, acusando su conducta, le arrojaban al rostro los girones de su honra.

Andrea estaba bella como nunca.

La palidez de su semblante hacia resaltar el brillo fascinador de sus ojos.

Procuró reponerse, y dijo precipitadamente á la doncella:

LA PERDICION DE LA MUJER.

Andrea.

—Deje usted entrar á *ese hombre.*

Ese hombre fué pronunciado con torpeza por Andrea, como si acabara de dirigir un nuevo insulto á su padre.

La querida del vizconde de Villafort quedó un momento absorta, y llevándose la mano al pecho, como si sintiese en él uno de esos dolores irresistibles, murmuró con voz débil y trémula:

—¡Ah! este va á ser uno de los momentos mas terribles de mi vida. ¡Dios mio, si yo tuviera bastante elocuencia para conmover su corazon!

Y dos lágrimas claras, trasparentes, brillantes, como esas gotas de rocío que deposita la aurora en las hojas de la adelfa, brotaron de sus ojos, y resbalando por sus hermosas mejillas fueron á ocultarse en su seno, donde se agitaba la intranquilidad de una falta.

En el corto espacio que medió desde la salida de la doncella á la entrada de don Leandro, aquella jóven culpable vió pasar ante sus ojos el panorama desgarrador de los últimos meses de su vida.

¿Qué iba á decir á su padre?

¿Por qué venia á verla?

Entre los dos, atendido el honrado y recto carácter de don Leandro, toda reconciliacion era imposible.

¿Ignoraba él la casa donde se hallaba?

La doncella nada le habia dicho.

En ese caso, ¿cuánta no seria su sorpresa al encontrarse con su hija?

Todos estos temores pasaron como la rapidez del relámpago por la imaginacion de Andrea.

Se descorrió el portier, y la figura triste y melancólica de don Leandro apareció delante de Andrea.

El honrado músico, al pisar aquellas alfombras que el oro del vizconde de Villafort regalaba á su querida, sintió que la sangre se agrupaba á su corazon y que el rubor hacia arder sus mejillas.

CAPITULO VI.

LA DIGNIDAD DE UN PADRE.

Don Leandro, inmóvil, con el sombrero en la mano y la mirada fija en Andrea, permaneció un segundo como enclavado en el pavimento de la habitacion.

Andrea, no pudiendo resistir aquella mirada se puso en pié, y exhalando un grito corrió hácia el anciano, diciendo:

—¡Padre! ¡padre mio!

Don Leandro estendió el brazo como para evitar que el contacto de su hija le manchara.

La actitud del honrado músico no podia ser mas digna.

En sus labios sè dibujaba una sonrisa de desprecio; en sus ojos una mirada de compasion.

—Dispense usted, señorita, le dijo, yo no tengo hijas: una tuve en otro tiempo, que no sé si llamar mas próspero que el presente, una á quien amé con toda la fuerza de un corazon

cariñoso, con toda la vehemencia de un alma sin mancha; pero aquella hija ha muerto.

Aquellas palabras frias y terribles á la par, penetraron como el soplo de la muerte en el pecho de Andrea, y sintiendo que las fuerzas le abandonaban, se dejó caer en una butaca murmurando en voz baja:

—¡Es verdad! ¡es verdad!

El músico se detuvo un momento, no para gozarse en el dolor de su hija, pues él sufria tanto como ella, y luego continuó de este modo:

—Dios, sin duda compadecido de la eterna soledad en que me dejara mi hija, viendo que las lágrimas no se secaban en mis ojos, que el dolor se habia aposentado en mi corazon, y que mi agonía era lenta como la de esos criminales confinados, sin mas porvenir que la soledad, sin mas esperanza que la muerte, hizo que un dia encontrara un hijo, consuelo de mi amargura. Usted le conoce, señorita: es un pobre huérfano, un muchacho que me ama con todo su corazon; el mismo que por las noches, con su voz de ángel, con sus rubios cabellos y su mirada inocente, arranca de la caridad pública la modesta limosna que sufraga nuestras necesidades.

Don Leandro se detuvo nuevamente.

Aquella afectada indiferencia le ahogaba.

Tenia necesidad de respirar para continuar.

Andrea mientras tanto, sin atreverse á levantar los ojos, hundida bajo el peso de tantas reconvenciones, continuaba muda, inmóvil y llorosa en el mismo sitio.

Don Leandro volvió á decir:

—Entre las muchas personas caritativas que nos socorren,

hay una que cada noche deposita en el fondo de la gorra de ese niño que acabo de indicar, una moneda de oro. Hélas aquí, señorita.

Y don Leandro dejó sobre un elegante velador de palo de rosa las veinte monedas que tan cuidadosamente habia guardado.

El ruido del oro al chocar con la madera arrancó á Andrea de su abatimiento, y levantando la cabeza, dijo:

—Ese dinero no me pertenece; es de usted, pa...dre...

Andrea no se atrevió á concluir la frase.

Una severa mirada de don Leandro, cortó la palabra en sus labios.

—¿Que no es de usted, señorita? repuso el músico. ¡Oh! ¿cree usted que en los tiempos que alcanzamos sea verosímil que un desconocido me persiga todas las noches y deposite una limosna de cuatro duros en el fondo del cepillo que presento á la caridad pública? Mi violin, por desgracia, no es el de Paganini, usted lo sabe muy bien; y aunque así fuera, algun entusiasta por la música sábia podria vaciar sus bolsillos en mis manos una vez, dos á lo mas; pero veinte noches consecutivas, no puede ser otro que usted; usted, que tiene un corazon magnánimo y generoso; usted, que enterada de mis desventuras se habrá dicho: ¡Pobre hombre! ya que hemos muerto su felicidad, ya que hemos abierto una de esas heridas en su alma que solo se cicatrizan con la muerte, matemos al menos su hambre. ¡Esto es muy noble!

—¡Oh, qué vergüenza! articuló aterrada Andrea.

—Sí, dice usted bien; vergüenza que enrojece el rostro, que sobresalta el sueño, que ahoga la felicidad; vergüenza que

destroza una por una todas las fibras del corazon; vergüenza que estiende un siniestro velo y cubre todas las ilusiones de la vida: lo comprendo muy bien, señorita; pero ¿cómo calificaria usted la conducta de un padre que recibiera de manos de una hija que habia sacado á plaza su honor, una recompensa diaria, un puñado de oro? ¿No seria esto mucho mas vergonzoso? ¡Oh! estoy seguro que opinará usted lo mismo que yo.

Andrea no respondió.

Don Leandro permaneció algunos segundos sin apartar los ojos de su hija, y como esperando alguna palabra en contestacion á las preguntas que acababa de dirigirle.

—Su silencio me indica que está usted completamente conforme con mis opiniones; así, pues, guarde usted ese dinero que yo no puedo conservar sin perder en parte lo único que me queda todavía: el honor. Puede usted distribuir esas monedas de oro como mejor le plazca. A una mujer á la moda, que como usted rinde culto á la vanidad, no ha de faltarle en qué gastarlo.

Don Leandro al terminar estas palabras se disponia á salir de la habitacion cuando su hija, volviendo á levantarse corrió hácia él, y cayendo de rodillas á sus piés, le cogió una de sus manos, esclamando:

—No, no: usted no se irá de ese modo. Yo no puedo resignarme á nadar en la opulencia, mientras usted, padre mio, carece de lo mas necesario, vive en la miseria. He sido muy culpable, lo conozco, lo confieso: mis lágrimas, la eterna amargura que me consume, son mi castigo; pero yo necesito oir de sus labios una palabra de perdon, una frase de consuelo.

—¡Nunca, nunca! repuso don Leandro. ¿Qué me importan

las amarguras de usted? ¿no tengo yo bastante, por desgracia, con las mias?

Y don Leandro, comprendiendo que le seria imposible resistir por mucho tiempo los ruegos y las lágrimas de su hija, la rechazó suavemente, saliendo de la habitacion.

Andrea dió un grito, y cayó desplomada sobre la alfombra.

Poco despues, al entrar su doncella, corrió á levantarla sobresaltada.

—¿Qué es esto, señorita? ¿Está usted mala? le dijo.

—No tengo nada: ha sido un ligero desvanecimiento; véte: quiero estar sola.

La doncella obedeció.

Cuando Andrea se quedó sola, dió rienda suelta á sus lágrimas.

De pronto, la sobrecogió un golpe de tos.

Se llevó el pañuelo á la boca.

Al retirarle, observó sobre el blanco lienzo una mancha de sangre.

En medio de aquellas lágrimas que inundaban sus ojos una sonrisa melancólica entreabrió sus labios, y dijo contemplando dolorosamente el pañuelo:

—Despues de todo, mi tormento no será largo.

Arturo visitaba por lo regular todos los dias á su querida á las tres de la tarde.

Lanzada Andrea al mundo, siendo á los ojos de todos la querida del vizconde de Villafort, desde aquella tarde que decidiéndose á rasgar el velo que encubria su deshonra aceptó una vida de fausto y ostentacion, nada le importaba el qué dirán de las gentes.

Como hemos dicho algunos capítulos antes, comenzaba la estacion de las flores.

Los ricos, como las aves de paso, se disponian á abandonar sus cuarteles de invierno en busca de otros climas aceptados por la moda para pasar el verano.

Algunos de los personajes que han tomado parte en la presente novela habian emigrado ya.

Arturo se presentó en casa de Andrea á la hora acostumbrada.

Las huellas del llanto que poco antes surcaran el semblante de la hermosa entretenida, habian desaparecido.

El vizconde de Villafort fué á sentarse familiarmente al lado de su querida.

—Supongo, le dijo, que ya habrás elegido el punto donde hemos pasar los dos meses de calor. Madrid, querida mia, es insufrible durante la estacion de la canícula.

—Dejo á tu eleccion este viaje.

—Nada de eso, hija mia: yo he recorrido la mayor parte de la Europa, y quiero que tú elijas; á mí me es indiferente un punto que otro.

—Pues bien, entonces me decido por Suiza.

—Aceptado. Disponlo todo y partiremos dentro de ocho dias.

Aquella misma noche, el conde Polviany y el vizconde de Villafort se encontraron en el Casino.

—¿Aun estás en Madrid? preguntó Arturo á su amigo.

—Parto mañana.

—¿Adónde te diriges?

—A París.

—Entonces no tardaremos mucho en vernos por allá.

—¿Piensas viajar?

—Sí.

—¿Solo?

—No, acompañado: me llevo á Andrea.

—Vamos, es la última cucharada de miel que vas á dar á esa pobre muchacha.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca te he visto tan consecuente con unos amores.

—Yo no abandonaré nunca á Andrea.

—¡Bah! El tiempo ha de encargarse de desmentir tus palabras. Pero dime, ¿qué diablos se ha hecho el baron de Soany?

—Viajando.

—¿Y Narciso de Rioalto?

—Viajando tambien; pero ese va acompañado como yo.

—¿Lleva tambien su perfumada flor de verano?

—Sí: le acompaña Felicidad.

—¡Pobre baron! Él creia que su querida era una segunda Lucrecia.

—Hé aquí la razon por lo que no se debe ser muy consecuente con las mujeres.

—Dices bien: por eso yo he tronado con Pepita; pero chico, ¡y qué á tiempo!

—¿Y eso?

—La pobre está enferma; pero una de esas enfermedades horribles, asquerosas: figúrate, ¡viruelas negras!...

—¡Diablo! Eso es una desgracia para una mujer que no tiene mas patrimonio que su cara.

—Sí, una desgracia superlativa, de la fuerza de doscientos caballos.

Y los dos amigos, despues de soltar una carcajada, convinieron dirigirse al *restaurant* y suministrarse una cena digna de sus estómagos y de sus fortunas.

CAPITULO VII.

UN VIAJE EN QUE NO ENTRA PARA NADA EL PLACER.

El pueblo adonde voy á conducirte, lector querido, no es por cierto el mas á propósito para pasar las ardorosas siestas del estío; pero no temas, puedes permanecer en tu casa, bien sea en el Norte ó en el Mediodía, en las riberas del mar ó en el interior de España; préstame tu imaginacion para viajar conmigo, y dispon de tu cuerpo á tu antojo.

Sígueme, pues, por algunos momentos á un pueblo de la Mancha situado no muy lejos de la célebre cueva que inmortalizó Miguel de Cervantes.

Villarrobledo, cuyos campos son tan fecundos en granos como estériles en arbolado, va á ser el teatro donde colocaremos por un momento nuestra escena.

La desgracia de Felipe no podia permanecer siempre ignorada para su familia.

El señor Juan y Lorenzo la ocultaron por espacio de dos

meses, con la esperanza de un feliz restablecimiento; pero esta esperanza quedó desvanecida.

Felipe, curado de su herida, habia quedado enfermo de la razon; y cuando el médico mayor del Hospital les participó que nada se podia hacer despues de lo que se habia hecho cuando se vieron en la imprescindible necesidad de elegir entre una casa de locos ó llevarse á Felipe al pueblo, optaron por lo último.

Además, Felipe era un loco pacífico, inofensivo; la incoherencia de sus ideas no molestaba ni á los oidos mas castos.

Solia pasarse una semana sin pronunciar una palabra, con la mirada dolorosamente fija en el suelo y con la inmóvil actitud de una estátua.

Era uno de esos locos que oprimen el corazon, que entristecen el ánimo, y cuya compañía no se rechaza, sino que por el contrario, se busca con el deseo de consolarles, de hacerles menos horrible su suerte.

El restablecimiento de Felipe de su herida, coincidió con las vacaciones.

Lorenzo podia regresar á su pueblo y pasar con su familia los meses de verano.

Así lo hizo, llevándose á Felipe.

El señor Juan les acompañaba.

Lorenzo se dejaba en Madrid á Sofía; es decir, la mitad de su corazon, todo su pensamiento.

Don Fernando le prometió mantener con él una correspondencia semanal.

Eran buenos amigos, habian simpatizado, y para todos fué dolorosa la separacion.

Además, Lorenzo y Sofía se amaban con ese amor puro, inocente, y al comunicarse las dulces impresiones de sus almas, no habian empleado ni una palabra, ni una mirada que les ruborizara.

Don Fernando era sabedor de estos amores, porque su hija se los habia confesado.

El señor Juan, hombre sencillo y honrado, que durante su permanencia en Madrid vivió en la misma buhardilla de su hijo y durmió en el catre de Felipe, estaba encantado de la castidad y hermosura de Sofía y de la rectitud intachable de don Fernando.

Algunas noches esclamaba al tiempo de acostarse:

—Me alegraria que Lorenzo se casara con Sofía, y sobre todo, que don Fernando se trasladara á Villarrobledo; es un hombre como hay pocos.

Salieron, pues, de Madrid los dos primos y el sencillo señor Juan, y su apuro crecia mas cuanto mas se acercaban á Villarrobledo.

Temian, como era consiguiente, el efecto que la desgracia de Felipe iba á causar á su familia.

Un corazon bueno se resiste siempre á dar una mala noticia.

El señor Juan se devanaba los sesos buscando una forma con que poder revelar á su hermano que le traia nada menos que á su hijo loco.

Esto era difícil, por no decir imposible.

Cuando divisaron el pueblo, el honrado labrador dirigió de este modo la palabra á Lorenzo:

—Ya estamos en la brecha, hijo mio: dentro de una hora las lágrimas, las lamentaciones, van á hacernos aire por los cua-

tro costados; pero ¡qué remedio! nosotros hemos cumplido con nuestro deber; así, pues, pecho al agua, y preparémonos á sufrir con resignacion todas cuantas reconvenciones quieran dirigirnos, pues aunque somos inocentes, no por eso dejará de ser justa su desesperacion.

Lorenzo rogó á su padre que se adelántara, con objeto de preparar á la familia.

El señor Juan, que en aquel momento parecia carecer de voluntad propia, bajó del carro y encaminóse á buen paso hácia el pueblo.

Los dos primos se quedaron solos.

El carretero caminaba á pié junto á las mulas.

—Felipe, hermano mio, dijo Lorenzo cogiendo una de las manos de su desgraciado primo: ¿es posible que mis palabras no conmuevan tu corazon, que no me reconozcas, que no me oigas?

Felipe no retiró sus manos, pero sus ojos se fijaron de un modo vago, incoherente, en su primo, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Lorenzo esperó un instante, como abrigando la esperanza de que su primo le dirigiera la palabra.

—Nada, nada, siempre ese mutismo, siempre la misma melancolía. ¡Oh! cuando pienso que un porvenir lleno de risueñas esperanzas halagaba sus sueños, cuando recuerdo aquel tiempo que me hacia depositario de sus mas bellas ilusiones, de sus mas recónditos pensamientos, y le veo ahora insensible, especie de autómata que respira, que vive en el seno de la muerte, temo que se turbe mi razon.

Lorenzo guardó silencio.

Una nube de tristeza apagó el brillo de sus ojos, oscureció la serenidad de su frente.

Despues trascurrió una hora sin que nadie interrumpiera el silencio, la profunda abstraccion de los dos primos, hasta que la voz del carretero anunció que por el camino se veia venir al señor cura, al señor Juan y algunas personas mas que les acompañaban.

Lorenzo bajó del carro, ayudando á su primo para que hiciera lo mismo, y ambos salieron al encuentro del grupo que salia á recibirles.

El dolor verdadero es sintético: para describirle se necesitan muy pocas palabras.

Los padres de Felipe sabian su desgracia por el señor Juan y el cura párroco.

Vieron llegar á su hijo, corrieron á su encuentro y le abrazaron.

En este momento dos gritos dolorosos, dos gemidos del alma se exhalaron por sus bocas, confundiéndose en uno mismo.

Felipe no les habia reconocido: Felipe se mostraba indiferente ante la inmensa desesperacion de aquel padre, ante el profundo dolor de aquella madre.

El cura empleó en este momento sublime esas palabras que corresponden á un ministro de Dios, cuya presencia es mas necesaria, mas indispensable, mas útil en las desgarradoras escenas que combina la desgracia que en las horas de placer que proporciona la fortuna.

Aquella madre fué conducida casi desmayada á su casa.

El padre, mas dueño de sí mismo, llegó á pié dando el brazo á su hijo.

Ni una reconvencion, ni una palabra que pudiera ofender en lo mas mínimo al señor Juan y á Lorenzo.

Los lazos que unian á aquellos dos hermanos eran tan fuertes, que ni remotamente se le ocurrió á Francisco que Juan hubiera tenido la mas pequeña parte en la desgracia de su hijo.

Aquella honrada familia estaba acostumbrada á disfrutar en comunidad de las amarguras y de los placeres de la vida.

El dolor que heria el corazon de alguno de ellos levantaba un eco en el pecho de los demás.

La primera noche que Felipe despues de su regreso volvió á dormir bajo el techo paterno, fué de terrible angustia para todos.

El cura párroco no quiso separarse de aquella familia.

Al dia siguiente todos los amigos, casi todos los vecinos del pueblo, fueron á visitar á los padres del pobre loco.

Los unos por el vivo interés que la desgracia de Felipe les causaba, los otros conducidos por esa curiosidad hereditaria de los pueblos, donde sobra el tiempo y es preciso dedicar algunas horas en saber muchas veces cosas que nada importan.

Dios, en su infinita misericordia, ha puesto al lado del dolor la sublime virtud de la resignacion.

Poco á poco las lágrimas fueron secándose en aquellos ojos que las vertian sin consuelo con la abundancia de inagotables fuentes.

Pasaron cinco dias.

El padre solia de vez en cuando hacerse estas reflexiones en voz baja:

—¡Cómo ha de ser! cuando Dios nos envia esta desgracia,

es sin duda porque la merecemos ó porque quiere poner á prueba nuestra paciencia.

Estas palabras que brotaban de un corazon lleno de fé, de una alma cristiana, tenian siempre por punto final un suspiro tan profundo, tan estenso como el dolor requeria; en cuanto á la madre, se resignaba menos, pasando largas horas sentada frente por frente de su hijo, y teniendo entre las suyas las manos de su hijo.

En vano le dirigia con tierno afan, con incansable solicitud, con maternal ternura, una y otra y otra pregunta.

Su hijo la escuchaba frio como un mármol, mudo como un sepulcro.

Entonces aquella madre, fatigada del silencio de su hijo, corria á arrojarse en brazos de sus hijas, y las tres lloraban unidas la desgracia de Felipe.

CAPITULO VIII.

DONDE UN PERSONAJE DE ESTA NOVELA REGRESA Á LA CÓRTE.

Insensiblemente los vecinos del pueblo se acostumbraron á ver entre ellos al pobre loco.

Todas las tardes el cura párroco y Lorenzo salian á dar un paseo acompañando á Felipe, el cual, siempre dócil y sin voluntad propia, les seguia por todas partes.

Aunque Villarrobledo cuenta aproximadamente mil seiscientos vecinos, todos sus habitantes conocian á los padres de Felipe; porque en los pueblos las familias honradas se parecen mucho á esos grandes faros colocados en los puertos de mar que se distinguen desde muchas leguas á la redonda.

Por eso cuando el pobre demente, acompañado de su primo y del cura, á esa hora en que el sol comienza á estender oblícuamente sus rayos sobre los campos, salia á dar un paseo, todos los transeuntes se detenian para saludarle, murmurando en voz baja estas palabras:

—¡Pobre muchacho! ¡qué lástima! ¡tan jóven! ¡tan guapo!

Estos paseos duraban hasta la entrada de la noche.

La conversacion era poco amena.

En vano el bondadoso sacerdote procuraba por todos los medios imaginables reanimar el insensible corazon de Felipe.

Era un dolor aquel silencio eterno.

Solo de vez en cuando pronunciaba algunas frases, pero tan confusas, tan vagas, que no podian descifrarse.

El médico de la casa, que algunas tardes tomaba parte en estos paseos, hacia sabios y concienzudos esperimentos, pero por desgracia tan infructuosos como las dulces amonestaciones del cura.

Mientras tanto, Lorenzo mantenia una correspondencia bastante frecuente con don Fernando de Requena.

En estas cartas se hablaba de Felipe por parte de Lorenzo, y de Sofía por la de su padre.

Correspondencia tierna, sencilla, donde se dejaba ver mas la dulzura de la amistad que el fuego del amor.

Lorenzo, sin embargo de la moderacion de sus cartas, amaba á Sofía con la vehemencia del primer amor, con la ternura de un corazon generoso.

Creyóse por parte de Sofía correspondido, y esperaba resignado el dia que un lazo santo le otorgara toda la realizacion de sus sueños, de sus esperanzas.

Muchas veces hablaba á sus hermanas y á su madre de Sofía, buscando el apoyo de su padre el señor Juan.

La familia de Lorenzo deseaba conocer á aquellos amigos de Madrid de quien tantos elogios se hacian.

Mientras tanto, el médico y el cura buscaban la manera de

arrancar á Felipe de su desconsoladora indiferencia, de su mutismo terrible.

—¿No cree usted, preguntaba el sacerdote, que podria encontrarse algun medio para curar á Felipe?

El médico agitaba la cabeza, contestando:

—Lo creo difícil: es una enfermedad terrible, de la que muy pocos se restablecen; sin embargo, tal vez si Felipe viera á la jóven, causa en parte de su demencia...

—Para eso seria necesario que el pobre loco fuera á Madrid, y ya comprenderá usted, señor doctor, que sus padres no consentirán en ello. Además, ¿quién sabe dónde se encuentra á estas horas la mujer causa del desafío que ha puesto á Felipe en el estado que se se halla?

—Dice usted muy bien, pero lo mas importante es arrancar á Felipe de esa insensibilidad, de esa indiferencia que le domina.

—¿Y no podrian emplearse otros medios?

—La ciencia indica algunos, pero casi siempre resultan ineficaces. Un loco furioso tiene mas probabilidades de salvarse que un monomaniaco del género de Felipe.

Sobre este asunto giraba, poco mas poco menos, la conversacion de nuestros dos interlocutores cuando se juntaban para dar un paseo.

Lorenzo, inseparable compañero de su primo, con una paciencia casi paternal procuraba tambien por su parte reanimar el desfallecido espíritu de Felipe.

Algunas noches de esas claras y serenas del estío, Lorenzo, cogiendo del brazo á su primo, le conducia á las inmediatas eras del pueblo, y allí, sin mas testigos que la silenciosa

luna y el monótono canto de los grillos, cogiéndole cariñosamente las manos le hacia sentar á su lado, hablándole de Andrea, recordándole hasta el menor de los episodios de otra época en que las ilusiones y el entusiasmo se agitaban en su corazon.

—Vamos, Felipe, yo no puedo persuadirme que tu desgracia sea cierta. ¿Es posible que no recuerdes nada, que no quede viva en tu corazon ni una fibra siquiera? ¡Oh! esto es mas terrible que la misma muerte.

Felipe escuchaba con profunda atencion las cariñosas palabras de su primo, le miraba de hito en hito, exhalando por única respuesta un suspiro y enviándole una sonrisa, como si algun destello de razon quisiera agradecerle el tierno interés que por él se tomaba.

—Vamos á ver, ¿no recuerdas á Andrea, á aquella jóven que tantas veces ocupó dulcemente tu sueño, aquella mujer encantadora que conmoviendo tu corazon te hizo entrever en lontananza un paraíso de ventura?

—¡Andrea! murmuraba Felipe con una naturalidad abrumadora: ¿quién es Andrea?

—Nuestra vecina, tu prometida, esclamaba entonces Lorenzo entreviendo una esperanza.

Pero ¡ay! pronto se desvanecia, porque Felipe le contestaba:

—¡Qué noche tan hermosa! ¡qué luna tan clara! Sí, muy clara: yo lo veo bien, perfectamente; se halla colocado enfrente de mí.

Y al terminar la última palabra hacia un movimiento, levantando el brazo como si tratara de evitar un golpe asestado á su cabeza.

Despues de esto pronunciaba dos ó tres veces el nombre de Polviany, volviendo á caer en la mas profunda abstraccion, en el mas aterrador silencio.

Cuando los dos primos regresaban á su casa, las hermanas y la madre del demente le preguntaban á Lorenzo:

—¿Qué has conseguido?

—Lo mismo que siempre; alguna que otra palabra incoherente, un silencio profundo que me desespera cada vez mas, que me aflige lo que no es decible.

Lorenzo entonces se retiraba á su cuarto, y olvidando por un momento á Felipe, dirigia su imaginacion lejos de Villarobledo.

Pensaba en Sofía.

Estas horas de dulce soledad se veian siempre perfumadas por las ilusiones y las risueñas esperanzas.

Algunas veces Lorenzo cogia la pluma, escribiendo algunas páginas, es decir, derramando sobre el papel las mas dulces impresiones de su corazon.

Esta especie de Memoria la guardaba como el avaro su tesoro; pensaba hacer con ella un regalo de boda á Sofía.

El tiempo iba pasando.

Las mieses se habian recogido de los campos, las uvas maduraban ocultas entre los verdes pámpanos.

Lorenzo comenzaba á sonreirse ante la idea de su próximo viaje á Madrid.

Solo una pena le inquietaba: Felipe esta vez no le acompañaria.

Iba á partir sin su querido primo, sin su hermano del corazon, y ya no tendria como en otro tiempo un amigo leal y

desinteresado en quien depositar todas las dulces impresiones de su alma, todos los ensueños de su mente.

Por este tiempo discutia la familia si era ó no conveniente que Felipe, acompañado del doctor, se trasladara á Madrid con el objeto de hacer alguna prueba para su restablecimiento.

Pero en esta cuestion, las opiniones eran bastante encontradas.

Llegó el dia 24 de setiembre.

La madre y las hermanas de Lorenzo comenzaron á arreglar el cofre del estudiante, que debia partir el dia 27.

Mientras tanto, nada se habia resuelto sobre la cuestion de Felipe.

El doctor, sin embargo, habló de este modo á Lorenzo:

—Procura escribirme desde Madrid todas cuantas particularidades sepas respecto á la jóven que fué en otro tiempo la prometida de Felipe; yo no cedo en mi empeño, y tal vez el dia menos pensado nos veas entrar por las puertas de tu casa, causándote una sorpresa.

Llegó el dia de la partida.

Lorenzo, como siempre, dejó al abandonar el pueblo á su familia con los ojos arrasados en lágrimas.

Una madre no ve nunca partir á su hijo con los ojos enjutos. El llanto es un perfume, un rocío del alma que se evapora en los momentos sublimes de dolor.

Desde este dia comenzó á verse de vez en cuando vagar solo por los alrededores del pueblo á Felipe, pronunciando en voz baja estos dos nombres: ¡Andrea! ¡Polviany!

Como el pobre loco no molestaba á nadie, se le dejaba ir por todas partes.

Poco á poco los vecinos de Villarrobledo se fueron acostumbrando á verle, y ya no fué una novedad para el pueblo.

Así las cosas, y puesto que el invierno avanza á pasos de gigante, vamos á trasladarnos á Madrid, en donde nos esperan nuevos acontecimientos que narrar, puesto que Madrid debe ser para nuestros lectores el cuartel de invierno.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO I.

EL HOMBRE MISTERIOSO.

Págs

Capítulo I.—La curiosidad de los tres prohombres de Arlajoza. 5
Cap. II.—Sordo, mudo y ciego. 19
Cap. III.—Una noche de perros. 29
Cap. IV.—Una esperanza, un desengaño y una obra de caridad. 38
Cap. V.—En la cumbre de un monte. 46
Cap. VI.—Donde se ve el retrato de un original que permanece oculto. 53
Cap. VII.—Fray Natalio de la Concepcion. 60
Cap. VIII.—Un hombre agradecido. 69
Cap. IX.—La carta del vizconde de Villafort. 77
Cap. X.—Puntos suspensivos. 84

LIBRO II.

LO QUE NO ES DE DIOS, ES DEL DIABLO.

Capítulo I.—El último suspiro. 93
Cap. II.—Una frase que conmueve un corazon. 102
Cap. III.—Cuadro al natural. 109
Cap. IV.—La fuerza de la debilidad. 118
Cap. V.—Recuerdos. 127
Cap. VI.—Quinientos duros caidos del cielo. 134
Cap. VII.—La perfecta tranquilidad de la resignacion, y el inquieto malestar del deseo. 142
Cap. VIII.—Una cuestion grave que debe consultarse con la almohada. 149
Cap. IX.—Lágrimas. 158
Cap. X.—Genio y figura. 168
Cap. XI.—La esperiencia sondeando un corazon jóven. 174

LIBRO III.

UN DURO Y UN MILLON.

Capítulo I.—Dos estudiantes pobres. 185
Cap. II.—Soñar despiertos. 194
Cap. III.—El conde Amadeo Polviany. 203
Cap. IV.—El vizconde de Villafort. 210
Cap. V.—Un modelo que no debe copiarse. 219
Cap. VI.—Dios los cria y ellos se juntan. 225

Cap. VII.—Un corazon de cieno. 236
Cap. VIII.—No hay mal que por bien no venga. . . . 245
Cap. IX.—El ruiseñor y el ganso. 253
Cap. X.—Carolina. 259
Cap. XI.—Un viejo jóven. 268
Cap. XII.—A pedir de boca. 276

LIBRO IV.

GANAR TERRENO.

Capítulo I.—Los primeros pasos. 285
Cap. II.—A Roma por todo. 291
Cap. III.—Los vecinos. 299
Cap. IV.—Un compromiso con cuatro años de anticipacion. 306
Cap. V.—La casa solitaria. 316
Cap. VI.—Donde el marqués de Fontan comienza una historia. 324
Cap. VII.—Donde termina la historia del marqués de Fontan. 331
Cap. VIII.—El cosmético de los cinco tigres, y la pomada de espuma de elefante solitario. 339
Cap. IX.—Preparativos. 344
Cap. X.—Luchas secretas. 350
Cap. XI.—Donde el marqués de Fontan busca un cadáver. 359
Cap. XII.—Donde Jacobo el ginebrino vence la mayor dificultad. 366

Cap. XIII.—Trasformacion. 371

LIBRO V.

SE COMPLICA EL DRAMA.

Capitulo I.—Una mirada que sube y otra mirada que baja.. 381
Cap. II.—Un paso mas. 389
Cap. III.—Jacobo el ginebrino. 396
Cap. IV.—Un farsante y una adúltera. 402
Cap. V.—La voz de la conciencia. 410
Cap. VI.—Amor sin riesgo. 417
Cap. VII.—Cuatro séres felices. 422
Cap. VIII.—¡Bravo! ¡bravísimo!. 429
Cap. IX.—El original delante del retrato. 437
Cap. X.—Los buenos servicios de una vecina. 444
Cap. XI.—Una herida sin sangre.. 451
Cap. XII.—Efectos de un wals. 458
Cap. XIII.—El escudo de una honra. 466
Cap. XIV.—Una cuchillada á la luz de la luna. 474

LIBRO VI.

LOS DOS CAMINOS.

Capitulo I.—Incertidumbre. 483
Cap. II.—Realidad. 490
Cap. III.—Tal para cual. 496

Cap. IV.—El baron tiene buen gusto. 503
Cap. V.—Alianza. 510
Cap. VI.—Despues del baile. 519
Cap. VII.—Donde cada cual ve las cosas á su manera. . 527
Cap. VIII.—Correspondencia. 533
Cap. IX.—Ver y no ver. 540
Cap. X.—El 22 de enero. 548
Cap. XI.—Donde se presenta un aliado del marqués de Fontan. 554
Cap. XII.—Un corazon de cieno. 560
Cap. XIII.—Luto en la ropa y alegría en el corazon. . 568

LIBRO VII.

TENDER EL VUELO.

Capitulo I.—Noche de insomnio. 575
Cap. II.—Temores. 580
Cap. III.—Las nieblas de la incertidumbre y el perfume de una esperanza. 586
Cap. IV.—La lógica de los enamorados. 592
Cap. V.—El dolor de los dolores. 601
Cap. VI.—Los dos padres. 608
Cap. VII.—Donde Narciso se propone una triple conquista. 617
Cap. VIII.—Donde se sabe algo de Felipe. 629
Cap. IX.—Donde el conde de Villafort encuentra lo que busca. 637
Cap. X.—En donde Andrea concibe una esperanza. . . 645

Cap. XI.—Donde se verá que no todos los hijos comprenden lo que se debe á los padres. 655
Cap. XII.—Un verdadero noble. 664
Cap. XIII.—El conde Polviany en uno de los momentos mas sublimes de su vida. 674
Cap. XIV.—Despedirse á tiempo. 682
Cap. XV.—Rompimiento. 688
Cap. XVI.—Los tres aliados. 696

LIBRO VIII.

NOCHES DE VERANO.

Capitulo I.—Las golondrinas. 703
Cap. II.—Cambio de conducta. 712
Cap. III.—Inspiracion de la caridad. 719
Cap. IV.—Las monedas de cuatro duros. 727
Cap. V.—Una conciencia intranquila. 734
Cap. VI.—La dignidad de un padre. 741
Cap. VII.—Un viaje en que no entra para nada el placer. 749
Cap. VIII.—Donde un personaje de esta novela regresa á la córte. 756

YC 67510

591766

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY